Camucha Escobar



Lo que la sangre oculta

La venganza que marcó para siempre a una familia (España, 1915)

Camucha Escobar

Lo que la sangre oculta

La venganza que marcó para siempre a una familia (España, 1915)

A mis nietos,
Oriana, Bautista, Facundo, Emma y Clarita,
y a los que vendrán.

San Sebastián, España
Fines de junio de 1915

Aquella mañana el sol brillaba por su ausencia. El cielo, encapotado de nubes negras, estaba de duelo profundo. En un abrir y cerrar de ojos, el día se había convertido en noche. Desde la mansión Aguirre Larreta se sentía el rugido rabioso del mar. Las olas alcanzaban alturas impensadas para, luego, morir contra los acantilados.

Doña Victoria Aguirre Larreta contemplaba la cólera de la naturaleza con cierto gozo interior. Llevaba su edad con elegancia. Era dueña de una extraña belleza que se había ido incrementando con el correr de los años. Desde niña, cuando vivía en la plantación de azúcar en la isla de Cuba, había temido a las tormentas y sus consecuencias nefastas. En más de una ocasión los fuertes temporales barrían con todo a su paso. Recordaba especialmente aquel huracán que había acabado con la villa cercana a "La Alborada", como se llamaba su plantación. Al amanecer, el viento había atacado sin piedad el lugar y sus alrededores. Trozos de casas, árboles, animales y alguno que otro ser humano que no había llegado a un refugio habían volado por los aires. En el puerto hubo cientos de ahogados y otros tantos desaparecidos. Un estremecimiento la recorrió de los pies a la cabeza, pero rápidamente se sintió protegida por las piedras centenarias de la mansión Aguirre Larreta. Suspiró, se arrebujó en el chal de lana que llevaba sobre los hombros y dejó de contemplar ese escenario dantesco para mirar de lleno a su hijo Salvador.

Estaban en la sala de costura, como a ella le gustaba llamarla. El recinto era pequeño, aunque con grandes ventanales para que la luz fuese perfecta. Contra uno de ellos, sobre una mesita, se encontraba una cesta con hilos, tijeras, agujas de distintos tamaños, ovillos de lana de diversos colores y texturas. Doña Victoria detestaba las labores manuales. Lo suyo eran los caballos: galopar o saltar las vallas que había hecho colocar en el extenso jardín. Sin embargo, aquella habitación le hacía recordar su infancia en la plantación, sus raíces, y esa efímera sensación de pertenencia era algo a lo que no estaba dispuesta a renunciar. No había encendido ninguna de las lámparas, a pesar de que contaban con luz eléctrica. Prefería la luminosidad de los relámpagos que surcaban el cielo.

—Ya ha llegado la hora, hijo. He esperado esta venganza durante mucho tiempo. Se ganará su confianza y luego actuará de acuerdo.

Salvador también contemplaba la borrasca. Las palabras de su madre tensionaron sus mejillas

y ensombrecieron su rostro.

—Yo me vengaré, madre, pero de otro modo.

Había heredado los ojos zafíreos de los Aguirre Larreta, igual que el porte elegante. De su madre cubana había recibido la piel color caramelo y las pestañas largas y espesas. Un mechón de ondulado cabello negro le caía sobre la frente ancha.

La mirada de doña Victoria rezumaba rabia y algo aún más oscuro y profundo.

—Hará lo que le ordeno, Salvador. Acabará con su vida sin usar una bala, como lo hicieron con su hermano. —Hizo una pausa para luego continuar—. Hace mucho que rezo por una oportunidad como esta. Por fin se va a hacer justicia en esta tierra.

Sabía muy bien que nada era mejor para mantener viva la memoria que el resentimiento, y ella lo exudaba por todos sus poros.

Salvador seguía contemplando la furia de la tormenta, semejante a la que se estaba desatando en su interior.

—Mucho confía en mis habilidades, madre, aunque usted bien sabe que pagarán justos por pecadores.

Ella sintió que un golpe de sangre le encendía el rostro. Lo miró de lleno y, con voz despectiva, le soltó:

—Ahórrese el melodrama. ¿Acaso la muerte de sus seres queridos no merece una venganza? No quiero siquiera imaginar que lo está poniendo en tela de juicio.

—¡Qué cosas dice, madre! Jamás dudé de mis sentimientos.

—¡De las muchas cosas que no se le dan bien, Salvador, mentir es una de ellas! —Un brillo cargado de locura se advertía en la mirada de Victoria—. No se atreva a no cumplirme. —Se acercó nuevamente al ventanal. Los relámpagos y los truenos cicatrizaban el cielo oscuro—. Sabe bien qué hacer para que la paz vuelva a mi alma torturada.

Salvador permaneció callado. Si su madre hubiese podido leer su mente y confirmar sus dudas, armaría la de Dios es Cristo. Sus ataques de ira eran impredecibles. Un comentario inoportuno, una opinión diferente, un tono de voz beligerante podían desencadenar su furia y provocar unos estallidos ante los cuales no había refugio posible. Fingiendo un aplomo que no sentía, la tranquilizó:

—Nos estamos poniendo en lo peor sin motivo. —Se dirigió a una mesita donde había una botella de vidrio y sirvió dos copas de líquido ambarino—. Bébase este ron para entonar el cuerpo.

Bebieron en silencio. Luego, doña Victoria se dirigió a un armario y sacó un joyero. Hurgó en él y extrajo una cadena de oro con una medalla de la Virgen de Coro, la patrona del lugar. Con el ojo lloroso, se la alcanzó:

—Esta medalla pertenecía a su hermano Toñito. Llévela cerca del corazón para que no se le olvide nunca quiénes fueron los culpables de su muerte. Prométame que jamás se la quitará.

—Se lo prometo, madre.

Resignado, se la colgó. Apenas el metal rozó su piel comenzó a sentir un extraño calor que lo ahogaba. No recordaba a su hermano mayor. Él era una criatura cuando había muerto. Pero su madre se había encargado de mantener su recuerdo presente cada día, cada minuto, cada segundo de sus dieciocho años.

Al oír esas palabras, Doña Victoria se sintió más tranquila y lo despidió con un gesto:

—No me lo tome a mal, hijo, pero quiero estar sola. —Justo cuando estaba por abrir la puerta le advirtió—: Recuerde que, así como las piedras permanecen luego de las tormentas, la familia lo hace cuando todo desaparece.

Salvador se sentía desolado. Su instinto le decía que había cosas que era mejor olvidar. Cosas que estaban muertas y enterradas y a las que había que echar mucha tierra encima para seguir adelante. Sentía como si el corazón le latiera en la garganta, abrumándolo con todo lo que quería decir. Sin embargo, prefirió callar y, con una expresión atormentada en su rostro, se marchó de la sala de costura con la sensación de que su madre se iba a quedar allí parada, mucho tiempo después de que él hubiese salido.

PRIMERA PARTE

POR EL CAMINO DE LA AMARGURA

CAPÍTULO 1
LAS PRISAS SE LLEVAN MAL CON LAS CONTRARIEDADES

San Sebastián, España
Julio de 1893

—Corre, Edurne, corre —gritaba Pedro Rojas, nieto de una familia acomodada que veraneaba en la zona y festejante de la joven—. No dejes de hacer rodar el aro.

—¡Ja, ja! Nosotros vamos ganando —se jactaba Imanol Aguirre Larreta. El aro que hacían girar con Gabriela Iribarren iba más rápido.

Las risas de los jóvenes se mezclaban con el viento y el rumor del mar. Se encontraban en los acantilados. A pesar de que era verano, el aire frío de la mañana les cortaba el aliento. De pronto, el sombrero de Edurne rodó contra las rocas.

—¡Nooo! ¡Mi sombrero nuevo! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. El coqueto sombrero adornado con flores se mecía al son del viento, atrapado entre dos rocas filosas. Su padre se lo había traído de Barcelona y apenas había alcanzado a usarlo una que otra vez.

—Supéralo, hermanita. Ya estás grande como para hacer un berrinche.

Imanol la miraba burlón. Su hermana había cumplido hacía poco sus dieciséis años.

—No seas así —lo sermoneó Gabriela. Con Edurne eran amigas desde pequeñas y habían cursado sus estudios en un internado en Barcelona.

De pronto se oyó una voz rotunda:

—Yo te voy a ayudar.

Pedro Rojas se arremangó la camisa y comenzó a descender por las rocas resbaladizas. No miraba hacia abajo, pues temía sufrir un mareo: su vista estaba enfocada en la roca de la que pendía el sombrero.

—¡Cuidado! No vayas a lastimarte —suplicó Edurne, al ver que el joven bajaba intrépidamente, mientras las olas se estrellaban contra las rocas y mojaban todo a su alrededor. Un paso en falso y podría caer al mar.

Pedro descendía en silencio y concentrado; los demás jóvenes rezaban por lo bajo. Finalmente,

llegó al lugar donde se encontraba el sombrero. Extendió un brazo, mientras que con el otro se aferraba a una roca afilada. Cuando alcanzó el sombrero, lo sacó con sumo cuidado, tratando de que no se le rompiese. Luego subió despacio.

—¡Pedro Rojas! ¡Cómo te atreves! Casi me da un soponcio —lo retó Edurne. Asustada, corrió a refugiarse en sus brazos. Pedro la abrazó con fuerza. Amaba profundamente a la muchacha.

—Venga, no tantos arrumacos, que es mi hermana —los sermoneó Imanol, simulando enojo. Tenía los cabellos oscuros revueltos por el viento y sus ojos azules brillaban con picardía.

Edurne hizo caso omiso a las advertencias de su hermano y le plantó a Pedro un sonoro beso en una de sus mejillas. Luego, salió corriendo mientas él trataba de alcanzarla.

—¡Sois unos locos! —gritó Imanol.

—Pero ¡cómo se quieren! —le contestó Gabriela. Imanol la miró a los ojos:

—No creo que tanto como yo a ti. —Despacio, la tomó de la barbilla y rozó sus labios con un beso suave—. Nunca olvides lo mucho que te amo.

Gabriela sonrió. Estaba feliz. Con seguridad en uno o dos años contraería matrimonio con Imanol. Él le había prometido que, aunque estuvieran casados, ella podría estudiar Enfermería, el sueño que acariciaba desde pequeña.

Tal vez se le hubiera borrado la sonrisa de la cara si hubiera reparado en una jovencita montada en un pura sangre, que los observaba desde lejos. Una mujer de una belleza exótica, porte soberbio, piel color caramelo y unos hermosos ojos verdes. Tras aquellos ojos seductores se ocultaba una mente cruel, una inteligencia afilada.

Al cabo de unos minutos de contemplarlos, la joven azuzó al animal, que salió galopando hacia el otro lado.

—¿Viste a esa muchacha, Imanol? ¡Qué extraño! Me produjo un desasosiego inmenso.

—Pues no. Deben ser alucinaciones tuyas. A veces la neblina nos juega malas pasadas —mintió él. Sabía muy bien de quién se trataba, pero no quería amargarse el día y, menos aún, amargárselo a Gabriela.

—Nos estuvo observando un largo rato —señaló la joven, con un resabio amargo en la boca.

—Será alguna turista. No olvides que en esta época la ciudad se encuentra abarrotada.

Gabriela decidió callarse, aunque sintió que una puntada de angustia se clavaba en su pecho.

*

Todos los veranos se encontraban los cuatro (Edurne, Gabriela, Imanol y Pedro) en San Sebastián. Se habían hecho grandes amigos. Además, durante aquel verano en particular, Pedro y Edurne se habían puesto de novios, como así también Imanol y Gabriela. A los cuatro les gustaba pasar las tardes en la playa, si el tiempo lo permitía. Entonces se embarcaban con Ibai, hijo de un pescador de la zona, quien les manejaba el bote y les hacía de guía en aquellas costas bravas.

Cuando el viento impedía sus correrías en la playa, realizaban excursiones por el bosque. La propiedad de los Aguirre Larreta era muy extensa; podían pasear en ella sin temor a ser descubiertos. Había dos cabañas bien equipadas. Como los miembros de la familia amaban salir de caza, en una de ellas se encontraban varias escopetas, todas engrasadas y cargadas, además de municiones, prismáticos y trampas de distintas formas y grosores. La otra cabaña se la había apropiado Imanol y la había convertido en su estudio de pintura. Desde niño dibujaba y pintaba con gran habilidad, captando con una o dos pinceladas la esencia de las personas. Tres líneas eran suficientes para retratar un rostro extenuado o unos ojos inquietos. Las palabras de su padre todavía resonaban en su cabeza cuando le confesó que quería ser pintor: “Es un oficio de vagos, de miserables, de perdidos. Serás la deshonra y ruina de esta familia”. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, el hombre lo había dejado hacer siempre y cuando no descuidase sus deberes para con la familia. El patrimonio de los Aguirre Larreta era demasiado importante como para que solo Jaime, el hijo mayor, se ocupase de él. A Felipe, el tercero, se lo eximía de esas tareas por su salud delicada.

La cabaña era ideal para pintar, ya que había tres ventanales inmensos por donde entraba la luz a raudales. El olor del aceite de linaza que empleaba en las mezclas rebajadas con trementina impregnaba el lugar. Sobre una de las mesas había tarros con pinceles de diversos tamaños y espesores, tubos de pintura y varios bocetos dibujados a carboncillo y lápiz. Frente a uno de los ventanales, un lienzo cubría un caballete. Imanol estaba pintando en secreto un retrato de Gabriela. Lo pintaba de memoria, sería una sorpresa. Pensaba obsequiárselo cuando llegase el día de su santo, el veintisiete de febrero.

Cuando pintaba, se olvidaba de la noción del tiempo y, por eso, recibía un reto de su padre, a quien todo lo relacionado con el arte le parecían puras patrañas. Él necesitaba que sus hijos estudiasen leyes o comercio, para seguir expandiendo y protegiendo sus negocios, ya fuese el astillero en San Sebastián, la fábrica textil en Barcelona o las plantaciones de azúcar que tenían a medias con don Collazo, su socio cubano en aquella isla.

El noviazgo de Imanol con Gabriela contaba con el visto bueno de ambas familias. Se conocían desde pequeños y se movían en el mismo ambiente. Gabriela era la mejor amiga de Edurne. En cambio, Pedro Rojas vivía con sus abuelos en Barcelona y veraneaba en San Sebastián. Su madre había fallecido y el padre administraba las propiedades en la Argentina. Los abuelos estaban bien posicionados, pero no tenían el abolengo de los Aguirre Larreta o los Iribarren, quienes se codeaban con los miembros de la realeza española.

*

Victoria Collazo descendió del caballo con pericia. Vestía un traje de montar, confeccionado en terciopelo negro, que realzaba su figura sensual. Había nacido en aquellos climas, donde las

niñas maduraban pronto, como las frutas. Sin embargo, jamás usaba las telas de colores vistosos que llevaban las otras nativas. Su color era el negro, que solía adornar en contadas ocasiones con alguna pasamanería en tonos blancos o marfiles. Se quitó el casco bruscamente y la larga y castaña cabellera se derramó por su espalda. Un mestizo de facciones color chocolate se hizo cargo del animal. Pasaba la temporada veraniega en España, al servicio de la familia Collazo. Lo habían traído desde Cuba, donde tenían extensas plantaciones de azúcar. La familia había usufructuado los beneficios de estos cultivos durante años, aunque en realidad el pilar principal de la vasta fortuna estaba cimentado en la trata de esclavos. El abuelo de la joven había sido un importante negrero, que había llenado las arcas de la familia por varias generaciones a costa de traficar con carne humana.

—Victoria, hija, ¿de dónde viene tan agitada? —La mujer elegante y hermosa la miraba con evidente preocupación. Su belleza era extraña, ya que por sus venas corría sangre negra. Era una cuarterona.

—Lo acabo de ver con esa chiruza, madre. No lo soporto. ¿Acaso padre no iba a hablar con don Aguirre Larreta?

La mujer vaciló antes de contestarle. Sabía que el carácter de Victoria era temible: intolerante y soberbio. Era evidente que lo había heredado de su marido.

—Sí, hace ya unos días que lo ha hecho.

Victoria la miró incrédula, mientras golpeaba suavemente la fusta contra su traje de amazona:

—¿Entonces?

—Hija, es evidente que el muchacho no tiene interés.

Victoria apretó los labios un instante para frenar un incipiente temblor en la barbilla. La ira había comenzado a crecer en su interior como una criatura que atenazaba sus pulmones, impidiéndole respirar.

—Eso no es posible. ¿Acaso no cree usted, madre, que soy más hermosa que la chiruza esa?

La mujer la miró fijamente antes de contestar. No había duda alguna de que la belleza de la joven era impresionante; tan solo los ojos verdes que resaltaban en su piel almendrada eran un rasgo digno de destacar.

—A veces la hermosura no alcanza, Victoria. Existen otros sentimientos. Además, usted tiene una lista interminable de excelentes pretendientes. —Suspiró acongojada. Estaba convencida de que el diablo plantaba la belleza con el único propósito de perder almas, tanto la de quien la padecía como las de aquellos que atraía. Inspiró y exhaló lentamente. Si tan solo su abuelo hubiese elegido distinto. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡No podía amar a aquella hija, y lo peor era que ella se daba cuenta! Jamás iba a poder con la culpa que la carcomía lentamente.

Victoria la interrumpió con un gesto de impaciencia y la dejó con la palabra en la boca. Mientras se marchaba, hizo sonar la fusta contra el suelo varias veces, levantando una

considerable nube de polvo. “A otro perro con ese hueso, madre”, se dijo.

Una arruga de preocupación se dibujó en el semblante de la mujer. Temía los exabruptos de su hija, como así también su carácter indomable. Estaba segura de que, con el transcurso del tiempo, aquella vena cruel que caracterizaba a Victoria iba a convertirse en su arma más poderosa. Su marido la había educado con manga ancha desde pequeña y ahora cosechaban los frutos. Se lamentó profundamente, sabiéndose incapaz de ponerle un freno a su única hija.

Como una tromba, Victoria entró en el despacho de don Collazo. Aunque pasaban las vacaciones en San Sebastián para descansar y codearse con las familias españolas de prosapia, el hombre las aprovechaba para seguir cerrando negocios. Cuando la gente estaba descansada e indefensa, era el mejor momento para realizar los más ventajosos acuerdos. Sabía sacar muy buena tajada de cada oportunidad.

—Padre, ¿acaso usted no iba a hablar con don Aguirre Larreta? —Se sentó en unos de los cómodos sillones de Chippendale que adornaban el despacho. Nerviosa, siguió dando pequeños golpes con su fusta contra sus largas piernas.

—Hija, ¡deje de hacerse daño! —le ordenó él mientras buscaba, en una caja de madera de cedro español, un habano. Eran fruto de sus tabacales y de excelente calidad. Cortó el cigarro y lo encendió. Aspiró profundamente y luego se tomó su tiempo para exhalar el humo. La conversación que mantendría con ella seguramente no iba a ser de su agrado.

Un vaho de humo picante fue a dar contra la joven, quien no se inmutó. Por el contrario, inhaló una bocanada de este. Amaba el olor de los habanos. Siempre que podía le robaba alguno a su padre y se lo fumaba a escondidas.

Don Collazo comenzó a tamborilear los dedos contra el escritorio, gesto que indicaba que estaba nervioso por demás. Contrariar la voluntad de Victoria no era tarea de su agrado.

—La semana pasada me reuní con Aguirre Larreta —le dijo quedamente—. Le propuse estrechar lazos mediante un matrimonio. Le pareció una excelente idea.

Una sonrisa de complacencia iluminó el rostro de Victoria. ¡Por fin se casaría con Imanol!

El padre suspiró. Odiaba amargarla, pero no tenía más remedio.

—Escuche, Victoria, el señor Aguirre Larreta me propuso como candidato a su hijo mayor, Jaime. El que a usted le gusta está comprometido con una amiga de la familia.

El color desapareció de sus mejillas de un plumazo.

—Eso jamás, padre. A quien quiero es a Imanol. Si no me caso con él, no me casaré con nadie.

Don Collazo dio otra larga bocanada a su habano. Lo que más ansiaba en la vida era una casa llena de nietos. Su esposa no había podido tener más niños. Victoria era su única heredera y él pretendía casarla bien. Por eso le aconsejó:

—Las prisas se llevan mal con las contrariedades, hija. Ya veré qué puedo pergeñar para que usted pueda casarse con el tal Imanol.

Victoria se relajó. Confiaba plenamente en su padre. Así como era un as en los negocios,

también conseguía a cualquier precio lo que se proponía en la vida. De pronto se dibujó en su rostro un atisbo de sonrisa.

—¡Ramona, Ramona! —gritó—. ¿Dónde se ha metido, negra del demonio? Venga rápido, que me tiene que planchar los vestidos nuevos.

—Ya voy, amita, ya voy —corrió, jadeante, la criada.

—¡Mire que es usted calamidad! ¿Dónde se había escondido? ¿Acaso no sabe que debe venir a mi encuentro apenas diga Ra…? —Disfrutaba observar el escalofrío de miedo que provocaba en las personas que la rodeaban. Le daba una sensación de poder que no cambiaría por nada del mundo.

La negra bajó la mirada. Estaba acostumbrada a los bruscos cambios de humor de su amita. ¡Qué remedio! Prefería aguantarla así de mandona antes que de malas. Bufando por lo bajo, se dijo: “A la amita le encanta ponerla a una como trapo e’ cocina”.

*

Aquella mañana Imanol se hallaba reunido con su padre en el despacho de la mansión.

—No insista, padre. No pienso casarme con esa tal Victoria. Estoy comprometido con Gabriela Iribarren, a quien usted, por si lo ha olvidado, aprecia mucho.

—Hijo, Dios es testigo que nada tengo en contra de Gabriela. Todo lo contrario, me parece una joven amable, educada, además de hermosa.

—Entonces, ¿qué me está pidiendo? —La indignación horadaba la mirada de Imanol.

Don Aguirre Larreta acusaba en su rostro el transcurso de las estaciones y las vicisitudes de su vida:

—El padre de Victoria Collazo me pidió expresamente que te cases con su hija. ¿Qué puedo hacer cuando están en juego mis negocios en Cuba? No olvides que somos socios y que él posee la mayoría de las acciones. Los negocios no van bien aquí en España. Tanto la fábrica como el astillero están dando pérdidas. Nuestros principales ingresos provienen de la isla. ¿Te imaginas lo que podría suceder si de pronto Collazo decidiese acabar con la sociedad? No puedo siquiera conjeturarlo, hijo. Además, también debo pensar en el futuro de tus hermanos. Felipe, con su enfermedad; Edurne, Jaime.

—¿Entonces quiere hipotecar *mi* futuro por los negocios? Me niego de plano, padre. Jamás me casaré con esa mujer. —Le dirigió una mirada cargada de desprecio. Nunca creyó que lo iba a poner en semejante predicamento.

—Recuerda que el tratamiento contra la tuberculosis de tu hermano Felipe es muy costoso.

Imanol apretó fuerte los puños y contuvo las lágrimas de rabia que pugnaban por escapar:

—No me obligue a tener que elegir, padre. No sé, convenza al señor Collazo de alguna manera. A usted lo que le han sobrado siempre son los argumentos. La hija puede desposar a

Jaime o a Felipe. A mí, no. —Con esas palabras dejó el despacho.

Don Aguirre Larreta tragó saliva mientras ahogaba un suspiro. Se sentía atado de pies y manos. Su corazón había conocido el abismo con la temprana muerte de su esposa. Si algo le sucediese a Felipe… Ni siquiera podía suponerlo. Cabizbajo, se dirigió a la mesita donde estaban las botellas y se sirvió una copa generosa de coñac. Las dudas siempre se avivaban cuando uno iba en contra de lo que le dictaba el corazón. Sabía que no iba a ser justo con ese hijo suyo, aunque no tenía remedio. Se secó con el pañuelo bordado las gotitas de transpiración que perlaban su frente. A veces no importaba cuánto lo intentáramos: no podíamos proteger a nuestros seres queridos sin costo alguno. Estaba convencido de que torcer la voluntad de Imanol iba a ser más difícil que encontrar las minas del rey Salomón. Se terminó el resto del coñac y se sirvió otro. Nada mejor que el alcohol para ahogar las penas.

Isla de Cuba
1894

El día había ido naciendo bajo nubes bajas, cargadas de humo, como apretadas entre las montañas que se vislumbraban en el horizonte. Victoria cabalgaba a dos lados. Mientras lo hacía, sus cabellos sueltos se mecían con el viento. La acompañaban sus cuervos amaestrados, que no dejaban de dar vueltas graznando a su alrededor. Sus plumas oscuras y sus ojos negros brillaban contra el cielo. Cuando se cansaban de volar, descansaban en alguno de sus hombros. Ella siempre se encargaba de alimentarlos con insectos. Esbozó una sonrisa de satisfacción: pronto Imanol estaría en sus brazos. No albergaba duda alguna de que el hombre, más temprano que tarde, sucumbiría a sus encantos. “Seré su esposa por las malas o las peores”, se dijo. Había transcurrido más de un año desde que habían regresado a Cuba. Los planes habían salido tal y como lo había previsto su padre. Este le había enviado una carta a don Aguirre Larreta, intimándole a la unión de sus hijos Victoria e Imanol, so pena de finiquitar las sociedades en la isla. Collazo sabía muy bien que el imperio de los Aguirre Larreta se desmoronaría como un castillo de naipes si la amenaza se volvía realidad.

*

—Ay, amita. Cambie esa cara. Podemos hablá con la ña’ Jurema.

Victoria la miró rabiosa. Hacía días que esperaban carta de España, pero esta tardaba en llegar.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—La ña’ Jurema e’ una santera muy importante. De seguro le tira los cocos y le adivina el futuro. Y si no le gusta, le puede hacer un amarre.

Victoria la miró dubitativa. Su padre siempre había hablado pestes de los negros y sus

creencias; su madre, no. Desde pequeña le había hablado de los orishas, de los rituales caribeños que habían llegado desde el África a través de los negros. Tal vez se originaban en los rituales ancestrales de las pitonisas y las sibilas de las antiguas Grecia y Roma, que habían sido asimilados a los de otras culturas y, así, viajado por mares y continentes. La mujer no podía olvidar que su abuela había sido una esclava negra capturada en una de las redadas por traficantes de carne negra. Eso, Victoria no lo perdonaba.

La santera Jurema vivía en la plantación desde siempre; sin embargo, era la primera vez que Victoria se interesaba por ella.

—¿Un amarre? ¿Qué es eso?

—E' cuando no la quieren a una, ¿vio? Entonce' la Jurema le hace una poción mágica y en meno' de lo que canta un gallo lo tiene al Imanol ese comiendo de su mano.

—¡Qué cosas dice, negra infeliz! Yo no necesito de esas yerbas para que se enamoren de mí.

—Pos a mí no me lo parece. Si el Imanol está bien enamorao de otra —terció Ramona.

Una súbita palidez se apoderó del rostro de Victoria. Sacó de su cintura el látigo y le dio unos azotes en las piernas:

—Negra del demonio, ¡la voy a matar si no cierra el pico! ¡Fuera de mi vista!

La criada no dudó en salir disparando mientras se repetía una y otra vez: "Mal paga el mandinga a quien bien le sirve".

Victoria se quedó pensativa. La idea que le había dado Ramona no estaba nada mal. En lo profundo de su corazón, una vocecita le decía que Imanol jamás se iba a enamorar de ella por voluntad propia.

*

Unos días más tarde, con las indicaciones para llegar a la cabaña de la santera y una bolsa de cocos, ensilló su caballo y cabalgó hacia el lugar. Se fue alejando de la plantación e internando en el monte. Finalmente, cuando llegó, ató el caballo a una de las plantas y caminó hacia la cabaña, que estaba custodiada por una ceiba, el árbol santo. Golpeó las manos y, sin esperar respuesta, entró, corriendo la tela que estaba colocada a modo de puerta. Así le había indicado Ramona que hiciese.

Entrecerró los ojos, intentando adaptarse a la penumbra del lugar. Se sorprendió cuando advirtió una abundancia de bodegón en el recinto: yuyos de las plantas más variadas colgaban del techo y en las paredes; frascos con sustancias oscuras se apilaban en los estantes. Amuletos y talismanes, confeccionados con piedras preciosas y otras no tanto, ocupaban un armario destartalado.

Allí la recibió la negra más grande y obesa que había visto en su vida. Vestía una túnica blanca y un turbante del mismo color ocultaba sus cabellos. Iba descalza. La santera la observaba

entre las bolsas de carne que rodeaban sus ojos. Jurema era una sacerdotisa de Ifá, la biblia no escrita de la Santería, los mandamientos de los dioses que llegaron a Cuba desde el África y también la fuente de todos los secretos de los espíritus y la adivinación.

—La estaba esperando —la saludó, con una suave cadencia al hablar que le erizó la piel.

—Aquí traigo los cocos para la ofrenda. —Ramona la había visitado con anterioridad y le había explicado lo que su ama necesitaba.

Una niña escuálida, con el cabello azul largo hasta el suelo, salió de uno de los rincones oscuros, se acercó a Victoria y agarró la bolsa. La niña tenía los ojos blancos: era ciega. Caminando a saltitos, le entregó la bolsa a la santera. La mujer la abrió y, despacio, fue depositando los cocos sobre el altar donde rendía tributo al dios del que todo procede.

—¿No puede ver? —La niña no le había despertado compasión, solo curiosidad. La compasión era algo que Victoria no estaba acostumbrada a experimentar.

La santera se demoró en contestar. Cuando lo hizo, le aclaró:

—A veces, a las personas que ven demasiado, el destino las compensa quitándoles la vista. —Se quedó unos minutos callada y luego le aconsejó—: Si usted quiere encontrar su destino, debe resolver su pasado. En su nacimiento está la verdad acerca de quién es usted.

Victoria la miró sin comprender.

—¿Qué quiere decir? No la entiendo.

—A mí no me corresponde develar ese secreto. Pero debe enfrentarlo para comprender la índole de su naturaleza y así poder actuar en consecuencia.

—¿De qué secreto me habla? —Victoria había comenzado a asustarse. Desde muy pequeña había sentido un gran vacío en su interior, pero únicamente lo había hablado con Ramona y ella siempre le cambiaba de tema. La santera no le contestó. Solo preguntó:

—¿Qué quiere saber? —Sus ojos escrutadores se clavaron en ella.

—Quiero saber si Imanol vendrá a Cuba. —Nerviosa, jugaba con su cabello. ¿Cuál era ese secreto que pendía sobre ella? Debería averiguarlo sin falta.

La santera partió los cocos mientras murmuraba, con sus labios gruesos y descoloridos, una oración ininteligible.

Pese a la distancia que las separaba, Victoria sintió que un escalofrío recorría su espalda cuando observó que los ojos de la mujer se ponían en blanco. Con seguridad se hallaba en trance.

Con un movimiento suave, la santera levantó los cocos y los tiró al piso: dos cayeron boca arriba y dos boca abajo.

—Sí, vendrá. —Su expresión era inescrutable—. Puede hacer otra pregunta.

—Quisiera saber si se enamorará de mí. —El corazón de Victoria palpitaba agitado, temiendo la respuesta que podría recibir.

La santera volvió a tirar los cocos; esta vez tres cayeron boca abajo y uno boca arriba. La miró y le respondió:

—El dios dice que es imposible. El hombre pertenece a una mujer, y ella, a él. —Se demoró unos instantes y agregó—: Este designio está forjado desde hace mucho tiempo, antes de que fueran siquiera una sombra de vida.

Victoria enrojeció hasta las orejas, aunque logró reprimir el estallido de furia que le temblaba en los labios. Sentía los latidos de su corazón resonando como latigazos en su interior.

La santera se guardó de decirle que algo malo estaba por venir. Se jaló de las orejas para ahuyentar el mal y Victoria la imitó. Luego tomó otro coco, lo abrió y le dio de beber el agua.

—Debe haber algo que podamos hacer. Quiero casarme con Imanol. Quiero que sea mi esposo.

La santera le indicó con un gesto que se callase:

—Cuando él llegue a estas tierras, haremos un amarre poderoso y… peligroso —agregó.

—¿Peligroso? ¿Cómo? —preguntó asustada.

—Los dioses pueden pedir algo a cambio. Algo que a usted le importe mucho.

—Pues se lo doy. Mi familia es lo suficientemente rica para poder pagar cualquier precio.

Entonces, la niñita de cabellos azules le dijo:

—Le pedirán lo que no se puede comprar con dinero. Tal vez un pedazo de su propio cuerpo.

—¿Cuál? —preguntó estupefacta.

La niña la observó con unos ojos que no podían ver, pero que sabían escudriñar dentro del alma:

—Puede ser uno de sus ojos verdes.

Victoria la miró horrorizada. ¿Cómo era posible que la ciega supiese que sus ojos eran verdes? Por un momento tuvo la impresión de que la niña no era una niña, sino un ser malvado y perverso.

—¿Entregar un ojo a cambio del amor de Imanol? ¿Usted me lo asegura?

La niñita emitió un gorjeo con una voz clara y cristalina.

—¡Claro que no! Es usted la que debe tomar el riesgo —habló la santera.

Victoria había palidecido. ¿Valía la pena perder uno de sus hermosos ojos por el amor de un hombre? Si era por Imanol, sabía que sí.

—De acuerdo. Así se hará.

—Espere aquí. —Fue hacia uno de los rincones oscuros de la habitación y regresó con un cuchillo de plata, unos yuyos y una tira de cuero.

—Deme su mano —le ordenó. Ante la vacilación de Victoria, la santera le dijo—: Está a tiempo de arrepentirse.

Victoria no estaba acostumbrada a tener miedo. Contadas veces en su vida lo había sentido. Por eso, el terror que estaba experimentando en aquellos momentos era nuevo. Temblando, le extendió la mano.

Mientras la mujer le hacía un corte limpio en la palma, y otro en la de la niña de cabellos

azules, trataba de consolarse pensando en uno de los dichos de su padre: “Hay veces en que se debe saber elegir las batallas con que uno va a ganar la guerra”.

Con intensa concentración, la santera unió las dos palmas sangrantes con los yuyos y las ató con el tiento de cuero. Mientras tanto, murmuraba una plegaria.

Victoria sintió el inmenso poder de la magia corriendo por sus venas como un halo gélido, congelándole las entrañas, enfriándole la sangre y el corazón.

La niña de cabellos azules hasta el suelo, clavándole esos ojos vacíos y con voz cantarina, habló:

—Luego de la noche de calenda, traiga un mechón de los cabellos de su hombre. Mi abuela le hará su pócima de amor.

La noche de calenda era aquella en la que se escuchaban los tambores Batá, cuando los negros se reunían a bailar y practicar sus ceremonias religiosas. Los dueños de las plantaciones jamás las habían prohibido, a pesar del miedo espeluznante que les producían el sonar de los tambores y las danzas desenfrenadas.

Victoria no pudo ocultar su sonrisa. Estaba segura de que jamás perdería su ojo. Imanol sucumbiría a sus encantos sin necesidad de grandes sacrificios. Sacó de una alforja que llevaba colgada en su cintura varias monedas de oro y las dejó sobre la mesa. Satisfecha, abandonó la cabaña y se dirigió hacia donde había dejado su caballo. Entonces se dio cuenta de que el lugar estaba envuelto en un manto de silencio. No se escuchaban los pájaros, ni sus cuervos, que siempre la seguían. Nuevamente sintió miedo. Por eso, espoleó al animal y salió al galope. No fue sino a varias leguas de distancia cuando pudo recuperar nuevamente el ritmo de su respiración.

*

Cuando Victoria se marchó, la santera le dijo a su nieta:

—Así como el amor ilumina algunos corazones, en otros lo único que hace es arrojar largas sombras.

—El corazón de esa mujer está enfermo, abuela, huele a muerte, a perversidad. —La niña de cabellos azules hasta el suelo se acercó a la santera.

—Hay venenos que penetran el alma y la enferman, mi niña. La maldad, el odio y los celos son algunos de ellos. Mucho me temo que todos ellos habitan en esa muchacha. Ya sabemos quién ha sobrevivido. Alcánzame nuevamente los cocos —le pidió.

Cuando la niña de cabellos azules hasta el suelo lo hizo, sin querer se raspó con el filo de un hueso y la sangre comenzó a mancharle la ropa. La santera le dijo mientras la curaba:

—La herida de sangre se cura; la del odio, no.

Apenas terminó la curación, volvió a tirar los pedazos de coco. Sabía que los demonios

estaban alertas y que sus presas más fáciles eran las almas golpeadas y despechadas. Esta vez, los cuatro cayeron boca abajo. La santera se santiguó. Ahora era Oyékun el que hablaba, y lo hacía para vaticinar una muerte. Entonces la mujer encendió una vela por los muertos por venir.

*

Ni bien Victoria regresó a la plantación, fue directo al cuarto de costura de su madre, donde esta pasaba largas horas tejiendo o haciendo bordados interminables. Entró como una tromba y le espetó:

—Madre, ¿qué secreto se me oculta en esta casa? ¿Qué tiene que ver mi nacimiento en todo esto? —Las palabras le salían a borbotones.

La piel de la mujer palideció, perdiendo ese hermoso color caramelo, que se transformó en un tono verdoso:

—¿De qué me habla, hija? —Su voz temblaba.

—Dígame ese secreto o se lo sacaré a la fuerza. —Victoria estaba decidida a dar con la verdad.

Su madre la miró de hito en hito. Sabía que a Victoria no le temblaría el pulso si quería averiguarlo por las malas. Miró la fusta en su mano y, por un momento, temió lo peor. Sacando fuerzas de flaquezas, le contestó:

—Ocurrió hace muchísimo tiempo. Sin embargo, lo recuerdo como si fuese hoy mismo.

—¿Qué es lo que recuerda, madre? —la interrumpió, violenta—. Sea clara —ordenó, mientras golpeaba la fusta contra sus piernas.

La mujer exhaló un suspiro de resignación y comenzó a hablar:

—El día de su nacimiento fue el más feliz de mi vida… ¿Sabe? Usted no fue hija única. Ese día también nació su hermana.

Los ojos de Victoria se abrieron como platos:

—¿Cómo que tuve una hermana? ¿Y dónde está?

—Está muerta, la pobrecita. —La congoja se dibujaba en el rostro de la cuarterona.

Victoria se quedó paralizada. Jamás se había imaginado que podía haber tenido una gemela.

—¿De qué murió? ¿Acaso contrajo alguna enfermedad?

La madre no pudo evitar estallar en llanto:

—No, no… La mataron.

—Pero ¿qué dice? ¿Cómo que la mataron?

A la madre le costaba encontrar las palabras. Finalmente le explicó:

—Mi abuelo lo hizo. Y casi acaba también con su vida, hija. La pudimos salvar gracias a la madre de Ramona, que fue en busca de ayuda.

Victoria sintió de pronto un miedo espantoso. Un miedo paralizante que trepaba por sus venas,

por sus nervios, por su cuerpo fibroso.

La mujer continuó:

—Mi abuelo creía que los gemelos no podían vivir. Para él y para los suyos, uno de ellos encarnaba el bien, y el otro, el mal. Por eso era necesario quitarles la vida a ambas.

Victoria estaba demudada. Siempre había sentido que estaba incompleta. Ahora comenzaba a comprender.

—Por eso, con su padre, no quisimos más niños. Temíamos que nacieran nuevamente gemelos.

—Lo que me está diciendo es un horror. Es decir que, si no hubiese sido por una esclava, hoy yo estaría muerta. ¿Y qué hizo padre?

—Su padre mandó matar a mi abuelo y a los ancianos de la plantación. —Las lágrimas caían por el rostro de la madre—. Colgó sus cuerpos en la entrada durante mucho tiempo, para que sirvieran de escarmiento. Solo después de varios meses se les pudo dar cristiana sepultura. Nos fuimos de la plantación y no regresamos durante años. Su padre estaba aterrorizado, Victoria, temiendo que alguien pudiese hacerle daño.

—Pues felicito a padre de todo corazón. Matar a una inocente por unas creencias estúpidas merece eso y mucho más. Si hubiese sido por mí, tiraba los huesos de esos malnacidos en el chiquero. —Ahora el miedo había desaparecido para dejar paso al dolor, al enorme vacío que habitaba en su interior.

—No diga eso, hija, por favor. Eran sus creencias. —Hizo una pausa y le rogó—: Le suplico que no lo hable con él. Sería remover antiguas heridas.

—Me doy cuenta de que mi padre la debe amar demasiado. Yo hubiese acabado con toda su estirpe. —Su voz gélida destilaba veneno. Le dirigió una mirada despectiva—: Tenga bien presente que no callaré por usted, sino por mí. Ya me señalan por ser hija de una cuarterona. No quisiera empezar a escuchar que soy la gemela malvada. —De un portazo abandonó el salón de costura para ir a las caballerizas. Ahora entendía muy bien su naturaleza torcida. Necesitaba tomar aire y poner en orden sus ideas.

La madre se quedó abatida. No era la primera vez que deseaba que su abuelo hubiese matado a esta hija en lugar de a la otra.

*

Aquella misma semana, Victoria comenzó los preparativos para la futura llegada de Imanol. Había decidido no escarbar en el tema de su nacimiento. ¿Para qué? Tenía que planificar su vida futura, y esa era junto a él. Intuía que no iba a pasar mucho tiempo hasta que el joven pisase el suelo cubano. La carta amenazadora que le había enviado su padre a don Aguirre Larreta había sido contundente. Ahora solo había que esperar. En su último viaje a Europa, antes de regresar a

Cuba, había visitado con sus padres la ciudad de París. Allí había encargado un ajuar digno de una princesa: el vestido de novia, la ropa interior bordada con encaje chantilly y lazos de satén, vestidos para la mañana y otros de fiesta, zapatos, guantes, los sombreros de última moda, adornados con animales, plumas y distintas pasamanerías. Todo había costado un Potosí, pero su padre no había dicho ni pío. Cumplía a rajatabla cualquier deseo de su caprichosa hija. Sería la esposa de Imanol Aguirre Larreta a como diese lugar.

Montó nuevamente y se dirigió a la hacienda. A la mañana siguiente viajaría a la ciudad en busca del preciado ajuar, que había llegado en uno de los barcos de su padre. Además, debía retirar las sábanas y toallas que se había hecho bordar por las monjitas con las iniciales de Imanol y las suyas. Una sensación placentera se desparramó por su cuerpo.

*

Victoria abandonó el barco con una sonrisa de satisfacción. Todo había llegado tal como ella lo había ordenado. Luego de hacerse de provisiones, viajaría a “La Alborada” por mar.

La plantación estaba ubicada en Matanzas, entre La Habana y Cienfuegos. A su padre no le hacía gracia que ella se moviese a su aire. Las partidas de insurrectos pululaban por los caminos, asaltando y matando a quienes se enfrentasen a ellos. Sin embargo, Victoria era temeraria. Cuando algo se le ponía entre ceja y ceja, nadie en su sano juicio la detenía.

La primera revuelta independentista en Cuba contra el poder español había comenzado en 1868. En realidad, el primer acto insurgente fue más bien político. Consistió en la redacción de un manifestó denominado “Cuba libre”, por la clandestina Junta Revolucionaria, en el que se anunciaba la abolición de la esclavitud en la isla.

Los españoles, poco a poco, se vieron afectados por estos actos. La colonia seguía siendo para España un importante mercado de productos: harinas, jabones, arroces, azúcar, tabaco.

Los peninsulares que habitaban la isla consideraban los actos independentistas una afrenta a su poderío económico. Los criollos, una salida para sus intereses políticos y económicos; para los negros y mulatos, eran la esperanza de alcanzar una efectiva y auténtica libertad.

Victoria montó el caballo que había dejado preparado y salió al galope rumbo a la ciudad. Cuando estuviese en el barco pensaría con más tranquilidad en las palabras de la santera.

CAPÍTULO 2
POR LAS MALAS O LAS PEORES

San Sebastián, 1894

—Padre, ¿qué me está pidiendo? Es imposible que viaje a Cuba. Usted bien sabe que en unos pocos meses me caso.

Imanol hablaba con una firmeza que no dejaba lugar a duda alguna. Don Aguirre Larreta bajó la mirada. Temía que su hijo pudiera leer en ella el terrible dolor que lo oprimía.

—¿Acaso me crees inhumano como para privarte de tu matrimonio? La verdad es que no tengo a nadie para pedirle semejante favor. Simplemente me encuentro acorralado.

—Pídaselo a Jaime. Estoy seguro de que él aceptará gustoso viajar a las plantaciones. Se siente como un pez en el agua haciendo negocios.

Don Aguirre Larreta sacó del bolsillo del traje su pañuelo y se lo pasó por su cabeza calva para secar las gotitas de transpiración. Sabía muy bien que lo estaba traicionando y tal vez lo pagaría muy caro el resto de su vida. Pero los negocios naufragaban y no se podía dar el lujo de tirarlos al traste, más cuando estaba de por medio la salud quebrada de Felipe. Era impensable mostrarse débil con Imanol, a quien veía como la única solución a sus problemas. Además, estaba la maldita carta de su socio… Escogió con cuidado las palabras:

—Hijo, tu hermano Jaime ya se ocupa del astillero y de la fábrica textil, que están atravesando serias dificultades. No le puedo pedir más. —Recuperó el aliento antes de proseguir—. Serán tan solo unos pocos meses. Arreglas los asuntos por allá y luego regresas.

Imanol apretó los puños con fuerza. ¿Cómo le explicaría a su novia ese viaje repentino? ¿Qué excusa podría darle? ¿Y si ella decidía romper el compromiso? Estaba en todo su derecho. A Gabriela lo que le sobraba eran pretendientes. Su belleza se había ido intensificando con los años, hasta convertirse en una auténtica preciosura. El retrato de la joven ya estaba terminado. Se había demorado mucho más de lo pensado, pero había quedado impactante. Había logrado plasmar en su rostro aquel gesto salvaje, a la vez que inocente, ignorante de su propia fuerza; con los músculos en tensión, como los animales salvajes que están al acecho, bellos pero peligrosos. Se mordió el labio inferior. Estaba al tanto de la situación en Cuba. Cuando se prohibió la

esclavitud en la isla, las plantaciones sufrieron pérdidas económicas muy significativas. Con mano de obra barata, era casi imposible sacar adelante los cultivos. Sabía que Collazo le había escrito a su padre explicándole el problema. Si su hermano no podía viajar, no le iba a quedar más remedio que hacerlo él.

—Está bien, padre. Si no hay otra alternativa, iré. —Aceptó cabizbajo, pensando cómo se lo diría a su novia.

Cuando salió del despacho, don Aguirre Larreta se mantuvo alerta oyendo los pasos de su hijo que se alejaban de la puerta. Con el deseo infinito de gritarle que lo desoyera, que no le hiciera caso, se desplomó en el sillón. Otras fuerzas que no eran suyas, y sobre las que no tenía voluntad, lo obligaban a quedarse allí sentado, amarrado a su propia desesperación por tener que traicionar a su retoño.

*

Aquella mañana las jóvenes se encontraban en casa de Gabriela:

—¡Ay, amiga, estás preciosa! El vestido de novia te queda pintado —le decía Edurne, mientras observaba cómo la modista, con sus ayudantes, le hacía los retoques necesarios: una alforza por aquí, el ruedo más alto por allá.

Gabriela había decidido usar el vestido de su difunta madre. Sus tías lo habían guardado con mucho cuidado y todos los años lo aireaban y colgaban al sol para evitar que amarilleara. Finalmente había llegado el momento de poder lucirlo. El vestido era una joya: de satén blanco con detalles de encaje chantilly en el cuello y los puños. La larga cola se desplegaba por el suelo como si fuera la de un pavo real.

Edurne resplandecía de felicidad. Ver a su mejor amiga casada con su hermano preferido era su anhelo más deseado. Aquel verano ella también le daría el sí a Pedro Rojas. Finalmente, su padre había cedido ante su insistencia y, luego de corroborar que los Rojas estaban bien posicionados, les permitió casarse. Lo que Edurne ignoraba era que don Aguirre Larreta quería, de ese modo, acallar su conciencia. Al menos, que uno de sus hijos fuese feliz.

Una vez que finalizaron con las pruebas del tocado y también las del velo, las jóvenes se dirigieron a la cocina. Allí les sirvieron tazones humeantes de leche con pan y dulces.

—Todavía estoy sorprendida con la decisión de tu padre —comentó Gabriela mientras untaba su pan con miel—. No me malinterpretes, amiga, pero jamás pensé que te lo iba a poner tan fácil. Siempre creí que iba a armar una Marimorena.

Edurne dejó de beber su leche y dijo:

—No te creas, que para mí también fue toda una sorpresa. Supuse que todo iba a acabar como el rosario de la aurora. Si hasta pensamos en fugarnos con mi Pedro. —Se encogió de hombros —. La verdad es que no entiendo nada. Tan solo te puedo decir que tengo un oscuro

presentimiento.

Gabriela se hizo la señal de la cruz:

—Tú y tus visiones me causan escalofríos. —Edurne le había confiado que poseía un don especial: podía presentir las muertes violentas. Era un don que heredaban las primeras hijas mujeres de la familia Aguirre Larreta y que pasaba de generación en generación a la muerte de su antecesora. Ella lo había recibido al morir su madre. Gabriela la había escuchado en silencio y había jurado no divulgar su secreto. Como buena donostiarra, estaba acostumbrada a las creencias y los mitos ancestrales donde la muerte, o el temor a su llegada, se convertía en el centro de la vida. Desde los tiempos antiguos, toda la zona a ambos lados de los Pirineos había sido considerada mágica.

Edurne musitó:

—No me hagas caso. Ya sabes cómo soy. —Prefirió guardarse que desde hacía ya varios días tenía una angustia tan grande que le dificultaba la respiración. Sin embargo, decidió no alarmar a su amiga. Tal vez fuesen solo exageraciones suyas.

Paquita, la criada, entró e interrumpió la conversación.

—Señorita Gabriela, su prometido la espera en la sala.

Los ojos de Gabriela se iluminaron de inmediato.

—Dile que me tardo tan solo unos minutos. —Dirigiéndose a Edurne le preguntó—: ¿Me cambio el vestido? ¿Tengo en orden el cabello o está despeinado?

—Estás perfecta —le dijo, riendo. Aunque Gabriela se vistiese con trapos, no podría ocultar su belleza.

—No, no. Me rehago el peinado y voy. Anda, ve y entretenlo un poco hasta que me aliste.

Edurne dirigió una mirada a los cielos y pensó "¡Santa paciencia!". Con una sonrisa fue al encuentro de su hermano.

La sala estaba exquisitamente decorada con tapices, alfombras y muebles delicadamente trabajados. Los ventanales amplios estaban abrazados por cortinados de un suave tono verdoso.

Apenas vio a Imanol, la sonrisa de Edurne se borró de sus labios. El rostro de él estaba sombrío y sus ojos la esquivaban. Entonces comprendió que sus presentimientos se iban a volver realidad:

—¿Qué ocurre? Por tu cara veo que no traes buenas nuevas.

Imanol le refirió escuetamente el pedido de su padre. Edurne sintió una puntada de tristeza por su amiga. ¿Cómo reaccionaría? Decidió dejarlos solos.

—Gabriela.

La voz de Imanol hizo que el corazón de Gabriela saltara de la emoción. A pesar de amarse desde niños, siempre le pasaba lo mismo en su presencia. No pudo reprimirse y se lanzó a sus brazos.

—¡Imanol! ¡Ni imaginas cuánto te he extrañado!

Las caricias y abrazos se perdían en sus cuerpos sin recato. Él le besó los labios como si le fuese la vida en ello. Entonces, bajó los ojos, aflojando el abrazo y dejando caer sus brazos, hasta el momento aferrados a su espalda. Gabriela comprendió que algo no estaba bien.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué ese ceño fruncido?

—Ha surgido un imprevisto, amor. Debo viajar a Cuba. —Su voz salía quebrada.

Ella tragó las lágrimas que pugnaban por salir:

—¿A Cuba? ¿Tan lejos? ¿Y nuestro matrimonio? ¿Cómo puedes irte faltando tan poco?

Imanol clavó sus ojos en los suyos, como si quisiese beber su mirada:

—Me lo ha pedido padre como un favor especial. Hay situaciones que están amenazando nuestras plantaciones en la isla. Mi hermano no puede viajar, la fábrica y el astillero consumen todo su día, además de las amenazas de huelga. Y en cuanto a padre… ya sabes cómo está.

Gabriela sí que lo sabía. Era testigo de cómo el hombre se iba marchitando en silencio. Sin embargo, una voz en su interior le obligó a preguntar:

—¿No tendrá nada que ver Victoria Collazo con este viaje repentino?

Él la miró sorprendido. Hacía ya mucho tiempo que le había contado los planes del padre de Victoria para casarla con él y cómo los había rechazado. Pero no se le había pasado aquella idea por la cabeza en ningún momento.

—No, no lo creo. Padre no me pondría en semejante predicamento. La situación en la isla es muy precaria. Los conflictos están a la orden del día.

—Entonces, ¿por qué viajas si es tan peligroso? —Llevándose la mano al corazón, agregó—: Tal vez no volvamos a vernos.

Imanol la acercó a su cuerpo y la abrazó.

—¿Cómo puedes decir eso, Gabita? ¿Acaso no sabes que te amo? Tú eres la razón de mi vida, no sabría vivir si no es a tu lado. Solo serán unos meses. Voy a regresar justo para la boda. —Tomó su cara entre las manos y le dio un beso en la boca. Un beso profundo, cálido y apasionado. El último en mucho tiempo.

—Te estaré esperando.

Imanol sabía decirle más con sus besos que todas las cartas de amor que se habían escrito. Entonces, Gabriela recordó el mal presentimiento de Edurne y no pudo evitar que las lágrimas descendieran por sus mejillas.

*

Edurne entró como una tromba en el despacho de su padre y lo enfrentó:

—Dígame que no es verdad lo que me acaba de contar mi hermano. —Sus ojos rezumaban furia.

Don Aguirre Larreta parecía haber envejecido de pronto. Su mirada se había teñido de un velo

blanco y en su piel se podían contar más arrugas. No le contestó enseguida. Era demasiado pesada la culpa que lo carcomía:

—No tengo más remedio, hija. Tal vez algún día me entiendas, pero tan solo te puedo decir que está en juego la salud de Felipe.

—¿Cómo se le ocurre que lo pueda entender? Eso jamás, padre. Está enviando a Imanol al otro lado del mar, a un lugar donde los conflictos están a la orden del día, tal vez a la muer… —prefirió no completar la frase. Hizo una pausa para recobrar el aliento—. Está arruinando el futuro de Imanol, padre. No sé qué se trae entre manos, pero debo recordarle que todos su hijos tienen derecho a ser felices. Siempre pensé que era usted un hombre bueno, pero hoy me doy cuenta de que me equivoqué. No basta con ser bueno. También hay que ser justo, y a usted le ha faltado el valor para administrar justicia.

Con esas palabras contundentes, Edurne abandonó el despacho dando un fuerte portazo.

Don Aguirre Larreta se quedó en el lugar por mucho tiempo. Una sensación extraña había comenzado a embargarlo, como si esas cuatro paredes fuesen testigos del calvario al que estaba siendo sometido. Las lágrimas descendían lentamente por su rostro enjuto. Cada vez estaba más convencido de aquello que a veces murmuraban a sus espaldas: “Los Aguirre Larreta son como un árbol que da mucha sombra, pero que no deja crecer nada a su alrededor”.

Isla de Cuba

Imanol había viajado a Cuba a bordo de uno de los barcos a vapor de la Compañía Transatlántica. Los periódicos del momento comentaban con admiración que en los nuevos barcos construidos por los ingleses se podía realizar el viaje en veinte días. Sin embargo, ese no había sido su caso. El viaje había sido harto penoso; no solo se vieron afectados por grandes tormentas, sino que una epidemia de fiebre amarilla había enfermado a un buen número de pasajeros. La mayoría de los nativos eran inmunes a esas fiebres, también conocidas como vómito negro. Se aisló a los enfermos y se extremaron las medidas de cuidado. Deseoso de pisar tierra firme, Imanol no pudo evitar alegrarse al escuchar el grito de “¡tierra!”. Después de cinco semanas a bordo, todos esperaban ansiosos la llegada.

En el barco había hecho migas con Pol, un médico indiano que había abandonado la isla para cursar sus estudios en Barcelona y afincarse en aquella bella ciudad. Sin embargo, los disturbios que azotaban a Cuba lo habían hecho cambiar de parecer. Quería estar con los suyos, en la tierra que lo había visto nacer.

Una vez que hubieron controlado el brote de la enfermedad, el médico pudo relajarse y disfrutar del resto del viaje.

—¡Mire! Aquella que está allá —señalaba con el dedo— es la fortaleza del castillo del Morro. El rey español la mandó a construir por el 1587, para protegerse de los piratas. —El castillo

estaba situado sobre unas rocas—. Y más allá, está la fortaleza de San Carlos Cabaña —agregó con entusiasmo.

Imanol contemplaba todo lo que su entretenido compañero de viaje le iba señalando al detalle, mientras trataba de dibujar la belleza de la isla en el cuadernillo que había llevado para la travesía. Cuando le había hablado de los motivos por los cuales viajaba, el indiano se lo había quedado mirando sorprendido.

—¡Qué extraño, mi amigo! "La Alborada" es una de las plantaciones más pujantes. Don Collazo jamás permitiría que se viniese abajo. —Se interrumpió unos momentos para encender un habano—. Imagínese, todas sus plantaciones sobrevivieron a la libertad de esclavos, y pudo pagar los jornales sin inconvenientes. Eso no pasó con el resto, que se vio en serias dificultades.

Con un escalofrío, Imanol le preguntó:

—¿Cómo así?

—Es de público conocimiento la vasta fortuna de los Collazo, fortuna que alcanzará a varias generaciones y que puede sobrevivir unas cuantas guerras. El abuelo fue uno de los traficantes de esclavos más importantes de la zona. Abastecía a la isla y también al sur de los Estados Unidos. Además, las malas lenguas dicen que también se dedicaba al contrabando.

Imanol, entonces, sospechó lo peor: las puñaladas más traicioneras nunca llegan de frente, sino siempre por la espalda y con un abrazo. Su padre lo había vendido al mejor postor.

*

El barco hizo su entrada en la bahía de La Habana, un gran puerto internacional donde recalaban navíos de todo el mundo. Ni bien Imanol divisó el muelle colorido, una extraña sensación le oprimió el pecho. Allí lo estaría esperando don Collazo para discutir los supuestos problemas en las plantaciones. Tenía decidido finiquitar el asunto en unos pocos días y regresar en el próximo barco que zarpara. Esa había sido una de las condiciones que le había impuesto a su padre antes de partir:

—Serán sólo unas semanas, padre. Lo justo y necesario como para resolver los conflictos. —Se pasó la mano por el cabello, mientras le dirigía una mirada gélida—. Quiero creer que esa estupidez de mi matrimonio con la señorita Collazo habrá quedado en el olvido.

Don Aguirre Larreta había suspirado con culpa:

—¡Claro que sí, hijo! Limítate a cumplir con tu trabajo y regresa pronto.

Imanol se despidió de Pol, con quien había forjado una linda amistad:

—¡Cuídese, que estas tierras son traicioneras! —le advirtió el indiano—. No olvide que la guerra está a la vuelta de la esquina, por más que los españoles se empeñen en negarlo. Si se encuentra en dificultades, no dude en dirigirse a "Santa Rita", mi plantación tabacalera en Pinar del Sur. Allí le podré brindar todo tipo de ayuda.

Se dieron un fuerte apretón de manos:

—Delo por seguro que así lo haré —agradeció Imanol. El cansancio del viaje había hecho mella en su cuerpo. Había perdido unos kilos y las ojeras serpenteaban bajo sus ojos azules.

En el puerto había docenas de barcos dispuestos a regresar a Europa cargados de azúcar, café y tabaco. El muelle, que había sido un hervidero de gente mientras desembarcaban, quedó prontamente vacío. Imanol consultó consternado su reloj una y otra vez. Miró con preocupación en busca del cochero de los Collazo, pero todo estaba desierto. Sin lugar a duda, algo habría ocurrido. Se sentó en uno de los bancos de piedra y sacó el cuadernillo que siempre tenía a mano. Con trazos firmes, comenzó a dibujar el lugar.

Al cabo de una hora de espera, llegó el ansiado coche.

—Señor Aguirre Larreta, señor Aguirre Larreta, disculpe usted, por favor. —El que hablaba era un negro corpulento, de piel lustrosa, vestido con una levita azul algo gastada—. Deme su equipaje, que ya mismo se lo subo. —Hablaba el español con una dicción perfecta. Sus modales y modos semejaban los de cualquier caballero. Ubicó el equipaje y le indicó a Imanol que subiera. Era evidente que había venido a las apuradas. Los caballos jadeaban y echaban espuma por la boca.

—Si no le importa, prefiero ir con usted en el pescante. Un poco de aire fresco me va a sentar de maravillas.

El cochero agitó las riendas y los caballos se pusieron en marcha. El carruaje tomó el camino de la orilla del mar, en dirección al selecto barrio del Vedado, donde vivía la familia Collazo cuando estaba en la ciudad.

—Ha ocurrido una desgracia… una desgracia… —se lamentaba el hombre, sosteniendo con firmeza las riendas de los animales. Imanol lo miró inquieto:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el señor Collazo? Tenía entendido que él personalmente vendría a recogerme.

—¡Al patrón lo han matado! ¡Lo han asesinado! —sollozaba el hombre, con el rostro color ébano iluminado por las lágrimas.

Imanol se estremeció. ¿Cómo era posible?

—No puede ser, debe haber un error —musitaba, negando las palabras del cochero. Entonces se dio cuenta de que el hombre llevaba un brazalete negro en la manga del saco y una cinta de ese mismo color atada al sombrero.

—Pues no, el amo está bien muerto. Al parecer se enfrentó solito a un grupo de desalmados que atacaron la plantación apenas había clareado. Se llevaron los animales y dejaron al patroncito tirado, desangrándose. Muchos negros se unieron a ese grupo de malvivientes y huyeron con ellos. —Con cada sollozo del hombre, se movía el carruaje—. Lo trajeron de la plantación para el velatorio.

—¿Acaso no tenía algún capataz que lo respaldase? —Imanol se había quedado de una pieza.

¿Ahora qué iba a hacer él allí, sin don Collazo para que le explicase los problemas de las plantaciones? ¿Cómo podría tomar cartas en el asunto si ignoraba todo lo referido a los tabacales y el azúcar?

—Sí, pero uno de esos maulas con seguridad lo traicionó.

—Tenía entendido que estaba abolida la esclavitud desde hace ya varios años.

El cochero se encogió de hombros:

—Se les pagaba por jornal. Pero no estaban conformes.

"Me imagino los sueldos abultados", pensó irónicamente Imanol, aunque prefirió no hacer comentarios. Cuando descendió del coche se dio cuenta de que la aldaba de la puerta principal lucía un lazo negro. Las ventanas y los espejos también habían sido cubiertos con paños del mismo color.

Una criada de cabellos motosos lo estaba esperando. Mientras el cochero llevaba el equipaje, la negrita lo condujo a la atestada sala. El comercio de La Habana en su totalidad se encontraba presente. Habían corrido la larga mesa francesa para veinticuatro comensales y dispuesto las sillas contra las paredes. Candelabros de hierro y lámparas de aceite alumbraban el amplio recinto. El féretro, con el cuerpo de Collazo y montado sobre un armazón de hierro, era de caoba refinada y se encontraba en el centro del lugar.

Victoria, pálida y ceñuda, desempeñaba su función de hija doliente a la perfección. La madre, que no había podido sobreponerse al disgusto, no se hallaba presente.

La joven hacía un esfuerzo por controlar los mareos ocasionados por el fuerte olor a incienso mezclado con el perfume de las flores, cuya combinación se había transformado en un hedor malsano.

Cuando vio al apuesto español que se acercaba, sólo atinó a exclamar: "¡Imanol!" antes de caer desmayada en sus brazos.

En un acto reflejo, él la alzó y la condujo por donde le indicaban los criados. Subió unas amplias escaleras hasta llegar a la habitación de la joven. Con sumo cuidado la depositó sobre la cama con doseles de los cuales colgaba un grueso mosquitero.

Permaneció a un costado, mientras aguardaban al médico de la familia, que llegó pronto por hallarse presente en el velatorio. Cuando el hombre comenzó a aflojarle la ropa, decidió esperar afuera.

*

Tras la larga noche de velorio, el responso y el pronto entierro por el calor del lugar, Imanol se encontró sentado en el gran comedor con Victoria.

La joven vestía de luto riguroso. A pesar de su palidez, el color le sentaba muy bien a su piel color miel y a sus ojos claros. Si estaba conmovida por la muerte de su padre, Imanol no pudo

deducirlo. Después de jugar con la comida del plato y apenas probar alguno que otro bocado, Victoria se dedicó a estudiarlo con los párpados entrecerrados y una vaga sonrisa. Sus ojos verdes brillaban con fuego propio. Cuando habló, sus palabras fueron duras y cortantes:

—En unos días viajaremos a la plantación. Debo surtirme de las provisiones necesarias para un largo tiempo. Iremos por mar, ya que los caminos son peligrosos.

—Tengo entendido que hay problemas de extrema gravedad. Me imagino que cuentan con un capataz idóneo —comentó Imanol, sumamente incómodo con la situación.

—Cuando lleguemos a La Alborada veremos el panorama. —Ahogó un sollozo—. No olvide que a padre lo mataron a traición.

Él lamentó el comentario:

—Lo siento. No quise ser imprudente.

Victoria lo miró con aquellos ojos seductores:

—No se disculpe, no es necesario. —Cambiando de tema, le sugirió—: Si le parece, puede recorrer la ciudad. Me hubiese encantado acompañarle, pero no se vería bien. De todas maneras, Ramona lo puede hacer. —Hizo una pausa para beber el café y agregó como al pasar—: Creo que es mejor que le escriba a su novia para postergar la boda. La situación en la isla se ha tornado muy peligrosa.

Imanol prefirió no contestarle y terminó el desayuno en silencio. Le habían servido café acompañado por una variedad de frutas desconocidas que le agradaron sumamente por su sabor dulce y refrescante. Luego aprendería sus nombres: guayabas, mamey, tamarindo.

Declinó la compañía de Ramona, pero aceptó la del cochero. Primero fueron hacia la zona del puerto. Allí, como afluentes imaginarios, desembocaban diversas calles, pobladas de tiendas de hierbas y magia que abastecían a las personas de todos los colores. También se encontraban los “doctores de hojas”, y en las trastiendas se vendían medicinas naturales, pociones de encantamiento, polvo de alas de ángel, cuernos del demonio, fetiches vudú y cristianos. Una vez que terminaron el recorrido por la pintoresca zona portuaria, el cochero lo llevó a los lugares más emblemáticos de La Habana: el paseo de la Alameda de Paula, la primera en construirse, y el Teatro Principal, para luego dirigirse al palacio de los Capitanes Generales.

El resto de la visita prefirió hacerla caminando. La isla exudaba vida por todos los poros. La humedad y el sol hacían el milagro. Las calles angostas estaban repletas de negros atareados entre el alquitrán, el tabaco y el tasajo. Las mujeres de color, envueltas en llamativos vestidos, gritaban vendiendo sus productos. Con curiosidad observó cómo algunos carruajes de lujo se internaban en las calles y las mujeres compraban sin bajarse. Los propietarios les alcanzaban piezas de tela, zapatos, sombreros y ellas elegían, asegurándose de ese modo que todos apreciasen cuánto gastaban.

Paseó por la calle Obispo, la que estaba pavimentada y bien cuidada. Los comercios mostraban sus productos en los escaparates y todos contaban con amplios toldos que los

protegían de la impiedad del sol caribeño. Finalmente se detuvo en el Café del Louvre y allí se tropezó con Pol, el indiano del barco.

—Venga, tómese un café conmigo —lo convidó, alegre por el encuentro. Ese día estaba vestido como un figurín. Su fortuna se contaba entre las más importantes de la isla.

Imanol aceptó encantado. Estaba aturdido por la vorágine de acontecimientos que se habían sucedido desde su llegada.

—Me he enterado de lo de su socio, don Collazo. ¡Qué tragedia!

—Sí, un horror. Le confieso que no pensé que la situación fuera tan grave.

—Mucho más de lo que se imagina. Con decirle que todavía no he podido viajar a la plantación. Quiero poner en regla mis asuntos antes de hacerlo.

—¿Por qué esa prisa?

—Al parecer la guerra es inminente. Hay levantamientos y disturbios por todas partes.

—¿Y no le conviene regresar a España? —le preguntó asombrado.

—Eso jamás. Aquí he nacido y aquí moriré si es necesario. Además, yo simpatizo con la causa revolucionaria. Si hay que unirse a ella, lo haré. —Hizo una pausa para beber el café que les habían servido—. Gracias a Dios cuento con un capataz honrado. Entre los dos afrontaremos lo que esta guerra depare.

Imanol no se contuvo y le preguntó lo que no había podido hacer hasta el momento:

—¿Acaso no fue culpa del capataz de “La Alborada” que muriese don Collazo?

Pol negó con la cabeza.

—No, no. Don Joaquín se hallaba en otra de las plantaciones cuando sucedió el infortunio. Es un hombre serio y trabajador.

Imanol prefirió dejar el tema de lado.

—¿Por qué no me explica un poco lo que está ocurriendo?

—¡Qué le puedo decir! A ver… Hay tres facciones que se disputan la isla: los proespañoles, partidarios de que todo siga igual; los criollos, que buscan la independencia a toda costa y los proamericanos… —Hizo una pausa para terminarse el café. Se limpió los labios con una servilleta y luego continuó—: Mientras tanto, partidas de insurrectos asaltan los caminos. A ellas se les han unido maleantes y negros huidos de las plantaciones, armados de machetes. En fin, todo muy confuso y peligroso.

—La señorita Collazo me comentó que viajaríamos a la plantación por mar. —Imanol había comenzado a ponerse nervioso. El panorama era mucho más oscuro de lo que había creído.

—Es una sabia decisión. Hay que evitar los caminos.

Se despidió del indiano y regresó a la casa. A la mañana bien temprano marcharían hacia “La Alborada.”

*

Viajaron en el barco en silencio. El trayecto a la plantación duraba aproximadamente una hora. A medida que avanzaban, el paisaje se transformaba: abundante vegetación poblada de árboles y arbustos, un calor tremendo e insufrible que obligaba a Imanol a secarse el rostro con el pañuelo en forma constante. Una nube de mosquitos lo llenó de picaduras cuyo dolor pudo aliviar aplicándose vinagre de sidra de manzanas. Además, lo impresionó cómo se ofrecían las mujeres por una mísera ración de pan. En algunos casos, eran tan solo niñas.

Luego, la frondosa vegetación dio lugar a los extensos campos sembrados de caña de azúcar. Un sinnúmero de negros armados con machetes trabajaban en ellos mientras coreaban distintas melodías.

En el embarcadero los esperaba el cochero. Recorrieron un largo trayecto, durante el cual Imanol permaneció con los ojos cerrados. Ya estaba más claro que el viaje a Cuba escondía otras intenciones que la de vigilar los cultivos y asegurar la producción. ¿Cómo se había prestado su padre a ese juego? No había duda de que los Collazo lo habían obligado. Su rabia crecía y lo maldijo por haberlo hecho elegir entre el bienestar de su familia y Gabriela, la mujer que más amaba en este mundo. Suspiró profundamente cuando recordó las sospechas de su novia y de su hermana. Ambas habían estado acertadas. Si no tomaba medidas inmediatas, Cuba se convertiría en su tumba.

Victoria observaba el rostro apacible de Imanol. Intuía que no estaba durmiendo, pese a parecerlo. Hacía un esfuerzo sobrehumano por ser paciente. Se había arreglado con esmero. Si bien vestía de negro, sabía que ese color la favorecía, porque destacaba la esbeltez de su cuerpo. “Pronto será mío y le haré olvidar a su otro amor”, se prometió, segura de poder cumplir sus propósitos.

*

El traqueteo del carruaje había adormecido a Imanol en un sueño, que suponía mucho más que un mero momento de descanso: suponía el cumplimiento de un deber impostado y el relegamiento de su felicidad con Gabriela. De tanto en tanto escuchaba el relinchar de los caballos, nerviosos y fatigados, a los que el cochero azotaba para apurar la marcha. No fue sino hasta que sintió ladrar a los perros y el cochero aminoró la marcha que abrió los ojos. Se detuvieron frente a una gran verja de hierro. En un visto y no visto, dos negritos patizambos que emergieron de la nada corrieron a abrirla. Entonces el carruaje transitó por un camino rodeado de plantas exóticas con flores de distintas formas, colores y tamaños. Un auténtico vergel. El carruaje se detuvo frente a la casa principal, de paredes blanquísimas, sostenida por gruesos pilares a tres metros del nivel del suelo. De ese modo se la protegía de las inundaciones en las épocas de los huracanes y también, antaño, servía para resguardarse de las revueltas de esclavos.

Una imponente escalera de piedra conducía a la planta superior, reservada para la familia. Desde los grandes ventanales se podía observar el batey, los jardines plagados de palmeras, plataneros y robles. Más lejos, tapadas por la frondosa vegetación, estaban las antiguas cabañas de los negros, la casa del administrador, los almacenes, la enfermería y, mucho más alejado, el cementerio familiar y el de los esclavos. Todo estaba rodeado por un muro de piedra, a modo de fortificación.

Al ver el rostro ofuscado de Imanol, Victoria disimuló una sonrisa. No iba a ser fácil que se convirtiera en su esposo, mas no imposible. De pronto, el sonido de los tambores se escuchó nítidamente.

—¿Qué ocurre? —se intranquilizó Imanol.

—No se preocupe. Nada malo. Son los tambores de Batá. Hoy es noche de calenda y los negros festejan —le explicó sonriente. Como Imanol la miraba interesado, no pudo evitar explayarse—. Son los hijos y nietos de los esclavos, que si bien no recuerdan sus orígenes, se valen de los tambores para hablar de lado a lado del océano, mandando mensajes a sus parientes perdidos.

—¡Pobres desgraciados! No me puedo siquiera imaginar a los seres despreciables que los capturaron —comentó Imanol ácidamente.

*

A una hora imprecisa, cuando retrocedía la noche y aún no había sonado la campana para despertar a la servidumbre, una silueta femenina se deslizó sigilosamente hacía la habitación de Imanol. Se había negado a que durmiera en uno de los pabellones cerca del camino, en una de las tantas habitaciones que se usaban para que los jóvenes solteros pudiesen dedicarse a la parranda sin ofender a la familia. De ningún modo. Había ordenado que le preparasen un cuarto cerca del suyo. Se acercó a su cama, corrió el mosquitero y observó cómo dormía. Su vista bebió cada detalle del cuerpo: las piernas largas, los brazos musculosos, la hermosura de su rostro, ahora indefenso bajo el efecto del sueño. Se inclinó y le depositó un beso en los labios. Sacó las tijeras que llevaba y, con sumo cuidado, cortó un mechón de sus cabellos. En la cena, había endulzado la copa de Imanol con una preparación para que durmiese más profundo. De ese modo, no despertaría cuando le diera el tijeretazo. Guardó el mechón en una bolsa de cuero para llevárselo a la santera.

*

En la mañana se celebró una misa en honor a don Collazo. La capilla se hallaba en el extremo oeste del jardín, no muy lejos de la casa. Allí se realizaban todas las fiestas de guardar, además

de los bautizos, las bodas y los funerales. Cuando acabaron las visitas de pésame, la plantación quedó envuelta en un pesado silencio. La viuda, cuya salud era frágil, no había tenido las fuerzas suficientes para abandonar el lecho desde la madrugada en que su esposo había perdido la vida. Se había quedado recluida en la casa de La Habana. En cambio, Victoria se desenvolvía como pez en el agua con los asuntos del difunto.

Más temprano, puesto que en la isla las reuniones se hacían durante el desayuno por las temperaturas intensas, había atendido al abogado, quien la puso al corriente de las cláusulas del testamento. Como siempre había sabido, su padre le legaba su vasta fortuna y las plantaciones. A la madre le dejaba la casa de La Habana y una renta vitalicia. Los criados de toda la vida también habían recibido un pequeño legado. Don Collazo siempre había sido un hombre harto generoso.

Una vez que despachó al letrado, Victoria se retiró a sus aposentos. Después del almuerzo, cuando los caminos estuviesen desiertos y todos durmiesen la consabida siesta, cabalgaría hasta la casa de la santera. Ramona la había visitado la tarde anterior y la mujer le había prometido tenerle listo el preparado luego de la noche de calenda. Sacó del cajón del tocador una cajita cubierta de piedras de varios colores. La destapó con cuidado y observó embelesada el mechón de cabellos sedosos y oscuros. De todas maneras, había decidido encargar algunas misas para que la Virgencita le hiciese el milagro. Pronto, no habría impedimentos para que Imanol se convirtiese en su esposo.

CAPÍTULO 3
NADA ES PAN COMIDO

San Sebastián
Septiembre de 1894

Gabriela se contempló en el espejo de la habitación de su amiga en la mansión de los Aguirre Larreta. Había vestidos, zapatos, sombreros y abrigos de Edurne diseminados por todo el lugar. Para hacer honor a la verdad, todavía no podía creer la rapidez con que se habían desarrollado los acontecimientos. El abuelo de Pedro Rojas, el prometido de Edurne, se había enfermado y debieron adelantar la boda. Con gran desconsuelo pensó en Imanol, que no iba a poder estar presente. Además, en la última carta le contaba la serie de percances que había tenido que sortear desde que había llegado a la isla. No podía dejar de sentir una angustia profunda cuando pensaba en su boda cancelada. Por más buena voluntad que tuviese, Imanol no podría llegar a tiempo. Por eso le había ofrecido el vestido de novia a su amiga, pero ella lo había rechazado de plano.

—¿Cómo se te ocurre que podría usar tu vestido? —Edurne la miraba con tristeza—. Ese vestido precioso lo lucirás tú en tu propia boda.

—¿Sabes? No creo que vaya a casarme. —La voz temblorosa indicaba su angustia palpitante.

—No digas sandeces. Mi hermano te ama. Jamás renunciaría a ti.

—No dudo de sus sentimientos… es solo que… —Se mordió el labio, nerviosa—. Hace un buen tiempo presiento que me oculta algo. No me lo cuenta todo en sus cartas.

Edurne pensó con cuidado sus palabras.

—No debes dejarte llevar por la tristeza. Cuando estamos lejos de los que queremos, tendemos a imaginar lo que no es.

—Sé, aquí, dentro de mi corazón, que algo no está bien. ¿Sabes, amiga? Debería haberme marchado con él. Una boda sencilla y hubiésemos viajado juntos.

—¡Calla, calla! No pienses ahora en eso. Ven, acompáñame a la modista. Todavía me quedan dos o tres pruebas antes de que el vestido esté listo.

Edurne entendía a la perfección lo que le pasaba a Gabriela. Adelantar la boda no hubiese sido una mala idea. ¡Qué remedio! Ahora ya era demasiado tarde. No podía negar que ella también

había tenido un mal presentimiento desde el momento en que su padre había mandado a Imanol a Cuba. Y lo peor era que ese mal augurio tenía nombre y apellido: Victoria Collazo.

Su hermano le había contado en una carta sus sospechas, pero no podía compartirlas con Gabriela. Así se lo había prometido a Imanol. "¡Guarda silencio! Te lo imploro." Esas habían sido sus últimas palabras y ella pensaba cumplirle. Sin embargo, había decidido enfrentar a su padre.

Isla de Cuba

Victoria se sentó sobre su amplia cama. Poco faltaba para que sus sueños se cumpliesen. Por fin iba a poder ser la esposa de Imanol Aguirre Larreta, y así, de ese modo, paliar el dolor que la consumía desde niña. Siempre supo que era distinta de las demás hijas de los dueños de las plantaciones. Sin embargo, la vieja aristocracia azucarera cubana era tolerante con los matrimonios mal habidos, con las fortunas inesperadas o las ruinas súbitas de los reyes del tabaco, la goma o el petróleo. Alguno de ellos no sabían agarrar un tenedor o hablaban con la boca llena, pero eran los grandes dueños de Cuba. También se aceptaba a los que hubiesen jugado sus fortunas en las ruletas. No obstante, había una serie de pautas sociales, silencios pactados y ridículos protocolos que había que respetar. No fue sino hasta que empezaron a pasar los veranos en San Sebastián cuando comenzaron a dejarla de lado y a burlarse de ella. Lloró más de una vez por los desplantes sufridos en manos de aquellas desalmadas niñas españolas. Solo cuando creció comprendió la raíz del problema: era hija de una cuarterona. Por sus venas corría sangre negra y eso era una mancha que no podría quitarse jamás. Si bien su madre era hermosa, así como lo era ella, no eran muy bien recibidas cuando asistían a fiestas o recepciones. La brecha se había ahondado al empezar a frecuentar los tés danzantes que organizaba la reina María Cristina. La mayoría de las veces su carnet de baile había permanecido vacío. Fue entonces cuando decidió no concurrir más a esos eventos. A su padre se le habían abierto todas las puertas, su familia española era de prosapia; sin embargo, ella era capaz de detectar el desprecio en las miradas de las peninsulares. Las detestaba con cada fibra de su ser. Eso la había impulsado a tomar una decisión: se casaría con uno de los hijos de aquellas familias de renombre y así, de ese modo, demostraría su valía. Cuando conoció a Imanol Aguirre Larreta quedó impactada con su estampa tan varonil y atractiva. Entonces, no dudó en querer convertirse en su esposa. Pero no contó con el amor que él sentía por Gabriela Iribarren. Un amor fuerte, puro, incapaz de doblegarse ante los artilugios de las demás mujeres. Era un hombre muy codiciado en su círculo. "¡A empeño no me gana nadie!", se dijo Victoria, furiosa. Primero probaría con un hechizo suave; si este no funcionaba, utilizaría la pócima de la santera, que se encontraba bajo llave en la mesita del candil. Tenía todos los elementos preparados: llenó un tazón pequeño con agua hasta la mitad y colocó una vela a la que le había atado un pedazo de cinta blanca. Jurema

le había indicado que le rezara a Santa Elena, que debía ser invocada para ese tipo de peticiones, mientras pronunciaba el nombre de Imanol. Instantes más tarde, quitó la vela del tazón para que se fuera consumiendo. Ese hechizo debía practicarlo durante siete días. Mientras lo hacía, sus pensamientos se dirigieron al encuentro con la bruja. Este le había dejado un sabor amargo. Jurema le había advertido:

—He hecho lo posible para que los espíritus estén con usted. Su decisión traerá sufrimiento. He matado una oveja y tallado el hueso de su pata. Luego lo arrojé al fuego para ver el futuro.

—¿Y qué ha visto? —le preguntó, impaciente. La paciencia no era una de sus virtudes.

La mujer acomodó su cuerpo colosal y respondió:

—Mucho dolor y sufrimiento. El hechizo que usé es muy poderoso. Pero si no funciona, se volverá en su contra y exigirá un sacrificio. Usted ya lo sabía.

Victoria se la quedó mirando perpleja:

—¿Entonces él no me va a amar?

La santera la miró con sus ojitos rodeados de grasa:

—Tal vez sí… tal vez, no. Eso lo dirá el tiempo. Aunque sabe muy bien el precio que se van a cobrar si eso no sucede.

Victoria no pudo evitar llevarse la mano a uno de sus ojos. Hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Era impensable que Imanol no cayese en sus redes. Con esa seguridad, había tomado el frasquito y había depositado más monedas sobre la atiborrada mesa. Si no lograba seducirlo con sus armas, utilizaría el amarre como último recurso. El tiempo tendría la última palabra.

*

Cuando Victoria se fue, Jurema arrojó nuevamente el hueso de la pata de la oveja a una cazuela. Luego, la depositó sobre las llamas del fuego. Se lo quedó mirando un largo rato mientras meneaba la cabeza. “Hay corazones que, por más que alguien los quiera doblegar, jamás logrará hacerlo”, se dijo. Con cuidado retiró la cazuela del fuego. Nunca se regodeaba en el dolor ajeno, pero creía que siempre había una primera vez.

La niña ciega de cabellos azules hasta el suelo sonrió. Intuía que pronto podría ver.

*

Luego de los siete días de encender la vela y rezarle a santa Elena, la frustración de Victoria fue en aumento. Imanol no había sucumbido a sus encantos. De todas maneras, confiaba en poder seducirlo antes de tener que usar el frasquito de la santera. Una voz en su interior le advertía que no tenía las de ganar.

Isla de Cuba
Principios de 1895

Ya habían transcurrido cinco meses en tierras cubanas. Imanol se había reunido con Joaquín, el capataz de “La Alborada”, y la desesperación teñía su rostro. Los levantamientos estaban a la orden del día. España había mandado un importante contingente de tropas para sofocarlos. Los españoles defendían sus derechos sobre la isla a pólvora y sangre.

Imanol se debatía ante sus sentimientos encontrados. Si bien era español y amaba a su patria, no era ajeno a los sentimientos de libertad de los cubanos. Un pueblo oprimido por una aristocracia azucarera vilmente enriquecida.

—Las tropas que han mandado los españoles no sirven para nada, patrón —le comentaba el capataz—. Son un grupo de soldados mal vestidos que no están preparados para luchar contra las guerrillas.

—El gobierno español no les da el crédito que merecen. Me temo que el derramamiento de sangre va a ser imposible de detener. —Imanol hizo una pausa mientras observaba los campos sembrados—. Creo que hemos hecho una buena labor en estos meses. Ya es hora de regresar a mi tierra. —Luego de la muerte de Collazo, habían contratado más personal. Si bien la paga era ínfima, había mucha mano de obra barata.

—Es muy peligroso que vuelva, don Imanol. Hay barcos enemigos surcando los mares. Estamos en guerra con España —le decía el hombre.

Imanol no podía ocultar su contrariedad:

—Debo regresar a como dé lugar. Mi estadía en Cuba no es negociable. —Había comprobado personalmente que toda la producción estaba en marcha. Jamás había corrido riesgo alguno, ni siquiera con la pérdida de don Collazo. Prefirió cambiar el rumbo de sus pensamientos.

El capataz se mesó la barba entrecana con cuidado.

—Esta noche está invitado el capitán Segura a cenar. Tal vez pueda llegar a un acuerdo con él.

Imanol no encontraba sosiego, por eso se paseaba por el despacho como un animal enjaulado:

—¿Y a usted qué le parece? ¿Qué tal es ese capitán?

—El patrón lo tenía en alta estima. Tal vez le haga una propuesta.

Imanol lo miró interrogativamente.

—Le va a ofrecer que se incorpore a las tropas españolas.

—Eso es imposible. No soy militar. Apenas sé disparar un arma.

—No creo que al capitán le importe demasiado ese detalle. No olvide que a los peninsulares los están matando como moscas. Recuerde esta noche mis palabras —le dijo, agorero.

Cuando el capataz se fue, Imanol se desplomó sobre el sillón, mientras se agarraba la cabeza con los manos. Cerró los ojos por un momento, pensando que estaba viviendo una pesadilla y

que, cuando los abriera, despertaría para encontrarse en San Sebastián. Sin embargo, no fue así.

Unos golpes en la puerta lo sacaron del estado de estupor en que se encontraba:

—¡Imanol! ¿Ocurre algo? —le preguntó Victoria, preocupada. Era la primera vez que lo veía de ese modo.

—Nada. Solo pensamientos amargos.

Con un tono que sabía a hiel, ella le soltó:

—Se nota que extraña a su familia. —Prefirió no mencionar a la novia.

—Es cierto. Extraño a los míos y recién me acaban de informar que es imposible regresar a la madre patria.

Victoria, que ya lo sabía y prefirió ocultárselo, le dijo, impasible:

—Tal vez más temprano que tarde pueda volver.

—No quiero ser desagradecido, pero es lo que espero. Todo marcha como un reloj en "La Alborada", como en el resto de las plantaciones. Se contrató personal extra y los campos están sembrados. Ya nada tengo que hacer aquí.

El cuerpo de Victoria permaneció rígido, pero su mirada refulgía cuando repuso:

—Me alegro de que así sea.

Imanol le hizo un gesto con la cabeza mientras ella se marchaba furiosa. Estaba visto que no le iba a ser nada fácil que sucumbiera a sus encantos.

*

Lo primero que había sentido el capitán Manuel Segura al desembarcar en la isla de Cuba había sido un bofetón húmedo y pringoso, propio del clima caribeño. El nubarrón lóbrego de la guerra ya oscurecía el suelo cubano. Acomodó a su compañía en un antiguo almacén portuario y marchó a recibir órdenes. En el camino no pudo dejar de notar el sinfín de vagabundos que pululaban en las calles. La mayoría sin camisa ni vestidos, rascándose continuamente, hasta quedar en carne viva. Cuando preguntó, le informaron que estaban infectados de caránganos, unos piojos enormes que tenían los negros.

La isla entera era un pandemónium: el Ejército Colonial se enfrentaba al Libertador Cubano, que había cortado los cables del telégrafo. Como resultado, las órdenes de los mandos se perdían sin llegar a sus destinatarios.

Tanto el mando del Ejército Colonial como el del Libertador impedían a la población abandonar sus lugares. De ese modo se evitaban muertes innecesarias.

Sin embargo, los españoles ocultaban otras intenciones con esas prohibiciones: obligaban a los hacendados a entregar el ganado y ofrecer alojamiento a sus tropas. También les prohibían sacar alimentos de las ciudades y trasladarlos a otras, ya sea por mar o por tierra. De ese modo se evitaba que los lugareños alimentasen a los insurrectos.

Con el ánimo por el suelo, el capitán fue a darse un baño. Aquella noche cenaría en la plantación de los Collazo y quería estar presentable.

*

Victoria se había encerrado en su habitación dispuesta a disfrutar de un baño relajante. Esos días estaba muy tensa y necesitaba distenderse para poder pensar con claridad. Ramona había vertido unas sales que guardaba para ocasiones como esa y luego le había frotado el cuerpo con aceites afrodisíacos. Victoria estaba lista para convertirse en la mujer de Imanol.

Horas más tarde, la luz tenue de los candelabros iluminaba el comedor. Iba a ser una cena íntima, debido a que la familia estaba de duelo. A pesar del vestido de luto, la figura sensual de Victoria no podía dejar de llamar la atención. Era demasiado atractiva para su propio bien.

El capitán Segura, quien había llegado puntual como un buen militar, no podía quitar sus ojos de ella, aun a sabiendas de que estaba dejando de lado una de las reglas básicas de la cortesía.

Imanol también vestía de negro y calzaba botas de montar. En la mañana, temprano, se había rasurado y llevaba el cabello atado con una coleta. Escuchaba a medias lo que hablaban los demás; sus pensamientos se hallaban a muchas millas de distancia. Extrañaba a Gabriela, a su hermana, a su familia. Por dentro hervía de rabia. En Cuba había comprendido que su viaje había sido tan solo un pretexto, un error que le podía llegar a costar muy caro. Algo poderoso e intangible lo había apartado de su hogar, algo frío, maquiavélico, contra lo que le iba a ser muy difícil luchar. Las plantaciones de azúcar marchaban lento pero, con la guerra, nada era pan comido. Suspiró profundamente. Lo que en realidad su padre y don Collazo habían pergeñado era una relación entre Victoria y él, algo que jamás ocurriría. Imanol estaba seguro de que había sido la misma Victoria, junto con don Collazo, quien había movido los hilos con la habilidad de una araña, enredando a su padre. Lástima que jamás podría enfrentarse a don Collazo para confrontarlo con la verdad.

*

La mesa del comedor estaba cubierta por un fino mantel de hilo blanco; la cubertería de plata y la vajilla las había mandado a traer don Collazo desde Francia. Era sabido que cualquier familia cubana que se considerase respetable debía poseer una vajilla completa para veinticuatro comensales por lo menos.

Se sirvieron varios platos, entre ellos el asado de cerdo, envuelto en hojas de guayaba, lo que le daba un sabor exquisito. Lo comieron acompañado de arroz.

Luego de hablar sobre la delicada situación que atravesaban los propietarios de las haciendas dedicadas al cultivo del azúcar o del tabaco, surgió el tema de la guerra.

—La verdad es que en España no se han tomado muy en serio el conflicto. El estado de los soldados es lamentable. No quieran siquiera imaginarse las condiciones en las que tienen que enfrentar al enemigo —comentó el capitán.

—¿Cómo es eso posible? Lo que usted está afirmando, capitán, es abominable.

—Mi querido Imanol, si me permite llamarlo por su nombre de bautismo… —Imanol asintió con un gesto y el capitán prosiguió—: Es de público conocimiento que a la guerra tan solo van los hijos de los pobres.

—Explíquese, por favor —intervino Victoria, simulando un interés que no sentía. A ella la tenían sin cuidado un montón de pelados más o menos. Sin embargo, sabía que debía congraciarse con Imanol de un modo u otro.

—Así es, doña Victoria. Las familias deben reunir unos seis u ocho mil reales, que es lo que requiere el gobierno, para eximir a los mozos del servicio a la patria en ultramar. Entonces es el propio gobierno quien se compromete a reemplazar al redimido. Se llama “contrato de redención”. —Luego de beber una copa de vino, el capitán prosiguió con su explicación—: También existe el “contrato por sustitución”; en ese caso son las mismas familias quienes ofrecen los voluntarios, no sin antes comprobar que se encuentren en perfectas condiciones físicas, por supuesto.

—¡Es una injusticia! —exclamó Victoria, fingiendo una empatía que no sentía. Por ella, que se muriesen todos.

A lo que Imanol respondió:

—Me alegro de que piense así, Victoria. Es extraño encontrar en estos días gente sin malas intenciones, o con intenciones ocultas.

Victoria palideció por unos instantes. Era imposible que hubiese descubierto el plan que había trazado con su padre. Se repuso y le contestó:

—Claro que sí. Padre siempre supo administrar esta plantación con mano firme, pero justa. —Se detuvo unos instantes y, mirándolo sin pudores, agregó—: Y así lo haré yo, en compañía de mi esposo.

El capitán la miró sonriente:

—La verdad es que su padre no me había comentado nada en sus cartas de su matrimonio. ¡Enhorabuena! Nadie merece tener la soledad como compañía. ¿Para cuándo es el convite?

—Pronto, muy pronto. —Una sonrisa de los ojos a la boca iluminaba su rostro.

Los ojos penetrantes de Imanol, que parecían calarla de modo exhaustivo, la miraron de lleno:

—Déjeme que la felicite. Sin duda su esposo lo hará a la perfección. —Luego, dirigiéndose al capitán le dijo—: ¿Qué opina, capitán, si me uno a sus tropas? En realidad, apenas sé disparar, aunque soy muy buen dibujante. Tal vez pueda confeccionar algunos planos o dibujos de las batallas.

El asombro se pintó en el rostro del capitán.

—Sería un honor, don Imanol. Además, me imagino que, viniendo de la costa cantábrica, navega muy bien.

Imanol sonrió.

—Algo me defiendo.

—Debo reconocer que estoy muy sorprendido. Creí que estaba ocupado con los asuntos de la plantación —adujo el militar.

—La verdad es que la plantación marcha como un reloj. Imagínese que ni siquiera la muerte de don Collazo puso en peligro la producción. —Mirando a Victoria de lleno, prosiguió—: En todo este tiempo me he dado cuenta de que mi presencia sobra. Pienso que, debido a su edad y a la distancia, mi padre ha exagerado la situación. Como verá, nada que un buen capataz no pueda solucionar. Así que, ya que no puedo regresar, preferiría unirme a los soldados y defender a nuestra patria.

El capitán lo escuchaba con una mal disimulada admiración. Con hombres como Imanol Aguirre Larreta, España podría poner un amén al conflicto.

Victoria estaba demudada. Jamás había considerado la posibilidad de que Imanol quisiera alistarse por voluntad propia. Lo interrumpió, mientras clavaba en él su mirada tintada de amargura y rabia:

—Pero ¿y las plantaciones? ¿Acaso no se va a ocupar de ellas?

—En este tiempo que he pasado en la isla me he dado cuenta de la eficacia de don Joaquín, su capataz, quien vale su peso en oro. Es el hombre indicado para llevar adelante los negocios. No veo impedimento alguno. —Mirando nuevamente al capitán agregó—: En dos días me alistaré, si no hay inconvenientes.

—Por mí no hay ninguno. Uno de mis soldados pasará por usted.

Victoria sintió un nudo en la garganta y las cadenas de la impotencia la abrazaron. Se levantó de súbito y, al hacerlo, derramó su copa de vino, que manchó el impoluto mantel.

—Doña Victoria, ¿se encuentra usted bien? —le preguntó preocupado el capitán.

—No, no… no es nada de importancia… tan solo un mareo. Hace tantísimo calor esta noche.

—¿Necesita que la acompañe a su habitación? —le ofreció Imanol. La actitud de la muchacha había confirmado sus sospechas.

—No, no… gracias. Disfruten del postre y luego del café que les servirán con una copita de *pru*. —Dirigiéndose al capitán, lo saludó—: Ha sido un placer volver a verlo, capitán. ¡Cuánto lamento que padre ya no esté con nosotros! —Con esas palabras abandonó el comedor.

El capitán se quedó apenado.

—¡Pobre niña! ¡Con lo que quería a su padre! ¡Y él bebía los vientos por ella! Es una verdadera lástima.

A lo que Imanol repuso filosóficamente:

—Hay días en que la vida se acaba. Nunca sabemos cuándo va a ser ese día o esa noche. Todo

a nuestro alrededor se convierte en polvo y barro, aunque nos obstinemos en creer que algo de nosotros permanecerá. En fin, bebamos este café antes de que se enfríe y probemos el famoso *pru*.

*

Victoria caminaba frenética por su habitación. ¡Imanol se había ofrecido como voluntario para ir a la guerra! En aquel momento notaba que la furia le corroía el espíritu como una gota de ácido cayendo lentamente sobre su carne. Jamás había considerado esa posibilidad, y ahora la oportunidad de cazarlo se le escurría de las manos. Se maldijo una y mil veces por no haber cancelado la cena. Ya que él no había sucumbido a sus encantos, era necesario que bebiese la pócima. Decidió dársela esa misma noche. Era la única manera de retenerlo a su lado.

Descalza, bajó por la escalera lateral a la cocina. Allí vertió el brebaje en el café y le indicó a Ramona cuál era la taza para Imanol. Más le valía andarse con ojo y no equivocarse, so pena de recibir unos cuantos latigazos. Luego debería armarse de paciencia y esperar un par de horas a que le hiciese efecto. ¿Y si no lo lograba? Sintió una bofetada helada en su interior. El precio que debería pagar era demasiado caro.

*

Cuando el capitán se marchó, Imanol se fumó un habano en la galería. El cielo estaba estrellado, sin ninguna nube que lo opacara. La noche era tan clara que alcanzaba a divisar los campos de cañas bañados por la luz de la luna llena. Inhaló el tabaco mientras pensaba en Gabriela. La nostalgia de tantos meses sin verla le pesaba en el alma. Pensaba escribirle una carta contándole sobre su alistamiento. No le diría los motivos. No creía que ella pudiese entender sus razones y él no podía sincerarse. Solo tenía sospechas. Sospechas bien fundadas, pero nada más.

Se dirigió a la habitación con el firme propósito de marcharse apenas clareara. No quería quedarse un día más en aquella casa. Había decidido alojarse en la del capataz hasta alistarse.

La noche era muy calurosa, por eso había decidido dormir en cueros. Se tendió en la cama y pronto se vio sumergido en una especie de sopor. Figuras fantasmagóricas poblaban su duermevela, llenándolo de temor. No se dio cuenta hasta que una de esas figuras salió del sueño, reptó hacia su cuerpo y comenzó a acariciarlo. Lo hizo de tal modo que despertó en él un deseo reprimido desde hacía varios meses. Las manos habilidosas lo recorrían deteniéndose en sus partes íntimas. De pronto, cualquier vestigio de miedo desapareció y sintió como si un volcán en llamas lo consumiera por dentro. Cuando quiso acordar estaba cabalgando sobre aquella figura de mujer. Únicamente repetía con cada embestida el nombre de su amada: Gabriela… Gabriela… Finalmente se derramó en ella, para luego perder la conciencia.

Victoria se durmió a su lado, desnuda, abrazándolo satisfecha. Como si lo hubiese estado esperando, su útero había absorbido toda su simiente con codicia.

*

Los rayos del sol iluminaron el cielo, aunque Imanol apenas si pudo abrir los ojos, que le pesaban, afiebrados. Un escalofrío lo envolvió. Entonces se dio cuenta de que estaba desnudo. Al buscar la sábana para cubrirse, reparó en que no estaba solo en la cama. Las imágenes borrosas se desplazaban mirase donde mirase. Cuando pudo enfocar la vista observó que una mujer de cuerpo escultural yacía a su lado. Sus pechos maduros, su piernas largas y bien torneadas, su cabellera densa que le cubría hasta la cintura, todo exudaba erotismo. Un temor atávico le subió desde las plantas de los pies hasta la garganta: ¡Era Victoria y todo indicaba que se había acostado con ella! Hizo un esfuerzo por recordar, pero alguna que otra imagen se mezclaba en su cabeza. Trató de levantarse, mas la sensación de mareo iba en aumento. Notaba un sudor frío bajo las axilas. Todo le daba vueltas.

Victoria se despertó con sus movimientos y abrió los ojos desperezándose como una gata satisfecha:

—¡Buen día, mi amor! —Se acercó y lo besó en los labios—: ¡Jamás imaginé que iba a ser tan hermoso amanecer en sus brazos! —Se apartó un poco, así Imanol pudo observar las sábanas manchadas de sangre. Sonrojándose, le dijo—: Gracias por haber sido tan gentil y delicado conmigo en mi primera vez. Confío en colmar todas sus expectativas la próxima.

Imanol quedó mudo de espanto. En aquel momento supo con certeza por dónde iban los tiros. Una de sus peores pesadillas se había convertido en realidad.

San Sebastián

Gabriela se despertó sobresaltada. Gotitas de sudor frío cubrían su cuerpo delgado, apelmazando sus cabellos y mojando el camisón de seda rosa. Había tenido una pesadilla y estaba relacionada con Imanol. Reunió fuerzas para levantarse y se lavó la cara, vertiendo agua de la jarra en la jofaina. Miró por la ventana y observó que caía una fina llovizna. “La lluvia se parece a la pena”, pensó. “Haces todo lo posible para no mojarte, pero cuando fracasas, ves el problema, no ya en términos de gotas sino de un aguacero. Y a partir de entonces decides que da igual empaparte”. Suspiró. Renuente, volvió al cobijo de las frazadas. Como sabía que no conciliaría el sueño fácilmente, buscó la página que había señalado en el libro que estaba leyendo. Le costaba concentrarse. El sueño le había dejado un gusto amargo. Prefería no recordarlo, ya que le había causado semejante desazón. Leyó dos o tres páginas hasta quedarse nuevamente dormida.

*

Edurne se había despertado, no víctima de pesadilla alguna, sino completamente feliz. Se pasó la mano por el vientre. ¡Ya se encontraba encinta! Habían pasado varios meses desde que se había convertido en la esposa de Pedro Rojas y jamás había imaginado sentirse tan plena a su lado. Cuando recordaba los primeros días de casados, un rubor intenso teñía su rostro. Se habían encerrado tres días en la habitación de un hotel, descubriéndose en cada encuentro. Cada vez era distinto: más intenso, más profundo, más placentero. Pasaban las horas desnudos, tendidos sobre la cama, besándose, tocándose, jadeantes, ajenos al mundo exterior. Ahora entendía el significado de algunas palabras que tantas veces había leído en las novelas. ¿Cómo habían podido vivir hasta entonces separados? Difícil era de imaginar. Por el momento residían en la mansión Aguirre Larreta. Su padre no quería saber nada con la mera idea de que otro hijo abandonase la casa y estaba embobado con la noticia de que iba a ser abuelo.

La única nube que aparecía en el horizonte de la vida de Edurne era el destino de Imanol. Sabía que España le había declarado la guerra a Cuba y la posibilidad de que corriese peligro la descomponía. Sentía en carne propia su ausencia y temía por él. Tal vez, si cerraba bien los ojos y pensaba en su imagen, podría comunicarse de alguna manera. Suspiró. Tan solo eran ilusiones suyas. Como todas las mujeres de los Aguirre Larreta, había heredado, al morir su madre, un don: podía saber cuándo una persona había muerto asesinada. Lo intuía y presentía nada más al pasar por algún lugar donde había ocurrido un hecho trágico. A Pedro se lo había contado después de la boda y no le había resultado fácil: temía lo que él pudiese pensar. Tal vez la catalogaría de loca. Pero nada más lejos de la realidad. Afortunadamente, su Pedro la había escuchado en silencio y, luego, la había abrazado con fuerza. Con ese simple gesto, Edurne se había tranquilizado por completo.

Cuando pensó en su padre se le estrujó el corazón. Antes de la boda lo había enfrentado sin imaginar su reacción.

Aquel día, las últimas luces del atardecer se colaban con suavidad entre los cortinados mientras don Aguirre Larreta se dejaba vencer por una tristeza profunda. Estaba sentado en su escritorio con la mirada perdida. Llevaba los años minuciosamente cincelados en cada una de las arrugas que lo atravesaban, abriendo surcos de ida y vuelta por su piel. Imanol no le había enviado ni una sola carta desde que se había marchado. Les había mandado un telegrama comunicándole la muerte de don Antonio Collazo. Después, se limitó a enviar informes escuetos a su hermano Jaime sobre los negocios en Cuba. Don Aguirre Larreta sabía que había cometido un error difícil de reparar para con su hijo. Por eso no se había opuesto al matrimonio de Edurne.

Edurne golpeó la puerta y, al no obtener respuesta, la abrió de todos modos. Se acercó hacia donde se encontraba el hombre y no pudo evitar preguntarle nuevamente:

—Padre, ¿qué ha hecho con Imanol? ¿Como tuvo las entrañas para mandarlo al matadero? ¿Acaso no pudo evitarlo? ¡Cuba se ha levantado contra España! ¡Y mi hermano se encuentra allí, sin salida!

Escupía las palabras como cuchillos filosos. Lo que al principio fueron unas pocas lágrimas, se convirtieron en un auténtico llanto.

—Hable, padre. ¿No decía siempre usted que, cuando tenemos algo que no nos deja vivir, hay que atacarlo y sacarlo de raíz, para así no cargarlo para siempre?

Don Aguirre Larreta apartó la mirada avergonzado mientras murmuraba:

—Si lo matan es mi culpa, solo mía… Me cegaron la avaricia y el miedo. Jamás me voy a perdonar si le pasa algo a tu hermano.

Edurne no le contestó, pero se acercó al hombre vencido por la pena y la culpa y acarició despacio su cabeza.

Isla de Cuba

Aquella mañana el cielo era una paleta de sucios matices. Imanol, mareado, tragó saliva varias veces seguidas para contener las arcadas. Estaba convencido de que el demonio existía, así como existía Dios, y que, a veces, se colaba en las vidas por medio de aquellos que desean el mal o por voluntad propia.

En su caso no albergaba duda alguna de que Victoria lo había confundido mediante el uso de alguna droga. Sabía a ciencia cierta que él jamás hubiese caído en sus brazos a sabiendas.

Luego de cambiarse en silencio, como pudo, dejó a la mujer en la cama y salió al jardín, a respirar el aire fresco. Le dolía la cabeza y detrás de los ojos. Tal vez hasta tuviese unas líneas de fiebre.

Se había sentado en una de las mecedoras y bebía un jugo de guayaba mientras pensaba en lo estúpido que había sido.

—Mi amor, no lo encontraba… —Escuchó la voz de Victoria a sus espaldas. Lucía una bata transparente sobre su cuerpo desnudo. No había querido lavarse los resabios de placer que aún tenía entre las piernas.

Imanol se puso de pie dando un salto y, con la certeza de haber sido engañado, le soltó:

—Es usted una malnacida. Una reverenda hija de puta. ¿Con qué me drogó? —La zamarreaba mientras las palabras salían de su boca cargadas de amargura y bilis. Había perdido los estribos cegado por una rabia infinita.

—Me hace daño, Imanol. Suélteme —le ordenó.

Él permanecía inmune a su belleza. Le hizo caso, no porque le temiera, sino por las ganas que tenía de estrangularla.

—¡Perra! Ya sé que urdió un plan con su padre para traerme a esta isla maldita. Pero se lo

advierto: ¡jamás llevará mi apellido! ¡Sobre mi cadáver!

La frustración en el rostro de Victoria se vio sustituida por la arrogancia que le subió a la boca en un rictus cruel:

—¡Claro que lo voy a llevar! ¡Por las malas o las peores! Tal vez ya esté esperando a su hijo.

Imanol no pudo hablar. El espíritu de la vergüenza se agitaba en su interior:

—Pues se va a ir buscando a otro imbécil para que se lo críe. Yo jamás le voy a dar mi apellido. —Vomitó las palabras con la misma intensidad que el contenido de su estómago.

Victoria tenía el rostro demudado. Jamás había pensado que Imanol pudiese reaccionar de esa manera. Dolida y asustada, corrió a su habitación. ¡Entonces ahora se cumpliría la profecía de la santera y los orishas le exigirían su ojo! Las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro hasta precipitarse sobre su bata.

Cuatro gotas gruesas y unos relámpagos fueron el primer aviso del aguacero que arreció en forma de fuerte chubasco. Imanol decidió esperar a los hombres del capitán en la cabaña del administrador. Ni siquiera se despidió de Victoria.

Isla de Cuba
1895

El presidente del gobierno español, don Antonio Cánovas, había afirmado que “España permanecería en Cuba hasta el último hombre y la última peseta”.

Imanol viajaba con su uniforme raído de voluntario junto a sus compañeros, bajo la atenta mirada del oficial de mando. Sabía que los llamaban “solches” o “La Columna”.

—Mi capitán, mi capitán —gritó uno de los baquianos, jadeante luego de la carrera—. Más adelante se encuentra un grupo de guerrilleros. Alcancé a divisar su bandera y esperé escondido a que pasasen. —La bandera del Ejército Liberador era una estrella sobre un triángulo rojo y el fondo de un deslucido azul.

El rostro del capitán se ensombreció unos instantes.

—Tenía entendido que habían abandonado la zona.

—Pos, no, mi capitán. Vienen avanzando despacio porque llevan unos cañones. —Como les faltaba artillería, hacían cañones con madera, que recubrían por dentro y por fuera con piel de vaca sin curtir. Disparaban hasta seis tiros.

Imanol había conseguido en una oportunidad dibujar a sus compañeros con sus camisas de dril, sus sombreros de yarey y los machetes a la cintura. Caminaban junto al carro, donde se apilaban unas mantas roñosas y desgastadas. Se turnaban para dormir de a ratos mientras se adentraban por el territorio enemigo. Habían atravesado pueblos fantasma y caminos ocupados por soldados enfermos, víctimas del paludismo y la viruela negra, y por *fumbis*, soldados sin alma que vagaban a la buena de Dios.

Cuando la marcha era por los pantanos la cosa se tornaba peor. Los soldados tenían que llevar en sus morrales raciones para seis u ocho días: arroz, tocino, galletas, viandas que en más de una ocasión debían compartir con los nativos que encontraban moribundos y abandonados.

Al cabo de unos días, el hambre era tan terrible que las tropas se llegaban a comer las colas de los cocodrilos y los caimanes. Sin embargo, lo peor era la falta de agua. Esto hacía que se arrojasen sobre cualquier oquedad, sin importar el hedor que emanase de esta. Para eso colocaban sobre sus bocas sus sucios pañuelos, que actuaban como una especie de colador de aquellos líquidos podridos.

Imanol se había recostado bajo la sombra de una palmera. Trataba de fabricar con sus manos temblorosas unas sandalias para los pies con la piel de un cocodrilo. Se había encontrado con Ibai, el hijo del pescador de su San Sebastián querido, y desde aquel momento se habían hecho inseparables.

—¿Por qué te alistaste, Ibai? ¿Acaso no se enteran en España de que caemos como moscas? —le preguntó en una de esas noches en las que una fogata brillaba por su ausencia. Su capitán les había prohibido encenderlas, por si los insurrectos los descubrían. Siempre les advertía: “La noche suele ser traicionera, no es cuestión de andar llevándosela por delante”.

Un esbozo de sonrisa cínica se dibujó en la boca del muchacho:

—¡Qué remedio, Imanol! Con las pesetas que recibió padre a cambio de mi “sustitución” pueden vivir un largo tiempo sin mayores preocupaciones. Mi esposa no puede salir a trabajar. No te olvides que tengo dos hijos y otro en camino. La barca ya está vieja. No creo que resista una tormenta más.

Imanol se guardó sus pensamientos. Nada ganaría con predisponer mal a su amigo. Eran muchos los que habían entregado a sus hijos a cambio de llevarse algo caliente a la boca. No los podía culpar, aunque sabía que estaban vendiendo su alma al diablo. Pero ese no había sido el caso de su padre. ¡Jamás lo iba a perdonar! Ahogó un suspiro. ¿Qué sería de su amada Gabriela? ¿Se habría casado con otro? Siempre la habían pretendido jóvenes de muy buenas familias. Suspiró, cansado de andar con el corazón zozobrándole en el pecho, la memoria extraviada en el pozo de los recuerdos, rumiando la injusticia de su destino. Debía entender de una vez por todas que ya no había vuelta atrás.

—¡Soldados, hay que llegar a Matanzas! —gritó el capitán—. ¡El último esfuerzo hasta Matanzas, señores! —Allí se concentraba el mayor bastión de las tropas españolas. Estaban presentes en cada pueblo, en cada ingenio azucarero. Contaban con trenes cargados de víveres y armas.

Sin embargo, la noticia funesta de la derrota de los españoles en la batalla de El Coliseo indicaba la eficaz estratagema realizada por los insurrectos y la sonora derrota del ejército español. Los rebeldes habían comenzado a abrirse paso a lo largo de la isla.

*

Imanol y los demás soldados caminaban siguiendo la vereda. La fatiga era extrema y ya no se podía hablar de cansancio porque aquello era un suplicio mortal: las piernas pesadas, la espalda y la nuca rígidas. Estaban tan deshidratados que ya no sudaban. Tenían la piel quemada, partida y negra como cuero de lagarto. Habían cruzado ríos y arroyos donde más de un soldado había sido arrastrado por la corriente. En algunas ocasiones pasaban horas agazapados, con el fusil en la mano, esperando la muerte.

Antes de que Ibai enfermase, solían mantener largas conversaciones en las que cada uno desnudaba su alma.

—¿Sabes? Cuando navegábamos en la barcaza los veía tan felices que me daba envidia. Luego conocí a mi esposa, formé una familia... —Esbozó una tímida sonrisa y le dijo orgulloso—: Espero poder salir de este agujero y ver que mis hijos se conviertan en hombres de bien.

Imanol sonrió:

—¡Así será! —Luego, agregó con escepticismo—: Estoy convencido de que el destino es como una espada con doble filo; dependiendo de cuál elijas, será tu suerte. Si no, mírame a mí, con la novia y el casamiento listo, ahora metido en esta mugre infernal sin saber si alguna vez podré salir con vida.

Caminaba lentamente, llevando dentro de sí el miedo en los rostros de la tropa, el olor a pólvora, a sangre fresca, la mirada vacía de los soldados caídos en combate, el gemido de los heridos.

—Hay que andarse con ojo, compadre —fue el consejo de Ibai. La desesperación se advertía en las arrugas de la esquina de su rostro.

Las largas conversaciones se vieron interrumpidas cuando Ibai enfermó. Imanol sintió su enfermedad como propia. En ese tiempo se habían convertido en carne y uña.

Su salud era muy delicada. Imanol observaba con pesar el uniforme de su amigo: manchas oscuras se extendían en la zona del recto: eran de sangre. También sangraba por la nariz y las encías. Cuando buscaba su mirada, leía en ella la desesperación de quien se sabe condenado.

—¿Sabes qué es lo peor? —Ibai hacía un esfuerzo por hablar. La voz le temblaba al igual que el cuerpo.

—No te canses, amigo. Guarda tus fuerzas para cuando lleguemos a la enfermería.

Pero Ibai insistía:

—Lo peor es que no me voy a morir por una bala, sino por culpa de este mal que me está comiendo por dentro.

—¡Calla! ¡Calla! No falta nada para llegar a Matanzas. —Le limpió la sangre del rostro con su pañuelo.

—¡Ja, ja! —rio débilmente Ibai—. Suena como la tierra prometida. —Juntando fuerzas le dijo

—: Júrame que, cuando regreses, le dirás a mi padre que he muerto como un héroe, luchando, y no podrido en medio de este charco de mierda y sangre. ¡Promételo!

A Imanol se le nublaba la vista por las lágrimas y la impotencia. Sabía que su amigo no vería un nuevo amanecer.

—¡Lo juro por mi alma! —Su madre acostumbraba a decir: “Cuando la vida se quiere escapar, ni los santos pueden meterla de nuevo en el cuerpo”.

—Además, debo pedirte otros favores…

—No hables así. Verás cómo pronto te curas —lo alentaba, mientras le pasaba su pañuelo bordado por el rostro.

Ibai permanecía inmóvil, aunque sus ojos incrédulos estaban clavados en los de Imanol:

—Si regresas a España, búscale un empleo a mi padre. Ya es muy anciano para aventurarse a la mar. Algo tranquilo para su vejez. Y, de vez en cuando, vela por mis hijos.

—Despreocúpate, que así lo haré. —Imanol estaba conmocionado.

—Muy bien. Ahora alcánzame el arma y dame un trago de calambuco —le pidió—. La noche va a ser larga. —Sentía la lengua seca, pegada al paladar. El frío lo abrazaba y tenía tantísima sed.

Imanol lo miró fijamente:

—¿Para qué quieres el arma?

—No quiero que me agarre “La Santa Compaña”. —Sonreía con un vacío negro. Le faltaba un incisivo delantero, que le había volado su hermano en una paliza—. No estoy delirando, solo bromeaba. No quiero que me coja desprevenido algún animal mientras me regalo un sueñito de un ojo.

Imanol le alcanzó el fusil que les habían asignado. Luego se recostó contra la palmera para tratar de descansar un rato. La noche traía los murmullos de los soldados, los lamentos de los heridos, el llanto de los más débiles. La humedad brotaba de la tierra, buscando los cuerpos y, cuando los encontraba, los atrapaba impidiéndoles escapar. ¡Había transcurrido ya más de medio año en medio de la guerra! Nada sabía de su familia, como así tampoco de Gabriela. ¿Lo habría esperado? ¿Habría recibido las muchas cartas que le había enviado? Hacía poco se había enterado de que los insurrectos se apoderaban del correo para luego quemarlo. ¡En qué infierno se había convertido su vida! Apenas si podía cabecear un poco y, cuando conseguía dormir, su sueño era el de un condenado que espera cada noche a que el verdugo se incline sobre él para indicarle que su hora ha llegado.

De pronto, su duermevela se vio interrumpida por un disparo. “¡Nos atacan!”, se dijo. Pero pronto comprendió que el sonido se había escuchado a tiro de piedra.

—¡Ibai! —gritó desesperado, mientras trataba de iluminar con una cerilla el lugar donde se encontraba su amigo. Entonces lo vio, tendido en el suelo, con los sesos desparramados por la bala.

—¡Mierda, soldado! Apague esa luz de inmediato —le ordenó el capitán—. ¿Acaso se le ha olvidado que estamos en territorio enemigo? —Por primera vez Imanol detectó el pánico en los ojos de su superior.

Permaneció en silencio, abrumado por lo que había sucedido. El disparo había alertado al enemigo y la cerilla había contribuido a que los localizaran. Con los ojos llenos de lágrimas intentó cavar un pozo con las manos para enterrarlo, aunque los fogonazos en la distancia y los gritos se lo impidieron. Los insurrectos los estaban atacando y aún no había amanecido.

De pronto sintió un dolor intenso. Tosió y escupió sangre. Había sido alcanzado por una bala.

*

Días más tarde, el Ejército Colonial llegó al lugar de la masacre. Estuvieron horas cavando una gran fosa para poder enterrar los cadáveres podridos de los soldados, víctimas del intenso calor de la isla.

Un oficial encontró un pañuelo entre las ropas de uno de los muertos. Trató de limpiarlo para leer el nombre bordado prolijamente:

—Mi general, el difunto es el soldado Imanol Aguirre Larreta. Así está bordado en este pedazo de tela. —El soldado le mostraba el pañuelo sucio de tierra y sangre.

—Encárguese de notificarle a la familia. Averigüe si alguien de por aquí lo conoce.

CAPÍTULO 4
DESESPERAR NO CONDUCE A NADA

San Sebastián

Gabriela había recibido una carta de Imanol donde le explicaba que se iba a alistar en el Ejército Colonial. En la carta le comunicaba que era imposible regresar, por eso había tomado esa decisión. También la liberaba de su compromiso matrimonial porque, si bien no lo escribía, le insinuaba que tal vez no regresase vivo del frente. Releyó la carta por milésima vez. Algunas de las letras se habían borrado a causa de su llanto. La guardó en el cajón de la mesita de luz, junto con las otras cartas que Imanol le había ido escribiendo a lo largo de los años. Desde entonces, el abismo había comenzado a devorarla, ahogándola en muy poco tiempo.

Isla de Cuba

Luego de varios días de inconsciencia, Imanol se despertó en el vagón de un tren. Abrió los ojos, que le pesaban. Estaba mareado y no alcanzaba a enfocar con claridad lo que lo rodeaba. Le dolía el cuerpo, las articulaciones. Tenía la espalda acartonada, y las piernas… las piernas no las sentía. Le había parecido que no eran españoles los que compartían ese mismo vagón, sino insurrectos.

—A… agua, agua… por favor —suplicó en un suave murmullo. Su ropa ensangrentada estaba hecha jirones; su mirada, perdida.

—¡Imanol! —escuchó que lo llamaban—. Por fin se ha despertado, amigo. —Una voz conocida le hablaba y no alcanzaba a distinguir a quién pertenecía. La voz se hizo más nítida—: Soy Pol, el médico indiano que conoció en el barco. No se agite. —Cuando vio que trataba de incorporarse, lo detuvo—: No se mueva, por favor. Lo alcanzó una bala. No se preocupe, que estamos yendo a un lugar donde se la voy a poder extraer —le explicó.

Imanol llevaba la barba crecida, la huella del hambre pintada en el rostro filoso y barro en los pies tajeados. Con la voz temblorosa y los ojos desenfocados intentó musitar un agradecimiento, pero no le alcanzó el aliento. Se desmayó.

Pol lo acomodó lo mejor que pudo junto a los otros heridos. Él se iba a ocupar personalmente de que Imanol viviese.

*

Dos meses más tarde, Victoria vagaba por la casa como un ánima. En sus ojos aleteaba una sombra peor que la de la rebeldía que siempre la había caracterizado o la del antojo no satisfecho: la del amor no correspondido. La ahogaba un dolor que es el más temido de los dolores: el del alma.

Una mañana bien temprano, un oficial se había presentado en la casa de la Habana. Habían averiguado que la familia Aguirre Larreta era socia de los Collazo. La plantación "La Alborada" había sido ocupada por el ejército español, por lo que la familia se había trasladado a la casa de la ciudad.

Una negrita lo había hecho pasar a la sala. Allí lo recibió una mujer joven, extremadamente atractiva.

—¿Qué lo trae por aquí, oficial? —Esbozó una sonrisa que dejaba ver sus dientes perfectos—. Soy Victoria Collazo. Siéntese, por favor. Enseguida le van a servir un refresco.

Ni bien terminó de hablar, apareció la criada con un vaso de jugo de guayaba. El oficial lo agradeció con un gesto mientras pensaba si la joven estaba emparentada de algún modo con el difunto. Apenas si podía disimular el impacto que le había causado su belleza. Recomponiéndose a duras penas, le dijo:

—Mire, mi estimada señorita, lamento no ser portador de buenas nuevas.

—¿Qué ha pasado? —Tal vez habían arrasado e incendiado la plantación. Eran hechos que estaban sucediendo recientemente.

—¿Usted conoce al soldado Imanol Aguirre Larreta?

De pronto un frío se extendió por el cuerpo de Victoria. Reuniendo fuerzas, murmuró:

—Así es. Nuestras familias son socias en las plantaciones. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Acaso está herido?

El oficial sabía que no había que andarse con preámbulos a la hora de dar las malas noticias; sin embargo, la extrema juventud de la muchacha lo preocupaba. Bebió dos o tres sorbos del jugo y le dijo:

—Lamento informarle que el soldado Aguirre Larreta ha muerto en combate. —Buscó dentro de su chaqueta un paquete y se lo entregó—: Aquí tiene su pañuelo.

Victoria estaba entrenada en la práctica de mantener las apariencias y el aplomo, aun a sabiendas de que podía ahogarse en sus propias represiones o en las meras apariencias. Por eso, modulando lo mejor que pudo, le contestó:

—Es lamentable que alguien tan joven muera. No se preocupe, que se lo informaremos a la

familia. —Hizo una pausa, tomó una buena bocanada de aire y le indicó—: Una criada lo acompañará a la salida.

Apenas se hubo retirado el militar, perdió los nervios y gritó como un animal herido de muerte.

*

Aquella noche escuchó que uno de los ventanales se abría y dejaba paso a una ráfaga de viento que la fue envolviendo como una garra. Paralizada por el miedo, Victoria no se pudo mover de la cama. Observó cómo una figura salía de aquel viento y caminaba sigilosamente hacia ella. Quiso gritar, pero el grito quedó atrapado en su garganta cuando lo reconoció: ¡Era Imanol! ¡Con la mirada desquiciada y un cuchillo en su mano! Él le gritaba: "¡Perra! ¡Demonio! ¡Arderás en los infernos!". Aterrada, trató de mover su rostro, mas fue en vano. El cuchillo le rozó la piel y, sin temblarle el pulso, Imanol se lo clavó en uno de sus ojos.

El grito de Victoria se escuchó por toda la plantación:

—¡No! ¡No! —Entonces se despertó, bañada en sudor. ¡Había sido una pesadilla! "¡Gracias, Virgencita!", murmuró, temblando.

Ramona entró en la habitación muerta de miedo:

—¡Ay, amita! ¿Qué le ha pasado? —Estaba pálida.

—Nada, Ramona. Tuve un sueño terrible. —Cuando se levantó para beber un vaso de agua, no pudo evitar ver el horror pintado en el rostro de la negra—. No haga aspavientos, negra metiche. Le dije que ha sido una pesadilla.

Pero Ramona no podía articular palabra. Con un dedo le señalaba su rostro.

Preocupada, Victoria fue en busca de un espejo. Mientras caminaba, su rostro adquirió una palidez cenicienta y tuvo que detenerse para recobrar el aliento. La invadió una sensación de náusea infinita y sintió que el corazón le latía con premonición de muerte. La incertidumbre se le hizo insoportable. Tuvo la impresión de que el tiempo se arrastraba con pies de plomo. Al cabo de un instante de terrible silencio se paró frente al espejo de su tocador. Cuando se vio reflejada en él, se le escapó un gemido y empezó a temblar de pies a cabeza. Le pareció que el reloj situado en su cómoda dividía el tiempo en partículas de dolor, cada una de ellas demasiado espantosa para soportarlo. Sentía como si un clavo candente le perforara la piel, allí donde antes había estado su ojo. Entonces, el grito desgarrador que salió de su garganta hizo que los habitantes de La Alborada se persignasen: en lugar de su hermoso ojo verde, había una costra oscura y asquerosa.

La criada se compadeció de ella. Le sirvió un vaso de agua y esperó a que se calmase. Con cuidado usó uno de los finos pañuelos para cubrir aquel vacío negro. Entonces se acercó a la cama y comprobó estupefacta que las sábanas estaban manchadas de sangre. Se persignó. La

magia de la santera había cobrado su precio. A Victoria le latían las sienes con violencia y se sentía presa de una enorme angustia:

—De esto ni palabra, Ramona. Me lo juras por tu vida.

La negra, asustada, afirmó:

—Lo juro, amita.

—Ahora no tengo fuerzas, pero ya se me ocurrirá la forma de vengarme de esa santera y su malvada nieta.

El tiempo pasó sin consuelo alguno. Sabía que había jugado con fuego poniendo cirios a Dios y velas al demonio. Se tocó el parche sobre el ojo faltante. Ahora era tarde para lamentarse. El daño ya estaba hecho. Las predicciones de la santera se habían cumplido a rajatabla.

*

Una vez que se repuso, actuó de inmediato. Tenía siempre presentes los consejos de su difunto padre: “La vida a veces comienza con una pérdida”. No tenía tiempo para lamentaciones. Se encontraba encinta y la muerte de Imanol daba al traste con todos sus planes. Se encerró en el despacho a pensar. Entonces una idea genial le vino a la mente. Le escribió una carta a don Aguirre Larreta, donde le explicaba su estado de buena esperanza y la muerte de Imanol, el padre de su criatura. En la misma carta le proponía casarse con Felipe, ya que era impensable que el nombre de los Aguirre Larreta quedara manchado, como así también el de su hijito, a quien señalarían como bastardo el resto de su vida.

Además, le hizo saber a don Aguirre Larreta que Imanol le había prometido matrimonio, por eso ella se le había entregado sin pensar jamás que no volvería de la guerra. Un matrimonio con Felipe evitaría las murmuraciones. Y si su futuro esposo estaba enfermo, mucho mejor, así tendría que compartir almohada con él solo de vez en cuando, pensó. Nadie, excepto una sola persona a la que ella se lo diría personalmente, sabría que el hijo que esperaba era de Imanol.

Sin esperar respuesta, organizó su partida hacia el viejo continente. Viajaría con Ramona y alguien más. Si bien los viajes estaban prohibidos, iría en uno de los vapores de su padre. Le había ofrecido una cantidad tan exorbitante al capitán, que no se había podido negar.

—¡Quédese aquí que yo enseguida vuelvo! —le ordenó a la criada.

—¡Ay, amita! ¿Adónde va ahorita que los caminos son peligrosos?

—A ajustar cuentas. —Desde que Imanol la había dejado, una rabia hervía en su interior, profunda y lenta. Como todavía no había llegado la hora de desfogarla, la mantenía a fuego constante dentro de su pecho.

Ramona intuía a qué se refería su patrona, por eso insistió:

—Usté debe tener paciencia, amita. Debe saber que hay misterios que no se pueden solucioná. La vida no e’ siempre lo que deseamo’.

—¡Cállese, infeliz! A otro perro con ese hueso. Mi padre siempre decía que el que las hace, las paga. —Un gesto de determinación apareció en su rostro. Ahora llevaba un parche que cubría el ojo faltante. Sabía que la santera estaba viviendo en la ciudad. No tardó en hallarla.

Cuando entró a la choza se encontró con la obesa mujer y la niña de cabellos azules hasta el suelo. La jovencita cantaba alegremente mientras revolvía un mejunje.

—Oiga, usted, míreme —le ordenó con voz autoritaria a la niña.

La muchachita se calló de golpe y se dio la vuelta. Entonces Victoria observó con horror que la niña tenía en su rostro uno de sus ojos verdes.

Furiosa, les gritó:

—Ustedes ya sabían que Imanol jamás me iba a querer. Siguieron adelante solo para obtener mi ojo. —Desencajada por la rabia y el odio, le gritó a la muchachita, mientras desenfundaba un arma—: Usted se viene conmigo. Quiero recuperar mi ojo. —Luego, mirando a la santera, la amenazó—: Haga lo que tenga que hacer para que eso suceda o jamás la volverá a ver en lo que le reste de vida. —Había comprendido que el miedo era mucho más poderoso que el amor, aquella emoción blanda que alguna vez sintió y se juró no sentir nunca más. “Mano de hierro en guante de terciopelo”, se dijo. Ese sería su lema por el resto de sus días.

Y así, un tiempo más tarde, un singular grupo compuesto por una hermosa mujer con un parche en el ojo, una mulata avispada, una niña de cabellos azules largos hasta el suelo con un ojo verde y un par de cuervos negros como la noche partió rumbo a España.

San Sebastián,
Agosto de 1897

La hermosa mañana soleada auguraba un espléndido día. Edurne y Pedro habían insistido para que Gabriela los acompañase al balneario de Santa Águeda. Tal vez un poco de brisa marina y sol levantasen el ánimo de la muchacha.

El lugar estaba concurrido por lo más selecto de la sociedad, incluyendo al presidente Cánovas con su familia y al rey Alfonso con la suya. Pedro las había dejado solas para que conversasen mientras él se daba un baño en el mar.

Gabriela tenía los ojos secos, aunque una congoja invisible se había instalado en su pecho. En esos meses de abatimiento se había dado cuenta de que, ante la primera contrariedad, se hundía como los barcos zarandeados por las olas del mar. Estaban sentadas en una mesita mientras disfrutaban de una limonada helada. Ese día el calor era insoportable.

Ya había pasado más de un año desde que recibieran la dolorosa noticia de la muerte de Imanol. Al principio se había negado a creerlo. No podía siquiera imaginar la vida sin su amado. Sin embargo, el telegrama que recibieron en la mansión había sido por demás de claro. “Lo sentimos mucho. El soldado Imanol Aguirre Larreta resultó muerto en acto de servicio”.

Celebraron una misa *corpore insepulto* a la que asistió toda la comunidad donostiarra.

*

La intempestiva llegada de Victoria y su veloz casamiento con Felipe no hicieron más que echar leña a su corazón desolado.

Incluso la mujer había tenido el tupé de presentarse en su propia casa, acompañada de la criada y del niño.

—No tiene caso ocultarle la verdad a usted, mi querida Gabriela —le había dicho Victoria, mientras la miraba con una mueca entre la severidad y la condescendencia—. Como verá, el niño es el fruto del amor que me profesaba Imanol; además, es la viva imagen de su padre. —Su respiración era corta y desigual, el único ojo le brillaba y la mirada era dura e implacable. Necesitaba acción y aquel empeño se la iba a proporcionar. Experimentaba cierto punzante placer en observar el dolor en el rostro de Gabriela. Un rostro que la hería como una daga filosa.

Gabriela los observó demudada. Victoria se le adelantó:

—Hay que aceptar la realidad tal como viene, señorita Gabriela. —Enfatizó la palabra señorita —. Ya ha pasado el tiempo de las lamentaciones estériles. Imanol ya es tierra y mi hijito se ha quedado sin su verdadero padre. En fin, no la entretengo más.

Con esa visita, Victoria había logrado aliviar el rencor que le corroía las entrañas. Sin embargo, la certeza líquida y venenosa de que Imanol nunca la había amado y tampoco podría hacerlo le recorría las venas, como un castigo.

Gabriela ahogó un sollozo y trató de cambiar el rumbo de sus pensamientos. No había reparado en que Edurne le sostenía las manos con cariño. Ya era madre de Manuela, una niña sana y hermosa, y de Sonsoles, que ya estaba dando sus primeros pinitos. Edurne se encontraba nuevamente encinta.

—Amiga, por favor. No creas en las palabras de una desalmada. Sabes muy bien que mi hermano únicamente se hubiese casado contigo.

Gabriela no le contestaba, pero sus ojos almendrados irradiaban una profunda pena. El desencanto le horadaba todos sus huesos.

Edurne trató de ponerle paños fríos a la situación y exclamó:

—Imanol jamás le hubiese propuesto matrimonio a esa advenediza. Si recuerdas un poco, se lo comía con los ojos cada vez que venía a veranear. Por no mentar las veces que don Collazo insistió en casarla con él.

—Pero tiene un hijo. Y es su viva imagen. —Gabriela sonrió con un rictus amargo—: Sabes muy bien que ese color de ojos no es muy común.

Edurne se calló. Era cierto. El niño era el retrato de su hermano muerto. ¿Cómo habría podido ocurrir? Al cabo de unos momentos aseguró:

—Debe haber una explicación razonable y te prometo que la averiguaré, aunque sea lo último que haga en esta vida. Recuerda que "por el hilo se saca el ovillo y preguntando se averigua todo".

La promesa de Edurne arrancó una pequeña sonrisa en Gabriela.

—¡Eres tan exagerada, Edu! —Suspiró—.Tal vez no haya nada que descubrir.

—¡Claro que lo hay! Si la hubieses visto dando órdenes en la mansión como dueña y señora… Y al infeliz de Felipe bebiendo los vientos por ella.

—Es cierto. ¿Los mellizos ya cumplieron el año?

—Todavía no. Al parecer mi hermano no ha perdido el tiempo. —Hizo una pausa mientras una sonrisa iluminaba su rostro y se acariciaba su vientre prominente—. Bueno, con mi Pedro tampoco lo hemos hecho. ¡Pensar que Victoria despreció a Felipe cuando la quisieron casar con él! Estaba encaprichada con Imanol.

—Y ahora lleva ese parche en el ojo. ¿Qué le habrá pasado? —se preguntó Gabriela—. Nos quedaremos con la intriga, porque dudo que le puedas sonsacar alguna información a la criada.

Edurne se colocó el sombrero.

—Me marcho. Ya casi es la hora del almuerzo. Manuela debe tener uno de sus berrinches y Sonsoles ya se habrá despertado de su siesta. ¡No puedo dejarla a Encarna a cargo de todo el circo!

Gabriela se rio. Amaba a la pequeña Manuela y sus enojos. Debía reconocer que Encarna era una bendición para su amiga. La mujer trabajaba desde niña para los Aguirre Larreta y Edurne le había confiado el cuidado de sus pequeñas.

Se despidieron con un fuerte abrazo. Gabriela siguió contemplando el mar con sus olas. Se quedó un buen rato mirando el horizonte. ¿Cómo explicar que sentía la presencia de Imanol viva en su pecho? ¿Quién le creería? Cerrando los ojos, pensó: "¿Dónde estás, amor mío? ¿Por qué me has abandonado?".

Al intentar aferrarse a sus sueños, notó cómo sus uñas se clavaban en su piel.

*

Mientras Gabriela intentaba ahuyentar sus pensamientos, se escuchó a lo lejos un estruendo. La gente gritaba y corría para todos lados. Hubo instantes de pánico.

Gabriela se acercó a unas personas que rodeaban a alguien tirado en la arena: era el presidente Cánovas. Estaba muerto. Luego se supo que un anarquista italiano había sido el autor del atentado. La muerte de Cánovas significaría un cambio grande: Cuba y Puerto Rico serían independientes.

Isla de Cuba

1898

Por la tarde, cuando descendía el sol y el calor daba una tregua, Imanol conversaba con Pol en la plantación “Santa Rita”. El hombre había logrado sacarle la bala. Sin embargo, Imanol no podía caminar.

—Usted me ha salvado la vida, Pol. Y eso que soy el enemigo. —Tenía la espalda vendada. Le habían aplicado tomillo, una hierba que ayudaba a regenerar la piel dañada. La guerra lo había sumido en estados catatónicos, que lo paralizaban de vez en cuando. Sin embargo, no quería demostrar debilidad. Prefería disimular el sufrimiento.

—Usted es mi amigo, Imanol, y con eso basta —le repetía Pol. La plantación se había convertido en un campo de refugiados, no solo rebeldes sino también “rayadillos”, soldados españoles que habían desertado. Los soldados del Ejército Colonial eran los perdedores. Olían a muerto. Los enfermos reposaban en jergones; el resto se acomodaba en improvisados colchones de paja.

El médico estaba sorprendido. La bala había salido limpia y, a su entender, no había rozado la médula. No había emitido su opinión para no causar más daño, pero para él, el impedimento que tenía Imanol era de índole mental. Algo había en su interior que no le permitía caminar. Había cosas que iban más allá de lo que creemos que somos capaces de impedir y la invalidez de Imanol era una de ellas. Resignado, le había mandado a pedir una silla de ruedas a la capital.

Imanol llevaba el desasosiego cosido en el cuerpo como un sudario. No sabía nada de su familia ni de Gabriela. Había desistido de escribir, atrincherado en un silencio al que había dotado de granadas y alambre de espino. Además, ¿para qué? Sabía que las cartas eran en su mayoría interceptadas. “Mejor olvidar y que te olvide”, se repetía una y otra vez, como una letanía. Parecía mentira que el pasado pudiese enterrarse como los cuerpos de los difuntos. Se cavaba una tumba, se enterraba al muerto, se le ponía una cruz y ¡Santas Pascuas! Luego la tierra se iba asentando con el transcurso de los días. Y ya nadie recordaba.

Aquella noche Pol se le acercó con una copa de ron, que Imanol aceptó agradecido. Los años en Cuba lo habían hecho aficionado a esa bebida. La alegría iluminaba el rostro voluntarioso del indiano:

—Amigo, va a regresar a España.

—¿Cómo así? —Una sorda inquietud le hizo palpitar la sangre en sus sienes.

Entonces Pol le explicó lo que tenía en mente.

San Sebastián

Victoria se había dado un largo baño en la tina. Había hecho que Ramona le cepillase todo el cuerpo con una esponja. Tenía el vientre inflamado. Detestaba llevar otro hijo de Felipe en su

cuerpo.

—Si le sigo frotando se va a quedá en carne viva, amita —rezongaba Ramona—. No le va a sé' bien a su hijito.

—¡Cállese, negra metiche! Detesto este embarazo. Lo único bueno es que durante estos meses no voy a permitir que Felipe me ponga las manos encima. Ya bastante tengo con esos engendros que no me dejan cuidar bien de Toñito.

—Pero el señó Felipe e' un pan de Dio'… y los mellicitos uno' angelito'. —Ramona criaba a los niños como propios, ya que la madre se había desentendido por completo de ellos.

—Felipe es un bueno para nada —la interrumpió Victoria—. Para lo único que me sirvió fue para proteger a Toñito. —Lo había bautizado Antonio, como su difunto padre—. Las cotorras de San Sebastián mueren porque las invite a una de mis veladas, pero no pienso hacerlo hasta último momento, ¡Que sufran, como lo hice yo! —Cambiando de tema, le preguntó—: ¿A qué hora dijo que venía el médico? No me gusta en absoluto el color enfermizo de mi hijito. Además, ha tosido con sangre.

—A primera hora de la tarde, amita. Ya debe estar al caer.

—Vamos, infeliz. Traiga dos toallones, así me seco más rápido. —Ramona la ayudó a secarse y luego a vestirse. Eligió un vestido color borgoña, con detalles en color crema, que le sentaba de maravillas. El embarazo de Toñito no había afectado la esbeltez de su figura en lo absoluto; sin embargo, con el de los mellizos su cintura había engrosado unos centímetros. ¡Y ahora con este nuevo…!

Por unos instantes el rostro de Victoria se ensombreció y las lágrimas acudieron a su único ojo sano. Todavía no había podido hacer nada para recuperar el otro.

Un cuarto de hora más tarde, el doctor había terminado de examinar al pequeño. En su rostro se había borrado la sonrisa de un plumazo. Debía darle las malas noticias a aquella madre tan sobreprotectora y no sabía cómo hacerlo.

—Me gustaría hablar con usted y con don Felipe en privado, por favor —le dijo, con toda la calma que fue posible.

—Ramona, llévese a Toñito —ordenó Victoria—. Dígame a mí lo que sea, doctor. No hay necesidad de importunar a mi marido. En estos días su salud no es muy fuerte. —La ansiedad palpitaba en su mirada.

El doctor decidió hablarle con la verdad:

—Mucho me temo que su hijito se ha contagiado la enfermedad del padre, aunque en este caso es más grave.

La barbilla de Victoria comenzó a temblar:

—¿Qué me está diciendo, doctor? ¿Cómo que se ha contagiado? —¡Los que deberían enfermarse eran los mellizos! Con seguridad lo había diagnosticado mal, pensó, mientras se sentaba en uno de los sillones.

—Toñito padece tuberculosis. Lamentablemente, en un grado más avanzado que el de su marido. Probablemente la haya contraído por algún estornudo. Es una enfermedad que algunos miembros de los Aguirre Larreta han padecido y esta vez le tocó en suerte al pequeño.

El semblante de Victoria perdió cualquier vestigio de color.

—Algo podrá hacerse… algún tratamiento, no sé… Por el dinero no hay problema, tenemos de sobra. Podemos viajar al extranjero.

El doctor la miró con compasión:

—Mucho me temo que ya es tarde para eso. Si le sirve de consuelo, rece. A veces el Señor obra milagros.

—¡Noooooo! ¡Noooo! No me puede estar diciendo eso. No es posible. Yo…

—Señora Victoria, no olvide que usted está en estado de buena esperanza y sus nervios no le van a hacer bien a la criatura.

—¡Váyase! ¡Váyase, que no lo quiero volver a ver en mi vida! —gritó, con los ojos bañados en lágrimas.

Ramona llegó con un té de tila y Agua del Carmen mientras el resto de los familiares asimilaban semejante noticia. El espanto estaba pintado en todos los semblantes.

Cuando intentaba calmarse con las tisanas, Ramona le comunicó que el señor Jaime quería hablar con ella.

—Dile que ahora no. No me quedan fuerzas. Tal vez en otro momento.

Ramona se fue con el mensaje, pero regresó de inmediato y le dijo:

—El señó Jaime insiste. Dice que tiene que ve’ con la salú del Toñito.

El rostro de Victoria se iluminó:

—Hazle pasar entonces. —Se trenzó el cabello y estiró su arrugado vestido.

De ese modo, Jaime entró por primera vez a los aposentos de su cuñada. Se quedó sorprendido por la decoración lujosa. Sabía muy bien que a la mujer le gustaba gastar grandes sumas de dinero, pero no había dudas de que poseía un gusto exquisito.

La colcha de brocado color marfil, los almohadones haciendo juego, las lámparas de luz de Tiffany y la gran araña de cristal que colgaba en el centro de la habitación confirmaban sus pensamientos. Un sofá verde y plateado se ubicaba estratégicamente frente a una chimenea en cuya repisa de mármol había una caja donde se guardaban los habanos.

—Victoria… me acabo de enterar de la triste noticia… —le dijo Jaime, apenado, mientras le tomaba las manos.

—Ay, Jaime. Es mucho peor de lo que imaginaba. Prácticamente me ha dicho que a mi niño no le quedan esperanzas.

El hombre la miró seriamente:

—Yo tengo un remedio, cuñada. Un remedio harto costoso, pero efectivo.

Victoria le dirigió una mirada incisiva, que le dio el pálpito a Jaime de que nada escapaba a su

atención:

—¿Cómo así, Jaime? ¿De qué remedio me está hablando?

Jaime se tomó un tiempo antes de responder. Lo que le iba a proponer rayaba en la demencia y la maldad.

—Como comprenderá, cuñada, en estos casos es conveniente pensar que el fin justifica los medios y que…

—Tanto preámbulo está acabando con mi paciencia, señor —lo interrumpió—. Estamos hablando de la salud de mi hijito.

Jaime sacó su pitillera.

—¿Puedo?

—¡Claro que sí! Pero déjeme que lo convide con uno de estos habanos. Son de nuestras plantaciones y le aseguro que la calidad es exquisita. —Se dirigió hacia la chimenea, abrió la caja y sacó los habanos.

Jaime los encendió y le entregó uno a ella. Inhaló una profunda bocanada para saborear el tabaco y le sugirió:

—Venga, siéntese que se lo voy a explicar: como bien sabe, vivo en Barcelona la mayor parte del tiempo. Se imaginará que frecuento muchos lugares y conozco a mucha gente. Gente la mar de interesante. Pues bien, sé a ciencia cierta que hay una pócima que puede curar a mi sobrino.

—¿Entonces? Debemos conseguirla de inmediato. Sabe muy bien que por el dinero no hay problema. —Victoria había hablado de corrido, sin siquiera recobrar el aliento. Jaime la miró y le dijo:

—Efectivamente, la pócima es extremadamente cara, aunque ese no sería el inconveniente.

—Entonces, ¿cuál es? Por mi hijo soy capaz de vender el alma al diablo. —Estaba impaciente. Se levantó de un salto, a pesar de su embarazo abultado—: Vaya al grano, cuñado, basta de darle vueltas al asunto, que hay mucha lana que cardar.

—Las pócimas las prepara una tal Enriqueta Martí, más conocida como “La Vampiresa del Poniente”. Ella regentea, entre sus muchas actividades, un prostíbulo de menores… —Jaime bajó el tono de voz. Él era uno de aquellos clientes pervertidos—. Lo que hace esta señora es preparar pócimas para los tuberculosos con la sangre de los niños que fallecen o que ella misma mata.

Mientras hablaba, su semblante permanecía impasible. Victoria lo miró de lleno, sin que se le moviera ni un cabello:

—¿Es efectiva?

—Mucho. El número de clientes de la tal Martí es abultado. Los familiares de los enfermos pagan fortunas por hacerse con uno de sus “frasquitos milagrosos”.

—A veces para hacer justicia hay que saltarse la ley. Y la enfermedad de Toñito es sumamente injusta. Pues que no se diga más. Consígame uno. —Se quedó callada unos instantes para luego reponer—: Usted no hace nada a cambio de nada. ¿Cómo le voy a pagar este favor?

Una sonrisa lobuna amaneció en los labios de Jaime.

—No se preocupe, cuñada. Cuando llegue el momento, se lo haré saber.

Y así fue como Toñito recuperó lentamente sus fuerzas mientras la madre pagaba fortunas por cada frasquito.

Toñito tomaba la medicina todas las mañanas y al acostarse. Victoria vertía una cucharadita del tónico preparado con los untos de los niños fallecidos y se lo daba a beber con jugos o caldos para disimular el gusto.

Su cuñado Jaime recibía el pedido desde Barcelona y era él mismo quien se encargaba de pagarle a Enriqueta Martí. Cuantos menos estuviesen involucrados, era menos riesgoso.

San Sebastián
1898

Edurne se paseaba por la habitación como un animal en jaula mientras su marido la observaba demudado:

—No puede ser cierto lo que me has contado, Pedro. Dime que no es verdad.

Pedro asintió apenado. Sabía que lo que le había confesado a su mujer iba a acarrear funestas consecuencias:

—Es la verdad, Edu. La triste y lamentable realidad. El padre Iñaki me lo confirmó. Sus superiores en Barcelona hace tiempo que están detrás de la tal Martí y toda su clientela. Te imaginarás la angustia que le causó el saber que Victoria Collazo figuraba entre los compradores. Les soplaron que era Jaime quien se hacía con los frascos, pero el nombre de Victoria era el que figuraba en la lista. Luego todo fue cosa de sumar dos más dos. Al parecer, la tal Martí robaba los hijos de las prostitutas y los prostituía. Cuando uno falleció, probó una fórmula del medioevo y fabricó un tónico para los tuberculosos con los untos del cadáver. A medida que su clientela aumentaba, los hijos de las prostitutas desaparecían. Un negocio redondo, porque nadie escucha a esas mujeres.

—¿Y las autoridades? ¿Por qué no intervienen?

—Hay mucho dinero de por medio. Familias aristocráticas, funcionarios, empresarios de renombre y políticos tienen sus manos sucias por esto. Al parecer hay una lista dando vueltas, aunque la guardia civil no interviene.

Las lágrimas habían comenzado a descender por el rostro de ella:

—Hay que ponerle un basta a esta situación, aunque afecte la salud de Toñito. No podemos ser cómplices de semejante atrocidad. —Mientras hablaba, restregaba el pañuelo nerviosa—. Hoy mismo hablo con Victoria. —Ni siquiera en sus peores pesadillas había podido concebir una verdad tan cruel—. Jaime es tan culpable como ella. Reconozco una manzana podrida cuando la veo. —Presentía que su hermano mayor era un alma extraviada. Una de esas personas que se

escurren por las rendijas de la sociedad.

—Mejor lo hacemos los dos. Primero hablemos con el inmoral de tu hermano y luego con Victoria. No quiero dejarte sola con esa mujer. Sin duda te va a montar un Belén. No sé de qué puede llegar a ser capaz.

—Hablaremos luego del almuerzo —dijo, decidida. Había aprendido a seguir a su instinto y este le decía que debía poner las cartas sobre la mesa. Además ya habían sido aconsejados por el padre Iñaki.

A Edurne la comida se le hizo interminable. Jugueteó con el tenedor la mayor parte del tiempo. Victoria la observó, socarrona:

—¿Qué pasa, cuñada, que no ha probado bocado? ¿Acaso le ha disgustado el menú? —No perdía la ocasión de hacer notar que era ella la que llevaba las riendas de la mansión.

—Tengamos la fiesta en paz —intervino Jaime, que había llegado recientemente de Barcelona.

—Queremos hablar con usted, Victoria —le dijo Edurne, impaciente—. Luego del almuerzo.

Victoria se encogió de hombros. ¿Ahora con qué estupideces vendría la pacata de Edurne? Cada día que pasaba se le hacía más difícil soportarla.

Como era su costumbre, los hizo esperar. Sin embargo, cuando observó los rostros graves del matrimonio Rojas, comprendió que la conversación iba a ser muy seria. Bajó la vista conteniendo un impulso de impaciencia.

—Victoria, sé el dolor que le causa la enfermedad de Toñito. —comenzó Edurne—. Enfermedad que, lamentablemente, ha afectado a mi familia por generaciones.

Victoria la interrumpió triunfante:

—No deben preocuparse, mis queridos. Toñito se encuentra perfectamente bien de salud. A Dios gracias le estoy dando un tónico que obra milagros.

—Justamente de ese tónico queríamos hablarle. —El rostro de Pedro Rojas era una máscara impenetrable. Victoria los miró sorprendida:

—¿Qué les importa a ustedes el remedio que le doy?

—Nos importa mucho. Sabemos cómo lo fabrican. —Edurne la miró directamente al único ojo que destellaba una furia incontenible—. Hay que ponerle fin a tanta perfidia.

—¿Qué dice, infeliz? ¿Qué autoridad tienen ustedes para opinar sobre la salud de mi niño?

—Victoria, cálmese, por favor. Es imposible seguir adelante con esto. Estamos hablando de crímenes horrendos. De pócimas que se obtienen con la grasa y los órganos de infantes… —A Edurne le había empezado a fallar la voz—. A fuerzas hemos de encontrar otra solución.

—Si le quitan la medicina a Toñito, los mato —los amenazó, sin contemplaciones.

—Desesperar no conduce a nada —intervino Pedro—. Hemos hecho una cita con el mejor especialista de España. Vive en Madrid y podrá encontrar la cura para…

—¡Basta! ¡Callad, pedazos de mal nacidos! ¡Nadie le va a negar el tónico a mi hijo! ¡Nadie! —El color había huido de su rostro y una lividez cadavérica se había apoderado de él.

—Pues es hora de que sepas que Jaime no lo traerá nuevamente. —Edurne se había recompuesto.

Antes de hablar con Victoria lo habían hecho con Jaime, quien había maldecido en voz alta. Se sentía enfermo solo de pensar que su nombre saliese a la luz y así la gente supiera que no era un hombre que se vestía por los pies, sino por la cabeza. Muy pocos conocían su afición por los jovencitos.

Victoria los miraba desquiciada. La locura parecía haberse apoderado de ella. De golpe salió corriendo en dirección al despacho de Jaime. Desde allí se escucharon todo tipo de insultos. Mas Toñito no recibió la medicina.

Felipe tampoco intervino. Eso Victoria jamás se lo perdonó.

La criatura que esperaba se malogró y nació antes de tiempo. A Victoria la tuvo sin cuidado.

*

Una mañana, más repuesta, subió las escaleras del ático casi volando. Allí solo ella o Ramona estaban autorizadas a entrar. De su bolsillo sacó un manojo de llaves y abrió el candado.

Un olor a encierro, sudor y tufo hirió su olfato. Tapándose con un pañuelo, enfrentó a la criatura de cabellos azules hasta el suelo y un ojo verde.

—Usted me va a ayudar. Debe encontrar una cura para mi hijito. No quiero que mi Toñito se muera.

La niña le respondió con su voz cantarina:

—Usted no puede hacer nada, ni yo tampoco. Así está escrito en su destino.

Victoria reprimió las ganas de zamarrearla. Una voz en su interior le impedía hacerlo. Contrariada y nerviosa, cerró la puerta y dejó a la niña bordando una manta. El bordado era exquisito.

Desde que la había traído de Cuba, la niña permanecía encerrada en el ático. Únicamente Ramona le alcanzaba las comidas e higienizaba el lugar una vez a la semana. La niña jamás había emitido una queja. Se la veía feliz con su bordado y aquel ojo verde. De su abuela la santera no se sabía nada.

*

Victoria se despertó gritando, con las sábanas empapadas de sudor, pero aterida y temblando. Había tenido una pesadilla. A través de la ventana observó que el cielo estaba comenzando a teñirse de distintos colores. El reloj de la mesita de noche marcaba las cinco de la madrugada. El tañido de una campana hirió el silencio del amanecer. Estaba doblando a difuntos. Trató de aguzar el oído. Si el último tañido era agudo, el funeral era de una mujer; en cambio, si era grave,

era el de un hombre. ¿Quién habría fallecido? Un escalofrío premonitorio le recorrió el cuerpo. De pronto supo lo que tenía que hacer: viajar a Barcelona y entrevistarse con la tal Martí. Todo el mundo tenía un precio, y ella solo debía descubrir cuál era el de la mujer.

Angustiada, días más tarde, viajó a Barcelona en compañía de Ramona. Deambularon por las calles llenas de pecados capitales: niños obligados a prostituirse, mujeres que vendían su cuerpo tan solo por unas monedas, jóvenes disfrazados de mendigos o lisiados para despertar lástima.

Se dirigió a la casa de Enriqueta Martí y llamó varias veces. Nadie le abrió. Volvió al día siguiente y repitió la operación en vano. Al tercer día un niño se presentó al hotel donde se hospedaba y le entregó un mensaje. En él la Martí se negaba a seguir vendiéndole los tónicos; incluso la amenazó veladamente. Cualquier escándalo podría acabar con su "negocio", que iba viento en popa.

Derrotada, regresó a San Sebastián.

—Tómese este caldito, amita. Tanto sufrimiento la va a llevar a la tumba —le aconsejaba la criada.

—Ramona, acompáñeme a la iglesia. Vamos a encargar unas misas a la Virgen del Coro. Tal vez nos obre el milagro.

El sacerdote la recibió y trató de brindarle consuelo. Victoria se guardó de decirle cómo se obtenían las pócimas que curaban a su hijo, solamente le comentó llorando que su Toñito ya no podía seguir con el tratamiento.

El padre Iñaki le entregó una cadenita con la medalla de la Virgencita. Sabía la verdad sobre las medicinas y había aconsejado a Edurne y Pedro para que tomasen cartas en el asunto más temprano que tarde y acabaran con aquella atrocidad.

Victoria se despidió de él, agradecida, pero con la pena más honda. El tiempo era el mayor de los ladrones y no tardaría en llevarse a su hijito.

Con el transcurso de los meses su cordura se fue esfumando al mismo tiempo que la salud del niño. Cuando los ojos sin vida de Toñito la miraron fijamente, Victoria ya se encontraba completamente enajenada.

CAPÍTULO 5
EL PERDÓN NO ESTÁ EN NUESTRA SANGRE

San Sebastián

Aquella mañana de invierno el aire era frío y amenazaba tormenta. A lo lejos el cielo iba adquiriendo un tono gris oscuro. El coche fúnebre avanzaba por la calzada central, tirado por seis caballos negros con arreos lujosos. El coche acristalado permitía ver dentro un cajoncito de madera blanca, rematado por cantoneras doradas y un crucifijo en el medio. El imponente carruaje iba conducido por un cochero en el pescante y dos postillones encaramados en la parte trasera. Luego seguía la procesión de coches, entre berlinas de acompañamiento y landós particulares.

Del coche principal bajó Victoria, enfundada en un abrigo de piel negra. Un soberbio sombrero del mismo tono con un tul ocultaba su rostro.

Cuando el ataúd que contenía el cuerpo de Toñito fue colocado dentro del mausoleo, Victoria ahogó un sollozo. Sin embargo, ni una sola lágrima escapó de su único ojo.

El sacerdote se ubicó junto al cajoncito y comenzó los rezos. Su voz era intensa y parecía sobrevolar por encima de los presentes. Cada vez que rezaba: "Y perdónanos, Señor, nuestros pecados", a Victoria se le endurecía el corazón. No había permitido que Edurne y Pedro asistiesen a los oficios religiosos. Cuando el sacerdote finalizó, ella depositó una caléndula sobre el cajoncito. De su garganta reseca brotó un graznido rasposo, mientras lo besaba:

—Se lo prometo, hijo de mi alma. Jamás descansaré hasta cobrar venganza. El perdón no está en nuestra sangre. Los culpables recibirán su castigo, así sea lo último que haga en esta tierra.

Sabía que la muerte de un hijo no requería ninguna componenda. Era un golpe definitivo en sí mismo. Despacio, dio la media vuelta y se fue caminando, ignorando a quienes querían darle el pésame. Solo la seguía su fiel Ramona, con el rostro cubierto de lágrimas.

Isla de Cuba

Pol había visto la tragedia en los ojos de Imanol y su voluntad de huir de todos y de todo. Por

eso no insistió y lo dejó marchar.

Era el momento de embarcarse y decir adiós. Ya nada quedaba de aquellos hombres en los huesos y con el aspecto de *fumbis*, en quienes las huellas del hambre, el cansancio y el miedo habían dejado su rastro. Regresaban a su patria en el *Carolina,* que llegó a la Península el 11 de enero de 1899.

Imanol volvía sintiendo que le habían robado parte de su vida. Un sombrero jipijapa le ocultaba parte de su rostro. Pol lo acompañaba. Se había negado terminantemente a enviar un telegrama a su familia. Hacía poco le habían informado que en España lo creían muerto. Mejor así. Él se consideraba un *fumbi*, un muerto en vida, y jamás toleraría la compasión de los que amaba. Un llanto entreverado de pena y zozobra invadió sus ojos.

El dolor le había hecho comprender mejor las cosas y distinguir con mayor facilidad lo que era realmente importante: no convertirse jamás en una carga. Decían por ahí que el tiempo mitigaba cualquier dolor. Efectivamente, el tiempo era su aliado. Ya se había despedido en su interior de Gabriela, el amor de su vida. Su recuerdo estaba enterrado en el cementerio de su memoria. Sabía muy bien que una vez que se apagaban las brasas, solo quedaban las cenizas y esas no quemaban. Ya nada quedaba de aquel Imanol que ella tanto había amado, solo la cáscara de un hombre abatido por el destino.

San Sebastián

Gabriela se sentó silenciosa a la mesa. Tenía servido el chocolate, la jarra con leche y el pan con miel. Le había resultado una tarea dolorosa asumir el estado de “viuda de guerra”. Así se consideraba, puesto que había estado al borde de casarse con Imanol y era su esposa en su mente y corazón, mas no en los papeles. Penoso había resultado aprender a vivir sin él, su compañero, su amante, su amigo.

Sobre ella se desplomaba una ola de nostalgia tan intensa que le humedecía los ojos. Generalmente el paso del tiempo hace que se vaya olvidando la fisonomía del ser querido, diluyendo sus rasgos en una nebulosa, detenida en el momento de su separación. Sin embargo, eso no le había ocurrido. La imagen de Imanol siempre estaba viva dentro de ella.

Cuando se supo que había regresado de la guerra, que su muerte había sido una confusión imperdonable, había corrido a sus brazos, sin importarle la sarta de mentiras que le había enrostrado Victoria; ni siquiera el hijo que había sido su viva estampa. Pero grande fue su sorpresa cuando Imanol se negó a recibirla. Se había mudado a su cabaña en el bosque y no quería ver a nadie de la familia.

Gabriela insistió, ignorando su no rotundo, pero todo fue en vano: Imanol jamás cambió de parecer.

Los muertos no deberían regresar nunca. Aquel a quien se ha llorado, a quien se le ha rezado y

ofrecido misas, por quien se ha llevado luto durante mucho tiempo, no debería resucitar.

Rebosando angustia, rabia y un dolor que le laceraba el alma, empacó sus pertenencias y se fue a Barcelona. Allí vivía Edurne con Pedro, luego de que don Aguirre Larreta, obligado por Victoria, los conminara a abandonar la mansión. Ya no eran bien recibidos; se los culpaba de la muerte de Toñito. La familia entera, junto con Encarna, la nana, se trasladó a Barcelona. Los Aguirre Larreta taparon todo con un manto de silencio, lo que ahondó más la pena de Edurne y Pedro.

Gabriela Iribarren se mudó cerca de ellos. San Sebastián estaba poblado de malos recuerdos.

*

A don Aguirre Larreta le costaba conciliar el sueño. Solía despertarse muy temprano y, en lugar de quedarse en la cama, salía a dar un paseo, hiciera el tiempo que hiciese. Generalmente caminaba rumbo al mar. Cuando soplaba el viento del noroeste, arrastraba hacia la costa las partículas de agua y sal que se adherían a su cuerpo. El ir y venir de las olas lograba sosegar apenas su espíritu enfermo. El mar lo era todo: en él se zambullían los recuerdos, las decepciones, las esperanzas y también las penas.

Había vuelto a percibir el olor a miedo, aquel aroma que todo lo emponzoña, que impone un gris absoluto en el presente y también en el futuro, y va apagando lentamente el alma humana. Ese miedo lo había sentido por primera vez cuando mandó a Imanol a Cuba. Sabía que no estaba actuando de buena fe, pero no había tenido el carácter suficiente como para impedirlo. Y ahora resultaba que el hijo no había muerto en la guerra, pero sí para la familia. Imanol no había querido saber nada de él. Lo había desconocido como padre. Él lo entendía perfectamente. ¡Cómo no hacerlo!

Suspiró profundamente mientras su vista con incipientes cataratas observaba el horizonte. También había condenado a Edurne y su familia al destierro. Había tratado de creer a pie juntillas los argumentos de Victoria para desheredarlos, a sabiendas de que los motivos por los cuales habían actuado su hija y su yerno eran los correctos. ¿Cómo enfrentarse a Victoria? ¿Cómo pararse frente a ella y ponerle un basta a sus imposiciones? Él no podía. Tenía miedo. Un miedo tremendo por Felipe, por los mellizos y por él mismo. Era débil, era un cobarde. Siempre lo había sido.

Juntando fuerzas se sacó los zapatos y las medias, y dejó que el agua mojase sus pies. La sintió helada. Desde hacía varios días tenía el oscuro presentimiento de que no iba a volver a ver el mar, ni aspirar la brisa salada. Si ese iba a ser su castigo, bien merecido lo tenía.

*

Victoria caminaba por la habitación como una fiera enjaulada. Debía disimular las emociones o la medicarían. Luego de la muerte de Toñito, le habían administrado hidrato de cloral. Tenía un sabor amargo que le duraba mucho tiempo en la garganta. El resultado era sorprendente: reducía los latidos del corazón, haciendo que se calmase de inmediato. Cuando supo que Imanol estaba vivo, por un instante se le congeló la expresión de su cara: el ojo, abierto de par en par, reflejó un miedo atónito, como aquel que siente el cazador cuando se convierte en presa. La noticia la llenaba de desasosiego. ¿Y si Imanol revelaba la verdad? ¿Si contaba cómo ella lo había engañado para que fuese suyo? ¿Si explicaba que había preferido la guerra a casarse con ella? ¡Y ahora Toñito no estaba! El único vínculo que la podía haber atado al amor de su vida ya no existía. Una lágrima había comenzado a descender por su rostro. ¿Por qué se había tenido que casar con el pusilánime de Felipe?, se reprochaba. ¿Cómo podría hacer para anular el matrimonio? Para más inri, los mellizos eran sus hijos. Salvador había heredado los rasgos de los Collazo, en cambio Paula era muy parecida a su padre, quien la adoraba.

Sabía que pronto pergeñaría algún plan. Siempre había sabido salirse con la suya, aunque el precio a pagar fuese muy costoso.

Con los días, una idea fue cobrando fuerzas en su interior. Como movida por un resorte, buscó en el arcón que había traído de Cuba. En el fondo, dentro de una bolsa de cuero gastada, había un frasquito. Lo sacó con muchísimo cuidado. Mientras leía la etiqueta, una sonrisa lobuna iluminó su rostro. Ya sabía lo que tenía que hacer para librarse de su marido. Luego le escribiría una larga carta a su madre, explicándole todo al detalle. Sonrió. Sin duda se iba a escandalizar y se confesaría por los pecados de su hija. ¡Estúpida! Jamás le iba a perdonar su sangre oscura y el no quererla.

*

Imanol se había encerrado en su cabaña. Había mandado a llamar al padre de Ibai y había mantenido una larga conversación con él. Le explicó que su hijo había muerto en combate, defendiendo a la Patria. También le entregó un retrato en carboncillo del joven, donde posaba con el uniforme y fusil en mano.

El padre tomó el dibujo con manos temblorosas y le agradeció a Imanol el gesto. Luego se perdió en la soledad del bosque. Sabía que jamás se iba a recuperar de la muerte de ese hijo.

Imanol también cumplió con la promesa de buscarle al hombre un trabajo acorde con sus años y velar por los suyos.

Tardó unos días en abrir la carta que le había mandado Edurne. Tenía pensado leerla, pero no contestarla. Quería cortar cualquier lazo con el pasado. Ahora él era otra persona.

Querido hermano:

No sabes lo que ha significado para nosotros saberte con vida. Hemos pasado unos años sombríos y oscuros creyéndote muerto, pero gracias a Dios todo se ha aclarado.

No he podido viajar a verte pues me hallo nuevamente encinta (presiento que es la cuarta niña). Sin embargo, no puedo entender que no quieras encontrarte con Gabriela. Me ha contado que te has negado terminantemente a verla. ¿Por qué, Imanol, si ustedes tenían un amor tan bonito? ¿Acaso se debe a que estás en silla de ruedas? Quiero creer que esa no es la razón.

Padre jamás se va a perdonar haberte mandado a Cuba. Desde que te fuiste parece una compasión. No sé si ya te has enterado, pero Victoria se ha casado con Felipe. Dio a luz a un niño que decía que era tuyo. No puedo poner en duda sus palabras, porque era tu viva imagen. Lamentablemente el pobrecito no pudo sobrevivir a la tuberculosis. ¿Sabes? Yo fui quien lo privó de su medicina y no me arrepiento. Se la compraba a una mujer, Enriqueta Martí, quien la elaboraba con sangre de niños a los cuales mataba. ¡Un horror muy difícil de imaginar y mucho menos de permitir! Sin embargo, con Pedro nos plantamos y le exigimos a Jaime que no le trajese más ese remedio. Yo fui la causante de la muerte de tu hijito, hermano, un trago amargo que jamás superaré. ¿Tenía otro camino? No lo creo. Con mi Pedro consideramos mil y una opciones antes de tomar la decisión final. De más está contarte que ese fue el puntapié inicial para que padre, influenciado por Victoria, nos corriese de la casa. Jaime también se las apañó para que me desheredasen. Te imaginarás que me importa un ardite. ¿Cómo iba a ser cómplice de semejantes atrocidades?

Te suplico que reveas tu negativa de encontrarte con Gabriela. Ella te sigue amando como el primer día. Yo extraño a mi hermano adorado, compañero de mis aventuras y fiel confidente. ¿Podré visitarte con mis niñas?

Te mando el beso más grande del mundo.

Tu hermana que te adora,

Edurne.

Imanol hizo un bollo con la carta y la arrojó al fuego. No quería saber nada con su pasado. La decisión ya estaba tomada y era definitiva.

SEGUNDA PARTE

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

CAPÍTULO 6
¡FUERA, MALDITA VÍBORA!

San Sebastián
Fines de junio de 1915

Cuando se asomó al balcón, el día ya llevaba buen rato clareando bajo el cielo azul. Una ligera brisa despeinó los cabellos rubios de Amaia Rojas. El ruido de las olas al chocar con los acantilados, la brisa marina, el paisaje, todo se conjuraba para levantar su ánimo. Hacía ya un tiempo que se sentía espléndida: las mejillas habían recobrado su rosado natural y su figura, que había estado en los huesos, había ganado el peso adecuado. Sus ojos color miel habían vuelto a tener el brillo de antaño. Ya no se observaban círculos violáceos debajo de ellos. Debido a eso, Gabriela Iribarren, su madrina, le había comprado un guardarropa nuevo. Haber sido víctima del tifus le había costado casi dos años de visitas a distintos especialistas, tónicos desagradables y meses de reposo. Su carácter amable y sufrido le había permitido soportar estoicamente tantos embates. Por eso, luego de cumplir al pie de la letra con lo indicado por los médicos, tuvo el alta para llevar una vida completamente normal.

*

Aquella mañana todavía me encontraba con el camisón puesto. Busqué en el ropero uno de los mantones livianos y me envolví en él. Calzaba unas pantuflas que me había obsequiado mi madrina. Con mis dieciocho años me sentía llena de vitalidad.

El rostro se me ensombreció unos instantes al recordar uno de los peores momentos de mi vida: cuando me habían cortado la larga cabellera rubia. Encarna, mi nana, se había presentado con unas tijeras afiladas y, a pesar de mis ojos llorosos y mis manos temblorosas, no había dudado en usarlas. Había que terminar con los piojos que posiblemente me habían infectado esa terrible enfermedad. Con cada mechón que cayó al suelo, ahogué un suspiro. Me mordí los labios y apreté los puños, y así pude contener el llanto para no afligir a mis hermanas, que contemplaban espantadas el horroroso acto. Sin embargo, cuando me encontré sola en mi

habitación, lloré hasta caer rendida. El cabello ha vuelto a crecer desde aquel entonces y ya me roza los hombros.

Me arrebujé en el mantón con más fuerzas. Tomaba precauciones para evitar una posible recaída. Quería estar fuerte y sana, y así poder viajar para reunirme con mi familia. Han pasado ya dos años desde que mis hermanas, Manuela, Sonsoles y Balbina, junto con Encarna, zarparon rumbo a la Argentina para encontrarse con nuestro padre. ¡Qué lejano me parecía todo ahora! Las extraño muchísimo, como así también la casa bulliciosa, las charlas, las risas.

La muerte repentina e inexplicable de madre ha dejado una herida abierta en mi corazón. Sé que no es posible traer de vuelta a los seres queridos cuando se marchan. Quedan envueltos en las sombras y nada puede volver a alumbrarlos, ni siquiera el amor más puro.

Sin pedir permiso, una lágrima descendió por mis mejillas. Suspiré profundamente y traté de recomponerme. La enfermedad y muerte de madre se había desencadenado en el momento en que recibió aquel paquete de regalo, cuando vivíamos en Barcelona. Padre se había marchado a la Argentina en busca de nuevas oportunidades. Nosotras nos habíamos quedado esperando el momento propicio para encontrarnos con él. Todavía tengo clavada en la retina la mirada de terror de Encarna cuando recogí del suelo la moneda torcida, que estaba en una cajita de terciopelo, dentro del paquete. Madre perdió el conocimiento al abrirla, y la moneda rodó hasta esconderse detrás de la pata de una mesa. En aquellos momentos lo ignoraba, pero con el tiempo Sonsoles me escribió contándome sobre ese maleficio. Al parecer es un sortilegio utilizado por los brujos celtas. Con él se asegura la muerte de la persona a quien está destinada. No puedo evitar un escalofrío cada vez que pienso en ello. ¿Quién querría la muerte de madre? Según las palabras de mi hermana, alguien de la familia Aguirre Larreta la odiaba. Pero ¿quién? ¿Y por qué? ¡Si madre era más buena que el pan! Entiendo que mi madrina tiene las respuestas a todas mis preguntas. Tal vez ya es hora de que me conteste algunas.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

—Adelante —musité. Berenguela hizo su entrada como una exhalación.

—Vamos, Amaia, que el día pinta precioso. Me contó un pajarito que hoy iremos a la modista. —Mientras hablaba, iba recogiendo mi ropa esparcida por toda la habitación.

—Si estás tan ilusionada con la visita a la modista, supongo que mi madrina habrá encargado algunos vestidos para ti.

Una ancha sonrisa iluminó su rostro moreno.

—Sí, la señorita Gabriela me encargó dos para los domingos y tres para las mañanas. Su madrina es un ángel.

—Ya lo creo —repuse, mientras ella me ayudaba con el vestido. Berenguela era una sobrina de Paquita, la criada de toda la vida de mi madrina Gabriela. Ella se había encargado de su educación y ahora Berenguela era una especie de "dama de compañía". Era unos años mayor que yo y su aspiración secreta era convertirse en escritora. Imaginación no le faltaba. Sus ojos

oscuros coronados por espesas pestañas, la piel suave y tersa, el cabello largo que llevaba siempre recogido en una trenza alrededor de la cabeza, la figura armoniosa, su simpatía natural y la imaginación desmesurada la convertían en una jovencita sumamente interesante y una compañera sin igual.

—Aunque me parece que ese brillo en tus ojos no se debe únicamente a los vestidos. —En aquel tiempo en que solo me había podido relacionar con muy pocas personas, conocía las reacciones de Berenguela como la palma de mi mano.

—Es cierto. No tiene sentido ocultarlo: esta tarde voy a dar un paseo con Mikei. Creo que asistiremos a una kermese que organizan en la iglesia.

Mikei era un joven muy apuesto que dos por tres llegaba hasta la puerta de la casa, haciéndose el distraído. Trabajaba en una de las pescaderías de la zona y pensaba poner su propio negocio. Berenguela estaba muy ilusionada.

La miré con un poco de envidia. Necesitaba relacionarme, hacerme de amigos de mi edad y así poder compartir con ellos paseos, picnics, baños en el mar. Lo único que había hecho durante estos dos años de aislamiento había sido cocinar, experimentar con distintas recetas de acuerdo con mis estados de ánimo.

A modo de consuelo, Berenguela me dijo:

—No se amargue, que pronto le tocará a usted. Le prometo que le contaré con lujo de detalles todo lo que suceda en la kermese.

Asentí, feliz. Al menos, una de las dos podría divertirse. Decidida, marché a la cocina. Aquel día prepararía un soufflé de queso.

*

Cuando Amaia bajó al comedor, Gabriela estaba bebiendo su segunda taza de café. Se levantaba apenas clareaba y desayunaba con Paquita. Luego se instalaba a leer los periódicos. Tres o cuatro veces por semana concurría al hospital. Era una enfermera diplomada. Siempre comentaba con Amaia las noticias sobre la guerra. A su madrina le gustaba que ella estuviese informada.

Con el terrible asesinato del archiduque austrohúngaro Francisco Fernando en Sarajevo, las principales potencias europeas se habían dividido en dos grandes bloques. Por un lado, Austria, respaldada por Alemania, le había exigido a Serbia poder actuar contra los responsables del atentado en dicha ciudad. Ante esta petición, los serbios se habían negado de plano y, apoyados por Rusia, decidieron no hacer caso al ultimátum de los austríacos. Entonces, Austria le declaró la guerra a Serbia, y Rusia movilizó su ejército hacia la frontera. Alemania, considerando este gesto como hostil hacia Austria, le declaró la guerra a Rusia. Entonces Francia, respetando su tratado de amistad con Rusia, hizo lo propio con Alemania, por lo cual Inglaterra también se vio

obligada a intervenir en el conflicto.

La Triple Alianza de Austria, Hungría y Alemania se vio enfrentada a la Entente, formada por Francia, Rusia e Inglaterra.

—¿Ha llegado carta? —preguntó Amaia ansiosa.

Gabriela le dirigió una mirada de entendimiento.

—Aún no, mi tesoro. No olvides que, con la guerra, el correo lleva su tiempo. —No pudo evitar mirarla con ternura.

Los aires de su querida San Sebastián habían sido por demás beneficiosos para su ahijada. A pesar de que se había jurado no volver, al estallar la guerra no tuvo más remedio que hacerlo. Era el único lugar en el que se sentía segura. La ciudad era llamada "La Perla" de España. Había sido elegida por la monarquía para escapar del sofocante verano madrileño y, además, allá por 1845, a la reina le habían recetado, a raíz de sus herpes, baños en la playa de la Concha. De ese modo, la corte en pleno se trasladaba todos los veranos al palacio de Miramar.

Con un gesto suave, Gabriela acarició la cabeza de Amaia. Amaba a la joven como a una hija. Ella también extrañaba a las otras muchachas. Todo se había desencadenado sin resuello: la enfermedad y muerte de Edurne, madre de las jovencitas y su mejor amiga; el viaje de las hermanas para encontrarse con el padre, quien se había vuelto rico al descubrir un filón de plata en la mina que explotaba; el casamiento de la mayor… Gabriela suspiró. A Dios gracias todo se había resuelto para bien. Sin embargo, con el estallido de la guerra, viajar se había tornado peligroso. Si bien España se había mantenido neutral, había preferido no arriesgarse.

—Ven, ricura. Termina el desayuno y vayamos a dar un paseo. La brisa del mar nos va a levantar los ánimos. —Con una sonrisa, agregó—: Mañana tendremos visitas.

Amaia la miró interrogante.

—Viene mi amiga Margarita con sus dos hijas. Tienen más o menos tu edad. Alquilaron una de las casas de la costa para disfrutar el verano.

Esbozó una media sonrisa. En realidad, le daba miedo conocer a gente nueva. La enfermedad la había aislado del mundo y ahora le costaba volver a insertarse.

*

Una joven inquieta se encontraba sentada frente al enorme piano de la mansión Aguirre Larreta. Era un Bernstein de media cola. Resbalaban sus dedos finos por las teclas color marfil, mientras la larga cabellera oscura las rozaba sutilmente. La melodía que interpretaba con gracia y soltura viajaba por toda la residencia, penetrando en cada escondrijo.

—¡Paula! —la interrumpió una voz seca y tajante—. ¿Dónde está su hermano?

Paula apoyó suavemente los dedos sobre el teclado.

—Lo ignoro, Victoria. —Sus ojos azules escudriñaron a su madre. ¿Ahora qué querría con su

hermano? Paula era una joven extraña, frágil y testaruda, tan callada que parecía apenas deslizarse por la mansión familiar. Le gustaba leer y detestaba tocar el piano.

—Menuda cruz llevo con usted, hija. Últimamente está en Babia —le contestó, dando muestra de enfado. Llevaba el largo cabello castaño peinado en un rodete. En su cutis color miel no había lunares o imperfección alguna. Sin embargo, el rasgo más distintivo y atemorizante de su persona era el parche negro, fabricado con un trozo de cuero de vaca, sobre su ojo izquierdo. Acostumbraba combinarlo con la ropa que lucía. Por eso, cada vez que la modista le confeccionaba un vestido, también le hacía un parche con la misma tela.

Paula la miró, mientras una idea se iba apoderando de su interior:

—Salvador salió bien temprano. Tal vez haya probado ese caballo que compró el tío Jaime.

—Su hermano siempre me pone en lo peor. Jamás está cuando lo necesito. —Hizo un gesto de enojo y se fue hacia la cocina. Debía organizar la cena. Jaime le había avisado que iría a comer con un importante empresario alemán. Entornando el ojo sano para ver mejor, observó con cuidado la cocina. Todo brillaba como una patena. Para eso contaban con una importante servidumbre.

—Que se encarguen de lavar las verduras con cuidado, Begoña —le ordenó a la cocinera—. Hoy tenemos invitados. Que sirvan primero sopa de cangrejos, luego el pescado como le gusta al señor Jaime y, de postre, *pantxineta*. No quiero que piensen que en esta casa no se come como Dios manda.

—Como ordene la señora —le contestó la mujer, utilizando cierto dejo de ironía. Begoña era una anciana con voz suave que olía a levadura, pero también a dulce y harina. Su familia trabajaba con los Aguirre Larreta desde tiempos inmemoriales.

—Que los uniformes de las criadas estén planchados y almidonados. Espero, por su bien, no descubrir manchas. Recuerde que no pasaré por alto error alguno.

—Así se hará, señora Victoria.

La mujer le dirigió una mirada cargada de desprecio. No sabía bien si la criada se estaba burlando de ella.

*

Salvador Aguirre Larreta galopaba por la playa. El aire frío del mar humedecía sus cabellos oscuros. Cabalgaba feliz. El animal que había comprado su tío era una auténtica joya. Se detuvo cerca de unos peñascos. Aspiró la fuerte brisa marítima mientras amarraba el caballo a una de las rocas filosas. No tardó en divisar a su amigo Julen.

—¡Julen! ¡Julen! —gritó.

El joven, que estaba arreglando la barca de su difunto padre, dejó el trabajo para dirigirle una sonrisa:

—¡Salvador! Pensé que todavía estabas en Barcelona.

—Ya ves que no —bromeó—. He regresado con mi tío. Ni te imaginas el ejemplar que ha comprado. Es increíble.

Julen intensificó su sonrisa:

—No hace falta que lo menciones. Tu cara lo dice todo.

—Anda, sígueme que lo he dejado atado a una de las rocas.

Los jóvenes se dirigieron hacia el lugar. Sus cabellos oscuros se agitaban con la brisa del mar. Ambos eran altos, de complexión fibrosa. Sin embargo, en el rostro de Salvador destacaban los ojos azules de los Aguirre Larreta. En cambio, los ojos de Julen eran zarcos: uno marrón y el otro de un color verdoso, lo que le confería un aspecto singular. Su piel, morena de soles, ora trabajando en el aserradero, ora en las caballerizas o ayudando a Imanol Aguirre Larreta, contrastaba con la piel color miel de Salvador. Aunque Julen era dos años mayor, esa diferencia no había impedido que se convirtiesen en excelentes amigos.

El caballo apenas si podía quedarse quieto. Hundía los vasos en la arena una y otra vez mientras resoplaba.

Salvador trató de tirar de las riendas, pero lo único que consiguió fue que este se alzara en dos patas.

—A ver, déjame a mí —le pidió Julen. Esperó a que el animal se calmara y luego se acercó despacio. Era un pura sangre, como así habían comenzado a llamar a los caballos andaluces: un animal equilibrado y resistente, enérgico, noble y dócil.

Con mucho cuidado comenzó a masajearle el cuello. El caballo se dejó hacer tranquilo, estremeciéndose de vez en cuando. Entonces Julen lo desató con calma y ayudó a montar a su amigo. Tenía sangre de jinete.

—Ten cuidado. No vaya a ser que pise un pozo en la arena.

Salvador asintió. Conocía el sueño secreto de Julen: convertirse en médico veterinario. Sin embargo, sus trabajos se lo habían impedido. A él también le hubiese agradado ser ingeniero, pero su madre había tenido en mente otros planes para su futuro. Por eso lo había mandado a estudiar Finanzas a Barcelona.

—Ven, sube y demos una vuelta por la orilla. Allí la arena es firme.

Julen estuvo por negarse, pero la idea era demasiado tentadora. Extendió el brazo para aferrarse al de Salvador y, con destreza, se enancó al caballo.

A lo lejos observaron una figura que se acercaba galopando. Por los largos cabellos al viento, Salvador dedujo que era su hermana Paula.

La joven llegó radiante. A pesar de estar agitada, una sonrisa enorme se dibujaba en su rostro.

—¡Paula! ¿Qué haces? Si madre te ve se arma la de Dios es Cristo —la sermoneó.

Haciendo caso omiso del reto de su hermano, Paula saludó a Julen:

—¡Hola, Julen! Hace mucho que no vas por la mansión.

Julen la miró sonriendo:

—Tengo demasiado trabajo, Paula.

—No olvides que me prometiste mostrarme los nuevos potrillos. Te estaré esperando. —Sus ojos lo miraban fijamente, bebiendo cada detalle del joven.

—Esta semana sin falta me ocupo. —Julen la quería como a una hermana pequeña.

—Ahora los desafío a una carrera. Ustedes dos contra "Mariposa" y yo.

—No puedes agitarte, hermana. Recuerda la última vez.

Paula lo miró desafiante, ignorando su comentario:

—Mira que eres pesado, Salvador. ¡Vamos! Seguro que gano. ¡Cobardes! —Apretó con sus botas los flancos de la yegua, que salió disparando.

Desoyendo los consejos de su amigo, Salvador fustigó al animal, exigiéndole al máximo. Todavía Paula les llevaba bastante ventaja. Hicieron un buen trecho de ese modo hasta que su vista de lince alcanzó a divisar a dos figuras caminando cerca de la orilla. El corazón de Salvador comenzó a palpitar con fuerza. Sospechaba quiénes podían llegar a ser. Ya habían alcanzado a Paula cuando pasaron por su lado. Los gritos entusiasmados de los jóvenes llamaron la atención de las mujeres. Salvador y Julen se sacaron las gorras para saludarlas, mientras el caballo cabalgaba a dos lados.

La muchacha les correspondió el saludo, pero no la mujer que la acompañaba.

—¿Quiénes son? —preguntó Amaia. Había quedado impactada con los jóvenes que exudaban vitalidad.

—Personas con quienes jamás debes cruzarte —le contestó secamente Gabriela.

Amaia la miró interrogativamente y cambió de tema:

—Tengo ganas de volver a montar. Hace tantísimo tiempo que no lo hago.

Desde pequeñas acostumbraban cabalgar con sus padres cuando vivían en Barcelona. Tanto Pedro como Edurne habían sido eximios jinetes.

—Pues no te preocupes, cariño. Esta semana lo haremos. Voy a decirle al palafrenero que ensille dos caballos. Podemos dar paseos por el bosque.

Ni bien Amaia comprendió que la tensión había desaparecido de su madrina, se atrevió a preguntarle:

—Siempre ha guardado silencio sobre los asuntos del pasado. Creo que ya va siendo hora de que me cuente sobre él. No soy una niña.

Gabriela la miró con tristeza y luego sonrió a medias:

—Es cierto, cariño. ¿Sabes? En mi familia siempre han sido fanáticos de la limpieza, empeñados en limpiar la mugre y el polvo de los recuerdos. Temo haberme contagiado.

*

Apenas desmontaron, Paula se fue corriendo a la mansión. Entró por la puerta de servicio, no fuese a encontrarse con Victoria.

Los jóvenes se dirigieron a las caballerizas, que estaban alejadas de la casa principal. Julen, siempre medido, no pudo evitar la curiosidad:

—¿A quién saludaste en la playa? La mujer me resultó familiar, pero no así la jovencita.

Salvador disimuló una sonrisa:

—Parientes. —La respuesta era sospechosa de puro lacónica. Cambiando de tema, le preguntó —: ¿Cómo está Zuria? Hace mucho tiempo que no visita a Paula.

El rostro de Julen se ensombreció:

—Mi hermana se encuentra muy bien, gracias. Está muy atareada ayudando al padre Iñaki en la parroquia. Ahora enseña el catecismo a los niños de primera comunión. —Sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Las últimas veces que había visto cómo se miraban Salvador y Zuria no le había hecho gracia. Se daba cuenta de que ella albergaba sentimientos por el joven heredero. Un amor imposible. Cada tanto le preguntaba por Salvador, siempre en forma solapada. Él jamás le contaba nada. A la larga, la única que iba a sufrir era su hermana y él no iba a permitir que ello sucediese.

—¿Has hablado con el padre Iñaki? —quiso saber Salvador.

—Mañana temprano nos espera en la parroquia. Debo avisarles a los demás muchachos. ¿Nos vemos esta noche? —le preguntó, mientras acomodaba las riendas y el recado.

Sonriendo, Salvador repuso:

—No me lo perdería por nada del mundo.

*

Luego del paseo y de entretenerse un largo tiempo con el semental nuevo, Julen fue a la cabaña de Imanol, que se encontraba en un claro del bosque, dentro de la propiedad de los Aguirre Larreta.

Abrió con cuidado la puerta principal y caminó hacia donde se encontraba un hombre en silla de ruedas. Tenía el cabello encanecido, más por las penas que por los años. El olor a trementina y aceite de linaza lo sorprendió gratamente. Aromas que los pintores llevaban impregnados en sus entrañas. Julen comprendió que Imanol estaba absorto en el lienzo que tenía frente a sí. Después de casi veinte años sin utilizar un lápiz, había comenzado a pintar aquel paisaje tan querido que tenía frente a su ventana. Disfrutaba con cada trazo colorido que había transformado el blanco del lienzo.

Julen lo observó en silencio. Era nuevo para él verlo con el pincel en la mano. Se dirigió al lugar donde se encontraba el retrato de Gabriela y se demoró contemplándolo: en él se representaba a una joven vestida de largo, frente al piano de cola en la mansión Aguirre Larreta.

Una mujercita insolente, guapa, desafiante. En el rostro se destacaba el brillo de sus ojos. Sin lugar a duda, estos eran las ventanas del alma. Con pinceladas amplias y firmes, había logrado captar la esencia de Gabriela Iribarren.

Por eso, Julen se sobresaltó cuando una voz a sus espaldas le preguntó:

—La viste, ¿cierto?

—Sí. La reconocí por la pintura. Caminaba en la playa en compañía de una jovencita.

Imanol suspiró:

—Debe ser una de las hijas de mi hermana Edurne. Creo que Amaia, según me informó Encarnación en una de sus cartas. Supongo que la muchacha no ha salido en mucho tiempo.

—¿Y eso por qué? —Julen no podía evitar sentir curiosidad. La joven le había parecido harto bonita.

—Contrajo tifus antes de poder embarcarse a América. Por eso Gabriela se quedó a cuidarla. Si ha salido a dar un paseo, quiere decir que ya se encuentra más repuesta.

Julen disimuló una sonrisa y agregó como al pasar:

—Me doy cuenta de que está usted muy informado. —Cambiando abruptamente de tema, volvió su mirada al cuadro—: A mi parecer, la pintura no le hace justicia.

A pesar de haberse sorprendido por el comentario, una sonrisa triste apareció en el rostro de Imanol:

—¡Claro que no! La belleza de Gabriela es de las que se intensifican con los años. La tela tan solo refleja su recuerdo. —Jamás le había podido entregar el cuadro y, luego, no había querido hacerlo.

Julen vaciló antes de agregar:

—¿Por qué no la llama? Tal vez ella también desee verlo.

Imanol apretó los puños con fuerza y se mordió el labio hasta sacarse sangre. Al rato le respondió:

—¿Y que se acerque a mí por lástima? Antes muerto. —A pesar de saber que recordar era un remedio doloroso pero purificador, había optado por no hacerlo. De ese modo, las heridas antiguas no habían podido cerrarse ni convertirse en pequeñas cicatrices de lo que una vez había sido un gran dolor. La vida y él llevaban riñendo un largo tiempo.

Julen lo observó: a sus cuarenta y cuatro años, en el rostro de Imanol se podían advertir algunas arrugas, fruto de tanto sufrimiento. Los ojos azules habían perdido el brillo y la picardía que los habían caracterizado, y las largas piernas se encontraban cubiertas por una manta. El viaje a Cuba y, luego, la maldita guerra, habían minado su espíritu y su cuerpo. Ya nada quedaba de aquel gentil muchacho que se escondía en el bosque con su novia para hacer el amor. Hacía ya varios años que Julen lo atendía, desde que era un crío, y con la muerte del padre, su familia apenas si había tenido un mendrugo que llevarse a la boca. Entonces, Imanol se había ofrecido a darle trabajo. A cambio de su compañía y ayuda, el hombre le pagaba un sueldo y así Julen había

podido completar sus estudios. Creció bajo la influencia de Imanol y del padre Iñaki, el párroco del lugar. Con el correr de los años, y con gran disgusto de Jaime y Victoria, Julen había comenzado a trabajar en el astillero de los Aguirre Larreta, en calidad de representante de Imanol. Se habían hecho grandes amigos y, en las largas noches de invierno, intercambiaban alguna que otra confidencia. Ambos eran de pocas palabras, pero un buen ron siempre les hacía decir más de lo que hubiesen deseado. De ese modo, Julen se enteró del amor de Imanol por Gabriela Iribarren, un amor que había sobrevivido a la guerra y al paso de los años. E Imanol supo de los sueños del muchacho por ser alguien en la vida. Se prometió ayudarlo y así lo hizo. Imanol era uno de los dueños del importante astillero en San Sebastián, de una fábrica textil en Barcelona y de una plantación de azúcar en Cuba. Negocios que estaban en manos de Jaime, su hermano mayor, ya que Felipe, el padre de Salvador, había muerto víctima de tuberculosis hacía ya varios años.

Cambiando de tema, le ordenó:

—Vamos a ejercitarnos.

A Julen la idea le pareció arriesgada:

—Ya lo hicimos hoy temprano. Recuerde que el especialista le aconsejó no fatigarse.

Imanol le dirigió una mirada cargada de frustración:

—Pues me importa un ardite lo que haya dicho el matasanos ese. Sigo haciendo los ejercicios y ya. —Su mirada quedó detenida unos instantes en el horizonte. Cuando se ponía el sol y caía la oscuridad, empezaban a arrastrarse las horas con su carga de recuerdos, miedos, remordimientos y fantasmas. Por eso trataba de estar ocupado.

Julen se encogió de hombros. Sabía que era inútil oponerse. Se acercó y empujó la silla hacia la habitación: un recinto amplio, con grandes ventanales, donde una cama con dosel se encontraba en el centro, cubierta por un acolchado liviano. Contra una de las ventanas, había un escritorio de madera. Sobre él, y contrastando con la sobriedad del ambiente, una colección de plumas en la que se destacaba una de oro con incrustaciones de rubíes; un tintero de cristal con tapón de plata; una plancha de cuero que sujetaba el papel secante, y bastantes sobres y papeles. En uno de los rincones, un caballete con un lienzo que lo cubría. A su lado, en una mesita pequeña, se encontraba una paleta con diferentes colores. Las paredes estaban despojadas de imágenes religiosas o de un simple crucifijo. Ocupando un lugar de honor, frente al otro ventanal, había un aparato con barras de madera, mandado a construir exprofeso. Allí se ejercitaba todos los días.

Julen corrió las cortinas para impedir que los viesen desde el exterior y ayudó a Imanol a ponerse de pie. Con gran esfuerzo y dolor, el hombre comenzó a dar unos pocos pasos.

*

Aquellos días de verano, Gabriela había sido víctima de una gran melancolía. Vivir nuevamente en San Sebastián le despertaba emociones contradictorias. Por un lado, se sentía feliz de volver a caminar por la playa, contemplar los atardeceres o leer un buen libro en su sillón favorito, al lado del fuego. Pero, por el otro, un dolor muy fuerte, cuya raíz nacía en una angustia añeja, le oprimía el pecho, privándola casi de respirar. San Sebastián era Imanol, era Edurne, era sus fantasías e ilusiones truncas. A su querida amiga la había perdido en las garras de la muerte. A su único amor, se lo había llevado la guerra. Sus sueños se habían hecho añicos cuando él regresó y se había negado a verla, como tampoco había visto a sus hermanos. Con el transcurso de los años, ella se había llegado hasta la cabaña varias veces, pero jamás se le permitió la entrada. Suspiró. Nunca había imaginado que el orgullo de Imanol fuese aún mayor que el amor que había jurado profesarle. El haber quedado baldado había cerrado todas las puertas de su corazón bajo siete llaves, convirtiéndolo en un ser taciturno, apático y malhumorado. Incluso había tenido un hijo con la cubana, que había fallecido sin que él lo hubiese conocido. ¿Qué pasaba en su corazón? ¿Acaso ya se había convertido en piedra? ¿O era la guerra la que lo había transformado en un ser frío y despreciable?

*

Para distraerse y dejar de lado la morriña, Amaia decidió dar un paseo. Berenguela había ido a la parroquia a ayudar al padre Iñaki. La tradicional kermese, cuyos fondos estaban destinados a los más pobres, había sido todo un éxito. Como se encontró mano sobre mano, pensó que era la oportunidad perfecta para visitar la tumba de su madre. Desde que había llegado a San Sebastián no lo había hecho, y Gabriela tampoco se lo había sugerido. Ella siempre le decía que la visita a la tumba era solo un modo de manifestar que se piensa en el ausente. Para ella, lo que santificaba el recuerdo era la oración y, si esta se hacía de corazón, poco importaba el lugar donde se realizase. De todas maneras, decidió hacerle una visita y así estar a solas con su dolor.

Por eso, luego de almorzar, se dirigió a la habitación de su madrina y observó que dormía profundamente. Buscó su reloj y cerró con suavidad la puerta principal, cuidando de no toparse con algún criado. Caminó rumbo al cementerio de Polloe, donde se encontraba enterrada su madre. El trayecto iba a ser largo, pero eso no la desanimó. Por el contrario, necesitaba respirar aire fresco para calmar tanta desazón. Antes de salir, había tomado las precauciones necesarias: una chaqueta de lino, que le llegaba casi hasta la pantorrilla, y un sombrero ancho que impedía a los rayos del sol dorar su piel. También se calzó zapatos de tacón bajo. Tenía un largo camino que recorrer y debería regresar antes de que anocheciese. Aquel verano, el calor se hacía sentir durante el día, aunque refrescaba agradablemente en las noches.

Al cabo de un cuarto de hora llegó al cementerio. Las ramas de los árboles se mecían por el viento, dejando volar algunas hojas que formaban remolinos en la entrada. Empujó la verja de

hierro, que estaba sin candado y se abrió sin oponer resistencia. Reinaba el silencio. Un silencio sobrecogedor. Flotaba en el aire un olor como a algas y humedad marina. Sintió el mismo desconsuelo de antaño, cuando comenzó a caminar lentamente entre las hileras de tumbas cuyos nombres apenas eran visibles. Pudo observar a su paso las distintas estatuas de los ángeles custodios cubiertas de verdín y las pesadas cruces ennegrecidas por la hiedra. Un gran cuervo, de plumaje brillante como el betún, se posó sobre unas de las cruces y soltó un graznido. Un escalofrío recorrió el espinazo de Amaia. Recordó haber leído en algún libro que a los cuervos se los consideraba mediadores entre la vida y la muerte. Si bien había mitos y leyendas en torno a aquellas aves, no dejaba de impresionarle que siempre habitaran los cementerios.

De pronto una voz a sus espaldas la sobresaltó:

—¿Adónde se dirige, jovencita? —le preguntó un anciano de aspecto bonachón, con ojos oscuros, mentón ancho y bigote cargado de tonos amarillentos. Se cubría la coronilla con un gorro negro y llevaba un abrigo de lana bastante raído. Calzaba botas cubiertas de barro y, en su mano, sostenía un manojo de llaves.

—Voy al panteón de los Aguirre Larreta. —musitó ella, quedamente. En su planes no había considerado encontrarse con alguien.

Él la miró con algo de sorpresa y tristeza a la vez.

—Allí está enterrada mi madre —agregó Amaia, sin poder impedirlo.

—No hay dudas de que es usted la hija de Edurne. Es su vivo retrato.

Ella vaciló antes de contestar. Sabía muy bien que no debía hablar con extraños.

—No tema. Yo apreciaba mucho a su madre. Era una persona cálida y sencilla. Al igual que su tío Imanol. Eran los únicos que valían la pena en esa familia. —Una mueca de tristeza apareció en su rostro.

Le extendió la mano y se presentó:

—Soy Amaia Rojas. Estoy viviendo con Gabriela Iribarren, mi madrina. —Él también extendió su mano y en aquel momento Amaia se percató de que, en la mano izquierda, sólo estaban el dedo pulgar y el índice. Los otros tres aparecían mutilados. Más tarde supo por Berenguela que los había perdido a causa del uso de las redes y los anzuelos cuando había sido pescador.

No pudo dejar de notar cierto brillo en la mirada del anciano, que le inspiró confianza. Entonces se sinceró.

—Mis hermanas viajaron a la Argentina a encontrarse con padre. Cuando acabe la guerra, también lo haré yo.

Una sonrisa iluminó la boca sin dientes del anciano:

—¡Claro que lo recuerdo! Pedro Rojas, si mi memoria no falla.

Lo miró sorprendida. ¿Cómo era que el enterrador del pueblo conocía a sus padres? El anciano reparó en su turbación:

—Eran amigos de Ibai, mi hijo, que en paz descanse. Murió en la guerra de Cuba. En fin, de eso hace ya mucho tiempo. No la entretengo más. Eso sí, no se demore, que oscurece muy pronto. ¿Recuerda cómo llegar? La puerta está sin llave.

Ella asintió y lo saludó con la mano.

*

Avancé por la calzada principal hasta llegar al panteón de los Aguirre Larreta. Lo reconocí por el ángel negro. Empujé la puerta de hierro y entré al recinto. En el suelo se podía observar una reja. Me asomé y vi un sinnúmero de ataúdes apilados. A un costado había una escalera para descender los dos pisos del mausoleo. Busqué con los ojos el ataúd de madre. ¡Gracias a Dios que todavía no lo habían bajado! Creo que si hubiese estado en la cripta no habría tenido las fuerzas suficientes para descender, al menos, sola. Acaricié el cajón y deposité las flores que había juntado en el camino. Me senté en un banquito de madera que se encontraba en uno de los laterales y comencé a hablarle: "¿Sabe, madre? Ya he recuperado las fuerzas para poder hacer vida normal. Pude vencer la enfermedad, gracias a Dios y seguro que gracias a usted también". Ahogué un suspiro. "Extraño mucho a mis hermanas y a padre, pero confío que pronto podremos viajar con Gabriela. ¡Qué buena amiga resultó ser! Me ha cuidado todo este tiempo, desvelándose muchísimas noches. ¡Cómo la extraño, madre!". Hice una pausa para buscar en la bolsita de mano un pañuelo y así secarme las lágrimas que corrían por mi rostro. "Me hubiese gustado escuchar de sus labios la historia de su familia. Me doy cuenta de que Gabriela me esquiva cada vez que quiero sacar el tema, pero lo averiguaré de algún modo". Luego de este corto diálogo con madre, recé un padrenuestro y tres avemarías. Cuando me levanté, observé con curiosidad que, a un costado, se encontraba un pequeño cajoncito blanco. El paso del tiempo había amarilleado la pintura. Sobre este descansaba un ramo de caléndulas frescas. Me sorprendí. Sabía que las caléndulas eran las flores que nos conectaban con los muertos. ¿Quién sería el pequeño? ¿Quién lo lloraba todavía? Sumida en mis cavilaciones, no me di cuenta de que se acercaba una silueta.

No pude evitar sobresaltarme cuando me preguntaron a bocajarro:

—¿Cómo está usted, Amaia?

Sorprendida, levanté la vista para descubrir un par de ojos azules que me miraban con intensidad. Un joven alto, muy apuesto, me observaba con detenimiento. Era el mismo que había visto a caballo en la playa.

Entonces, el lugar repleto de cajones de muertos me llenó de miedo. Me percaté de que me encontraba sola con aquel desconocido en el panteón. Con voz temblorosa, alcancé a murmurar:

—¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿Qué hace en este lugar privado? ¿Acaso me siguió? —De

pronto el panteón me pareció un lugar tenebroso, sobrecogedor.

—No tema, por favor. Aquí también se hallan mis muertos. Somos parientes —me dijo, sin dejar de escrutarme—. Permítame presentarme: Salvador Aguirre Larreta, su primo.

Me quedé tiesa, sin saber bien qué decir.

—No me consta que seamos parientes y tampoco me interesa averiguarlo. —¡Un Aguirre Larreta parado frente a mí! De pronto, la enfermedad de madre, las privaciones, las joyas que debimos vender para pagar las medicinas me llenaron el pecho de rabia. ¿Cómo se atrevía tan solo a dirigirme la palabra?

Me miró burlón:

—Y eso ¿por qué no le interesa?

Sumamente incómoda, le retruqué:

—No es de su incumbencia.

—¡Claro que lo es! Ya le dije que somos familia.

—Si es usted miembro de mi familia materna, lamento comunicarle que no me importa en absoluto relacionarme con ella. —Caminé hacia la puerta, indignada.

—¿Alguna vez ha pensado en enfriar ese ardor? —Su boca se curvó en una breve sonrisa que no era amable ni divertida, sino más bien desaprobatoria—. Mejor dejemos descansar a los muertos y se lo explico afuera. —Me dejó pasar y luego cerró la puerta. Esta vez le echó llave.

Lo miré furiosa. Estaba tan enojada que no encontraba las palabras adecuadas para contestarle. Sin inmutarse, continuó:

—Felipe, mi difunto padre, era hermano de su madre. Vivo con la mía y mi hermana en nuestra mansión. Allí también residen mi abuelo y mi tío Jaime. —Mientras hablaba, había desplegado toda su simpatía y encanto—. Usted no conoce al "viejo", como me gusta llamarlo, pero pronto lo va a hacer —comentó muy ufano.

—¿Es usted sordo? ¿Acaso no entiende que no me interesa nada de su familia? Y mucho menos conocer a su abuelo. —Estaba violando uno de los principales mandatos familiares: no hablar ni alternar con la rama materna. Además, jamás había escuchado hablar de aquel Felipe.

—También es el suyo. Que no se le olvide. —Sus facciones semejaban a las de los griegos: nariz recta, mandíbula cuadrada, labios finos…

—Me parece que a él se le olvidó. —No podía creer cómo le contestaba. Siempre me había diferenciado de mis hermanas por ser callada y tímida, pero este joven parecía tener la capacidad de sacarme de quicio.

—¡Ja, ja! Pero qué contestataria. Me parece muy bien. Nadie está obligado a que le gusten sus parientes. —Hizo una pausa y me miró directamente a los ojos—: Veo que me informaron mal sobre su carácter. En fin, no hablemos de nuestros parientes sino de cosas más agradables; por ejemplo, ¿le gusta leer?

—No tengo nada que hablar con usted. Mejor me voy antes de que anochezca. —No debía olvidar que los miembros de la familia de madre se habían convertido en terribles fantasmas que habían acechado no solo nuestras vidas sino también nuestros sueños durante años.

—¡Claro que no! Vamos, que le voy a mostrar algo que le va a encantar. Luego la llevo de regreso —insistió, mientras me tomaba de la mano y me hacía seguirlo unas cuadras cuesta arriba.

El enterrador nos miró con una mueca de disgusto cuando nos alejamos.

*

Amaia no podía entender su acto de rebeldía. Tal vez había sido el contacto con aquella mano suave y firme, que le había producido una agradable sensación por todo el cuerpo. Era la primera vez que tenía roce alguno con un joven. Se sentía en falta. No podía dejar de reconocer que todo lo que rodeaba a Salvador Aguirre Larreta era un enigma para ella, un enigma que la atraía demasiado. ¡La mansión! Aquel lugar plagado de secretos oscuros. Era la oportunidad de conocerla y poder develar su pasado. No podía negarse. Además, él exudaba virilidad y era demasiado apuesto. Suspiró. Se juró que lo mantendría en secreto. Si Gabriela se enteraba, se iba a armar una Marimorena.

Caminaron el corto trayecto en silencio. Con una expresión inescrutable, Salvador observaba de reojo a su prima. Estaba perturbado. No podía evitarlo, pero se sentía atraído hacia ella. Se la veía frágil, muy hermosa, algo respondona. Tenía entendido que era de naturaleza afable, pero estaba a la vista que la información que le habían dado era incorrecta. ¡Si tan solo su madre acabara de una vez por todas con aquella obsesión de vengarse!

*

Cuando llegaron a la mansión Aguirre Larreta, Amaia no pudo evitar sentir el sobrecogimiento de la primera vez: la casa se alzaba imponente frente al mar. Al mirar los altos muros cubiertos por una enredadera perenne, experimentó una extraña mezcla de aprensión y deseo. ¿Cuántos secretos escondían esas paredes? ¿Por qué su madre había tenido que abandonar el hogar? ¿Por qué nadie había concurrido a su entierro? De pronto sintió que las lágrimas estaban a punto de traicionarla. Hizo un esfuerzo por sobreponerse. Tal vez el joven a su lado no se había percatado de su conmoción. Caminaron en silencio hasta llegar a la puerta principal: dos hojas de roble con herrajes negros. Había un llamador de bronce con forma de león que tenía sus fauces abiertas, como si advirtiese a los que entraban lo que les esperaba dentro. Con el tiempo supo que aquel animal era el símbolo de los Aguirre Larreta. La puerta se abrió sin preámbulos, dejándola cara a cara con la figura uniformada de un hombre anciano.

—Nikola, te presento a Amaia, la hija de mi tía Edurne —le indicó Salvador.

El hombre no habló, pero se notaba que estaba emocionado. Servía a los Aguirre Larreta desde hacía más de seis lustros y conocía al dedillo los trapos sucios de la familia. Se hizo a un lado para que entraran, con la mirada vidriosa clavada en ella.

Amaia intentó sonreír, pero solo una mueca le llegó a los labios. La preocupación horadaba su rostro.

Salvador la llevó directamente a la biblioteca, donde quedó gratamente sorprendida. La habitación estaba repleta de anaqueles de madera de nogal que se comían las paredes a bocados. En ellos, los libros dormitaban su aburrimiento. Había volúmenes en todos los idiomas y de los temas más variados. Una escalera de madera permitía tener acceso a aquellos tomos que se encontraban en los estantes superiores. En uno de los laterales, había una especie de vitrina, cerrada con llave. Dentro de ella se encontraban ejemplares muy antiguos.

—¿Por qué están bajo llave? —preguntó curiosa. Quería demostrar aburrimiento, pero le era imposible.

—Son libros prohibidos. Están allí desde tiempos inmemoriales. Desconozco los motivos ni de qué tratan. Ahora la llave la tiene madre. —Sonrió nuevamente, mientras dos hoyuelos se le dibujaban en las mejillas—: Le confieso que no soy muy afecto a la lectura.

Amaia le preguntó con sorna:

—Entonces, ¿cuál es su pasatiempo favorito? Digo, si tiene usted alguno.

Ignoró la pulla y con los ojos brillantes le contestó:

—Los caballos. Amo los pura sangre. Mi familia tiene varios y, en los veranos, cuando viene la realeza a pasar sus vacaciones, se organizan unas carreras muy interesantes.

En contra de sus deseos, seguía impactada con la biblioteca.

—¡Ay, si Manuela pudiese ver esta maravilla! —exclamó ante semejante colección de libros.

—Es cierto —comentó Salvador—. A su hermana le gusta mucho leer y también la enseñanza. ¿No es así?

Lo miró recelosa. ¿Por qué ese extraño sabía tantos detalles sobre su familia? Él enseguida reparó en su desconfianza:

—No tenga miedo, por favor. —Sin esperar respuesta continuó—: Soy lo que se dice un “espíritu inquieto” y me gusta develar los misterios que me rodean.

—¿A qué misterios se refiere? —preguntó ella, tratando de disimular su curiosidad.

—Bueno, hay muchos en nuestra familia, y tal vez sean el motivo por el que desheredaron a su madre. —Estaba examinando el terreno para comprobar si la muchacha estaba al tanto de los sucesos del pasado.

—Fue porque se casó con padre. ¡Una verdadera vergüenza! —lo afirmó muy segura, ya que siempre había escuchado esa versión.

—Así es. Lamentablemente, muchas veces, esos sucesos desmiembran una familia. Ya habrá

ocasión para hablar de ello. —Se quedó más tranquilo. Evidentemente ella ignoraba la verdad. Suspiró. Le hubiese gustado detener el tiempo en ese instante. Sabía que, por la noche, en la penumbra de su habitación, la imagen de Amaia y la venganza de su madre iban a desvelarlo. Se dio la vuelta y comenzó a leer los títulos—. Mire este: *El conde de Montecristo.* Apuesto a que no lo ha leído. ¿Sabe? Trata principalmente de una traición entre dos amigos, algo muy corriente, por cierto —agregó con un dejo de tristeza. Sacó el libro de uno de los estantes y se lo dio. La tapa estaba forrada con piel y las letras eran doradas.

—¿Me lo presta? —Amaia lo abrió con mucho cuidado y grande fue su sorpresa cuando vio escrito con letra redonda y cuidada: Edurne Aguirre Larreta. El nombre de su madre. Lo miró interrogativamente, pero él se limitó a comentarle:

—Todo lo que hay aquí también es suyo; cuando lo termine, puede venir a buscar otro. Si no estoy en casa, Nikola la dejará pasar. Ahora mejor la llevo, porque se va a hacer tarde y su madrina podría preocuparse.

Amaia alcanzó a distinguir una figura contra la balaustrada de las escaleras.

—¿Quién es? ¿Acaso su abuelo?

No pudo evitar reírse:

—No, el abuelo se encuentra postrado desde hace muchísimos años. Jamás deja su habitación.

—Entonces, ¿su hermana? ¿por qué no me la presenta? —Amaia se desconocía. Frente a aquel extraño actuaba con una seguridad impropia de su carácter.

Una sombra oscureció el rostro de Salvador.

—En otra ocasión. Ahora no es posible.

No insistió con las preguntas. Se había dado cuenta de que él se había molestado y ella también. Había quebrado uno a uno los mandatos familiares: “¡No frecuentar a los Aguirre Larreta!”.

El coche ya estaba en marcha. Era la primera vez que subía al automóvil de un desconocido. Salvador condujo con pericia y fueron en silencio gran parte del trayecto. De todas maneras, sentía que, de vez en cuando, él le clavaba la mirada.

—Tal vez sea mejor que no le cuente a su madrina sobre la visita a la mansión —le aconsejó, mientras estacionaba a dos cuadras de la casa.

—¡Claro que no lo haré!

—Cuando su madrina le pregunte por el libro, ¿qué le dirá?

Lo miró sorprendida. No había pensado en ello.

—No se preocupe. Le puede decir que se llegó hasta la biblioteca y se hizo socia. Seguro que no la va a investigar. —Habló con un tono medio burlón.

—Es una muy buena idea. Muchísimas gracias —le contestó con un dejo de ironía. No entendía muy bien, pero aquel primo suyo le crispaba los nervios.

Él se quedó mirándola durante un largo rato. No podía apartar sus ojos del rostro de Amaia.

—Entonces, si lo mantenemos en secreto, la próxima vez le presentaré a Paula.

Prefirió no contestarle. Simplemente descendió del coche. Un torbellino de sensaciones contradictorias bullía en su interior.

Otras hubieran sido sus decisiones si se hubiese percatado de que la figura que la había observado desde la balaustrada de las escaleras le había dirigido, con su único ojo sano, una mirada repleta de un odio apreciable en cada parpadeo.

*

Zuria acomodaba los libros en la biblioteca de la parroquia. Hacía ya un buen rato que se había ido el último alumno y estaba retrasada. La celebración de la kermese la había dejado sin fuerzas. Todos los feligreses habían colaborado desinteresadamente echando una mano, por lo que se había recaudado una importante cantidad. A nadie en San Sebastián le gustaba que lo tildaran de avaro. Se desperezó. Esperaba ansiosa el momento de poder ir a su casa y así terminar de preparar las oposiciones para obtener el título de maestra. Sin embargo, un conocido desasosiego la tenía a maltraer desde la tarde anterior. Sabía que Salvador había regresado y todavía no había ido a verla. ¿Qué le ocurriría? Un sonrojo profundo se extendió por sus mejillas. La última vez que se vieron había sido en el cobertizo del bosque. Allí la había convertido en su mujer. Ella se le había entregado por completo, desoyendo el consejo de Julen, su hermano: “No quiero que te enredes con Salvador. Ten por seguro que tú tienes las de perder. Él jamás posará los ojos en alguien que no esté a su altura”.

Ahora recordaba con amargura sus palabras proféticas. Tal vez Julen le había hablado con la verdad y ella lo había desoído por nada. Trató de darse ánimos. Seguro que Salvador la buscaría más tarde.

*

Victoria se contempló en el espejo de su habitación. Se sacó el parche y observó el agujero negro donde antes había estado su ojo. No había podido recuperar la vista perdida, a pesar de las amenazas que le había hecho a la santera y a su nieta; a pesar de haberse robado y traído a la niña a España. Sin embargo, la nieta de la santera era una piedra en su zapato. Cuando lo había necesitado, se había valido de otros maleficios para acabar con los que le estorbaban. Muchas veces había decidido terminar con la vida de aquel engendro, pero un temor atávico se lo había impedido. ¡Quién sabe qué consecuencias nefastas le podía acarrear su muerte! Contrariada, sus pensamientos cambiaron de rumbo para concentrarse en Salvador. Mientras pensaba en él, dio cuerda a la cajita de música que le había regalado su padre cuando niña. Aquella música lograba sosegar su espíritu. Suspiró al acabar la melodía. Debería poner un basta de una vez por todas a

los amoríos de ese hijo suyo. ¡El muy infeliz le andaba coqueteando a la tal Zuria, la nieta de la cocinera! Si daba un paso en falso, se desmoronarían todos sus planes. Una retirada a tiempo siempre evita una derrota, se dijo. ¡Qué remedio! No le temblaría el pulso a la hora de sacar a la desvergonzada del medio. La ayuda de Sagrario, el ama de llaves, había sido invaluable. La tenía al tanto de sus idas y venidas. No sabía cómo se enteraba ni tampoco le importaba, mientras le siguiera proporcionando información. Se puso un poco de color en las mejillas y en los labios. Satisfecha con la imagen que le devolvía el espejo, se fue de la habitación, no sin antes cerrarla con llave. Todos tenían terminantemente prohibido entrar en ella. Se abrigó y enfiló rumbo a la cabaña de Imanol. Necesitaba desquitarse con él. La visita de Amaia la había perturbado al extremo. Se sintió descompuesta mientras caminaba sumida en sus pensamientos. Verla tan parecida a Edurne le había producido un profundo malestar, un recordatorio de lo que pudo haber sido y no fue. Sabía que el pasado era solo una cadena de la que debía liberarse. Sin embargo, para ella había sido imposible. ¡Maldito sea por siempre, Imanol! ¡Mil veces, maldito! Suspiró.

Cuando llegó a la puerta de la cabaña observó que solo estaba prendida la luz de la sala. Con seguridad su cuñado se encontraba allí. Empujó la puerta, que no tenía llave. Julen la dejaba de ese modo cuando no estaba en la casa, así Imanol no tenía que tomarse el trabajo de desplazarse en su silla para abrir. De todas maneras, como la cabaña se encontraba dentro de la propiedad de la familia, ningún desconocido osaría ingresar sin permiso.

Entró sin hacer ruido. Su andar felino la convertía en una persona sumamente sigilosa. Observó que las cortinas estaban corridas y que la vista era impresionante: en el cielo oscuro destellaban miles de estrellas. Allí se respiraba tranquilidad y sosiego, lo que le hacía falta a su alma atormentada. Se sacó el abrigo y lo colgó en el perchero de la entrada.

—¿Para qué vino, Victoria? —le preguntó una voz desde un rincón. Imanol la había reconocido por su olor. Hacía un tiempo que había agudizado su sentido del olfato. No importaban los años transcurridos desde la última vez que la había visto: su perfume almizclado y repelente era inolvidable.

—Veo que no ha cambiado en nada su carácter hosco. Aunque, con el paso de los años, se va intensificando. ¿O me equivoco, cuñado? —Su mirada insidiosa alcanzó a distinguir el lienzo—: ¡Ha comenzado a pintar de nuevo! Tenía entendido que había dejado la actividad por completo.

Imanol permaneció callado. Lo único que deseaba era que la mujer se fuese de su cabaña. Victoria enfrentó aquella mirada cristalina y acerada, de pupilas tan azules que parecían líquidas, y le comentó:

—Hoy tuvimos una visita muy interesante. Claro que fue un tanto inesperada. —Sabía que tarde o temprano sus palabras le afectarían. Como él no hablaba, prosiguió—: Amaia, la hija de su querida Edurne, vino a la mansión, invitada por Salvador. —Hizo una pausa para sacarse una mota invisible de su vestido—. Quién le dice que uno de estos días su amadísima Gabriela también lo haga.

Él tensó la mandíbula y le espetó:

—Váyase. Largo de aquí y no regrese, bruja. No sé cuántas veces tengo que repetírselo. No quiero volver a verla en lo que me reste de vida.

Victoria suspiró, mostrando un convincente azoramiento y un aire de culpa que él jamás creyó que fuese cierto. Ese día llevaba un vestido de muselina negro y el parche estaba confeccionado con la misma tela.

—Lo lamento. No quise molestarlo con el pasado. —Hizo una pausa—. No tiene que echarme, que pronto marcho. Como dicen por ahí: "Cada uno en su casa y Dios en la de todos", ¿cierto? —Bajó el párpado en un mohín condescendiente—. Solo quería recordarle que no es conveniente que Gabriela lo vea en este estado. ¿Sabe? La compasión y la lástima matan cualquier resabio de amor. —Tanteaba sus debilidades como una espada roma que golpea en el hombro, en el muslo, buscando la cicatriz abierta que oculta la armadura. Porque ella tenía la certeza de que el amor de Imanol por Gabriela permanecía intacto, puro como el primer día.

—¡Fuera, maldita víbora! Desparrame su ponzoña en otra parte —le escupió con desprecio e indiferencia. Aquel miedo era una garra afilada que marcaría su vida para siempre. Jamás iba permitir que Gabriela lo compadeciese.

Al mismo tiempo que se abrigaba con parsimonia, Victoria había entrecerrado su ojo. Su furia había aumentado de tal modo que su rostro, generalmente pálido, se había vuelto escarlata. Las palabras de Imanol semejaron puñales envenenados clavados en su corazón. Haciendo acopio de una voluntad férrea para ocultar su dolor, dirigió su mirada hacia la pintura de Gabriela que colgaba en la sala.

—Dicen que pintar a una mujer es una forma de dominarla. ¡Ja, ja! Mucho dista de ser su caso —agregó con sorna—. Permítame decirle que no le ha hecho justicia. La Gabriela que vi de lejos tomando un café en el Hotel María Cristina es el doble de bella que la del retrato. Se ve que los años la han favorecido. Una lástima que usted no haya podido disfrutarla. —Esparció su veneno por el aire. Sabía que estaba coqueteando con la paciencia de él. Ella nunca había necesitado mucho tiempo para ensombrecer cualquier conversación. Desde su nacimiento estaba inclinada a detectar la negrura en cada anécdota y a crearla cuando no la había.

Imanol, cuyo semblante hubiese podido ganar premios en un concurso de enterradores, le contestó:

—Dicen que los años pulverizan el hierro en óxido como convierten el carbón en diamante. A buen entendedor, pocas palabras. —La dejó furibunda mientras se dirigía a su habitación. De pronto sintió una punzada de dolor en ese lugar indeterminado donde se encuentra el alma, mientras el nudo que tenía en el pecho amenazaba con salir convertido en un torrente de lágrimas. Cuando escuchó que Victoria había dado un portazo, un grito desgarrador salió de lo profundo de su garganta y las lágrimas inundaron sus mejillas consumidas. Entonces, como un poseso, dirigió la silla de ruedas hacia el caballete cubierto con el lienzo. Lleno de ira, tomó uno

de sus pinceles viejos y lo mojó en pintura negra. Pinceladas salvajes emborronaron los colores hasta hacerlos más oscuros, tan oscuros como su alma.

Victoria escuchó perfectamente el alarido, por eso no pudo evitar sonreír: “Sobre mi cadáver va a ser feliz con esa chiruza, mi querido Imanol”, se prometió.

*

Aquella noche el tugurio de mala muerte estaba repleto. En aquel asqueroso agujero se vendía alcohol barato mezclado con cualquier cosa, desde bencina a alcanfor. El olor del mar, junto al hedor de los desperdicios, se mezclaba con el humo de los cigarrillos y el tufo humano, produciendo una atmósfera densa, difícil de respirar.

Un círculo de parroquianos gritaba enloquecido mientras doblaban las apuestas:

—¡*Aurrera*, Julen! Dale duro.

Julen, con los labios partidos y un corte en la frente, golpeaba a su rival: un estibador fornido que pegaba muy fuerte. Le había costado Dios y ayuda encontrar el modo de liberar toda la rabia contenida. Rabia por la absurda muerte de su madre, por no haber podido descubrir quién la había atropellado, por aquel malnacido que la había dejado morir en el camino. Por eso peleaba. Peleaba duro, golpeaba a mansalva, con la mente en blanco, tratando de encontrar alivio, al menos por unas horas.

Ante la excitación de la muchedumbre, se envalentonó y le dio un puñetazo a su rival en el estómago, que le ocasionó falta de aire. Luego lo noqueó con una trompada limpia en la mandíbula. El estibador quedó tendido en el suelo, sin poder moverse.

Todos aclamaban a Julen, quien estaba deformado por los golpes recibidos. Sus ropas estaban ensangrentadas, como así también sus cabellos.

Con una botella de ginebra en la mano, se dirigió a la mesa donde se encontraba Salvador con los hermanos Mikei y Agosti, cuyo padre, Ibai, había muerto en la guerra cubana. Ambos eran de complexión robusta, a fuerza de trabajar como burros. Sin embargo, siempre estaban contentos. Incluso Agosti era un especialista en gastar bromas a sus amigos.

Agosti, con el semblante oscurecido, comentó:

—He oído algo por allí…

—¿Qué cosa? Dilo de una vez, *agun* —le ordenó Julen, articulando muy despacio. Se había salvado por un pelo que le volaran alguno de sus dientes.

—Se dice que están traficando heroína por la costa. Después la distribuyen en la zona —comentó. Agosti trabajaba en una fábrica de armas. Ganaba poco, pero al menos contribuía al sustento de su familia.

—No dudo que sea cierto. No hay que olvidar que a esta ciudad acuden muchas familias adineradas que pagan fortunas por sus vicios. —Mikei se bebió el resto de la ginebra.

—¡*Ama Birjina*! Los responsables se estarán llenando los bolsillos a dos manos. —Agosti estaba indignado y resentido. Trabajaba más de doce horas por día y libraba domingo por medio.

—¡Qué hijos de puta! Ojalá les podamos meter unos cuantos plomos. —Salvador estaba rojo de la indignación.

Julen permaneció callado. De un tiempo a esa parte tenía sospechas sobre quién podría andar metido en esos negocios turbios. Solo necesitaba tiempo para confirmarlas.

*

En el ático, el piso más alto de la mansión Aguirre Larreta, se encontraba la joven de cabellos azules hasta el suelo y un ojo verde. Hacía años que estaba encerrada sin que nadie la visitara, a excepción de Ramona. No le pesaba la separación de su abuela. A pesar de no poder verla, se comunicaban por medio de los sueños. En muchas ocasiones la mujer se le había aparecido y lo siguió haciendo con el transcurso de los años, fortaleciendo su alma, guiando su espíritu. Los orishas la protegían.

Desde pequeña había desarrollado el don de ver con claridad lo que iba a acontecer en el futuro.

—¡Desgracias! ¡Desgracias! Se avecinan tiempos difíciles en la familia. ¿Quién vencerá esta vez? ¿El bien o el mal? —repetía con su voz cantarina, mientras seguía bordando un dibujo precioso.

CAPÍTULO 7
QUIEN EVITA LA OCASIÓN, EVITA EL PELIGRO

El padre Iñaki los había reunido en la sacristía. También estaba presente el doctor Usandisavas, quien, en aquella ocasión, vestía de negro. Era un hombre de mediana edad, aire cansado, bigote fino, cabello peinado hacia atrás y profundas entradas.

Una criada se apersonó con una bandeja con copas y una botella de oporto. También había galletitas de limón.

Salvador, Julen, Mikei, Agosti y otros muchachos del pueblo eran de la partida. Algo intranquilos, jugaban con sus gorras mientras se miraban unos a otros, tratando, en vano, de adivinar el motivo de la convocatoria. Por los rostros serios, tanto del sacerdote como del médico, intuyeron que se iba a tratar un asunto importante.

—*Aur maitea*, los hemos reunido aquí porque necesitamos de su ayuda —comenzó el padre Iñaki, con voz firme—. Los conozco desde la pila bautismal y sé el alma noble que poseen. —Carraspeó y prosiguió—: Ha comenzado una guerra y todos estamos al tanto de las luchas sangrientas que se están llevando a cabo en nuestro país vecino, Francia. —Tomó un sorbo de la bebida—. Están muriendo a mansalva miles de jóvenes como ustedes, jóvenes que por una u otra razón se vieron envueltos en una guerra sin más propósito que el de engrosar las arcas del que triunfe. Cada día que pasa se hace más certero el hecho de que España haya decidido no participar en este conflicto. Por los informes que nos llegan, las muertes y la destrucción alcanzan cifras exorbitantes. Las bajas se cuentan por millares.

Las campanadas de un reloj dando las nueve, que se escucharon en las profundidades del lugar, hicieron callar al sacerdote. Entonces, el doctor Usandisavas intervino:

—Hay muchos soldados franceses y alemanes que quieren huir del caos y la muerte. Es decir, quieren desertar. —Los miró seriamente—. Hemos decidido ayudarlos, y para eso necesitamos de su colaboración.

—¿En qué consistiría? —preguntó Julen, algo asombrado. Para ellos la guerra no era un concepto muy lejano, ya que España había comenzado a exportar alimentos a los países en conflicto y, por eso, había escasez de estos, lo que provocaba que los precios se elevaran hasta las nubes. Si bien el crecimiento económico era notable, los obreros españoles se hundían cada

vez más en la miseria.

El padre Iñaki le respondió:

—Nuestros contactos los embarcarían en Burdeos para recalar en San Sebastián. Ustedes ayudarían con el desembarco, por ahora…

—Es una misión muy peligrosa. España se ha declarado neutral, por lo que no habrá piedad a la hora de castigar a quienes ayuden a los desertores. Por eso, si alguno tiene dudas, este es el momento de retirarse. —El doctor Usandisavas había sido muy categórico.

Nadie lo hizo. Todos permanecieron en sus lugares, decididos a colaborar.

—Muy bien. Me doy cuenta de que estamos frente a un grupo de jóvenes muy valientes —prosiguió el doctor—. Nosotros les avisaremos cuándo llegará el primer bote. Ese día, uno de ustedes encenderá el faro de La Plata. —Hizo una pausa para luego agregar—: Como saben, este permanece encendido solo de septiembre a mayo, por eso es necesario que su luz esté prendida para guiar las embarcaciones.

—¿Y qué haremos con los refugiados? —preguntó Salvador. Sabía que lo que les estaban encomendando era sumamente peligroso. Era de público conocimiento que la sociedad pudiente de San Sebastián comulgaba con las ideas alemanas. Incluso, había varios diplomáticos germanos en la ciudad haciendo grandes negocios.

—Ya se lo indicaremos en su momento. —El padre Iñaki los miró seriamente—. Nadie podrá decir ni pío. Las vidas de muchos, y las suyas propias, pueden correr un grave peligro.

Terminaron sus bebidas en silencio y luego se retiraron.

El doctor Usandisavas y el padre Iñaki estaban satisfechos. Jamás habían dudado de que los jóvenes colaborarían.

*

Finalmente habían llegado las visitas a tomar el té. Doña Margarita, la marquesa de Balmes, se quedó con Gabriela conversando en la sala, mientras que Amaia, junto a Clarita y Joaquina (así se llamaban las muchachas) charlaban animadamente en la terraza.

—Debemos organizar un baile de mascaradas. Ahora que soy mayor no creo que mi madre se oponga. —Clarita hablaba muy confiada. La joven madrileña se destacaba por sus hermosos ojos color café y su boca perfectamente delineada por la naturaleza.

—¿Un baile de mascaradas? Me encanta la idea. Hace muchísimo tiempo que no asisto a uno. —Amaia aplaudió mientras reía. Su rostro se había iluminado de pura ilusión.

—¿Por tu enfermedad? —le preguntó Joaquina a bocajarro.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Joaquina! —le llamó la atención Clarita—. ¿Por qué no cierras esa bocaza de una vez por todas?

—No hay problema. Joaquina está en su derecho a preguntar —les explicó con una sonrisa—. Gracias a Dios ya estoy curada. Finalmente terminaron los largos tratamientos y el reposo. —Hizo una pausa y agregó—: Confío en que mi madrina me dé el permiso.

La sonrisa amable de Amaia, su risa sonora y contagiosa, la mirada dulce, habían conquistado el corazón de las madrileñas.

—Entonces comencemos con los preparativos. También podrán sumarse algunos caballeros. ¿Qué opinan?

—La verdad es que no conozco a nadie —les confesó, con la voz algo quebrada.

—Podemos invitar a Alfredo Llanzol, a Mateo Ibarra, a Martín Luzuriaga… —comenzó a enumerar Clarita.

—No te olvides de Salvador Aguirre Larreta y también de su amigo Julen. Aunque no pertenezca a nuestro círculo, ¡es tan buen mozo! —suspiró Joaquina.

—Pues no se diga más. Confeccionaremos una lista con los invitados. Tú, Amaia, solo encárgate de conseguir el permiso. El próximo sábado sería perfecto. ¿Qué les parece? —El entusiasmo de Clarita era contagioso.

Amaia se sintió feliz. Compartir con jóvenes de su edad le hacía recordar las charlas con sus hermanas. Cuando las visitas se fueran, les escribiría una carta.

*

Unos días más tarde, se encontraba en la habitación, escribiendo. Había comenzado la carta apenas se habían ido sus nuevas amistades y quería finalizarla de una vez por todas. Con una sonrisa les contaba lo bien que se sentía, los pronósticos optimistas de los médicos, cómo había ganado peso. Seguro que Balbina iba a hacer un berrinche cuando le describiera con lujo de detalles todo el guardarropa nuevo que Gabriela le había mandado a confeccionar, pensaba sonriendo, al acordarse de aquella hermana suya tan caprichosa. También les narraba que su cabello crecía sano y fuerte. Ya casi se lo podía trenzar, como antaño. Les hablaba de los paseos a la orilla del mar y del futuro baile de mascaradas. Estaba tan enfrascada escribiendo que no reparó en un golpe en la ventana. Al principio no le prestó demasiada atención, pero, al darse cuenta de que se repetía, decidió ir a investigar lo que estaba sucediendo. Se asomó por la ventana y miró hacia el jardín: allí estaba Salvador Aguirre Larreta, elegante y atractivo, con una sonrisa pícara, como si fuese un chiquillo pillado in fraganti. El corazón de Amaia dio un vuelco y sintió que un repentino rubor teñía sus mejillas. ¿Y ahora qué querría? Si Gabriela lo veía, se iba a llevar un disgusto enorme. ¡Qué desvergonzado! “Seguro que tiene a medio pueblo rendido a sus pies”, se dijo, furiosa, mientras se daba la vuelta. Trató de continuar la carta, pero otro golpe en la ventana la sobresaltó. ¿Acaso pretendía romper el vidrio? Titubeó unos instantes, pero enseguida le hizo señas de que iba a bajar. Si seguía arrojando piedras, con seguridad

alguien lo escucharía. ¡Gracias a Dios que no había moros en la costa! Aquella tarde Gabriela había ido de visita a lo de una de sus ancianas tías; en cambio, ella había preferido quedarse a terminar la carta.

—¡Berenguela! —llamó—. Ven enseguida, por favor —le suplicó, mientras buscaba en el ropero qué ponerse.

—¿Qué ocurre, Amaia? —le preguntó, intrigada al verla tan agitada.

—Salvador Aguirre Larreta me está esperando abajo. ¿Cuál vestido te parece me queda mejor, el celeste o el granate?

Berenguela hizo un gesto de exasperación.

—Definitivamente el granate. El celeste es muy apagado. ¿Sabe su madrina que usted va a encontrarse con su primo?

—¡Claro que no! Y tú te callas —le advirtió.

Berenguela se tragó un suspiro. Salvador Aguirre Larreta le caía bien gordo. Todo el servicio tenía prohibido relacionarse con los miembros de aquella familia. Se encogió de hombros mientras le peinaba el cabello. Cuando finalizó, le alcanzó el perfume para que vertiera solo unas pocas gotas en su nuca y en las muñecas.

—Tenga cuidado —le advirtió—. Recuerde que cada moneda tiene dos caras.

—¡Virgen santa! ¡Qué cosas dices, Berenguela! Voy a hablar con Salvador, no a fugarme. —Alzó la vista al cielo, en señal de protesta, y bajó corriendo las escaleras. Berenguela corrió detrás de ella con un abrigo liviano. El clima del verano generalmente era traicionero. Cuando abrió la puerta, una ráfaga fresca la sorprendió.

—¿Qué hace? ¿No sabe que, si mi madrina lo ve, me van a poner a caldo por su culpa? —Furiosa, lo sermoneó. Con el apuro se le había desarmado el rodete, por lo que llevaba sus cabellos sueltos.

—Y eso, ¿cómo pasaría? ¿Acaso su madrina no ha salido de visita? —le preguntó él con un brillo en la mirada. Aquella tarde Salvador vestía camisa blanca, un chaleco de piel de ante, pantalones de montar y botas de caña alta—. Si le parece bien, podemos tutearnos y dejar las formalidades de lado. Somos jóvenes, además de familia.

—No. No me parece correcto —objetó Amaia. Se había quedado de piedra. Era evidente que estaba al tanto de sus idas y venidas y eso comenzó a preocuparla. ¿Qué iba a decir su madrina? ¿Y si sus hermanas se enteraban? Tenía terminantemente prohibido relacionarse con los Aguirre Larreta. Todavía recordaba las palabras de Manuela, en el entierro de su madre: “Cada miembro de la familia Aguirre Larreta que le dio la espalda a madre lo pagará con creces”. Y ella estaba haciendo migas con uno… Debía ponerle un amén a la situación.

Salvador se dio cuenta de su cambio de actitud, por lo que repuso:

—Como usted prefiera. De todos modos, me parece necesario aclararle que no la estoy siguiendo. Solo tuve que hacer unas diligencias por esta zona y aproveché para alcanzarle otro

libro. Seguro que ya ha leído a Montecristo. —Mientras hablaba sacó de su abrigo un libro de tapas duras y se lo dio.

—*La cocina ecléctica*, de Juana Manuela Gorriti —leyó en voz alta—. ¿Y esto? —le preguntó curiosa—. ¿Acaso le gusta cocinar?

Salvador no pudo evitar la carcajada:

—Claro que no. Pero como sé que a usted sí, conseguí este ejemplar único. Está escrito por una argentina que vivía en Salta, allá donde está su familia. Tal vez pueda aprender alguna que otra receta para sorprenderlos.

Amaia se había quedado sin habla.

—Muchísimas gracias —farfulló, sorprendida—. Nunca he recibido un regalo tan especial.

—¿Sabe? Los regalos que damos dicen tanto de nosotros como los que recibimos. —Se le había acercado lo suficiente como para que ella alcanzara a sentir el olor de su colonia. Inclinando su cabeza hacia Amaia, le lanzó una mirada desde arriba, entre sus gruesas pestañas, que le hizo sentir a la muchacha piel de gallina en todo el cuerpo.

—Si no pone reparos, lo llevaré a mi habitación. —Confundida, dio media vuelta y entró en la casa casi corriendo. Muy a su pesar, se daba cuenta de que su primo no le era indiferente. ¡Era tan guapo! Cada vez que lo veía sentía un cosquilleo en su estómago y se sonrojaba sin razón alguna. Sin embargo, no pudo evitar un ramalazo de temor. ¿Qué quería Salvador con ella o con su familia? ¿Por qué se molestaba en seguirla? Tal vez era hora de contarle lo sucedido a su madrina.

Si Amaia hubiese viso la mirada gélida de él, apretando con fuerza la cadena que llevaba al cuello, no hubiese dudado en hacerlo.

*

Querida Sonsoles:

Esta carta va dirigida únicamente a ti y confío en que la guardes bien. Ya estoy escribiendo otra para Encarna y nuestras hermanas, pero lo que voy a poner en esta quiero que solo tú lo sepas. Tal vez de ese modo puedas aconsejarme.

Hace poco visité la tumba de madre (no lo había hecho desde su entierro), y tuve la sorpresa del siglo: Salvador Aguirre Larreta se presentó de repente. Ni te imaginas el susto que me llevé. Pero él tenía las llaves del mausoleo. Estuvimos conversando y, muy a mi pesar, me resultó sumamente entretenido, por no decirte, además, lo buen mozo que es. Gabriela me tiene prohibido siquiera que nos encontremos con algún miembro de "esa familia". Hasta el momento no me ha dado razones. Por eso, cuando me invitó a la mansión, no dudé en seguirlo. ¿Te imaginas a tu hermanita Amaia, siempre tan asustadiza como un ratón, subiéndose al auto de un extraño para ir a un lugar prohibido? La verdad

es que me desconozco. Con seguridad el espíritu aventurero de Manuela, que nunca ha sido atemperado por la prudencia, se me ha contagiado. En fin, la mansión es apabullante, soberbia. Nos recibió un mayordomo, Nikola (que no emitió ni un sonido, pero me dirigió una mirada bondadosa. Tal vez haya sido por mi parecido con madre), y fuimos directamente a la biblioteca. ¡No puedo dejar de imaginarme la cara de Manuela si la hubiese visto! ¡Impactante! No me quiero ir por las ramas, Sonsoles. Te cuento que Salvador me dio un libro para leer y casi me muero de la emoción cuando vi el nombre de madre impreso en él. Por supuesto que no le conté a Gabriela de esa escapada, como tampoco que hoy él apareció de incógnito en el jardín y me trajo otro libro. Sé que no está bien desobedecerla, pero ¿qué mejor oportunidad que esta para descubrir el pasado de madre? Por favor, te suplico que no me sermonees, solo quiero tu consejo. ¡Te mando un beso enorme! Ni te imaginas cuánto las extraño.

Tu hermana que te quiere mucho,

Amaia

*

Una luz tenue iluminaba la cabaña de caza en el bosque de los Aguirre Larreta. El olor a cuero, tanino y grasa habitaba en todos los rincones. Salvador había establecido allí su nido de amor. Estaba en desuso, pues hacía mucho tiempo que nadie en la familia practicaba aquella actividad. Con la complicidad de un criado, había conseguido llevar una cama y varias mantas. Y allí se encontraba con Zuria cada vez que regresaba de Barcelona. Hacía poco tiempo que la joven se había convertido en su amante. No había sido fácil convencerla, ya que provenía de una familia muy creyente. Además, también estaba aconsejada por Julen, su hermano y su mejor amigo. Mas el amor por Salvador pudo más que las convenciones y los pudores y, una tarde de otoño, se le entregó. Hubiese sido un redomado estúpido si no hubiese extendido la mano para coger la fruta que estaba a punto de caer del árbol, se decía como para justificarse. Sin embargo, muchas eran las noches en las que se había quedado en vela, arrepentido de haberla mancillado. Para conciliar el sueño, pensaba en las palabras de su tío Jaime: “A lo hecho, pecho”.

Se había inclinado sobre uno de sus brazos mientras que con la otra mano acariciaba los pezones de Zuria. Siempre se los besaba y, a veces, hasta se los mordía. Decía que eran los pezones más bonitos y sensuales que había visto en su vida.

Zuria estaba tendida desnuda a su lado. Acababan de hacer el amor y él había encendido un cigarrillo. La expresión de ella no era de satisfacción. En realidad, no disfrutaba mucho de aquellos encuentros. El miedo por estar obrando mal le remordía la conciencia, como así también el saber que estaba traicionando la confianza de Julen. Por otro lado, era incapaz de resistirse a los encantos de Salvador. Desde niña lo había amado y para ella no existía otro hombre más que

él. Cuando sus pezones se endurecieron al contacto de la mano masculina, se sonrojó. Se tapó con la sábana y, juntando coraje, ya que había comprobado que a él le molestaba que lo interrogasen, le preguntó:

—¿Cuándo le hablarás a mi hermano de lo nuestro? Pronto marcharás a Barcelona y nuestros deseos quedarán en agua de borrajas.

Salvador permanecía en silencio.

—Sé tus comidas preferidas, el dolor de tu espalda, tu temor a las arañas, cómo te gusta cabalgar apenas despunta el sol, pero no sé si me amas.

Dejó de acariciarla y la miró de lleno. Con un tono intenso y enérgico le soltó:

—Sabes muy bien que yo no te he prometido nada. Lo hemos hablado muchísimas veces. ¿Acaso miento?

Las pestañas de Zuria estaban humedecidas.

—No, pero pensé que podrías enamorarte de mí.

—No quiero herirte. Será mejor que no nos sigamos viendo.

El semblante de ella se tornó lívido.

—¿Cómo así? Eso no es posible.

Salvador se sentó y cubrió su torso desnudo con la camisa.

—¿Sabes? A veces no tenemos elecciones en la vida y esta es una de ellas. —Se pasó la mano por el cabello renegrido—. Desde un principio sabías cómo eran las cosas. Jamás te engañé. —Hizo una pausa y agregó—: Siempre puedes contar conmigo, pero como un amigo.

Zuria se había quedado sin palabras.

—No puedes ser más cínico. ¿Cómo es que me hacías el amor diciéndome que me querías? ¿Cómo puedes traicionarme de ese modo?

—Te quiero. Eso no lo dudes nunca, pero no estoy enamorado. Siempre te confesé que no creo en el amor. Jamás quise dañarte. Cuando empezamos a frecuentarnos te expliqué cómo eran las cosas. No te he hecho promesa alguna. —Despacio, comenzó a vestirse. El deseo ya se había apagado.

Zuria hacía un esfuerzo sobrehumano para tragarse las lágrimas que pugnaban por delatarla. Bien adentro de su corazón sabía que le estaba diciendo la verdad. Sin embargo, eso no lo exculpaba.

—Le voy a contar a Julen —lo amenazó, como último recurso.

—Si lo haces, de más está decirte que correrá sangre y arruinarás a tu hermano de por vida. Con seguridad me retará a duelo y es de público conocimiento que tengo mejor puntería.

Zuria tragó su pena como quien traga un remedio amargo. ¡Claro que lo sabía y jamás lo permitiría!

Cuando Salvador se marchó, el llanto la embargó durante un largo rato. Lloró desolada, abrazándose a sí misma como un animal herido y asustado, abandonada, sola, completamente

sola.

Luego de muchas horas, se levantó de la cama. Despacio recogió sus ropas desparramadas sobre el suelo. Nada podía hacer para borrar el inmenso amor que sentía por Salvador. De pronto su semblante palideció: hacía dos meses que no le venía la regla.

Sagrario, el ama de llaves de la mansión Aguirre Larreta, no se había perdido detalle de aquel encuentro. Su rostro pétreo, sin marcas de expresión, resultaba extrañamente inquietante. La mujer había sentido cierto regocijo al observar las figuras desnudas de Zuria y Salvador mientras hacían el amor. Se envolvió en su capa negra y se dirigió sigilosamente hacia la mansión para golpear la puerta de la habitación de doña Victoria.

*

Amaia había pasado mala noche, revolviéndose en la cama, despertando de a ratos, presa de la angustia, para volver a caer en un sueño inquieto que no llegaba a ser pesadilla, pero que le dejaba una sensación de incertidumbre, un vago desasosiego. ¿Qué se traería Salvador entre manos? ¿Por qué la seguía buscando? ¿Debería contarle a su madrina? Buscó debajo de la almohada la nota que él le había mandado aquella tarde por medio de Berenguela. La citaba para el día siguiente, al mediodía. En la nota le avisaba que Gabriela ese día almorzaría con amigas en el Café de la Marina, por lo que no debía preocuparse. El corazón comenzó a latirle con más fuerza. ¿Cómo estaba tan bien enterado de las idas y venidas de su madrina? La carta que le había mandado a Sonsoles iba a tardar meses en llegar y otros tantos en recibir respuesta. Los conflictos bélicos también se desarrollaban en las aguas, impidiendo el normal recorrido de los barcos. No tenía más remedio que confiar en su intuición.

Se levantó, apoyó la frente en la ventana y cerró los ojos. Notó la frialdad del vidrio sobre la piel. La negrura del exterior la invadía. Aún no había amanecido. Entonces, decidió volver a la cama y tratar de conciliar el sueño. Al rato se durmió profundamente.

*

Aunque la ausencia de nubes auguraba un día hermoso y luminoso, aquella era una época de lluvias. Ni bien bajó a desayunar, Amaia se encontró con Gabriela muy concentrada leyendo *La Voz de Guipúzcoa*, donde comentaban la llegada del rey Alfonso XIII y la reina, doña Victoria Eugenia de Battenberg. Al monarca no le sobraban presiones, puesto que su esposa era inglesa y quería que España formase parte de la Entente, mientras que su madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena, la reina madre, era archiduquesa de Austria y princesa de Hungría, por lo que pretendía que su hijo apoyara a los países centrales.

Además, había otras noticias muy inquietantes: los alemanes habían utilizado por primera vez

gases tóxicos contra los belgas. La guerra química había comenzado. El enfrentamiento entre grandes potencias industriales había llevado la guerra a un nivel de violencia y horror impensable. La invención de nuevas armas, las granadas, los lanzallamas, los tanques, el gas mostaza, incrementaron el miedo y las masacres. Los ejércitos se atrincheraban a lo largo de cientos y cientos de kilómetros. La guerra de trincheras se convirtió en un martirio para millones de hombres.

Ya había comenzado oficialmente la temporada. Apenas la escuchó llegar, Gabriela levantó la vista del diario:

—Mi querida, ¿te sientes bien? —Había un surco de insomnio bajo sus ojos, que había tratado en vano de ocultar con un poco de polvos de arroz.

—Sí, madrina. No me pasa nada. Tan solo tuve una pesadilla relacionada con padre.

—No debes preocuparte, cariño. En todas sus cartas tus hermanas nos cuentan lo bien que están. Tu padre también te ha mandado unas cuantas. ¡Ea, a levantar el ánimo, mi niña! En cuanto se pueda, veré el modo de viajar a la Argentina —le prometió.

—¿De verdad? ¡Ojalá sea pronto! —exclamó ilusionada. Apenas terminó de decirlo, se sintió culpable. Las palabras habían sonado a queja. Inmediatamente se disculpó—: Lo siento. No quería parecer desagradecida, ¡es que los extraño tanto! —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

Gabriela la abrazó hasta que dejó de llorar.

—Ven, vamos a tomar una tisana de esas que prepara Paquita y que hacen resucitar a un muerto. Ya verás cómo comienzas a sentirte mejor. A ver, Paquita —le pidió a la mujer—. Prepárale a Amaia una de tus infusiones para levantar el ánimo. —Mientras tanto se habían instalado en la terraza, desde donde se podía contemplar el mar y observar a las olas lamer las rocas resbaladizas.

—Ya mismo, señorita Gabriela. —Paquita elaboraba un brebaje a base de varias yerbas: azafrán, rhodiola, hipérico y esquisandra. Gabriela, quien las usaba con frecuencia, las conseguía de un mercader oriental cada año que recalaba en San Sebastián. De ese modo, la criada preparaba sus famosas tisanas.

Una vez listo, Paquita vertió el contenido de la tetera en dos tazas, luego tomó un plato de dulces y lo ubicó en el centro.

Saborearon la bebida en silencio, escuchando únicamente el rumor de las olas. Al cabo de un rato, Amaia le preguntó:

—Madrina, ¿qué oculta la familia de madre? ¿Por qué no la perdonaron?

Gabriela se demoró en responderle:

—Todas las familias esconden algo, cariño. ¿Qué ganas con revolver polenta vieja? —Sopesaba en su conciencia las consecuencias que podrían resultar de esconderle el secreto que tenía en sus manos y dejar que las cosas siguieran su curso natural.

—Simplemente necesito saber. —Amaia estaba empeñada en descubrir la verdad. Si sus padres habían sido expulsados del seno familiar, los motivos serían muy graves—. Se me hace difícil olvidar todas las privaciones que hemos sufrido cuando madre vivía.

—Ya lo sé, mi querida. Sin embargo, no me corresponde a mí hablar de ellos. En todo caso, tu padre te lo dirá cuando lo crea conveniente. Como decía mi abuela, "hay cosas que mejor ignorar y tierras que mejor no remover". —Lo que ella sabía se lo llevaría a la tumba, como esos arcanos que nunca debían revelarse porque no solo causaban dolor, sino también vergüenza. Pasase lo que pasase, por más que le escociesen.

—Entonces al menos dígame quienes son, qué hacen —insistió, al darse cuenta de que no soltaría palabra. Ese día llevaba un vestido verde claro, con encaje en el cuello, lo que resaltaba sus ojos color avellana.

Gabriela suspiró resignada. Era natural que quisiera saber. Se sirvió otra taza de té, bebió un sorbo y comenzó:

—En la mansión —dejó escapar una risita—, así le llamábamos de niñas con tu madre… bueno, allí vive tu abuelo, que está postrado en su cama desde hace ya mucho tiempo; también tu tío Jaime, aunque pasa gran parte del año en Barcelona. Además, están Salvador y su hermana, junto con Victoria, la madre, pues el padre falleció cuando ellos eran niños.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó curiosa.

—Murió de tuberculosis… como así también su hijito mayor. Creo que no había cumplido los tres años —comentó apenada.

—¡Qué terrible! El padre y el hijo murieron de la misma enfermedad. ¿Acaso no había ninguna medicina o cura?

Gabriela tenía el gesto arrugado y su cara envuelta en la palidez que acostumbraba a teñir su piel cuando recordaba el pasado.

—Mejor no hablemos de temas tan tristes.

Al darse cuenta de su incomodidad, dio un giro a la conversación:

—¿Conoce a la hermana de Salvador? Seguro que era la muchacha que corría la carrera en la playa. —Necesitaba saber todos los detalles.

—Tengo entendido que es su melliza y se llama Paula. Creo que está algo delicada de salud. —Por un momento el rostro de Gabriela se ensombreció.

—¡Qué horror, pobrecita! ¿También padece tuberculosis? No me dio esa impresión en lo absoluto.

—Eso no lo sé. —La miró de lleno—. ¿Por qué tanta curiosidad? —Tensó los músculos de la mandíbula mientras le preguntaba—: ¿Acaso has conocido a alguien?

Amaia estaba decidida a no mentirle esta vez:

—Sí. A Salvador. Se me presentó un día que salí a caminar. Estuvimos conversando unos momentos y me dijo quién era.

Gabriela se tensionó.

—¿Por qué no me lo contaste antes? Quiero que evites el contacto con esa familia. En eso habíamos quedado, por si no lo recuerdas.

—Lo siento, madrina. No le di importancia —se disculpó. Era imposible contarle que había estado en la mansión—. No volverá a suceder.

Gabriela estaba preocupada y no lo disimuló:

—Recuerda que quien evita la ocasión, evita el peligro. No quiero que te acerques a ellos. Prométemelo.

Apenada, le prometió:

—Lo juro. —Lo hizo cruzando los dedos. Intuía que el único modo de averiguar la verdad iba a ser a través de Salvador. Se sirvió otra taza de té e insistió—: ¿No vive nadie más? —Todavía recordaba la presencia en la escalera.

Gabriela se demoró unos instantes antes de hablar. Con la voz entrecortada, agregó:

—Sí, también vive Imanol, un hermano de tu madre. —Miraba hacia arriba tratando de deglutir las lágrimas—. Aunque creo que ahora habita una de las cabañas del bosque.

—Y eso ¿por qué?

Gabriela había comenzado a ponerse nerviosa:

—Luchó en la guerra de Cuba. Fue allí donde recibió una bala que lo dejó inválido.

Al verla tan conmocionada, Amaia decidió cambiar de tema:

—¡Cuántas historias tan amargas! Mi madre tenía varios hermanos, ¿cierto?

—Era una familia numerosa. —Vaciló antes de proseguir. No obstante, sabía que ya era hora de que conociese a los suyos, aunque fuese de palabra—. Tu tío Jaime es el mayor. Es quien se ocupa de los negocios de los Aguirre Larreta. Es decir, del astillero y de la fábrica en Barcelona. Después viene Imanol; luego estaba Felipe, el padre de Salvador y Paula, quien murió muy joven, y por último, tu madre, que ahora descansa en la paz del Señor.

Amaia notó una inflexión extraña en la voz de su madrina cuando pronunció el nombre de Imanol. Con voz inocente, le suplicó:

—Cuénteme más sobre Imanol. —Tenía el oscuro presentimiento de que él era la causa de su tristeza.

Gabriela se levantó y miró por la ventana. Hacía tanto que no hablaba de su enamorado con nadie, que le resultaba doloroso encontrar las palabras para hacerlo. Finalmente, se repuso:

—Imanol era un sol. Le encantaba gastar bromas, sobre todo a tu pobre madre. ¡Si habré tenido que mediar más de una vez para amigarlos! —Hizo una pausa, mientras respiraba más profundo—. Amaba pintar. Lo hacía con una destreza pocas veces vista. Con uno o dos trazos captaba a la perfección la esencia de la persona. A pesar de las decisiones inentendibles de su padre, siempre fue su ojito derecho.

El rostro de Gabriela se había iluminado de un modo inusual, como nunca lo había visto. Por

eso no pudo evitar preguntarle:

—Lo amó usted mucho, ¿cierto?

Ella permitió que las lágrimas asomaran a sus ojos.

—Tanto, que aún me duele el corazón. —Despacio, se levantó y se dirigió a su habitación.

Amaia se quedó sola, pensativa. ¿A dónde se iría el amor? ¿Acaso el dolor no era una forma de amor que se había quedado sin hogar? Dejando de lado aquellos cuestionamientos, supo dónde podría encontrar alguna de las respuestas que su madrina le negaba: en su secreter. Allí guardaba las cartas que su madre le había ido escribiendo en el transcurso de los años. Solo debía dar con la indicada.

*

Aquella mañana el calor apretaba desde temprano. Salvador había amanecido con un humor de perros. Ni bien despuntó el alba, y en ayunas, se había dirigido a las cuadras de la mansión. Había pensado en montar el nuevo caballo y, de esa manera, poder liberar la tensión que lo estaba carcomiendo. Se tomó su tiempo para ensillarlo. Desde que tenía uso de razón, su madre no dejaba de recordarle que debían vengarse. Creció lleno de odio y de ira. Y ahora, finalmente, había llegado el momento de cumplirle. Sin embargo, ráfagas de remordimiento solían azotarlo cuando menos lo esperaba. ¿Cómo podría él envilecerse de tal modo? Aunque conocía los motivos de su madre para odiar a las hijas de Edurne Aguirre Larreta, intuía que ella no se había sincerado del todo. Sabía muy bien que el odio nos hace elegir a un culpable y, de ese modo, justificar nuestra ira, nuestra furia, aunque esa persona no sea el autor de nuestro conflicto. Ahogó un suspiro de angustia. Para despejar su cabeza y cambiar el rumbo de sus cavilaciones, montó al animal, que se alzó en dos patas mientras relinchaba. No había duda alguna de que captaba su estado de ánimo a la perfección.

Ante el barullo, apareció Julen:

—¿Qué ocurre, que tienes cara de funeral? —le preguntó—. ¿Acaso debes volver a Barcelona antes de lo previsto? —Era el encargado del nuevo caballo, pues tenía mano de santo para con los animales.

Salvador lo miró y desmontó. Como Julen no pertenecía a su círculo social, ni nunca lo haría, no corría riesgos al confiarle su tormento. Sin embargo, no pudo hacerlo.

—Sabes que puedes sincerarte conmigo. Si en algo te puedo ayudar…—insistió Julen.

Titubeó. La venganza de su madre era demasiado terrible para contarla.

—No te preocupes. Como dicen por ahí, “después de la noche oscura, sale el sol”. —Con esas palabras, volvió a montar y salió al galope. Una buena carrera alivianaría su espíritu.

Se dirigió al cementerio. Dejó el caballo atado a una rama y caminó el resto del trayecto hacia el panteón de los Aguirre Larreta. Sacó del bolsillo del pantalón una llave gruesa y abrió la

puerta. Esta emitió un quejido al abrirse. Hacía poco había estado allí con Amaia. Pero esta vez era diferente. Se paró frente a los ataúdes de su padre y de su hermano, y no pudo evitar que las lágrimas bañasen su rostro:

—Juro que los voy a vengar. Aunque se me parta el corazón solo de pensar en mal que causaré. —Hizo un esfuerzo por desechar esos pensamientos que lo volvían vulnerable. Su madre tenía razón. Era hora de cobrar venganza.

*

A pesar de las advertencias de Gabriela, Amaia había decidido acudir a su cita con Salvador para almorzar en la mansión. Debía enterarse de cuáles habían sido los motivos tan terribles para haber desheredado a su madre. En la última conversación con su madrina había entendido que esta no le iba a develar nada. Debería averiguarlo por las suyas. Recordó un viejo refrán: “Quien no se aventura, no pasa la mar”.

—Señorita Amaia, ¿por qué no se queda? Si doña Gabriela descubre adónde ha ido se va a entristecer.

—Tú te encargarás de que eso no ocurra, Berenguela.

La joven la miró partir con reprobación. No le gustaba el modo en que Salvador Aguirre Larreta se estaba colando en la vida de Amaia.

Salvador la estaba aguardando en el automóvil, algo alejado de la casa. Con ese gesto suyo tan cautivador, la saludó:

—Buenos días, querida prima. Debo reconocer que cada día está más guapa. —La miraba sin disimular la admiración que despertaba en él. Había ganado bastante peso y sus mejillas exhibían un rosado saludable. El cabello rubio suelto sobre los hombros la favorecía aún más. Ese día lucía un vestido en tono celeste pastel de talle alto y bordados grises en el escote y en la parte inferior de la falda.

Amaia había decidido enterrar el hacha de guerra para, de ese modo, poder descubrir la verdad. Por eso, se mostró simpática y afable, aunque por dentro la sangre le escaldara. Conversaron gran parte del camino sobre los libros que había leído. Salvador le sugirió algunos otros para que se llevase.

Cuando llegaron, Nikola la hizo pasar con la misma deferencia que la primera vez. Con el tiempo aprendería que era un hombre con humor ácido y palabras justas, aunque a ella siempre la trataba con una ternura que, parecía, se había reservado toda la vida.

La riqueza de los Aguirre Larreta la abofeteó en la cara cuando prestó mayor atención a su entorno: una alfombra oriental con dibujos de pájaros exóticos estaba en el vestíbulo; una elegante escalera ascendía en espiral a lo largo de las tres plantas. Varias lámparas de araña con sus caireles colgaban de los techos altos y blancos. A un costado, se encontraba un aparato de

pared que medía más de metro y medio y que parecía un reloj. Salvador le hizo señas a Amaia para que lo siguiera:

—Venga, acérquese. Apuesto a que nunca ha visto uno como este.

—¿Qué clase de reloj es?

—¡Ja, ja! No, tontuela, no es un reloj. Es un teléfono.

A pesar de sentirse muy molesta por cómo se había burlado de ella, Amaia no pudo resistir la tentación de acariciarlo.

Salvador le sonrió y le hizo una demostración de cómo se usaba.

Estaba impactada. La familia de su madre debería ser más rica de lo que ella se había imaginado para ser dueños de un teléfono. Sabía que las llamadas eran muy caras y que pocos contaban con ese aparato. Luego de la demostración, fueron directo a la sala y grande fue su sorpresa cuando encontró, sentada en una de las sillas de respaldo recto y alto, a una joven muy delgada, pero vivaracha: era Paula, la hermana melliza de Salvador. Se parecía mucho a él. Su piel era de un blanco casi transparente, en el que se podía observar la fina telaraña de líneas azules de sus venas. La recibió con una cálida sonrisa:

—¡Hola, Amaia! ¡Cuánto me alegro de que Salvador te haya invitado a almorzar! —Llevaba los cabellos oscuros sujetos con una cinta de terciopelo roja. Cuando la vio de cerca, Amaia se dio cuenta del enorme parecido con su hermana Manuela. Le dio un beso y pudo sentir la delgadez de los huesos contra sus labios:

—El gusto es mío. Estoy encantada con la invitación.

—Pues siéntate aquí —le indicó el lugar—, así podemos conversar antes de comer. La cocinera preparó un plato que le gustaba mucho a tu madre.

—¡Qué bonito detalle! —Mientras se sentaba, Amaia observó que el lugar estaba decorado en forma exquisita. Le llamó la atención una colección de relojes que había en una vitrina. Salvador le señaló uno, orgulloso:

—Este es un Markham original.

Amaia pudo admirar aquel reloj de madera de nogal firmado por el mismo Markham. Había muchísimos relojes, uno más bello que el otro.

—¿Lo colecciona usted, Salvador? Son preciosos.

Él esbozó una mueca de disgusto:

—No. En realidad, es la colección de mi tío Imanol. Jamás regresó a la mansión después de la guerra.

Amaia se sorprendió, pero prefirió guardar silencio. Entonces le llamó poderosamente la atención otro reloj, que se encontraba sobre la chimenea: un Ángel de la Muerte sosteniendo al mundo y una frase que rezaba: “La muerte es vida”.

—¡Qué belleza! Nunca había visto uno así —exclamó.

Paula abrió la tapa del reloj, labrada con complejos dibujos. Entonces, una hermosa melodía

comenzó a sonar.

Amaia se conmovió profundamente ante esa música que laceraba su corazón. Era como si hubiese escuchado esa canción cientos de veces. Buscó incansablemente en su memoria dónde la había escuchado con anterioridad, mas no lo pudo recordar.

—¿También es de Imanol?

—No, este pertenecía a su madre —le comentó, mientras depositaba el reloj con mucho cuidado en su lugar.

Amaia se sorprendió. Cambiando de tema para ocultar una angustia incipiente, le preguntó bruscamente a Salvador:

—¿Y qué hace Imanol? No me había contado acerca de él. —Sus palabras sonaron a reproche.

Él la miró en forma extraña:

—Veo que le interesa nuestro tío.

—Un poco. Al fin y a la postre, es hermano de madre. —Nombrarla la había llenado de congoja.

—Mi tío hace años que vive como un ermitaño en una cabaña en el bosque. No trata con ningún miembro de la familia.

Aunque ya sabía los motivos por Gabriela, no pudo evitar preguntarle:

—¿Y eso por qué?

—Quedó baldado luego de la guerra con Cuba. En fin, hablemos de temas más agradables.

—Ya está listo el almuerzo —los interrumpió Sagrario. La mujer rozaba los cuarenta y tantos años y nunca se había casado. De ahí, tal vez, su andar tieso y la expresión avinagrada que no la abandonaba jamás. Las malas lenguas decían que no gustaba de hombres, sino de mujeres.

Salvador le extendió uno de sus brazos a Amaia y el otro a su hermana. De ese modo entraron en el comedor.

La mesa estaba servida para tres comensales. Jaime se hallaba en Barcelona y doña Victoria tenía un almuerzo en el Hotel María Cristina.

Amaia probó todos los platos que le sirvieron: pastel de cabracho y gambas, que era el predilecto de su madre, acompañado por pimientos rellenos de hongos y espinaca; merluza a la Bilbaína, luego, *intxaursaltsa*, postre típico a base de nueces, leche, canela y azúcar. Comió con apetito, disfrutando de la cocina vasca. En cambio, Paula daba vueltas con la comida, apenas llevándose una que otra cucharada a la boca. Salvador fue el único que no dejó migas en los platos.

Cuando trajeron el café, Paula propuso que lo tomaran en la sala. De ese modo, iban a poder estar más cómodos que en las sillas rígidas del comedor. Los ventanales enormes, de los que colgaban las cortinas con gran desenvoltura, daban al jardín. Estaban abiertos y permitían que penetrase el aire cálido, cargado del olor salado de la brisa marítima que subía por el acantilado. A Amaia le hubiese encantado tomar el café en aquella terraza con una variedad de hamacas,

mecedoras y cuencos llenos de flores, pero, tal vez por la salud de Paula, los hermanos no lo habían sugerido. ¿Por qué nadie hablaba de Imanol?, se preguntaba. Se le hacía extraño que, cuando lo mencionaba, Salvador quisiese cambiar de conversación de inmediato.

Paula lo miró y él se levantó para ayudarla a caminar. Despacio llegaron al recinto. Un gran piano de cola estaba en el medio.

Paula, que se dio cuenta de los ánimos cabizbajos, les propuso:

—¿Por qué no tocas alguna pieza, Salvador? Seguro que a Amaia le va a encantar. Como le gustaba decir al abuelo: "La música abre el corazón y cierra las heridas".

—El día del entierro de madre escuchamos una melodía hermosa que provenía de aquí. ¿Fue usted, Salvador? De ser así, debo felicitarlo. La música se ejecutó con maestría.

Salvador se puso color escarlata y no dijo nada. Seguía ruborizado cuando comentó:

—Mejor dejamos el piano para otra ocasión y te acompaño a tu habitación, hermana. Recuerda que no debes fatigarte.

Paula levantó la vista y lo observó brevemente, luego se despidió de Amaia:

—Ven otro día a visitarme. Tal vez me encuentre con más fuerzas y podamos seguir conversando. O mejor aún, salgamos a dar un paseo a caballo.

Amaia se había quedado perpleja. En nada se parecía la joven que había visto cabalgar en la playa a aquella de aspecto cerúleo y frágil. ¿Qué enfermedad podría estar cursando? Con esos pensamientos inquietantes, esperó a Salvador en el jardín, que era muy extenso y estaba cuidado con esmero. Había flores de varias clases, arbustos y hasta un estanque, donde nadaba un sinfín de peces de colores. De pronto, una voz a sus espaldas la distrajo de su ensimismamiento: "*¡Arratsalde on!*". Con el tiempo aprendería algunas palabras en euskera, el idioma que hablaba gran parte de la población vasca. Se había dado cuenta de que ni su madrina ni los Aguirre Larreta lo hablaban.

Cuando se dio la vuelta se encontró frente a un joven alto, moreno, que la admiraba sin disimulo. Con una sonrisa que dejaba entrever sus dientes blanquísimos, le dijo:

—Usted debe ser Amaia Rojas, la prima de Salvador. Permítame presentarme: soy Julen Ugarte.

¡El famoso Julen que habían mencionado sus amigas!, recordó, mientras contemplaba aquel rostro: las cejas negras y gruesas se alzaban sobre unos ojos zarcos, festoneados de pestañas espesas. La nariz, clásica; los labios bien precisos parecían cincelados en granito sobre el mentón osado. Vestía una sencilla chaqueta azul oscura que quedaba estirada en sus anchas espaldas. Las botas de montar estaban cubiertas de lodo.

—Mucho gusto, señor Ugarte. No sabía que usted también vivía en la mansión. —Una corriente de entendimiento pareció fluir entre ellos.

A Julen, su nombre en los labios de la joven le sonó a música celestial. Sin embargo, no pudo evitar una pequeña carcajada ante su comentario:

—Nada de eso. Soy uno de los tantos empleados, aunque también soy amigo de Salvador y trabajo con su tío Imanol.

Amaia lo miró confundida. Salvador nunca le había hablado de él. Como leyéndole el pensamiento, Julen le comentó al pasar:

—Me imagino que Salvador jamás me ha mencionado. —Encogiéndose de hombros le preguntó—: ¿Quiere que la acompañe a su casa? Tal vez él se demore. La puedo llevar a caballo. —Frente a ella se encontraba un animal enorme, negro como la noche más oscura. Al ver su rostro atemorizado, le sugirió—: También podemos ir caminando.

—Bueno, si no lo molesto. No me gustaría retrasarme. —Entonces agregó—: Hace tantísimo tiempo que no monto… Cuando era pequeña lo hacía con frecuencia.

—Si quiere, le puedo dar unas clases para que lo recuerde.

—Me encantaría, si usted no tiene inconvenientes. Cuando era pequeña nuestro padre nos llevaba a cabalgar. En aquel entonces vivíamos en Barcelona.

—Me han dicho que sus hermanas han viajado a la Argentina.

—Así es —le confirmó con cierto dejo de tristeza—. ¿Sabe? Apenas acabe esta guerra lo haremos con mi madrina.

—Me parece muy bien. Aunque, mientras tanto, debe aprovechar lo que la vida le ofrece. —Julen sonreía pícaramente—. Por ejemplo, los paseos a caballo. —Había cambiado de tema al darse cuenta de la tristeza de Amaia al mentar a su familia.

De pronto ella se sintió llena de fuerzas.

—Será todo un placer.

—Esta misma semana hablo con su madrina y nos ponemos de acuerdo.

Apenas si podía disimular su entusiasmo, por eso sus ojos se dirigieron hacia unas flores que colgaban de las puertas ventanas del jardín.

—¿Cómo se llaman esas flores tan bonitas?

—Me doy cuenta de que es usted una ignorante de nuestras creencias.

—Pues entonces, si es tan amable, me puede ilustrar al respecto. —Sus ojos destilaban enfado. No le había gustado su tono.

—Discúlpeme, no era mi intención ofenderla. Son las *eguzkilore*, las flores del cardo silvestre. Tienen propiedades protectoras.

—¿Cómo así? —le preguntó sorprendida.

—Se cuelgan en las puertas con el fin de ahuyentar a las criaturas de la noche. Su parecido con el sol hace creer que en esa casa no reina la oscuridad.

Siguieron caminando mientras ella le comentaba:

—¿Sabe? En la casa de mi madrina hay varias, pero recién ahora me percato de ese detalle.

—Si presta atención, en la mayoría de las casas de los donostiarras las va a encontrar.

—Y usted, señor Ugarte, ¿también las tiene?

—Le confieso que no, aunque a veces me gustaría. —Por unos instantes su mirada se ensombreció.

—Me han dicho que, además de trabajar, vive con mi tío Imanol.

—Así es, desde que era un niño. —Su mirada era cálida e increíblemente afable. Tratando de disimular su curiosidad, Amaia le preguntó:

—Y usted, ¿qué clase de trabajo hace para mi tío Imanol?

—Lo represento en el astillero y, cuando el trabajo me lo permite, me ocupo de los caballos. —Deseaba que el tiempo se detuviese. No recordaba haber disfrutado tanto en compañía de una mujer.

Amaia saboreaba la conversación, que era agradable y espontánea. Había algo en el joven que la hacía sentir como si lo conociese de toda la vida.

Cuando estaban por atravesar la puerta principal, escucharon la voz de Salvador:

—Veo que no pierdes el tiempo, amigo. —Una sonrisa curva amaneció en sus labios.

Julen le dirigió una mirada sardónica.

—Nada de eso. Acá la señorita Amaia se podía enfriar. Hay que tener mucho cuidado con los cambios de clima en la costa.

—Vamos Amaia, que la llevo en el automóvil, no sea que su madrina descubra su ausencia —le dijo secamente. Las sombras sobrevolaron sus facciones, dándole una imagen diabólica. Hacía un gran esfuerzo por controlar la rabia. No le gustaba el modo en que Julen la miraba. Le dirigió una media sonrisa.

Julen supo que era signo de mal augurio.

Amaia se dio la vuelta para agradecerle a Julen, pero el joven ya no estaba. A lo lejos pudo distinguirlo galopando. ¿Por qué se habría marchado sin despedirse? Con una tristeza inexplicable, subió al automóvil.

—Nunca me ha hablado de su amigo. Creo que montaban juntos a caballo aquella tarde en que los vi en la playa.

—Así es. No se presentó la ocasión para hacerlo. Julen trabaja para la familia —agregó escuetamente.

Amaia decidió no preguntarle más sobre él. Al parecer a Salvador no le hacía gracia alguna hablar de Julen.

Antes de que descendiera del automóvil, la retuvo y la tomó suavemente de la barbilla:

—Sabe que me atrae, ¿cierto?

Amaia no podía ocultar su nerviosismo.

—No me conteste ahora, pero me gustaría que, con el tiempo, podamos conocernos mejor. Cuando crea conveniente, le pido permiso a su madrina.

—Eso nunca. Mi madrina jamás dejaría que frecuente a su familia.

Salvador entendió que las cosas no iban a ser fáciles con Amaia. Sin embargo, se tenía mucha

fe. Conquistar a una mujer jamás le había significado un gran esfuerzo. Con un gesto entre perverso y brillante, la hizo girar suavemente y le depositó un suave beso en los labios. Luego le sonrió y ella le devolvió el gesto con incertidumbre. Había algo en su mirada que la hizo estremecerse. Completamente confundida, abrió la puerta del automóvil y bajó sin despedirse.

Salvador encendió un cigarrillo y permaneció un largo tiempo dentro del coche.

*

Entre las cortinas de la cabaña de Imanol se colaba una tenue claridad que parecía sobrenatural. Aquella tarde Julen se paseaba como un león enjaulado. Su corazón latía con desenfreno y su rostro se había ensombrecido. Intentó disimular su mal humor, pero le fue imposible.

Imanol lo observaba desde su silla de ruedas. Sabía que lo que ocurría en su interior, se lo confesaría llegado el momento adecuado. Siempre había sido así, desde que Julen era un crío.

Luego de un cuarto de hora de caminar de un lado al otro, acercó una silla al lugar donde se encontraba Imanol, cerca del atril que sostenía el lienzo que había mancillado. Después de la guerra, era la primera vez que pintaba, y todo para nada. Victoria se había encargado de matarle el incipiente deseo.

—Tengo el presentimiento de que a Salvador y a mí nos interesa la misma mujer. Me refiero a Amaia, su sobrina —le confesó, con la desesperación batallando en su mirada.

Imanol observaba el paisaje en silencio. Se escuchaba el ligero silbido del viento, superponiéndose a los latidos de sus corazones. Variaba de grave a agudo. Pronto las sombras irían cubriendo los colores del suelo.

—Si amas a una mujer, debes luchar por ella y no permitir que tus propósitos mueran atascados en algún callejón de mala muerte. —Le estaba aconsejando lo que él no había sido capaz de hacer—. De todos modos, apenas si has conocido a la muchacha. Tal vez solo sea una atracción pasajera.

—Tal vez... —Era imposible confesarle que sentía que la amaba desde siempre, que presentía que eran almas afines.

Imanol le clavó una mirada teñida de amargura:

—Cuidado. No olvides que mi sobrino ha crecido bajo el ala negra de su madre. Ten por seguro que nada bueno puede salir de allí.

Julen permaneció callado. Era paciente por naturaleza. A la larga, el saber esperar le había otorgado buenos resultados. En este caso debería redoblar sus esfuerzos. Como solía mentar su madre: “La verdadera sabiduría consiste en esperar y aprovechar la ocasión”.



CAPÍTULO 8
A LAS DOCE, EN EL JARDÍN

Amaia estaba decidida a averiguar más sobre su madre. Las razones que le había dado Gabriela para no hablar de los Aguirre Larreta no la habían convencido en absoluto. Sabía que su madre había querido borrar de un plumazo cualquier relación con su pasado, con San Sebastián. No se habló jamás una palabra en euskera en su casa ni tampoco se mencionó a ningún miembro de la familia materna. Sus hermanas y ella habían ignorado que tenían un abuelo, tíos y primos en el norte de España. Ahora que lo pensaba fríamente, todo le resultaba muy extraño.

Por eso, esperó a que su madrina saliera a hacer algunas diligencias para entrar en su habitación. Lo hizo sigilosamente, cuidando que ni siquiera Berenguela se percatase de ello.

Se dirigió directamente al secreter y buscó la caja de madera donde Gabriela guardaba las cartas de su madre. Sin pensárselo dos veces, tomó el fajo y se lo llevó a su habitación, cuidando de dejar todo tal y como estaba.

Pasó un largo tiempo leyendo la correspondencia que Edurne le había mandado a Gabriela, que tampoco era tanta. Lo que realmente le ocurría era que no podía dejar de llorar al leerla. Finalmente dio con una carta que le pareció significativa.

*

5 de mayo de 1906

Querida amiga:

Doy gracias a la Virgen que te ha dado esta hermosa posibilidad de poder especializarte en Londres. Me alegro de que puedas seguir tu vocación de enfermera y, además, ¡titularte con honores! Según me cuentas te has hecho muy amiga de la enfermera inglesa Edith Cavell. Y, por cómo la describes, debe ser una bella persona. ¡Cuánto me alegro por ti, aunque reconozco que estoy algo celosa! (¡Es broma!)

Sé que no han pasado ni tres días desde mi última carta, pero debo confesarte, amiga, que estoy sumamente preocupada. Mi Pedro no consigue trabajo aquí, en Barcelona. Por más que busca y busca, no se presenta ninguna oportunidad. Estoy convencida de que detrás de

todo esto está la mano negra de los Aguirre Larreta. Jamás nos van a perdonar, y eso no es lo único que me quita el sueño. En realidad, estoy aterrorizada por Pedro y mis niñas. Tengo el alma en un hilo de solo pensar que traten de vengarse en ellos por lo sucedido. También debo reconocer, mi querida, que temo por mí. No sé, al releer estas palabras me parece que estoy exagerando y que todo es producto de "la loca de la casa".

Disfruta mucho tu estadía en tierras inglesas y dile a Edith que me encantaría conocerla.

Te mando un abrazo gigante y muchos besos de las niñas.

Tu amiga que te quiere,

Edurne

*

Amaia la releyó varias veces. Pensamientos funestos acaparaban su mente: ¿acaso estaban los Aguirre Larreta relacionados de algún modo con la muerte de su madre? ¿Por qué necesitaban vengarse? ¿Qué había hecho para recibir la moneda torcida? Todas esas preguntas le martillaban el cerebro. ¿Por qué Gabriela se negaba a hablar de ello? Era necesario averiguarlo.

*

El Gran Casino vestía sus mejores galas para festejar el inicio de la temporada con un concierto. Las amplias y cómodas galerías estaban atestadas de mesas para el té, arregladas con sumo cuidado. Lo más selecto de la sociedad donostiarra se congregaría allí, como así también un sinnúmero de extranjeros importantes.

El rey Alfonso XIII había llegado a la ciudad bien temprano en la mañana, pero se había negado a que lo esperaran con todos los honores. Solamente había ido a recibirlo la reina acompañada por las primeras autoridades.

Amaia y Gabriela se estaban preparando para el concierto. Allí tocaría la orquesta bajo la dirección del maestro Larrocha. Interpretarían piezas de Rossini, Tchaikovsky, Laporte y Barbieri.

—¿Es necesario que vaya? —preguntó Amaia, molesta. Deseaba quedarse en casa para escribirle las novedades a Sonsoles. Además, quería terminar el libro que Salvador le había prestado. Le había contado a su madrina que se había asociado a la Biblioteca Municipal. De ese modo no despertaba sospechas cada vez que leía uno nuevo.

—No tengo excusas para ti, mi querida. Tu salud es inmejorable. Esta vez debo presentarte a la reina. Si no asistimos, se considerará una descortesía importante. No olvides que, dada tu larga enfermedad, no has tenido tu puesta de largo, como todas las jovencitas. —Se mostró inflexible.

Amaia resopló por lo bajo. A ella poco le importaban la reina y su séquito. Después de unos

instantes de íntima rebelión, se avergonzó por su egoísmo. Gabriela había pasado dos años cuidándola, encerrada con ella, y ahora le pagaba de esa manera su sacrificio… "¡Ay, Amaia, 'es de bien nacida, ser agradecida', diría Encarna!" Con solo acordarse de la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Cuánto la extrañaba! Se sobrepuso a ese momento de flaqueza cambiando el rumbo de sus pensamientos. Tal vez Salvador asistiese… Debía reconocer que su primo le interesaba mucho más de lo que le hubiese gustado.

Con una sonrisa, terminó de vestirse. Aquella noche lucía un modelo de seda verde y calzaba unos zapatitos de charol de color claro. Llevaba un bolso y un fino chal por si refrescaba. Berenguela se las había ingeniado para hacerle un recogido al que sujetó mediante dos o tres alfileres de brillantes. Eran de su madrina, de cuando había tenido su puesta de largo. Mientras se observaba en el espejo, se dio cuenta de que estaba deslumbrante. Por primera vez no tenía que envidiar la belleza natural de su hermana Manuela, ni la cabellera rojiza y espesa de Sonsoles. Satisfecha, se puso los pendientes que le había alcanzado Gabriela.

—¡Ay, madrina! Está usted hermosa y además tiene cierto brillo en los ojos…

Gabriela la miró ilusionada.

—La que está preciosa eres tú, cariño. Cada día que pasa te pareces más a mi querida Edurne. —Se rio por lo bajo—. También eres muy observadora, como tu madre. —Se encogió de hombros—. No tiene sentido ocultártelo. El marqués de Ponteverde me ha pedido que sea su esposa. —La miró a los ojos—. No es la primera vez que lo hace, aunque en esta ocasión voy a aceptar. Ahora está en el sur, cuidando de su madre, que ha sufrido un ataque de apoplejía, pero en cuanto regrese anunciaremos nuestro compromiso.

Amaia la contempló sorprendida.

—No me había dado cuenta de que usted lo amaba. Jamás lo había mencionado con anterioridad.

Entonces, Gabriela se puso seria.

—Es cierto. No te has dado cuenta porque en realidad no lo amo. Mi corazón ya tiene dueño.

—¿Entonces por qué se casa con él? —le preguntó sin tapujos.

Una sombra de pudor veló su rostro, mientras le contestaba con expresión severa:

—Por motivos puramente egoístas, ahijada. Estoy cansada de estar sola. Quiero envejecer con alguien a mi lado.

—Pero si usted no es vieja. ¿Cuántos años tiene? Treinta y no sé cuántos. Todos se dan vuelta para admirarla cuando paseamos por la rambla. —La observó de lleno y le soltó—: Yo pensé que usted amaba a mi tío Imanol.

Un largo silencio se desplomó sobre ellas. Amaia se dio cuenta de que había cruzado la raya.

—Lo lamento. No quise ser impertinente —le dijo con tono contrito.

Finalmente, Gabriela le confesó con amargura:

—Es cierto que todavía sigo amando a Imanol. Sin embargo, con el amor de una de las partes

no basta. A mis años, la soledad se clava como un puñal oxidado en el corazón, dejándote sin respiración, sin esperanza, sin futuro, sin nada. Cuando vuelva Pedro Enrique, así se llama el marqués, anunciaremos nuestro compromiso. Es un hombre más bueno que el pan, que me ha esperado durante mucho tiempo. —Se enjugó una lágrima y agregó—: Y ahora pongamos un amén a tanta cháchara y terminemos de alistarnos.

De pronto Amaia sintió que una desazón y un vacío que no alcanzaba a explicar la iban envolviendo. Su madrina era joven. Incluso estaba en edad de ser madre. No podía permitir que se casase sin estar enamorada. Sin embargo, la había herido sin proponérselo. Últimamente hablaba a tontas y a locas.

*

Cuando llegaron al Gran Casino, el lugar estaba abarrotado. Un camarero, impecablemente vestido de esmoquin blanco y pajarita negra, las acompañó hasta su mesa. Luego de unos minutos, intercambiaron los saludos de rigor con las personas conocidas. La luz de las arañas de caireles doraba aún más la rubia cabellera de Amaia. Antes de comenzar la función, las luces comenzaron a apagarse y todo quedó iluminado por el suave resplandor de las velas. Entonces, los acordes de una melodía embriagadora inundaron la sala.

Ni bien los ojos de Amaia se adaptaron a la penumbra reinante, alcanzó a divisar en una de las mesas cercanas a Salvador con su madre y su hermana. Cuando sus ojos se posaron en él, y él le devolvió la mirada, sintió que tanta emoción no le cabía en el pecho. Con el corazón desbocado, terminó de escuchar a la orquesta.

Luego de que Amaia fuese presentada a la reina, oyeron a sus espaldas:

—¡Gabriela! ¡Qué alegría volver a verla!

La voz inconfundible de Victoria Collazo de Aguirre Larreta paralizó a Gabriela, quien se dio vuelta con el rostro demudado.

—¡Victoria! ¡Tanto tiempo! —Su voz resonó fría e impersonal.

Callaron un rato, en un silencio pesado y gris, sumidas en una amargura poco disimulada. Victoria, quien se recompuso primero, se acercó y, con un mohín de gato, comentó:

—Esta preciosura debe de ser Amaia, ¿cierto? Es igualita a Edurne.

—Así es. —No tuvo más remedio que presentársela—: Amaia, esta es… tu tía Victoria. —Mientras hablaba, sentía hervir la rabia en su interior. Su afectada gentileza no la engañaba. Aquella aparente amabilidad estaba cargada de veneno.

Luego de saludarse, Victoria le dijo:

—Déjeme que le presente a sus primos, Paula y Salvador.

Los jóvenes se miraron con complicidad.

—Debe venir a la mansión a tomar el té, mi querida. Así también podrá conocer a su abuelo

—observó Victoria.

Fingiendo una entereza que en absoluto poseía, Gabriela le respondió:

—No faltará ocasión, aunque bien sabe usted que durante la temporada hay compromisos ineludibles. —Había hablado con una mueca dura y un destello de severidad en los ojos que rechazaban el contacto con la mirada de Victoria.

—Faltaría a la verdad si lo negara, aunque siempre la juventud puede encontrar un momento para reunirse. Y ahora no las entretengo más. —Sus comentarios destilaban hiel. Los dientes inferiores quedaron expuestos cuando compuso una extraña mueca que quería semejar a una sonrisa.

La expresión en el rostro de Gabriela se había endurecido. "¡Sobre mi cadáver vas a acercarte a mi ahijada!", pensó. Cuando vio a los mellizos no pudo evitar preguntarse: ¿qué culpan tienen los hijos de los pecados de los padres? Ninguna. Sabía que la falta de perdón era como un veneno que tomábamos a diario y nos iba matando. Lamentablemente el pasado siempre volvía para recordarle lo peor. Estaba convencida de que era un tumor tan doloroso de sufrir como de extirpar. Por eso, nunca confiaría en un ser tan malvado como Victoria. Se propuso evitar que aquellos pensamientos amargos se colasen en su alma, infectando su tranquilidad.

Salvador también se despidió. Exhalaba un aire patricio, de buena cuna y gusto refinado. Paula, quien no se había perdido la conversación, lo hizo con un beso y, cuando se acercó a Amaia, le deslizó una nota que la joven se apresuró a guardar en su bolso. La leería a solas en su habitación.

*

Aquella noche cerrada olía a traición. Se estaba celebrando una reunión muy importante en uno de los palacetes del barrio de Neguri, un lugar selecto donde residían los acaudalados de Bilbao. En el corazón de la alta burguesía vasca, un grupo de funcionarios del gobierno alemán se encontraba con algunos empresarios españoles. Alemania y su expansión imperialista hacían temblar al resto de los países, sobre todo a Francia e Inglaterra. Sin embargo, en España, que se había declarado neutral, era conocida por muchos la existencia de cierta germanofilia debida al esnobismo de unos y al odio mortal de otros a la católica, pero anticlerical, República Francesa. Varios habían llegado al extremo de afirmar que las damas españolas de alcurnia se paseaban por las calles de San Sebastián luciendo fotos del Kaiser a modo de prendedores.

—Sabemos que varios alemanes han conseguido escapar de nuestro país, a través de Francia, para luego llegar a estas costas. —Arnold von Kalle, teniente coronel del ejército alemán, fumaba un habano, mientras que con la otra mano sostenía una copa de whisky.

—Algo de eso había escuchado —comentó Jaime Aguirre Larreta, bebiendo un largo trago—. ¿Para qué nos han citado? Me imagino que tendrán muy buenos motivos.

—Ah, mi querido amigo, veo que usted no se anda con chiquitas. —Al alemán le encantaba matizar su conversación con dichos o refranes españoles. Hizo una pausa, mientras exhalaba el humo—. Nosotros queremos que esas personas no lleguen a destino. Tienen en su poder informaciones muy valiosas que comprometerían seriamente a nuestro gobierno si cayeran en manos del enemigo. ¿Ahora soy más claro?

—Sin lugar a duda, comandante. Lo que usted nos propone es que interceptemos esos barcos. Es una misión extremadamente peligrosa, ya que España es neutral. Estaríamos cometiendo alta traición y eso se castiga con la muerte —acotó Aguirre Larreta.

Una ancha sonrisa apareció en el rostro mofletudo de von Kalle.

—Me doy cuenta de que ha sabido entenderme. —Se aclaró la garganta y prosiguió—: Por eso mismo, como nuestro Kaiser es sumamente generoso, ustedes recibirían una muy importante bonificación en oro, además de suculentos contratos para que sus fábricas se vean beneficiadas.

—Muy bien —aceptó otro—. Solo espero que nos informen del día y la hora precisa, para poder actuar.

Jaime se sintió satisfecho. Sabía que tanto la fábrica de Barcelona como el astillero recibirían esos beneficios.

El comandante asintió con un gesto mientras le servían otra copa. Si bien le eran útiles, despreciaba profundamente a quienes jugaban a dos paños en la guerra. Nada más cierto que aquello que repetían por ahí: “Al olor de la sangre siempre llegan los tiburones”.

*

Jaime fumaba en la oscuridad, donde se distinguían los puntitos de las brasas de los habanos. Gaizka, su asistente y cómplice de fechorías, lo estaba esperando en el Rolls Royce, un flamante deportivo color plata que combinaba las líneas rectas y las curvas con un impecable buen gusto. Gaizka era muy respetado en el bajo mundo, porque era de público conocimiento que su revólver había pasado a mejor vida a más de uno.

Apenas se subió, Jaime le comentó:

—Tal y como lo pensamos, quiere que liquide a unos informantes.

Una mueca fiera apareció en el rostro de su asistente, dejando vislumbrar sus dientes amarillos manchados de nicotina. Tenía bajo la nariz una cicatriz en curva que le cruzaba los labios.

—Nos viene de perillas. Así podremos dedicarnos a nuestros asuntos sin problemas. ¿Adónde lo llevo?

—Es tarde para ir al Gran Casino. Mejor me dejas en lo de Asunta. Y no me esperes, pasaré la noche allí. Me recoges mañana bien temprano —le ordenó. Estaba satisfecho. Para él, la valía de un hombre se medía por la cantidad de enemigos que tenía. Y a él le sobraban.

Gaizka asintió en silencio, mientras manejaba. Conocía las inclinaciones perversas de Jaime.

Desde que habían apresado en Barcelona a la tal Enriqueta Martí, conocida como La Vampiresa del Poniente, y luego del posterior suicidio de la mujer, su patrón había decidido alejarse de aquella ciudad. Sabía que su nombre estaba escrito en una lista comprometedora, junto con los de jueces, políticos, empresarios, altos funcionarios y miembros de la aristocracia. Luego de unos meses de tensión, la policía había dado con dicha lista y la había destruido. Ahora podían respirar tranquilos.

Hacía poco Jaime había descubierto en el pueblo de Zugarramurdi, aquel lugar famoso por la quema de las brujas durante la Inquisición, el prostíbulo de la tal Asunta. Un burdel especializado en muchachos que se prostituían. Quedaba a una hora de viaje desde San Sebastián, en las afueras, lo que garantizaba una discreción absoluta. Con la guerra, gran parte de la población común estaba pasando hambre. Ese era el factor decisivo para que muchos jovencitos se vendiesen a hombres maduros. De ese modo, obtenían buen dinero; dinero que gastaban en comprar morfina adulterada a un sucio boticario, para poder evadir la cruda realidad que les había tocado vivir. La mayoría de ellos adoptaba un nombre femenino; se maquillaban con polvos faciales, lápiz de labios y usaban ropas de mujer. Hablaban con voz de falsete y escandalizaban a más de uno con gestos juguetones, prometiendo una noche de diversión.

Jaime siempre requería los servicios de Rebecca, un joven huérfano, de origen gitano, a quien Asunta había recogido de las calles y había alimentado. En agradecimiento, él había accedido a prostituirse. Al fin y a la postre, siempre tenía un plato de comida caliente y una cama para dormir. A pesar de sus pocos años había comprendido que venderse a hombres maduros, la mayoría respetables, no era un precio muy alto a pagar.

Mientras el automóvil se internaba por el camino, la luna otorgaba un aspecto blanquecino al rostro de Gaizka, que iba en el volante. El secuaz se cuidaba mucho de frenar su desmedida ambición. Jaime era de por sí desconfiado y no iba a resultar una presa fácil para sus propósitos.

*

Apenas despuntó el alba, Agosti llegó a la fábrica de armas. Aconsejado por su familia y sus amigos, había decidido dar marcha atrás y retomar el trabajo abandonado el día anterior por la huelga. Si bien era un sindicalista nato y estaba indignado con las medidas que habían tomado en la fábrica, donde no les reconocían las ocho horas de trabajo y los domingos libres, era necesario llevar el pan a la mesa.

Sin embargo, grande fue su asombro cuando se encontró con que su puesto ya había sido ocupado por el tío de Berenguela, recién salido de la cárcel, quien había accedido a trabajar por la mitad del salario.

Rumiando rabia, Agosti tuvo que aceptar lo poco que le ofrecían: transportar las cajas con las armas de un sector a otro. Para él, que se consideraba un artesano a la hora de montar las piezas

de una pistola, aquel trabajo era denigrante.

Miles de armas se vendían a Francia e Italia, además de las que suministraban al Ejército Español. Sin embargo, por las noches, muchas cajas desaparecían sin dejar rastro, mientras el sereno hacía la vista gorda. Agosti todavía no lo había descubierto.

*

El espejo del tocador reflejaba el rostro de Victoria mientras se quitaba el maquillaje. Su madre, que en paz descanse, había sido una cuarterona bellísima. Ella había heredado su tonalidad caramelo, que conseguía disimular a la perfección con distintas cremas y polvos. Ya nadie le hacía el vacío. Desde que se había convertido en una Aguirre Larreta, todos la respetaban y preferían hacer caso omiso, o tal vez olvidar, su pasado. Los sentimientos bullían en su interior: la tristeza se fundía con la euforia y el amor con el odio descarnado. La frialdad que había demostrado en el Casino se había evaporado como por ensalmo. Había comprendido realmente quién era cuando había comenzado a odiar. Y de eso hacía tantísimo tiempo. El odio que había sentido desde joven por Gabriela Iribarren y, luego, por Edurne Aguirre Larreta, se había avivado con la presencia de Amaia. Su necesidad de venganza era cada vez más acuciante.

—¡Salvador! —gritó, mientras volvía a acomodarse el parche sobre su ojo ciego.

El joven se apersonó en el dormitorio sin demora. Parecía que hubiese estado esperando el llamado.

—Quiero que comience con nuestros planes de inmediato. Ya le hemos dado bastante soga a este asunto. —El ojo verde refulgía como una piedra preciosa, lleno de rabia.

—No se preocupe, madre. Ya empecé a frecuentarla con asiduidad.

Doña Victoria esbozó una media sonrisa mientras se deshacía del rodete. El espeso cabello cayó como una cascada sobre sus hombros. Tenía plena confianza en su retoño. Lo despidió con un gesto. Entonces comenzó a aplicarse una de las tantas cremas, basada en arsénico y plomo, que utilizaba para blanquearse la piel. De esa manera obtenía una tonalidad mucho más clara. Pero había que tener muchísimo cuidado al prepararlas. Una cantidad de más podía causar la muerte.

Se sentía como la araña que va tejiendo su tela perfecta para atrapar a la mosca. Ya había tomado las medidas necesarias para acabar con el amorío de Salvador y Zuria. Lo importante era que él se mantuviese en la ignorancia y no lo estropeara todo. Sabía que su hijo tenía un lado débil, compasivo, que ella jamás había podido destruir. Con seguridad y, para su desgracia, lo había heredado de su padre. Suspiró, rabiosa. Conocer las debilidades de quienes la rodeaban era un arma muy poderosa.

*

Paula, quien había escuchado la conversación por casualidad, se había quedado de una pieza. ¿Qué había querido decir su madre con aquel plan de venganza? ¿Con quién se desquitaría Salvador? ¿Con Amaia? Esa idea no tenía asidero alguno. Su hermano le había pedido que le entregara en secreto una nota. A las claras se advertía que estaba interesado en ella. Entonces… ¿qué podía ser? Paula había experimentado en carne propia el rechazo de su madre, quien la consideraba un ser enfermizo y débil. Se daba cuenta de que era incapaz de quererla. Había algo que se lo impedía, aunque no sabía bien qué. Las posibles maquinaciones de doña Victoria, con sus funestas consecuencias, la amargaron hasta las lágrimas. Con el tiempo se había vuelto ahorrativa en enfados, aprendiendo a tragar ofensas, a resignarse. Sin embargo, a veces, las fuerzas le flaqueaban.

Lo que Paula ignoraba, pero de algún modo presentía, era que su madre detestaba una de sus cualidades: desde pequeña jamás pensaba en sí misma y se desvivía por los demás. Y eso era algo que doña Victoria despreciaba con cada fibra de su ser.

*

Cuando Zuria le fue a Salvador con la noticia de que estaba encinta, la transformación de su rostro le congeló el alma. Sus palabras afiladas como un escalpelo le hirieron de muerte el corazón.

—¿Cómo que vas a tener un niño? Es imposible. Siempre he tomado los recaudos necesarios. Ese niño no es mío —afirmó, demudado.

A Zuria se le cortó la respiración y clavó sus ojos bien abiertos en él, atónita, horrorizada por lo que estaba escuchando. Abrió la boca y la volvió a cerrar, incapaz de articular palabra. Finalmente, luego de unos minutos y con el rostro bañado en lágrimas, lo increpó:

—Te desconozco, Salvador. ¿Cómo puedes siquiera pensar que no eres el padre?

Él trató de recomponerse. Se estaba portando como un desalmado. No entendía muy bien por qué había negado a su hijo. Nervioso, caminaba sin resuello por la cabaña. En realidad, sí lo sabía. Su amigo le exigiría el matrimonio y ya no podría llevar a cabo su venganza. Esa posibilidad estaba descartada. No amaba a Zuria y su madre se lo cobraría con creces.

—No debes decir que ese niño es mío. Confesarás que alguien te violó en el bosque… no sé, tal vez, cuando regresabas de enseñar. —Mirándola a los ojos, agregó—: No me puedo casar contigo, Zuria. Lo lamento. Hay demasiado en juego como para hacerlo.

—¡No lo puedo creer, Salvador! Estás renegando de tu hijo —le reprochó la joven, aturdida y desolada. Entonces lo volvió a mirar con fijeza, como si intentase buscar las explicaciones que necesitaba en el fondo de aquellos ojos azules, insondables como las aguas del mar.

Salvador se sintió una basura.

—Ten el niño y prometo que te ayudaré con la crianza. Piénsalo bien y me avisas. —La miró con furia antes de abrir la puerta de la cabaña. Dio media vuelta y se perdió en la oscuridad de la noche.

Ella supo que jamás podría tener la criatura. Sin embargo, lo que ignoraba era que Sagrario había escuchado toda la conversación, mientras una sonrisa cínica se dibujaba en sus labios. La señora Victoria iba a ser sumamente generosa cuando le diese esa noticia.

*

Unos días más tarde, Zuria estaba recostada en una cama cubierta por una sábana mugrienta, respirando el nauseabundo olor a podrido del recinto. A pesar de que la habitación se encontraba en penumbras, alcanzó a discernir las paredes desconchadas, donde la suciedad se disputaba la pared con restos de papel pintado y lamparones de humedad; la ventana cerrada a cal y canto; una lámpara de aceite sobre una mesa cubierta por un mantel de color indefinido. Tenía muchas ganas de llorar, pero se contuvo. El miedo de que Julen descubriese su gran secreto y las palabras descarnadas de Salvador la habían dejado sin caminos a seguir. Se sentía tan agobiada y aturdida, que era consciente de que no había tenido más remedio que desprenderse de la criatura. Había vendido su baúl de la esperanza: sábanas, camisones, ropa interior, todo perfumado con flores de lavanda y primorosamente bordado. Lo había hecho desde que era una niña y las monjitas le enseñaban. Con las pesetas que había obtenido había podido pagar el aborto. “¡Qué remedio!”, se dijo, desolada. Ya nadie se casaría con ella.

—¡Quítate las bragas y te tumbas en la cama con las piernas abiertas! —le ordenó la repulsiva mujer, mientras la joven volvía a la oscura realidad.

Al ver toda la suciedad que la rodeaba, no pudo evitar una arcada.

La partera estaba preparando el instrumental necesario: una aguja larga y fina, varios trapos. Esa sola visión bastó para que la muchacha perdiera el conocimiento.

Al despertar, la faena había concluido. Todavía estaba débil cuando la mujer le entregó una bolsa con yerbas.

—Te preparas una infusión y la bebes en cuanto llegues a tu casa. Con ella mejorarás en un abrir y cerrar de ojos.

Se levantó como pudo y emprendió el regreso con muchísima dificultad. Tenía las ropas ensangrentadas y apenas si podía mantenerse en pie.

*

Horas más tarde, la partera recibió a doña Victoria Aguirre Larreta, quien iba vestida de negro y llevaba un velo de seda transparente que colgaba de su sombrero, desdibujando sus facciones.

Con aire de malas pulgas, le preguntó:

—¿Hizo lo que le pedí?

Los ojos arratonados de la mujer se afinaron:

—Tal y como usted me lo ordenó, señora. Mañana ya estará criando malvas.

Doña Victoria no pudo evitar un gesto entre socarrón y complacido. Entonces, sacó una de las bolsas con monedas que colgaban de su cinturón y la dejó sobre la mesa. No podía permitir que sus planes se malograsen por un polvo descuidado, se dijo.

*

Amaia apenas había podido contener las ansias de leer la nota antes de llegar a su habitación. Encendió la luz del velador y, aún con el abrigo puesto, sus ojos acariciaron las letras: “Necesito verla sin falta. La espero a las doce en el jardín, bajo el avellano. Procure que su madrina no la vea”.

Emocionada, se cambió el vestido de fiesta por uno más cómodo, al igual que el calzado. A último momento decidió verter unas gotitas de perfume en sus muñecas.

Cuando el reloj dio las doce campanadas que sepultaban el día anterior, salió de su habitación. Caminó con sigilo y del mismo modo bajó las escaleras. Con cuidado, abrió la puerta de la cocina que daba al jardín y a la que jamás se le echaba llave.

Salvador la estaba esperando donde le había dicho. Aquella noche apenas si corría una suave brisa.

—¡Amaia! —la voz de él sonó ronca y llena de deseo. Se le acercó y la tomó de las manos.

Amaia se turbó. No estaba acostumbrada al trato con hombres y, menos aún, con uno tan intempestivo.

—¿Qué hace, Salvador?

—No puede ni siquiera imaginarse lo que hubiese significado que no acudiera a la cita.

—¿Por qué no lo haría? —le preguntó. Sabía muy bien que estaba actuando a espaldas de Gabriela.

Salvador sopesó con cuidado su respuesta:

—No sé… tal vez su madrina… tal vez el pasado.

—Todavía no entiendo muy bien qué importancia tiene el pasado en nuestras vidas. Si alguien cometió algún error, aquí no hay culpables. Sé que mi madrina opina lo contrario, pero confío en hacerla cambiar de parecer. —Él era la oportunidad que tenía para descubrir la verdad que le había ocultado su madre.

Un dolor inesperado atenazó el corazón de Salvador. Amaia se veía tan inocente, tan pura…

—Amaia… debo hacerle una confesión. —Sus ojos azules perforaron los de ella mientras le sostenía la barbilla—. Estoy completamente enamorado de usted. Desde que la vi aquel día en la

playa no puedo quitarla de mis pensamientos, ni de mi corazón. ¿Puedo albergar alguna esperanza de que en un tiempo no muy lejano me corresponda?

Bajó los ojos avergonzada. La confesión la tomó por sorpresa.

—Creo que lo que usted me está pidiendo es un imposible. ¿Qué explicación le daría a mi madrina?

Él comprendió enseguida que había cruzado el límite, por lo que no perdió el tiempo:

—Sé que es muy pronto y debemos esperar a que su madrina dé el brazo a torcer. Pero jamás había sentido algo tan fuerte por mujer alguna.

Juntando coraje, ella le respondió:

—Me gustaría que nos conozcamos mejor, aunque sin prisas. —No podía permitir que él siquiera adivinase sus sentimientos.

Con un movimiento inesperado, la acercó y la rodeó con sus brazos:

—Es lo único que quería oír. —Entonces, estrechó el abrazo y la besó. El deseo largamente contenido se volcó en aquel beso. El calor del cuerpo de ella contra el suyo, su cuerpo suave, hizo que el beso fuese más profundo.

Amaia, azorada, abrió los ojos desmesuradamente mientras trataba de defenderse, pero fue en vano. Su cuerpo la traicionó y su boca dejó paso a la lengua de su primo. Sentía que se debilitaba, que perdía fuerzas en sus brazos.

Pese a que era un veterano en aquellas lides, no pudo impedir que una inflamación notable le atacara la entrepierna, por lo que hizo uso de una voluntad férrea para dejar de besarla. Volvió con lentitud a la realidad y le dijo:

—No olvide que conmigo siempre estará protegida.

—¿Lo promete? —le preguntó ella, inocente.

—Lo prometo. —Le depositó un beso en la coronilla y se fue sintiéndose el hombre más miserable sobre la tierra.

Amaia corrió a encerrarse en su habitación. Con el corazón desbocado y temblando como una hoja, se desvistió sin hacer ruidos para deslizarse dentro de la ancha cama. Se daba cuenta de que se estaba enamorando de su primo.

Berenguela había sido un testigo mudo del encuentro. Sintiéndose impotente y presa de la angustia, volvió a su habitación.

*

En la madrugada, Julen encontró a Zuria tendida en un charco de sangre sobre la cama. Desesperado y a los gritos, se acercó, creyéndola muerta. Sin embargo, al apoyar el oído sobre su pecho, comprobó que todavía le latía el corazón. Sin perder tiempo, la cargó en brazos, la subió al automóvil que estaba a su disposición, pero no usaba, y enfiló hacia el hospital. ¡Gracias a

Dios que había arrancado!

Llegó solo con el envoltorio de su alma, casi sin aliento, sin vida. Al cabo de varias horas de esperar en aquellos pasillos desangelados, el médico que la había atendido se presentó para darle el informe.

Con voz afligida, el doctor Usandisavas le explicó:

—Mucho me temo, Julen, que su hermana perdió demasiada sangre.

—¿Y eso por qué, doctor? ¿Acaso tiene la peste?

Ante la lividez del muchacho, le indicó un banco para que se sentaran.

—No, no. Nada de eso. —Mirándolo seriamente, repuso—: Su hermana se ha hecho un aborto. No solo ha sido víctima de una comadrona sin escrúpulos, sino que también le han dado alguna pócima que ha puesto su vida en estado crítico.

El médico alcanzó a distinguir cómo se endurecían los huesos de la mandíbula de Julen, aunque sus ojos no expresaron ningún tipo de emoción.

—Eso no puede ser cierto, doctor. Zuria es una muchacha seria, responsable, incapaz de… —Con la camisa ensangrentada escuchaba, hierático, las explicaciones. Usandisavas lo interrumpió:

—No la acuse de lo que desconocemos. Tal vez ha sido víctima de algún abuso y el miedo la obligó a permanecer callada. Eso no lo sabremos hasta que recobre la conciencia. —Se guardó de decirle que no creía que lo hiciese—. Ahora hay que dejar que las medicinas obren el milagro que hace falta. Vaya a cambiarse y a descansar. Aquí nada puede hacer por ella.

Julen observó cómo la figura del médico se desdibujaba mientras sus pasos resonaban por las frías baldosas del pasillo del hospital. Con impotencia y un miedo visceral que lo carcomía por dentro, se dirigió a la cabaña. Allí se cambiaría y hablaría con Imanol. Con seguridad se le ocurriría alguna manera de dar con los culpables.

*

Era media mañana en San Sebastián y el sol, que entraba a raudales por los ventanales, aligeró el espíritu de Paula, quien ya se sentía mejor. Hacía unos días que no vomitaba y tampoco tenía náuseas. Por eso, luego de un copioso desayuno que le había preparado Begoña, la cocinera, había decidido salir a montar. Sin embargo, antes de hacerlo, se dirigió a la habitación de su abuelo. El hombre hacía muchísimos años que estaba postrado y, en algunos días, su mente había comenzado a flaquear. Le gustaba hablar sobre el pasado y nombraba constantemente a los hijos muertos.

A Paula, su abuelo le causaba una enorme pena y una gran ternura. Siempre que se encontraba bien de salud, le dedicaba varias horas: le leía, le contaba las últimas novedades en la mansión. Él la escuchaba complacido.

Aquel día en particular, estaba inquieta.

—¿Sabe, abuelo? Creo que Victoria está involucrada en algún plan oscuro. Al parecer también envolvió a mi hermano. No entiendo bien qué puede ser, pero de lo que estoy casi segura es que está relacionado con mi prima Amaia. ¿Recuerda que le conté que era la hija de Edurne? De acuerdo con un retrato que vi es la misma imagen de la madre. En fin, abuelo… Escuché algo sobre una venganza… No sé… Tengo un negro presentimiento.

El color había desaparecido del rostro del anciano cuando le dijo:

—Debe cuidarse de su madre, Paula. Es un ser perverso y cruel, que no duda en conseguir sus propósitos a cualquier precio. —Don Aguirre Larreta sabía muy bien que la maldad de Victoria dejaba huellas por donde caminaba, huellas que semejaban a heridas que tardaban en cicatrizar.

Paula lo miró extrañada:

—¿Por qué lo dice, abuelo?

Unas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas:

—Si yo no la hubiese descubierto… si Nikola no hubiese llegado a tiempo al estanque, usted… usted… Debe encontrar las cartas.

—¿Qué me quiere decir, abuelo? ¿Qué hubiese sucedido si Nikola no hubiese llegado? ¿De qué cartas me está hablando?

—De las cartas que me envió su abuela cubana, la madre de Victoria, antes de morir… Había varias… Ahí encontrará las respuestas… No recuerdo dónde las he guardado. —Los espasmos de llanto impidieron que el anciano siguiera hablando.

Paula decidió no continuar. ¿Qué era lo que afectaba tanto a su abuelo? ¿Qué tenía que ver ella? ¿Por qué era tan importante que encontrara esas cartas? Decidió dejar de lado el interrogatorio, pues el semblante del anciano estaba lívido. Preocupada, lo tapó con otra manta y resolvió leerle un capítulo del libro que ya tenía empezado hasta que se calmase. Tal vez, más tarde, hablaría con Nikola.

*

Cuando Julen se presentó en el hospital pudo comprobar, con alivio, que Zuria seguía con vida. En silencio agradeció aquel milagro. Se sentó a esperar al médico. El cansancio lo sumió en un sueño ligero en el que la realidad de aquel pasillo blanco azulejado se confundía con algunas pesadillas angustiantes. Se despertó en el instante en que sintió unos pasos que se acercaban. Al focalizar la vista distinguió a Gabriela Iribarren con Amaia, que caminaban hacia donde él se encontraba. Gabriela estaba enfundada en un uniforme de enfermera; en cambio, Amaia vestía una falda larga con una sencilla blusa color marfil. Julen, sorprendido, se levantó de un salto y se acomodó sus ropas.

—Buenos días —alcanzó a musitar. Su rostro se veía gris y delataba el insomnio de la noche

pasada.

—¡Hola, señor Ugarte! ¿Cómo está usted? —lo saludó Amaia—. ¿Tiene algún pariente internado?

Ante la incomodidad del joven, Gabriela comentó:

—Me doy cuenta de que ya conoce a mi ahijada. Déjeme presentarme: soy Gabriela Iribarren, madrina de Amaia.

—Es un placer, señorita Iribarren. —Julen la escrutaba disimuladamente, tratando de conservar su imagen fresca, para luego poder contarle a Imanol—. No sabía que era usted enfermera.

Gabriela sonrió. Julen le caía muy bien. Tal vez Amaia reparase en ese joven. Retomando el hilo de sus pensamientos, le explicó:

—En realidad, soy enfermera diplomada, pero hace poco me incorporé a mis funciones. Dos o tres veces por semana le doy una mano al doctor Usandisavas con sus pacientes.

Julen se dio cuenta de que tarde o temprano se enterarían de lo ocurrido con Zuria. Carraspeó antes de decirles:

—Mi hermana se encuentra internada. Estoy esperando el parte médico.

—¿Qué le ha pasado, pobrecita? —preguntó inocentemente Amaia.

Gabriela se dio cuenta de la turbación de Julen, por lo que la interrumpió:

—El doctor Usandisavas es excelente. No tenga dudas de que está en buenas manos. —Luego, le dirigió una sonrisa—. No se preocupe, que yo atenderé personalmente a su hermana. —Mirando a Amaia le sugirió—: ¿Por qué no acompañas a este joven a tomar un chocolate? Creo que hay una chocolatería en la esquina. Así le volverá el alma al cuerpo.

Amaia lo miró encantada. Julen le caía la mar de bien.

—¿Acepta mi compañía?

*

De a ratos el sol se perfilaba entre las nubes mientras caminaban hacia la chocolatería. Cuando se sentaron a una de las mesitas de la amplia terraza, Julen ordenó una limonada para Amaia y un chocolate para él.

—No pensé que nuestros caminos se cruzarían tan pronto —le manifestó él, mientras bebía un sorbo.

—Pues me alegra muchísimo. Todavía estoy esperando las clases para montar, ¿o acaso ya se le olvidó la promesa? —Amaia frunció el ceño, simulando enojo.

Julen la miró sorprendido. No pensó que ella tomaría en serio sus palabras.

—Cuando usted guste podemos salir a caballo. ¿Sabe? La mejor manera de aprender es con la práctica. Sin embargo… ¿Qué va a decir Salvador? —De pronto sintió que se retorcía de rabia.

Ella lo miró pasmada:

—¿Por qué tendría que decir algo? ¿Acaso no es usted su amigo?

Los ojos de Julen se habían perdido en su cabello que destellaba con lujuria o, al menos, así le parecía a él.

—No sé… A mí no me gustaría que mi novia se varee con otro. —Esbozó lo que parecía una sonrisa arrogante levantando las comisuras de los labios.

Amaia se encendió como la grana.

—Me parece que usted juzga sin saber. Salvador no es mi novio y creo que se me esfumaron las ganas de andar a caballo. —Sintió una bofetada helada en su interior. Se levantó, derramando el vaso de limonada. No solo había manchado el mantel, sino que también se había salpicado el vestido. No se reconocía. La que solía ser respondona y herir con solo pronunciar unas pocas palabras era su hermana Manuela, no ella.

—Déjeme que la ayude. —Él se valió de una servilleta para secarle la pechera del vestido.

Amaia se ruborizó ante el contacto de aquellas manos callosas sobre su busto. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Acaso estaba coqueteando con dos hombres al mismo tiempo? Con un movimiento brusco, le retiró la mano de su cuerpo.

—No se preocupe, que yo misma lo limpio —le dijo, cortante.

Un halo de silencio tenso y espeso los mantuvo un instante, como si no respirasen. Luego Julen resopló como un animal herido y se disculpó:

—Perdóneme, se lo ruego. No fue mi intención molestarla.

Amaia se había recompuesto. Con un gesto conciliador le indicó:

—El camino al infierno está lleno de buenas intenciones, Julen. Sin embargo, no hagamos una montaña de un grano de arena. Si le parece bien, pídame otra limonada.

El rostro de él se iluminó. Era imposible estar de malas con ella.

*

Mientras los jóvenes conversaban en la chocolatería, el doctor Usandisavas se reunía con Gabriela en su despacho.

—Lo que usted me propone me deja perpleja, doctor. —El rostro de Gabriela estaba serio.

—Siempre pensé que era usted una mujer fuerte y, en todo este tiempo de trabajar juntos, pude confirmarlo. Sé que es peligroso lo que le estoy pidiendo, pero no confío en nadie más.

—¿Y cuándo comenzaríamos? Se imagina que debo preparar mi casa, alistar al personal… —Gabriela no se andaba con preámbulos.

—En dos semanas. ¿Le parece pronto? —El doctor jugaba nerviosamente con su pluma.

—Me parece perfecto. Se imaginará que tanto mi ahijada como el personal a mi servicio estarán al tanto.

—Sea lo más discreta posible. Hay vidas en juego —le aconsejó.

—Así lo haré. —Se levantó y extendió la mano para saludarlo—. Esperaré su aviso.

—No se vaya todavía, Gabriela. Tengo una sorpresa para usted.

Lo miró interrogante. ¿Qué significaba eso?

Entonces, abrió la puerta donde se encontraba el cambiador y una mujer de cabellos castaños, ojos vivaces y una amplia sonrisa corrió a su encuentro.

—¡Gabriela! —exclamó—. Sabía que podíamos contar contigo.

—¡Edith! ¡Edith Cavell! No lo puedo creer. ¿Qué haces en España?

Se fundieron en un largo abrazo. Se habían conocido en un curso para enfermeras en Londres y se habían hecho inseparables. Luego, se siguieron escribiendo.

—Estoy ayudando clandestinamente a escapar a los soldados que quieren desertar. Soy directora de una escuela para enfermeras en Bruselas que, con la guerra, se ha transformado en hospital. —Hablaba vehementemente, con la mirada brillante.

—¿Pero Francia no es peligrosa? —le preguntó Gabriela, preocupada.

—Probablemente, aunque ya sabes cómo soy. Y ahora basta de tanta charla y pongámonos manos a la obra.

—Debes hospedarte en casa —le ofreció Gabriela. Tenía tantísimas ganas de conversar con ella.

—Ya me alojé en un hotel. Bien sabes cómo disfruto el ir y venir a mi aire. —Emanaba vitalidad por todos sus poros.

Se despidieron con un beso en cada mejilla. Sin embargo, Gabriela no pudo evitar abandonar el despacho del médico con un dejo de aprensión. La propuesta de alojar desertores heridos que escapaban de la guerra era sumamente delicada. Como España se había declarado neutral, era harto peligroso contrariar los designios del rey Alfonso XIII. “¡Qué remedio!”, se dijo.

*

En la mansión Aguirre Larreta, la joven de los cabellos azules largos hasta el suelo dejó caer el bordado y comenzó a mecerse en trance. Con los ojos en blanco, se balanceaba hacia delante y hacia atrás sin descanso. Lo hizo por un largo rato. La imagen de su abuela le había nublado la mente, colmando su espíritu. Supo entonces que la santera se estaba consumiendo, que pronto llegaría la hora de reunirse con sus antepasados. Esta vez, su abuela la visitaba para despedirse. Entonces, una furia poderosa la envolvió y comenzó a gritar mientras le salía espuma por la boca. La santera caminó lentamente hacia ella. La joven de cabellos azules largos hasta el suelo se quedó quieta mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. La anciana la acarició hasta que, lentamente, fue recobrando los sentidos. La abuela vaticinó: “Desquite… pronto vendrá el desquite y la bruja morirá en sus propias llamas… Que no te tiemble el pulso”. Entonces,

meciendo a su nieta, comenzó a cantarle una nana.



CAPÍTULO 9
SU ORGULLO, SU PECADO

Salvador trabajaba en las oficinas del astillero. Estaba que bufaba por la demora de Julen. Debían tratar asuntos muy delicados, como la posibilidad de que se produjera una huelga, y no era cuestión de perder el tiempo. Extrañado, miró su reloj varias veces. Sabía que Julen defendería a los trabajadores a como diese lugar, lo llevaba en la sangre. En cambio, a él le resultaba difícil compadecerse de los que lo rodeaban. Consideraba que los empleados trabajaban en un ambiente limpio, las horas correspondientes. No se les gritaba ni tampoco se los explotaba.

Julen llegó con casi dos horas de retraso. Entró como un torbellino, arreglándose los cabellos despeinados por el viento. Había exigido su caballo al máximo.

—Me tienes aquí clavado desde hace un par de horas. Mírate el aspecto. Todavía no entiendo tu empeño en no querer usar los automóviles. Me consta que hay uno a tu disposición.

Julen no le explicó que había tenido que usarlo. Cuando estaba enojado, prefería no hablar. Aquel encuentro con Amaia le había sabido amargo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué la demora? —le preguntó impaciente.

Julen dudó antes de comentarle lo ocurrido con Zuria. Aspiró el aire con fruición y luego suspiró con los ojos cerrados, como si estuviera tomando fuerzas desde su interior:

—Mi hermana se sintió indispuesta y tuve que llevarla al médico.

Salvador se puso en guardia y su semblante se ensombreció. ¿Qué había ocurrido en realidad con Zuria? ¿Sabía Julen de la criatura? No lo creía, pues en ese caso hubiese corrido sangre. Julen era así, impulsivo.

—Pero ¿cómo se encuentra? ¿Has consultado con el doctor Usandisavas? Ya sabes lo buen médico que es.

Julen asintió y agregó parcamente:

—Sí, ya la ha examinado. —Molesto, pues su intuición le decía que Salvador tenía que ver con el estado de Zuria, añadió—: No hay nada más que contar. —Luego, caminó hacia la ventana y observó el mar. Desde allí la vista era grandiosa. Después de un buen rato, decidió asesinar el silencio que los rodeaba. Entonces repuso—: En fin, hablemos de los problemas que necesitan una pronta solución.

Salvador comprendió que Julen no quería hablar de Zuria. ¿Qué le había ocurrido realmente? ¿Había perdido la criatura? ¿O tal vez era una indisposición pasajera? Este último pensamiento lo desechó, pues, en ese caso, no la hubiese llevado al hospital. Una punzada de dolor le recorrió el espinazo. Más tarde se ocuparía de averiguarlo. Ocultando la desazón que lo embargaba, le explicó:

—Todo está como al principio. El jefe del sindicato no quiere saber nada con negociar. Exige un aumento de sueldo o amenaza con ir a la huelga.

—Las fábricas existen por los trabajadores. Si los trabajadores no están conformes es porque el patrón no es un buen patrón. Además, sabes muy bien que esta guerra nos favorece. —Su voz tenía un tono intenso y enérgico. Estaba al tanto de la crisis financiera que había azotado al resto de España. Pero, contra cualquier pronóstico amenazador, San Sebastián se había visto beneficiada. Los grandes latifundistas estaban exportando sus productos a Francia y a Alemania. Si bien entraban divisas, los mercados españoles estaban quedando desabastecidos. Los precios subían, mas no así los salarios de los trabajadores, que se iban empobreciendo poquito a poco.

—Eso solo el tiempo lo dirá —lo contradijo Salvador. No iba a dar el brazo a torcer tan fácilmente—. Generalmente las guerras traen carestía y hambre.

—Es cierto. Sin embargo, nuestra ciudad se ve aventajada con la visita de los distintos ministros europeos, por no decir que está considerada la "Perla de España". Como dicen por ahí: "A río revuelto, ganancia de pescadores". Según el periódico, San Sebastián no se va a resentir por el conflicto bélico, todo lo contrario, va a salir robustecida. Y así ha sucedido. Estoy convencido de que las guerras existen porque son buenas para los negocios. Hay muchos españoles enriqueciéndose con la venta de alimentos, armas y ropa para los soldados. —Julen estaba muy bien informado. Todas las mañanas comentaba las noticias de *La Voz de Guipúzcoa* con Imanol, mientras desayunaban—. Recuerda que el astillero ha comenzado a realizar importantes contratos debido al conflicto bélico. No creo que se vacíen nuestras arcas si les aumentamos una pequeña cantidad a los obreros —agregó, irónicamente.

—Tú representas a mi tío Imanol y yo, a mi difunto padre. Creo que es justo que mi tío Jaime tenga la última palabra.

Julen se encogió de hombros, disimulando la frustración que sentía. Sabía de antemano cuál iba a ser el veredicto de Jaime Aguirre Larreta. A veces se enfurecía con la vida. Salvador jamás había tenido que mendigar un mendrugo, ni levantarse al alba para trabajar. En cambio, él… Suspiró profundamente. Si no hubiese sido por Imanol Aguirre Larreta, otro gallo habría cantado en el corral.

—Está bien. Que desempate tu tío.

Enojado, salió del despacho y se dirigió al hospital.

*

Imanol daba pequeños pasos apoyado en su bastón de ébano coronado por la cabeza de un león tallada en plata, el símbolo de los Aguirre Larreta. En sus orígenes, la familia había comerciado por el Mediterráneo y las costas africanas. Se contaba que, en uno de los viajes, les habían obsequiado una pareja de leones que criaron en San Sebastián. Desde entonces, se decía que el bosque estaba habitado por aquellos peligrosos felinos.

Desde que se enteró de que Gabriela había vuelto, había comenzado a ejercitarse. De esto hacía ya casi dos años y el proceso, aunque doloroso y frustrante, no había sido imposible. Ungido de una voluntad férrea, se ejercitó diariamente y también visitó a un especialista en Francia, antes del conflicto bélico. Nadie, salvo Julen, estaba al tanto de sus viajes y de sus avances.

Reconocía que Gabriela se merecía una disculpa. La hirió como solo lo sabe hacer alguien amado, de una estocada donde más dolía: en el corazón. La herida había sido tan profunda que difícilmente pudiese sanar. Y sabía muy bien que, si un corazón se rasgaba, no volvía a latir. Al regresar de Cuba no había permitido que ella lo visitara, se negó a que lo viese. Su orgullo, su pecado… Suspiró. Ahora comprendía lo injusto de su actuar. Su rostro se oscureció y apretó con fuerzas el bastón.

*

Paula amaneció con el optimismo a flor de piel. Aquel domingo Victoria se encontraba en la biblioteca con sus invitados. Una vez al mes, a la hora de la siesta, se reunía con un selecto grupo de personas. La servidumbre tenía orden expresa de no interrumpir, por más acuciante que fuera el motivo. Solo Ramona podía entrar con el servicio del té.

Paula sospechaba que su madre estaba en alguna de sus actividades misteriosas, por eso aprovechó su ausencia para colarse en su habitación y ver si allí tenía ocultas las famosas cartas. Siempre estaba cerrada con llave, pero esta vez se había anticipado y había conseguido la de repuesto del llavero de Ramona. La criada, que ya había servido el té, gozaba de unas horas libres para poder echarse una cabezadita. Por eso, cuando Paula le convidó con una copita de *pru*, no puso pegas y aceptó. Se había hecho afecta a esa bebida fuerte en Cuba. Entre charla y charla, Paula le había ido llenando la copa varias veces hasta conseguir que la mujer se durmiese profundamente. Lo hizo, como era su costumbre, en la cocina, cerca del fogón. Entonces, con sumo cuidado, Paula le sacó el manojo de llaves y subió casi volando las escaleras hasta llegar al dormitorio de Victoria.

Al comprobar que no había nadie a la vista, colocó la llave en la cerradura y le dio dos vueltas. La puerta se abrió de golpe. Entró con sigilo, aun a sabiendas de que el recinto estaba vacío. Echó la llave a la puerta con agitación manifiesta en la torpeza de sus manos y en el rezo que no

dejaba de musitar: “¡Jesús, José y María, protegedme en esta vida!”. Sus ojos recorrieron el lugar, deteniéndose en el tocador: un sinfín de frascos con distintas variedades de cremas ocupaban casi toda la superficie. Tomó uno al azar, lo destapó. Un perfume fuerte y almizclado le produjo un pequeño mareo. Lo cerró con prisa, no fuera que su madre la descubriese. También había un coqueto juego de cepillo y peine de nácar. Entonces su mirada se dirigió al arcón que se encontraba a los pies de la cama con dosel. Aquel arcón tenía el misterio de todo lo cerrado. No podía creer en su fortuna cuando descubrió que Victoria había olvidado ponerle candado. A pesar de las prisas, lo abrió con aprensión. Sacó una pila de cartas amarradas con una descolorida cinta de terciopelo. ¡Las cartas! La tinta de la pluma se había borrado en muchas partes con el paso del tiempo, hasta desaparecer casi por completo en algunas palabras. Pudo leer con facilidad que todas estaban dirigidas a su tío Imanol y firmadas por Gabriela Iribarren. No eran las cartas de las que hablaba su abuelo. ¿Por qué Victoria tenía esas cartas en su poder? Databan del 1895 y en varias partes la letra era ilegible. Tomó una y se la escondió en el bolsillo del vestido. Curiosa, se fijó en una bolsa de cuero, escondida en el fondo. Sacó un frasquito cuya etiqueta decía “Arsénico”. ¿Para qué serviría? Lo destapó y el olor a almendras amargas se le hizo familiar. ¿Dónde había sentido antes ese aroma? Lo ignoraba. Aunque tarde o temprano lo descubriría. “Los olores despiertan recuerdos dormidos”, solía decir su abuelo cada vez que ella abría la ventana y penetraba el del mar. Sintió la frente sudorosa, no por el calor, sino por el miedo. El cabello se le había pegado en partes a la nuca. En el baúl también había un retrato de su padre y de su hermano muerto. Estudió con atención esa última fotografía: en los bordes habían aparecido manchas amarillas, como las de una enfermedad que amenazaba con propagarse y devorar la línea del rostro. Era una imagen post mortem, donde Toñito estaba retratado en su cajoncito fúnebre. Le habían pintado dos rosetones en las mejillas y también los labios. Si bien la fotografía mortuoria no era tomada como algo morboso, sino que se realizaba con total naturalidad, no pudo evitar que un estremecimiento la recorriese. Dejó la foto en su lugar, como si le quemase los dedos. Además, también encontró un ejemplar titulado *El libro de los espíritus*, escrito por un tal Allan Kardec. Asustada por el contenido del arcón, lo cerró y se fue corriendo de la habitación con la sombra del miedo persiguiéndola como un espectro.

*

Las luces de las palmatorias iluminaban tenuemente la biblioteca, que había sido oscurecida previamente. A la luz de las velas, las sombras temblaban por todo el lugar y los rostros de los reunidos adquirían formas extrañas. Doña Victoria se había sentado alrededor de la ancha mesa de caoba. Sus invitados habían ocupado sus respectivos lugares. Curiosamente, y obedeciendo a una ley predeterminada, cada uno de ellos se sentaba siempre en el mismo sitio.

Aquella tarde contaban con la presencia de doña Juana Mendizábal, una afamada espiritista

que poseía no solo el don de hablar con los muertos, sino también el de poder escribir lo que ellos le susurrasen.

Unos años atrás, Victoria había asistido a uno de los congresos espiritistas celebrados en Barcelona. El evento se había anunciado con bombos y platillos, y ella había quedado encantada. A partir de aquel momento comenzó a concurrir a esos encuentros hasta que un día se decidió a celebrarlos, con un grupo selecto de invitados, en la mansión de San Sebastián. Siempre se aseguraba la presencia de algún médium afamado y todos se desvivían por recibir la invitación a esas reuniones.

Un aroma picante y exótico llenaba el recinto. Victoria habló casi con murmullos:

—Hoy nos acompaña doña Juana Mendizábal, un espíritu elevado, poseedor de una gran capacidad para comunicarse con nuestros seres queridos. —Hizo una pausa y, con voz temblorosa, prosiguió—: Aquellos a quienes no hemos podido olvidar, a pesar de su partida.

La mujer, con la tez macilenta y avejentada, de ojos grises, marcadas ojeras y el cabello lacio y arratonado, llevaba una chaqueta de punto negra y una falda acampanada del mismo color. Nada en su aspecto indicaba la titánica labor que tenía frente a sí.

—Todos buscamos recuperar a nuestros muertos, o al menos, sentir su presencia. Por eso, cuando los muertos hablan, solo nos queda respetarlos, jamás llevarles la contraria. —La voz aterciopelada de la mujer resonó en el recinto.

Uno de los presentes le alcanzó papel, pluma y un tintero. Victoria le tapó los ojos a doña Juana con un pañuelo negro y, luego de estar todos sentados y sumidos en el más absoluto de los silencios, se tomaron de las manos.

—Permanezcamos callados mientras formamos un círculo de energía. Cierren los ojos e inspiren, llenando sus pulmones. Lentamente… Ahora visualicen en su mente el rostro de aquel ser querido a quien quieren contactar.

El silencio solo era interrumpido por el ritmo de las respiraciones. La médium tomaba y expulsaba el aire cada vez con mayor frecuencia. Unos minutos más tarde comenzó a temblar. Parecía como si se transformase en otra persona. De su boca salían palabras y frases inconexas. La hiperventilación le producía una serie de mareos que desembocaban en una situación en trance. Se soltó de las manos y, con pulso torpe, empezó a garabatear unas palabras en el papel. Después de una frenética escritura, se detuvo abruptamente y se desprendió de la pluma como si le quemase. Fue presa de un vahído.

Cuando recuperó el aliento, ordenó encender las luces. Con voz temblorosa, la médium les indicó:

—Voy a leer el mensaje. Tal vez sea para uno de los presentes. Eso lo ignoro.

Todos estaban expectantes y atemorizados. La mujer leyó:

—“Madre, tengo frío y estoy asustado. ¿Cuándo vendrá a por mí? La extraño.” Firmaba: “Toñito”.

Doña Victoria dio un grito y cayó al suelo.

*

Cerca de la medianoche, Sagrario se reunió con la médium en la habitación del Hotel María Cristina. La médium le entregó una importante suma de dinero a cambio de la información recibida sobre el hijo difunto de doña Victoria. La ávida ama de llaves guardó los billetes en una bolsita dentro del vestido. Los ojos de la médium no podían despegarse de aquel escote. Lentamente se acercó, extendió su mano y acarició uno de los pechos maduros.

Sagrario le dirigió una mirada prolongada mientras la mujer acercaba su cara y se los besaba con fruición. Con una sonrisa de satisfacción, Sagrario comenzó a desvestirse con lentitud, dejando que la mujer apreciase aquel cuerpo.

Cuando la médium se desnudó junto a ella, Sagrario cerró los ojos pensando que era Victoria quien recorría con la lengua su piel ardiente.

*

Aquellos días de verano no podía evitar sentirme emocionada. Finalmente, luego de mi larga y penosa enfermedad, iba a poder participar de las fiestas de San Juan. Era la primera vez que asistía a una de ellas en Donostia.

El día previo, o sea el 23 de junio, con mi madrina, Berenguela y Paquita habíamos asistido al oficio religioso. Luego de este, salimos en una procesión muy concurrida desde la parroquia Santa María. Creí distinguir entre los presentes a Salvador y Paula, acompañados por doña Victoria y, más lejos, me pareció divisar a Julen con una mujer mayor.

Llegamos a la plaza principal de la ciudad, donde el sacerdote bendijo un árbol: un joven fresno como de unas ocho varas, que había sido previamente fijado por algunos taladores en el medio del lugar. También lo habían rodeado de paja y leña seca. Los fresnos eran considerados árboles mágicos pues, de acuerdo con las leyendas de los pueblos vascos, nos protegen de las criaturas de la noche. Muchas personas colocaban una corteza de estos árboles, a modo de sencillas cruces, sobre sus camas.

En la mañana del 24, llevamos a la iglesia hierbas y flores para ser bendecidas. Luego, fuimos caminando en procesión hacia la plaza, mientras cantábamos. El sacerdote, con su vela ardiente, encendió la paja y la leña seca; de ese modo, las llamas fueron quemando el árbol. Con la hoguera se daba inicio al verano.

—¿Qué opina mi bella prima de estos ritos paganos? —me preguntó Salvador, mientras me alcanzaba un pedazo de corteza.

Lo miré sorprendida:

—Me encanta la fiesta de San Juan. Me trae hermosos recuerdos de cuando era una niña y con mis padres y hermanas hacíamos una gran fogata.

—Si le parece bien, podemos hacer una en la playa. —Sonreía, con los ojos brillantes.

Debo reconocer que moría por besarlo. Sonrojada le dije:

—Si mi madrina me da permiso…

—¡Hola, Amaia! —me interrumpió Paula. Ese día su semblante tenía muy buen color. Se había esmerado con su atuendo y llevaba el largo cabello solamente atado con una cinta.

—¡Qué gusto me da verte repuesta! ¿Quieres venir con nosotros? Con el permiso de mi madrina, haremos una fogata en la playa.

Paula batió las palmas, feliz:

—¿Podemos invitar a Julen? Ha acompañado a su abuela a la mansión, pero me dijo que enseguida regresaba.

—Por mí, encantada. Ven, vamos a hablar con mi madrina.

Caminamos rápido, emocionadas, aunque, cuando me di la vuelta para saludar a Salvador, pude comprobar que ya no sonreía. Su rostro estaba serio y en sus ojos había una expresión velada. ¿Acaso se había disgustado porque venía Paula? ¿O era por Julen? Tal vez había otros motivos que yo ignoraba.

Mi madrina accedió a regañadientes. Yo sabía que se había encontrado ante una encrucijada: negarme cualquier contacto con mis primos, lo que implicaría mi aislamiento social, ya que ellos eran muy populares, o aceptar que yo participase de algunos festejos. Luego de unos minutos de debatirlo con su conciencia, aceptó. Claro que ella iba a estar presente. Para mi regocijo, la fogata fue un éxito. Concurrieron Julen, Salvador y Paula, y también participaron Berenguela, Mikei y Agosti, unos amigos de Julen. Por mi lado había invitado a Clarita y a Joaquina, quienes habían aceptado gustosas la invitación. Todavía no habíamos podido organizar el famoso baile de mascaradas.

*

La noche había comenzado a amortajar el paisaje. La luna, presidiendo desde lo alto, se ocultaba tras los zarpazos de las nubes. De vez en cuando, las gaviotas que dormían en los aleros de los edificios que flanqueaban los muelles estallaban en un coro de graznidos.

Primero los muchachos encendieron una hoguera que tuvieron que saltar. De ese modo se aseguraban protección todo el año.

—Vamos, Amaia. Tome mi mano. Mientras saltamos, debe pedir un deseo. —Con sus manos fuertes, Salvador aferró las de su prima. En medio de los silbidos y risas del resto consiguieron saltar la fogata. Mirándola fijamente, le preguntó:— ¿Puedo saber qué es lo que ha deseado?

Amaia, colorada hasta la raíz de su cabellera, le contestó:

—Si lo cuento, seguro que no se cumple.

—Tiene usted toda la razón.

Durante unos minutos Amaia sintió que la invadía un sofocón. Comprobó sorprendida que Salvador aún le retenía la mano. “Si tan solo pudiese adivinar lo que he deseado, moriría de vergüenza”, se dijo, mientras trataba de recomponerse. Con un movimiento leve, se deshizo del apretón.

Cuando le tocó el turno a Julen, saltó con Paula, quien estaba emocionadísima, ajena a los pensamientos sombríos de su compañero. El gesto en el semblante de Julen se había endurecido. No le gustaba ver a Salvador cerca de Amaia.

Mikei saltó con Berenguela, mientras que Agosti, encantado, lo hizo con las hermanas Balmes.

Gabriela disimuló su enfado al ver a Amaia de la mano de Salvador y prefirió llamarse al silencio. Hacía mucho que no la veía tan feliz y no se sintió capaz de amargarle la diversión.

Luego, se descalzaron y se acercaron al mar. Pidieron tres deseos mientras tres olas les golpeaban los pies. Con ese ritual, se aseguraban la salud.

Después de la celebración se dirigieron a la casa de Gabriela, donde les sirvieron vasos con sidra y unos *pintxos* de bacalao, aceitunas y queso.

Julen se acercó a donde se encontraba Amaia, quien hablaba animadamente con Clarita.

—Me doy cuenta de que está disfrutando mucho —le comentó, con el cabello mojado. Había llegado un poco más tarde con Mikei y Agosti, dado que se habían bañado en el mar.

—¡Cómo me hubiese gustado darme un chapuzón! —le dijo, entusiasmada.

—El próximo año viene conmigo y lo hace. Dicen que nuestros antepasados lo festejaban de ese modo. Además, si su madrina nos da el permiso, me gustaría mostrarle algo que le va a encantar.

Los ojos de Amaia brillaron con emoción.

—¿Qué es?

—No sea impaciente. Es una sorpresa. —Julen trataba de absorber todos los detalles de la muchacha, que aquel día en particular estaba preciosa. Había pensado que presenciar la llegada de las ballenas iba a ser una hermosa sorpresa.

Amaia se rio:

—Está bien. Haré un esfuerzo por no ser curiosa.

Clarita no se perdía palabra de la conversación. No sabía qué decir o hacer para llamar la atención de Julen.

—Mis padres han comprado un semental nuevo, Julen. ¿Qué le parece si viene a casa una de estas tardes y se lo enseño? —Clarita adoptó un aire inocente. Había decidido que, si aquel verano iba a perder su virginidad, lo haría con él.

La mirada de Amaia se endureció mientras la interrumpía:

—Venga, Julen, que les alcanzo una toalla a usted y a su amigo, así no se enferman.

La acompañó, indiferente a la mirada de rencor que le dirigía Salvador desde una esquina y la furiosa de Clarita.

—Pues están todos invitados al próximo baile de mascaradas —exclamó la joven, para disfrazar su enojo.

Joaquina le lanzó un gesto de advertencia. A su madre no le iba a agradar que se mezclaran con muchachos de baja esfera social. Clarita, haciendo caso omiso de su hermana, prosiguió:

—Pronto recibirán la invitación.

—Asistiremos encantados, señorita —comentó Julen. Se había dado cuenta del modo en que miraba Agosti a Joaquina. "A buen puerto vas por leña, *lagun*", pensó.

Entonces, Clarita sonrió con satisfacción.

Cuando Paula empezó a toser, Salvador decidió llevarla a la mansión. También dejaría de pasada a las hermanas Balmes.

Se despidieron de Gabriela. Amaia los acompañó hasta la verja del jardín. Mientras Paula y las hermanas caminaban hacia el coche, Salvador se demoró unos instantes:

—Gracias por esta hermosa noche, Amaia. Hacía mucho tiempo que no la pasaba tan bien.

—¡Ay, Salvador! Gracias a ustedes por haberme hecho partícipe de estas celebraciones. Desde niña que no disfrutaba tanto.

Él besó suavemente su mano:

—Me alegro muchísimo. Pronto tendrá noticias mías. —Con un guiño, la dejó mientras se dirigía al automóvil.

Con la partida de Salvador, Paula y las hermanas, el espíritu festivo se fue apagando, por lo que Julen, Mikei y Agosti también se marcharon. Se despidieron de sus anfitrionas y montaron sus caballos.

—¿Por qué será que Julen no conduce, madrina? Algo escuché de que tiene un coche a su disposición.

—Creo que está relacionado con la muerte de su madre. Una de mis tías lo mencionó en una de sus cartas. Si no me equivoco, fue atropellada y la dejaron tirada en el camino.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡Pobre Julen!

—Sí, una infancia muy triste. El padre faenaba todo el día hasta que murió víctima de una neumonía, por eso creo que fue la abuela quien se hizo cargo de los hermanos. —Gabriela la miró fijamente y le llamó la atención—: Lo de esta noche ha sido una excepción, mi querida. Sabes muy bien que no quiero que intimes con tus primos.

—Descuide, madrina, lo tengo muy claro —mintió mientras sentía el dolor de la traición a su madrina quemándole la piel. Le dio el beso de las buenas noches y se fue a su habitación. Allí dejó que el silencio la abrazara lentamente. La culpa le pesaba en el pecho. Jamás se había interesado por la vida de Julen y él le había resultado sumamente amable. El sueño jugó a las

escondidas con ella hasta el amanecer.

*

Esa misma noche, Jaime y Gaizka se encontraban en una de las cuevas de la playa. En los acantilados había un sinfín de estas, y solo los que eran oriundos del lugar podían distinguirlas. Sin embargo, la mayoría de los lugareños las evitaban, ya que se creía que eran habitadas por *lamias*, seres con cuerpo de mujer y pies de pato. Eran hermosas, amables y únicamente se enfurecían cuando les robaban sus peines de oro.

Dentro de las cuevas hacía frío. Gaizka había llegado varias horas antes para esperar el cargamento. Los baúles estaban cerrados con candado. Estaba nervioso. Cada dos por tres miraba a hurtadillas los rincones oscuros.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Jaime impaciente—. Estás con la mente en las antípodas.

—Hoy es noche de San Juan —comentó, casi en un murmullo.

—¿Y? ¿Cuál es la importancia? —Jaime se estaba enfadando.

Así como no le temblaba el pulso a la hora de liquidar a una persona, Gaizka era sumamente supersticioso:

—Esta noche se puede aparecer la Dama Encantada.

La mirada de Jaime estaba vacía de cordialidad. Todavía no podía acostumbrarse a ese aspecto agorero de su esbirro. Por eso le dijo, tajante:

—No hay modo de que se te aparezca. Eres demasiado feo para que una de esas *lamias* te preste atención. Así que basta de cháchara y sigamos con lo nuestro. —Sacó una llave de su chaqueta y procedió a abrir uno de los baúles. La mercadería se encontraba embalada en cajas buriladas de latón. Suspiró aliviado. No había daño alguno.

—La heroína está intacta. Ahora habrá que ofrecérsela a nuestros compradores de siempre —comentó Gaizka. La mayoría de las veces le molestaba la ambición desmedida de su patrón. No podía entender aquella necesidad de engrosar una fortuna que de por sí ya era muy vasta. Además, Jaime se ponía en peligro cada vez que lo hacía. Era evidente que era adicto a esa clase de emociones.

—Así es. Hay que aprovechar que la ciudad se encuentra atiborrada de ricachones. —En San Sebastián había más vida social que en Madrid. Al casino concurrían muchos millonarios y, en las funciones de teatro, había artistas internacionales. Mientras que sus compatriotas se mataban en las trincheras, acaudalados alemanes, ingleses, rusos y franceses apostaban sus fortunas al bacará, a las barajas y la ruleta, separados únicamente por una pared. Jugaban en salas separadas, pero luego tomaban copas en el mismo bar. También había espías de un lado y del otro, y Jaime Aguirre Larreta sabía cómo enriquecerse. Su actitud semejaba la de un lobo hambriento.

Contaron las cajas y Jaime lo anotó en un cuaderno. Aquella noche iría a festejar a lo de Asunta.

*

Julen propinaba golpes a mansalva. Uno de los parroquianos de aquel tugurio de mala muerte lo había provocado y él había reaccionado sin pensar. El hombre le duplicaba la estatura y era corpulento. Con seguridad, algún marinero buscando camorra. Julen obró por instinto. La rabia había conquistado todas las partes de su cuerpo. Rumiaba venganzas justicieras mientras golpeaba a su rival. Los presentes, enardecidos, hacían sus apuestas.

—¡Déjalo ya! ¿No ves que está acabado? —Mikei trataba de detenerlo. El contrincante estaba desmayado en el suelo, hecho que Julen había obviado, ya que seguía golpeándolo sin piedad—. ¿Qué pasa, *lagun*? ¿Qué ocurre? —Mikei había conseguido que se detuviera y lo llevó hacia una de las mesas. El local estaba prácticamente a oscuras, lo que ocultaba la suciedad.

—Pasa que la va a conquistar delante de mis narices, mientras estoy atado de pies y manos. —Julen trataba de recobrar el aliento. También el miedo de perder a su hermana lo tenía a maltraer. Pero eso prefirió ocultarlo.

—¿De qué hablas, por Dios? —Mikei pensó que lo habían golpeado en la cabeza.

—Hablo de Amaia. De la que me enamoré como un estúpido. —Un fino hilo de sangre descendía por las comisuras de sus labios.

—No digas eso. Nunca has sido un estúpido. No veo por qué lo serías ahora —adujo Agosti.

—Salvador tiene todas las de ganar y no he hecho nada. ¿Entienden? ¡Nada! —La amargura traspasaba su voz.

—Entonces, conquístala. Que yo sepa, no es propiedad de nadie.

Julen se encogió de hombros. Frente a Salvador estaba completamente perdido.

—¡Ey! —gritó al que servía—. Trae dos botellas de vodka. Hoy me emborracho.

—Escucha, Julen: cuando los deseos no se cumplen, se transforman en frustración. El deseo se nutre de la esperanza. —Agosti insistía—: ¡Debes aferrarte a ella sin que te importen las consecuencias!

Mikei suspiró. Sabía que no iban a tener más remedio que llevarlo a rastras hasta la cabaña de Imanol y ese era un largo trecho.

Principios de julio de 1915

En la mañana, las nubes bajas y densas comenzaron a inundar el cielo. Las olas se agitaban y se empujaban unas a otras con fuerzas. La tormenta era inminente.

Las mujeres se encontraban en la amplia biblioteca de la familia Iribarren. Contaban con la

ayuda de Edith Cavell, quien las iba asesorando en la disposición de los muebles: la mesa de caoba había sido retirada y, en su lugar, se habían montado varios catres. En el despacho, que se comunicaba con la biblioteca mediante una puerta con vidrios de colores, se encontraban los materiales médicos necesarios. Edith estuvo varias horas hasta que la llamó el doctor Usandisavas del hospital.

—Todo va a salir de perillas, como les gusta decir a ustedes.

Con la simpatía y frescura que la caracterizaba, la enfermera se despidió de cada una de ellas. Berenguela la escoltó hasta la salida.

El clima del recinto era más bien fresco; sin embargo, Gabriela sintió una punzada de desasosiego mientras pequeñas gotas de sudor perlaban su frente. Sabía que estaba involucrando a Amaia en un asunto altamente peligroso.

—Es necesario que sepan que aquí solo atenderemos a los convalecientes.

—¿Qué significa eso, señorita Gabriela? —le preguntó Berenguela. La sola idea de embarcarse en una aventura de semejante magnitud hacía que su corazón latiese con más prisa.

—Que no trataremos a heridos graves. Solo daremos albergue a aquellos cuyas heridas sean menores o a los que necesiten recuperarse después de alguna cirugía. Los que tengan heridas más peligrosas serán tratados en otro lugar.

Amaia miró a Gabriela sorprendida:

—¿Y por qué no se atienden en el hospital? ¿Acaso el doctor Usandisavas no cuenta con un excelente equipo de médicos y enfermeras?

—Así es, ahijada. —Miró fijamente a las mujeres y les dijo—: Los enfermos o lisiados no van a ser españoles, sino soldados que están huyendo de la guerra. Es por eso por lo que no pueden registrarse en un hospital español.

El presidente Dato y el monarca Alfonso XIII estaban a favor de la neutralidad. Por primera vez, la iniciativa del monarca agradaba a los españoles, los cuales estaban muy felices con la paz.

—Pero, señorita Gabriela, es altamente peligroso —opinó Paquita, con el semblante pálido.

—Ya lo creo, Paquita. Si alguna de ustedes tiene temores o desconfianzas, no es necesario que se involucren. Quiero ser muy clara en este aspecto: nadie dejará de gozar de mi respeto o confianza si se niega. —La voz de Gabriela era firme, aunque por dentro era un manojo de nervios. Entendía que la decisión que había tomado significaba un arma de doble filo. Sin embargo, no podía permanecer indiferente. Los periódicos hablaban no solamente de batallas y muertos, sino de pueblos arrasados, de miles de personas escapando con lo poco que habían podido llevarse a cuestas.

—¡Claro que la vamos a ayudar! —exclamó Berenguela—. No tenga la menor duda. —Como reafirmando sus palabras, se escuchó el retumbar de un trueno.

Paquita se persignó, atemorizada. Sabía que el hilo siempre se cortaba por lo más delgado.

—Debemos ser sumamente discretas. De nosotras dependerá la suerte de estos hombres o

mujeres. Nuestras vidas seguirán como siempre, sin alterar nuestras rutinas para no levantar sospechas.

Asintieron en silencio mientras la lluvia arreciaba.

*

Aquella semana se realizaría el primer té danzante organizado por la reina, y todos aquellos que se preciasen de pertenecer a ese círculo sagrado habían sido invitados. No solo la rancia aristocracia española, sino también figuras destacadas del mundo de los negocios y funcionarios de distintos países.

Las familias de Madrid y Barcelona ya se habían establecido en sus casas de verano. Se habían aireado las habitaciones, cambiado la ropa blanca y solucionado cualquier desperfecto que hubiese ocurrido durante los meses de otoño e invierno. Los guardarropas de las damas eran dignos de admiración. Las criadas habían dedicado tardes enteras a planchar y dejar listos cantidades de vestidos, sombreros, guantes y zapatos. Además, también había que preparar los trajes de baño para poder disfrutar de los chapuzones en la playa de La Concha.

La vida oficial continuaba en San Sebastián, convertida en corte de verano. Los ministros ofrecían a diario ruedas de prensa. A veces estas ruedas, celebradas durante la mañana y la tarde, convertían a la ciudad en una fuente bien informada de la actividad mundial. Las noticias sobre la guerra eran las más importantes. Además, San Sebastián albergaba a diplomáticos extranjeros, enemigos en el campo de batalla, pero amigos a la hora de la diversión.

Mientras gran parte de Europa se desangraba en las trincheras, España, por una Real Orden, anunciaba la reducción en el tiempo del servicio militar mediante el pago de ciertas cuotas. Desde luego, las familias pudientes podían acogerse a estos beneficios. En cambio, no ocurría lo mismo con las humildes, cuyos vástagos quedaban involucrados en la aventura colonial africana.

Habían recibido la invitación para asistir al té. Gabriela estaba por declinarla, cuando su ahijada insistió en ir. No pudo evitar mirarla con extrañeza:

—¿Desde cuándo quieres ir a una fiesta a palacio, Amaia? ¿Qué es lo que me perdí?

Poniendo el rostro más angelical que pudo, le contestó:

—Nada, nada en particular, madrina. Solo me entusiasmé con la idea de asistir a un té danzante. Jamás fui a uno y todos comentan que la reina organiza unas veladas inolvidables.

—En efecto, las fiestas y tertulias dadas por nuestra querida majestad son dignas de admiración. Si es tu deseo… no soy nadie para impedirte que vayas. —Gabriela se daba cuenta de la transformación sufrida por Amaia. Ya no era aquella niña frágil y asustadiza que había quedado a su cuidado cuando sus hermanas se habían embarcado rumbo a la Argentina. Se había convertido en una mujer hermosa, segura de sí misma. Tal vez los meses que había pasado recluida, luchando contra su enfermedad, le habían ayudado a forjar un carácter más fuerte, más

decidido—. Entonces, que no se diga más y pediremos a la modista que venga. Gracias a Dios que compramos esas piezas preciosas cuando llegó aquel barco de la China. Al menos nos ahorraremos las idas a las tiendas.

Amaia asintió complacida. Todo estaba saliendo tal y como lo había planeado.

*

La noche del té danzante los hombres vestían de chaqué, y las mujeres, sus elegantes vestidos y carísimas joyas. Amaia estrenaba un vestido de seda color marfil, con la falda y el pecho bordados con perlas y pedrería. El profundo escote estaba diseñado para realzar sus senos pequeños y delicados. Berenguela le había hecho un peinado recogido, que se sostenía con un broche que hacía juego con las perlas del vestido. Llevaba escarpines al tono, un coqueto bolso, guantes y abanico.

Gabriela también estaba deslumbrante enfundada en un vestido de seda color vino, que resaltaba la blancura y suavidad de su piel. Llevaba una pulsera de oro con un hermoso rubí rojo sangre con un ligero tono azulado, que había pertenecido a su difunta abuela. Se decía que los rubíes alteraban su color cuando sus dueños se encontraban en peligro.

Ante el asombro de Gabriela, Amaia había insistido para que se pusiera un poco de perfume y rouge en los labios. Así lo hizo, logrando un aspecto impactante. Se dio la media vuelta y le preguntó:

—¿Estoy presentable, ahijada? ¿Cómo me queda este vestido nuevo? —Los ojos de Gabriela brillaban.

Amaia esbozó una sonrisa satisfecha:

—Le queda pintado, madrina. Va a dejar a todos con la boca abierta.

Con una mueca muy ufana, le contestó:

—Bien sabes que me importa un ardite lo que opine el resto.

Amaia no pudo evitar preguntarle:

—¿Va a asistir el marqués de Ponteverde?

—No, no. Todavía sigue en el sur con su madre. —Frunciendo el ceño agregó—: Basta de tanta preguntadera y vamos, que la reina detesta la impuntualidad.

Llevaron sus chales por si refrescaba y el chofer las alcanzó hasta el Palacio Miramar.

*

El té danzante se celebraba en la hermosa terraza del palacio. Los jardines ornamentados eran la delicia de los invitados, que no dejaban de admirar los exquisitos y originales dibujos que habían conseguido realizar los jardineros del palacio.

Las mesas, con sus manteles de lino bordados, estaban distribuidas por todo el lugar. Se había dejado un espacio despejado para que luego oficiase de pista de baile.

La orquesta se ubicaba en una de las esquinas y un sinfín de camareros vestidos de forma impecable pasaban con bandejas ofreciendo bebidas frescas y canapés.

Una de las habitaciones había sido acondicionada para que las damas descansaran o retocasen sus peinados y maquillajes. Sus doncellas las esperaban allí, intercambiando los chismes del momento.

La aparición de Gabriela y Amaia suscitó comentarios de admiración entre los presentes, intensificándose cuando la reina Victoria Eugenia las fue a recibir. Con ese gesto, la soberana dejaba bien en claro que era imposible enemistarse con ellas si querían conservar el favor real.

Luego de departir un buen rato con la reina y algunas de sus acompañantes, Gabriela y Amaia se dirigieron a la mesa que les habían asignado. Allí se encontraba la duquesa de Miraflores con sus hijas. Una suave música flotaba en el ambiente.

Amaia enseguida entabló conversación con la más recatada. Las otras, para disgusto de la madre, estaban un tanto asilvestradas.

—¡Qué remedio, mi querida Gabriela! Por más institutrices que contrato, nadie puede con estas niñas. Si hasta se encaprichan con querer bañarse en el mar. ¡Imagínese! —La duquesa, algo entrada en carnes, hablaba casi sin respiro, mientras sus ojos no perdían de vista a las muchachas.

—¡No exagere, mujer! Tomar baños es muy bueno para la salud. Justamente la reina me comentó que ella pensaba hacerlo.

—¡No me diga! Entonces deberé hacerles confeccionar los trajes de baño de inmediato. ¡Menos mal que me avisa! —comentó, desorbitada.

Gabriela sonrió disimuladamente mientras bebía un vaso de limonada. No tenía ni la menor idea de si la reina pensaba bañarse en el mar o no, pero la pacatería de la duquesa la enervaba. “¡Pobres niñas, con esa madre!”, pensaba, mientras trataba de seguirle el hilo de la conversación.

Minutos más tarde, la familia Aguirre Larreta se hizo presente: el tío Jaime, emperifollado como un figurín; Victoria, regia, luciendo un recogido donde deslumbraba una tiara con zafiros; más atrás, venía Salvador: elegante, enfundado en un frac y corbata gris perla. Paula no se encontraba entre ellos. En un abrir y cerrar de ojos se habían acercado a la mesa a saludarlas.

Victoria y Gabriela se miraron de hito en hito. Gabriela sentía que la presencia de la cubana no auguraba nada bueno.

Victoria, destilando una falsa simpatía, se las presentó a Jaime, quien conocía a Gabriela desde la infancia, mas no así a Amaia. El hombre se quedó unos momentos sin palabras. El parecido de Amaia con su hermana Edurne era increíble. Además, Gabriela estaba impactante. Recomponiéndose, se dirigió a esta última:

—Realmente es un placer volver a encontrarnos. —Le besó la mano, que la mujer le extendía

con desgano, y agregó—: Me imagino que has hecho un pacto con el diablo, mi querida. Podría decirse que el paso del tiempo no ha hecho mella en ti.

Gabriela le dirigió una mirada entre irónica y amarga. Recordaba perfectamente el papel que había desempeñado Jaime, al haber instigado para que su querida Edurne y familia fuesen desheredados, por no olvidar que él había suministrado los famosos "tónicos" preparados por Enriqueta Martí:

—Gracias —le dijo, cortante. Instintivamente se llevó una mano al pecho. Había sentido como si una sombra negra se hubiese posado sobre su corazón.

El hombre, volviéndose hacia Amaia, que estaba unos pasos más atrás, le dijo:

—Es una alegría enorme conocer a la hija de mi querida hermana. —Sonrió mientras mostraba un impresionante diente de oro. Luego añadió—: Con tu madre son como dos gotas de agua, salvo por el color de los ojos. Los de Edurne eran azules.

Amaia le contestó con orgullo:

—Mi hermana Manuela es la única en la familia que heredó ese color. El resto lo hicimos de padre. —De reojo observaba a Salvador, quien no había pronunciado palabra hasta entonces. ¡Qué elegante que estaba! No pudo evitar sonrojarse, como si él fuese capaz de leer sus pensamientos.

—No hay duda alguna de que eres la hija de Pedro Rojas. Por cierto, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Jaime, sin dejar de observarla.

—Está muy bien, allá en la Argentina, con mis hermanas. Pronto iremos a visitarlo —afirmó, sosteniéndole la mirada. Percibía algo oscuro en aquel hombre que era su tío.

Las palabras de Amaia pusieron en alerta a Salvador, quien intervino prontamente:

—Me imagino que no nos privará de su compañía en breve. —Era impensable que se marchasen antes de poder llevar adelante sus planes.

A lo que Gabriela repuso secamente:

—Si no hemos viajado todavía, ha sido únicamente por los peligros de la guerra. Acá vivimos aislados de lo que sufre el resto del mundo. —No le agradaba en absoluto el interés de Salvador en Amaia.

—No puedo estar más de acuerdo —le contestó—. Viajar en estos momentos sería una locura. —El hundimiento del transatlántico *Lusitania*, de bandera norteamericana, a causa de un submarino alemán que se había cobrado más de mil almas, estaba fresco en la memoria de todos. Buscó con su mirada a Amaia, mas ella la desvió enseguida, para dirigirse a Victoria.

Con desencanto, le comentó:

—¡Qué pena que no haya venido Paula! ¿Acaso está indispuesta? —No olvidaba su color enfermizo ni las oscuras ojeras que le conferían un aspecto de desamparo.

Victoria disimuló una mueca de desagrado y repuso:

—Un simple resfriado. Nada que no se pueda solucionar con una tisana con limón y reposo,

pero a mi hija le gusta hacer aspavientos.

—Es cierto —intervino Jaime—. Paula tiene a mi querida Victoria en un sinvivir.

—No exagere, tío —repuso Salvador, molesto con el comentario.

Gabriela no pudo dejar pasar la ocasión y acotó con sorna:

—Me imagino, mi estimada Victoria, lo agotadora que resulta la niña. Estoy segura de que le debe ofrecer una flor a la Virgen todos los días, para que la ayude a llevar tanta preocupación. —La conocía lo suficiente como para saber que era capaz de mentir sin el menor atisbo de culpa.

Todos se quedaron petrificados con la pulla de Gabriela.

Las mejillas de Victoria irradiaban un fulgor rojo bermellón. A pesar de tener el demonio del rencor metido en su cuerpo, no pudo retrucarle pues la conversación se vio interrumpida por un murmullo que iba in crescendo.

—¿Quién habrá llegado? Seguro que alguien muy importante —dedujo Victoria, alzando la cabeza para poder observar mejor. Su vestido de seda negra con bordados en perlas del mismo tono y canutillos le confería una elegancia que muchos envidiaban. Como era su costumbre, llevaba el parche confeccionado con la misma tela.

Grande fue el asombro de todos los presentes cuando Imanol Aguirre Larreta hizo su aparición acompañado de Julen.

Imanol vestía de rigurosa etiqueta y caminaba derecho, aferrado a su bastón. A pesar de que su paso era lento, su porte impresionaba a quienes no lo conocían. La expresión del rostro era impenetrable. Llevaba los cabellos oscuros atados en una coleta y los ojos parecían más azules que de costumbre. Tal vez brillaban con una luz interior que hacía mucho no se encendía. Le había costado un esfuerzo sobrehumano darle la espalda al miedo. Sus viejos temores amenazaron con paralizarlo e impedirle asistir al té. Sin embargo, la certeza de que solo era posible vencerlos dando un paso al frente lo mantuvo firme en su decisión. Lograría subyugarlos. Paso a paso. Cada batalla a su tiempo.

A su lado, Julen no se deslucía en lo absoluto. El joven también vestía de etiqueta, pero en su caso era imposible no notar su fuerte musculatura. Más de una mujer, casada o soltera, suspiró lánguidamente al verlo pasar. Todos lo conocían. Tal vez no servía para marido, ya que carecía de abolengo o fortuna propia, mas podría llegar a ser el amante perfecto.

La reina y el rey Alfonso XIII se acercaron a saludarlos y estuvieron conversando largo y tendido.

En los rostros de los Aguirre Larreta se observaban distintas emociones: el de Jaime se había tensado como la cuerda de un violín. En el de Victoria amaneció y murió un relámpago de ira que no pasó inadvertido para Amaia y que pronto fue reemplazado por una sonrisa, con un rictus rayano en la demencia.

Impasible, Salvador contemplaba a Imanol. Era la primera vez que tenía frente a sí a ese tío ermitaño. Luego, dejó morir su mirada en el suelo, fiel amparo de todos aquellos pensamientos

que nadie quiere expresar en voz alta. Su mera presencia le había agriado la noche. Si no hubiese sido por las ganas que tenía de bailar con Amaia, ya se habría largado de ese lugar.

No hacía mucho, había escuchado por casualidad una conversación entre su madre y Ramona, y se le había grabado a fuego.

—Jamás he podido borrarlo de mi corazón, Ramona. El amor que siento por Imanol corre por mis venas como una enfermedad. —La voz de Victoria estaba quebrada. Salvador nunca había visto a su madre así, débil, indefensa.

—¡Ay, amita! Pos usté puso sus ojos en quien ya tenía dueña. Y bien caro que le salió… —Ramona le señaló el ojo.

Victoria había descargado toda la frustración contra la criada:

—¡Cállese, deslenguada! Nada de esto hubiese ocurrido de no haber sido por la maldita de Gabriela Iribarren. Sabe muy bien que no me quedó alternativa más que casarme con Felipe. —Los ojos de Victoria relampagueaban—. Por lo único que valió la pena fue por Salvador; en cambio, por la otra...

Salvador había escuchado la confesión de su madre traspuesto. No se había dado cuenta de que tenía los ojos inundados de lágrimas y que estaba temblando. Si su madre no había amado a su padre, ¿por qué querría semejante venganza y, fundamentalmente, por qué razón se había casado con él?

CAPÍTULO 10
LAS GALLINAS DUERMEN CUANDO EL ZORRO SALE A PASEAR

La semana anterior al té danzante estuve hablando con Berenguela, a quien he convertido en mi confidente incondicional.

—Mi madrina sigue enamorada de mi tío Imanol —le comenté, muy angustiada.

Volvíamos de la modista, donde habíamos pasado unas cuantas horas midiéndome y eligiendo accesorios. Como estábamos en plena temporada, Gabriela me había mandado a confeccionar varios vestidos de fiesta, uno más lindo que el otro.

—Es cierto. Pero esta vez ha decidido romper con el pasado. Me parece perfecto que se case con el marqués, un hombre tan amable, tan…

—Pero ¿qué dices? —la interrumpí—. Si te estoy diciendo que ama a Imanol.

—Pues con él ha sufrido hasta lo indecible. Además, él mismo se ha encargado de hacérselo saber en más de una oportunidad, ¿o se olvida de las veces que ella quiso verlo y se negó?

—Es cierto. Creo que es una cuestión de orgullo mal entendido. De todas formas, no me puedo quedar de brazos cruzados.

—¿Y qué piensa hacer, Amaia Rojas? —Berenguela echaba chispas por los ojos y no podía culparla. Ha sido testigo de la desesperación de mi madrina en más de una ocasión.

—Hablaré con Julen. Seguro que alguna idea se le ocurrirá.

Estaba decidida a tomar cartas en el asunto. Berenguela se encogió de hombros. Yo sabía que a ella Imanol le caía bien gordo. Se ha encargado de repetirme una y mil veces que mi madrina no se merecía un hombre como él.

*

La mañana en la que Amaia había decidido poner su plan en marcha, todo rastro de sol había desaparecido tras las nubes preñadas de lluvia. La joven se había encontrado con Julen en el hospital. El encuentro no había sido fortuito. Había visitado el lugar sabiendo que su madrina no se encontraría presente y confiando en poder hablar unos minutos a solas con Julen. Estaba

enterada de que visitaba a su hermana todos los días, bien temprano, antes de ir a trabajar.

Apenas lo vio llegar, lo interceptó con una sonrisa:

—Señor Ugarte, ¿podemos hablar unos minutos en privado, por favor?

A pesar de la sencillez de su vestido mañanero, él la veía cada vez más bella. Se sorprendió y no pudo evitar escrutarla de arriba abajo. Ante su sorpresa, Amaia aprovechó para decirle:

—Si tiene tiempo, podemos ir a la chocolatería del otro día.

—Por supuesto. Me siento honrado con su invitación.

El tono de voz dejaba entrever un poco de ironía. La joven olía suave, a un discreto perfume que él no había podido identificar, pero que le causaba una sensación placentera.

Amaia hizo caso omiso al comentario y aceptó el brazo que le ofrecía. Caminaron hacia el lugar.

—Tengo entendido que su hermana está más repuesta. Mi madrina la visita a diario.

El rostro de Julen se endureció. Todavía no había podido averiguar quién era el padre de la criatura malograda. Sin embargo, su tono de voz se dulcificó al comentarle:

—Así es. Su madrina es un verdadero tesoro.

Amaia esperó a que se sentaran y les sirvieran unos refrescos antes de decirle:

—En realidad es de mi madrina de quien le quiero hablar. De mi madrina y de… mi tío Imanol.

Las facciones de Julen se ensombrecieron mientras la observaba. ¿Qué diablos quería con Imanol?

—Sé que usted lo atiende desde hace muchísimo tiempo… —comenzó a tantear el terreno. Él la seguía mirando impasible:

—Así es.

No la ayudaba en lo absoluto. Amaia juntó coraje para explicarle lo que tenía en mente:

—Mire, le voy a ser completamente sincera. Conozco la historia de amor entre mi madrina y mi tío. Una historia que hasta el momento no ha tenido un final feliz. A mí me gustaría…

Julen la interrumpió molesto:

—Me parece que esa historia no es de su incumbencia y tampoco de la mía, señorita Amaia. —Su rostro se había endurecido.

Amaia enrojeció. Se sintió como una niñita a la que le daban un rapapolvo.

—Señor Ugarte, si usted me conociese tan solo un poco, sabría que jamás se me ocurriría intervenir u opinar en los asuntos amorosos de las personas.

—¿Y cómo le llama a esto que está haciendo?

Se estaba burlando de ella. Amaia se levantó de golpe:

—Me doy cuenta de que no nos entenderemos.

Él la tomó del brazo y la obligó a sentarse nuevamente:

—No haga escándalos, por favor.

Sulfurada, le contestó:

—Pero ¿quién se ha creído que es usted para hablarme de ese modo?

Julen izó bandera blanca y se disculpó:

—Lo siento. No quise ofenderla. Simplemente no estoy acostumbrado a ventilar las intimidades de mis patrones o, mejor dicho, de mis amigos. Le reitero mis disculpas.

"A buenas horas", pensó, mientras le respondía:

—Nada más lejos de mis propósitos, señor Ugarte.

Julen la observó unos momentos.

—Al menos, si me va a contar sus planes, podría llamarme por mi nombre de bautismo. ¿No le parece?

Amaia dudó. Julen parecía el mismo demonio. Y como a su nana Encarna le gustaba mentar, "Al diablo hay que pedirle pocos favores, no fuese a arrastrarte a su caldero en llamas". Dudó antes de proseguir. Sin embargo, al recordar la tristeza de Gabriela, decidió seguir adelante.

—De acuerdo, Julen. Iré directamente al grano: sé a ciencia cierta que mi madrina sigue amando a Imanol. Intuyo que él también la ama. Lo que quiero es que usted me permita reunirme con él.

Una sonrisa lobuna apareció en el rostro de Julen.

—¿Acaso no sabe usted que "quien hace favores, también los recibe"? ¿Qué obtendría yo a cambio? Pues lo que usted me pide no es coser y cantar.

Amaia palideció. ¿Qué querría? De pronto le pareció como un lobo que tiene las garras sobre su presa y no la suelta hasta obtener un bocado.

—Le prometo bailar con usted en el próximo té danzante de la reina.

—¡Ja, ja! De donde yo vengo no se reciben invitaciones para tales eventos.

Amalia le respondió seriamente:

—Da igual de dónde uno venga, la gente juzgará hacia dónde uno va. Al menos, así nos aconsejaba padre. Si me escucha con atención, podremos cambiar eso. —Entonces comenzó a hablarle del plan que se le había ocurrido.

Julen la escuchaba a medias. La candidez de Amaia y su gran corazón lo habían enamorado perdidamente. En una sociedad en la que triunfan el disimulo, la impostura, el aparentar ser decente, la sinceridad de la joven era un soplo de aire fresco. A medida que hablaba, se sentía más atraído hacia ella. Solo pensar que Salvador la pretendía lo llenaba de rabia e impotencia.

—Está bien. Veré qué puedo hacer, aunque no le prometo nada. Imanol es una persona muy especial a quien respeto profundamente.

—No dudo de que así sea. Si mi madrina todavía lo ama a pesar de haber pasado tantos años, debe ser alguien muy particular. —Mirándolo suavemente le preguntó—: ¿Puedo estar tranquila y saber que cuento con su discreción?

—Ni en su sepulcro podrá descansar más en paz —le contestó con mordacidad. Terminaron

los refrescos y se fueron caminando hacia el hospital. En el trayecto Amaia le contó sobre sus hermanas que vivían en la Argentina y se enteró de que él tenía una abuela que trabajaba en la mansión Aguirre Larreta como cocinera.

*

El día se anunciaba caluroso y húmedo. Al cielo grisáceo del amanecer se le habían sumado unas nubes panzudas que amenazaban lluvia. Julen estaba nervioso, pues no sabía bien cómo iba a tratar Imanol a su sobrina. Primero había pensado en ocultárselo y que la visita fuese sorpresa, pero la lealtad y el cariño al hombre habían sido más fuertes. Por eso había decidido hablarle con la verdad.

—Su sobrina Amaia quiere visitarlo. Ayer me lo pidió —le comentó sin preámbulos.

Imanol se tensó:

—¿Para qué querrá verme esa chiquilla? Invéntate alguna excusa. No estoy dispuesto a recibirla.

Estaba por dar la vuelta cuando un presentimiento le obligó a insistirle:

—¿Por qué no permite que lo visite? Al fin y a la postre, es la hija de su hermana. Usted siempre me contó lo mucho que la quería y soy testigo de cuánto ha sentido su muerte.

Imanol permaneció unos minutos en silencio, paralizado por la amargura de los recuerdos que lo aguijoneaban como espinas clavadas en su conciencia. No había nada con que calentar ese frío gélido que se colaba en su interior como una maldición. Sus ojos se nublaron por las lágrimas, que a duras penas podía contener. Pensar en su hermana lo entristecía. Sabía que el consejo de Julen era acertado. Finalmente, dio el brazo a torcer:

—Está bien. Dile que venga el próximo viernes, por la mañana. —De ese modo, se aseguraba de que la visita fuese más corta.

*

Aquel viernes, a los hermosos colores del cielo se sumaban unas gotas salitrosas, que provenían de la costa arrastradas por una ligera brisa. Amaia llegó puntualmente. Había pasado la tarde anterior horneando unos panecillos. Julen ya estaba esperándola. No pudo quitar sus ojos de ella. Llevaba un vestido color caramelo con guipur azul y un coqueto sombrero. Con calidez, lo saludó:

—¡Buenos días, Julen!

A lo que él le respondió con una mueca:

—Ya veremos si son tan buenos. —Resignado pensó: “El que quiere peces ha de mojarse el culo”—. ¡Qué tenga suerte en su empeño! —le deseó, mientras la conducía al interior de la

cabaña.

Amaia no pudo evitar sorprenderse gratamente ante la pulcritud y limpieza. A pesar de que vivían allí dos hombres prácticamente sin personal de servicio, todo brillaba como una patena. Si bien el mobiliario era escaso, lo poco que había era de excelente calidad. Por el rabillo del ojo observó, en una de las paredes de la sala, el cuadro de su madrina. Sin permitirle detenerse a contemplarlo, Julen la condujo directamente hacia el jardín, que recogía todos los aromas florales y vegetales. Las azucenas y los rosales estaban en su apogeo. Amaia aspiró el perfume de las flores para darse ánimos. Caminaron unos metros hasta que finalmente se encontró con Imanol.

Se detuvo frente a un hombre de facciones varoniles; el cabello oscuro, veteado por las canas, estaba atado con un tiento de cuero y los ojos azules eran muy parecidos a los de Manuela. Sin embargo, su mirada acerada y el gesto frío del rostro, en donde las líneas de la afabilidad habían huido hacía mucho tiempo, descartaban cualquier semejanza con ella.

Lo saludó con un beso en cada mejilla. Imanol se sorprendió. ¡Hacía mucho tiempo que rehuía el contacto con otro ser humano!

Julen los dejó solos. Imanol estaba sentado en una de las sillas del jardín. Su bastón lo custodiaba como si fuese un arma. A su lado, sobre una mesa de granito, había una jarra con limonada helada. Amaia colocó la cesta con los panecillos que había preparado. Se sentó en una de las sillas y sirvió los dos vasos. Bebieron lentamente. Por varios minutos se instaló entre ellos un silencio en el que la incomodidad gritaba mudamente.

Imanol se sirvió uno de los panes. Lo comió con agrado.

—Están deliciosos. Me doy cuenta de que usted no solo es parecida a mi querida Edu físicamente, sino que también le agrada cocinar. Recuerdo que ella pasaba muchas horas entre las ollas, para disgusto de nuestra madre. —Estaba profundamente impactado. Parecía como si su hermana estuviese sentada en aquella silla. Entonces una puntada de dolor lo atravesó al recordar todas las veces que se había negado a recibirla o a conocer a sus sobrinas. Suspiró. Si algo había aprendido durante todos sus años de encierro era que el sufrimiento carcomía, resentía y aislaba a las personas.

Luego de aquella confesión, Amaia se dio cuenta de que la mirada de Imanol era más cordial; se había suavizado. Trató de pensar en las palabras adecuadas para tocar su corazón. Finalmente, tras acabar su bebida, juntó fuerzas y comenzó a hablarle de su familia. Le contó anécdotas de Manuela, Sonsoles y Balbina. También le habló mucho de su madre y de Encarna. Finalmente, le comentó el gran apoyo que había significado su madrina para todas ellas.

Imanol la escuchaba con un gesto de gravedad. No obstante, la dulzura y la espontaneidad de su sobrina lograron reblandecerlo. Una vez que el hielo se hubo roto, comenzó a preguntarle de cuando vivían en Barcelona.

La muchacha lo hizo reír con las travesuras de sus hermanas. Aunque, cuando le habló sobre la muerte repentina de la madre, la conversación se tornó seria.

—Me apena profundamente no haber podido despedirme de Edu, no haberla visto por última vez. —Hizo una pausa, tomó aire como si saliera de un pozo, y agregó—: Ahora ya es tarde. —Encarna le había escrito para contarle de su fallecimiento, como así también las circunstancias oscuras que lo habían rodeado.

Al ver la tristeza en sus ojos, el dolor de Imanol entró en el corazón de Amaia como una bala. Entonces repuso:

—La verdadera muerte ocurre cuando el recuerdo se diluye hasta desaparecer. Mi madre siempre vivirá en nuestros corazones.

Él asintió con un gesto y se sirvió más panecillos mientras bebía el resto de la limonada.

La joven no pudo ocultar su asombro:

—Me doy cuenta, tío, de que usted usa bastón y no está en sillas de ruedas.

—Así es. Desde hace unos meses puedo caminar.

—¡Cuánto me alegro! —observó con el rostro impasible. Esa noticia facilitaba sus planes; sin embargo, no podía evitar estar preocupada. En ningún momento le había preguntado por Gabriela. Entonces, decidió tomar el toro por las astas y decirle a bocajarro—: Mire, tío, sé que me estoy entrometiendo donde no me llaman, pero si algo he aprendido en mis cortos años es que la vida es como el agua, nunca sabemos cuándo se nos escapa de las manos. Entonces, no puedo evitar preguntarme: ¿por qué no hacer los sueños realidad? —Vaciló antes de continuar, buscando las palabras adecuadas—. Sé que usted amó mucho a mi madrina y ella a usted. ¿Me equivoco?

Él miró a la distancia unos momentos, mientras permanecía en silencio. Se daba cuenta de que Amaia le hacía revivir sentimientos que creía estaban bien sepultados. Luego, su voz sonó cortante cuando le contestó:

—Un amor muerto.

—Pero no enterrado —se apuró a responderle ella. Armándose de coraje, le soltó—: Mi madrina todavía lo ama e intuyo que usted le corresponde. ¿No es así?

La observaba inmutable, aunque por dentro no podía dejar de estar impactado. Había sido directa, natural, sin melindres como la mayoría de las jovencitas de su edad.

—Me doy cuenta de que es usted muy valiente. No me ha tenido miedo.

Lo miró con aquella mirada despoblada de dobleces o malas intenciones:

—Creo, tío, que ser valiente no es no sentir miedo sino enfrentarnos a nuestros destinos, por terribles que parezcan.

Imanol se quedó impresionado con aquella respuesta. Por eso decidió ser sincero con ella. Se lo merecía. Con la desesperación batallando en su mirada, le confesó:

—Gabriela fue una mujer especial para mí.

—¿Cómo de especial?

—Tan especial como suele ser el primer amor; el primer y único amor. —Ahogó un suspiro y

continuó—: Solo que mi estúpido orgullo se interpuso entre nosotros.

—¿No le parece que ya es hora de remediarlo? Porque sé a ciencia cierta que tiene un pretendiente y en esta oportunidad le va a hacer caso.

Un escalofrío recorrió la espalda de Imanol y se instaló en su pecho.

—¿Un pretendiente? —repitió.

—Sí, un hombre muy respetado que la quiere y le ofreció matrimonio varias veces. Sé que no está enamorada de él, porque así me lo ha confesado, pero la soledad pesa. —Mirándolo a los ojos le aconsejó—: Algo me dice que, si no tomamos cartas en el asunto, esta vez le va a dar el sí.

Imanol se quedó contemplándola. Gotas de sudor frío comenzaron a perlarle la frente y tuvo que apretar los puños para que las manos no le temblasen. Amaia… tan parecida a su querida Edurne. Un brillo singular se asomó en su mirada.

—¿Acaso me equivoqué al advertirle? —le preguntó, temerosa. No sabía cómo reaccionaría él.

—La única persona que no se equivoca es la que no hace nada. Siempre estaré en deuda con usted, sobrina.

La muchacha comprendió que el hombre estaba dispuesto a avanzar. Solo había que empujarlo a que diera el primer paso. Entonces, resuelta, comenzó a explicarle lo que tenía en mente.

Julen los observaba con sorpresa. Al parecer la jovencita había sido capaz de domar a la fiera.

*

El palacio de Miramar resplandecía aquella temporada. En el baile, Amaia no podía dejar de contemplar los rostros de Imanol y de Gabriela. Se daba cuenta de que su madrina hacía un esfuerzo titánico por no salir corriendo. Sin embargo, sus manos estaban aferradas al respaldo de la silla como garras de un animal que no quiere soltar su presa.

Cuando terminaron de departir con los reyes, Imanol y Julen caminaron hacia donde se encontraba la familia Aguirre Larreta. Durante un momento el silencio fue tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Imanol le habló directamente a Gabriela, ignorando al resto:

—Estás hermosa como siempre, Gabita. —Hacía muchísimos años que no la veía, pero la había llamado con el apodo que solo él utilizaba. De pronto sintió el latido de su corazón, tan intenso que ya tenía dificultades para respirar.

Gabriela clavó su mirada en él con una sorpresa tintada de amargura y, con voz entrecortada, lo saludó:

—¡Hola, Imanol! Veo que te encuentras muy repuesto. —Luego, les dijo—: Lamento dejarlos ya, pero los marqueses de Llanzol nos están esperando. —Salió casi corriendo para no desbordar su dolor en lágrimas.

Un sudor frío empapó la cara de Imanol al tiempo que la vista se le nublaba. Y así observó, con el corazón destrozado, cómo se alejaba el amor de su vida.

Victoria, con la mirada arrogante y esa mueca malvada tan suya, comentó ácidamente:

—Me doy cuenta de que sus encantos no son los mismos de siempre, cuñado. Un trago amargo difícil de digerir.

Escoltada por Salvador se fue rumbo a la mesa que les habían asignado. Por dentro estaba hecha una furia. ¿Cómo se había atrevido a presentarse en el baile, desconociendo a todos, menos a la chiruza? ¿Desde cuándo caminaba? ¿Acaso no iba a estar postrado de por vida? Abrió con un gesto brusco su hermoso abanico y comenzó a echarse aire con fuerzas. Necesitaba apagar el fuego de su interior que amenazaba con consumirla.

*

Imanol se hallaba consternado. Después de tanto tiempo, había tenido frente a sí a Gabriela. ¿Qué pensaba que iba a hacer la mujer? ¿Correr a sus brazos? ¿Perdonarlo? ¡Qué iluso! La había despreciado una y mil veces en el transcurso de los años. Todavía recordaba con claridad de meridiano cómo la había echado de la cabaña la última vez que ella había ido. Y, para más inri, lo acontecido en Cuba. ¡Dios mío! Cuba había sido la cuna de todos su males y desgracias. En su mente se entrometió sin permiso la imagen de Victoria cabalgando desnuda sobre su cuerpo. Suspiró. Gabriela había sido valiente. No se había rendido y había luchado por su amor. En cambio, él… A él lo venció el orgullo mal habido. Trató de recomponerse. Ahora debía demostrar que se había equivocado. De los errores también se aprende, se dijo. Confiaba en que no fuese demasiado tarde.

Julen se sentó a su lado. Estaba muy elegante enfundado en un traje de etiqueta que Imanol le había mandado a confeccionar con su sastre de confianza. Uno de los camareros les acercó las copas con ese líquido burbujeante al que llamaban champagne. Era la primera vez que iba a probarlo. Bebieron en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos.

*

Gabriela se había dirigido casi corriendo a la habitación de descanso. Afortunadamente no había nadie a la vista, ya que las criadas se encontraban escondidas detrás de unos arbustos para observar el baile. Amaia había salido detrás de ella.

—¡Madrina! —exclamó cuando la vio derrumbarse frente al espejo del tocador. La envolvió en un abrazo. Dos lágrimas aparecieron en los ojos de Gabriela, y se independizaron de las pupilas, para bajar por las mejillas y morir en su boca.

—¡Puede caminar, Amaia! ¿Te das cuenta de que puede caminar y no fue capaz de buscarme?

—Ahora las lágrimas bañaban todo su rostro.

—¿Y por qué piensa que ha venido al baile? ¿Por placer? No me parece que sea un hombre que frecuente estos lugares. Además, la llamó "Gabita". ¿No es un apodo muy privado? —Trataba de convencerla esgrimiendo cualquier argumento que se le viniera a la cabeza.

Gabriela la escuchaba en silencio. Efectivamente, Imanol siempre la había llamado de ese modo en sus momentos más íntimos. Nada más oírlo le vinieron a la mente todas aquellas escenas en las que se habían jurado amor eterno.

—¿Se habrá enterado de que me pensaba casar con el marqués de Ponteverde?

—Madrina, tal vez lo hizo y reaccionó. No siempre las cosas son lo que parecen, ni nadie quien dice ser. Eso acostumbraba a decir padre. ¿Por qué no le da otra oportunidad? Usted misma me confesó que lo sigue amando.

—Claro que lo amo, mi niña, mas no soportaría que me rompiese el corazón nuevamente. —Respiró hondo. Como un doloroso aldabonazo, el recuerdo del rechazo de Imanol le abofeteó la memoria.

—Entonces no le dé vueltas al asunto y hable con él. Tal vez ahora sea diferente —insistió Amaia.

Gabriela le dirigió una mirada cargada de tristeza. Sabía que tenía que pensar muy bien los pasos que iba a dar, si no quería volver a salir lastimada. El amor por Imanol le había dejado una cicatriz muy profunda.

Como su madrina quería estar sola para recomponerse, Amaia regresó al salón de baile.

—¿Me concede esta pieza, señorita?

Se dio la vuelta, sorprendida al encontrarse con Julen en lugar de Salvador. Con una sonrisa complaciente aceptó:

—Pues será todo un placer.

Mientras caminaban hacia la pista, sus ojos buscaron entre los presentes a Salvador.

Julen, que estaba al pendiente de sus movimientos, no pudo evitar comentar:

—No se preocupe, que pronto su primo también le pedirá una pieza.

Fue imposible no ponerse como la grana.

—Discúlpeme, por favor. —Cambiando de tema, le dijo—: Me parece que el plan fue un fiasco. La verdad es que no pensé que mi madrina iba a huir espantada.

Julen le dirigió una mirada penetrante.

—¿Y usted qué pensaba? Imanol la ha rechazado por años. Es lógico que sea así.

—Es que yo me imaginé un encuentro tan distinto… No sé, tal vez romántico.

Julen no pudo evitar la carcajada:

—Es usted una soñadora empedernida. Deles tiempo. Cuando el amor es verdadero, nadie puede impedirlo. Estoy convencido de que las almas unidas por el destino siempre se encuentran.

—Tiene usted razón. —Una sensación cálida penetró dentro de ella mientras ondas de placer

se agitaban por su cuerpo. Se sentía muy cómoda en los brazos de él, como si ese fuese su lugar de pertenencia.

Julen no habló. La apretó contra su cuerpo a medida que danzaban. Era agradable sentir la curva esbelta de su cintura bajo su mano derecha. No pudo evitar imaginarse acariciando aquel cuerpo, besando cada pliegue de su piel. De pronto sintió miedo. Desde la muerte absurda de su madre no le pasaba. Un miedo atroz, abismal. Sabía muy bien que iba a ser incapaz de competir frente a Salvador. Cada una de sus emociones eran intensas y violentas. Reconoció entonces un sentimiento muy poderoso que le desgarraba el corazón: la deseaba con todas sus fuerzas.

*

Salvador dio una calada al cigarrillo y retuvo el humo con avaricia antes de largarlo. Se encontraba en el jardín, bajo un árbol. Debía cumplir con el plan de su madre al pie de la letra si no quería que lo siguiera hostigando. La paciencia nunca había sido una de las virtudes de doña Victoria. Abstraído en sus pensamientos, mudó el semblante al ver a su amigo Julen bailando con Amaia. La rabia quedó contenida en sus puños cerrados, al darse cuenta de que danzaban en perfecta armonía. La mano morena de Julen sostenía con firmeza la cintura de ella. Sin poder aguantarse a que terminara la pieza, se acercó a los bailarines.

Los celos habían comenzado a expandirse por sus entrañas como un tumor maligno.

—Parece que va a ser cierto eso de que “las gallinas duermen cuando el zorro sale a pasear”.

Julen le dirigió una mirada torva:

—Solo hay una razón para que alguien desconfíe de sus semejantes: cuando ese alguien es el primer traidor.

—No me torees Julen, que no respondo —lo amenazó. Era la primera vez que experimentaba en carne propia el mordisco de los celos.

—¡Salvador! —intervino Amaia—. Le había prometido esta pieza a Julen. Además… —tomó aire y lo miró a los ojos— yo bailo con quien me plazca. —Dicho esto, dio una media vuelta y se fue a la mesa donde estaba Gabriela.

Salvador se quedó inmóvil, como un hombre rendido luego de una batalla. Cuando pudo recomponerse, le espetó a Julen, indignado:

—Esto no va a quedar así.

Julen permaneció en silencio, tragándose la rabia que amenazaba con estallarle las venas. Unos días atrás había mantenido con Salvador una conversación bastante ríspida en el astillero.

—A ver si te enteras de una vez por todas de que estoy interesado en Amaia —le había enrostrado Salvador, rojo de la furia.

—Pues a mí también me gusta. Que seas dueño del astillero no implica que Amaia también sea de tu propiedad. ¿Cuándo la compraste, que no me he enterado?

Salvador hizo un gesto de irse a las manos, pero se contuvo a último momento:

—Salimos en secreto, por su madrina. Cuando ella me dé el sí, será oficialmente mi novia.

—Entonces, hasta que no lo resuelvas, no es tu prometida —afirmó Julen, confiado.

Socarronamente, Salvador lo provocó:

—¡Miren al gallito, qué guasa tiene! ¿Qué puedes ofrecerle a alguien como mi prima? Si no tienes dónde caerte muerto. —Sabía muy bien cómo hacer sangrar una herida.

—No vayas por ahí, Salvador. Mide tus palabras o no respondo. —Tragó saliva y, al hacerlo, empujó hacia su interior toda la rabia y decepción que sentía. Las palabras de Salvador habían caído como un mazado sobre su alma al comprender en qué poca estima lo tenía el que siempre había considerado su amigo.

—El que no va a responder soy yo si te veo cerca de Amaia. ¡Ah! Y te doy un consejo: si empiezas a volar demasiado alto, ten cuidado, no sea que alguien te corte las alas. —En sus ojos azules había una expresión que oscilaba entre la furia y el dolor. Sabía que estaba siendo injusto con Julen. Que había frases que herían de muerte. Ahora la venganza se desplazaba a un segundo plano. Se había dado cuenta de que Amaia le importaba mucho más de lo que quería admitir.

Julen guardó silencio. Si seguían con aquella conversación, terminarían a los golpes. No reconocía en aquel Salvador a su amigo de la infancia, a su compañero. Debía tener paciencia, el tiempo ponía todo en su lugar. “En el amor y en la guerra, todo vale”, se dijo.

Ni bien Gabriela vio el rostro de su ahijada comprendió que algo no marchaba bien. Por eso, cuando la joven le propuso retirarse, no dudó en hacerlo. Aquella noche estaba teñida de emociones fuertes. Mientras se despedía de las simpáticas hijas de la duquesa, pudo observar que Imanol todavía estaba en su mesa y que no le quitaba los ojos de encima. Apurada, le indicó a Amaia que recogiera sus chales y luego se dirigieron en busca del chofer.

Salvador se la quedó mirando desde las sombras. Nada había salido como lo había planeado.

*

El primer rayo cayó sorpresivamente. No fue sino un resplandor sobre la línea del horizonte. Los siguientes fueron acompañados por el retumbar de los truenos, que poco a poco iban ganando en intensidad. Cada vez que un relámpago hendía el cielo, el Cantábrico se iluminaba como si fuese de día. La tormenta arreciaba la ciudad. Zuria sintió que el dolor se iba ahogando en el velo turbio de la duermevela que invadía su cuerpo delgado. Había quedado completamente abatida luego de aquella última batalla, extenuada de aflicción, oyendo en cada trueno el grito del cielo, acusándola de su pecado.

De pronto sintió una mano cálida entre las suyas heladas. Abrió despacio los ojos y se encontró con su hermano.

—¡Zuria! ¡Qué alegría que hayas despertado! —Él le sonreía, pero sus ojos delataban

consternación.

—Hermano… perdóname, por favor. —Su voz quedó suspendida en el aire.

Julen la miró de lleno. La hermosura de su hermana parecía haber desaparecido como por ensalmo. Unos círculos violáceos rodeaban sus ojos y una palidez extrema cubría su cutis otrora lozano. Respiró hondo antes de contestarle:

—Más tarde hablaremos. Ahora lo único que importa es que te sanes.

Zuria apartó los ojos de Julen.

—Yo no…

Él la interrumpió poniéndole un dedo sobre su boca:

—Ahora no. —Observó unos libros sobre la mesita del candil—: ¿Y esos libros? —Extendió la mano para leer uno de los títulos: *Marianela*, de Benito Pérez Galdós.

A Zuria se le iluminó el rostro cuando le contó:

—Me los trajo la señorita Gabriela. Me dijo que cuando cogiera más fuerzas, los iba a poder leer. ¿Sabes? Me visita a diario, y eso que está atareada con otros pacientes.

—Me doy cuenta de que es una muy buena persona. Es enfermera, ¿cierto?

—Así es. Creo que lo lleva en la sangre, pues no tiene ninguna necesidad de ganarse el pan.

Julen asintió con la cabeza. Tanto la madrina como la ahijada estaban cortadas por la misma tijera: eran seres buenos, incapaces de maldad alguna o dobleces.

—Me alegro por ti, hermana.

Zuria vaciló antes de preguntarle:

—¿Le has contado a Salvador de mí?

Julen apretó los puños. Cada día que pasaba estaba más convencido de que Salvador había tenido un amorío con ella. Haciendo un esfuerzo por controlarse, le dijo:

—Sabe que estás enferma. Por cierto, te ha mandado saludos.

Una débil sonrisa se dibujó en el semblante de ella.

Cuando abandonó el hospital, Julen hervía de rabia.

*

Luego de varias horas, todo rastro de la tormenta había desaparecido. El Cantábrico estaba frío aquella noche y había pasado del azul al negro. La luna estaba oculta tras densas nubes.

Julen, Mikei y Salvador se encontraban en la playa. Todos estaban muy nerviosos. Si bien no habían vacilado a la hora de darle el sí al padre Iñaki, ahora las dudas mordían sus conciencias. ¿Y si los atrapaban? ¿Y si alguien salía herido? Permanecieron inmóviles durante un largo rato, sabiendo el peligro que corrían. En el terrible caso de que la Guardia Civil los descubriese, sus huesos se pudrirían en prisión, si antes no los fusilaban. Por ese motivo, todos iban armados. A Salvador le temblaba la mano. Jamás había matado a alguien en su vida y no quería que aquella

fuese la primera vez.

Agosti había encendido las luces del faro de La Plata. Aquel faro, de estructura casi medieval, hacía años que no se usaba y los lugareños trataban de evitarlo, debido a las leyendas que lo rodeaban. No obstante, en tiempos pasados había sido perfecto para el contrabando. Detrás, se encontraba un sendero escondido que deberían tomar para evitar la Guardia Civil. La senda serpenteaba ganando altura entre las ramas enmarañadas de los arbustos. Luego, caminarían en línea recta. Por un momento, daba la impresión de que el camino se precipitaría al mar, mas no era así, doblaba amparado por la vegetación. Toda la costa cantábrica, con sus acantilados, sus cuevas y senderos ocultos, había resultado ser el escondite predilecto para aquellos que actuaban fuera de la ley.

De pronto, tres destellos seguidos y un cuarto, siete segundos después, fueron captados por los ojos de lince de Julen.

—¡Allá viene el barco! ¡Gracias a Dios que el mar está calmo! —La señal había sido realizada con una linterna de escasa potencia, para que apenas pudiera distinguirse desde la distancia.

Siguiendo las instrucciones del padre Iñaki, caminaron hacia la orilla. Luego, se internaron en el mar para ayudar con el bote. El agua estaba helada. Como todos nadaban a la perfección desde pequeños, no les costó llegar a la embarcación. De ese modo, al cabo de una hora, los refugiados habían podido desembarcar en la arena salvos y sanos. Era una pareja con dos niños pequeños.

Los amigos sonrieron satisfechos. Al fin y al cabo, sus temores habían resultado infundados. Todo se había desarrollado sin contratiempos.

Julen y Salvador se miraron. Tácitamente habían establecido una tregua. Las vidas de varias personas dependían de ellos.

Salvador había dejado los caballos en el sendero. El sacerdote no había querido que usasen un automóvil para no despertar sospechas. Montaron los animales y él les fue indicando el camino.

Julen, Mikei y Agosti se encargaron de ocultar el bote en una de las cuevas. En unos días irían por él.

Otra hubiese sido su actitud si hubieran sospechado que habían sido descubiertos: desde unos peñascos, Jaime Aguirre Larreta y Gaizka, su esbirro, observaban con interés lo que estaba ocurriendo.

—¡Me cago en mi estampa, patrón! Si ese que está allí es su sobrino —exclamó Gaizka, azorado.

—¡Vaya, vaya, con Salvador y amigos! ¿Quién lo hubiese imaginado? —comentó, con extrañeza.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada. Cuando lleguen las órdenes, actuaremos caiga quien caiga, le pese a quien le pese —afirmó, mientras acariciaba sus nudillos de bronce. Los usaba únicamente cuando la ansiedad lo consumía por dentro. Sonrió lentamente. Aquella noche algún inocente pagaría por sus pecados.

Al verlos, Gaizka esbozó un gesto de sobre entendimiento:

—Esta noche va a lo de Asunta, ¿cierto, patrón?

—Así es.

Entonces, le alcanzó una cajita que sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta.

Jaime la abrió con sus manos muy cuidadas. Con la uña del dedo meñique, donde llevaba una sortija de plata con sus iniciales, se puso un poco del polvo de cantárida y luego lo aspiró. Era una sustancia extremadamente costosa y rara. Se extraía el polvo del caparazón verde de un escarabajo que vivía en tierras africanas y ya en el medioevo se usaba como un poderoso afrodisíaco. Necesitaba sentirse pleno para poder disfrutar sin restricciones. Sonrió complacido. Gaizka siempre se anticipaba a sus deseos.

*

La casa de Asunta, la meretriz, estaba ubicada en las afueras de la ciudad de Zugarramurdi, en un barrio al que muy pocos frecuentaban. Jaime subió las escaleras decrépitas. En la sala con muebles que en un pasado habían sido ostentosos, pero que ahora estaban avejentados, lo esperaba la mujer.

—Está todo tal y como usted me lo indicó la última vez.

Jaime asintió con un movimiento de cabeza mientras caminaba sobre una alfombra gastada rumbo a la habitación. Antes de cerrar la puerta le indicó a Asunta:

—Me manda a Rebecca en un cuarto de hora.

La mujer asintió silenciosamente.

Entonces Jaime descolgó del biombo un hermoso vestido de seda color rojo sangre. Con cuidado, se desvistió y se cambió la ropa interior: un par de bragas negras de satén con moños y lazos, un par de medias de seda de origen francés. Luego, se aplicó bastante perfume en sus zonas íntimas. Después de observarse en un enorme espejo dorado, se introdujo en el vestido. Sobre el tocador, frente a la amplia cama con dosel, había un sinnúmero de afeites. Oscureció sus pestañas con un poco de kohol y se pintó los labios de un rojo furioso. También se aplicó una leve capa de rubor. Para completar el vestuario, se colocó una larga peluca azabache, realizada con auténtico cabello natural. Complacido con lo que veía, encendió un cigarrillo. Pronto llegaría Rebecca.

*

Paula había decidido esperar el momento adecuado para hablar con Nikola: después del almuerzo, el mayordomo dedicaba un par de horas a trabajar en el jardín de la mansión. Era una tarea que le permitía gozar de cierta paz e intimidad. Con infinita paciencia se encargaba de cada

una de las plantas, de cada flor, y de impedir el crecimiento de las malas hierbas. Conocía al dedillo los nombres de los árboles que poblaban el bosque, como así también la época indicada para podar, para abonar, para fertilizar.

Cuando notó la presencia de Paula a su lado, no se sorprendió. La joven acostumbraba acompañarlo y amaba poder plantar algunos gajos o trasplantar los rosales cuando era la época. Nikola se amargaba profundamente cuando ella no podía participar de dichas actividades por hallarse enferma. Con una sonrisa la saludó:

—Buenas tardes, señorita Paula. ¿Cómo amaneció hoy? —Cierta preocupación comenzó a notarse en su rostro al observar el color enfermizo de la muchacha.

—Me encuentro bien, Nikola. Gracias por preguntar. —Nerviosa, jugaba con la cinta del sombrero. No sabía cómo comenzar la conversación. Después de unos minutos de vacilaciones, le comentó—: Hace unos días estuve hablando con el abuelo. Él me dijo que me habías salvado en el estanque... Estaba muy apenado mientras me lo contaba. ¿Qué quiso decir, Nikola? ¿De qué me salvaste?

El mayordomo parecía haber envejecido de golpe. Le temblaba el labio inferior y daba la impresión de que se echaría a llorar en cualquier momento.

—No me pregunte esas cosas, señorita Paula. A su abuelo le corresponde hablar con usted.

Con los ojos brillantes por el llanto apenas contenido, ella le suplicó:

—Nikola, por favor. Sabes muy bien que mi abuelo tiene sus días. A veces no habla durante semanas, otras dice incoherencias. Sus momentos buenos son cada vez más raros. —Hizo una pausa—. Me habló también de unas cartas. ¿Sabes dónde pueden estar?

—Señorita Paula, usted debe comprender que yo me debo a esta familia. Es impensable que revele secretos que no me pertenecen. Eso sí que no. —El anciano estaba muy acongojado. Mientras hablaba, le temblaba el labio inferior.

Llena de frustración, le gritó:

—Entonces ¿quién me dirá la verdad? ¿Quién? —Con las lágrimas mojándole el rostro, corrió a encerrarse en su habitación.

Nikola se quedó de pie, consternado, junto a uno de los rosales. ¿Cómo explicarle lo sucedido aquella terrible noche de otoño? Él no tenía las agallas suficientes y dudaba mucho de que don Aguirre Larreta lo hiciese.

El hombre recordaba con fatídica nitidez los trágicos acontecimientos. Era ya pasada la medianoche, cuando había guardado la volanta en el galpón. De pronto escuchó gritos en el jardín. Corriendo se dirigió hacia el lugar de donde provenían: el estanque. Entonces se quedó de una pieza: doña Victoria sostenía a la pequeña Paula de los pies y estaba tratando de sumergirle la cabecita en el agua. ¡La estaba ahogando!

Los gritos y amenazas de don Aguirre Larreta no bastaron para detener a la mujer, que parecía poseída por el mismo demonio: “¡Si alguno tiene que morir, morirá esta, no mi Toñito!”, gritaba

desencajada. Llevaba puesto un camisón largo y los cabellos sueltos le cubrían parte de la cara. Sin embargo, Nikola había podido observar su mirada despiadada.

—Deja a esa criatura o no respondo —la amenazaba don Aguirre Larreta.

—Me han negado la medicina para curar a mi hijo. No me permiten que beba el tónico que le devolvía las fuerzas. ¡Desgraciados! ¡Me lo voy a cobrar con creces!

—Deja a esa criatura, mujer. Déjala. —Don Aguirre Larreta trataba de ganar tiempo.

—Amita, por favor, hágale caso al patrón. —suplicaba Ramona, llorando desde un rincón. Victoria le había dado tal patada para sacársela de encima, que la había lanzado al suelo, quebrándole dos o tres costillas.

—¡Jamás! ¿Me escuchan? ¡Jamás dejaré vivir a este engendro! Parí dos criaturas al mismo tiempo —gritaba—. Esta que tengo en mis brazos es la que encarna el mal. Yo misma le daré muerte, así como hicieron con mi hermana. Con su sangre prepararé el tónico para salvar a mi Toñito. —Los gritos se habían convertido en terribles alaridos que brotaban de su garganta.

Entonces, a una señal de don Aguirre Larreta, Nikola se acercó por detrás y la desmayó de un golpe, impidiendo que Paulita se ahogara. Enseguida llevó a la niña a la cocina y Begoña se hizo cargo de ella.

Después de aquel ataque, Victoria había estado internada una larga temporada en una casa de reposo. La diagnosticaron como “víctima de locura transitoria”. Cuando le permitieron regresar, se dedicó por completo a su hijito enfermo. Desde aquella vez, jamás había sostenido en brazos a Paula o dado muestras de cariño hacia ella. La niña creció con el amor del padre, del abuelo, de su mellizo y de los sirvientes. Jamás con el de la madre.

Nunca nadie se refirió a aquel tenebroso episodio. Nikola lo había sepultado en algún recoveco de su mente. Sabía muy bien que los secretos destruían a quienes los guardaban, pero mucho más a quienes los olvidaban. Porque, de ese modo, seguían vivos, devorándolos silenciosamente por dentro. ¿Era posible no recordar aquella funesta noche? Había sido testigo de cómo una hija había sido condenada al olvido, al dolor de ser ignorada por la propia madre, que prefería al hijo enfermo. Muchas veces, Nikola se había preguntado si era posible odiar tanto a un retoño como para acabar con su vida. ¿Necesariamente la madre estaba loca o era simplemente una aberración de la naturaleza? Algunas noches de otoño, soñaba con aquel momento. Estaba cada vez más convencido de que los viejos pecados proyectaban largas sombras.

*

Los primeros heridos habían llegado al hogar de Gabriela. Lo habían hecho luego de la medianoche, en la parte trasera de un camión que transportaba pescado al centro de la ciudad. Mikei lo conducía y, como era su chofer habitual, era casi imposible que levantara sospechas.

Cinco franceses, heridos de bala, se recuperaban en la biblioteca transformada en un hospital. Gabriela se había visto obligada a dejar de lado todos los cuestionamientos con respecto a Imanol para enfrascarse en la tarea que tenía por delante: limpiar heridas, cambiar vendajes, organizar las comidas. La ayuda de Edith Cavell había sido valiosísima. La mujer le había explicado cómo manejarse en las distintas situaciones y le había indicado la mejor manera de aprovechar el lugar. De ese modo instaló biombos para separar los catres improvisados, organizó la ropa blanca y el instrumental de enfermería, y también colaboró para establecer los turnos.

Antes de que Edith se marchase, tomaron una de las tisanas preparadas por Paquita.

Gabriela le contó lo sucedido con Imanol y la encrucijada en la que se encontraba.

—La vida es muy corta, querida amiga —la aconsejó Edith—. No vale la pena malgastarla con enojos.

—Estoy de acuerdo. Pero Imanol me ha hecho mucho daño. —Su angustia era palpable en el tono de su voz.

—No lo dudo, pero creo que él ha llevado la peor parte. No es fácil lidiar cuando uno es su propio enemigo.

Se quedó pensando en las palabras de Edith, tan ciertas.

—¿Cuándo nos volveremos a encontrar, amiga? —No podía ocultar la angustia que le ocasionaba su marcha.

—No lo sé, pero ten en cuenta que amo mi labor, por más peligros que existan. Si tuviera la oportunidad, siempre elegiría lo mismo.

Gabriela la admiraba profundamente.

—Si no hay vuelta atrás, sólo me resta desearte lo mejor.

Se abrazaron con cariño.

—La gente que te rodea te quiere muchísimo, Gabriela. Me alegro mucho por ti.

Gabriela la vio alejarse en dirección al hospital. El doctor Usandisavas se ocuparía de que la trasladasen a su nuevo destino. Luego, volvió a sus quehaceres. Contaba con la ayuda de Amaia y Berenguela, ya que Paquita se iba a ocupar únicamente de preparar los alimentos y hacer las compras en el mercado.

Gabriela había percibido el miedo en la criada, por eso decidió no presionarla y encomendarle solo las tareas a las que estaba acostumbrada. De ese modo, Paquita se olvidaba de los heridos, lo que contribuía a que mantuviese su buen talante.

Para Amaia, la primera experiencia había sido humillante. Cuando su madrina había descubierto uno de los vendajes, el muñón sangrante del soldado había quedado expuesto. Entonces, corrió como alma que lleva el diablo y, avergonzada, vomitó todo el contenido del desayuno en el jardín. En cambio, Berenguela hacía de tripas corazón y curaba cualquier tipo de heridas.

Gabriela supervisaba con el ceño fruncido. El doctor Usandisavas solo le había hablado de

soldados en recuperación, y ese no era el caso.

—Madrina, discúlpeme, por favor. Me apena profundamente no haber podido contenerme —le suplicó Amaia, todavía ruborizada ante su debilidad. Le remordía la conciencia de solo imaginar que el herido se hubiese percatado de su reacción—. Tal vez lastimé los sentimientos del soldado.

—Tú debes disculparme a mí, cariño. Jamás pensé que atenderíamos enfermos en este estado. Y no te preocupes, que nadie reparó en lo sucedido.

—Me dan pena, pobrecitos, cuánto sufren. —Amaia se había fijado en uno que tenía un bulto ominoso en su vientre. La mancha que humedecía los vendajes bajo la herida ya no era roja sino negra, y olía mal. Gabriela le había suministrado una fuerte dosis de láudano para calmarle los dolores.

—¡Julen! —llamó preocupada—. Ve a por el doctor. Dile que esta noche debe venir con urgencia. —Temía el desenlace. Su experiencia le indicaba que nada bueno resultaría de aquella herida.

—Quédese tranquila, doña Gabriela. Así lo haré, de todos modos, regresaré para echarles una mano. —Llevaba las mangas de la camisa arremangadas y el sudor cubría su frente. No había dejado de trabajar ni un instante, acomodando a los heridos.

—Gracias, querido, luego cenaremos todos juntos. —Gabriela se lo quedó mirando mientras marchaba. Ese joven sí que valía su peso en oro. ¡Ojalá Amaia pusiera sus ojos en él!

Julen marchó contento. Si bien estaba extenuado por no haber dormido nada en casi veinticuatro horas, había estado al lado de Amaia todo ese tiempo. Juntos habían limpiado heridas, cambiado sábanas y servido las comidas. Sonrió. Salvo por el vómito, Amaia había pasado cualquier prueba con sobresaliente. Luego de hablar con el doctor Usandisavas, iría a la cabaña de Imanol a darse un baño y cambiarse de ropa. Estaba hecho un asco. Montó su caballo silbando bajito.

Salvador estaba oculto detrás de uno de los almendros del jardín. En aquel momento detestó a Julen con todas sus fuerzas.

Amaia se dirigió a la cocina en busca de una tisana para calmar sus nervios. Asombrada, comprobó que Paquita no estaba.

—¿Y Paquita? —le preguntó a una de las muchachas que ayudaban en la cocina.

—Aprovechó que vino su hermano y fue al mercado a por fruta fresca.

Cuando Gabriela y Berenguela entraron en la cocina, Amaia les explicó la ausencia de la criada.

Preocupada, Gabriela comentó:

—Espero por nuestro bien que no se le ocurra revelar lo que está sucediendo.

Berenguela permaneció en silencio. Aquel tío suyo estaba recién salido de la cárcel. El hombre acostumbraba a liarse con malas juntas y, por unos duros, cometer cualquier fechoría. Era

necesario que advirtiese a su tía para que no se fuese de boca. En su interior rezó una plegaria invocando la protección de la Virgencita.



CAPÍTULO 11
EN ESTE OJO POR OJO NOS VAMOS A QUEDAR CIEGOS

Imanol se debatía entre la culpa y la vergüenza. Había comprendido que quería estar con Gabriela el resto de su vida. No vacilaría en utilizar cualquier recurso para que lo perdonase. "Hay veces que debemos romper un plato y así poder salvar la vajilla", se dijo. Por eso había decidido esa noche presentarse en su casa, sin previo aviso. Se iba a jugar la última baraja del mazo.

Se había rasurado bien temprano en la mañana. Luego, había tomado un baño en la tina hasta que el agua se hubo enfriado por completo. Recordó las palabras de Pol, aquel médico indiano que lo había atendido en Cuba: "El problema está en su cabeza. Va a poder caminar cuando haga las paces con usted mismo". Aquellas palabras, que antes había descartado por inútiles, ahora cobraban veracidad. El haber traicionado a Gabriela acostándose con Victoria le había amargado la sangre. Sin embargo, si no tomaba el toro por las astas, la perdería para siempre.

Almorzó frugalmente y pasó la tarde cuadrando las cuentas del astillero. La construcción de los barcos a vapor marchaba viento en popa, lo que le dejaba importantes ganancias. Tendría una reunión con Jaime. Quería revisar las cuentas de la fábrica en Barcelona, en la cual su hermano hacía y deshacía a su gusto. Ya era hora de ponerle un amén a esa situación. Una sombra cruzó por su semblante. Jamás olvidaría el papel que había jugado la fábrica textil en la época de la guerra con Cuba: los uniformes de los soldados estaban confeccionados con telas de tan mala calidad que se rompían antes del combate. Su familia se había enriquecido a medida que el conflicto bélico se expandía.

Julen le había dejado la ropa colgada: un pantalón de sarga color gris, una camisa blanca, perfectamente planchada, y una chaqueta de lana liviana. Hacía unos días que practicaba caminar con zapatos en vez de las consabidas botas.

*

Amaia estaba un poco molesta. Salvador no había dado señales de vida desde la noche del té

danzante. Habían pasado ya varios días desde la fecha. ¿Acaso ya no estaba interesado en ella? ¿O había otra mujer en sus pensamientos? Mientras bailaban, se había dado cuenta de las miradas asesinas que le había dirigido a Julen. Y luego aquellas palabras. Si su madrina descubría su interés en ella, se iba a armar la de Dios es Cristo. Suspiró mientras se desvestía. La frescura del camisón le brindó una sensación placentera. No había tenido ánimos para darse un baño. Lo haría bien temprano, antes de ir a cabalgar. Estaba extenuada y la experiencia con los heridos había sido devastadora. La pena, junto con la impresión y el asco, se habían amalgamado para causarle un profundo impacto. Trató de cambiar el rumbo de sus pensamientos por otros más agradables. Debía reconocer que su primo le importaba más de lo que quería admitir. Se sentía como aquellas mujeres que le prendían una vela a cada santo, ya que también disfrutaba mucho de la compañía de Julen. Él le había propuesto enseñarle a montar al día siguiente y su madrina había accedido gustosa.

*

El doctor Usandisavas había visitado a los enfermos. La preocupación había horadado su rostro cuando revisó aquel vientre inflamado. Con tono grave se dirigió a Gabriela:

—Sé que no era esto en lo que habíamos quedado, pero la situación nos desbordó.

Gabriela asintió, comprensiva:

—Está grave, doctor. Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos para aliviarlo.

—Así es. Debemos procurar que sufra lo menos posible. —Se dirigió a su maletín y sacó un frasquito—: Le vamos a dar una dosis abundante de morfina. Dejaré a una de mis enfermeras esta noche. Usted y los suyos descansen, que ya han hecho suficiente y mañana hay que seguir.

Gabriela estuvo de acuerdo. Apenas si podían sostenerse en pie.

*

Cuando llegó a su habitación, se encontró con que la esperaba la bañadera con agua tibia. Paquita le había agregado unas gotas de esencia de lavanda para que pudiera relajar su cuerpo dolorido. No dudó en sumergirse en ella mientras ponía en orden sus pensamientos. Ver a Imanol la había afectado en demasía. Había despertado sentimientos que ella creía que estaban bien enterrados dentro de su corazón: rabia, despecho, ternura y muchísimas ganas de besarlo y abandonarse en aquellos brazos. ¿Por qué había ido al baile? ¿Por qué ahora y no antes? Miró hacia arriba, intentando tragarse las lágrimas. Sabía que estaba permitiendo que aquellos pensamientos amargos se colasen por los resquicios de su alma y envenenaran su tranquilidad. Esperaba que pronto se reabsorbiera tanta tristeza. Cansada, se secó despacio y luego se puso su camisón de seda color marfil, que estaba sobre la cama. Estuvo a un tris de quitárselo debido al

intenso calor de aquella noche, pero luego se arrepintió. Paquita le había dejado una de sus infusiones para que recobrara fuerzas. Bebió tres o cuatro sorbos. Estaba extenuada. Dejó la taza en la mesita de noche y se inclinó para abrir las sábanas. Entonces, escuchó un ruido extraño a sus espaldas. Un pensamiento le cruzó la mente como un relámpago: ¡un intruso había entrado en la casa! ¡Si descubrían a los desertores, estaban perdidas! En un instante recorrió los objetos de la habitación en busca del que le sirviera para defenderse. Caminó hacia la mesa de luz para hacerse del pesado velador de bronce, cuando escuchó un: "Gabita…".

Se miraron con la emoción a flor de piel. Después de tantos años recordándose en silencio, retando a la memoria, se sintieron cerca, aun sin tocarse.

Entonces, Imanol se aproximó de una zancada y la atrajo de golpe. Sin mediar explicaciones ni palabras, comenzó a besarla con apremiante pasión.

La exclamación furiosa de Gabriela se perdió en aquel beso sediento de la boca de él, y en aquellas manos que la recorrían.

Le quitó con suavidad el camisón, que se deslizó por sus hombros hasta caer al suelo. Sus dedos trémulos la recorrieron, reconociéndola en cada recoveco de su piel, despacio, como temiendo dañarla.

Gabriela se sintió arrasada por un deseo primitivo, escondido hacía mucho tiempo en lo más profundo de su corazón. Sin dudarlo, se abandonó a la sensación de aquel cuerpo cálido y firme apretado junto al de ella.

Imanol la alzó suavemente y la depositó sobre la cama, mientras contemplaba extasiado su piel.

Por su lado, ella se conmovió al observarlo: los cabellos sueltos, aquellos ojos azules que la escrutaban como antaño, la piel llena de cicatrices.

Él la cubrió con su cuerpo mientras murmuraba:

—Perdóname, Gabita, por favor. Si lo haces, esta pesadilla que estoy viviendo a diario se acabará. No puedo vivir sin ti.

Gabriela sentía que un fuego líquido recorría sus venas. Con ternura, le puso un dedo sobre la boca y le dijo:

—Ahora no… —Entonces, los amantes comenzaron a reconocerse en cada pliegue de piel, en los aromas, en los besos profundos.

Olvidada de todo lo que no fueran sus caricias amorosas, sus brazos se cerraron con fuerza alrededor del cuello de él y se acoplaron lentamente a sus movimientos, hasta que oleadas de placer los fueron envolviendo.

A medida que pasaban los minutos y Gabriela cobraba noción de dónde se encontraba y con quién, hizo un esfuerzo para que su respiración volviese a la normalidad. Sus ojos lo miraban mientras que, con los dedos, exploraba suavemente la línea del mentón de Imanol, la de la mandíbula, para luego acariciar levemente el rostro.

Al sentir su contacto, él ladeó la cabeza y le mordisqueó con suavidad las yemas de sus dedos. Con tono apacible le preguntó:

—¿Te casarías conmigo, Gabita? ¿Serás capaz de perdonarme?

Para su asombro, ella le respondió, rozándole la sien con los labios:

—El agua ya está bajo el puente, mi amor. Sé muy bien que a veces la vida te lleva a un callejón sin salida. —Mirándolo fijamente, agregó—: Hay dos cosas que aprendí durante estos años de soledad: la primera es a olvidar las ofensas, y la segunda, a perdonar. La rabia y la terquedad no nos dan nada, solo nos quitan. —Besándolo nuevamente murmuró—: Claro que te perdono.

Imanol la escuchaba en silencio, bebiendo cada una de sus palabras, conmovido hasta los huesos por aquel inesperado regalo del cielo.

—Y también me casaré contigo. Yo tampoco puedo vivir sin ti.

—¿Sabes, mi vida? Tarde comprendí que abrazar a nuestros miedos era la única manera de vencerlos. —Ella lo miró en silencio, mientras él continuaba—: Temía tu compasión, tu lástima.

—No digas eso. Jamás me hubiese acercado a ti por compasión.

Con un suave gemido de placer, él la abrazó y apretó su boca contra la de ella. Venciendo sus temores, había recuperado el control sobre sí mismo.

Hicieron el amor varias veces, hasta encontrar el alivio que ambos buscaban y añoraban, mientras los reproches y sinsabores quedaban hechos guiñapos, en el suelo, junto a sus ropas.

*

En Gernika, Agosti estaba cansado y malhumorado. Extrañaba ensamblar las armas, tarea que siempre había realizado con una precisión de relojero. En cambio, debido a los disturbios pasados, lo habían cambiado de sección. Faltaba muy poco para que terminase su turno, cuando uno de los patrones lo llamó:

—Necesito que controle las cajas con armas. Tiene que haber cincuenta.

Aquel día no estaba de Dios que terminase pronto. Disgustado, pues se iba a demorar en salir, se dirigió a los galpones. Contó las cajas y, efectivamente, había cincuenta. Curioso, abrió una y fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que había un doble fondo. Asombrado, comprobó que este estaba tapizado por bolsas blancas. Sin poder detenerse, rompió uno de los paquetes y se llevó una pequeña cantidad a la boca. ¡Heroína! Sus peores temores se habían confirmado: alguien contrabandeaba la droga camuflada entre las armas. ¿Quién estaba haciendo negocios sucios? Registró varias cajas y verificó que había heroína en todas ellas.

Alarmado, se dirigió a informarle a su patrón, pero no contó con que lo habían estado observando. Apenas salió del galpón, escuchó que lo llamaban:

—¡Agosti, espérame! —le dijo una voz conocida.

—¿Te has retrasado? —le contestó apurado, mientras seguía caminando—. Parece que esta noche nos perdemos la pelea de Julen.

— ¿Adónde vas con tanta prisa? —insistió la voz conocida.

—A hablar con el jefe. No puedes imaginar lo que descubrí —le dijo, excitado.

—No tengo la menor idea.

—Están contrabandeando heroína en las cajas de las armas. ¡Seguro que alguien se está enriqueciendo! Si no las revisaba con cuidado, dudo que lo hubieran descubierto.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, no. Ya mismo iba a hablar con el patrón. Acompáñame. —El ulular de un cárabo se oía demasiado cerca. Agosti se persignó. No era un buen presagio. Aquellas aves nunca anunciaban algo bueno, lo mismo que los cuervos.

—Ve, que junto mis bártulos y te sigo.

Agosti enfiló para las oficinas cuando sintió un dolor punzante en la nuca. En un abrir y cerrar de ojos, todo se puso negro y cayó al suelo.

—¿Por qué? —alcanzó a balbucear antes de perder el conocimiento.

La figura lo miró con pena:

—Lo siento, Agosti, lo siento en el alma. —Con destreza, lo alzó y lo cargó en uno de los camiones.

*

Antes de que clareara, Amaia se vistió para salir a dar un paseo. Sabía que Imanol había dormido en la casa, por lo que evitó encontrárselo para no incomodarlo. Paquita, quien estaba despierta desde hacía un buen rato, le sirvió una taza de chocolate y un bollo de miel. Bebió todo el chocolate, pero apenas si mordisqueó el bollo antes de salir. A último momento, cambió de opinión y decidió hacerles una visita a los enfermos.

Cuando entró a la biblioteca le impactó el olor a alcanfor, a lejía y también a sudor humano. Visitó cada uno de los camastros. Los soldados descansaban con los ojos cerrados, hundidos en un sopor benéfico. Al menos, de ese modo, no sufrían tanto. Se estaba por retirar cuando el soldado con la herida en el abdomen la llamó:

—Acérquese, por favor.

Lo hizo y el joven le indicó que buscara en su chaqueta. Allí encontró una carta.

—Ábrala, por favor —le suplicó.

Al hacerlo, se encontró con una medallita. Lo miró interrogante.

—Si muero, por favor envíela a la dirección del sobre. Yo no tuve tiempo.

—Se va a recuperar. Confíe. —Guardó la carta en su abrigo.

El soldado le agradeció con un gesto mientras volvía a cerrar los ojos.

*

No quedaban rastros de la tormenta de la noche anterior. El rojo del sol se perfilaba tras las nubes y no soplaba viento alguno. Amaia cruzó la verja y decidió evitar el bosque. Pensaba bajar hasta el mar. Caminó por el estrecho sendero de grava que crujía bajo sus pies. Había relente, pero no lo sentía porque iba deprisa, con el arrebol en las mejillas. Pensar en Salvador le quitaba el sueño. La imagen de su rostro era su primer pensamiento al abrir los ojos y lo último que se le aparecía antes de cerrarlos. Un largo suspiro se le escapó de los labios, un suspiro de desencanto, de desilusión. Todavía no entendía por qué no había dado señales de vida. ¿Acaso ella no valía la pena, o solo la había considerado un affair de verano? Tal vez tenía razón Encarna cuando afirmaba que el hombre era un rumiante que necesitaba pastar en cualquier prado. Desechando sus pensamientos oscuros, contempló el mar. Desde niña la había atraído como un imán: el color de las olas, el olor, la sal que se pegaba en el cuerpo; insondable, misterioso. Suspiró profundamente, para luego inhalar la brisa marina. Afiló la vista, porque le pareció ver una figura entre las rocas. Con cierta aprensión, apretó el paso. ¿Quién sería, tan temprano? Por unos breves instantes tuvo miedo. Recordó las advertencias de su madrina. La mujer estaba cansada de decirle que estaban viviendo momentos peligrosos, que la guerra le hacía hacer cosas a las personas que jamás imaginarían que podrían realizar. Cuando ya estaba llegando, reconoció a la figura que se hallaba envuelta en una manta, con los largos cabellos sueltos y los ojos cerrados.

*

Paula había buscado refugio cerca del mar. Lloraba como si todo el dolor del mundo se concentrase en ella, aunque su llanto era silencioso. Estaba harta de aquella retahíla, de aquella lástima hacia ella, de aquella pena en la que todos la envolvían hasta quitarle el aire y asfixiarla. Se había acostumbrado a convivir con la enfermedad, como una compañera caprichosa y cruel pero que, llegado al límite, siempre la perdonaba. A veces tenía ganas de caminar mar adentro y dejarse llevar por las olas hacia las profundidades.

Nadie en su familia la tenía en cuenta cuando no se hallaba enferma. Ni Salvador, a quien admiraba desde pequeña; mucho menos Victoria, quien la despreciaba y hacía sufrir en cada oportunidad que se le presentaba. A Julen le había entregado su corazón, pero él ni siquiera la miraba del mismo modo en que ella lo hacía. Solo tenía a su abuelo, que la adoraba, a pesar de estar postrado en una cama. Podía percibir el amor del anciano en cada mirada, en cada apretón de manos. Tampoco debía olvidarse de Ramona. El cariño incondicional de la criada había reemplazado al de una madre desamorada.

—¡Paula! —escuchó que la llamaban. Inmediatamente abrió los ojos.

Amaia pudo observar unas ojeras oscuras que le orlaban la mirada y le daban la impresión de un completo desamparo.

—¿Qué haces en la orilla del mar? ¿Acaso no sabes que te puedes enfermar de muerte?

Paula la miró y le contestó:

—Puedo decirte lo mismo. ¿No te has pasado dos años encerrada, recuperándote?

—El muerto se asusta del degollado —acotó Amaia, riendo—. Tienes toda la razón.

—Además, no le temo a la muerte.

—¿Cómo así? —le preguntó con asombro.

—Para temer a la muerte hay que sentir apego por la vida. En mi caso, la vida no ha sido buena conmigo.

Amaia la contempló unos instantes en silencio. Una joven hermosa, cálida y cariñosa. ¿Cuáles eran los motivos para que pensase de ese modo? Tratando de no incomodarla, se sentó en la piedra de al lado y cambió de tema:

—La vista desde aquí es preciosa. Me encanta el mar.

—A mí también. Disculpa mi curiosidad, pero ¿qué haces tan temprano en la playa?

Amaia consideró la posibilidad de preguntarle sobre Salvador, pero desistió. En su lugar le dijo:

—Trato de poner en orden mis pensamientos.

Paula no pudo evitar preguntarle ansiosa:

—¿Están relacionados con Julen?

—¿Con Julen? Para nada. —Amaia la miró sorprendida.

—Me he dado cuenta de cómo te mira.

—Con Julen somos amigos. —Se guardó de confesarle que también se sentía atraída hacia él.

El rostro de Paula se transformó:

—Ah, creía que...

—Hace mucho que no lo veo a Salvador. —Detestaba no ser completamente franca, pero la realidad era que se encontraba muy confundida.

—Ayer llegó de viaje —comentó Paula. Observó cierto brillo de interés en los ojos de Amaia cuando mencionó a su hermano. ¿Acaso…? No, eso sería una locura.

—¿Un viaje? No sabía nada. —Una chispa de esperanza se encendió en su interior mientras una sonrisa se pintaba lentamente en su rostro. De pronto la mañana le pareció preciosa.

—Tuvo que viajar de imprevisto con mi tío Jaime a Barcelona. Asuntos de trabajo.

Amaia se alegró después de tantos días de angustia.

—Ven, te invito a desayunar a la mansión. Begoña hace un *goxua* exquisito.

—¿Y eso qué es? —preguntó con interés.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Paula:

—Es un postre tradicional de la cocina vasca. Se prepara con nata, un bizcocho emborrachado

en almíbar, crema pastelera y azúcar caramelizado. ¿Cómo es posible que nunca lo hayas comido?

Amaia pensó lo mismo, pero decidió callar. Había muchos secretos en su familia que todavía no había develado. La negación de su madre a todo lo relacionado con las costumbres vascas era una de ellas.

—En casa no éramos afectas a los postres. Nuestra nana tiene mano de santa para las comidas, no así para los dulces. —Una mentira piadosa no la iba a mandar al infierno.

—Tengo entendido que antes trabajaba en la mansión, pero se fue cuando lo hizo tu madre —le comentó Paula. Iban caminando despacio, saboreando la hermosa mañana.

Unas lágrimas nublaron los ojos de Amaia. ¡La extrañaba tanto!

—Así es. Lleva con nosotras toda una vida.

Paula se dio cuenta de que su prima tenía morriña, por eso le propuso:

—Antes de desayunar, vayamos a las cuadras, así te muestro los potrillos recién nacidos.

Amaia se guardó de decirle que más tarde cabalgaría con Julen. Sospechaba que no recibiría de buen agrado el comentario. Por eso prefirió callar y, así, marcharon contentas rumbo a la mansión, ajenas a la mirada de Salvador, que las había seguido todo el trayecto desde lejos.

Estuvieron un rato largo con los potrillos. Paula disfrutaba acariciando a la yegua madre. El animal se acercaba cuando le extendía la mano con un terrón de azúcar. Le hizo señas a Amaia para que ella le diese uno, pero ella se negó. Le iba a costar volver a familiarizarse con los animales. Luego de que Paula les llenara los cubos con agua, caminaron hacia la mansión.

*

La cocina era amplia y se encontraba en el último piso. Ese había sido uno de los tantos caprichos de Victoria apenas había llegado a la mansión. La había hecho trasladar, puesto que no toleraba el olor a comida esparcido por la casa. De ese modo, al encontrarse en el piso superior y con una excelente ventilación, se habían suprimido los olores desagradables. La luz del día penetraba por unas amplias ventanas. Una mesa de madera de roble ocupaba casi todo el largo del recinto. En el centro, las cocinas nuevas relucían junto con las ollas de cobre. Todo era moderno. A doña Victoria le encantaba tener invitados y agasajarlos con un menú digno de envidia.

Begoña, la cocinera, preparaba toda clase de comidas. No se amedrentaba por más que la receta fuese difícil. La mujer siempre salía airosa. Sabía preparar un *pru* como a Victoria le gustaba. Todas las noches, luego de las comidas, la cubana bebía una copita. Le traía recuerdos placenteros de cuando era niña y vivía en su plantación en Cuba, con su padre y su madre, cabalgando casi todo el tiempo.

—¡Ay, mis niñas madrugadoras! —exclamó la cocinera al verlas—. Seguro que no han

desayunado. —Mirándolas, las sermoneó—: ¡Madre del Amor Hermoso! Hay que agregar más carne a esos huesos.

—No empieces, Begoña. ¿Conoces a mi prima Amaia? Es la hija de Edurne.

Por unos instantes los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—¡Cómo no hacerlo! Si es la réplica de mi Edurnita —contestó cariñosa, mientras la observaba con atención.

—Begoña es la abuela de Julen y Zuria. Seguro que eso no lo sabías.

Amaia dudó en comentarle que Julen ya se lo había contado, por eso dijo una mentira piadosa:

—No, pero es un gusto, Begoña. —Se acercó y le estampó un beso en cada mejilla.

Begoña se emocionó, aunque, al rato, comenzó a retorcer nerviosa la punta del delantal impoluto. Doña Victoria se lo hacía cambiar cada vez que se lo manchaba.

—Bueno, basta de pegar la hebra y beban la leche. Por esta vez la toman aquí. Sabes muy bien, Paulita, que tu madre se disgustará si te encuentra aquí.

—¿Podemos comer un poco de *goxua*? Hoy es viernes, así que debe haber uno ya preparado.

Efectivamente, Begoña les sirvió unas porciones grandes del postre. A las claras se notaba que las jovencitas debían ganar peso.

Mientras comían, Amaia le preguntó a Paula en voz baja:

—¿Te has enterado de que la hermana de Julen está hospitalizada?

Paula la miró sorprendida.

—No, no. ¿Está enferma? Hace mucho que no la veo. —La preocupación tiñó su semblante.

—No sé qué es lo que tiene. Julen la visita a diario… Pero, si la abuela no lo sabe, mejor nos callamos la boca.

—Iré sin falta a visitarla.

Amaia palideció:

—No, no lo hagas o sabrán que me he ido de boca. Mejor le preguntas a Julen cuando lo veas.

Una voz las sorprendió:

—¡Buenos días a todas! —saludó Julen con una amplia sonrisa. Veo que han madrugado. —Acercándose a Begoña, le dijo cariñosamente, mientras la envolvía en sus brazos musculosos—: ¡*Kaixo, amona*!

—Ven, siéntate a comer *goxua*. Está exquisito —lo invitó Paula—. Por cierto, hace mucho que Zuria no viene de visita…

Una sombra oscureció el rostro de Julen.

—Está sumamente atareada estudiando para las oposiciones de maestra. Con seguridad, apenas termine vendrá a visitar a la abuela.

Amaia y Paula intercambiaron miradas de sorpresa. Era evidente que Julen no quería hablar de la salud de Zuria.

—Veo que hoy la cocina está muy concurrida —comentó Salvador, mientras hacía su

aparición.

—Siéntate, mi niño, que te voy a servir *goxua* —le dijo Begoña. Salvador todos los viernes, sin excepción, subía por su porción.

—Sería un pecado no hacerlo, *amona*—. Miró a Paula y a Amaia y las saludó con un gesto.

Julen aceptó su porción a regañadientes. Amaia se moría por contarle acerca de Imanol, pero comprendió que ese no era el momento propicio.

Se respiraba tensión mientras comían en silencio. Paula no entendía lo que estaba sucediendo, pero Amaia se dio cuenta de que el baile con Julen había sido la manzana de la discordia. Era obvio que los jóvenes no habían vuelto a hablarse desde aquel momento.

Cuando Amaia se levantó para irse, luego de haber agradecido a Begoña y despedirse de Paula, Salvador la detuvo:

—¿Podemos hablar, por favor? Si no tiene inconveniente la acompaño.

Ese día estaba impactante, enfundado en pantalones claros y una chaqueta de ante. La camisa, con dos o tres botones desprendidos, dejaba ver su pecho bronceado.

—Claro que sí, Salvador. —Mientras salía no pudo dejar de observar la mirada de tristeza que le dirigió Julen, quien se despidió de su abuela y se marchó hacia las caballerizas, resoplando ira y resentimiento por la nariz. Conquistar el corazón de Amaia no le iba a resultar nada fácil.

Paula captó todo lo que había sucedido. Era evidente que tanto su hermano como Julen estaban interesados en Amaia. Bajó los párpados para que nadie descubriera las lágrimas que habían comenzado a deslizarse por su rostro.

*

Gabriela había dormido profundamente, como hacía años que no dormía. Cuando despertó y se desperezó, el sol ya estaba en lo alto. Abrió los ojos y se encontró con los de Imanol, que la estaban observando. El recuerdo de la noche pasada le hizo arder las mejillas. ¡Que la Virgen la asistiese! Trató de escabullirse bajo las sábanas, mas Imanol se lo impidió.

—No me prives de contemplar tu cuerpo a la luz del día, ¡por favor! —le rogó, mientras la destapaba con suavidad.

Gabriela guardó silencio. Aunque no era la primera vez que la veía desnuda, se avergonzó. Al cabo de unos minutos, y con un rápido movimiento, la boca de Imanol cubrió la suya en un beso largo y profundo.

Gabriela respondió a cada una de sus caricias, deteniéndose en las cicatrices, heridas antiguas de la guerra, que besó con ternura. Se moría de ganas de preguntarle acerca de ellas; sin embargo, una voz interior le susurró que era mejor callar. Solo las caricias y los besos amorosos iban a poder curarlo.

—Quiero que nos casemos mañana mismo —afirmó él. Se había apartado el cabello de los

ojos para disfrutarla.

—Eso no va a ser posible. Es necesario publicar las amonestaciones con ante…

Él la interrumpió:

—Deja que hable con el padre Iñaki y asunto solucionado.

Con un suave beso en la mejilla, le respondió:

—Me parece perfecto. Ya hemos esperado más que suficiente.

Él la miró emocionado.

—¿Lo dices en serio? —Cuando se decidió a ganarse nuevamente su corazón, jamás imaginó que ella le iba a allanar el camino de esa manera. Sabía que construir la confianza que se ha derribado y perdonar no era una tarea fácil. Cada uno elegía qué perdonar y qué no. Y Gabriela lo había hecho. "¡Tanto tiempo perdido por culpa de mi vanidad mal entendida!", se dijo, mientras devoraba con los ojos aquel cuerpo sensual, más maduro, más pleno.

—Por supuesto. Te amo como el primer día y es un sinsentido seguir aguardando. —Ella había decidido entregarse sin tapujos al amor de su vida. La muerte temprana de Edurne y la enfermedad avasalladora de Amaia habían influido en este nuevo modo de ver la vida. El amor verdadero siempre merecía la pena.

Una ancha sonrisa iluminaba el rostro masculino mientras se ponía de pie para vestirse.

—¡No hagas ruido! Moriría de vergüenza si Amaia te viese. —Corriendo, se dirigió al ropero, de donde sacó su bata y se la puso en un santiamén.

—¡Ja, ja! Para que sepas, Amaia fue la que organizó nuestro encuentro. Si no hubiese sido por ella… —Sus ojos la seguían, hipnotizados.

—¿Qué estás diciendo? Explícate, por favor —le rogó, mientras buscaba un vestido del ropero. Más tarde se daría otro baño.

Imanol comenzó a contarle los planes de Amaia. El asombro se pintó poco a poco en el rostro de Gabriela.

*

El cielo estaba azul como una estampa mientras se dirigían a lo de Gabriela. Durante el trayecto, Salvador había buscado la mano de Amaia y se la había tomado.

Ella caminaba preocupada. Sabía por Berenguela que a los vecinos les gustaba darle a la húmeda en cada oportunidad que se les presentaba. Pero ¡qué remedio! Sentir las manos grandes de Salvador entrelazadas con las suyas le producía cosquillas en el estómago y un agradable pinchazo, no sabría decir bien dónde. "Es necesario que hable con mi madrina", se dijo. "Al fin y al cabo, los hijos no tienen la culpa de los pecados de los padres". Sin embargo, cuando recordó el color ceniciento de su madre, la falta de dinero para comprar las medicinas y las privaciones que habían vivido, se desprendió rápidamente de su mano.

Sorprendido por el gesto, él le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Acaso le incomoda que caminemos tomados de la mano?

Ella bajó la vista mientras le contestaba:

—Prefiero que no hagamos demostraciones públicas. Si mi madrina se entera, me va a prohibir las salidas. —La mentira le salió sin pensar. Gabriela jamás le había impedido moverse a su aire. Sin embargo, los Aguirre Larreta eran un tema vedado.

Salvador entendió que no le convenía apurarla. Se había dado cuenta de que le iba a resultar mucho más difícil ganársela. Para colmo de males, Julen lo había desafiado. Era la primera vez que se enfrentaban por una mujer. Se aclaró la garganta antes de hablar:

—Amaia, le debo no una, sino varias disculpas. Tenía toda la intención de hacerlo con anterioridad, pero me vi obligado a ausentarme por asuntos de negocios. —Prefería mentirle a confesarle que los celos lo habían paralizado y confundido. Había reservado una habitación en una pensión de los pueblos de los alrededores para pensar con claridad. La verdad se le presentaba muy evidente: se había enamorado de la persona a quien le debería causar un daño irreparable, por lo que lo odiaría de por vida. Con la angustia palpitándole en la garganta, se detuvo bajo uno de los árboles florecidos y le confesó—: Me comporté como un perfecto idiota el día del baile. La ignoré a propósito… pero al verla en brazos de Julen, perdí la cabeza. Lo lamento profundamente.

Amaia lo escuchaba atentamente. ¡Entonces estaba celoso!

—La verdad es que tanto Julen como yo quedamos afectados por su salida de tono. —Hizo una pausa para correrse un mechón rebelde del rostro y continuó—: Julen es un amigo, Salvador. He tenido la ocasión de entablar conversación con él en varias oportunidades y me parece una persona respetable.

La mandíbula de Salvador se tensionó y apretó los puños cuando pensó en su venganza. Y él, ¿en qué se había convertido? En un auténtico canalla, en un ser despreciable. Instintivamente se llevó la mano al cuello y buscó la medalla de su hermano para apretarla. Debía ser fuerte, muy fuerte.

—Mi conducta ha sido lamentable. Para mostrarle mi arrepentimiento, la invito mañana al Club Náutico a almorzar. ¿Qué le parece? Nos acompañará Paula, por supuesto.

—Si mi madrina está de acuerdo, acepto encantada. Pero debe ser Paula la que me invite. —Una sonrisa alumbraba el rostro de Amaia.

Salvador también sonrió:

—¿Podemos tutearnos?

—Sí, Salvador. Podemos.

Antes de acercarse a la verja y al amparo de unos arbustos, se detuvo, le alzó con una de sus manos la barbilla y la besó suavemente. Esta vez, la joven disfrutó del beso.

Berenguela estaba observando la escena por uno de los ventanales. Sabía por Mikei que Julen

estaba interesado en Amaia y que sufría por ello. Tal vez sea la hora de ayudarlo, se dijo, confiada.

Luego de dejar a Amaia, Salvador se dirigió al astillero. No pudo evitar que una punzada de remordimiento lo atravesara mientras caminaba hacia el lugar. “En este ojo por ojo, todos vamos a quedar ciegos, madre”, se dijo.

*

Amaia entró a la casa en un estado de embriaguez. Se sentía la protagonista de todas sus novelas. El beso de aquel día todavía le quemaba en los labios. Deseaba con fuerza que el tiempo volase para que Paula la invitara a almorzar.

No se detuvo en el comedor, sino que fue directamente a la habitación de Gabriela. ¿Se habría contentado con Imanol? ¿O habría terminado con él para siempre? Impaciente, golpeó con los nudillos la puerta hasta que escuchó un “Adelante”. Entonces, entró como un torbellino.

—¿Qué ha pasado, madrina? ¿Ha arre…? —No pudo seguir preguntando al verle la cara de felicidad. Jamás la había visto con la expresión que tenía en aquel momento: enamorada, feliz. Gabriela la miró con los ojos llenos de lágrimas y corrió a abrazarla:

—Gracias, Amaia. No me va a alcanzar la vida para compensarte.

Se desprendió del abrazo cuando sintió que su madrina lloraba.

—Pero ¿acaso…?

—Lloro de felicidad, cariño. Me has hecho la mujer más feliz de la tierra.

La joven se rio:

—A mí me parece que fue mi tío el responsable.

—¡Claro que sí! Pero si tú no hubieses intervenido, quién sabe si Imanol se habría atrevido a confesarme sus sentimientos y a pedirme perdón.

—Eso no lo vamos a saber jamás, madrina. ¡No se imagina lo contenta que estoy! —Mientras hablaba, observaba los cambios en ella: radiante, plena. “¿Me pasará a mí lo mismo? ¡Cómo me gustaría experimentar un amor así! Claro que para eso ellos sufrieron en demasía”, se dijo.

—Pues lo estarás más, cariño. Me caso con él muy pronto. —Gabriela hablaba emocionada, como una jovencita en su primer baile—. Y tú, por supuesto, serás mi dama de honor.

Se abrazaron profundamente conmovidas.

—Luego de tu paseo a caballo, hablaremos de los preparativos. —La despidió feliz mientras elegía qué vestido usaría. Aquella mañana el sol brillaba para ella como hacía mucho tiempo no lo sentía. Solo una nube empañaba su cielo: debería escribirle al marqués para cancelar su compromiso. Sabía que él la entendería, porque era un hombre bueno, mas no dudaba que le causaría un profundo dolor.

*

Aquel día, soleado y cálido, Amaia estrenaba traje nuevo: el de amazona. La modista se lo había confeccionado basándose en unas revistas inglesas. El resultado: la joven lucía muy elegante. Llevaba un pequeño sombrero, cuyo lazo hacía juego con los tonos verdes del traje. No quería retrasarse, ya que habían quedado con Julen en ir a las cuadras y, tal vez, dar una vuelta en uno de los caballos mansos. Luego, a la tarde, ayudaría a su madrina con los enfermos.

Julen había resultado ser un compañero de lo más ameno. Cuando estaba con Amaia se relajaba y le mostraba su verdadera naturaleza: afable y cariñosa.

Estuvieron un buen rato con los potrillos hasta que él le indicó que ya era hora de montar.

Amaia se acercó a una de las yeguas sin temor. Era de contextura robusta, con la mirada altiva, el hocico jadeante, mordisqueando el freno. Sentía deseos de tocar esos músculos tensos, hundir la nariz en las crines y olerla.

Julen la ayudó a montar a horcajadas, mientras le explicaba:

—Hay que convencer al caballo, someterlo con elegancia. —No podía quitar sus ojos de aquellos tobillos finos y delicados que se insinuaban sobre los estribos. Tal vez se animase y le confesase sus sentimientos de una vez por todas.

Amaia lo miró sin entender. El cabello suelto le cubría parte del rostro arrebolado mientras sujetaba las riendas con firmeza.

“¡Qué hermosa es!”, se dijo él, mientras le indicaba:

—Muéstrele con las piernas adónde quiere ir y tironee suavemente de las riendas. Es importante que el animal comprenda desde un principio quién manda. —Julen montaba un pura sangre. Aquel día vestía pantalones de color oscuro, que le ceñían la parte superior de los muslos, y calzaba botas de caña alta. Sus ojos zarcos le brillaban con picardía en aquel rostro moreno.

Por unos instantes, Amaia se dio cuenta de que estaba agitada. La cercanía con Julen la había puesto nerviosa. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso no estaba enamorada de Salvador? ¿No se había dejado besar por él? Apartando de su mente esos pensamientos tortuosos, le hizo caso y con gran satisfacción comprendió que el animal la estaba obedeciendo.

Galoparon por la playa, rumbo al faro. Se quedó impresionada cuando lo vio: se erguía majestuoso, con el mar rugiente y las rocas como única compañía.

—¿Cómo se llama este faro, Julen? —Sus ojos destellaban admiración.

—Es el faro de La Plata.

—Cuénteme alguna leyenda sobre él —le rogó—. Estoy segura de que debe existir alguna.

—Pues sí, hay una, aunque es muy triste.

—Cuéntemela, por favor —insistió.

Se ubicaron en una de las rocas más alejadas del mar para evitar mojarse. Entonces, cerró los

ojos mientras escuchaba la voz ronca de Julen:

—El faro se elevaba sobre las piedras filosas contra el mar. Las olas castigaban sin piedad aquellas paredes avejentadas por el paso del tiempo y la erosión del agua. Dicen que Arantxa estaba en el faro encerrada. Un moro había sido el causante de su desgracia. Trabajaba para el padre de ella. Era un criado encargado de las peores labores, las más desagradables, y su amo lo detestaba. En una oportunidad, lo acusaron de haber robado un mendrugo y recibió un castigo ejemplar: setenta latigazos. Arantxa fue testigo de aquella crueldad y sentía que se iba enamorando con cada golpe. Desde aquel momento, sin que nadie la viera, curó sus heridas. Una vez que estuvo repuesto, se entregó a él sin pudores ni prejuicios. Y con el paso del tiempo su vientre fue creciendo, hasta que una noche el llanto de una criatura desgarró el silencio de la casa: un niño con la piel, el cabello y los ojos oscuros como los de aquel moro había nacido. El precio que la joven tuvo que pagar fue terrible. Cuando su padre supo de sus encuentros con el infiel en el faro, la encerró en aquella torre. Mataron a su pequeño de un hachazo limpio. Pero el moro pudo huir y se internó en las aguas profundas, perdiéndose en ese infinito ululante.

Los ojos de Amaia se habían llenado de lágrimas.

—¡Qué horror, pobrecita!

Julen la miró fijo:

—Se lo advertí. Mejor no sigo.

—¡De ninguna manera! Quiero escuchar el resto.

Julen suspiró. No le gustaba verla sufrir. Y así continuó su relato:

—Arantxa, encerrada en su torre, ideó un plan para mantener su lámpara encendida y que iluminase el regreso de su amado. Habían pasado muchos años y Arantxa apenas si lo recordaba. Sus cabellos cobrizos le colgaban por su espalda encorvada, formando una maraña inexpugnable habitada por piojos y liendres. Su cuerpo cadavérico lucía una túnica de satén azul que se arrastraba contra el suelo, desgarrándose a cada paso. Sus manos, otrora blancas y suaves, estaban cubiertas de llagas y quemaduras. A pesar de su estado lamentable, Arantxa estaba llena de un fuego interior que la iba consumiendo con el paso del tiempo. En un rincón había un tejido que retomaba regularmente: una lazada al derecho, otra al revés, al derecho, al revés. La mujer las contaba, mientras sus ojos dementes controlaban que la lámpara del faro tuviese siempre aceite. Era necesario que estuviera encendida para iluminar el regreso de su hombre. Con el tiempo, la mansión familiar empezó a desaparecer. Los miembros de la familia, los criados, los capataces fueron desvaneciéndose como por arte de magia. Comenzaron a tejerse mil historias sobre el lugar y los habitantes empezaron a esquivar el faro. Unos años más tarde, el Faro de La Plata estaba cubierto de moho y la hiedra se había adueñado de las paredes. Cuando las nuevas autoridades llegaron a la cima, tuvieron que cortar un candado grueso y oxidado. La habitación estaba vacía. En un rincón encontraron una túnica de satén azul deshilachada junto a una labor de tejido muy extensa y montoncito de huesos. Inexplicablemente la lámpara de aceite iluminaba el

recinto. Cuando el nuevo alcalde se acercó a esta, grande fue su sorpresa al comprobar que se alimentaba de grasa humana.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó Amaia, aturdida y conmovida con el relato—. ¡Mataba para mantener viva la lámpara!

Julen justificó:

—Como usted se imaginará, es una leyenda. Con seguridad la mujer fue encerrada y le mataron al hijo. Si el moro se lanzó a las aguas es poco probable que sobreviviera.

—¡Virgen santa, cuánta crueldad! —lo interrumpió—. ¡Pobrecita Arantxa! ¿Por qué no podía vivir su amor?

—Lamentablemente esta sociedad condena los amores entre distintas clases sociales —agregó Julen, pensando en lo que sentía por Amaia y su temor a confesárselo.

—Dígamelo a mí, si mis padres fueron víctimas. Sin embargo, lograron ser felices a pesar de la condena social. —Su voz había comenzado a quebrarse—. Le puedo asegurar que el día que me case lo haré por amor, le pese a quien le pese.

Julen se quedó sorprendido y turbado.

—¿Qué le parece si seguimos con nuestro paseo?

Amaia se recompuso lo mejor que pudo.

—Sí, claro. Y disculpe mi exabrupto, por favor. Es que el tema de mis padres es una herida interior que todavía no ha podido cicatrizar.

—Descuide, todos tenemos algún esqueleto en el ropero. —La ayudó a montar y regresaron al galope.

La observó con orgullo. La joven tenía un carácter voluntarioso y sabía sobreponerse a las circunstancias. Cuando regresaron, se demoró en su cintura con la excusa de ayudarla a desmontar.

Amaia se ruborizó al sentir sus manos fuertes. Por algún motivo inexplicable, aquel hombre la turbaba.

—Gracias, Julen. He pasado una mañana maravillosa. —Era sincera. Estar con él le brindaba paz y seguridad.

Clavándole la mirada, le respondió:

—No tenga duda de que la repetiremos, aunque esta vez sin leyendas. —Luego le dio la espalda para tratar de disimular cuánto le afectaba la cercanía de ella en su cuerpo. Desensilló sin prisas a los caballos y los cepilló pacientemente.

—¿Siempre los cepilla después de montar? —le preguntó azorada al ver el cuidado que ponía en ello.

—Siempre. Los animales disfrutan con el cepillado. Es como si los estuviéramos acariciando. Además, es un remedio eficaz contra la tristeza.

Amaia se concentró en los movimientos ascendentes y descendentes, olvidándose de sus dudas

y temores. Se sintió feliz.

Julen la acompañó a su casa. Se despidieron en la verja, aunque, antes de entrar, él la tomó de la cintura y, sin pedirle permiso, la besó. Por alguna razón, Amaia no opuso resistencia cuando la lengua de él se introdujo en su boca para profundizar el beso. Entonces, comprendió que había sido besada dos veces aquel día por distintas personas. Contrariada, lo apartó y salió corriendo. Inexplicablemente aquel beso de Julen la había conmovido en demasía. ¡Se había convertido en una cualquiera en un abrir y cerrar de ojos!

Subió corriendo las escaleras para refugiarse en su habitación. El baño estaba listo. Se desvistió deprisa y se introdujo en la bañera. Puso la mente en blanco y trató de relajar los músculos doloridos de su cuerpo. "¡Ay, Amaia! ¡Qué desfachatada eres!", se repetía. ¿Qué le sucedía? ¿Cómo podía jugar con los sentimientos de dos hombres? Ella jamás había sido frívola o una coqueta. Todo lo contrario, siempre fue seria, tímida e insegura. Y ahora jugaba a dos puntas. Sabía que nada bueno resultaría de ello.

Berenguela llegó con las sales de baño de lavanda y se ofreció a lavarle el cabello. Aceptó encantada. Mientras le enjuagaba la cabeza, Berenguela le dijo:

—Me he dado cuenta de la forma en que la miran Salvador y Julen.

—¿Cómo? —le preguntó extrañada.

—Como unos borregos recién esquilados —sonrió Berenguela—. No albergo duda alguna que, sin ser consciente, despierta grandes pasiones en ellos.

Amaia había comenzado a sonrojarse. Berenguela estaba siendo demasiado directa. Tal vez la había visto o lo sospechaba. "Imposible", se dijo.

—No se avergüence. Es muy bonita, además de cariñosa y buena. Cualquier hombre se enamoraría de usted. —Comenzó a fregarle el cabello con el jabón, mientras seguía con los consejos—: Ahora bien, se dará cuenta de que ejerce un poder muy fuerte sobre esos dos hombres. Sepa que nadie puede obligarla a hacer lo que no quiera. Debe elegir a uno de ellos, sin convertir al otro en su enemigo. Los hombres son frágiles y, si hiere su orgullo, se pueden tornar malignos.

—¿Cómo así? —Estaba sorprendida con los consejos. A las claras se notaba que conocía muy bien al género masculino.

Berenguela sonrió:

—No se escandalice. Tengo cuatro hermanos mayores, todos ellos, por cierto, muy enamoradizos. —Comenzó a enjuagarle el jabón vertiendo agua tibia de una jarra—. Lo que quiero decir es que debe escoger a uno. No es bueno encender una vela a cada santo.

Amaia hizo un gesto de espanto.

—De verdad comprendo su zozobra, aunque debe calmarse. Sé que no lo hace a propósito, ya que no está en su naturaleza el ser coqueta, pero sin querer, va a salir alguien herido. Recuerde que en esta vida recogemos lo que sembramos.

Había entendido muy bien sus palabras.

—Voy a comprometerme con Salvador. Si bien todavía no me lo ha pedido, creo que lo hará. Claro que mi madrina no sabe nada. Con seguridad se llevará tremendo disgusto.

—¿Está segura? ¿Y Julen? Pues a mí me ha parecido que no le era indiferente. —Se abstuvo de comentarle que la había visto besándose con él.

—Julen es mi amigo. Reconozco que con él me puedo sincerar y no estoy en vilo como cuando me encuentro con Salvador. Pero si tengo que escoger a quién amar, escojo a mi primo. —Aunque hablaba con seguridad, muy dentro de sí sabía que no todo era tan rotundo.

Berenguela la miró no muy convencida. Había observado que se entendían naturalmente con Julen, como si estuviesen conectados por un hilo invisible. Incluso, había creído que se decidiría por él.

—Muy bien. Debo confesarle que pensé que el elegido era Julen. —Poniéndose seria, la aconsejó—: Es necesario que se lo haga saber. Creo que se ha ilusionado más de la cuenta.

Amaia la miró apenada:

—No ha sido mi intención que me malinterprete.

—Ya lo sé. Solo que, a veces, el amor es bastante complicado. En fin, terminemos de enjuagar esta cabeza antes de que se pesque un resfrío.

Amaia se vistió en silencio. Las palabras de Berenguela le habían calado hondo. ¿Y si se sentía atraída hacia Salvador porque él significaba lo prohibido? Intuía que su primo albergaba algún secreto tortuoso. A veces, la miraba de una forma extraña. Sabía que estaba jugando con fuego y, el que fuego busca, o se quema o se chamusca. Pero ¡qué remedio! Lo peligroso siempre era más seductor. ¿Qué opinarían sus hermanas y su padre si se ponía de novia con un Aguirre Larreta? Encarna seguro no se lo iba a perdonar. Se mordió el labio con fuerzas. Decidió escribirle a Sonsoles.

*

Querida hermana:

Ni te imaginas la disyuntiva en que me encuentro. Creo que me he enamorado de dos hombres a la vez. Sí, ya lo sé, pensarás que soy una casquivana, pero la verdad, Sonsoles, es que tanto Salvador como Julen despiertan sensaciones dentro de mí. Tal vez sea porque esta es la primera vez que me siento deseada como mujer. Sé que suena pretencioso, hermana, pero así es. Salvador se me declaró. Quiere que formalicemos un compromiso. Le dije que sí, que pronto hablaría con Gabriela. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si mi atracción hacia él es el resultado de cierto misterio que lo rodea. Intuyo que oculta un gran secreto y muero por descubrirlo. En cambio, con Julen me siento como si nos conociésemos de toda la vida, como si nuestras almas fueran afines. Él también me ha

besado y lo disfruté muchísimo. ¡Estoy tan confundida! Confío en que el tiempo me ayude a esclarecer esta maraña de sentimientos. Ahora sí que te voy a dar una noticia que jamás te la hubieses esperado: ¡Imanol y Gabriela se casan! Te voy a contar los detalles del plan que tracé para que se encontraran…

*

—¡Amaia! —la llamó Berenguela—. Su madrina la espera en la enfermería.

Amaia dejó de escribir la carta. Más tarde la terminaría. Inmediatamente se dirigió a la biblioteca-enfermería. Las camas estaban estratégicamente separadas por biombos. De ese modo, cada paciente podía disfrutar de cierta intimidad.

Dos de los soldados conversaban animadamente con Agosti. Por la expresión en los rostros y los ánimos ocurrentes, era obvio que pronto les darían el alta.

Cuando dirigió su mirada al camastro del soldado cuya condición era grave, lo vio tan inmóvil que se asustó. Corriendo se dirigió hacia allí y pudo advertir que el desdichado se pasaba débilmente la lengua por los labios resecos. ¡Tenía sed el pobrecito!

—¡No se esfuerce, por favor! —le dijo cerca de la oreja, temerosa de que se encontrara demasiado débil para escucharla—. Ya mismo le traigo un vaso con agua.

Vertió el líquido en una copa y regresó a su lado. Entonces, deslizó un brazo por debajo de la cabeza del herido y se preparó para darle de beber.

—¡No lo haga! —La voz de Julen resonó detrás de ella.

Se quedó de una pieza. Julen la miraba gravemente:

—Le haría más daño que bien. —Mientras hablaba, le retiró el vaso de la mano—. Nunca debe de darle de beber a un hombre herido en el estómago. —Le explicó con mayor suavidad—. Le voy a enseñar para la próxima vez. —Entonces, mojó un paño limpio en un recipiente con agua y dejó caer unas gotas en los labios del herido.

Amaia asintió gravemente. Sin quererlo podría haber causado una tragedia. Julen la apartó a un costado y se disculpó:

—Lo siento. No fue mi intención ser tan brusco.

—No tiene por qué disculparse, Julen. Estuve a punto de hacerle daño a un herido. —Amaia estaba desencajada. Estaba claro que ser enfermera no era lo suyo.

—No se preocupe, que con el tiempo va a ir aprendiendo. —Esta vez le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Y usted dónde aprendió? —le preguntó curiosa.

Una sombra oscureció su rostro, mientras respondía escuetamente:

—Con mi madre. —Cambiando de tema, se dio la vuelta y le habló al herido—. Lo dejo en excelente compañía hasta que venga el doctor.

El hombre apenas farfulló una que otra palabra hasta sumergirse en un sopor.

Amaia se quedó a su lado, velando aquel sueño intermitente. Había comprendido que a Julen le disgustaba hablar sobre su madre. ¿Quién la habría atropellado y dejado tirada a la vera del camino? ¿Quién podía haber sido tan malvado? Lamentablemente no habían podido dar con el culpable.

*

La joven de cabellos azules largos hasta el suelo permanecía quieta en un rincón de la mansión Aguirre Larreta. Miraba fijamente con aquel único ojo verde el centro de la habitación, mientras esbozaba una sonrisa de complacencia. Allí había un dibujo trazado con carbones y rodeado de velas.

Cuando Ramona abrió la puerta y se acercó a observar el dibujo, el terror la paralizó. Su corazón comenzó a latir desbocado, y la frente y la nuca se cubrieron de sudor: reconoció aquel dibujo que había poblado su infancia en Cuba. Era Oyá, la *orisha* del cementerio, dueña de los vientos y del aire que respiramos. Es una *orisha* guerrera y violenta que combate con dos espadas, ayudada por los muertos. Sin poder evitarlo, un grito desgarrador salió de la garganta de la negra mientras huía despavorida.

CAPÍTULO 12
NO HAY PAN QUE NO CUESTE UNA TORTA

Doña Victoria se había reunido con la espiritista, que en unos días se embarcaría rumbo a Montevideo. La última sesión, donde la mujer le había leído la nota escrita por Toñito, había puesto su mundo del derecho al revés. Ahora caminaba como un ánima, perdida, sin voluntad propia.

—Los muertitos no deben hacer sombra a los vivos, amita —le decía Ramona, consternada al verla en ese continuo sinvivir—. Mejó hable con la señora esa y se saca la espina.

Fue en aquel momento en que Victoria decidió volver a contactarla.

Unos días más tarde, luego de beber el té a solas en la biblioteca y a la luz de las palmatorias, la médium entró en trance:

—Hay espíritus que quieren comunicarse con usted. —Su voz sonaba cavernosa.

Victoria, nerviosa, le preguntó:

—¿Es mi hijo? ¿Es Toñito?

La mujer puso los ojos en blanco:

—No, no. No es su hijo. Hay dos espíritus, el de un hombre y el de una mujer. Están enojados.

Victoria palideció:

—¿Quié… quiénes son? —tartamudeó, presa del espanto.

—Su esposo y su cuñada.

Victoria la miró azorada.

—Sé muy bien que los ha matado —repuso la médium pausadamente.

—¿Quién se lo ha dicho? —El horror estaba pintado en su rostro.

—Ellos… sus muertos. Jamás olvide que me cuentan todo.

Victoria había comenzado a temblar. Se había dado cuenta de que no tenía sentido negarlo:

—Es cierto. Yo los maté.

—Nunca me he encontrado con un alma tan lóbrega como la suya, ni siquiera en el más allá. Debe tener cuidado, Victoria. Estos espíritus están furiosos. Con seguridad quieran vengarse.

No sabía cómo hacer para disimular el terror que sentía. Desesperada, cambió bruscamente de tema:

—¿Puede comunicarse con mi hijo? Necesito hablar con Toñito.

—No le prometo nada. Hay demasiadas almas enemistadas con usted.

A pesar de haberlo intentado varias veces, la mujer no se pudo poner en contacto con Toñito.

*

La noche anterior se habían reunido Sagrario y la médium. Luego de haber compartido unas horas de intimidad donde se amaron sin tapujos, Sagrario le explicó lo que debería decirle a Victoria. La había escuchado hablar en sueños, seguramente víctima de alguna pesadilla recurrente. Siempre se jactaba de haber acabado con la vida de su cuñada Edurne y con la de Felipe, su marido. Sabía que aquel secreto era oro en polvo. Estaba visto que no se había equivocado.

La médium no pudo evitar preguntarle:

—¿Por qué la traicionas?

Sagrario se tomó su tiempo antes de contestar, mientras se levantaba de la cama y encendía un cigarrillo. Mirando las volutas esfumarse por su cuerpo desnudo, le respondió:

—Quiero que esté lo suficientemente desequilibrada como para buscar mi consuelo.

La mujer esbozó una sonrisa de gata mientras se acariciaba unos de sus pezones:

—¿Y qué te hace pensar que correrá a tus brazos y no a los de algún amante?

Sagrario la miró fijamente y por unos instantes su rostro se transformó:

—El hombre que ama no la quiere. La desprecia. Y una mujer despechada…

—Corre a los brazos dd quien le dé amor —completó la médium—. Bien pensado. Te ayudaré a que cumplas tus sueños. —Se estiró voluptuosamente sobre las sábanas oscuras—. Eso, siempre y cuando tú cumplas los míos. —Sus manos le indicaron lo que quería. Con una media sonrisa, Sagrario se le acercó. Los ojos de la médium bebían cada centímetro de su cuerpo, impacientes por disfrutarla. Cuando sintió la lengua caliente del ama de llaves sobre su pubis, convulsionó de placer.

*

La noche cerrada ocultaba los rayos de la luna, mientras una fina llovizna caía lentamente. Salvador y varios hombres esperaban escondidos en las rocas de la playa. Permanecían en silencio, sin encender sus pipas o cigarros. Una ola rompió de pronto y levantó una nube de espuma que los mojó por completo. Las accidentadas costas vascas eran ideales para el contrabando, ya que dificultaban sobremanera el establecimiento de las poblaciones. La mayoría de aquellas costas eran indómitas y vírgenes.

Al ver que estaba todo tranquilo, la tensión acumulada en el interior de Salvador había

comenzado a mermar. Por momentos fantaseaba con que la Guardia Civil apareciera y se los llevara para luego fusilarlos. Ahogó un suspiro mientras trataba de cambiar el hilo de sus pensamientos. Era la primera vez en su vida que se sentía confundido. Los celos se habían apoderado de él con tanta intensidad, que había hecho su mejor esfuerzo para no golpear a Julen en la fiesta. Jamás había sido celoso de persona alguna. Se suponía que su prima no debía importarle. Dejó los cuestionamientos de lado cuando, a lo lejos, observó el destello de una luz.

—Es la señal —exclamó, eufórico—. La barca se está aproximando. —Nervioso, comenzó a correr por la arena hacia la orilla. El cabello se le había alborotado con la brisa marina. Ahora ya no llovía. Se detuvo bruscamente. Debía ser más cuidadoso. Un solo movimiento en falso y arriesgaría toda la operación.

Entonces la luz del faro se encendió, iluminando el camino de la barca.

Agosto de 1915

Aquel mediodía almorzaron en el faro del monte Igueldo. Hacía un par de años habían inaugurado el funicular que llevaba a los veraneantes a la cima donde habían inaugurado un casino-restaurante. Paula había pasado a buscar a Amaia con el chofer, mientras Salvador las esperaba en la entrada del teleférico. Había que cuidar las formas. Su madre siempre repetía hasta el cansancio que en esta vida no importaba tanto lo que fueras sino lo que parecieras.

Paula había llegado bien temprano a la casa de Gabriela para pedirle permiso y esta no se había podido negar. La jovencita la había desarmado por completo. Su aspecto desvalido y frágil le despertó sentimientos de empatía. ¿Qué culpa podía tener Paula de los tejes y manejes de su madre? No parecía estar contaminada por el espíritu mezquino de Victoria. Por el contrario, le recordaba mucho a Felipe, el padre muerto. De todas maneras, estaba segura de que el haber crecido bajo el espíritu sombrío de Victoria había deteriorado su carácter. Sin embargo, la muchacha era encantadora.

—Muchas gracias, señorita Gabriela. Quédese tranquila, que después de almorzar vendremos directamente para acá. —Hablaba rápido por miedo a que Gabriela se arrepintiera. Por otro lado, la conciencia le carcomía. La estaban engañando, ya que Salvador les haría compañía.

Amaia lucía un vestido muy sentador y llevaba sombrero y guantes haciendo juego.

—Gracias, madrina —se despidió feliz. Sabía que Gabriela tenía la cabeza ocupada con los preparativos de la boda. Era improbable que sospechase algo. De todas maneras, se sentía un poco aturdida. Las mentiras acudían a su boca con una facilidad alarmante.

*

El casino-restaurante estaba atestado de gente. Se sentaron en una de las mesas de la terraza

que daba al mar. Salvador había tenido que mover varios hilos para conseguir un lugar sin tener la reserva hecha con varios días de anticipación.

Cuando Paula los dejó para ir a saludar a unos conocidos, Salvador aprovechó para sincerarse con Amaia:

—¿Sabes? Es la primera vez que me enamoro. ¿Y tú?

Amaia se sonrojó:

—Yo también. Aunque me resulta extraño que no lo hayas hecho antes.

Salvador sonrió con un rictus amargo.

—No. La verdad es que nunca pensé que me iba a enamorar hasta que te conocí. —Hablaba sinceramente. Le dolía reconocer que ya la amaba. Tal vez, podría liberarse de los planes de su madre.

—Entonces, ¿por qué estás contrariado?

Permaneció unos momentos en silencio antes de confesarle:

—A lo mejor no estoy a tu altura, tal vez te cause sufrimiento… no sé. Pienso en tu madrina y en las mentiras que le decimos.

Amaia sabía que Salvador estaba en lo cierto. Pero había decidido correr el riesgo. Creía estar enamorada de su primo y pensaba defender ese amor. Si bien no podía dejar de lado el pasado, Salvador y Paula eran inocentes, como lo eran sus hermanas o ella misma. Entonces, ¿por qué privarse de amarlo? ¿Acaso su amor estaba condenado como el de Arantxa, la mujer del faro? Lo miró y se rio con esa risa cristalina al responderle:

—¡Claro que no me harás sufrir! ¿No recuerdas que prometiste protegerme? Pues va siendo hora de que sepas que no me olvido de tus promesas.

—Entonces, ¿aceptarías ser mi novia? —le preguntó mientras acudían a su mente las palabras de su madre.

—Sí, Salvador, pero… —lo miró a los ojos y continuó—: en secreto. Todavía no ha llegado el momento de sincerarme con mi madrina.

—Como tú digas, cariño. —Ocultó su amargura en una mueca que pretendía semejarse a una sonrisa. Sabía muy bien que el precio por mantener la serenidad y el aplomo era muy alto: a veces uno se ahogaba en sus propias represiones. En aquel momento, odió a su madre con toda el alma.

*

Clarita y Joaquina se sentían exultantes. Habían llegado de visita a lo de Amaia después del almuerzo y traían consigo las invitaciones para el baile de disfraces que darían en su casa de verano. Las jóvenes madrileñas vestían colores pastel, lo que resaltaba sus cabelleras oscuras.

—Finalmente madre nos dio permiso para hacer la mascarada. ¿Qué te parece, Amaia? —le

comentó Clarita mientras bebían una limonada helada con unas hojitas de menta y un toque de jengibre.

Los ojos de Amaia brillaban:

—Nunca asistí a un baile de disfraces. Me parece un magnífico plan. Aunque… —titubeó— no tengo qué ponerme.

Clarita se rio:

—Nosotras tenemos muchísimos disfraces. Si no te quedan bien, la modista te puede confeccionar el que te plazca. —Se sirvió una de las galletitas de coco con nueces—. ¡Qué ricas! Me tienes que dar la receta, así nuestra cocinera las prepara. Por supuesto, a escondidas de madre, que no quiere que arruinemos nuestras dentaduras con dulces.

—Las hice yo misma —les comentó con modestia. La verdad era que disfrutaba profundamente las horas pasadas en la cocina.

—¡Eres increíble! —Joaquina también se había servido unas cuantas.

—Antes de que se marchen, les envuelvo las que quedan para que se las lleven.

—Lástima que madre no nos dejó invitar a Julen —comentó Clarita, molesta.

—Tampoco a Agosti, que me caía la mar de simpático —les confesó Joaquina.

Amaia suspiró:

—Es una pena que tantos prejuicios envenenen algunas mentes. Luego, las consecuencias son nefastas.

Al advertir el tono de voz apenado, las madrileñas cambiaron inmediatamente de tema:

—Nos enteramos de que se casa tu madrina. ¡Enhorabuena! —comentó Clarita, mientras terminaban sus limonadas.

—¡Y con el hombre del que siempre estuvo enamorada! —suspiró Joaquina—. Un casamiento por amor. ¡Qué romántico!

Amaia asentía sonriendo.

—Al fin mi madrina va a poder ser feliz. Se lo merece.

Las muchachas retomaron nuevamente el tema del baile:

—Hay que apurarse con los vestidos, pues lo celebramos este sábado.

—¿Y por qué las prisas?

Las hermanas intercambiaron unas miradas de complicidad.

—Te vamos a contar la verdad, aunque debes prometernos que no vas a decir nada.

—Se los prometo —les respondió, seriamente. “¿Por qué tanto misterio?”, pensó.

Joaquina susurró en tono confidencial:

—Hay un importante oficial alemán que está invitado. Como parte pronto rumbo a su país, padre no quería que se perdiese la celebración. Ya sabes que la mayoría de nuestra clase apoya secretamente a Alemania.

Por un momento Amaia enmudeció. A pocos metros se hallaban los soldados franceses. No

quería siquiera imaginarse lo que ocurriría si las hermanas los descubrieran.

—La verdad es que no tenía idea.

—Como tu tío Jaime es uno de los principales colaboracionistas, te lo comentamos. Debemos ser solidarios entre nosotros.

Un escalofrío recorrió a Amaia de la cabeza a los pies. ¡Jaime Aguirre Larreta en el bando enemigo! ¿Lo sabría Salvador? Si su tío se enteraba de que refugiaban a los soldados desertores, no podía siquiera imaginar lo que sucedería. Entonces, se levantó de un salto y les propuso:

—Vayamos ya mismo a ver los disfraces. Seguro que alguno me queda bien.

De ese modo, consiguió que abandonasen la casa más pronto que tarde. Fue en aquel momento cuando comprendió lo peligroso de la labor que realizaban.

*

Agosti apenas si podía respirar. Estaba seguro de que se encontraba en una de las grutas de los acantilados. Tenía los ojos vendados y las piernas sujetas a la pared húmeda por medio de dos gruesas cadenas. Había perdido la noción del tiempo. No recordaba si llevaba días o semanas encadenado. Sentía pinchazos en la cabeza. Probablemente le habían pegado con un objeto contundente, dejándole una herida. La sangre le había empapado los cabellos y los había convertido en una masa pringosa.

Todos los días, el carcelero le llevaba comida: un pedazo de pan y un vaso con agua. Le costaba masticar porque al caer había perdido varios dientes.

Aquel día se había dado cuenta de que había más de una persona en el lugar. Percibía un olor almizclado que antes no estaba. Sintió un escalofrío. Tal vez era el perfume del diablo. Por primera vez lo interrogaron:

—¿Quién te informó del contenido de las cajas? —La voz sonaba distorsionada, aunque había algo familiar en ella.

Trató de contestar, pero se le hacía dificultoso articular palabra. Sintió que le daban un golpe en el estómago:

—¡Habla! —le ordenó la voz—. Se me acaba la paciencia.

Agosti trató de recomponerse.

—Nadie. Yo lo descubrí. —Apenas si podía gesticular debido al intenso dolor de cabeza.

Hubo un momento de silencio.

—¿A quién le has contado? —El carcelero se le había acercado. Podía oler su aliento picante.

Negando con la cabeza confesó:

—No tuve oportunidad… Alguien me golpeó.

*

Victoria echaba espuma por la boca mientras arrojaba el contenido de su tocador en varias direcciones. Los frascos con las cremas y los afeites rebotaban contra las paredes, rompiéndose en mil pedazos al caer en el suelo.

Ramona había alcanzado a ocultar la caja de música que su amita adoraba. Temerosas de ser las próximas víctimas, se habían escondido con Sagrario para observar el escándalo.

—¡No es cierto! ¡No puede ser cierto! —gritaba desaforada, mientras caminaba en bata por su habitación. La larga cabellera se le había soltado, confiriéndole el aspecto de una gata salvaje—. ¡Sagrario! Ven enseguida —gritó.

La temblorosa mujer salió de su escondite. En lo que llevaba a su servicio era la primera vez que asistía a semejante arrebato de ira.

—¿Dónde escuchaste sobre la maldita boda? ¿Quién te informó? ¿Por qué me entero recién ahora?

—Lo… lo escuché en la parroquia esta mañana. Varias mujeres hablaban del tema. —Las palabras salían de su boca con dificultad. En cuanto empezaron los alaridos y los regaños se dio cuenta de que no había pan que no costase una torta. Era el precio que debía pagar por ser su informante.

Victoria destilaba cólera por su único ojo. Todo había salido manga por hombro. Era imposible siquiera imaginarse que Gabriela e Imanol se hubiesen contentado. Tantos esfuerzos ¿para qué? ¡Para que la chiruza fuese feliz! ¡Eso jamás! ¡Sobre su cadáver!, se prometió mientras la rabia recorría sus venas enfureciéndole el cuerpo.

—Vete, Sagrario, que quiero estar sola —le gritó, y luego ordenó a Ramona—: Prepáreme mi calmante. —Necesitaba dormir y así poder tranquilizarse.

Ramona buscó en el cofre sus polvos de cloral y diluyó una pequeña cantidad en un vaso con agua.

Enloquecida, Victoria se lo bebió de un trago. Luego se acostó para que la sustancia le hiciese efecto.

Sagrario salió de la habitación, desencajada. Había sido testigo de la obsesión de Victoria por Imanol Aguirre Larreta. Dudaba mucho de que alguna vez pudiese albergar sentimientos por alguna otra persona y, menos, por ella.

Paula había escuchado el escándalo. Siguió a Ramona hasta la habitación de la criada. El rostro de la negra estaba demudado. Desde la muerte de Toñito, Victoria no tenía semejante ataque. Se sentó en su mecedora a esperar. Cuando su amita se durmiese, iría a limpiar todo el desorden.

—Ramona, ¿es cierto que Victoria está enamorada de Imanol? Pues acabo de presenciar una escena de celos —la increpó, mientras la miraba amenazante.

Ramona se había sentado en la mecedora. En su cabellera negra ya dormían varias hebras

blancas. Su piel también había envejecido, junto con su espíritu.

—¡Ay, mi niña! No repita esas cosas, por favor —le suplicó.

—¡Victoria está enamorada de Imanol! No lo puedes negar. Entonces, ¿por qué se casó con padre? Dímelo, Ramona. No me ocultes la verdad, por favor. —Deseaba con todas sus fuerzas poder develar los secretos de su madre.

La negra tenía la mirada perdida. Sentía en sus huesos que su final estaba cerca. Sabía que nunca volvería a su querida Cuba, que jamás aspiraría el olor de las flores exóticas o sentiría los sabores tan ricos de sus comidas. Suspiró:

—¡Ay, mi niña! Nada gana con saber del pasado. Mejó dejar todito así, tapadito.

—No, Ramona. Me debes la verdad. Has sido como una madre para mí, la madre que jamás tuve.

Los ojos de la criada desbordaron de lágrimas que, luego de recorrer todo su rostro, comenzaron a mojarle la pechera del delantal.

—Di algo, por favor. Quiero entender el porqué de tanto desamor. —Mientras hablaba, se acercó a la negra hasta refugiarse en sus brazos.

Ramona comenzó a cantarle una nana a la vez que le acariciaba su larga cabellera. De pronto se detuvo y le confesó:

—La amita siempre estuvo encaprichada con el Imanol. Y eso que él no le hacía nadita de caso. Pero ¡qué va! Hizo todo lo posible y lo imposible para que la amara y nada de nada. El Imanol siempre amó a la señorita Gabriela.

—Entonces, ¿por qué Victoria se casó con padre si amaba a otro?

—¡Ay, mi niña! No tuvo más remedio. Debía defender su honor y el de su hijito.

Paula la escuchaba azorada. ¿Acaso Toñito no era hijo de su padre? Despacio, para no asustar a Ramona y evitar que se negase a contestarle, le preguntó:

—¿De quién era hijo entonces?

La negra le soltó:

—Del Imanol, de quién má'. —Como en trance, siguió hablando—: Lo obtuvo por las malas. Lo engañó con una bebida y se aprovechó. Pero el Imanol no le hizo caso y prefirió ir a la guerra antes que estar con ella. La amita jamás se recobró del todo de semejante disgusto. Y así fue volviéndose loca, poquito a poco. Cuando al Imanol lo dieron por muerto, ella estaba esperando al crío. Entonces arregló todito con su abuelo y se vino pa' las Uropas.

—Fue así cómo se casó con padre —afirmó Paula, completamente consternada. La maldad y vileza de su madre la habían amargado. ¡Pobre padre! Entonces el abuelo había sido cómplice de aquella mentira.

—Y dispués, ¡se murió el Toñito y la criatura que llevaba en su panza! Como un castigo por sus maldades. —La negra se mecía una y otra vez, como queriendo aplacar la angustia que sentía con el movimiento.

—¿Cuál criatura? —Era la primera vez que Paula escuchaba eso.

—La que perdió cuando murió su hijito. No pudo aguantarla y su cuerpo la escupió. —Ramona hablaba con la mirada extraviada, tal vez reviviendo aquel pasado tan doloroso.

Por eso, Paula decidió no seguir con el interrogatorio. Todavía estaba asombrada por lo que había escuchado. Esperó a que Ramona se durmiese para dirigirse al dormitorio de su abuelo.

Cuando entró en la habitación de don Aguirre Larreta, las cortinas de los ventanales estaban corridas y el sol acariciaba los muebles. Su abuelo estaba sentado en la cama con un diario en la mano. Aquella mañana se había despertado con más fuerzas y había seguido así el resto del día.

—¡Abuelo! —exclamó Paula. ¡Qué buen color tiene hoy! ¡Cuánto me alegro! —Se acercó a la cama del hombre. Sobre la colcha había varios periódicos viejos. A él le gustaba leer las noticias, aunque no fueran actuales. Seguía con avidez los sucesos de la guerra. Los hechos eran estremecedores: “El 15 de agosto el vapor español *Isidoro*, que navegaba de Bilbao a Cardiff con un cargamento de mineral de hierro, fue hundido a cañonazos por un submarino alemán. El ataque se ha producido en el Canal de San Jorge, perpetrado por el submarino U-24. La nave germana ha incautado toda la documentación del mercante y la tripulación ha abandonado el barco. Su delito ha sido transportar mineral de hierro a Inglaterra. Dicho cargamento estaba considerado contrabando de guerra”. El *Isidoro* fue el primero de los cien barcos españoles hundidos durante la Primera Guerra Mundial, a pesar de haber sido España una nación neutral.

El anciano la saludó no sin cierta tristeza:

—¿Qué dice, mi niña? ¿Ya ha podido visitar a los potrillos? —Hacía poco Paula le había contado del nacimiento de los animales.

—Sí, abuelo. Fui con Amaia, su nieta.

El anciano la miró fijamente. Aquel día su mente estaba lúcida:

—¿Cuál nieta?

Dudó antes de contarle por temor a que la noticia lo impactara, pero si el abuelo se sobreponía a ella, entonces podría preguntarle sobre su padre:

—Amaia es la hija de Edurne, abuelo. Vive aquí, en San Sebastián con su madrina, Gabriela Iribarren.

Por unos momentos el anciano no dijo nada y Paula temió que su mente se hubiese oscurecido; sin embargo, no fue así:

—¡Mi pobre hija! ¡Qué injusto fui con ella! —se lamentó con voz temblorosa.

A Paula le hubiese gustado seguir indagando las razones de su injusticia, pero saber sobre su padre la apremiaba.

—Abuelo, ¿por qué mi padre se casó con Victoria, si ella amaba a otro? —Prefirió ser directa. De ese modo le respondería con la verdad o callaría. Rogando que se decidiese por hablar, esperó a que le contestara.

El anciano dirigió la mirada hacia el ventanal desde donde se podía contemplar el mar:

—Mi pobre Felipe siempre estuvo enamorado de esa pérfida, pero ella no le hacía caso. Se había encaprichado con Imanol.

—Pero se casó igual con ella, sabiendo que no lo quería.

—El pobrecito pensó que podía tener una oportunidad. Nos habían informado de la muerte de Imanol y luego la cubana me escribió diciendo que esperaba un hijo de él y que aceptaba casarse con Felipe. ¿Cómo negarme? Él accedió gustoso. —Don Aguirre Larreta hizo una pausa. Hablar de aquel pasado triste lo llenaba de zozobra—. Nadie decía nada. Todos pensaban que el niño era el fruto de aquella unión. Felipe siempre tuvo la esperanza de que ella lo amase, mas no fue así. Nunca lo quiso y se lo hacía saber cada vez que tenía la ocasión. —El anciano se detuvo—. ¿Sabes, mi niña? A veces el miedo es más fuerte que el deseo de hacer justicia. Creo que ya es hora de que ventilemos nuestros trapos sucios.

De pronto, un acceso de tos le impidió seguir hablando. Paula le sirvió un vaso con agua fresca y se lo hizo beber. Entonces se ofreció a leerle las noticias del diario. Ya había sido suficiente por aquel día. Confiaba en que aquella confesión no afectaría la salud de su abuelo. Muchas veces solía caer abatido por el embiste de los malos recuerdos y la severidad de la nostalgia.

Mientras le leía, ocultaba la angustia que se había instalado en su pecho. Siempre asociaba la imagen de su padre con alguien cariñoso, bondadoso, que la había protegido. ¿De quién? No lo dudaba: de Victoria. Intuía que una de las verdades más difíciles de admitir era que no nos quisieran cuando más lo necesitábamos. El dolor de no ser amado era una sensación por demás angustiante. ¿Qué mejor manera de admitir que Victoria tenía razón al considerarla indigna de ser amada, que enamorarse de alguien que jamás la amaría? Las lágrimas que se deslizaban por su rostro amenazaron con empañarle la vista.

*

Aquella noche la pelea en el tugurio de mala muerte había sido un éxito. Julen había descargado su rabia e impotencia contra el rival de turno, con un único resultado: un ojo morado. Saber que Salvador estaba interesado en Amaia le había causado una gran frustración. ¿Qué tenía él para ofrecerle? ¿Cómo podía siquiera pensar en competir con un Aguirre Larreta? Salvador no solo era atractivo físicamente, sino también inteligente, culto, un compañero agradable y divertido.

Apuró el trago para servirse otro. No se había arrepentido de haberla besado. Sin embargo, había experimentado un asombro genuino cuando ella no lo rechazó, sino que correspondió a su beso. Entonces, ¿tendría alguna esperanza?

—¡Qué extraño que no haya venido Agosti! Había dicho que no se quería perder la pelea —comentó Mikei. Hacía unos días que su hermano había desaparecido, pero Mikei estaba

acostumbrado a sus ausencias. Con seguridad andaría enredado en algún asunto de polleras—. Salvador tampoco vino.

—Tal vez se les haya complicado algún asunto en el trabajo —dedujo distraído Julen. No pensaba comentarle las palabras fuertes que habían tenido con Salvador en el astillero. No lamentaba nada de lo que había dicho. Él estaba enamorado de Amaia, pero dudaba mucho de que Salvador fuese sincero con ella. Debía estar atento si no quería que él la dañase. Además, estaba el asunto de Zuria. Presentía que Salvador era el padre de la criatura, aunque su hermana se había encerrado en un mutismo absoluto. Sin embargo, esperaría hasta que ella por fin le contase la verdad. Entonces, tomaría cartas en el asunto.

—¿Sabes que este sábado dan un baile de disfraces en lo de los marqueses de Balmes? —Mikei se daba cuenta de que la mente de Julen se hallaba a varias millas de distancia.

—Algo de eso escuché. —Luego agregó con sorna—: Todavía no he recibido la invitación.

Mikei se rio:

—Y tampoco la recibirás, aunque es de máscaras.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Julen pícaramente.

—Tal vez unos corsarios o unos mosqueteros se puedan colar a la fiesta sin despertar sospechas.

Julen no dijo nada, pero la idea le había resultado por demás atractiva.

*

Los acordes de los violines recorrían todo el jardín de los marqueses de Balmes, que había sido iluminado con farolitos de colores. En cada una de las mesas había un cuenco con una vela y flores de la estación. El baile de mascaradas era un éxito asegurado. Había cientos de invitados, todos ellos con sus disfraces. Estos suponían una conducta más relajada en aquellos que los lucían. Sin lugar a dudas, aquel evento iba a ser el éxito de la temporada.

Amaia finalmente se había disfrazado de princesa egipcia. Llevaba una peluca oscura donde se destacaba una tiara con forma de serpiente. Completaba su hermosa túnica de colores un antifaz negro bordado con piedras oscuras. Su madrina también estaba deslumbrante con un traje de reina mora, mientras Imanol la escoltaba disfrazado de sir Lancelot.

Sin embargo, los vestidos de las anfitrionas, Clarita y Joaquina, se llevaron todos los aplausos. Clarita se había disfrazado de gato. Sobre su cabeza llevaba uno disecado y varias colas cosidas a su falda. Un disfraz sumamente original. Joaquina, en cambio, había causado un revuelo disfrazada de “luz eléctrica”, con un modelo de Worth. Ambas muchachas se pavoneaban deslumbrantes entre los invitados.

El lugar estaba atestado. Los camareros con antifaces pasaban bandejas repletas de canapés. El champagne era la bebida preferida, ya que lo servían helado. Por ese motivo, muchos bebían

varias copas sin reparar en que muy pronto estarían completamente borrachos.

Amaia bebía un jugo de frutas mientras se preguntaba si iba a ser capaz de reconocer a Salvador entre tantos príncipes, demonios y trajes de calaveras.

En un momento, un mosquetero alto se le acercó y le dijo con voz grave:

—¿Quiere bailar conmigo, mi bella princesa?

Dudó por unos instantes, pero luego pensó que tal vez era Salvador. La altura era la adecuada.

Sin esperar respuesta, el mosquetero la tomó de la mano y la condujo a la pista de baile. Amaia se entregó a sus brazos, convencida de que era su pretendiente.

Trató de dilucidar el color de sus ojos y así poder estar segura de que era él, pero le fue imposible. La máscara tenía tan solo dos finas ranuras. Sin embargo, estaba convencida de que estaba acertada, pues se sentía muy a gusto en sus brazos. Bailaron varias piezas en silencio, siendo conscientes de sus cuerpos, sus aromas. En un momento, entre giro y giro del vals, el mosquetero la fue apartando de la pista de baile hacia un rincón del jardín, que quedaba escondido de todo lo demás. Entonces, la boca del hombre se posó sobre su cuello. Sus manos se hundieron en su cabello, atrayéndola hacia sí, para darle otro beso. Amaia experimentó enseguida una oleada de placer y, amparada en su antifaz, le ofreció la boca, que el mosquetero no tardó en besar. Se vieron envueltos en un largo beso, un beso ardiente que la sacudió por completo. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró con la boca del mosquetero sobre sus pechos. Cuando él comenzó a desabotonarle la túnica, exclamó:

—¡Salvador! ¡Te he extrañado tanto!

Entonces la figura se apartó y se quitó el antifaz. Unos ojos zarcos la miraban indignados.

—No soy Salvador, preciosa. Veo que se ha confundido para su desgracia y mi suerte.

—¡Julen! ¿Cómo…? —Amaia, con el rostro encendido por la vergüenza, lo enfrentó—: ¡Cómo ha sido capaz!

—No tomé nada a la fuerza. Que no se le olvide. —le contestó él con amargura—. Espero que Salvador la haga feliz, aunque tengo mis serias dudas. —Le dirigió una mirada llena de tristeza, dio la vuelta y se perdió entre los tantos invitados.

Todavía estaba consternada cuando escuchó una voz a sus espaldas:

—Amaia, estás preciosa. —Al darse la vuelta, se encontró con un pirata caribeño—. Debo admitir que es fácil reconocerme —le dijo Salvador con una sonrisa que iluminó sus ojos azules.

Amaia ocultó una lágrima. ¡Había besado a Julen pensando que era Salvador! Había permitido que sus manos recorriesen todo su cuerpo y la acariciaran en sus partes íntimas. ¡Y había disfrutado cada segundo! Nada la exculpaba. Debería haberse dado cuenta y no haberle respondido con tanto ardor. ¡Jesús, José y María! ¿Qué le estaba sucediendo? Contrariada, le contestó:

—Deberías haberte disfrazado mejor, Salvador, así mi tía no te reconoce.

Lo dejó con la palabra en la boca y, aduciendo un fuerte dolor de cabeza, se retiró del baile.

Gabriela e Imanol se fueron con ella.

*

Pasada la medianoche, un grupo de hombres se encerró en el despacho del marqués de Balmes. Una luz tenue iluminaba el recinto, confiriéndole un halo de misterio. Se sentaron y luego se quitaron los antifaces.

Hans von Krohn agradeció el vaso con whisky que le alcanzó el dueño de casa. Ningún criado podía estar presente. Von Krohn era el auténtico jefe del espionaje alemán. Tenía un ojo de vidrio, que ostentaba orgulloso, y se lo consideraba "un loco sádico".

—¿Cómo se encuentra la querida Ellen? —le preguntó Jaime Aguirre Larreta. En abril había asistido al casamiento de la heredera Ellen Weinsten, hija de un riquísimo importador de cacao de origen judío germano portugués, con Von Krohn. La fiesta había sido todo un éxito. Los invitados habían disfrutado de todas las excentricidades del padre de la novia, quien no podía dejar de estar a la altura de lo más selecto de la aristocracia europea.

El alemán, con el vaso en una mano, se dirigió a Jaime:

—Se encuentra muy bien. Ahora está pasando unos días en la finca de su padre. Ya sabe… la morriña, como les gusta a ustedes llamarla.

Jaime sonrió:

—A la mayoría de las recién casadas las aquejan dichos males. Nada que una buena temporada en familia no pueda solucionar. —Estaba al tanto de la relación de Von Krohn con una misteriosa mujer. El alemán no ponía empeño en ocultarla.

—Así es, mi querido Aguirre Larreta. —El parche de corsario le cubría el ojo de vidrio—. Volviendo a los temas que nos interesan, tenemos información fehaciente de que mañana por la noche llega a sus costas el traidor alemán con su familia. Es un científico dueño de secretos invalorables. —Bebió lentamente el whisky, saboreando el fuego que se abría camino por su garganta. A sus manos llegaban decenas de informes desde todos los puertos de España que le señalaban el movimiento de las embarcaciones, las entradas y salidas con sus nombres y banderas, sin olvidar los buques de guerra de la marina española—. Nadie puede quedar vivo. ¿Me entiende? —Le hizo una seña con la mano a un hombre que estaba parado en uno de los rincones.

El hombre sacó de su chaqueta una bolsa de cuero y se la entregó a Jaime. La bolsa era pesada. Cuando la abrió, se encontró con dos lingotes de oro. Disimuló su asombro tras una bocanada de humo. Von Krohn continuó:

—Esto es un adelanto. El resto lo recibirá ni bien complete la misión.

Jaime asintió. Hacía un esfuerzo por disimular la alegría que sentía. Esa noche merecía terminarla en lo de Asunta, se dijo.

*

Aquella noche la Osa Mayor se dibujaba en el cielo y, a su alrededor, miles de estrellas brillaban en la distancia. Al llegar a su cabaña, Imanol pudo observar que Julen se encontraba en el jardín con media botella de ron. Había bebido bastante. Se acercó en silencio y también se sirvió una copa. Unos instantes más tarde, le confesó:

—Me he comportado como un villano con Amaia. Jamás pensé que podría llegar a cometer semejante infamia.

Imanol lo miró a los ojos.

—Puedes contarme si quieres. —Bebió un trago de ron y continuó—: Yo siempre había estado convencido de que la pena no era algo que se debía compartir, y ya ves cuánto me he equivocado.

—Me enamoré de ella nada más verla, solo que se me adelantaron —murmuró Julen con un hilo de voz. Sentía en el pecho la quemazón de los remordimientos—. Sabía que ella me había confundido con Salvador, mas no pude detenerme. La besé y la acaricié como si se me hubiese ido la vida en ello. —Hipó—. Me aproveché de su inocencia. No tengo ninguna excusa a mi favor.

—No hay error que no se pueda solucionar, salvo la muerte. —Imanol hablaba por su propia experiencia—. El tiempo termina por poner todo en su lugar. Además, debes tener presente que el que no arriesga, no gana.

Julen no le contestó. Se quedó despierto toda la noche tumbado sobre uno de los sillones del jardín. Con los ojos vidriosos y la mirada perdida contemplaba el bosque, donde la oscuridad se había alejado, sosegada y discreta, para perderse entre la arboleda. Observó la quietud del jardín en el alba. Se humedeció las manos y se lavó la cara con agua fría. Debía pensar en cómo disculparse con Amaia.

*

Amaia se había encerrado en su habitación. Su madrina le había ofrecido una tisana para el dolor de cabeza, pero ella se había negado. Atormentada por lo sucedido, se desvistió y se metió en la cama. No podía con aquellos temblores y náuseas, aunque lo peor era la espantosa sensación de angustia. Recordar todo el episodio había sido como arrancarse una venda de una herida reciente. Las lágrimas empapaban su colcha y por un momento deseó poder ahogarse en ellas. Se desconocía. Se comportaba como una ramera. Si no hubiese pronunciado el nombre de Salvador, ¿hasta dónde le habría permitido avanzar a Julen? Necesitaba desahogarse con alguien. Tal vez en la mañana se lo contaría a Berenguela. Con seguridad la joven le daría algún consejo

valioso.

Sin embargo, los acontecimientos del día siguiente no le dieron tiempo a lamentar su suerte. Un aguacero caía sobre la ciudad sin ninguna esperanza de que aclarara. Las densas nieblas de la madrugada se habían condensado en una lluvia torrencial. Cielos plomizos parecían oprimir los tejados, y hasta en las calles empedradas corrían hilitos de lodo.

Berenguela irrumpió en la habitación con el rostro demudado:

—Señorita Amaia, su madrina la espera en el comedor. Dice que no se demore.

Amaia la miró preocupada, pero la joven se fue rápidamente, cerrando la puerta tras de sí. ¿Qué habría ocurrido? ¿Acaso habían llegado malas noticias de la Argentina? Con un presentimiento ominoso se vistió rápidamente y bajó los peldaños de dos en dos.

Su madrina estaba parada en el comedor. Al volverse, Amaia pudo observar su rostro pálido y ojeroso. Gabriela la sacó prontamente de sus dudas:

—Querida, debes ser fuerte —le dijo con voz temblorosa—. Anoche falleció nuestro soldado.

Amaia la miró sin entender.

—¿Cómo así? ¿No tenía una leve mejoría? —La tarde anterior, cuando lo había visitado, el soldado estaba tomando unas cucharadas del caldo que Berenguela le ofrecía.

—A veces es la mejoría antes de la muerte. Es mucho más frecuente de lo que imaginamos. —Gabriela inspiró profundamente. Había acordado con el doctor Usandisavas que no recibirían más heridos hasta que regresaran de la luna de miel con Imanol. Ella le había confiado sus actividades clandestinas y él se había sentido orgulloso. También quería ayudar.

Amaia estaba abatida. La embargaba un sentimiento de culpa: mientras ella había estado besando a Julen en la fiesta, el soldado había muerto en la biblioteca.

Descorazonada, se acercó a su madrina y se fundieron en un abrazo. Con mucho pesar recordó que debería mandar la medalla a la dirección que estaba escrita en la carta.

*

Al día siguiente, por la tarde, Paula se había apersonado en lo de Iribarren. Estaban todos ocupadísimos con los preparativos del casamiento; por eso, cuando la joven invitó a Amaia a dar un paseo, Gabriela no puso objeción alguna.

—Victoria te invita a merendar. Sé que ella no es santo de devoción de tu tía, por eso inventé la excusa del paseo —le comentó. La invitación de su madre la sorprendía sobremanera. ¿Qué se traería entre manos?

—¿No es extraño que Victoria me invite? —Todavía no podía entender a esa tía suya. Tal vez, si tomaban juntas el té, podría formarse una mejor opinión.

—No lo creas, a Victoria le encanta hacer sociales y, con seguridad, querrá saber detalles de la boda. —Paula, al recordar todo lo que su abuelo le había contado, estuvo a punto de negarse a la

petición de su madre. Sin embargo, las ganas de ver a Amaia fueron más fuertes. Además, Salvador prácticamente se lo había rogado. No entendía los motivos por los que Amaia lo había dejado con la palabra en la boca en la noche del baile.

Amaia tragó amargura. Iba a mentirle nuevamente a Gabriela. Cada vez estaba más convencida de que debía aclarar su noviazgo con Salvador antes de que la situación se desmadrase. ¿Sería su madrina capaz de perdonarla? ¿Por fin le contaría el gran secreto que rodeaba a los Aguirre Larreta? Si no se sinceraba, jamás obtendría respuesta alguna.

*

En el comedor de la mansión, la mesa estaba servida con sumo detalle. Había fuentes con tortas de distintos sabores y también dulces caseros. Begoña había amasado una buena cantidad de panecillos. Todo estaba primorosamente ubicado en bandejas de porcelana italiana. Los Aguirre Larreta siempre habían sido excelentes anfitriones.

Cuando Amaia hizo su aparición, Victoria le dio una cálida bienvenida:

—Pase, cariño. Tenía muchas ganas de que conversemos. —Amaia le dio un beso en cada mejilla y ocupó el lugar que le indicaba la mujer, a su derecha. Aquel día estrenaba un vestido de organza color salmón y calzaba zapatos claros de tacón bajo. Salvador se sentó a su lado, mientras Paula ocupaba la silla de enfrente.

Victoria se encargó ella misma de servir el chocolate. Se había informado de que era su bebida preferida.

—Pruebe estos pasteles de batata. Son increíbles —le decía, mientras la observaba con su único ojo—. Begoña es una cocinera excelente.

Salvador y Paula se miraron. Era extraño escuchar a su madre alabar al personal de servicio. En general, este solo recibía reprimendas.

Paula apenas si comía, como un pajarito.

—¿Hasta cuándo piensa seguir en los huesos, hija? —le espetó—. ¿O acaso esta abundante y exquisita comida no es de su agrado?

—Lo lamento, Victoria. Hoy apenas si tengo fuerzas para tragar uno que otro bocado. —Le dedicó una mirada triste que parecía acompañarla desde el momento en que nació.

Victoria le llamó la atención:

—El no comer es vanidad de pretendido misticismo. Dios nos quiere fuertes y sanos para realizar su obra. Siempre la cruz es pesada y dura. —Su tono de voz era severo—. Si la regaño, es porque se lo merece.

Paula notó en las cuerdas vocales la tensión del llanto y en los ojos, el ardor de las lágrimas. Su garganta no emitió sonido alguno. Las palabras se le hicieron un nudo y se ahogaron unas con otras antes de salir. Estaba visto que a Victoria no le importaba regañarle a pesar de las visitas.

Amaia tragó con dificultad. Una sombra de turbación veló su semblante mientras reprimía un escalofrío. No podía dejar de compadecerse por su prima. Disimuló para dar una imagen de calma, cuando, en realidad, su disgusto se agazapaba en su mirada. Había tenido que contenerse para no levantarse y abrazarla. No entendía los motivos de su tía para agredir a Paula de aquella manera. Pero sí se sorprendió al darse cuenta de que Salvador no intervenía para defender a su hermana. ¿Acaso aquel destrato era moneda común en aquella familia? Entonces recordó la angustia de su prima cuando se la había encontrado aquel amanecer en la playa. Hizo un esfuerzo por comer mientras escuchaba a Victoria hablar de su infancia en Cuba. La mujer contaba con lujo de detalles su amor por los caballos, amor que su difunto padre había propiciado al permitirle ser la propietaria de un criadero de caballos en la isla. Hablaba derrochando simpatía.

Los hermanos apenas si podían disimular su asombro. Era la primera vez que escuchaban a su madre hablar de aquel modo.

—Bueno, mi querida, ahora es su turno de contarme sobre los preparativos de la boda. ¿Cuándo se realizará?

—En unos días —le contó, confiada. Al fin y al cabo, su madrina bien podría estar equivocada con Victoria. Con los años las personas cambiaban, a veces se dulcificaban o se arrepentían de los errores cometidos en el pasado. Aunque aquel exabrupto con Paula le había amargado la merienda.

Estuvo un buen rato contestando las preguntas de Victoria, quien se comportó como la anfitriona perfecta.

Cuando llegó Jaime, la mujer se disculpó y se encerró en el despacho con su cuñado.

Salvador le hizo una seña a Paula, quien los dejó solos con una débil excusa.

—¿Vamos a dar un paseo por el jardín? La tarde está preciosa y nos va a venir bien aspirar el perfume de las flores. Pronto corroborarás lo buen jardinero que es Nikola.

Y así lo hicieron. Apenas se internaron por un camino de grava, Salvador la tomó de la mano.

—¿Sabes, amor? Creo que es hora de que hable con tu madrina y formalicemos nuestra relación.

Amaia lo miró dubitativa:

—Cada vez que quiero hablar del pasado, mi madrina cambia de tema. Creo que han ocurrido cosas más graves que haber desheredado a mis padres para que ella no cambie de actitud. No quiere saber nada con que me relacione con los Aguirre Larreta. Hoy conseguí el permiso simplemente porque se halla sumergida en los preparativos de la boda. ¿Acaso sabes algo que yo ignoro?

El rostro de Salvador era inescrutable. Cómo hablarle de las muertes, las culpas y traiciones que se escondían en su familia. Cómo contarle que su madre clamaba por venganza desde que él tenía uso de razón. Simulando un aplomo que no sentía, le respondió:

—Lo ignoro. A mi entender, tu madrina se ha quedado encadenada al pasado y, si esas

cadenas no se rompen, jamás podrá pasar página.

—Es cierto lo que dices. Estoy convencida de que para pasar página hay que vomitar el mal, no guardarlo en los rincones más recónditos del corazón.

Cambiando de tema, Salvador le confesó:

—Te extrañé. No quiero que pasemos tanto tiempo sin vernos. Necesito amarte libremente, sin ocultarnos. —Hizo una pausa mientras con los dedos le levantaba la barbilla—: Me dejaste solo la noche del baile de disfraces. ¿Qué ocurrió para que te hayas marchado tan intempestivamente?

Ella lo miró y una pequeña sombra se cruzó por su semblante cuando recordó la forma en que había besado a Julen la noche del baile.

—¿Sabes? A veces tengo unas jaquecas tan fuertes que me dejan de cama —mintió. Avergonzada, le sugirió—: Espera a que mi madrina vuelva del viaje de bodas, entonces se lo contaremos.

Las manos de Salvador se cerraron poco a poco sobre los hombros de ella, atrayéndola hacia sí. Entonces Amaia se entregó a la dulzura de sus besos, mientras que sus labios se abrían ardientes bajo los de él.

—Eres perfecta. —La tomó con una mano por la nuca y, de forma deliberada, hizo que su beso fuese más profundo. Inclinó la cabeza para besarla en el cuello. Los dedos de Amaia se entrelazaban en los cabellos de él. Con los labios húmedos aún en su garganta, le preguntó—: ¿Te gusta que te bese así?

—Sí… sí, me gusta. —Contuvo la respiración cuando los dientes de él se cerraron suavemente sobre el lóbulo de su oreja.

La condujo hacia una zona más apartada del jardín. Necesita encontrar la mayor intimidad posible. Su cuerpo ansiaba el de Amaia. Oyó un suspiro de sorpresa cuando le bajó una de las mangas del vestido y quedaron sus pechos expuestos. Entonces pensó que no había visto nada más adorable en su vida.

Amaia esta roja como la grana. Cuando él comenzó a frotarle uno de sus pezones, no pudo ahogar un grito de placer.

Salvador estaba perdido en el perfume y la suavidad de aquel cuerpo. Sus manos descendieron hambrientas por su espalda, hasta las caderas y muslos. Fue en aquel momento cuando Amaia volvió a sus sentidos y lo apartó.

—Discúlpame, por favor. Me dejé llevar por mis sentimientos. Te amo, Amaia. Te amo como jamás amé a mujer alguna. —Lo peor era que le decía la verdad.

—Yo también te amo, Salvador.

Él le acarició suavemente la cabeza mientras la abrazaba:

—Así será, mi amor, aunque… —Amaia lo miró expectante. Él decidió arriesgarse—: Si quieres, podrías ser mi mujer antes del matrimonio.

Se quedó helada. ¿Había escuchado bien? ¿Le estaba proponiendo convertirse en su amante?

Al ver su expresión, él enseguida se disculpó:

—No me hagas caso. He sido un desconsiderado, pero, como excusa, solo te puedo decir que te amo profundamente y no veo la hora de que seas mía.

—Lo seré luego de que nos hayamos casado; antes, no —afirmó con convicción.

—Así será, amor mío. —Dentro de sí reconoció que Amaia suscitaba en él sentimientos sin nombre, lenguas de fuego que le quemaban la sangre y doblegaban su voluntad. Había perdido el norte y eso lo perturbaba.

Emprendieron el regreso a la mansión tomados de la mano y en silencio.



CAPÍTULO 13
MÁS VALE PREVENIR QUE CURAR

La luna se había borrado tras los gruesos nubarrones. La costa era peligrosa. Los imponentes acantilados destrozaban todo lo que el mar les ofrecía, como un ritual antiguo y vengativo. El ruido de las olas que morían en la arena era el único sonido que se escuchaba. La playa estaba desierta salvo por dos figuras: la de Salvador y la de Julen. Agosti no había dado señales de vida desde hacía mucho tiempo. Su hermano y sus amigos estaban preocupados. El joven había desaparecido como por ensalmo. Todos ignoraban su paradero, como así también los trabajadores en la fábrica en Gernika. Nadie podía ocultar su inquietud. Sin embargo, debieron dejar de lado la ansiedad y los distanciamientos, pues el deber los llamaba.

Se habían ocultado tras unas rocas; un pesado silencio se instalaba entre los amigos. Eran tiempos de enterrar las hachas de guerra. Ya se habían herido lo suficiente.

Mikei había viajado expresamente para traer a su hermana Irune, que vivía con la familia de un científico alemán. Habían escapado con éxito de Berlín a través de Francia. Solo les quedaba cruzar hacia San Sebastián. Como la esposa del científico era española, habían decidido comenzar una nueva vida en la península ibérica.

Salvador miró el cielo oscuro donde la luna intentaba en vano abrirse paso entre las nubes. "¡Ojalá no llueva todavía!", pensó, mientras metía las manos dentro de su abrigo. Había refrescado y la humedad se colaba entre sus huesos.

Al cabo de un cuarto de hora, vieron los reflejos de una luz: tres parpadeos, un descanso y luego uno más. Era la señal convenida. Esperaron un rato, pero la luz del faro no se encendió. De pronto, se escucharon unos disparos que se confundieron con el ruido de los truenos.

El temor se apoderó de ellos.

—¿Qué ha pasado, por Dios? ¿Por qué no prendieron la luz del faro? —preguntó desesperado Salvador.

—Debemos encender nuestras lámparas. Al menos, de ese modo podrán tener un referente. —Julen salió de su escondite, iluminándose con una de ellas, y se dirigió rumbo a la costa.

Las olas encrespadas morían contra las rocas afiladas. Entonces, escucharon un estruendo que se confundía con gritos humanos. Angustiados, se adentraron rumbo al mar, a salvar a los

náufragos.

Las olas alcanzaban alturas impensables cuando los amigos se lanzaron al agua. Sentían que el mar los tragaba, tratando de llevárselos hacia las profundidades. Sin embargo, ellos eran eximios nadadores, por lo que nadaron con más bríos. Hacían un esfuerzo titánico para evitar la oscuridad que se cernía a su alrededor y las profundidades oscuras que amenazaban con tragarlos. Finalmente, Julen alcanzó a rescatar a una mujer y Salvador a una niñita. Al hombre no lo encontraban. Las llevaron a nado hacia la costa. ¿Dónde estaban Mikei y el alemán?, se preguntaban, afligidos.

Las rescatadas boqueaban por el agua tragada y por el terror. Las condujeron hacia las rocas y las envolvieron con unas mantas.

De pronto escucharon un grito:

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! —Era Mikei. El joven apenas si podía mantenerse a flote.

Julen nadó hacia el lugar de donde procedían los gritos. Mikei estaba aferrado a una tabla. Entonces, lo condujo hacia la orilla.

—Mikei, *lagun*. ¿Qué pasa? ¡Vamos, contesta! —le ordenó, lleno de miedo. Cuando iluminó a su amigo, vio que tenía una herida de bala cerca del corazón.

—¡Te han disparado! *¡Ama Birjina!* ¿Cómo es posible?

Mikei sabía que estaba herido de gravedad. Por eso había aguantado hasta el final. Las vidas de varias personas eran responsabilidad suya. No podía morir sin asegurarse de que estuvieran a salvo.

—¡Julen! Nos han tendido una trampa. Mataron al señor Hoffman. Irune quedó demorada en la frontera. No la pude rescatar… ¡Prométeme que la traerás a casa! —Hacía un esfuerzo por no perder la conciencia.

—No te esfuerces, amigo. Yo iré en su búsqueda. Ahora descansa, así te llevaremos con el doctor Usandisavas.

Mikei sabía que su tiempo se estaba acabando:

—Quedó detenida en Burdeos. ¡Salva a mi *arreba*, por favor!

—Lo haré, lo haré —le prometió, con un nudo en la voz—. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

Con apenas un murmullo, Mikei pidió:

—Dile… a Berenguela… que la amo y que siempre la amaré. —Haciendo una pausa, repuso —: Vi quién… me disparó… No lo vas a… poder... creer, *lagun.* —Entonces, perdió el conocimiento.

Julen, consternado corrió a darle la noticia a Salvador, que estaba con las mujeres.

Las lágrimas corrían por los rostros de los amigos. Lágrimas de frustración, de impotencia. Salvador gritaba:

—¡Nos han tendido una trampa, Julen! ¡No se prendió la luz del faro! Debemos llevarlo con el

doctor. Tal vez haya alguna esperanza. Encárgate de él. Yo llevaré a las mujeres a resguardo.

Necesitaban averiguar quién los había traicionado.

Las nubes retrasaban el amanecer. Unas gotas finas habían comenzado a caer mientras terminaban con la tarea. Julen había acarreado, con la ayuda de otros pescadores, el cuerpo inconsciente de Mikei al domicilio del médico. Sabía que, ante un caso de tal envergadura, el doctor Usandisavas preferiría atenderlo en su casa. Ahora debía planificar el modo de rescatar a Irune.

Salvador llevó a las mujeres a la parroquia del padre Iñaki. Allí el sacerdote se ocupó de darles refugio hasta tanto pudieran reunirse con su familia.

Los jóvenes se dirigieron al faro. Con las armas cargadas subieron los interminables escalones. Entonces se encontraron a uno de los pescadores, tirado en el suelo. Lo habían golpeado fuerte en la cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó Salvador.

—No, no. Aún respira, aunque no sé la gravedad de la herida. Hay que llevarlo a que lo atiendan. —Julen lo cargó en sus hombros y, con muchísimo cuidado, bajó las escaleras. Luego se perdió con el hombre en la oscuridad.

Después de dejar al herido a resguardo, y sin dormir, se dirigió al astillero. Allí lo esperaba Salvador.

Juntos se tomaron una jarra de café amargo. Debían permanecer despiertos.

—Alguien nos ha traicionado, Salvador. Alguien es responsable de la muerte del científico y la herida de bala de Mikei. —Su voz estaba traspasada por la amargura—. Me siento como si me hubiesen arrancado el corazón de cuajo.

Salvador se pasaba la mano por los cabellos. La falta de sueño se reflejaba en su rostro cansado y ojeroso:

—Pero ¿quién? ¿Y por qué? No puedo ni siquiera imaginarlo.

Julen se encogió de hombros, frustrado y preocupado. Eran muchas las vidas que se ponían en riesgo.

—Irune quedó atrapada en la frontera francesa. Le prometí a Mikei que la iba a rescatar.

—Voy contigo. No quiero dejarte solo. No sabemos quién está detrás de todo esto.

—No, no. Debes quedarte y esperar el próximo bote. Además, ¿quién se hará cargo del astillero? No te olvides de que los trabajadores están por declararse en huelga.

—De todos modos, déjame que ocupe tu lugar. Puedo infiltrarme sin problemas. Sabes que mi francés es excelente.

Julen esbozó una sonrisa triste:

—El mío también. Además, tú tienes a Amaia. No es bueno que llore tu ausencia. —El recuerdo de Imanol y su separación con Gabriela le vino a la mente.

La mirada de Salvador se endureció. Sabía que lo mejor era que él mismo fuese a buscar a

Irune. De ese modo no podría llevar adelante la venganza de su madre. Sin embargo, sus palabras desmintieron sus pensamientos:

—De acuerdo, pero cuídate.

—Partiré enseguida de la boda. No quiero despertar sospechas con mi ausencia.

—Bien pensado. Todo tiene que ser lo más natural posible.

Se miraron como hacía mucho no lo hacían y se fundieron en un abrazo.

*

Jaime estaba exultante. Acabar con el científico había sido coser y cantar. Ahora pensaba celebrar a lo grande. Ya tenía en mente un numerito especial para esa noche. Asunta le había prometido a Rebecca solo para él. Detestaba compartirla. Acarició con parsimonia el bolsillo de la chaqueta donde guardaba los nudillos de bronce.

Los disparos de Gaizka habían sido certeros. El hombre los había esperado en una de las rocas afiladas. Aunque era extremadamente peligroso, era el único lugar que tenía la barca para poder pasar. No sabía si su sobrino o alguno de sus amigos habían sido heridos de muerte. Pronto lo averiguaría.

En esos días recibiría el resto del oro. Tal vez había llegado el momento de abandonar España y dirigirse a lugares más cálidos como, por ejemplo, Brasil. Allí había tanto chico pobre y hambriento, que era el paraíso para gente con los mismos gustos que él. Sonrió. La idea le resultaba muy atractiva.

*

Agosti despertó en la oscuridad de las grutas con un baldazo de agua helada. Abrió los ojos, que ya no llevaba vendados, presintiendo lo que llegaría después y suplicando perder el sentido luego del primer golpe. Su fin se aproximaba. Los interrogatorios se realizaban cada vez con más saña. Jamás había traicionado a los suyos antes y tampoco lo haría en esos momentos. Por eso, sabía que tenía los días contados.

Entonces el encapuchado le preguntó:

—Vimos a tu hermano con sus amigos rescatar a la familia del científico alemán. ¿Quién está detrás de todo esto? ¿A quiénes responden? Contesta, pedazo de mierda. —Con una mano tiraba sus cabellos hacia atrás y con la otra le apretaba la garganta.

Agosti, luego de toser, alcanzó a murmurar a duras penas:

—No sé nada… nada. —El dolor de cabeza lo tenía casi paralizado.

—¿Sabes? No te creo ni una sola palabra. —Le dio una patada bien fuerte—. ¿Le contaste a ellos sobre la heroína? Vamos, responde o tu muerte será muy dolorosa —le aseguró.

Agosti no contestó. Se hizo un ovillo. No tenía más fuerzas.

El carcelero le volvió a formular las preguntas, en esta ocasión con menos paciencia.

Agosti permaneció en silencio, mientras lo miraba como un animal enjaulado, con una mezcla de temor y furia en los ojos.

Entonces el carcelero alzó el puño y lo descargó con todas sus fuerzas sobre la herida en la cabeza.

Agosti dejó escapar un aullido de dolor y se sumió en la inconsciencia.

*

Asunta lucía un vestido granate, algo gastado por el uso y los lavados, y llevaba el cabello recogido con un gran pasador en la coronilla. Su rostro estaba demacrado. Apenas había pegado un ojo la noche anterior por los gritos que provenían del primer piso. Finalmente, cuando había comenzado a clarear, se habían detenido. Cuando escuchó que se cerraba la puerta de entrada de su casa, pudo conciliar el sueño. Sin embargo, pesadillas horribles la despertaron varias veces. Se levantó y se mojó la cara. Había escuchado alguna vez que las pesadillas estaban vinculadas con un gran sufrimiento, una profunda ansiedad; y ella sabía muy bien los motivos. ¡Para qué lo iba a negar! Se encontraba en una encrucijada. Recibía muy buena paga de hombres como Jaime Aguirre Larreta. Todos ellos pervertidos, inescrupulosos, que se beneficiaban con la miseria ajena, con el hambre, la falta de trabajo. Pero solo ante Aguirre Larreta su espíritu se rebelaba. Había algo malévolo, demoníaco en aquellas visitas.

Sabía que al “hombre” le gustaba disfrazarse de mujer. Tenía que dejarle en el tocador rouge, polvos de arroz, carmín y kohol para los ojos. La vez que se le había olvidado dejar los tacones altos, el hombre había comenzado a los gritos y hasta la amenazó con cerrarle el negocio. Por eso ella estaba siempre muy atenta.

Aquella mañana, al subir las escaleras para despertar a Rebecca, sentía que le dolía el pecho y le faltaba el aire. Cuando llegó al pasillo iluminado por los tenues rayos del sol, empujó la puerta de la habitación, que se encontraba entreabierta. Entonces enmudeció por completo: sobre la cama, y en una posición antinatural, estaba el cuerpo desnudo del jovencito. Los ojos sin luz, la piel pálida, los labios resecos. Un gran charco de sangre coagulada, negra y brillante, manchaba las sábanas blancas. Se acercó despacio. Mientras lo hacía, las lágrimas descendían calientes. Se quedó unos instantes contemplando el cadáver mientras pensaba en cómo se libraría de él sin despertar sospechas.

Con cuidado, lo dio vuelta y así pudo observar la marca de los nudillos de bronce sobre sus mejillas. Recorrió con la mirada la habitación. No había nada fuera de lugar. Sin embargo, antes de marcharse, cierto brillo debajo de la cama le llamó la atención. Se agachó y lo recogió: los nudillos con las iniciales de Jaime Aguirre Larreta estaban manchados de sangre. Tragó saliva

mientras un nudo se le iba formando en la garganta. Despacio, cerró la habitación con llave y bajó las escaleras.

*

Luego de la visita de Amaia, invitada deliberadamente por Victoria para enterarse de los pormenores de la boda, la mujer estaba decidida a impedirla a como diese lugar.

Jaime le había contado acerca de la enfermería clandestina que Gabriela había montado en su casa. Una actividad sumamente peligrosa si llegaba a los oídos equivocados.

—¿Está usted ciento por ciento seguro, cuñado? No vaya a ser que haga una denuncia en balde —siseó con una indignación patente en el movimiento enérgico de su abanico.

—Pues no, mi apreciada Victoria. Sé de buena tinta que la información es certera. Están ayudando a los desertores. —Mientras hablaba, observaba con detenimiento el anillo en su dedo meñique. Necesitaba una buena limpieza. Le encargaría a Gaizka que lo llevara al joyero. De pronto un pensamiento iluminó su mente como un rayo: ¡los nudillos de bronce! No recordaba si estaban en su poder o se los había olvidado en lo de Asunta. Mas, ¿cómo volver luego de la muerte de Rebecca? Simplemente impensable. Mandaría a Gaizka a que le diera un buen susto a la mujer para que se le fuesen las ganas de acordarse de aquella noche.

—La verdad es que me resulta muy difícil imaginarme a la chiruza jugando de espía. —La rabia y la impotencia le congestionaban el rostro y le producían un temblor en la voz.

—A veces la gente nos sorprende, y no siempre gratamente. Usted debería saberlo muy bien, cuñada. —Jaime había comenzado a prepararse un habano. La experiencia le había enseñado a no dudar de lo que las personas eran capaces de hacer. Sonrió. Él era el ejemplo viviente.

El corazón de Victoria cabalgaba desbocado. Le faltaba el aire y sentía que se sofocaba. Jaime le alcanzó una petaca de coñac, que sacó de su chaqueta y de la que bebió unos cuantos sorbos. Apenas se sintió más repuesta le contestó:

—Entonces hay que desenmascararlos y descubrir su juego. Es imposible que Gabriela se libre de la cárcel si la Guardia Civil descubre que alberga soldados heridos en su residencia. —Su respiración comenzó a regularizarse. Con la novia presa, la dichosa boda se cancelaría.

—Así es. Los castigos son durísimos con todos los que se saltan la ley. —Por eso él untaba todos los meses a ciertos oficiales con sumas importantes para que hiciesen la vista gorda con sus chanchullos.

—Entonces no perdamos tiempo. Hay que informar a las autoridades de inmediato. —Una sonrisa amarga brotó de sus labios con un tinte diabólico. “¡Sobre mi cadáver se casará con Imanol esa chiruza de pacotilla!”, se juró.

Jaime observaba las reacciones de Victoria. No había duda alguna de que seguía enamorada de Imanol como el primer día. En el fondo de su ser, la despreciaba como se desprecia a alguien de

la misma calaña. Había traicionado a su hermano Felipe y también a su padre. A pesar de su corazón helado y calculador, Jaime, a su modo, valoraba a la familia. Sin embargo, había decidido que era mejor tenerla de aliada que de enemiga. De esa manera la podía controlar a su antojo. Verla tan vulnerable, tan expuesta la convertía en una presa fácil para sus ambiciones:

—La ira no es buena consejera, cuñada. Debemos actuar con sumo cuidado. Además, es mejor que su nombre no aparezca en la denuncia. Varios me deben favores, así que es hora de cobrarme algunos. Esperaremos a mañana bien temprano para acusarla. —No existía duda alguna de que las mujeres eran malas. Su maldad disfrazada de vulnerabilidad e ingenuidad las convertía en un peligro acuciante. Causaban un daño lento e irreparable. Las odiaba con todas sus fuerzas.

—Tiene usted toda la razón, Jaime. Unas horas no van a cambiar en absoluto las consecuencias. —De repente, Victoria creyó ahogarse en tanta felicidad. ¡Por fin acabaría con Gabriela Iribarren! “Algunos instantes hay que cazarlos antes que desaparezcan”, se dijo, emocionada.

Jaime se despidió de ella y subió a visitar a su padre. Esperaba que el hombre tuviese un buen día. Le dolía verlo consumirse lentamente. Tenía muchos vicios, uno más sórdido que otro; sin embargo, poseía un talón de Aquiles: su padre, aunque se cuidaba muy bien de que se supiese. Sabía que él siempre había sido la barrera que había impedido a Victoria acabar con don Aguirre Larreta. La mujer lo despreciaba tanto como había despreciado a su hermano Felipe o a la misma Paula. Si algún día tomaba cartas en el asunto y decidía largarse con viento fresco al Brasil, antes debería acabar con su cuñada.

*

El viento rugía con toda su potencia haciendo que los pesados postigos de madera se sacudiesen. Soplaba la galerna. Este fenómeno se producía cuando el cielo se volvía negro y las temperaturas bajaban en cuestión de minutos. Entonces el viento comenzaba a soplar con tanta fuerza que las olas eran capaces de volcar barcos de gran envergadura.

Horas más tarde, cuando todo volvió a la calma, se escucharon los aldabonazos en la residencia de Gabriela Iribarren.

Berenguela corrió a atender nerviosa: la Guarda Civil estaba en la puerta. Uno de los hombres vestidos con sus capas negras y sus tricornios acharolados se adelantó para presentarse:

—Soy el oficial Berazategui. Lamento llegar de este modo, pero hay una denuncia muy grave en contra de doña Gabriela Iribarren.

Entonces, una figura masculina hizo su aparición y se presentó:

—Soy Imanol Aguirre Larreta, soldado de su Majestad y ex combatiente de Cuba. ¿Qué es lo que se denuncia? —preguntó con severidad.

Gabriela y Amaia habían bajado y observaban en silencio. Sus pálidos rostros denotaban temor.

El oficial Berazategui jugaba nervioso con su tricornio. No había esperado encontrarse con Aguirre Larreta, un héroe condecorado. Se aclaró la garganta y le explicó:

—Se denuncia la existencia de un hospital clandestino.

—¿Un hospital clandestino? Pero ¿quién tiene el tupé de declarar semejante infamia?

—Don Iparraguirre, vecino de la zona. —El oficial no podía ocultar la incomodidad que sentía.

Entonces, intervino Gabriela:

—No vamos a impedir que cumplan con su tarea. Revisen toda la casa, por favor.

Mientras los oficiales lo hacían en compañía de Imanol, las mujeres bebían una de las infusiones de Paquita, para calmar los nervios.

Cuando terminaron de recorrer toda la casa, el oficial Berazategui se excusó:

—Lamento haberla puesto en semejante predicamento, señorita Iribarren. Les pido mil perdones. La denuncia no tiene fundamento. Ya arreglaremos cuentas con Iparraguirre. —Se deshacía en disculpas mientras abandonaba la casa.

Cuando la Guardia Civil estuvo bien lejos, todos respiraron con alivio.

—¿Cómo es posible que se haya filtrado lo del hospital? Todavía no me lo puedo creer —comentó Gabriela mientras se abanicaba con bríos.

—Si no hubiese sido por Salvador, otro gallo hubiese cantado —comentó Amaia, todavía temblando.

—Esto es muy serio. Alguien nos ha traicionado. —Gabriela estaba impactada. Se habían escapado por un pelo de la temible cárcel o, peor aún, del paredón.

Berenguela lloraba:

—Yo no he dicho palabra. Os lo juro por lo más sagrado. —Sin embargo, una duda comenzó a crecer con fuerzas en su interior.

—¡Chito! —la regañó Gabriela—. A nadie se le cruzó esa idea por la cabeza. Cuando nos calmemos, pensaremos muy bien en los pasos que hemos dado, a ver si descubrimos dónde pudo haber estado la falla. Ahora bebamos estas tisanas y demos gracias a Dios porque Salvador nos haya alertado.

*

Aquella noche, de madrugada, Salvador junto con Julen, Imanol y el padre Iñaki había ido a la casa de Gabriela. En pocas palabras Salvador les comentó sobre la denuncia que pensaban poner Victoria y Jaime. Paula, quien no había perdido palabra de la conversación de su madre con su tío, decidió ir en busca de su hermano y contarle lo que había escuchado.

—Pero… ¿cómo es posible? —balbuceó Gabriela, movida por el resorte de la sorpresa, y fueron las únicas palabras que consiguió articular.

—No hay tiempo que perder. Debemos trasladar a los enfermos de inmediato. —Ceñudo y preocupado, Imanol hablaba mientras se dirigía a la biblioteca-enfermería—. Nosotros trasladaremos a los enfermos mientras ustedes acomodan el lugar. Todo debe estar en su sitio.

Amaia, Berenguela y Paquita también se habían despertado y estaban prontas a ayudar. Por eso, mientras los hombres trasladaban por el portón del patio trasero a los enfermos, las mujeres iban desarmando los catres y los biombos.

En un camión lechero, los enfermos fueron conducidos a un pueblito de la zona. Allí les darían albergue hasta que se recuperasen.

Al cabo de dos horas, nada quedaba de la enfermería. Entonces, Gabriela ordenó que preparasen un chocolate para todos. Al menos, con la bebida caliente, iban a poder conciliar nuevamente el sueño.

Julen se estaba por marchar cuando escuchó la voz de Amaia:

—Cuídese, Julen, por favor. Afuera es muy peligroso.

Él la miró a los ojos mientras le preguntaba:

—¿Acaso usted se va a entristecer si me ocurriese algo?

Ella se turbó ante la intensidad de aquellos ojos:

—¡Claro que me entristeceré! Usted es mi amigo. —Su explicación contradecía la ansiedad que había en su interior. ¿Por qué le importaba tanto? ¿Por qué no estaba tranquila si no sabía que estaba a salvo? ¿Eso era solo amistad? Se encogió de hombros. Lamentablemente no tenía a nadie para compartir sus dudas.

Julen ahogó un suspiro de frustración:

—Ya quisiera yo que me considerase algo más. —Con esas palabras, abandonó el lugar.

Salvador se acercó cuando terminó de cargar el último hombre:

—¿Qué quería Julen?

Amaia tragó saliva antes de responderle:

—Nada. Solo se estaba despidiendo. —¿Por qué sentía que estaba en falta con Salvador?

Él la llevó hacia un lugar más alejado del jardín y la besó suavemente:

—Cuento con impaciencia los minutos para que hablemos con tu madrina.

—Pronto. Muy pronto.

Un sentimiento de desasosiego se había apoderado de ella. ¿Estaría realmente enamorada de su primo o se estaba engañando?

Más tarde, Salvador subió a grandes pasos los escalones hacia su habitación. No estaba de muy buen talante. El hecho de que Amaia estuviese dispuesta a convencer a su madrina lo llenaba de una profunda tristeza. Todo parecía tan simple cuando su madre le había hablado del plan que tenía. Durante este tiempo había acallado su conciencia diciéndose a sí mismo que

Amaia debería pagar por el daño causado a sus seres queridos. Sin embargo, no había contado con enamorarse de la joven. Tal vez ya era hora de hablar con Victoria y terminar con ese sinsentido de una vez por todas.

*

Finalmente los gritos se habían apagado. Cuando Salvador entró en la habitación de Victoria, la encontró prácticamente destruida. La cajita de música que le había regalado su difunto padre estaba despedazada en el suelo; las fotos de Toñito, que con tanta pena había guardado durante años, se encontraban pisoteadas; sus joyas más preciadas aparecían en los distintos rincones y bajo los muebles. De la hermosa lámpara Tiffany solo quedaban algunos pedazos.

Victoria estaba tendida en la cama con los ojos cerrados. A su lado, la fiel Ramona vigilaba su sueño. Esta vez había necesitado una dosis mayor de polvos de cloral para poder calmarla. Sin embargo, cuando intuyó la presencia de su hijo, abrió el ojo:

—Debes impedir esa boda. —La ira le apretaba las mandíbulas y tenía la pupila dilatada—. Te ordeno que lo hagas. —Había amasado durante años su resentimiento, mezclándolo con su fracaso como madre y esposa, su gran frustración al no sentirse amada por el hombre que había elegido. Una sumatoria de pequeños y grandes desprecios de los que se creía víctima, y que coleccionaba para justificarse.

Salvador permaneció inmóvil. ¿Qué tenía que ver la boda de Imanol y Gabriela con la venganza de su madre? Con la mirada ensombrecida, el semblante endurecido y la voz grave, le preguntó:

—¿Y eso por qué, madre? ¿Qué daño le han hecho para que usted quiera impedirla?

Ramona permanecía en silencio. Tal vez se obrase el milagro y Salvador descubriese las verdaderas intenciones de su madre.

Victoria trató de contestar, pero las palabras no salieron de su boca. La niebla de las drogas la iba envolviendo, la adormecía. Durante aquellos momentos se sentía hermosa, fuerte, mucho más valiosa que la sosa de Gabriela. Pronto, la calma y el sueño la vencieron. Entonces Salvador se enfrentó con Ramona:

—¿Desde cuándo se droga? —Su tono fue seco y cortante como el filo de un hacha.

La negra fue sincera:

—Desde la muerte del Toñito, aunque para no mentir, algunas veces también lo hacía en Cuba.

—Sabes muy bien que voy a tener que internarla. El camino para salir de la adicción es lento y doloroso.

Ramona lo miró desesperanzada:

—No creo que tu madre tenga cura, mi niño. Pero, si la internas, ten por seguro que la matas.

Mi amita no está acostumbrada a vivir encerrada.

—Pues algo deberemos hacer, para acabar con este suplicio. Voy a hablar con el doctor Usandisavas a ver qué me aconseja.

Entonces recordó la discusión con su hermana Paula, días pasados. La joven había golpeado tímidamente la puerta:

—¿Puedo pasar, hermano?

Enseguida se había dado cuenta de su nerviosismo:

—¿Qué ocurre? ¿Acaso te sientes mal nuevamente?

Angustiada, le respondió:

—No, no. Nada de eso. Es que…—No sabía cómo seguir.

—Sabes muy bien que me puedes decir lo que se te cruce por la cabeza, por más terrible que sea —agregó.

Paula decidió que la carga era muy pesada para ella. Por eso le explicó:

—Hace unos días tuve una conversación con Ramona…—Hizo una pausa para impedir que saliesen las lágrimas—. Yo quería saber por qué Victoria no me quiere, por qué no se me acerca ni me toca… En fin —suspiró—, Ramona me contó que Toñito no era hijo de nuestro padre.

—Estás diciendo sandeces —le dijo enojado.

Ella siguió como si él no la hubiese interrumpido:

—Parece que Victoria siempre ha estado enamorada de Imanol. Consiguió ser su mujer mediante un hechizo. Sin embargo, él eligió la guerra antes que a ella.

—No puedo creer que hagas caso a los chismes de una negra metiche. —La palidez cubría su rostro y le temblaba la barbilla.

—Ramona ha estado cerca de Victoria desde la cuna. ¿Por qué mentiría?

—No lo sé y tampoco me interesa. Nuestra madre siempre estuvo enamorada de padre. ¡Que alguien se atreva a contradecirlo! —gritó, desencajado. A pesar de haberlo escuchado con anterioridad, jamás lo había podido reconocer.

Paula se había marchado de la habitación tan silenciosamente como había llegado. Era evidente que su madre siempre había manipulado la realidad a su antojo. De esa forma había intentado que esta no se tornara insoportable. Ahora todo cobraba sentido.

Salvador dejó la habitación de Victoria, abatido y hueco como el tronco de un árbol caído.

*

La ceremonia del matrimonio de Gabriela e Imanol se celebró una mañana de agosto en San Sebastián. Los casó el padre Iñaki, emocionado hasta las lágrimas. “¡Al fin van a poder ser felices esos dos!”, se decía el cura, satisfecho.

La boda fue íntima y asistieron únicamente los más cercanos. Por parte de Gabriela: Amaia,

Salvador y Paula, junto con Paquita y Berenguela. Amaia le había pedido permiso a su madrina para invitar a Paula y ella no se había negado. Cuando supo que la acompañaría Salvador tampoco puso peros. Al fin y al cabo, gracias a los hermanos se habían salvado de que la Guardia Civil descubriese la enfermería clandestina en su casa. Así se lo hacía ver Imanol en cada oportunidad que se le presentaba. Él solo había invitado a Julen y a Begoña.

—Don Imanol Aguirre Larreta, ¿acepta como esposa a doña Gabriela Iribarren? —le preguntó el padre Iñaki.

—Sí, acepto. —Sintió un nudo en la garganta. Estaba impactante con su traje oscuro. Parecía más alto, más musculoso. Su orgullo los había mantenido distantes, pero, finalmente, habían sido capaces de reconstruir aquella relación que los errores del pasado les habían negado durante tanto tiempo.

—Doña Gabriela Iribarren, ¿acepta como esposo a don Imanol Aguirre Larreta? ¿Promete serle fiel en lo próspero y adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de su vida?

Ella contempló el perfil griego de su amado y con voz trémula respondió:

—Acepto. —Llevaba un sencillo vestido color manteca con accesorios haciendo juego. Se había oscurecido las pestañas y apenas había pintado sus labios de color rosa, resaltando su belleza natural.

El padre Iñaki continuó:

—Ustedes han declarado su beneplácito ante la Iglesia. Que el Señor, en su bondad, fortalezca su consentimiento para llenarlos a ambos de bendiciones. Lo que Dios ha unido en esta tierra, el hombre no puede separarlo jamás.

Amaia estaba deslumbrante con un vestido de seda rosado. Berenguela le había hecho un peinado recogido, que permitía apreciar un coqueto lunar en la base del cuello. Salvador moría por besarlo. También llevaba una corona confeccionada con flores naturales. Cuando les alcanzó los anillos pudo observar un brillo en los ojos de los recién casados, gestos que solo se manifiestan cuando se está realmente enamorado. Entonces comprendió que, si el amor era real, nada podría impedirlo; no importaban las condiciones, tan solo había que ser paciente y esperar.

—Estoy un poco celoso de tus flores —le murmuró Salvador al oído. Suspiró. Amaia olía a violetas. Volvió a suspirar mientras se llenaba de su aroma.

Sus párpados entornados ocultaban una sonrisa enredada en sus pestañas. Ruborizada, le contestó:

—¡Calla, Salvador! Son solo flores.

—Y qué importa. Pero te tocaron el cabello. —Se detuvo unos instantes y repuso—: Para mí, tú eres la flor más hermosa cuando sonríes. Iluminas mis días como el sol de primavera.

No se reconocía. Estaba perdidamente enamorado de Amaia.

*

Gabriela e Imanol no cabían en sí de la dicha. Atrás quedaban los días de desesperanzas, las angustias y los sinsabores. Su amor había triunfado. Ya el tiempo se encargaría de cicatrizar cualquier herida abierta.

Al concluir la ceremonia, Salvador alzó sus ojos hacia Julen, que lo miraba con un gesto sombrío. De pronto, palideció al sentir una presencia en uno de los laterales de la iglesia. Cuando miró, alcanzó a distinguir a Zuria.

La joven semejaba un espectro: pálida, delgada, envuelta en un manto de tristeza, suspirando por el hijo perdido, arrojado a un vacío odioso al que ella misma había sido arrastrada.

Nervioso, tomó la mano de Amaia y la llevó afuera.

—¿Qué ocurre? Parece que has visto un ánima —comentó ella, inquieta ante el brusco cambio en él. A veces Salvador caía en unos silencios profundos, como si se hundiera en un mundo al que nadie podía entrar.

Las manos de él le temblaban mientras encendía un cigarrillo. Su ansiedad había aumentado al ver a su antigua amante en la iglesia. ¿Para qué había asistido? Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Sentía en sus sienes el latido de su corazón:

—No es nada, cariño. Hay días en que el perfume de las flores me cierra el pecho. Nada de qué preocuparse. —Dio una última calada y escupió el resto de tabaco.

Amaia arqueó una ceja. A veces Salvador mentía peor que un niño.

*

Los flamantes recién casados viajarían hacia Madrid y desde allí tomarían un tren rumbo a Sevilla. Una única nube ensombrecía el horizonte de Gabriela: se resistía a dejar sola a Amaia. Hacía unos días que tenía un mal presentimiento, como si una desgracia pudiese caer sobre su ahijada.

—¡Madrina, por favor! ¿Qué podría ocurrirme? Le prometo que me quedaré toda la semana encerrada para que usted esté tranquila.

La luna de miel duraría quince días. Luego, la pareja se instalaría en la casa de Gabriela e Imanol tomaría el control del astillero. De ese modo, liberaría a Julen de esa carga y el joven podría dedicarse más a los caballos, que eran su pasión.

—Ay, mi niña. No quiero que estés encerrada, pero debes prometerme que no saldrás sola. —Con una inquietud alarmante, se daba cuenta de que Amaia quedaba desamparada al vivir toda su familia en el extranjero. Desde hacía un tiempo había tenido que combatir un sentimiento de desasosiego que se empeñaba a adherirse en su mente con uñas bien afiladas. “Ya parezco Edurne”, se dijo.

—No se preocupe, madrina, y disfrute de su viaje de bodas. ¡Hace tanto tiempo que sueña con ello!

Gabriela asintió sonriendo. Era hora de ocuparse de su esposo y dejar de pensar en tonterías.

*

Al finalizar la ceremonia, en donde había presenciado con angustia el modo en que se miraban Amaia y Salvador, Julen se fue a la cabaña a preparar sus cosas. Todos sus sueños le habían costado sacrificios en la vida; algunos eran inalcanzables, como, por ejemplo, su amor por Amaia. Suspiró y trató de cambiar el hilo de sus pensamientos. Traería a Irune sana y salva. Viajaría con lo mínimo indispensable. Miró a su alrededor con amargura. Sin la presencia de Imanol, el lugar le resultaría extrañamente vacío. Debería ir viendo qué iba a ser de su vida para cuando el matrimonio regresase del viaje de bodas. Tenía entendido que en un principio vivirían en lo de Gabriela y que luego viajarían a la Argentina a encontrarse con la familia de Amaia. No creía que Imanol volviese a ocupar la cabaña.

En unos días marcharía a Francia. Un viaje sumamente peligroso, del que tal vez no regresase con vida. Por eso se ocupó de arreglar los asuntos en el astillero y con los caballos. Antes de partir, se despediría de su hermana, de su abuela y de Amaia. Odiaba tener que dejarla sola con Salvador, pero le había prometido a Mikei hacer ese viaje. Una promesa era una promesa.

Estaba por comenzar a preparar sus cosas, cuando golpearon la puerta. Preguntándose quién sería a esas horas, fue a abrir. Se encontró con uno de los niños del barrio de pescadores, quien le entregó un papel. Con extrañeza, le preguntó:

—¿Quién te lo ha dado?

—Un señor que no conozco. Un sombrero le tapaba la cara y también tenía un pañuelo. Me dio dos monedas por el recado. —Sonriente, las sacó del bolsillo del pantalón y se las mostró. Después se marchó corriendo.

¿Quién sería? se preguntó extrañado mientras abría el sobre. Comenzó a leer. A medida que lo iba haciendo, la indignación se dibujaba en su rostro. La nota rezaba así:

> *Investigue a Jaime Aguirre Larreta. Está vendiendo información y heroína a los alemanes. Piense un poco, ¿cómo se supo la llegada de la familia alemana? ¿Quién es el responsable de la muerte del científico y de la desaparición de su amigo Agosti? No pierda tiempo y averigüe.*
> *Un amigo.*

Los ojos de Julen se llenaron de lágrimas. Notó que un sollozo le trepaba la garganta y durante unos instantes se entregó a la desesperación. ¿Cómo alguien podría ser tan dañino, tan perverso

como para acabar con las vidas de unos inocentes? Ahora sabía a ciencia cierta que su amigo corría peligro de muerte. Limpiándose las lágrimas con el puño de la camisa, cerró la puerta. Al día siguiente, a primera hora, hablaría con el padre Iñaki.

*

San Sebastián bostezaba y se desperezaba, ajena al drama personal de Julen. El aire fresco del exterior le contagió cierto sosiego mientras caminaba rumbo a la parroquia. El canto de los pájaros se atrevía a romper el silencio de aquella hermosa mañana.

El padre Iñaki estaba en el jardín de la parroquia. El sacerdote amaba las plantas y las flores. Sus rosales eran famosos en la zona. Se encontraba con las tijeras en la mano cuando vio a Julen.

—¡Buenos días, hijo! Veo que has decidido aprovechar este bello día. —Un ancho sombrero de paja protegía su cabeza calva de los rayos del sol. Sin embargo, cuando lo vio acarreando un bolso sobre sus espaldas, le preguntó, asombrado—: ¿Adónde vas, si puede saberse?

Le contó en pocas palabras la promesa que le había hecho a Mikei. El sacerdote lo miraba ahora con preocupación:

—¿Por qué me lo has ocultado hasta este momento? Es muy peligroso que vayas tú solo a rescatar a Irune.

Julen dejó el bolso en el suelo. El padre Iñaki le indicó que se sentaran a la sombra de uno de los fresnos.

—Si le hubiese dicho, padre, tal vez usted me habría detenido. No podía arriesgarme.

El sacerdote apenas si podía ocultar la furia que había empezado a sentir.

—Sabes muy bien que es extremadamente peligroso. Tal vez no regreses con vida. Si me lo hubieses comentado, habríamos podido organizar algún rescate.

—No se amostace, padre, que ya está decidido. —Julen sabía que la paciencia del sacerdote estaba contra las cuerdas, por eso cambió de tema—: Ayer recibí este anónimo. —Le entregó el papel arrugado.

Una preocupación cada vez mayor ensombrecía el rostro del sacerdote a medida que leía.

—Esto es gravísimo. Tienen prisionero a Agosti.

—Sí, padre. Usted debe hablar con Salvador para que investigue a su tío. Tal vez, si lo sigue, pueda dar con el paradero de *nire laguna*. —Con un gesto de impotencia repuso—: Me siento atado de pies y de manos. No puedo demorar mi partida. La vida de Irune está en juego.

—Tengamos fe, hijo, que más temprano que tarde encontraremos a Agosti. —El religioso se dio cuenta de que Julen no le decía todo. Por eso le aconsejó—: Dime qué más te está comiendo el cerebro. No olvides que te conozco desde que eras un crío.

Julen vaciló. Ante la gravedad del anónimo, sus temores parecían los de un niño caprichoso.

—Habla, Julen. —le conminó el sacerdote.

—Hay algo que me quita el sueño últimamente. —Su voz estaba teñida de desasosiego.

—¿Ha vuelto a enfermar Zuria? —La preocupación pronto horadó el rostro del sacerdote. Estaba al tanto del aborto que se había hecho practicar la muchacha. También sabía la identidad del padre. Ella se lo había confesado para expresar su arrepentimiento.

—No, no, padre. Gracias a Dios está mucho más repuesta. Confío en que pronto retomará las clases de catecismo. Es por otro asunto.

El sacerdote lo miró interrogante. Con el semblante sombrío, Julen confesó:

—Tengo una mala corazonada, padre. Usted sabe muy bien que me pasa pocas veces pero, cuando ocurre, siempre vaticina alguna desgracia.

Recordaba muy bien la vez en que el joven había sentido lo mismo y, a los pocos días, había muerto la madre.

—¿Qué es lo que temes, hijo?

—Temo por Amaia. Pienso que un peligro la acecha y no puedo impedirlo.

—¿Y por qué estaría en peligro esa niña? Ha superado la enfermedad desde hace un buen tiempo.

—Salvador me ha confesado que está interesado en ella y quiere que sea su novia. Presiento, padre, que él no la ama, que hay intereses oscuros detrás de sus atenciones.

—Me apena tener que decirlo, pero creo que estás celoso. A mí no se me pasó por alto el modo en que la miras.

Julen bajó la vista. El sacerdote lo había descubierto. ¿Tanto se le notaba?

—Es normal que estés celoso si Amaia te interesa.

—Padre, todo lo que usted me dice es cierto. Amo a Amaia con todo mi corazón y lamenté profundamente que haya elegido a Salvador. Pero… este presentimiento es otra cosa.

—Mucho me temo que estás viendo fantasmas donde no los hay. Pero, para tu tranquilidad y el éxito de tu misión, voy a estar atento. Puedes ir en paz.

Julen asintió, más relajado. Al fin y al cabo, el sacerdote no había descartado sus temores.

Hablaron un rato más sobre el contenido del anónimo y las medidas que deberían tomar. Luego, se despidieron con un fuerte abrazo.

*

Después de la ida a la parroquia, Julen se llegó hasta lo de los Iribarren.

—Amaia, el señor Julen la espera en la sala —le avisó Berenguela, con una sonrisa. Hacía poco Mikei había empezado a caminar por pie propio y estaba más fuerte. Atrás habían quedado los días de angustia y desazón. Pronto ellos también darían el sí frente al altar.

Amaia estaba escribiendo una carta a su familia, contándoles la boda de Gabriela e Imanol. Lo hacía al detalle, sabiendo que tanto Encarna como sus hermanas disfrutarían con los pormenores.

Dejó la carta sin concluir y fue al encuentro de Julen. Hacía varios días que no tenía noticias de él y la verdad era que lo extrañaba. No entendía bien por qué, pero ansiaba volver a verlo.

—¡Buenos días, Amaia! —la saludó. En su rostro estaban las inconfundibles señales de fatiga.

—¡Hola, Julen! —Al observarlo tan demacrado, no pudo evitar preguntar—: ¿Ha pasado algo? Lo tono muy desmejorado.

Él esbozó una media sonrisa:

—Nada que un buen sueño no pueda reparar. —Contenía los deseos de abrazarla, de sumergir su rostro en su cabellera y así aspirar su perfume. No tenía dudas de que se había enamorado.

—Bueno, debo confesarle que me alivia que sea solo falta de sueño. Siéntese, que Berenguela nos traerá un café.

—Le agradezco, pero debo marcharme.

—¡Qué pena! Me hubiese gustado que conversásemos un rato. —De pronto se acordó de la charla sostenida con Berenguela. Parecía que le estaba dando esperanzas. Por eso agregó—: Tal vez pronto podamos almorzar con Salvador. No sé si ya sabe que es mi novio, aunque por ahora lo mantenemos en secreto.

Julen disimuló la sorpresa y la angustia que la noticia le causaba. Salvador no le había dicho ni pío.

—La verdad es que lo ignoraba. En fin, no me queda más que desearle que sea feliz.

De repente, como si toda la emoción que había mantenido su cuerpo en tensión se hubiese evaporado en un instante, Julen se sintió desfallecer. Le dolían la cabeza y el estómago. Sus manos temblaban.

Amaia, dándose cuenta de su estado, le suplicó:

—Siéntese unos minutos, por favor. Parece como si la sangre hubiese abandonado su cuerpo. Berenguela, ¿puedes traer un poco de limonada bien fresca, por favor?

Julen le agradeció con la mirada.

—¿Va a realizar un viaje largo? —le preguntó, mientras le alcanzaba el vaso de jugo.

Sintiéndose más entero, le contestó:

—Sí, por eso la quise visitar. Me gustaría que en estos días, mientras no está su madrina y yo estoy ausente, tenga usted mucho cuidado.

Amaia se rio con desenfado.

—Mi madrina me aconsejó lo mismo. No entiendo qué podría ocurrirme.

—A veces al destino le gusta demostrar su poder sobre nuestras vidas. El ataque puede venir del lugar menos pensado. —Al ver su rostro preocupado, agregó—: Como dicen por ahí, más vale prevenir que curar. —Terminó la limonada y se despidió—. En fin, no la entretengo más. —Sin embargo, en un impulso, tomó el rostro de ella entre sus manos y la besó. Al comprobar que ella no se resistía, prolongó el beso mientras se regodeaba en el roce de sus labios. Por unos instantes pensó que le faltaba el aire.

Cuando el beso se acabó, Amaia permaneció unos minutos callada, presa de sus emociones.

—Lo lamento —fueron las palabras de él.

Lo miró, turbada:

—Mucha suerte en su viaje —le deseó mientras él se marchaba sin mirar atrás. —Inexplicablemente, al verlo partir, notó que le subía una dolorosa tristeza por la garganta y un nudo se instaló en su pecho. Las despedidas eran terribles, le dejaban un vacío muy profundo en el corazón. Producían un dolor para el cual no existía medicina. Solo el tiempo conseguía mitigarlo. Lo había experimentado en carne propia. Sin embargo, ¿qué le pasaba? ¿Cómo podía dejarse besar por un hombre cuando estaba prometida a otro? ¿Acaso estaba enamorada de los dos al mismo tiempo? ¿Era eso posible?

Mientras se marchaba, Julen pensó que la tristeza podía ser algo hermoso si se reflejaba en un rostro como el de Amaia.

*

Indignada y echando espuma por la boca, Victoria se dirigió junto con Ramona a la habitación del altillo. Subió las escaleras de dos en dos. La rabia corría hirviendo por sus venas como las entrañas de un volcán a punto de erupcionar.

Abrió la puerta de golpe. La mujer de los cabellos azules largos hasta el suelo la estaba esperando.

—¡Maldita sea! ¡Mil veces maldita! ¿Cómo es posible que haya permitido ese matrimonio? ¿Acaso ignoraba que él me había abandonado por la tal Gabriela? —Hablaba como una desquiciada. El rodete se le había desarmado y tenía el rostro congestionado.

—Mi abuela ya le había dicho que ese amor estaba escrito desde antes que ellos fueran sombras —repuso suavemente la nieta de la santera.

—¡Mentiras! ¡Puras mentiras! Pero ¿sabe qué? Me voy a vengar en su persona. —Había comenzado a jadear. En unos instantes el jadeo se hizo más intenso, ensordecedor. Con la pupila dilatada, el campo de su visión parecía mayor de lo habitual. Se sentía como un animal de presa en plena cacería. Entonces le ordenó a Ramona: —¡Démelas!

La negra estaba lívida del terror que sentía. Se daba cuenta de que su patrona iba perdiendo la cordura con los años. Con la mano temblorosa, le alcanzó las tijeras.

Victoria se acercó enajenada a la nieta de la santera y agarró sus cabellos azules. Los cortó de un tijeretazo. No satisfecha, siguió cortándole el cabello hasta dejarla casi sin pelos.

La joven permaneció en silencio durante todo el proceso. El rostro de Ramona se había transformado en una máscara de espanto.

Ostentando los cabellos azules como un trofeo, Victoria se marchó de la habitación. En el pasillo se escuchaban sus desagradables carcajadas.

Ramona, todavía temblando, observó a la nieta de la santera, ahora pelada. Había comenzado a entonar una nana, con aquella cadencia suave que erizaba la piel. Entonces, supo en aquel momento que su amita había sellado su destino.



CAPÍTULO 14
NO SOLO HAY QUE SER BUENO, SINO TAMBIÉN APARENTARLO

Unos nubarrones negros se habían comido el sol de la tarde con su oscuridad y las primeras gotas de lluvia salpicaron a Victoria. Se encontraba sentada en el borde del estanque de la mansión, mientras acariciaba las piedras que lo rodeaban. El frío de estas calmaba el fuego en su interior, alimentado por la vergüenza y la humillación: ¡Imanol se había casado con la chiruza! Las gotas de lluvia pesaban sobre sus pestañas y resbalaban hasta convertirse en un caudal de llanto. La ropa se le pegaba al cuerpo. Tenía tantas ganas de morir.

De pronto, sintió una mano cálida sobre su hombro mojado:

—Madre, venga, acompáñeme adentro. Si no se seca, puede pescar una pulmonía.

Victoria levantó la vista para encontrarse con su amadísimo Salvador, aquel hijo en el que había depositado todas sus esperanzas, sus anhelos de obtener justicia.

Caminaron en silencio hacia la mansión, donde la estaba esperando Ramona, quien se ocupó de que se quitase las ropas mojadas y tomara un baño caliente. Sin necesidad de que se lo pidiera, le alcanzó una copita de *pru*.

Mas repuesta, mandó a llamar al hijo. Apenas escuchó el ruido de la puerta, lo interpeló:

—¿Se ha quedado sola?

Salvador supo de inmediato a quién se refería.

—Sí, madre. Ni Gabriela, ni Imanol, ni Julen están en San Sebastián. —La angustia volvió a envolverlo.

El rostro de Victoria se transformó en una máscara triunfal:

—¡Perfecto! Entonces, es hora de que el cazador se alce con su presa. —Lo miró significativamente—. Le recuerdo su promesa, hijo.

—Le está predicando a un converso, madre. —Se aclaró la voz y prosiguió—: Aunque no entiendo su disgusto por el casamiento de Imanol. ¿En qué la perjudica? —No podía entender aquella obsesión que profesaba su madre por ese tío ermitaño. Cada vez que le preguntaba, le salía con evasivas. Entonces, decidió enfrentarla—: ¿Acaso es cierto que está enamorada de él? ¿Que se casó con padre porque no tenía más remedio?

Los ojos de Victoria destilaban furia. A pesar de que se sentía al borde de un abismo, acopió fuerzas y le cruzó la cara de una cachetada:

—¿Cómo se atreve, Salvador? ¿Quién es usted para enlodarme de semejante manera?

Salvador se arrepintió. Creía que su madre le estaba diciendo la verdad.

—Lo siento, madre. Lo siento de veras.

Victoria comprendió que se había extralimitado.

—Lo único que debe entender es que Gabriela fue la mejor amiga de su tía Edurne y no tolero que sea feliz.

Él intentó convencerla:

—Madre, aún estamos a tiempo de detener este sinsentido.

—¡Eso jamás! ¿Me entiende, Salvador? Haremos todo tal y como lo hemos planeado. No hay que permitir que las cosas se tuerzan.

—No hay mayor injusticia que pagar por los errores pasados de un ser querido.

Victoria lo miró de lleno y con un dedo amenazante le enrostró:

—¡Se ha enamorado, usted, Salvador! ¡Dios mío, se ha enamorado de su prima! —El color había abandonado su rostro. Él la ayudó a sentarse en la silla frente al espejo del tocador, mientras recuperaba la respiración—. ¿Cómo se atreve a darme esta estocada?

—Madre, sosiéguese, por favor, o voy a tener que llamar al médico. Y quédese tranquila, que no me he enamorado de nadie.

—Menuda cruz llevo con ustedes, hijo. —Con el tono autoritario de siempre repuso—: Me voy a tranquilizar cuando esos malnacidos expíen todos los disgustos que me han dado. ¡Ojalá que exista el infierno para que se pudran en él!

Salvador suspiró profundamente. Si no le cumplía, la sangre llegaría al río.

Más tarde se dirigió a la parroquia. El padre Iñaki le había mandado recado. El día había empezado mal. Apenas si había descansado por la noche. Un sudor frío había comenzado a humedecerle la nuca y las sienes. ¿Se habría enterado el sacerdote de sus planes para con Amaia? Tragó saliva, tratando de ahogar ese sentimiento que subía desde sus entrañas, quemándolo por dentro. La culpa era un dolor que jamás descansaba.

Sin embargo, lo que el padre Iñaki le dijo en nada se acercaba a sus sospechas. Cuando leyó el contenido del anónimo, quedó sumamente impactado:

—¿Cómo es posible? Siempre sospeché que mi tío comulgaba con las ideas y principios de los alemanes, pero matar a inocentes es demasiado. —Se pasó la mano por los cabellos mientras encendía un cigarrillo. Con la voz temblorosa, alcanzó a articular—: Acá escriben que Agosti está desaparecido y que han matado al científico alemán. ¿Se da cuenta, padre, del espantoso crimen que se ha perpetrado? ¿Qué pecado pudo haber cometido mi amigo para que lo hayan castigado de esa manera? —En aquel instante se quebró y lloró amargamente.

El sacerdote esperó a que se tranquilizara. Le dio a beber un poco de limonada y, cuando ya lo

vio más recuperado, le explicó:

—No creo que el contenido de este anónimo sea de mucha ayuda. Antes de mover alguna pieza, debemos recabar toda la información posible sobre los tejes y manejes de tu tío. Según esta nota, ha cometido tantas atrocidades que no será difícil hacerlo pisar el palito.

El tono de voz de Salvador fue enfático cuando afirmó:

—Lo único que puedo aseverar es que a él solo le interesan el dinero y el poder. Aunque jamás se me pasó por la cabeza que pudiera convertirse en un asesino. No sé… Sospecho que tiene unas aficiones non sanctas, pero de ahí a matar gente… —La duda ensombrecía su mirada.

—El poder corrompe. Muchos se están enriqueciendo a costa de esta guerra, *seme*. Incluso en algunos pueblos, incluido este, los tratantes de ganado se llenan las bolsas vendiendo mulas a los franceses. En fin… —El sacerdote hizo una pausa para beber un trago de la limonada fresca. Aquel día el salitre llegaba desde el mar abierto, arrastrado por el viento del norte que hacía batir las olas con fuerza—. Entonces, comenzarás a seguirlo. Debemos encontrar las pruebas suficientes como para desenmascararlo y demostrar que es un corrupto. —Observó la expresión de Salvador, entre angustiada y conmovida, como si alguien hubiese agitado violentamente ese rincón del alma en donde se ocultan las intenciones y los pensamientos más oscuros. ¿Acaso el autor del anónimo estaba en lo cierto? Meneando la cabeza, disipó esas dudas. Eran demasiado descabelladas. Con la mirada ensombrecida, se dirigió al astillero.

*

Al atardecer, en el cielo de San Sebastián se observaban varios tonos rojizos. Ya no llovía y la puesta del sol era inminente. Victoria caminaba descalza sobre las piedras en dirección a las cuevas. Los cuervos la acompañaron gran parte del trayecto, ora volando en círculos, ora graznando sobre sus hombros. Su humor era pésimo. De su ojo saltaban chispas y tenía el rostro contraído por la rabia. Llevaba en la mano una lámpara de querosene apagada. Siempre que sentía la necesidad de estar sola, buscaba refugio en aquellas cuevas, aunque aquel día la movía un propósito determinado: terminar con la vida de Gabriela. Para ello, había ido a la biblioteca de la mansión en busca de los manuscritos arcanos, prohibidos por la Iglesia. No pudo evitar un escalofrío al recordar cómo le había cortado el cabello a la nieta de la santera. Muy dentro de sí, sabía que recibiría un castigo por ello. Dejó de lado esos pensamientos agoreros. Ahora debía centrarse en su venganza. Para estar tranquila, había cerrado la biblioteca con llave. Se dirigió a los anaqueles vidriados. Estaban con candado. Los abrió y fue pasando el dedo índice sobre los títulos polvorientos. Finalmente dio con uno muy antiguo. Comenzó a leerlo, cuidando de no romper las páginas estropeadas por los años. Una sonrisa de complacencia se había dibujado en su rostro cuando descubrió un hechizo muy poderoso. Lo memorizó y esperó el momento indicado para llevarlo a cabo. Apenas comenzara a anochecer, debería repetir lentamente la

palabra “Raizino” siete veces. Y así lo hizo. Luego, con las manos temblorosas, buscó dentro de la bolsa de cuero que llevaba una pluma azul de madera y una hoja triangular seca. Las voces en su cabeza repetían una y otra vez: Raizino, Raizino. Se sentó sobre una de las rocas para poder escribir sobre la hoja aquella palabra en diferentes formas. Un destello de locura brillaba en aquel ojo sano mientras llevaba a cabo su tarea. Hecho esto, quemó la hoja en el fuego de la lámpara. Para que fuese más efectivo, se había atado unas cuerdas negras alrededor de su brazo derecho. Cerró los ojos y un suspiro de satisfacción subió hasta sus labios. Cuando volvió a abrirlos, unos minutos más tarde, ya no escuchaba las voces, pero tenía una certeza: Gabriela por fin obtendría su merecido.

*

Agosti bebió el agua sucia que le había dejado el carcelero. La herida de su cabeza palpitaba con un dolor sordo. Con seguridad se le había infectado. Alcanzaba a percibir el olor a carne podrida. Su carne podrida. Entonces supo que iba a morir de un momento a otro. Ahogó un sollozo. Pensó en su *aita*, muerto tan joven en la guerra de Cuba, en su pobre *ama*, en su *anaia* Mikei, en Irune. Deseaba haber podido estar más tiempo con ellos, haberles dicho cuánto los amaba. Se había enamorado de Joaquina Balmes. Todos los días, al despertar en aquella gruta, conjuraba la imagen de ella, quien lo había cautivado apenas la había conocido; lo mismo hacía cuando las luces se iban apagando. Tal vez pensar en aquella joven inalcanzable era lo que lo había mantenido con vida hasta entonces. Pero no más. Su cuerpo no resistiría otro interrogatorio.

Morir era un proceso lento. Hacían falta horas aciagas para que el alma emprendiese su camino. Como la cera de una vela, la vida de Agosti se había ido consumiendo. Tal vez por eso, cuando el carcelero llegó a la gruta y se encontró con su cuerpo sin vida, no pudo evitar sentir que no estaba solo. El vello de las manos se le erizó y un soplo de aire gélido le recorrió las entrañas. Se quitó el pasamontañas. El rostro de Gaizka se crispó de miedo. Se hizo rápidamente la olvidada señal de la cruz. Cerró los ojos de Agosti. Su mirada muerta todavía mostraba la angustia de quien sabía que lo que estaba viendo sería lo último que vería en su vida.

Gaizka comprendió que había cercenado la vida de alguien tan joven solo por haber visto lo que no debía. El descubrir las cajas de armas con la heroína camuflada dentro de ellas había sido letal para Agosti. El tío de Berenguela había hecho bien al desmayarlo y avisarles. Una palabra fuera de lugar y todos terminarían pudriéndose en las cárceles.

Septiembre de 1915

Paula se encontraba en la habitación del abuelo. Los surcos de su piel dejaban en claro que la

vida había plantado en ellos muy malas experiencias y que sus ojos habían sido testigos de cosas horribles. El hombre había estado leyendo las noticias sobre la batalla de Loos, un pueblo de Francia, librada entre los franceses e ingleses. Los ingleses habían atacado a sus enemigos con gas mostaza sin tener en cuenta que, cuando el viento cambió, el gas se había vuelto contra ellos causando muchas muertes.

—¿Sabe, abuelo? Julen se ha marchado y ni siquiera se ha despedido de mí. Me enteré por Begoña. Ya me he dado cuenta de que nunca se va a fijar en mí. Solo tiene ojos para Amaia, y eso que ella es la novia de Salvador. Es cierto cuando afirman que en el corazón no se manda. —Hizo una pausa mientras le acercaba un vaso con agua—. Le prometo que uno de estos días la voy a traer para que la conozca. Es un verdadero encanto. Soy incapaz de odiarla, abuelo, aun sabiendo que me ha robado el amor de Julen. Soy una tonta. ¿Cómo me va a robar algo que jamás ha sido mío? —Mientras hablaba, acariciaba sus manos arrugadas.

—Hija, el odio es una enfermedad que destruye por dentro. Aléjate de él.

Lo miró con tristeza:

—Últimamente sufro mucho, abuelo.

El hombre se quedó callado unos instantes y luego repuso:

—El dolor es inevitable, mi pequeña, mas el sufrimiento es voluntario. No te dejes llevar por la desazón. Después de cada noche hay un amanecer.

Paula deseó creer fervorosamente en las palabras de su abuelo. Esperó a que el anciano se durmiese para abandonar la habitación.

*

Sevilla, España

Gabriela estaba ocupada con el equipaje. A la mañana siguiente regresarían a San Sebastián. Había extrañado horrores a su ahijada, pero también debía reconocer que su luna de miel había sido inolvidable. Con Imanol habían decidido pasar página y empezar a disfrutar su vida de recién casados.

—Buen día, cariño —la saludó él con un beso en la frente. Se demoró unos instantes, pues la sintió bastante caliente—. ¿Te encuentras bien? Creo que tienes unas líneas de fiebre.

Gabriela lo miró. Sus ojos tenían un brillo particular y parecía que estaba haciendo un esfuerzo por mantenerlos abiertos.

—Creo que me estoy por enfermar, querido. Nada que un buen té con unas pizcas de jengibre y limón no pueda solucionar —le comentó, confiada. Se guardó de decirle que desde el día anterior le picaba la garganta y le dolía el pecho. Además, su pulsera de rubí color sangre había cambiado de color a un azul profundo.

—De todos modos me parece prudente consultar con el médico del hotel —le sugirió, algo intranquilo.

Asintió, abatida. Cada vez se sentía peor.

El médico la revisó y les aconsejó a ambos que tomaran un tónico y se hicieran tópicos en la garganta con una pluma con iodo. Había otras personas en el hotel con los mismos síntomas.

Gabriela palideció de miedo, pero se calló la boca.

Dos días más tarde, respiraba agitadamente. No había podido abandonar el lecho, ardía en fiebre. Tenía el cuerpo entumecido y le dolía muchísimo la garganta, lo que le impedía tragar con normalidad.

Mientras esperaban nuevamente la visita del doctor, las manos de Imanol acariciaban tiernamente los largos cabellos.

—No te acerques. Todavía no sabemos lo que tengo y es muy posible que sea contagioso.

—¿Cómo se te ocurre que te voy a dejar? Después de todos estos años separados, solo la muerte podría alejarme de ti. Y así, tampoco.

No pudo ocultar una expresión de ternura. ¡Imanol era tan afectuoso! La luna de miel había sido idílica. ¡Lástima que fuese tan corta! Se habían amado como cuando eran unos chiquilines, sin descanso, sin respiro. Un gesto grave oscureció su semblante. Si el médico confirmaba sus sospechas, tal vez su fin no estuviera tan lejano. “¡Qué ironía!”, pensó. ¡Tantos años sin verse para ahora tener que separarse! Ese pensamiento la llenó de congoja.

El galeno la examinó a conciencia. En su semblante había preocupación. Ya había asistido a dos defunciones en el hotel.

—Doctor, dígame lo que tengo. Dígame la verdad. Soy enfermera y quiero corroborar mis pensamientos. —Habló de corrido, agitándose.

Imanol le alcanzó un vaso de agua.

—Lo que usted tiene, señora, es difteria. —La miró con compasión.

Imanol perdió el color.

—¿Difteria? ¿Está usted seguro?

—Lamentablemente, sí. Y es por demás de contagiosa. Tal vez usted ya esté infectado.

—Entonces no hay nada que hacer. Solo rezar —comentó ella, resignada.

—Se puede hacer muy poco, muy poco. De todas maneras, le recetaré quinina. —Mirando a Imanol, le indicó—: Se la da dos veces al día. Y que tome mucho líquido. Insista con eso. Tal vez se le forme una membrana sobre la tráquea. En ese caso, introduzca los dedos y desgarre esa flema. Luego la tira al fuego y se lava las manos con desinfectante. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente, doctor. —Comenzó a transpirar frío. De pronto las imágenes de los soldados moribundos en Cuba comenzaron a inundar su mente. Recordó a su amigo Ibai, a quien la enfermedad lo había ido comiendo de a poco. Revivió su agonía. No podía permitir que su Gabita sufriese de aquel modo. Acompañó al médico a la salida.

—Imanol… Imanol... —lo llamaba ella entre tos y tos.

—Descansa, amor. Iré a la botica por el medicamento. No me tardo nada.

—Escúchame. Manda un telegrama a Amaia. Dile que me he quebrado algún hueso y… —se interrumpió para toser— que no vamos a poder regresar en la fecha acordada.

—Tranquila, cariño. Así lo haré.

—También compra un frasco de arsénico.

La miró desorbitado, presintiendo la índole del pedido:

—¿Para qué quieres ese veneno? No necesitas acrecentar tu belleza con él. —Trató de bromear, pero no pudo.

Ella intentó sonreír, aunque el dolor se lo impidió. Haciendo un último esfuerzo, le dijo:

—Si ves que me he convertido en un despojo, no dudes en dármelo. —Con los ojos llenos de lágrimas le imploró—: Te lo suplico. —Sin querer dirigió la mirada a su pulsera con el rubí, cuyo color ya era negro.

Imanol no le contestó. Con un nudo en la garganta esperó a que se durmiera profundamente. El calmante había empezado a surtir efecto. No compró el veneno. Jamás le quitaría la vida a Gabriela. Si empeoraba hasta el punto de suplicar la muerte, ya vería qué medidas podría llegar a tomar. Envenenarla no estaba entre sus opciones.

Había enviado dos telegramas: uno a Amaia y el otro a Julen. A la primera la tranquilizaba diciendo que era una simple quebradura, pero que debía guardar reposo; en cambio, a Julen le explicaba la gravedad de Gabriela y le pedía que estuviese al pendiente de la muchacha. No sabían cuánto se demorarían en regresar.

*

El telegrama de Julen llegó al astillero en tiempo y forma. Como estaba de viaje, el encargado se lo entregó a Jaime. Los telegramas siempre contenían noticias importantes. De ese modo, Jaime se enteró de la grave enfermedad de Gabriela. Dejó el telegrama en el escritorio de Julen. La noticia alegraría a Victoria, pero, por otro lado… Por un momento se sintió ante una encrucijada y vaciló. Alejó, molesto, esos pensamientos. ¿Desde cuándo podía sentir compasión? Ahogó un suspiro. No había peor sensación que dudar de uno mismo, se dijo. Resuelto, enfiló rumbo a la mansión.

*

Amaia sostenía el telegrama en la mano mientras las lágrimas empañaban sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupada Berenguela. ¿Por qué llora?

Le extendió el telegrama que la joven leyó ávidamente.

—Acá dice que su madrina se ha quebrado y que van a demorar en regresar. No debe preocuparse. Gabriela es fuerte y una quebradura no es de mucho cuidado. Venga, vayamos a la cocina a que Paquita le prepare una de sus tisanas. Ya verá que en menos de lo que canta un gallo el color volverá a sus mejillas.

El llanto había dejado un surco brillante en la cara de Amaia. No podía evitar sentir una gran congoja. Presentía que no le decían toda la verdad.

De pronto, la aldaba de la puerta principal sonó. Berenguela se dirigió a la entrada y, en un visto y no visto, Victoria Collazo de Aguirre Larreta se encontraba en la sala. Soberbia, enfundada en un vestido negro de seda y un sombrero lleno de adornos y flores.

—Mi niña, mi niña, mi pobre niña —exclamaba una y otra vez—. Veo que usted ya se ha enterado de las malas nuevas. —Con una simpatía impostada, se le acercó y le dio un abrazo.

Amaia se quedó sorprendida. No la consideraba una persona efusiva y, menos aún, cariñosa. Se deshizo del abrazo tan rápido como pudo. El perfume de Victoria le resultaba repelente.

—Imanol mandó un telegrama a la mansión. Quiere que se mude con nosotros hasta tanto ellos regresen —le explicó, mientras tomaba asiento. La miraba con una sonrisa triunfal que le produjo una profunda inquietud.

—¿Cómo así? A mí no me han informado nada de eso. —El ojo de su tía siempre conseguía que se estremeciera. Le contagiaba un frío que, estaba segura, no brotaba de aquel iris verde, sino de lo más profundo de su ser.

—¡Pues claro, cariño! ¿Cómo piensa que podrían preocuparla a usted? Si para eso estamos los mayores. —Hizo una pausa para ajustarse el sombrero—. Usted tiene que mudarse con sus primos. Así va a estar acompañada por la familia. Imagínese que no será bien visto si se queda sola en la casa. Recuerde que no solo hay que ser buena, sino también aparentarlo.

Amaia la miró desconcertada. Lo que la mujer le proponía no era descabellado. Sin embargo, ella era la novia de su primo y, por más que fuese un secreto, tampoco se vería bien que conviviesen bajo el mismo techo sin estar casados.

Victoria, que intuyó sus pensamientos, le aconsejó:

—Usted no se preocupe. En la mansión viven muchas personas y no va a quedarse a solas con Salvador. Estando yo de por medio, le aseguro que no habrá ningún tipo de murmuraciones que puedan enlodar su reputación. —Se levantó y agregó—: Prepare sus cosas, que hoy mismo la mando a buscar. —Sin dar lugar a réplicas, abandonó la sala.

Ni bien salió a la calle, Victoria no pudo evitar una larga y profunda carcajada. Esta vez se habían alineado los planetas y ella iba a poder cobrar venganza. El hechizo había dado sus frutos, como siempre. ¡La chiruza se moría!

Apenas se hubo enterado de lo sucedido con Imanol y Gabriela, había puesto en marcha sus planes maquiavélicos. Había tenido tiempo suficiente como para que no quedase ningún cable suelto. Sabía muy bien que no bastaba con desear. También había que hacer sacrificios y asumir

los costes. A veces los deseos tenían un precio muy alto. Ella lo había experimentado en carne propia, cuando deseó el amor de un hombre que no la amaba y que nunca lo haría. Sin querer, se llevó una mano a su ojo ciego y lo acarició. Lo importante ahora era mantenerse firme y fiel a sus planes, y eso era lo que pensaba hacer.

*

—¿Estoy bien, Berenguela? ¿O me cambio el vestido?

Sobre la cama de Amaia se apilaba un montón de ropa. Aquella tarde Salvador la llevaría a la mansión. Estaba muy emocionada y quería ganarse la aprobación de doña Victoria. Intuía que la mujer era un hueso duro de roer y que, a pesar de su sonrisa, ella no le agradaba en absoluto a su tía. Sin embargo, estaba entusiasmada. Si su madrina le había mandado un telegrama a Victoria, quería decir que tal vez, en un futuro no muy lejano, hiciesen las paces. Además, tendría tiempo para averiguar lo que realmente le había sucedido a su madre. Había preparado una maleta con varios vestidos. Confiaba en no tener que quedarse demasiado tiempo.

Berenguela le había arreglado el cabello en un coqueto rodete y, finalmente, había elegido uno de sus modelos nuevos: un vestido de tafetán color crudo con una cobertura en rejilla en tonos de lila, con algunos toques más oscuros y otros más brillantes. Había escogido unos zapatos color marfil, con tacón grueso, pero elegante.

—Está preciosa, Amaia —le dijo, mientras le daba los últimos toques al peinado—. Creo que esos kilos de más la favorecen mucho.

Amaia se sonrió:

—Cierto. He engordado bastante, pero no me preocupa. Lo necesitaba. —Recorriendo con la vista la habitación, se disculpó—: Te dejo todo patas para arriba. ¿Me perdonas, por favor? Creo que es la emoción. —Sin esperar respuesta, le preguntó—: ¿Llevaré un abrigo?

—Sí. Recuerde que ya estamos próximos al otoño. —Berenguela la miró seriamente—. No se olvide de los consejos de su *amabitxi* y no tontee con su novio.

—No te preocupes. Eso no está en mis planes —le contestó, confiada.

—Pero tal vez en los de él, sí. ¡Cuídese! —Berenguela se daba cuenta de que Amaia era demasiado inocente. No concebía que las personas pudiesen ser malas o tener dobles intenciones.

—No me gusta cuando te pones así, Berenguela. Salvador es todo un caballero.

—A mí no me consta —afirmó.

Amaia dejó lo que estaba haciendo y la miró de lleno:

—¿Qué es lo que me estás insinuando? ¿Acaso estás al tanto de algo que ignoro? Sabes que no soy afecta a tirar la lengua a quien no quiere hablar, pero esta ocasión lo amerita.

Berenguela vaciló tan solo unos instantes.

—Salvador ha estado varias veces con Zuria.

Amaia la miró atónita.

—¿La hermana de Julen?

—La misma que viste y calza. —Se apartó un mechón de sus cabellos para mirarla de frente.

—¿Tú los has visto? —El asombro se pintaba en su rostro.

—Los vi con estos mismos ojos que se van a comer los gusanos. Varias veces pasaban tardes enteras en la cabaña.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —le preguntó, anonadada.

—Pensé que usted se daría cuenta sola, mas no ha sido así. De todas maneras, ellos ya no están juntos desde hace un tiempo.

El ruido de una bocina interrumpió la conversación. Berenguela espió por la ventana.

—Es el señor Salvador.

Amaia se había quedado de piedra. Seguramente había sido una relación pasada, se dijo, aunque, de pronto, recordó la aparición de Zuria el día de la boda y la reacción de Salvador. ¿Había sido algo más serio que un simple coqueteo? Salvador jamás le había mencionado a la muchacha. Suspiró y barrió de un plumazo todas esas dudas. Eso era totalmente descabellado. Al fin y al cabo, él era su novio y no le había dado motivos para desconfiar.

—¡Ay, mejor me apuro! ¿Dónde está mi perfume? Quiero aplicarme unas gotitas en las muñecas.

Berenguela corrió en busca del frasco. Se había arrepentido de haberle hablado de Zuria. Aunque había situaciones que lo ameritasen, siempre había estado en contra del correveidile.

Después de haberse aplicado el perfume, Amaia salió al encuentro de Salvador. Berenguela le acercó la maleta.

—Pero si estás preciosa —le dijo él, mientras se inclinaba para darle un ligero beso en los labios y recogía el equipaje.

—¡Muchísimas gracias! Tú también estás muy elegante. —Sus ojos brillaban emocionados. No estaba acostumbrada a los cumplidos.

—No nos demoremos, que mi madre detesta la impuntualidad.

Subió al automóvil, dispuesta a disfrutar de su estadía en la mansión y ajena a los acontecimientos que pondrían su mundo del derecho al revés.

*

La llegada a la mansión me causaba siempre un dejo de inquietud. Ignoraba el porqué. Tal vez eran aquellos cuervos. Estaban posados en una rama de un árbol seco. Su plumaje era negro y sus ojos brillantes parecían mirarme fijamente. ¡Gracias a Dios que Paula me esperaba llena de entusiasmo! De ese modo pude hacer caso omiso a esas sensaciones angustiantes. Aquella tarde estaba resplandeciente: los ojos le brillaban y había color en sus delgadas mejillas. Bajó

corriendo los escalones para darme la bienvenida:

—¡Amaia! ¡Qué alegría que vengas a casa! Cuando me lo contó Salvador, no daba crédito a sus palabras.

Nos fundimos en un largo abrazo.

—De todos modos, me apena sobremanera lo de tu madrina. ¡Justo quebrarse en su luna de miel! —agregó.

—Sí, la verdad es que es una lástima. Confío en que pronto se recupere.

—Nikola, ¿puedes subir la maleta de Amaia al cuarto azul, por favor? —le pidió al mayordomo, quien me saludó con una inclinación de cabeza, algo sorprendido.

—Deja, Nikola. Yo la llevaré —se adelantó Salvador.

A pesar de que había visitado la mansión varias veces, la opulencia que se respiraba en cada detalle me disgustaba. Tal vez la austeridad y sobriedad habían quedado adheridas a mi piel desde hacía mucho tiempo.

Mientras caminábamos, Paula me iba contando:

—Nikola se sorprendió porque el cuarto azul era el dormitorio de soltera de tu madre. El abuelo no permitió que nadie más durmiera allí. Pero Victoria consideró que te correspondía por derecho. Además, ya aprenderás que ella hace y deshace a su gusto. —Suspiró y luego continuó emocionada—: Debes conocer al abuelo de inmediato. Hoy está en uno de sus días católicos. —Paula hablaba sin cesar, mientras Salvador se reía ante su buen humor. Se notaba que hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz—. Hermano, nos vamos a ver al abuelo. Deja tú el equipaje en la habitación.

Salvador me guiñó el ojo:

—No la enloquezcas, Paula. Piensa que se va a quedar unos cuantos días con nosotros.

Subimos la imponente escalera hasta el primer piso. Allí, al final del pasillo se encontraba la habitación de mi abuelo. Confieso que me hallaba perturbada. ¡Por fin iba a conocer al hombre que había desheredado a madre! Paula me hizo señas de que esperase, mientras ella preparaba al anciano.

Unos minutos más tarde, me abrió la puerta y entré. La habitación era espaciosa y unos grandes ventanales permitían las vistas al mar. Un panorama realmente imponente.

El abuelo estaba en la cama, semi acostado y cubierto por unas frazadas. Sus facciones estaban sepultadas en un sinfín de arrugas, que le recorrían todo el rostro. Los ojos azules de los Aguirre Larreta se clavaron en mí. Pero el azul de estos parecía desteñido, sin vida. Una mano descarnada buscó la mía. Sentí una rara angustia al estrechar aquella mano trémula, como si se hubiese forjado un lazo entre mí y el hombre que había desarraigado a mi familia. Al verme, exclamó:

—¡Edurne, hija! ¡Has venido! ¡Me has perdonado! —Su voz era temblorosa.

Estuve por aclararle que me había confundido con madre, cuando Paula me hizo una seña

con la cabeza para que le siguiera la corriente. Me acerqué y lo tomé de las manos:

—¡Claro que lo he perdonado, padre! Y también lo he extrañado mucho. —Hablé con el corazón. Sé que no he dicho ninguna mentira. Con seguridad madre lo había perdonado mucho tiempo antes de morir.

Las lágrimas recorrían las mejillas del abuelo:

—No debí haber permitido que aquella pérfida te dejase en la calle, a ti y a tus hijitas… Y Pedro, mi querido Pedro… ¿Será él también capaz de disculparme?

—No llore. Ya todo está olvidado. —Sentí en mi mejilla el roce tímido de su mano, como muestra silenciosa de gratitud. De todas maneras, sabía que mi abuelo deliraba, confundiendo los hechos. En casa siempre se había hablado de que madre había sido expulsada y desheredada por haberse casado con padre, un argentino sin fortuna ni abolengo. ¿Cómo era posible que el abuelo se apenase por haber tenido que echar a sus nietas y a su yerno?

—No puedo perdonarme, mi niña. Como sé que tampoco lo hará Imanol. Soy débil y cobarde. ¿Cómo pude haber arruinado su vida al mandarlo a Cuba? ¿Por qué me dejé amedrentar por esos Collazo?

Con Paula intercambiamos miradas atemorizadas. ¿Qué estaba diciendo? Entonces, ella intervino:

—Es mejor que descanse ahora. Edurne regresará en un rato. ¿Quiere que le cante una canción para que se duerma?

El anciano asintió y cerró los ojos mientras mi prima empezaba a cantar una nana.

Me dirigí a la salida y cerré la puerta con cuidado. No sabía dónde se encontraba mi habitación, por eso decidí seguir el pasillo. Cuando estaba llegando al final, escuché una melodía. Me detuve sorprendida. Era imposible que fuese Paula, puesto que procedía del otro lado. Entonces, ¿quién estaba cantando con aquella voz tan hermosa? Aquella melodía me hizo subir las escaleras empinadas, que me condujeron hacia el ático. La música se me antojó sobrenatural. Finalmente me quedé parada frente a una puerta de madera gruesa. No me lo pensé demasiado cuando apoyé la mano sobre el pomo y este cedió casi sin resistencia. La puerta se abrió ligeramente y recorrí con la vista el recinto: una luz mortecina se derramaba a través de una ventana muy pequeña. En un rincón, se encontraba una mujer joven. Sorprendida, la observé y me di cuenta de que uno de sus ojos era blanco y el otro, verde. La mujer seguía cantando y bordando una hermosa manta, indiferente a mi presencia. ¿Cómo podía bordar tan bien si apenas lograba ver? Un escalofrío me recorrió la espalda. Sentí miedo. Cuando se detuvo, la saludé:

—Lo siento, no quería molestarla. Veo que me he equivocado de habitación.

—Usted está en el lugar indicado. Pronto llegará la hora de cobrar venganza —me respondió con voz cantarina.

La contradije:

—Me parece que se está equivocando. Yo soy Amaia…

La muchacha me interrumpió:

—¡Han matado a su madre con una moneda torcida! ¡Un hechizo muy poderoso! Su muerte no pude quedar impune. Así está escrito.

Mi cuerpo comenzó a temblar y se me erizaron los cabellos de la nuca:

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién le ha contado?

—Yo todo lo veo. —Me miró con el ojo ciego, aquel ojo que, más tarde aprendí, le servía para ver los destinos.

Junté coraje y le pregunté:

—¿Quién mató a mi madre?

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? —repetía una y otra vez—. ¡Ja, ja! ¿Quién? —La risa sonó algo diabólica—. Usted misma debe averiguarlo. Pero ¡cuidado! El diablo acecha muy cerca... ¡Ja, ja!

Aterrorizada, salí como una exhalación de aquel lugar. En el camino, tropecé con Paula.

—¿Dónde estabas? Hace un rato que te busco.

—¡Ay, Paula! Me llevé el susto de mi vida. Acabo de ver a una joven…

Paula me interrumpió:

—¡Has visto a la nieta de la santera! Que no se entere Victoria, por favor, porque no sé de qué sería capaz.

—No, no. Seré una tumba. Pero ¿de dónde salió esa mujer?

Paula miró a los costados para asegurarse de que no había nadie en los alrededores y me dijo:

—Me contó Ramona que Victoria la trajo de Cuba, a la fuerza. Al parecer tiene un pacto con su abuela. Ramona me lo confesó una de esas noches en que había bebido demasiado pru.

—¿Y por qué vive en el ático?

—Victoria tiene terminantemente prohibido que se la visite o que ella salga del lugar. Solo Ramona le alcanza las comidas y limpia.

—Tiene un ojo blanco y otro verde ¿Te das cuenta? Y borda de maravillas, aunque es casi ciega. ¿Cómo es posible?

—Lo único que puedo decirte es que Ramona me contó que es la nieta de una santera del Ifá, una religión practicada por los negros en Cuba. Victoria se la robó cuando vino a España. Yo jamás la he visto, aunque ganas no me han faltado. Si me acompañas, me saco la espina.

—¡Qué locura! ¡Haberse robado a una niña! —Preferí callarme lo que me había dicho la nieta de la santera—. No sé, tendría que sentirme con más fuerzas como para regresar. —Se lo dije para conformarla, porque sabía que jamás volvería a pisar ese lugar por pie propio.

Paula agregó, tajante:

—Como decía el abuelo: "No hay que levantar la alfombra si no quieres ver la suciedad que

hay debajo”. Hay cosas que es mejor ignorar, y esta es una de ellas.

Ya estábamos llegando a mi habitación. Por eso, no me aguanté y le pregunté:

—¿Por qué a tu madre la llamas Victoria y no madre?

Respiró profundo, como ahogando una pena muy vieja, y me contestó con el llanto atragantado en la garganta:

—Ella no lo permitió. Al principio me molestaba y me dolía. Con el tiempo, comprendí que estaba bien. Jamás se comportó como una madre.

—¿Y con Salvador? —le pregunté, angustiada.

—Con mi hermano la relación fue distinta. Hay entre ellos una especie de unión malsana. Siempre traté de abrirle los ojos, de advertirle sobre su naturaleza, pero ha sido imposible. Victoria lo tiene totalmente sometido.

Me estremecí. Intuía que algo no estaba bien en aquel vínculo.

*

Amaia se instaló en la habitación que había sido de su madre. Sabía que era imposible, pero le pareció sentir su aroma flotar en el ambiente. El dormitorio era espacioso, con una amplia cama con dosel, un escritorio, una pequeña biblioteca y un ropero de madera con espejo. Curiosa, lo abrió, para encontrase con los vestidos de Edurne en perfecto estado. Todos estaban colgados prolijamente. Una lágrima dibujó un sendero tortuoso en su mejilla, deslizándose por el cuello hasta humedecer la pechera de su vestido. También había zapatos y cajas con sombreros. Sin dudas, alguien en la mansión se ocupaba de que las cosas de su madre se encontrasen en perfectas condiciones. Pero ¿quién?

Amaia suspiró y se recostó sobre la cama. ¿Por dónde andaría Julen? Su expresión de tristeza la había preocupado más de la cuenta. Debía reconocer que lo extrañaba.

*

Zuria esperaba a Salvador en la cabaña del bosque. Le había mandado una nota con su abuela. Quería definir las cosas con él para siempre.

—¡Zuria! Creí que había sido muy claro la última vez. No quiero saber nada más de ti —le dijo cortante, conteniendo el enojo.

La pena se había apoderado de ella. Era como una garra que le atenazaba la garganta. Tragó saliva un par de veces, intentando aflojarla antes de hablar:

—¿Sabes? Siempre pensé que eras el consentido de tu madre, un soberbio mal encarado. Sin embargo, jamás imaginé que te podrías convertir en un asesino.

Furioso, le espetó:

—¿Qué dices, mujer? ¿A quién maté? —Sus ojos relampagueaban.

—Lamentablemente aborté a tu hijo. Jamás podré perdonarme esa decisión.

Conmovido por la noticia, le increpó:

—¿Por qué te deshiciste de la criatura? Sabes que siempre habrías contado con mi ayuda para criarla.

Ella lo interrumpió:

—Es muy fácil decirlo, pero muy distinto enfrentarnos con la realidad. ¿Qué hubiese sido de mi niño? ¿Un bastardo sin apellido? ¿Un pobre infeliz del que todos se mofarían? Pues recuerdo muy bien cuando me dijiste que jamás te podrías casar conmigo. —Las lágrimas descendían por su rostro.

Salvador se quedó en silencio. Zuria solo le decía verdades. La joven clavó en él sus ojos como dos ascuas oscuras:

—Pero no me refería a la criatura. Esa fue mi decisión y tendré que vivir con el remordimiento el resto de mis días. Me refiero a la pócima que me dio la partera y que casi acaba con mi vida.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás diciendo? —Apretaba los puños con fuerzas. ¿Cómo era posible?

Se rio. Fue una carcajada teñida de tristeza.

—¿Me vas a golpear? Eso es lo que te falta para convertirte en un auténtico canalla.

—No sé de qué me hablas. —La incredulidad batallaba en su rostro.

—Entonces, averígualo. El doctor Usandisavas le explicó a mi hermano que me habían dado a beber un veneno. Si él no hubiese llegado a tiempo, el veneno habría acabado con mi vida.

—Eso es imposible. ¿Por qué querría matarte la partera? —La furia de Salvador había dado paso al asombro. Ella lo miró fijamente.

—Tuve mucho tiempo para pensarlo. Estoy convencida de que alguien me quería sacar del medio.

—Estás equivocando la respuesta. —Su tono era descreído.

Zuria hizo una pausa y luego agregó:

—Ahora estás prometido a tu prima. ¿A quién enojaría tu relación conmigo? Si eres capaz de responder a esa pregunta, sabrás quién quiso asesinarme. —Dio media vuelta y lo dejó solo en la cabaña.

Salvador se sentó en una de las sillas y hundió su cabeza entre las manos. No había nada con qué calentar el frío interior que se había adueñado de su alma. “Lo averiguaré. Por supuesto que lo haré, aunque las respuestas no me agraden”, se prometió. Tenía una certera corazonada de que su madre estaba detrás de todo.

*

Aquel mediodía almorzaron en el jardín de la mansión. La mesa estaba puesta para ellos tres, ya que Victoria tenía un compromiso previo. Luego de la comida, Paula se retiró a su habitación a descansar y Amaia y Salvador fueron a dar un paseo.

Caminaron rumbo a la playa. Salvador evitó el bosque. Temía que Zuria todavía estuviese merodeando por ahí. Los graznidos de las gaviotas que anidaban en los acantilados les dieron la bienvenida. Las aves ya sabían que bien entrada la tarde llegaban los pescadores en sus barcas, con la pesca del día.

Tomó su mano y ella se estremeció ante su contacto. Sonrió lentamente mientras disfrutaba del paseo.

—¿Sabes? La habitación de madre está como si ella la hubiese ocupado recientemente. Dirás que he enloquecido, pero hasta me pareció sentir su perfume. ¿Quién se ocupa de limpiarla?

—La verdad es que lo ignoro. Deberíamos preguntarle a Sagrario, que es el ama de llaves.

Él se llevó su mano a la boca y la besó suavemente. Aprovechó esos momentos para regodearse en la belleza de sus facciones, en la curva de sus pestañas. Algo turbada con aquel gesto, Amaia le comentó:

—Hoy temprano conocí al abuelo. Me confundió con madre.

—No lo culpo. Eres muy parecida. Un día de estos te llevaré a una de las alas en donde se encuentra un retrato de ella.

—Me encantaría —exclamó emocionada—. El abuelo mencionó varias cosas que yo desconocía, o tal vez estaba desvariando... no sé. —Había enarcado las cejas, como cuando algo no le cuadraba.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, temeroso. De pronto la alegría había desaparecido de su semblante, mientras una tensión repentina endurecía su rostro.

—Me pidió perdón por habernos echado. Es decir, dio a entender que madre y padre vivían en la mansión, con nosotras. ¿Cómo es posible? Tenía entendido que la habían desheredado al casarse y por eso se habían marchado a Barcelona. Jamás se comentó en mi familia que habíamos vivido en este sitio cuando éramos niñas.

Él la miró con cautela, mientras fruncía el ceño:

—Con seguridad el abuelo desvariaba. No te olvides de que su mente está generalmente en una nebulosa.

—No me lo pareció. —Aguardó unos minutos y le dijo—: También se lamentaba de haber mandado a Imanol a Cuba y…—reuniendo fuerzas, continuó—: Sé que suena horrible, pero culpó a tu madre de todas sus desgracias.

—Lamentablemente, el abuelo delira cada día más. —Mientras hablaba la culpa pellizcaba el corazón de Salvador con saña—. No se lo tengas en cuenta.

Caminaron hacia las grutas. Lo hicieron despacio, pues las rocas estaban resbaladizas por la espuma del mar.

—Apóyate en mí, a ver si te tuerces un pie.

Amaia lo hizo, pero notó que su tono de voz había cambiado. Temió haberlo entristecido, por eso le preguntó, cariñosa:

—¿Tocarás el piano para mí? —La suave brisa despeinaba sus cabellos. Aquella tarde estaba preciosa.

—Hace mucho que no lo hago. —Salvador sonrió lentamente, con una expresión distinta de la que ella esperaba, una expresión fría, despiadada. Sin embargo, enseguida desvió la mirada, disimulando aquel gesto.

Lo observó preocupada. ¿Por qué sería que no se sentía del todo a gusto con Salvador? ¿Acaso él tenía dos caras? Trató de dejar de lado esos pensamientos. Tal vez las palabras de Julen la habían afectado más de la cuenta.

Salvador le leyó el rostro de inmediato:

—Claro que tocaré el piano para ti, amor. Quiero que estos días sean felices, que podamos conocernos bien y amarnos. —Se acercó y le levantó el mentón con el índice. —Amaia… —le dijo dulcemente. Entraron en una de las cuevas. El interior estaba oscuro y húmedo.

Sabía que su madrina no aprobaría su actitud. Estaba actuando como una desfachatada. Ella no era así.

Salvador la había dejado deambular en paz por los recovecos de su mente; sin embargo, temió que cambiara de parecer. Lentamente se fue acercando.

Ella no podía mirarlo. Cerró los ojos mientras los labios de él besaban los suyos con calidez. Poco a poco, el deseo se hizo más intenso, y su beso, menos tierno. Su lengua penetró en su boca, con un suave tanteo y luego más profundamente. Amaia acariciaba tímidamente su pecho.

—¿Me deseas, amor? —le preguntó Salvador, enardecido, mientras la estrechaba con más fuerza. Luego, sus labios comenzaron a recorrerle el cuello, hasta detenerse en el nacimiento de sus pechos. Entonces comenzó a desprenderle la blusa.

Respiraba agitada, tratando de cubrir sus pechos desnudos con sus brazos. No le gustaba el gran poder que él ejercía sobre su cuerpo. Temblaba, dividida entre el placer que sentía y el miedo a comportarse como una auténtica desvergonzada. Además, no estaba del todo a gusto. ¿Por qué había accedido a ser su novia? Tal vez se había apresurado. Debía buscar la manera de aclarar sus ideas. Presentía que aquel no era el momento propicio.

Entonces Salvador se interrumpió y le abotonó la prenda.

—Disculpa, cariño. Me he dejado llevar por mis instintos. Lo siento.

Salieron de la cueva y caminaron de la mano, pero en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Sin embargo, antes de alejarse de la playa, le comentó:

—Ven, sígueme. Te voy a mostrar una entrada secreta.

—¿Secreta? ¿Cómo las de los antiguos castillos?

Salvador sonrió:

—Algo así. Nuestros antepasados la construyeron hace muchísimos años, cuando los franceses e ingleses sitiaron a los donostiarras. De ese modo, los miembros de nuestra familia se aseguraban un pasaje para hacer circular el contrabando. Era la forma de subsistir, ya que los tenían aislados.

—¡Qué horror! No tenía idea.

—Me doy cuenta de que desconoces la mayor parte de nuestra historia —le dijo a modo de reproche.

Amaia se incomodó:

—Es cierto, mis padres jamás hablaban de San Sebastián.

Salvador comprendió enseguida que se había extralimitado, por lo que cambió de tema:

—Ven, acércate. ¿Ves esta gruta? Pues nos llevará derecho a la biblioteca de la mansión. —Ella lo miró perpleja. La gruta estaba escondida tras unos arbustos altos—. Sígueme, que esta vez entraremos a escondidas. —Antes de adentrarse en el oscuro túnel, buscó algo en uno de los arbustos cercanos: una caja. Cuando la abrió, sacó una linterna. Comprobó que funcionase correctamente—. Siempre la dejo a mano. Uno nunca sabe cuándo la puede necesitar.

Amaia reprimió un escalofrío. A medida que se adentraban, una sensación de ahogo la iba invadiendo.

—¿Quién conoce este túnel?

—No lo sé. A mí me lo mostró una vez el abuelo. Supongo que Nikola y mi tío Jaime también lo conocen.

Se adentraron por el oscuro pasadizo, iluminado únicamente por el haz de luz mortecina. Salvador caminaba con mucha soltura, como si fuese uno de sus paseos habituales.

—No sueltes mi mano. Te podrías resbalar.

Llegaron frente a unas escaleras peligrosas por lo empinadas. Junto a la pared, se encontraba una soga que servía de pasamanos. Al final del corredor de piedra había una puerta pesada. Entonces, Salvador la abrió y salieron a la gran chimenea de la biblioteca.

Amaia había permanecido callada hasta ese momento. Estaba realmente impresionada.

—Menos mal que la chimenea no se encuentra encendida, o nos quemaríamos vivos —comentó.

—Esa es la impresión que da, pero cuando el fuego se enciende, arde de manera tal que puedes pasar sin despertar sospechas. —Le mostró la amplitud del lugar y dónde crepitaba el fuego.

—¡Es increíble lo ingenioso del sistema! —De pronto un pánico repentino la dominó y volvió a experimentar esa sensación de ahogo que cada día le era más familiar.

—Los sitios dejaron devastados a los donostiarras. Debían conseguir alimentos a como diese lugar. Ven, vamos a la sala, que Paula nos debe estar esperando.

—¿Dónde estaban? Ya había empezado a preocuparme —comentó Paula mientras se les

acercaba—. Berenguela vino más temprano y te trajo una maleta pequeña.

—¡Dios mío, qué exagerada! Ni que fuera a pasar el resto de la temporada en esta casa. —Necesitaba hablar de temas triviales para olvidarse de aquellas sensaciones oscuras.

Paula sonrió y se le formaron unos simpáticos hoyuelos.

—¡Ojalá lo puedas hacer! Tu compañía me da nuevas fuerzas.

Amaia corrió a abrazarla.

—Sabes muy bien que siempre puedes contar conmigo.

Salvador se había dirigido directamente al piano. Hacía mucho que no lo tocaba. La música generalmente ponía los sentimientos a flor de piel. Todo lo que ocultamos trata de salir a la superficie, y él sabía muy bien que eso no era siempre conveniente. Fijó la vista en el teclado, mientras sus dedos se movían a su aire. La melodía de "El Lago de los Cisnes", de Tchaikovsky, comenzó a inundar el lugar. De pronto sintió que todos sus errores, fracasos y miserias salían de los rincones profundos de su alma y le daban un abrazo de muerte mientras le gritaban: "¡Canalla! Eres despreciable… Despreciable".

Nervioso, terminó abruptamente la pieza. Amaia y Paula se quedaron conversando mientras él salía al jardín a fumar un cigarrillo. Había dado dos caladas cuando escuchó los gritos de Nikola.

—¡Salvador! ¡Salvador! —jadeaba el anciano—. Han encontrado un cuerpo en la arena, en la playa de La Concha. Dicen que es Agosti. —Los ojos de Nikola estaban vidriosos por el llanto contenido.

Salvador sintió un escalofrío que lo recorría de los pies a la cabeza. Corriendo, se subió a su automóvil y condujo hacia el lugar.

*

Aquel atardecer los tibios rayos de sol acompañaban el movimiento de las olas. Las barcas de los pescadores regresaban a tierra firme. Varios se encontraban descargando, cuando divisaron un bulto sobre la arena. Se acercaron y a duras penas pudieron reconocerlo. El agua y los animales marinos habían hecho estragos en el cuerpo de Agosti. De inmediato, se avisó a las autoridades.

*

La mujer de cabellos azules largos hasta el suelo sabía que Victoria era como una enfermedad, como la muerte. Sus cabellos habían crecido en un santiamén. Presentía que no iba a hacer huesos viejos en aquel lugar. Pero era imposible partir sin saldar cuentas, solo de ese modo podría reunirse sin ataduras con su abuela. Por eso, buscó dentro de su pequeño baúl una bolsita de cuero ajada por lo vieja. Se la había dado la abuela. La abrió con cuidado y sacó los veintiún

caracoles. Guardó cuatro debajo de la estera y tiró los restantes. De ese modo iba a poder obtener un consejo de los *Orishas*. No podía permitir que Victoria Collazo se saliera con la suya.



CAPÍTULO 15
DESGRACIA LLAMA A LA DESGRACIA

Aquella tarde, cuando velaron a Agosti en la parroquia, el cielo colgaba muy bajo, henchido de nubes grisáceas y malos presagios. El velatorio había sido a cajón cerrado, debido al estado de descomposición del cuerpo. Salvador, junto con el padre Iñaki, había tenido que identificarlo. La cruel muerte de Agosti le había asestado un fuerte golpe, del que le costaba reponerse. Concurrieron todos sus amigos de San Sebastián y también los de los pueblos de los alrededores: gente humilde, trabajadora. Agosti era muy querido entre los suyos.

Mikei no había podido asistir a los servicios fúnebres por su condición física. Si bien su mejoría era notable, todavía no estaba fuera de peligro. Julen, que aún no había regresado con Irune, desconocía la muerte de su amigo.

En el silencio mortuorio de la capilla, el repiqueteo de la lluvia ahogaba el resto de los sonidos, incluso el de los lamentos. Amaia se había ubicado en uno de los bancos junto a Paula y Berenguela. Estaban desconsoladas. Nunca se les daba suficiente valor a las personas hasta que faltaban, se decía, presa del desconsuelo. Era terrible solo el imaginar que alguien se hubiese ensañado con el inocente de Agosti. Pero ¿por qué?

El cajón fue llevado a pulso hacia el cementerio. Salvador era uno de los que lo acarreaban sobre su hombro. Doña Victoria no se había dignado asistir a un entierro de la chusma, como le gustaba calificarlos. El semblante de Salvador se oscureció cuando divisó a su tío Jaime a un costado del cortejo. Notó cómo la rabia le recorría la sangre mientras observaba el rostro impasible del hombre. A su lado estaba aquel matón de medio pelo de Gaizka. Si resultaban ciertas las acusaciones que se hacían en el anónimo, se las cobraría una por una a su despreciable tío.

Luego de las palabras del padre Iñaki, el grupo se fue dispersando lentamente. El sacerdote no podía con el peso de la culpa. No pondría otra vez en riesgo las vidas de jóvenes inocentes ni seguiría adelante con sus actividades clandestinas. El doctor Usandisavas también había estado de acuerdo.

*

Salvador encontró a Amaia en el jardín. Estaba ensimismada contemplando los rosales. Ya no llovía, pero el día estaba gris. Se acercó y le preguntó:

—¿Qué piensa, mi bella novia?

Amaia se había sobresaltado al escuchar su voz:

—¡Ay, Salvador! ¡Menudo susto me has dado! —le dijo, enfadada. Todavía estaba muy susceptible por la muerte de Agosti.

—Nada más lejos de mis intenciones. Quería proponerte un paseo para que te distraigas un poco.

—La verdad es que con lo de Agosti se me han quitado las ganas de pasear. ¡Y Julen que no regresa! —Era evidente que estaba apenada y cansada. Aquellos días se había dado cuenta de que extrañaba demasiado a Julen. ¿Era posible eso cuando se creía enamorada de Salvador? La evidencia estaba ante sus ojos: todo había sido un entusiasmo pasajero. Debía reconocer que aquel aire misterioso e indescifrable de su primo ejercía sobre ella un poder casi mágico. Pero ahora comprendía que no se trataba de amor, sino de una atracción muy fuerte.

Salvador apretó los puños con fuerza. Detestaba que Amaia se preocupara por Julen. No podía evitar que los celos lo carcomiesen. Tratando de desechar aquellos sentimientos desconocidos para él, se le acercó y la tomó de las manos:

—Ven, no te arrepentirás. Necesitamos distraernos un poco de tanta tristeza.

Amaia no tenía voluntad para negarse. Se dejó llevar por él.

Caminaron hacia un ala de la mansión que estaba desocupada. Recorrieron un largo corredor, hasta que finalmente accedieron a una sala espaciosa. En ella había muchos cuadros colgados en la pared.

—Aquí están nuestros antepasados —le fue explicando—. Algunos retratos son de tiempos inmemoriales.

Amaia los fue recorriendo lentamente, hasta que llegó a una mujer muy hermosa, con los ojos inconfundibles de los Aguirre Larreta:

—¿Quién es? —El retrato era impactante.

—Es la bisabuela de nuestra tatarabuela o algo así. Fue quemada por bruja en tiempos de la Inquisición. Se las conocía como las brujas de Zugarramurdi, ya que este era el nombre del pueblo. No te olvides del don de las mujeres Aguirre Larreta. Por culpa de él, quemaron a esta buena mujer.

—¡Qué horror! ¡Cuánta injusticia! —exclamó, con sorpresa. Hacía poco se había enterado, por una carta enviada por su hermana Manuela, de aquel don heredado por las mujeres primogénitas. En silencio, agradeció profundamente haber sido la hija tercera.

Salvador le dirigió una mirada entre la condescendencia y el amor:

—Me parece, cariño, que ignoras la mayoría de la historia familiar. En fin, dejemos a esta

buena mujer y vayamos a donde me interesa.

Caminaron hacia el final de la sala. Entonces, se detuvieron ante un cuadro: de pronto, los ojos de Amaia se llenaron de lágrimas y comenzó a temblarle la barbilla. Se veía reflejada en aquella pintura. Era el retrato de su madre. Él le explicó:

—Lo pintó Imanol, antes de ir a la guerra. No recuerdo a tu madre, pero creo que es una obra magnífica. —El retrato era impactante. Se notaba la destreza del artista en el manejo de los colores, las texturas y la forma en que la luz se reflejaba sobre la superficie.

—¡Gracias, Salvador! Era el remedio que necesitaba para mi alma atormentada.

La abrazó en silencio. Permanecieron unos instantes en esa posición hasta que comenzó a besarla. A pesar de sus dudas, Amaia se dejó hacer. Necesitaba sentirse amada.

Cuando llegó a su habitación, la estaba esperando Paula. Muy sonriente, le dijo:

—Se me ocurrió una idea genial para la cena de esta noche.

Amaia la miró interrogante.

—¡Ja, ja! Mira. —Entonces sacó del ropero un hermoso vestido color esmeralda—. Era de tu madre. Está planchado y lavado. Begoña se encargó de hacerlo. Muero por presenciar la cara de Victoria cuando te vea con él.

—Es precioso. Pero ¿por qué a tu madre le va a impactar si uso ese vestido?

Paula se puso seria.

—Tengo una corazonada de que se va a llevar el disgusto de su vida.

Amaia enseguida se puso en guardia:

—¿Por qué piensas así?

Paula se encogió de hombros.

—No sé. Lo que sí te puedo advertir es que algo está tramando. Y… —no sabía si decirlo o no —. Creo que Salvador está implicado.

—¿Salvador? La verdad es que no entiendo lo que me quieres decir.

—No te puedo explicar más, porque ni yo misma lo sé.

—Estoy empezando a preocuparme. Antes de que mi madrina se fuera, me dijo lo mismo, al igual que Julen. ¿Acaso saben algo que desconozco?

Paula le dirigió una mirada entristecida.

—No, lo ignoro. Pero no quiero que te pase nada malo.

Amaia apretó los dientes para luchar contra el pánico que la invadía:

—¿Sabes, Paula? Cuando me encontré con aquella mujer encerrada en el ático, me advirtió que el o la responsable de la muerte de madre estaba en esta mansión. Creo que fue el temor lo que me impidió seguir pensando en ello.

—¡Dios mío! Es terrible lo que me cuentas. Pero ¿quién? ¿Y por qué? Me parece que voy a armarme de valor y la visitaré uno de estos días.

—No sé qué decir.

Paula metió su mano en el corpiño del vestido y le enseño una carta:

—Mira, la encontré en el cofre de Victoria. Está firmada por tu madrina y fechada en la época en que Imanol estaba en Cuba.

Tomó la carta y comenzó a leerla. La barbilla le temblaba y un fuego parecía correrle por las venas. ¿Qué hacía Victoria con aquella carta de amor en su poder?

—No entiendo cómo tu madre puede tenerla. —Se tocó la mejilla ardiente. Sus ojos reflejaban sorpresa e incredulidad.

—Pues yo tampoco. Lo cierto es que había un atado de cartas firmadas por tu madrina. Solo me atreví a robarle esta.

Amaia exhaló un gemido:

—Vamos a tener que hacernos con esas cartas de las que habla tu abuelo si queremos descubrir la verdad. —En voz baja y dura, dijo—: Creo que Victoria esconde varios secretos no muy agradables.

—Muchas veces deseo que esté muerta. —La voz de Paula se quebró y, mientras se cubría el rostro con las manos, sollozó. Amaia se acercó y la abrazó con fuerzas.

—Nunca digas eso, Paula, ni tampoco lo desees. Y ahora limpia tus lágrimas, que me voy a vestir de madre.

Una tenue sonrisa iluminó su rostro:

—Yo te peinaré. Te haré el recogido que llevaba Edurne en el cuadro.

De ese modo, las jóvenes trataron de olvidar la conversación.

*

La mesa del comedor estaba servida con la vajilla inglesa que relucía. Las criadas vestían sus uniformes negros, con los delantales blancos almidonados. Sagrario supervisaba que todo se desenvolviese en forma impecable.

Victoria se quedó pasmada y palideció por completo. Edurne lucía un hermoso vestido de noche color esmeralda, cuyos pliegues, en tonos azulados, emitían pequeños susurros al caminar. Se le acercaba lentamente. ¡No podía ser! ¡Edurne estaba viva! ¡Edurne se dirigía hacia ella! Sintió que le faltaba el aire y de pronto gritó:

—¡Edurne! ¡Usted! ¡Usted está muerta!

Salvador corrió hacia su madre y evitó que cayera al suelo presa de un vahído.

—¡Madre! ¡Madre, por favor! Reaccione. —Le propinó palmaditas en las mejillas, intentando que recobrara los sentidos. Victoria apenas si podía musitar:

—Está muerta, muerta.

Entonces Salvador se dio cuenta del error de su madre al confundir a Amaia con Edurne.

—Es Amaia, madre. Amaia, mi prometida.

Entonces la cubana reaccionó.

—Lo lamento mucho —exclamó Amaia—. Solo quise usar uno de los vestidos de madre. —Su voz sonaba trémula.

—Estás preciosa, cariño —le dijo Salvador—. Todo ha sido un malentendido.

Victoria se sentó en uno de los sillones de la sala a beber una copita de *pru* que le había alcanzado Ramona. Cuando se repuso, se dirigió al comedor, donde estaban las jóvenes. Se acercó a Amaia mientras la analizaba con esa mirada tan suya, esperando hallar aquello que tanto le desagradaba en su sobrina:

—Debo reconocer que se ha superado, mi querida. Venga, que voy a hacer las presentaciones.

*

Aquella noche Jaime los acompañaba. Junto con él, habían llegado Hans von Krohn y su esposa Ellen.

Victoria los saludó con deferencia y presentó a Amaia a los comensales. Luego, sentó a la alemana a su lado. Enseguida se enfrascaron con entusiasmo en una conversación harto entretenida: el largo de los vestidos que permitían ver los tobillos de las mujeres. Aparentemente, eran furor en París.

Amaia se sentía un poco intimidada. Victoria, con ese parche en el ojo y sus maneras un tanto autoritarias, la cohibía, y su tío Jaime no terminaba de convencerla. Había algo turbio en su mirada que le causaba un terrible desasosiego.

Paula estaba más callada que de costumbre. Tal vez era por la presencia de los invitados extranjeros o de su madre, quien no perdía oportunidad de retrucarle cualquier comentario, hasta que, finalmente, había optado por cerrar la boca.

Cenaron pescado en salsa verde, acompañado de papas a la crema y, de postre, un helado de vainilla cubierto de chocolate. El café lo tomaron en la sala.

Salvador, callado y atento, trataba de escuchar la conversación de su tío con el alemán. El hombre sonreía complacido:

—Todo va a pedir de boca, mi estimado Jaime. Alemania avanza firmemente. Pronto seremos los vencedores. —El comportamiento alemán había sido cruel. Su aviación, que contaba con los temidos dirigibles, había bombardeado la cuidad de Amberes, ocasionando víctimas civiles. Además, también se la acusaba del maltrato a los prisioneros, llegando a causarles la muerte. De esta manera, Alemania violaba uno de los principios de la Convención de Ginebra, por la cual los países se veían obligados a asistir a los prisioneros, asegurándose de que no se atentase contra su integridad física y, también, que no fuesen ejecutados sin un juicio previo.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Jaime—. No hay duda de la superioridad de su país.

—Así es —intervino Victoria—. Lástima que España no los apoye.

—No piense usted así, *frau* Victoria. Muchos compatriotas suyos han estrechado vínculos con el gobierno alemán. Una prueba de eso es la entrada de nuestros submarinos en el Mediterráneo. Como comprenderá, sin la ayuda española hubiese sido imposible.

Jaime volvió a sonreír. Estaba al tanto de que los espías alemanes viajaban por toda España a su aire y ocupaban puestos estratégicos, en lugares como los hoteles y los clubes privados.

Salvador no daba crédito a lo que estaba escuchando. Al parecer su madre también apoyaba a los alemanes. ¿Serían solo expresiones inocentes o estaban involucrados de algún otro modo? Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando le vinieron a la mente las acusaciones de aquel anónimo: el intento de asesinato de Mikei, la muerte del científico alemán y ahora, también, la de Agosti. Cada vez tenía menos dudas de que, al menos, su tío estaba implicado en aquellos sucesos nefastos. Debía encontrar las pruebas a como diese lugar.

A Amaia la tenían sin cuidado todos los pormenores de la guerra. Ella solo deseaba que finalizase de una vez por todas para que no siguiesen muriendo tantos inocentes y poder viajar a la Argentina. Se había acostumbrado a leer los periódicos donde se informaba de los conflictos bélicos. Sin embargo, en aquel momento, prefirió abstraerse de la conversación y pensar en su familia, y también en Gabriela e Imanol. ¿Cómo la estarían pasando? Sin duda alguna, la mar de bien, a pesar de la quebradura.

Paula no los acompañó con el café.

—Discúlpame, Amaia. Debo reconocer que hoy me siento un poco indispuesta.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó, preocupada—. Si has estado perfecta todo el día.

—No, gracias. Con seguridad el pescado me ha sentado mal.

Victoria intervino, socarronamente:

—No se preocupe, querida, que mi hija tiene el estómago delicado. A menudo nos regala uno de estos actos que me amargan la existencia.

—Es cierto. La salud de Paula ha sido la cruz de mi pobre cuñada —intervino Jaime—. Se ha desvelado por ella con cada descompostura. Todo el mundo lo sabe y la compadece.

El matrimonio alemán escuchaba en silencio la conversación familiar. A Paula se le llenaron los ojos de lágrimas y Amaia quedó de piedra con el comentario. Salvador, en silencio, la acompañó a su habitación. Al observar la preocupación de su sobrina, Victoria intervino:

—No se moleste, querida, nuestra Paulita nos tiene acostumbrados a estas indisposiciones. La verdad es que no resiste no ser el centro del universo. En fin, venga, que quiero que todos prueben este delicioso *pru*. Es una bebida típica de mi entrañable Cuba.

Ramona apareció con una bandeja con copas ya servidas. Los alemanes lo bebieron encantados.

Amaia lo probó, aunque el gusto a ron era muy fuerte.

—Bébela toda, sobrina. Dicen que la primera vez hay que hacerlo de un viaje.

Amaia buscó con sus ojos a Salvador, pero el joven todavía no había regresado. No muy

convencida, lo bebió. Entonces sintió que el líquido fuerte se deslizaba como una llamarada por su garganta.

Cuando volvió Salvador, comenzaron a hablar del fin de la temporada. La reina y su séquito ya habían vuelto a Madrid.

Victoria y Jaime acompañaron a los invitados. La pareja se quedó hablando unos minutos en el vestíbulo. Por sus risas, se deducía que la cena había sido un verdadero éxito.

Amaia sentía las voces lejanas. La cabeza le daba vueltas y no tenía siquiera fuerzas para articular palabra. Luego, todo se fue poniendo blanco, muy blanco.

*

Cuando Amaia despertó, el sol entraba a raudales por la habitación. Tardó un rato en distinguir lo que la rodeaba porque se le nublaba la vista. ¡Esa no era su habitación y tampoco su cama! El lugar estaba amueblado sobriamente, sin ningún detalle femenino. ¿Dónde estaba? De pronto se dio cuenta de que alguien estaba acostado a su lado. Desesperada, comprobó que estaba junto a Salvador, que dormía profundamente. Un rubor intenso reptó por su piel cuando comprendió que se encontraba desnuda y él también. ¿Qué hacía en su cama? ¿Cómo había llegado hasta allí? Las lágrimas se agolparon en sus ojos. No recordaba absolutamente nada de la noche pasada. Solo el haber sentido un repentino mareo y que todo se había vuelto blanco. Con la respiración agitada, miró alrededor esperando no haber gritado, sabiendo que habían pasado tan solo unos segundos desde que había abierto los ojos. Buscó algo con qué cubrirse y así poder regresar a su habitación.

—¡Amaia! —exclamó Salvador—. ¿Adónde vas, amor mío? —le preguntó dulcemente, mientras la miraba con los ojos entornados.

—¡Dios mío, Salvador! ¡Qué vergüenza! No sé cómo ha sucedido esto. —Las lágrimas descendían por su rostro mientras esquivaba su mirada, que la recorría sin pudores.

—Del mismo modo que sucede con todas las parejas que se aman, de manera natural —le respondió, a la vez que la acercaba a su cuerpo.

—¡Suéltame! Eso no puede ser cierto. Yo jamás me entregaría antes del matrimonio y menos aún cuando tengo tantas dudas.

La frase quedó inconclusa cuando la puerta se abrió de golpe y Jaime entró a la habitación:

—¿Dónde has dejado los documentos que debo firmar, sobrino? —Al no obtener respuesta, levantó los ojos y entonces los vio—. ¡Virgen Santa de los Desamparados! ¿Qué significa esto, por Dios? —Las palabras salían como dagas de su boca, a pesar de que casi se atragantó al encontrarlos en la cama, desnudos—. ¡Salvador! ¡Amaia! ¿Cómo es posible? ¡Han perdido el juicio por completo!

—Escúcheme, tío. Por favor, no le cuente a mi madre.

Lo interrumpió indignado:

—¿Cómo te atreves siquiera a pedírmelo? No sé qué pasa por tu cabeza irrespetuosa, pero hay que ponerle un remedio a esta situación de inmediato. —Jaime abandonó la habitación mientras gritaba—: ¡Victoria! ¡Victoria!

Amaia sentía que estaba viviendo una pesadilla. No tenía fuerzas para juntar sus ropas, diseminadas por el lugar, y vestirse. Salvador la ayudó y se dio la vuelta mientras ella se adecentaba.

*

Victoria entró en la habitación echa un torbellino de furia:

—¡Dios Bendito! ¡Qué han hecho, inconscientes! —Viendo que Amaia lloraba, no tuvo reparos en decirle—: Mucho confié en usted, pero me ha decepcionado. Retírese a su habitación, que pensaré en un remedio para tanta vergüenza.

—Pero, tía, yo nunca…—farfullaba Amaia.

—Usted nunca ¿qué? —la interrumpió la mujer, a la vez que se llegaba hasta la cama y corría la colcha: en el centro, dos rosetones de sangre manchaban las sábanas blancas—. ¡Es usted una cualquiera! —le gritó.

Antes de que el alarido de Victoria pudiera sobresaltarla, recibió un bofetón en la cara que la dejó aturdida. Sintió las lágrimas que le escocían las mejillas como si estuviesen en carne viva.

—Llévela a la habitación y que Sagrario se quede con ella.

—¡Madre! No se pase —intervino Salvador, interponiéndose entre las dos. De pronto, cada uno de sus pecados, de sus miserias, le pisaban los talones como fieras enardecidas.

Amaia palideció por completo y se desvaneció. Él fue lo suficientemente rápido como para impedir que se estrellara contra el suelo.

Mientras Salvador cargaba a Amaia en brazos, Paula observaba la escena desde el descanso de la escalera. Estaba por ir a darle los buenos días a su abuelo cuando escuchó el escándalo. Vio a Victoria caminar con su tío Jaime hacia la puerta de entrada. Los dos conversaban enardecidos mientras salían apurados. ¿Adónde irían con tantas prisas? Cuando se dio cuenta de que no regresaban, se dirigió a la habitación de Amaia. Sagrario le hacía compañía, mientras la joven lloraba.

—Yo me quedo con ella. Puedes volver a tus quehaceres. —Se dirigió hacia la cama. Amaia la miraba impotente.

—No, niña Paula. Su madre me ordenó que no me moviera de su lado.

Sacando fuerzas de donde no tenía le replicó:

—Pues yo te ordeno que te retires.

Perpleja ante el aplomo demostrado por Paula, no tuvo más remedio que contestarle:

—Como mande la señorita. Pero luego no diga que no se lo advertí. —El ama de llaves le dirigió una mirada venenosa y salió. Paula le sacó la lengua mientras la mujer cerraba la puerta.

—¡Hay que cuidarse de esa bruja! ¡Apuesto a que es parte del aquelarre de doña Victoria!

Amaia no pudo evitar sonreír, a pesar de tener los ojos hinchados como dos bolsas de rojo sufrimiento y la nariz pelada de tanto llorar.

Paula se acercó a la cama y la abrazó con fuerzas:

—¿Qué ha pasado, Amaia? ¿Qué es todo este escándalo?

—¡Ay, Paula! Te lo juro por mi familia, que es lo más sagrado para mí en esta vida, que no tengo la menor idea. —Lloraba a moco tendido.

—A ver, Amaia. Vamos a calmarnos y me cuentas lo que recuerdes. Nada más que eso. Es necesario que te tranquilices. —Se dirigió a la mesa de noche y le sirvió un vaso con agua fresca —. Anda, bebe despacio, así vas ordenando tus ideas.

Amaia bebió unos cuantos sorbos y le contó con pormenores lo sucedido la noche anterior. Se había incorporado en la cama y, al finalizar el relato, su expresión era de completa tristeza.

—Solo de pensar en mi madrina, en mis hermanas… ¡en padre! No puedo siquiera tolerarlo.

—Está bien. Ahora te vas a ir serenando. A ver, respira profundo. —Paula le iba indicando cómo hacerlo.

Amaia exhaló con profundidad, queriendo aliviar una incómoda opresión en el pecho, pero con el suspiro solo consiguió exhalar el aire.

—Otra vez… otra vez… y otra. —De pronto comenzó a entonar la nana que acostumbraba a cantarle a su abuelo para tranquilizarlo. El resultado fue el mismo: Amaia cerró los ojos lentamente hasta dormirse por completo.

Paula se quedó pensando en el relato de su prima. No le cuadraba en absoluto. Ahora bien, ¿quién querría dañarla y por qué? ¿Su madre? ¿Salvador? ¿Acaso era la venganza de la que la había escuchado hablar un tiempo atrás? Si era así, debía encontrar una forma para impedir un atropello.

*

Salvador cabalgaba a dos lados por la arena, exigiendo en demasía al animal. Lo que había hecho lo llenaba de vergüenza. Amaia era una persona tan especial, inocente, cariñosa, buena. Y él, un malnacido que se había prestado a los juegos de su madre. Sabía muy bien que había cosas que no podían evitarse por más que lo deseáramos. La culpa no aliviaba el dolor. Se detuvo frente al mar y caminó descalzo por la arena. Una gaviota se zambulló y emergió con un pez en el pico. El lomo plateado lanzó destellos cuando el ave alzó vuelo. Salvador ahogó un suspiro lleno de remordimientos, mientras dejaba que la brisa golpeara su rostro. Tal vez de ese modo borrase sus pecados y los que iba a cometer.

*

La noche comenzaba a amortajar el paisaje. No tardaría en fundir a negro aquel lugar donde el mar dibujaba a su capricho. Me despertaron unos golpes en la puerta.

—Señorita Amaia, señorita Amaia. —Abrí los ojos para encontrarme con Sagrario. La mujer me miraba con cara de pocos amigos. Con un gesto severo me ordenó—: Adecéntese un poco. La señora Victoria la está esperando en la biblioteca.

No tuve más remedio que hacerle caso. Se había quedado plantada en la puerta. ¿Tendría miedo de que me escapara? ¿Adónde pensaba que me podría ir? Sin contestarle, me cambié el vestido y me lavé la cara. Con el ánimo por el piso, caminé hacia la biblioteca como si lo estuviera haciendo rumbo al Gólgota.

Cuando entré, me llevé una gran sorpresa que no pude disimular. Estaban presentes no solo mi tía Victoria con Jaime, sino también un sacerdote que no era el padre Iñaki; un hombre canoso de unos cincuenta años, con un bigote un tanto ridículo (un lado era más corto que el otro) y Salvador.

—Gracias, Sagrario —le dijo mi tía, mientras la despedía con un gesto. Yo no tenía la menor duda de que se escondería en algún lugar con tal de no perderse una palabra de lo que se iba a hablar.

—Siéntese, Amaia, por favor —me indicó Victoria, con un gesto algo compungido. ¿Estaría simulando o sería de verdad?

Le hice caso mientras me ubicaba en el único asiento disponible, entre el sacerdote y Jaime.

—En fin, mi querida —comenzó a decirme—. Hemos estado reunidos con don Luis, el párroco, y con el señor Fernández, nuestro abogado. —Nos miró a todos y prosiguió—: Debido a la magnitud de lo sucedido, hemos dado al fin con una solución. —Mi tía me miraba fijamente. Como yo era incapaz de unir dos sílabas, continuó—: En unos días se casará con Salvador. De ese modo su honor estará intacto, aunque su himen ya no.

—¡Madre, qué cosas dice! Por favor, no avergüence más a Amaia —intervino Salvador, enfurecido.

—¿A usted qué le pasa, hijo? ¿Acaso estoy diciendo una mentira? ¡Claro que no! Todos sabemos que el amor es ciego y no puedo culpar a su prima de que se haya dado cuenta tarde.

La vergüenza cubría toda mi piel como una mortaja. ¿Casarme con Salvador? ¿Tan pronto? ¡Si ni siquiera estaba segura de amarlo!

—Mi madrina estará de regreso en unas pocas semanas. Podemos hablar con ella y… —atiné a decir, para ser silenciada antes de concluir la frase.

—Pero ¡cómo se atreve! Es imposible esperarla. ¿Y si hay consecuencias? —Doña Victoria echaba chispas por los ojos.

—No entiendo. ¿A qué consecuencias se refiere? —pregunté, atónita.

Entonces mi tío hizo uso de la palabra:

—A que puede haber concebido un hijo, mi querida. No sabemos a ciencia cierta cuándo regresa su madrina, así que usted comprenderá que haya que acelerar los trámites.

—Por favor, esto más que una reunión familiar parece la Santa Inquisición. Sé que es pronto, pero Amaia se casará conmigo de buen grado. Al fin y al cabo, es lo que hace cualquier pareja de novios enamorados. —Salvador los enfrentaba, desafiante.

Lo miré sin entender. ¡No estaba enamorada! Y mucho menos había pensado en el matrimonio. Recién nos estábamos conociendo. Entonces intervino el párroco:

—Para salvaguardar el honor y el buen nombre de la familia, cuanto antes se celebre la boda, mejor. Como ella es menor, con el permiso de los tíos es suficiente. Tengo conocimiento de que el padre se encuentra en el extranjero. Además, hay que obtener la licencia correspondiente por su condición de primos.

Victoria hizo un gesto de asentimiento mientas nos despedía. Salvador corrió a mi lado para acompañarme a la habitación. El resto siguió reunido en la biblioteca. Mientras caminábamos, él me susurraba:

—No temas, mi chiquita. Yo te protegeré. Recuerda que te lo he prometido.

Traté de esbozar una sonrisa, mas fue en vano. Cuando llegamos, había una bandeja con café y panecillos. Con seguridad Begoña se había apiadado de mí. ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¿Con qué cara me enfrentaría a la familia? No me apetecía comer. Solo llorar y llorar.

—Ven aquí —me dijo mientras me abrazaba—. ¿Tanto detestas este matrimonio?

Tardé en responderle.

—Es todo tan rápido, tan vertiginoso. Estoy muy confundida. Además…

Sus dedos tomaron mi barbilla:

—Además ¿qué? —Me miraba fijamente.

—No recuerdo nada de lo que pasó. Mi mente está en blanco.

Me miró con dulzura.

—No pasó nada que tú no hubieses querido. Me entristece que no lo recuerdes, porque fue hermoso. Confío en que con el tiempo lo harás.

Avergonzada, repuse:

—La verdad es que tengo miedo. Jamás me había ocurrido algo semejante, ni siquiera cuando estuve muy enferma. —Ahogué un suspiro—. Tampoco está mi madrina. No me parece correcto.

Salvador me envolvió en sus brazos y me susurró al oído:

—Escucha, mi vida, tarde o temprano nos íbamos a casar. Si se adelanta la boda, no debes entristecerte. ¿O acaso ya no me quieres?

En aquel momento supe que no amaba a Salvador. Si así hubiera sido, al menos estaría contenta con el matrimonio, y no era así. Pero no tenía las fuerzas necesarias como para

explicárselo. Con un suave beso en los labios se despidió de mí:

—Descansa, que pronto seremos marido y mujer. —Me quedé angustiada con tantos recuerdos amargos en la memoria: la muerte de madre, las charlas de mis hermanas, los sermones de Encarna, la ausencia de padre. Sin poder evitarlo, un torrente de lágrimas se deslizó silencioso por mis mejillas.

Sevilla

Gabriela abrió los ojos muy despacio. Después de varios días de temperaturas altísimas, la fiebre había comenzado a remitir hasta desaparecer por completo. Estaba evolucionando muy bien. Su enfermedad parecía prácticamente curada. A pesar de encontrarse débil, pudo esbozar una leve sonrisa. Imanol trataba por todos los medios de que tomase algunas cucharadas del caldo que había mandado a preparar.

—Anda, bebe un poco. Así vas recuperando fuerzas. —Grandes círculos violáceos rodeaban sus ojos. En su rostro, las facciones se habían afilado, demostrando la pérdida de peso. Imanol había temido perder, por segunda vez, al amor de su vida, en esta ocasión en garras de la muerte.

Gabriela le hizo caso y bebió de a cucharadas el caldo.

—Eres un excelente enfermero. ¡Pronto me recuperaré! —Sus ojos se desviaron hacia la pulsera. El rubí ya había vuelto a su color original: rojo sangre.

—Eres un hueso duro de roer, cariño —le dijo él en son de chanza. Durante los días en los que la enfermedad no había cejado de dar batalla, la desesperación lo había acompañado como una fiel amante. Sin embargo, Gabriela había demostrado ser una luchadora innata.

Cuando se le había formado la tan temida membrana, él, sin dudarlo, había introducido sus dedos en la garganta de ella y así la pudo romper. Luego, siguiendo las indicaciones del médico, la había tirado al fuego y se había desinfectado.

—Tienes que prometerme que guardarás reposo hasta recuperar las fuerzas —le suplicó.

Asintió débilmente:

—No te libraras de mí con tanta facilidad, esposo. Lamento haberte causado tantas angustias y sinsabores.

—¡Calla! Ahora lo único que importa es que te recuperes. —A Imanol le había vuelto el alma al cuerpo.

—¿Y Amaia? —La preocupación horadaba su rostro.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Estoy preocupada, Imanol, muy preocupada. Hemos dejado a la niña sola durante tanto tiempo… —Su tono era apesadumbrado, como si llevara el alma a rastras. La frase “Desgracia llama a la desgracia igual que el miedo llama al miedo” le martillaba el cerebro.

—No hemos tenido elección, mi vida. Jamás hubieras podido viajar enferma, menos aún con

una enfermedad tan contagiosa.

Entendía la verdad en las palabras de su marido; sin embargo, la culpa la carcomía por dentro.

—Has demostrado ser muy valiente, Gabita. Ahora es momento de no bajar los brazos. No te tortures. En menos de lo que canta un gallo te reirás de tus temores junto con Amaia. Así como le mandé telegrama a ella, también le mandé uno a Julen. Con la compañía de Berenguela, de Paquita y la suya, no debió haber sentido tu ausencia.

—Confío en que no estés equivocado. —Se le cerraban los ojos. Lentamente se fue durmiendo.

—Ya verás que no. —Imanol retiró el tazón con el caldo y la abrigó con otra manta. El otoño había llegado con todo su esplendor. Hojas amarillentas y rojizas planeaban entre los rayos del sol para posarse en el suelo. Confiaba en regresar a San Sebastián antes de la llegada del invierno.

*

A los hermosos tonos del cielo se sumaban unas notas salitrosas, arrastradas hacia la costa por una ligera brisa. El mar, rabioso, reventaba espuma contra las rocas. A lo lejos, la campana de una iglesia llamaba a misa.

Mikei y Berenguela estaban sentados sobre la arena, al amparo de las altas rocas. Cada tanto, alguna que otra ola atrevida los salpicaba. Por un tácito acuerdo habían decidido no hablar sobre la muerte de Agosti o la peligrosa llegada de Irune.

Berenguela estaba feliz. Mikei iba recuperando fuerzas cada día. En unas semanas ya no tendría que usar los vendajes. Aprovechando esos minutos a solas, se habían besado y acariciado.

—¿Sabes, *maitea*? Estoy preocupada —le comentó la muchacha.

—¿Y eso por qué? No me gusta verte con el ceño fruncido.

—Hay algo que me da vueltas de un tiempo a esta parte y me impide conciliar el sueño.

Mikei la miró con preocupación:

—¿Qué quieres decir?

—Creo que sé quién alertó a la Guardia Civil sobre el hospital que teníamos en lo de la señorita Gabriela.

—Sabemos que fue un tal Iparraguirre.

—Ahora bien, ¿cómo se enteró el hombre? —Berenguela hizo una pausa mientras oteaba el mar. Una bandada de gaviotas sobrevolaba graznando el Cantábrico—. Estoy casi segura de que fue mi tío el que nos delató.

Mikei la miró sorprendido:

—¿Tu tío? ¿El que hace poco salió de la cárcel?

—Sí, sí. Cuando lo vi conversando con mi tía Paquita, me sorprendí. Ya sabes cómo le gusta a

ella darle a la húmeda, y mucho me temo que se lo haya contado.

—¿Y por qué tu tío los denunciaría? ¿En qué se podría beneficiar?

Berenguela dio un largo suspiro.

—Mi tío siempre fue uno de los hombres de confianza de Jaime Aguirre Larreta. No tengo dudas de que fue él quien logró sacarlo de la cárcel.

El rostro de Mikei volvió a ensombrecerse. Se estremeció como si el cielo se hubiese cubierto de nubes negras y la brisa del mar se hubiese vuelto gélida.

—Jaime Aguirre Larreta fue quien estuvo detrás de la muerte del científico alemán.

—¿Qué dices? —gritó Berenguela, con el pánico en los ojos—. Entonces él te disparó.

—Él personalmente, no. El que me disparó fue Gaizka. Pude verlo perfectamente.

Ella palideció por completo:

—Eso quiere decir que Jaime Aguirre Larreta está de acuerdo con los alemanes. ¿Se lo has dicho a Salvador?

—Todavía no. Primero quería hablarlo con el padre Iñaki.

—Entonces no perdamos tiempo. Tu testimonio es fundamental para apresarlos.

Mikei esbozó una sonrisa triste.

—¿Y qué le diremos? ¿Que estábamos ayudando a una familia alemana a escapar?

Berenguela se dio cuenta enseguida de su error.

—Mejor hablemos con el sacerdote. Él va a saber qué hacer.

Caminaron lentamente hacia la parroquia. El paseo había concluido.

*

Amaia había comenzado a recobrar su compostura. Se había dado cuenta de que no tenía más alternativa que casarse con su primo si quería salvar su buen nombre y el de su familia.

Paula era una amiga incondicional. En aquellos días oscuros la había acompañado y había tratado por todos los medios de distraerla. Salvador había viajado con Jaime a Barcelona y recién iba a llegar para la boda.

—¿Sabes? Pienso ir a visitar a la mujer encerrada en el altillo. Tal vez nos pueda dar alguna de las respuestas sobre tu madre. ¿Qué te parece si me acompañas?

Amaia no se sentía con fuerzas para hacerlo; sin embargo, sabía que su prima estaba intentando todo para levantarle los ánimos.

—No sé… Cuando la visité, me dejó muy perturbada. Tal vez lo que te diga no sea de tu agrado.

—Si no le pregunto, jamás lo sabré. Ven, vamos que ahora no hay moros en la costa.

Amaia accedió. Desde la noche fatídica un frío le apretaba el alma con grampas de hielo.

Subieron los escalones despacio, sopesando cada paso que iban a dar. Paula abrió la puerta

que, como siempre, estaba sin candado. El olor a encierro las sorprendió.

Desde un rincón de la lúgubre habitación, la joven de cabellos azules largos hasta el suelo las saludó con una sonrisa. Mirando a Paula, le advirtió:

—No coma lo que le den, niña, o pronto acabará criando malvas, como su padre. —Sus manos bordaban con pericia una especie de mantel.

El color desapareció por completo de las mejillas de Paula y de Amaia. Recobrándose, Paula la increpó:

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué me dice eso?

Con una sonrisa algo malévola, la muchacha agregó:

—Eso usted lo tiene que averiguar. Bien sabe que no es querida y, cuando no la quieren a una…

—Explíquese mejor —le suplicó Amaia al ver que el color había desaparecido del rostro de su prima. Ahora un blanco cerúleo se extendía por toda su piel.

—Almendras amargas… almendras amargas… —repetía la mujer.

Las jóvenes se habían quedado tan impresionadas que abandonaron casi corriendo el lugar.

Cuando lograron que el alma les volviese al cuerpo, comenzaron a hacerse preguntas:

—¿Qué habrá querido decir con que vigiles la comida? Tal vez esté en lo cierto. Si nos detenemos a pensar, siempre estás delicada del estómago —concluyó Amaia.

—Desde pequeña enfermo cada dos por tres. Me he visto sometida a cuanto tratamiento se le ocurriese a Victoria: lavativas, purgantes, medicinas inmundas.

—Y yo que pensé que también padecías tuberculosis.

—¡Gracias a la Virgen, no! El que sufrió esa enfermedad fue mi padre y también mi hermano mayor, al que no llegué a conocer. Era muy pequeña cuando falleció —comentó, apenada.

—¿Qué habrá querido decir con eso de las almendras amargas? —se preguntó Amaia.

—No recuerdo haber tomado jamás un remedio con ese gusto, aunque… —se interrumpió.

—¿Aunque qué?

Paula se aseguró de que la puerta de la habitación estuviese bien cerrada antes de comentarle:

—Cuando revisé el arcón de Victoria, me encontré con un frasquito que tenía ese olor, el olor a almendras amargas. Lo peor es que yo lo he olido con anterioridad.

—Entonces le podemos preguntar a Begoña con la excusa de que me dicte la receta del postre. ¿Qué te parece?

—Que no se diga más. Vayamos a la cocina.

En la cocina Amaia se empeñó en ayudar a Begoña a preparar el *goxua*. Disfrutaba sobremanera batiendo los huevos para hacer la crema pastelera. Mientras tanto, Paula le hacía preguntas a la cocinera.

—Begoña, ¿qué sustancia huele a almendras amargas?

La mujer se sorprendió:

—¿Para qué quieres saber, *nire neska*?

—Es que lo leí en un libro y no me acuerdo.

Amaia se entrometió en la conversación:

—Yo soy la culpable, Begoña, de la preguntadera. La pobre Paula no se acordaba.

Begoña les contestó sin dejar de preparar el bizcochuelo.

—El olor de las almendras amargas es típico de un veneno muy peligroso: el cianuro.

El color se borró de un plumazo del rostro de Paula.

Con la voz temblorosa, Amaia siguió preguntando:

—Si se administra en pequeñas cantidades, ¿qué efecto puede tener?

—Dolores de estómago, vahídos, debilidad… —De pronto Begoña se calló.

—¿Quién se encarga de mi comida, Begoña? —La barbilla de Paula temblaba—. Ese es el olor que siento algunas veces, luego… enfermo.

—Yo te la preparo, *afektua*. Pero es Ramona la que se ocupa de llevártela. —Con el rostro ajado por la tristeza se giró hacia ella. Entonces, un ataque feroz de tos dobló en dos a la mujer, que parecía haber envejecido abruptamente. Con torpeza se llevó un pañuelo a la boca. Amaia le dio a beber un vaso con agua; no era capaz de sostenerlo ella misma.

Cuando Ramona entró a la cocina por una jarra de limonada para su patrona, se encontró frente a tres pares de ojos acusadores. Paula, sacando fuerzas, la enfrentó:

—¿Por qué Victoria te hace echar polvos en mi comida, Ramona? ¿Acaso tú también me odias?

El color desapareció del semblante de la negra y sus ojos estaban desorbitados.

—Qué cosas dice, mi niña. ¿Cómo podría odiarla? Si la he criado yo solita. Los polvos esos son pa’ que recupere las juerzas.

La mirada de Paula taladraba la de Ramona. Amaia y Begoña observaban la escena sin entrometerse:

—Me doy cuenta de que a ti también te ha mentido. ¿Acaso jamás sospechaste que esos polvos eran veneno para enfermarme?

La negra fue presa de un vahído y debieron socorrerla antes de que se desplomase contra el suelo. Se ahogaba mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Begoña le preparó una tisana que apenas si pudo probar. Cuando recobró la compostura, le confesó:

—La amita me dijo que eran pa’ que usté se pusiera bien sana. Pa’ que no se enfermase.

Paula estaba fuera de sí.

—Pues entérate de que esos polvos son veneno. Victoria siempre quiso deshacerse de mí. ¿No te has percatado todavía?

A la criada no le salían las palabras para contestarle. Lo que le decía Paula era más de lo que podía soportar. Dijo incoherencias por un buen rato, hasta que finalmente pudo recobrar la compostura. Mientras se hacía la señal de la cruz con los dedos, le aseguró:

—Le juro por mi difunta mamacita que la señora Victoria me engañó. ¿Cómo podría querer hacerle un mal a usté, que es como una hijita pa' mí?

Ramona parecía una piltrafa humana. Jamás se había imaginado que el odio de Victoria para con su hija no se hubiera apaciguado con los años.

Paula la miró fríamente, como si la desconociera. Era trágico tornar desconocido a quien se quiere, mas no le había quedado otro camino. Tuvo miedo. La certeza de que Ramona, sin saberlo, le hubiese suministrado el veneno, la llenaba de congoja.

Amaia y Begoña permanecían calladas, envueltas en un silencio espeso, con el horror pintado en sus ojos.

Paula asentía con la cabeza. Su expresión era grave. No había dudas de que Victoria la quería muerta. "Al final la realidad descarnada te sorprende cuando menos te lo esperas, te da una paliza brutal y te deja olvidado en un callejón oscuro y poco transitado", pensó. Le había tocado un destino muy cruel que debería sobrellevar de la manera más digna posible.

Descendieron con Amaia las escaleras lentamente, como si cada peldaño reafirmara sus sospechas.

Cuando llegaron a su habitación, la joven pudo desahogar todas las lágrimas que había acumulado durante años. En silencio, Amaia la estrechó, la acarició y la dejó llorar sobre su hombro.

Al cabo de un largo tiempo, el llanto cesó:

—¿Por qué, Amaia? ¿Por qué Victoria quiere que me enferme? ¿Tanto puede odiarme? —Calló unos instantes a la espera del comentario que no llegaba y estalló—: ¡Maldito sea el día en que nací! —El dolor y ella eran viejos conocidos.

Amaia se había quedado en silencio unos minutos, buscando las palabras adecuadas para consolarla.

—Creo que tu madre está enferma de rencor, de rabia, aunque ignoro los motivos. Lo que ha hecho contigo se llama crueldad. En algún libro leí que, para algunas personas, la crueldad es como una droga que se esparce por todo el cuerpo, proporcionando un placer indefinido. Tal vez debas hablar con tu abuelo… o deberíamos buscar esas cartas de tu abuela cubana que él no recuerda dónde las escondió. Probablemente allí se encuentren algunas de las respuestas que tanto necesitas. Si te parece bien, mañana mismo nos ponemos a investigar. —Se interrumpió un instante para aconsejarla—: Creo que es mejor que hoy no salgas de tu habitación. Yo misma me encargaré de traerte una charola con comida.

Paula asintió mientras cerraba los ojos tratando de conciliar el sueño.

CAPÍTULO 16
LA BODA

Burdeos, Francia

Julen se despertó sobresaltado. El granero estaba en silencio. Comprobó que Irune siguiese dormida. La chiquilla había sufrido muchísimo esos últimos días y estaba en los huesos. Casi los descubrieron en dos oportunidades, pero a Dios gracias, habían logrado escapar indemnes. La pesadilla que había sufrido se relacionaba con Amaia. La había soñado presa de una infinita tristeza, de un dolor terrible. Luego escuchaba que gritaba tanto y tan fuerte que sus alaridos eran llevados por el viento hasta donde él se encontraba ¿Qué habría ocurrido? ¿Estaría Amaia bien? Detestaba aquellas pesadillas que solo conseguían inquietarlo. Porque, generalmente, sus sueños siempre se cumplían.

Se levantó despacio. Moría por fumar un cigarrillo, pero prefirió ser cauteloso. Sabía que no podría volver a conciliar el sueño. Las primeras luces del día se filtraban entre las maderas, iluminando con sus tenues rayos el lugar. Escuchó el canto del gallo. Muchos árboles se habían desprendido de sus hojas y otros pincelaban el paisaje con tonos amarillentos. Suspiró. Ya no faltaba nada para llegar a San Sebastián.

San Sebastián

La mujer caminaba de puntillas intentando mitigar el retumbar de sus zapatos en el vacío del templo. Apenas si había una o dos devotas arrodilladas rezando el rosario y otra cambiando el agua de los floreros. Las llamas de las velas en el altar mayor titilaban. El resto estaba en penumbras, invitando al recogimiento y la oración. El lugar olía a cera, a incienso, mezclados con el aire frío y húmedo.

Como todas las tardes antes de la misa de la seis, el padre Iñaki se encontraba en el confesionario con el alba blanca sobre su sotana negra. Luego de dos o tres feligresas que se confesaban más por aburridas que por pecadoras, escuchó una confesión que le heló el alma.

La mujer se había arrodillado y cubierto la cara con las manos, mientras el sacerdote abría la

rejilla del confesionario. Por un momento pensó en salir corriendo; sin embargo, cuando el padre Iñaki le dijo “Ave María Purísima”, se hizo la señal de la cruz y murmuró:

—Sin pecado concebida.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Cuánto hace que no se confiesa, hija?

—Han pasado muchos años, padre. —Vaciló unos instantes antes de agregar—: Estoy segura de que mis huesos acabarán en el infierno. Hace mucho tiempo que para mí el sol no está del lado correcto. Solo hay sombras —murmuró con la voz estrangulada.

—Hija, hable más alto así la puedo oír bien. ¿Qué pecado tan grave ha cometido?

El sacerdote, esperando escuchar una pelea entre vecinas o la maledicencia de otras, no se encontraba preparado para aquella revelación.

La mujer tenía un nudo en la garganta que la ahogaba y le dificultaba el habla:

—Padre, soy cómplice de un asesinato.

Notó el silencio del sacerdote del otro lado de la rejilla, su respiración agitada.

—¿Cómo dice, hija? —Creyó haber entendido mal.

—Sí, padre. —La pausa incómoda se estiró hasta hacerse insoportable. Al cabo de unos momentos agregó—: Hace unos días murió un joven en mi prostíbulo y yo no lo denuncié.

—¡Dios Santo! ¿Por qué no ha dado parte a las autoridades? Motivos muy importantes ha de tener.

La mujer comenzó a sollozar.

—Verá, padre, desde que mi marido murió en el mar, los pocos ahorros que he tenido se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos.

El padre percibió el sollozo de la penitente:

—Continúe, hija. —Estaba acostumbrado a escuchar historias muy parecidas. Vidas atrapadas entre las miserias y los vicios, la falta de oportunidades, el hambre, la soledad.

—Vivo en uno de los pueblos de las afueras, en un sitio alejado. ¡Ay, padre! ¡Yo no quería, no quería!

—Hable tranquila, hija. Dios es misericordioso. —Su semblante estaba velado por la preocupación.

—Comencé a alquilar las habitaciones de la casa que heredé de mis padres para parejas ocasionales. Pero luego, mal aconsejada por un conocido, la transformé en burdel. —Había entendido por las malas que los años desnudaban el calendario a una velocidad asombrosa y que las ilusiones pronto morían en el olvido. A esas reflexiones trataba de aferrarse como a un clavo ardiendo para justificar lo injustificable—. No en un burdel cualquiera, padre. —La mujer ya sollozaba con espasmos.

—¿Qué quiere decir, hija? Vamos, vacíe su corazón de tantas tribulaciones. Recuerde que es Nuestro Señor, que todo lo ve y todo lo oye, quien perdonará sus pecados.

—Es que me puede la vergüenza, padre. —Buscó en un bolsillo un pañuelo y se sonó la nariz —. Es un prostíbulo para hombres y mujeres con gustos… diferentes.

—¿Cómo así, hija? Explíquese.

—No hay mujeres prostitutas sino muchachitos disfrazados de mujeres, desesperados por ganarse unas monedas. Al principio pensé que el negocio se iba a ir a pique; sin embargo, nada más lejos. Tengo una gruesa cartera de clientes —le confesó avergonzada.

El sacerdote sentía que el corazón se le desbocaba de su pecho, la sangre se le helaba y las palabras se le quebraban antes de salir de la boca.

—También hay un cliente con gustos extravagantes: le gusta disfrazarse de mujer, entre otras cosas… —La voz se le iba apagando.

Preso del espanto, el padre Iñaki prefirió no escuchar los detalles.

—Explíqueme cómo participó en el asesinato.

Lágrimas silenciosas bañaban el rostro femenino. Hubieron de pasar varios minutos para que se atreviera a seguir con la confesión:

—Unas noches atrás, uno de mis clientes más poderosos, pidió por "Rebecca", así era el nombre de guerra del pobre gitanillo. Siempre lo quería en exclusividad, pagaba sumas muy abultadas para ello. Entonces, aquella madrugada…

—Prosiga, hija, prosiga.

—Aquella madrugada encontré a "Rebecca" muerto sobre la cama. Estaba desnudo y tenía en el rostro las marcas de unos nudillos de bronce. —La palidez de su rostro resaltaba la oscuridad en torno a sus ojos.

—¿Cómo así? —interrumpió el sacerdote.

—Sí, este cliente los utilizaba más de la cuenta. Todos le temían, solo el gitanillo accedía a pasar la noche con él. Entonces, al verlo muerto, entré en pánico. Esperé a que oscureciera, lo envolví en la sábana manchada con su sangre y lo enterré bajo uno de los árboles de mi jardín. Padre, estoy aterrorizada.

Hubo un silencio tenso, como si el aire se hubiese tornado irrespirable, la saliva fuera más espesa y la sangre se le hubiese congelado en las venas. Finalmente, el sacerdote preguntó:

—¿Ha notificado a la familia del muchacho?

—No, padre. Era un pobre huérfano. —Hizo una pausa—. Temo a este hombre poderoso.

—Bastante penitencia tienes, hija mía. Sin embargo, debes denunciarlo con las autoridades. Ese crimen no puede quedar impune. —El sacerdote intuía que era inútil argumentar.

—No me pida eso, padre. Jamás me animaría. Pertenece a una de las familias más notables de España. —Sabía que no tenía fuerzas ni ánimos para enfrentarse a un poderoso. Hizo una pausa para tragarse la angustia—: Estoy hablando de Jaime Aguirre Larreta.

Un escalofrío recorrió al sacerdote. Muy dentro de sí, había esperado que pronunciara aquel nombre. No le extrañaba en lo absoluto—. Hija, a menudo nos toca en la vida una suerte muy

cruel, que es necesario sobrellevar de la manera más digna posible. Ninguno de nosotros es un santo. Me doy cuenta de que está arrepentida. —El padre Iñaki le dio la absolución—. Haga el esfuerzo de sobreponerse a su miedo y denuncie el crimen. —Mientras hacía la señal de la cruz, escuchaba los sollozos de la mujer.

—No puedo, padre. No puedo —hipó—. Estoy aterrorizada. —Con esas palabras, Asunta salió casi corriendo de la iglesia.

El padre Iñaki sabía que el secreto de confesión era inviolable. Frustrado, se quedó pensando en la visita que le habían hecho Berenguela y Mikei. Le habían contado la supuesta participación del tío de esta en la denuncia del hospital clandestino y también la mano de Jaime Aguirre Larreta detrás de todo. ¿Cómo hacer, Señor, para que aquel pérfido acabara de una vez por todas con tantas componendas siniestras? El sacerdote sabía que en algún momento la Virgencita le indicaría el camino.

*

El cielo azul, custodiado por un sol que no calentaba en demasía, no lograba levantarle el ánimo. Aquella mañana Amaia estaba sometida a las infinitas pruebas de la modista para tener el vestido de novia listo en tiempo y forma. Ya se habían publicado las amonestaciones en la parroquia y no faltaba nada para el evento.

No se sentía feliz; más bien, resignada. Siempre había soñado con una boda muy diferente, acompañada por su familia, por su madrina, y no en manos de aquella detestable mujer.

Saber que a Paula la envenenaban le había supuesto un golpe del que no se podía reponer. Necesitaba hablar con Salvador urgentemente para ponerlo al tanto de lo que estaba ocurriendo. ¿Le creería? Era muy poco probable. Ninguna madre en su sano juicio enfermaría a un hijo. ¿Estaba Victoria bien de la cabeza? Lo dudaba. Lo que sí tenía claro es que la mujer provocaba el sufrimiento en la hija para luego ser ella la receptora de la compasión y la simpatía de los que la rodeaban. Y así era como un ser puramente egoísta como su tía podía ascender a los altares de la santidad en la familia.

Amaia la miró de reojo. Aquel ojo de Victoria era un abismo donde reinaba la oscuridad. En apenas unos instantes creyó leer en él el rencor, la envidia y un odio que le resultó insoportable. Una sensación de angustia le invadió el cuerpo. La mujer le provocaba repelús. Por eso, no tuvo más remedio que desviar su mirada.

—Venga, que ya las pruebas han concluido. Ahora vaya a la cocina y que Begoña le sirva un tazón de chocolate con algunos bollos. De un tiempo a esta parte se ha puesto en los huesos —la amonestó.

Asintió con un gesto mientras abandonaba la habitación. Temía que su tía pudiese leer sus pensamientos.

Se dirigió a la cocina y se hizo preparar la merienda para ella y para Paula. Cargada con la bandeja, se dirigió a la habitación de esta.

La encontró en la cama, con los ojos cerrados. No pudo evitar compadecerse: tan hermosa, tan joven, tan acosada por la crueldad de una madre sin corazón. Por primera vez se sintió desolada. ¿Cómo consolar a una hija cuya madre no la amaba? No tenía argumentos.

—De ahora en adelante solo comerás lo que te alcance Begoña. Yo misma me encargaré de velar por tu alimentación. Prométeme que no tomarás ni siquiera un té que te ofrezca otra persona.

Una débil sonrisa se dibujó en el rostro de Paula:

—Lo prometo. —Bebió lentamente el chocolate—. No sé cómo voy a pagarte todo lo que haces por mí.

—Me daré por satisfecha si te recuperas.

Paula movió afirmativamente la cabeza.

—¿Por qué no lo haría? Si desde que tengo uso de razón desconozco el amor de una madre. Que me echara veneno en algunas de mis comidas no debería sorprenderme tanto. Al fin y a la postre, siempre consigue que todos la compadezcan a costa de mí.

—Debes rodearte solo de personas en las que puedas confiar. —dijo Amaia. Paula le dirigió una mirada escéptica—. Por ejemplo de Begoña, de Salvador, de Nikola—comenzó a enumerar dándose cuenta con tristeza de que no había muchas personas.

—Lamentablemente nunca más voy a poder fiarme de Ramona. —Hizo un gesto de desencanto—. Cuando la traición viene de los seres queridos, la palabra adquiere otro significado.

Amaia estuvo de acuerdo, sin imaginar que ella pronto estaría sintiendo lo mismo.

—Borra esos pensamientos funestos de tu cabeza y pensemos en qué lugares pudo haber escondido las cartas tu abuelo.

—Lo haré, lo haré. Ahora que Victoria está zambullida en los preparativos de la boda, no creo que repare mucho en mi presencia.

—Termina el chocolate y demos un paseo por la playa. La brisa marina nos va a levantar los ánimos —le sugirió, mientras buscaba en el ropero un abrigo para Paula. Un cambio de aires les iba a sentar de maravillas.

*

Faltaba muy poco para la boda. Amaia releía la carta que le enviaría a Sonsoles mientras la angustia crecía en su pecho.

Querida hermana:

No tengo el modo de contarte lo que me está sucediendo sin sentirme completamente humillada. Cuando hayas recibido esta carta yo ya estaré casada con Salvador Aguirre Larreta. Sí, hermana, ¡casada con uno de nuestros enemigos! Te preguntarás por qué las prisas y los motivos. En la carta anterior te hablé de la pierna que se quebró Gabriela en su luna de miel, de ahí que tuve que mudarme, para guardar las formas, a la mansión de los Aguirre Larreta. Sin embargo, de nada sirvió. Me muero de vergüenza al tener que decirte que nuestra tía Victoria me encontró en la cama con Salvador. ¡Y desnuda! Te juro por la Virgencita del Carmen que yo no me acuerdo de nada, Sonsoles, de nada. Lo último que viene a mi mente es cuando nos encontrábamos bebiendo una copa de pru*, en una cena, junto con un grupo de invitados. Luego todo se puso blanco.*

Al despertar, me encontré al lado de Salvador. Quise huir a mi habitación, pero justo entró nuestro tío Jaime y se armó la Marimorena. Entonces, apareció Victoria y corrió las sábanas: había dos rosetones de sangre. ¡La mía! Sin embargo, no puedo dejar de pensar que en aquel momento no sentí nada especial. No sé… algo me hace ruido. Como te imaginarás, enseguida concertaron la boda. Como soy menor, y ellos mis tíos, no hubo problemas con los permisos y las dispensas por ser primos y ¡mañana me caso! ¡Ay, hermana! Extraño tanto a Julen, lo que me hace pensar que no estoy enamorada de Salvador. Tengo la esperanza de poder quererlo en un futuro y así evitar que mi vida se convierta en una desgracia. También sé que él no es del todo sincero conmigo. A veces se convierte en un verdadero extraño y eso me da mucho miedo. ¡Ay, Sonsoles! Estos temores no los puedo hablar con nadie, ni siquiera con Paula, que ya tiene suficiente con los suyos. Jamás podrás soñar lo que descubrimos…

Tuvo que interrumpir la lectura al escuchar un alboroto en la planta inferior y alguien que gritaba su nombre. ¡Era Salvador, recién llegado de Barcelona!

Con dos zancadas se acercó a Amaia y la abrazó con fuerzas mientras murmuraba:

—Ni te imaginas cuánto te he extrañado, amor. Que esta sea la última vez que estemos separados. —Como estaba el personal de servicio presente, se abstuvo de besarla—. Mira lo que te he traído. —Entonces Amaia se percató del sinfín de paquetes desparramados por la sala.

—¡Salvador! No debiste haberte puesto en gastos por mí —le dijo, apabullada por la pila de cajas.

—Tú te mereces solo lo mejor. —Ocultó una mueca mientras desviaba la mirada. Temía que sus ojos revelasen la angustia por cometer el mal. Todavía estaba a tiempo de impedir que la vida de ella se convirtiera en un auténtico infierno.

Amaia abría los paquetes llena de emoción: vestidos de Worth de los que se enamoró por completo, especialmente de uno color verde limón; sombreros, zapatos, guantes, un precioso neceser de piel de cocodrilo y hasta una sombrilla hecha con encaje.

—Todo es magnífico, aunque no era necesario. —No podía dejar de sentirse culpable por todas las dudas que la acometían.

La mirada de Salvador estaba cargada de amor y de algo más, que en aquel momento Amaia no supo descifrar:

—¡Qué más le puedo pedir a la vida con una novia tan bella!

Ella se ruborizó.

—¿Podemos ir unos momentos al jardín? Necesito que hablemos. —Como había refrescado, se envolvió en el chal.

Caminaron despacio rumbo al estanque. No sabía muy bien cómo preguntarle algo tan delicado. Finalmente se decidió a hablar sin preámbulos:

—No me habías contado nada de que tuviste un amor con Zuria.

Salvador se quedó helado. Sus peores temores se vieron confirmados. ¿Quién le había ido con el cuento? ¿La propia Zuria? ¿Lo sabría Julen? Lo dudaba, pues él lo hubiese enfrentado a los golpes o en un duelo. Ahogó un suspiro antes de contestarle:

—No es algo de lo que me enorgullezca, pero sí, estuvimos juntos un tiempo.

—¿Y la amaste mucho? —Su voz era apenas un murmullo.

—Jamás. Lo de Zuria fue más bien un capricho que no condujo a nada bueno. En fin, ahora me arrepiento del daño que he podido causarle.

—¿Y Julen? ¿Qué dijo?

Salvador palideció.

—Julen nunca sospechó. No quiero ni imaginarme su reacción de haberlo sabido. —La miró serio—. Jamás se lo digas, por favor.

Amaia asintió sin dejar de sentir un gusto amargo en la boca. ¡Claro que no lo haría! Debía evitarle a Julen esa vergüenza. La confesión de Salvador le había caído como un balde de agua helada. ¿Con quién se iba a casar? Se tragó un sollozo para no resultar patética.

—Tú eres mi único amor. Desde que te vi entraste como un fuego en mi corazón y me enamoré como un loco. —Salvador decía verdades. En aquel juego de venganzas él no iba a salir indemne—. No dudes de mí. —Se le acercó y le murmuró al oído—: ¿Sabes? Te he extrañado tanto… tu perfume, tu piel… tu boca… —Entonces comenzó a besarla con suavidad.

Amaia correspondió a sus besos tibiamente.

*

Aquella noche tuvo una pesadilla. Se despertó sobresaltada con el horrible presentimiento de que algo terrible le iba a suceder. Había soñado con Salvador, quien se había convertido en un cuervo, con los ojos azules vacíos y plumaje negro. Quería acabar con su presa, es decir, con ella.

Se dio cuenta de que no estaba sola en la habitación. Ahogó un grito al ver la figura de Victoria cerca de su cama. La luz de la luna que se colaba por la ventana iluminaba aquel ojo cargado de resentimiento.

—¡Victoria! ¡Qué susto! —alcanzó a decir.

La voz de la mujer sonó delicada cuando le dijo:

—Has tenido una pesadilla, cariño. Muy comprensible por los nervios de la boda. Ahora duerme, que mañana debes estar radiante.

Amaia recién pudo conciliar el sueño bien entrada la madrugada. La astilla del miedo seguía clavada en su corazón.

*

El frescor del alba le golpeó la cara a Salvador al abrir la puerta ventana de su habitación. La luna menguante se recortaba en el firmamento y, aunque el sol no osaba aún asomarse, el cielo ya era azul. Una mañana esplendorosa para su boda. Encendió un cigarrillo. Aquellos días había fumado tanto que pensó que él mismo se iba a convertir en ceniza. Sin quererlo, recordó lo que le habían enseñado alguna vez: todo efecto tenía una causa y todo conflicto una solución, así como todos los candados tenían una llave. ¿Sería él capaz de encontrar otra salida?

*

Unos golpes en la puerta hirieron la quietud de la casa de Asunta. Todos dormían luego de los efectos de una noche de jarana. Asunta consiguió levantarse a duras penas. Despacio, se envolvió en su salto de cama de terciopelo color borgoña, arruinado en varias partes por las polillas, y se calzó las chinelas. Arrastrando los pies, se dirigió a la entrada. Con seguridad algún cliente había olvidado algo. No era la primera vez que sucedía. Sin embargo, al abrir la puerta, se encontró con la Guardia Civil.

Los uniformados entraron sin ceremonias.

—Tenemos órdenes de revisar toda su casa y también el jardín —le comunicó el oficial Berazategui, escuetamente. Había recibido una denuncia anónima sobre la muerte de un gitanillo en el burdel.

La meretriz supo que su libertad había llegado a su fin. ¿El sacerdote la habría traicionado? Imposible. El secreto de confesión era inviolable. Pero ¿quién? En el fondo de su ser, respiró aliviada. ¡Al fin iba a poder librarse de la angustia de tanto tiempo! Sin mayores comentarios y recuperando su sonrisa olvidada hacía tiempo, les indicó:

—Allí tienen palas y azadones. Excaven debajo de aquel árbol.

La tierra comenzó a apilarse mientras los hombres cavaban hondo. Al rato escuchó las voces

de los soldados, mezcla de repugnancia y solemnidad, al encontrar los restos de Rebecca. Entonces se llevaron a Asunta al cuartel. Ella solo pidió que la dejasen cambiarse de ropas: se puso un antiguo vestido, de cuando era una señora respetable y vivía con su marido. Con lo puesto, marchó presa.

En el cuartel, el oficial Berazategui la interrogó. Habían recibido un anónimo con el lugar donde se había perpetrado el asesinato:

—Como usted se imaginará deberá cumplir un tiempo a la sombra, pero si quiere evitar una posible condena por garrote vil o muchos años en prisión, será colaborando con información sobre Jaime Aguirre Larreta. Si lo atrapamos, su testimonio será clave para condenarlo. —Tenían denuncias anónimas de que colaboraba con los alemanes fabricando barcos en el astillero, a los que les cambiaba la bandera.

Asunta estuvo de acuerdo. Deseaba escupir todo aquello que la había estado comiendo viva, como un tumor maligno dentro de su cuerpo. Ya nada importaba más que la verdad: Jaime Aguirre Larreta había matado al pobre gitano y ella tenía en su poder la prueba que lo condenaba: los nudillos de bronce con sus iniciales.

*

Paula se sentía morir. Todo iba de mal en peor desde el momento en que le había pedido explicaciones a su hermano, antes de la ceremonia. Había pretendido que él le revelase con pelos y señales lo ocurrido en aquella noche nefasta. Todo lo que le había dicho Amaia no le cuadraba en lo absoluto, aunque se había guardado muy bien de decírselo. Sin embargo, antes de entrar a la habitación, había oído la inconfundible voz de Victoria. Se había acercado despacio hacia la puerta entreabierta. La conversación se escuchaba con claridad.

—¡Gracias al cielo que salió todo tal y como lo hemos planeado, Salvador! ¡Hoy es un gran día! Ya sabe qué hacer, hijo, para completar la venganza.

—Madre, todo este plan suyo es muy perverso. Amaia no se merece ese destino. —Tomó aire para luego agregar—: Me siento como un verdugo que va a hacer pasar a su víctima por todas las estaciones del Vía Crucis.

—¡Cállese, cállese! ¿Acaso su hermano merecía morir? ¿Acaso Edurne y su esposo tuvieron compasión de mi Toñito? Pues no, Salvador. Nadie de esa familia se apiadó de su hermano. Peor aún, aceleraron la muerte de mi niño.

—Lo sé, madre, lo sé. Usted se ha encargado de machacármelo desde que tengo uso de razón. Pero, ¿sabe? Amaia es inocente.

—Tan inocente como su hermano Toñito. ¿Ahora se me va a echar para atrás? Si es así, me lo dice ya mismo, que estoy a tiempo de tomar otras medidas.

—¿De qué medidas me habla, madre? ¿Qué pasa si le cuento a Amaia que esa noche fue

drogada y que nunca perdió su virginidad?

Paula se quedó helada. Entonces Amaia había sido llevada a la habitación de su hermano inconsciente. ¡Todo había sido un engaño! Pero ¿por qué? ¿Cómo era posible que existiesen seres tan ruines? Debía impedir esa boda a como diese lugar. De todos modos, decidió escuchar el resto de la conversación.

—Haré con ella lo mismo que su madre hizo con mi niño. La mataré. Y esa muerte pesará sobre su conciencia, Salvador.

—Si piensa matarla, ¿para qué la quiere casar conmigo?

—Para humillarla y así poder disfrutar de su calvario. El escarnio público es aún peor que la muerte en la sociedad en que nos ha tocado vivir. Piénselo bien, Salvador, antes de arrepentirse. —Con esas palabras, abandonó la habitación. Victoria jamás olvidaría cómo había sido castigada por ser hija de una cuarterona. En la sociedad cerrada de España, si Amaia era repudiada, no tendría más oportunidades. Sufriría del mismo modo que había sufrido ella al tener que casarse con el pusilánime de Felipe. “Pronto esta ciudad se va a convertir en un infierno y Amaia arderá con ella”, se juró.

Aquella conversación cayó como una losa sobre Paula. Se escondió para que su madre no advirtiese su presencia. Aguardó unos momentos y entró en la habitación.

Él ya se hallaba vestido para la ceremonia. Impecable, enfundado en un traje negro de corte inglés. En la camisa blanca llevaba los gemelos de su difunto padre. La corbata gris perla estaba anudada a la perfección. Los zapatos relucían luego de haber sido embetunados por Nikola. Llevaba los cabellos peinados hacia un costado y olía a colonia para después de afeitar. Estaba impactante.

—No puedo creer lo que escuché, Salvador. ¿Cómo te prestas a tanta perfidia? No dudes de que Toñito y padre deben estar revolviéndose en sus tumbas. —Paula hablaba a borbotones.

Salvador la miró contrariado:

—¿Acaso tengo alguna opción? ¿No has escuchado que quiere matarla?

—¡Claro que lo escuché! Y hay que salvarla. No sé qué piensas hacerle, pero intuyo que debe ser terrible. ¿Por qué la engañaste haciéndole creer que había sido tu mujer?

—Para que se case conmigo, solo para eso. Jamás le toqué un cabello.

—Pero si son novios, ¿por qué no esperar?

—Madre no puede esperar. Si no accedo a sus peticiones se cobrará su precio. Además, con toda seguridad su madrina no le hubiese dado el permiso... —Dudó unos instantes antes de proseguir—: Creo que Amaia no está muy segura de sus sentimientos.

—Son despreciables. Ambos. Ella, por querer vengarse de no sé qué y tú, por hacerle caso. Pero yo voy a impedir ese matrimonio. —Estaba decidida a advertirle a su prima.

—No lo hagas, hermana, o la ira de madre caerá sobre ti y eso sí que no podría soportarlo.

—¿Y no soportas lo que le van a hacer a tu futura esposa? Siempre te creí una persona sensata.

No te prestes a los juegos de Victoria. Si realmente la amas, debes renunciar a esa venganza. —Decidió no contarle aún que su madre la envenenaba desde siempre. Ahora lo importante era que atendiese razones y no se casase con Amaia. Debía poner todo su empeño en convencerlo.

—Las mayores locuras suelen protagonizarlas los juiciosos. Madre no me ha dejado opción. —Trató de abrazarla, pero Paula apartó sus manos. Él no parecía advertir que, junto con las manos, le retiraba su confianza.

—Si te empeñas en cavar tu propia tumba, adelante. Mas no cuentes conmigo para ser tu cómplice —afirmó tajante. Estaba visto que había subestimado el poder y la influencia de una madre maligna para enloquecer a los que estaban a su lado.

Salvador la miró apenado y salió de la habitación.

Perturbada, decidió contarle la verdad a su prima. Tenía clavada en el pecho la certeza de que debía impedir esa boda. Sin embargo, cuando fue a abrir la puerta, la encontró cerrada con llave. ¡Salvador la había encerrado!

Desesperada, se echó sobre la cama de su hermano y lloró amargamente. Jamás iba a llegar a tiempo.

*

A pesar de las circunstancias, mi tía organizó una boda con todo boato. No sé cómo pudo hacerlo, pero me encontré luciendo un hermoso vestido de novia, confeccionado con seda francesa, con perlas incrustadas en el pecho y en la falda, que caía con gracia hasta el suelo. Delicados bordados adornaban el escote cuadrado y las mangas. Berenguela, a pedido de mi tía, se encargó de hacerme un peinado recogido con una redecilla. Había decidido usar el velo de mi madre, a pesar del disgusto de Victoria. Pero, en esta ocasión, no di mi brazo a torcer. El ramillete que luciría lo habían hecho traer desde Santander. Sin embargo, no me sentía feliz. Hice un esfuerzo para evitar que mi amargura se convirtiese en llanto. No estaban presentes mis hermanas, ni padre, tampoco Encarna o Gabriela. Ninguno de mis seres queridos me acompañaría en este día tan especial.

Berenguela no entendía nada de cuanto acontecía. Le había pedido a mi tía que le permitiese hacerme compañía, no quería sentirme tan sola. Extrañaba la presencia de Paula, con sus risas y su conversación incesante.

—Pero ¿cómo es que se casa, así, tan pronto, sin su madrina? —me preguntaba horrorizada.

—Ahora no te lo puedo contar. Más tarde lo haré. Pero has de saber que no tuve remedio. —Suspiré, mientras le aclaraba—: Será de Dios que lo tengo que hacer en estas circunstancias.

—¡Ay, Jesús! ¿Acaso su madrina no mentaba siempre que, cuando Dios cierra una puerta, el diablo abre una ventana? ¿Por qué no la espera? No se apresure —insistía Berenguela.

—Es que no tengo solución. He cometido un error imperdonable y estoy demasiado apenada.

Le he prometido a mi tía Victoria que iba a cumplir.

—Aunque la pena sea negra, siempre hay un mañana. No se apresure, por favor. No se case por vergüenza y miedo.

Cuando la miré, sentí una punzada dolorosa en el estómago.

—¿Has visto a Paula? No me han dejado visitarla en toda la mañana. Dicen que cursa una enfermedad contagiosa. —No podía evitar sentirme preocupada. Anoche la había dejado en buen estado. Yo misma le había alcanzado los alimentos. En cambio, ahora, ¿quién lo haría?

—Debe ser así, pues Sagrario custodia la puerta como un cancerbero —acotó Berenguela, mientras daba los últimos retoques a mi atuendo. Me hubiese encantado usar el vestido de madre, pero Victoria se había negado de plano. Decía que aquella boda solo había traído desgracias.

La noche anterior, antes de irme a la cama, Victoria me había mandado llamar a su habitación. Me estaba esperando con un estuche de terciopelo azul oscuro, muy parecido a aquel que había recibido madre antes de morir. Ella lo acariciaba con sus dedos largos y finos. No pude evitar estremecerme. Me pidió que lo abriera. Cuando lo hice, me sorprendí al encontrarme con un collar de perlas. Quería que lo usara en la boda, ya que era su regalo. No pude evitar estremecerme ante su mirada insondable.

Cuando Berenguela las vio, se espantó:

—No se le ocurra ponérselas, por favor.

—¿Y eso por qué? Creo que, si no lo hago, Victoria se disgustará profundamente.

—Todo el mundo sabe que las novias no usan perlas. Las perlas jamás se regalan. Traen mala suerte. Simbolizan lágrimas y producen tristeza. Por favor, Amaia, no las use —me rogó.

La miré desencajada. Sabía que no tenía más remedio que usarlas si no quería sufrir la ira de la que pronto se convertiría en mi suegra. Con un hilillo de voz le pedí a Berenguela que me ayudara a colocarlas sobre mi pecho.

*

La iglesia estaba adornada con lujosos ramos y guirnaldas de flores. Los invitados, lo más granado de la alta sociedad, esperaban en los bancos que les habían sido asignados. Me bajé del automóvil y contemplé la extensa alfombra roja que se desplegaba ante mi vista. Comencé a subir los peldaños, ajena a las miradas de los curiosos que se agolpaban en la entrada. Sentía que estaba inmersa en un sueño del que despertaría en cualquier momento. Caminaba impulsada por una fuerza ajena a mi voluntad. Al entrar en la iglesia, me recorrió todo el cuerpo un escalofrío junto con una punzada de angustia que se alojó en un rincón de mi corazón. El altar principal estaba cubierto por un mantel con un bordado exquisito. Como un relámpago me vino a la mente la imagen de la nieta de la santera con el hilo y la aguja. ¿Acaso

esos bordados eran suyos? ¿Sería eso posible? Mis pensamientos se vieron interrumpidos y no pude evitar estremecerme al escuchar los acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn. Mi tío Jaime me esperaba para darme el brazo y escoltarme hacia el altar, donde estaba Salvador. Traté de vislumbrar en aquellos rostros alguna cara amiga, mas no fue posible. Entonces decidí enfocar la mirada en mi futuro esposo. Reconozco que mi corazón comenzó a latir con esperanzas al verlo. Estaba impactante enfundado en un traje oscuro y me miraba fascinado, con un brillo en los ojos ausente hasta aquel entonces. Un brillo de pasión, de un amor intenso. Al menos, eso era lo que yo pensaba. Me perdí en ellos, hechizada por aquella expresión segura y misteriosa a la vez. A su lado, Victoria lucía un vestido de chantilly negro con aderezos de pequeñas incrustaciones de diamantes. Por supuesto, llevaba el parche haciendo juego. Me asustó su mirada triunfal. ¡Qué lástima que no hubiesen estado presentes Imanol y Gabriela! Qué distintos hubiesen sido los preparativos con la ayuda de mi madrina, aunque… ¿hubiese dado el permiso para este matrimonio? Esa duda me ensombrecía. Decidí no pensar más en ello. Lamenté profundamente que no nos casara el padre Iñaki. En su lugar, lo hizo aquel sacerdote que había conocido cuando me habían llamado a la biblioteca. La mirada y el gesto frío del prelado no me gustaron en lo absoluto.

—Salvador Aguirre Larreta, ¿acepta como esposa a Amaia Rojas? —preguntó el sacerdote.

La voz de Salvador se escuchó clara y fuerte cuando contestó:

—Sí, acepto.

—Amaia Rojas, ¿acepta como esposo a Salvador Aguirre Larreta para…?

No lo dejé terminar, porque estaba tan nerviosa que solté rápidamente un "Sí, acepto", que causó algunas risas entre los presentes y una mirada furibunda por parte de Victoria y del sacerdote.

Entonces intercambiamos las alianzas. De pronto sentí en mi dedo anular aquel anillo pesado, usado por las novias Aguirre Larreta durante generaciones. Dicen que el dedo anular es el adecuado para portar el anillo de bodas, ya que la vena que lo riega, "vena amoris", o vena del amor, va directamente al corazón, que simboliza la máxima expresión de este sentimiento. El anillo era un diamante con forma de lágrima y estaba engarzado en un cintillo de platino. Si eran ciertas las leyendas sobre él, respiré más tranquila. Se contaba que los diamantes refuerzan el amor entre cónyuges, alejando las discordias, los fantasmas y todas las presencias terroríficas de la noche. Sin embargo, para mí, lo más importante era que aquel anillo me unía a un hombre que no amaba. Ahogué un suspiro de angustia. "¡A lo hecho, pecho!", pensé, mientras me hacía el firme propósito de convertirme en una buena esposa, a pesar de las circunstancias.

En los escalones de la iglesia, como era la costumbre, me di la vuelta para arrojar el ramo de novia. ¡Qué alegría sentí al saber que lo había atrapado Berenguela! Seguramente su casamiento con Mikei iba a ser diferente del mío: sencillo, pero muy emotivo.

Luego de la ceremonia, Victoria ofreció un banquete en los jardines de la mansión. Creo que ningún invitado se había querido perder la que, aparentemente, era "la boda del año". La flamante suegra se paseaba como un pavo real por todas las mesas, que habían sido decoradas con flores y candelabros. Estaba realmente hermosa y nadie dejaba de advertirlo. La verdad es que parecía ella la novia. Su rostro irradiaba una felicidad que jamás le había visto hasta la fecha, su piel brillaba como si estuviese untada con su propia vanidad. ¿Tanta ilusión le hacía mi matrimonio?

Nos habían ubicado en una larga mesa, en medio de un centenar de desconocidos. La comida que se sirvió fue exquisita. Victoria había contratado a un chef francés, aunque también se sirvieron platos tradicionales de la cocina vasca.

Cuando cortamos el pastel de los novios, sentí los ojos de Salvador sobre mí; sin embargo, en esa ocasión, su mirada fría y desangelada me causó cierto recelo. Después me convencí de que mi mente me había jugado una mala pasada, ya que no se separó de mi lado en todo el festejo y, aunque hablábamos poco, nos comunicábamos por medio de una mirada, una ceja enarcada, una sonrisa que el otro parecía entender.

Inauguramos el baile con un vals precioso. Él me llevaba casi volando por la pista. Debo reconocer que hacíamos una hermosa pareja. Cuando la música se detuvo para que hiciéramos un brindis, Victoria se acercó a mi marido y le susurró algo que no pude escuchar. Su semblante se oscureció y se borró la sonrisa de sus labios.

—Enseguida vuelvo —me dijo, mientras se alejaba con ella.

Busqué refugio cerca del estanque. Desde allí se escuchaba la música lejana. Tenía muchos pensamientos enmarañados en mi cabeza. La boda tan precipitada, la actitud de Salvador frente a su madre, me resultaban totalmente incomprensibles. Tenía el vago deseo de que todo hubiese sido un malentendido, un sueño del que me costaba despertar. Sin embargo, la voz de Berenguela me trajo a la realidad:

—¿Qué hace escondida aquí? No vaya a pescarse un resfriado. —Me miró seriamente y agregó—: Su suegra la está esperando. Es hora de que vaya a cambiarse.

Creo que Berenguela sospechaba mi estado de ánimo, pues no se separó de mí en todo aquel rato. Me cambié el vestido de novia por uno de tarde y ella terminó de prepararme la maleta.

—¿Guardo esto? —me preguntó—. Curiosa, observé que sobre la cama habían dejado un hermoso camisón de satén negro. Ruborizada le contesté:

—No es necesario. Llevo suficientes. —Había algo malévolo en aquel camisón oscuro. ¿Sería otro obsequio de mi tía? Traté de cambiar el rumbo de mis pensamientos. Pronto sería la mujer de Salvador; al menos, en esta oportunidad, de forma consciente.

Habían arreglado la cabaña de caza para que pasásemos unos días sin la presencia incómoda de la familia. La verdad es que me hubiese encantado irme de viaje, como mi madrina, y así, poder solidificar la relación con mi esposo. Intuía que, al estar alejado de la madre, nuestro

trato daría un giro por completo.

—¡Un brindis por los novios! —exclamó uno de los presentes y todos levantaron las copas.

Sin embargo, me sentía inquieta. Los festejos se extendieron hasta bien entrada la tarde, momento en el que emprendimos nuestra ida a la cabaña.

Una tristeza profunda me invadió al darme cuenta de que no había podido despedirme de Paula. Temí que se hallara gravemente enferma. ¿Y si habían vuelto a envenenarla? Deseché esos pensamientos tan funestos y, haciendo un esfuerzo por esbozar mi mejor sonrisa, subí al automóvil.

*

El ambiente de la cabaña era acogedor. El fuego estaba encendido y, sobre una mesa cubierta por un mantel color marfil, había una botella de champagne con dos copas, cuencos con frutos secos y una tabla con dos o tres variedades de quesos. En el centro, una cama de madera con un acolchado bermellón les daba la bienvenida a los novios.

Salvador alzó a su esposa antes de entrar mientras le comentaba:

—Es una tradición familiar. —A pesar de sus protestas, Amaia se encontró disfrutando del momento—. Ponte cómoda, que voy a servir el champagne y encender las lámparas —le sugirió, en tanto se sacaba la chaqueta y se quedaba en camisa. También se desprendió de los zapatos. En la cabaña no había luz eléctrica, por eso se demoró un buen rato prendiendo las lámparas llenas de kerosene con las cerillas. Luego, comenzó a llenar las copas. A él la cabaña le traía recuerdos de Zuria. No era el lugar que hubiese elegido para pasar la noche de bodas, pero su madre había insistido tanto… A esas alturas no quería contrariarla. Se había dado cuenta de que estaba irascible, llena de odio y rabia. Temía que quisiera descargarse con Paula, como era su costumbre.

Amaia estaba nerviosa. Salvador era su marido frente a Dios y la sociedad; sin embargo, no podía evitar cierta inquietud, cierto temor. "¡Ay, Amaia!", se decía, "¡Este sí que va a ser tu debut!". Todavía no conseguía recordar su primera vez. Tal vez, con el tiempo, lo lograra. Con torpeza, comenzó a sacarse la chaqueta.

—Déjame que te ayude. —Con una destreza adquirida por haber desabotonado cientos de prendas, Salvador le ayudó a quitársela—. Ven, bebamos junto al fuego —le sugirió.

De pronto se encontró bebiendo la segunda copa de aquella bebida burbujeante que le producía cierto estado de embriaguez. Por eso, cuando él comenzó a desabrocharle con cuidado el vestido, no opuso resistencia alguna.

Con el aliento contenido en algún punto de su estómago, Salvador contempló la belleza de Amaia. Con cuidado, le desarmó el rodete y los cabellos rubios cayeron en desorden hasta los omóplatos. No había querido quitarle el collar de perlas, que brillaba suavemente sobre su pecho.

Sus ojos se detuvieron en aquel tentador espectáculo, para luego deslizarse hacia las curvas de las nalgas y piernas. El deseo lo ahogó y todas las ansias contenidas se desbordaron al desprenderle la última prenda. Entonces la atrajo hacía sí.

El esbelto cuerpo de Amaia reaccionó a las caricias de Salvador. Se entregó sin reservas a la premura de sus labios, que se abrieron ardientes bajo los de él. Sus lenguas se buscaban, se exigían. Las manos de su esposo se movían con fascinación mientras descendían por su espalda, por sus caderas y muslos.

Por fin él murmuró:

—Te deseo tanto, Amaia. Sé que tú te encargarás de salvarme. —Su boca descendió sobre la de ella hasta deslizarse por la garganta. Cuando vislumbró sus senos, donde el collar de perlas desgranaba su oriente, comenzó a acariciarlos hasta que su boca cubrió uno de sus rosados pezones.

Amaia no podía creer lo agradable de aquella sensación. El tiempo pareció detenerse cuando las manos de él se deslizaron entre sus muslos.

Enloquecido de placer, Salvador la llevó al lecho para seguir acariciándola. Cuando la sintió preparada, la penetró mientras gemía su nombre.

Amaia sintió un fuerte tirón y un dolor desgarrador que la dejó sin aliento. ¿Sería siempre así?, pensó acongojada. Sintió que sus muslos estaban pegajosos. Emitió una queja que fue sellada rápidamente por los labios de su esposo.

—Las primeras veces siempre duelen, cariño. Pronto dejarás de sentir esas molestias y será placentero. —Con su cuerpo ocultó el rastro de la sangre fresca que había quedado plasmado en aquellas sábanas.

Amaia se sentía inquieta. Algo que la molestaba le rondaba la cabeza, pero no sabía bien qué era. Probablemente, el no recordar nada de su primera vez le producía ese desasosiego. Ahora era el momento de ser feliz, se dijo, disipando esa intranquilidad. Por fin se durmió profundamente, abrazada a su esposo.

Salvador pasó la noche más negra de su vida. A la luz de las lámparas contempló el cuerpo perfecto de Amaia, quien dormía a su lado. No pudo resistir las ganas de acariciar aquella piel suave y tibia. Cerró los ojos y, aunque hizo un esfuerzo en vano, las lágrimas se deslizaron sobre su rostro. La venganza no se había cumplido todavía. Tan solo pendía sobre su cabeza como una espada vacilante.

*

La tenue claridad de la mañana entraba por las hendijas de los postigos. Amaia se desperezó satisfecha. Cuando dio la vuelta, comprobó que Salvador no estaba a su lado. Con asombro, observó que había una mancha de sangre en la sábana y también en sus muslos. Aturdida y

confundida, se sentó en la cama y buscó algo con que cubrir su desnudez. ¿Cómo era posible? ¿Acaso se sangraba más de una vez al perder la virginidad? Lo ignoraba. Tal vez debería escribirle a Sonsoles y confesarle sus dudas. Decidió cambiar el rumbo de sus pensamientos. Permaneció unos instantes contemplando la alianza que él le había dado en la ceremonia. Era preciosa. Le había dicho que había pertenecido a su abuela y que todas las novias, a excepción de su madre, la habían lucido en sus bodas.

Al descubrir que él se estaba vistiendo, lo saludó:

—¡Buenos días, esposo! —Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro sonrojado. Todavía no se acostumbraba a que él fuese su marido. Como él permanecía en silencio, insistió—: ¿Por qué has madrugado? Apenas está comenzando a clarear.

Salvador finalizó de abotonarse la camisa para luego ponerse los zapatos. Siempre callado. Algo parecido al arrepentimiento afloró vagamente, pero su mente lo rechazó, tajante. Al fin había llegado la hora de liberarse. Ya no había lugar para los remordimientos, especialmente cuando el mandato de su madre le había robado la niñez y parte de la juventud.

—Salvador, no me asustes. ¿Qué ha pasado que no hablas? ¿Acaso hay alguna noticia sobre mi madrina y no me la quieres contar? —La ansiedad había comenzado a invadir su cuerpo.

Entonces, él se dio la vuelta y la miró: una mirada glacial, desamorada.

—No me conoces, Amaia. —Su semblante se había oscurecido y el tono de voz era tajante.

—¿Qué dices? Eres mi esposo. Reconozco que este matrimonio ha sido precipitado, pero…

Él la interrumpió:

—Sólo crees en fantasías, en cuentos de hadas. En todas esas novelas que lees durante horas y no te enteras de nada.

Había palidecido súbitamente.

—¿De qué me tendría que enterar, Salvador? Explícate, que no te entiendo. —Una amargura se unía a otros sentimientos, a la altura de la garganta, donde le era imposible devorarlos.

—Te lo voy a contar con detalles, pues me he dado cuenta de que vives en tu mundo y…

—No entiendo lo que me quieres decir —lo interrumpió. En aquel momento le pareció que su marido era un perfecto desconocido. Un escalofrío comenzó a recorrerle el cuerpo.

—Si me dejas hablar, te lo explico. —Estaba nervioso. Se odiaba con cada fibra de su ser. Sabía que, una vez que la dañara, ya no habría vuelta atrás. Aclarándose la voz, le soltó—: Siempre te han hecho creer que tu madre había sido desheredada por haberse casado con Pedro Rojas. No fue así.

Amaia escondió el rostro entre las manos, intentando no romper nuevamente a llorar. Se sentía ajena a la escena que estaba viviendo, como si su espíritu se encontrase muy lejos.

—¿Y cómo fue? —murmuró.

—Tus padres vivieron durante muchos años en la mansión hasta que el abuelo los echó. ¿Sabes por qué? —La miró fijamente—. Fueron los responsables de la muerte de mi padre y de

mi hermano.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves? —se indignó. Al observar su semblante, no pudo reconocer a aquel Salvador que tenía enfrente. El odio y la rabia se reflejaban en él.

Entonces, se le acercó y la tomó de las muñecas, mientras le gritaba:

—Tus padres hicieron hasta lo imposible para que dejaran de suministrarle la cura a mi hermano. ¿Te das cuenta? Un niño murió por su culpa.

—Mis padres jamás dejarían morir a un inocente. No creo ni una palabra que salga de tu boca. —Había comenzado a llorar en silencio. Jamás alguien la había dañado tanto.

—¡Vaya, vaya! Entonces has vivido en una mentira toda tu vida. —Hizo una pausa y le espetó —: Si no me crees, ve y pregúntale a tu madrina cuando regrese.

—¿Por qué te casaste conmigo, si tanto odio te causo? —Se encontraba perdida. No entendía las palabras de Salvador.

Avanzó amenazante hacia ella.

—Me casé por obligación, pero no seré tu esposo por más tiempo. Todo ha sido una mentira. Jamás te toqué un cabello hasta esta noche. Todo fue una farsa para que nos casáramos. —Su rostro se había ensombrecido.

—Entonces, el hombre que me hizo el amor en esta cama ¿también fue una mentira? ¡Dilo, dilo! —le exigió, desbordaba por todo lo que estaba escuchando.

—¡Cállate, maldita sea! ¡No quiero oírte! —Se dirigió a la puerta y la abrió. Salió de la cabaña sin mirarla ni una vez.

—¡Regresa, Salvador! ¡Regresa! —le imploró—. No me abandones, te lo suplico. Mis padres no son unos asesinos. —El llanto se mezclaba con las palabras.

Salvador seguía caminando sin darse la vuelta.

—¡Dios es testigo de que jamás olvidaré lo que me has hecho! ¡Lo recordaré hasta el final de mis días! —gritaba, enloquecida.

Salvador siguió caminando mientras se repetía como una letanía: “No te des la vuelta. ¡No lo hagas!” Las lágrimas bañaban su rostro mientras escuchaba los sollozos convulsos de Amaia.

—¡Jamás permitiré que lo olvides, Salvador! ¡Jamás! —Su corazón se detuvo. Presa de un gélido escalofrío, se fue petrificando hasta que sus piernas no la sostuvieron y se desplomó al suelo.

Salvador no se dio la vuelta. Caminaba apretando la medalla de su hermano con todas sus fuerzas.

—¡Dios mío, apiádate de mí! ¿Qué he hecho? Ya has tenido tu venganza, madre. Ahora, este hijo tuyo también ha muerto.

*

Amaia se quedó un largo tiempo tirada en el suelo. Miró alrededor desencajada y con los ojos humedecidos por la mayor tristeza que jamás había experimentado. Entonces, los nervios se apoderaron de su cuerpo y se incorporó. Se dio cuenta de que solo estaba cubierta por una sábana. Caminó hacia el interior de la cabaña, sintiendo el peso del anillo que le estrangulaba el dedo. Aquella alianza ya no era un bien preciado por toda muchacha casadera. Era una cadena, una losa para su esperanza, un bozal para sus sentimientos. Se la quitó. No quería nada de aquel maldito. Tragó saliva. Tragó orgullo. Tragó miedo. ¿Qué diría su madrina? ¿Cómo la miraría a la cara? ¿Y sus hermanas? ¿Por qué no le había hecho caso a Manuela cuando afirmaba que nada bueno podía provenir de aquella familia? ¡Cuánta razón llevaba! Se lo tenía merecido por ingenua, por confiada y también por soberbia. ¡Sí, por soberbia! Había creído que todos estaban equivocados con los Aguirre Larreta, incluso había pensado en reivindicarlos. ¡Qué estúpida, qué ingenua! Salvador se había atrevido a acusar a sus padres de asesinos. ¡De asesinos! Solo había querido cobrar venganza y ella era la presa indicada para lograrlo. Desesperada, comenzó a vestirse. Cuando finalizó, se quedó sentada, contemplando un punto inexistente en la pared, hasta perder la noción del tiempo. ¿Qué sentido tenía su existencia? ¿Acaso no era mejor entregarse al vacío negro que la estaba rodeando, ahogándola por completo? Un terrible frío en su interior, como si de pronto hubiera caído a un abismo oscuro y húmedo, la invadió. Sintió que lentamente se le adormecía el alma, percibiendo el frio de la muerte. Todo se nubló ante ella y perdió la conciencia. Muchas horas habían transcurrido cuando, finalmente, despertó. La sensación de mal augurio y de tristeza se fue filtrando poco a poco, disipando los recuerdos con la misma crueldad con que Salvador le había hablado. Entonces, una idea comenzó a formarse en su cabeza. Buscó las lámparas y vació su contenido por todo el lugar. Lo hizo despacio, con cuidado, cerciorándose de que no quedara rincón sin mojar. Tomó la caja de cerillas, encendió una de las lámparas y la arrojó al suelo. La lámpara se hizo trizas con un ruido tintineante. El fuego se extendió en el acto, alcanzando alturas inimaginables. Entonces, decidió que ella también debería ser purificada por aquellas llamas.

TERCERA PARTE

EL PESO DE LA CULPA

CAPÍTULO 17
SOLO SE VALORA LO QUE SE HA PERDIDO

En aquella mañana otoñal, hojas rojizas y amarillentas planeaban entre los débiles rayos del sol, para caer al suelo.

—¡Señora Victoria! ¡Señora Victoria! —Se escuchaban cada vez más cerca los gritos de Nikola, cuyo rostro estaba desencajado—. ¡Está ardiendo la cabaña del bosque! —Sabía que en aquel lugar pasarían la noche de bodas Amaia y Salvador.

Victoria, que aún estaba desayunando en la habitación, como era su costumbre, quedó petrificada. ¿Acaso Salvador estaba herido?

—¡Ramona, Ramona! —llamó a la criada, que no tardó ni un minuto en llegar—. Venga, ayúdeme a vestirme. —Cuando se estaba calzando, apareció Salvador.

—Madre, ¿qué ocurre? ¿Por qué está gritando de ese modo? —Su semblante era una máscara inexpresiva.

—¡Hijo! ¡Hijo mío! Está usted a salvo, a Dios gracias. —Victoria hablaba agitada, apenas tomando aire mientras corría a abrazarlo. No resistiría perder otro retoño.

Salvador palideció:

—¿Qué cosas dice, madre? ¿De qué habla?

—¡Se incendió la cabaña! Pensé que estaba usted en ella. ¡Creí morir, hijo!

Cualquier resabio de color se esfumó de su rostro. Miró a su madre y la zamarreó:

—Entonces Amaia quedó atrapada en el incendio. Dejé a mi esposa en aquella cabaña. —Sus ojos estaban desorbitados. Como un enajenado, bajó corriendo las escaleras mientras gritaba:

—¡Nikola, Nikola, ve por ayuda! ¡Necesitamos apagar el fuego!

Doña Victoria, ahora tranquila, le ordenó a Ramona que le calentara el café. No iba a dejar de desayunar como Dios manda por culpa de la infeliz esa.

Paula se asomó a la puerta. Era la primera vez que estaba sin llave desde la mañana de la boda. Su rostro estaba más ojeroso que otras veces:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritaba Salvador?

Victoria la miró socarronamente:

—Al parecer su hermano se ha convertido en viudo antes de que cante el gallo. —Relajada,

había comenzado a untar un pan con miel. En fin, la muerte de la infeliz había trastocado sus planes de venganza. Suspiró profundamente. “Tal vez sea lo mejor”, se dijo filosóficamente, “aunque no siempre lo mejor es lo que nos hace más felices”.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo que enviudó? —Paula había comenzado a temblar.

Su madre agradeció a Ramona la humeante taza de café y le respondió:

—Se ha incendiado la cabaña del bosque. Dios quiera que la novia también.

Todos aquellos sentimientos reprimidos durante años afloraron y le gritó:

—Usted, Victoria, ¿cómo puede ser tan cruel? ¿Cómo puede desear la muerte de una inocente? Es usted un ser vil y malvado —la acusó.

Entonces la mujer clavó sus ojos en ella con un odio y desprecio infinitos:

—Aquí no hay inocentes. Los culpables lavarán sus pecados más pronto que tarde. Y usted hará lo que se le ordene, sin rechistar, sin protestar, sin queja alguna. —Siguió bebiendo su café antes de que se le enfriara.

Paula miró a su madre y se avergonzó de ella. De su fealdad interior, de su frialdad, de sus modos zafios e hipócritas. Pensó de pronto en las palabras que había leído en algún libro: “Aprendemos a ser adultos cuando entendemos que la vida no es justa”. Con el peso de la vergüenza ajena sobre su conciencia, se retiró en silencio de la habitación y caminó lo más rápido que pudo hacia la cabaña.

Ramona observó toda la escena en silencio mientras pensaba: “No se puede encendé la mecha y esperá que la pólvora no estalle”.

*

Salvador contemplaba el espectáculo horrorizado, apretando los puños con fuerza. De la cabaña solo quedaban los cimientos. El fuego había barrido con todo a su paso. Se encontraba inmóvil, como si una fuerza superior lo sujetase, privándolo de voluntad alguna. De pronto, escuchó una voz conocida:

—¡Salvador! —Esperanzado, se dio la vuelta pensando que era Amaia; pero no, la que se había acercado era Paula.

—¡Salvador! ¡Dime que no es cierto! ¡Dime que Amaia no ha muerto! —le suplicaba.

Él la miraba enajenado:

—Todo ha sido culpa mía. Amaia ha muerto por mi culpa. —Mesándose los cabellos, gritaba —: ¿Por qué fui tan cobarde? ¿Por qué le hice caso? ¿Sabes, Paula? Lo peor es que he acabado con la vida de la única mujer que he amado. —Recordó amargamente las palabras que le había enrostrado aquella fatídica madrugada: “Me casé por obligación, pero no seré tu esposo por más tiempo. Todo ha sido una mentira”. Sabía muy bien que pagaría muy cara su crueldad.

Paula, conmovida y alterada por su confesión, solo atinó a abrazarlo. Sabía que la influencia

de Victoria había sido nefasta para su hermano. Entonces, por unos breves instantes, agradeció que su madre la odiara.

*

Los escombros fueron revisados a conciencia. Sin embargo, no encontraron el cuerpo de Amaia. Solo el anillo de bodas entre los carbones y el collar de perlas. ¿Dónde estaba la joven?

—Hermano, no hay rastros de Amaia. Pienso que ha salido por pie propio o alguien la ha rescatado. —Paula hablaba con una seguridad impostada.

—No lo sé. Si ella estuviese viva, ¿por qué nadie fue con la noticia a la mansión? ¿Por qué no ha dado señales?

—Esa respuesta la tienes solo tú. ¿Por qué la has dejado sola? ¿Por qué regresaste sin ella?

Las palabras de Paula le cayeron como una piedra. Si Amaia hubiese sobrevivido al incendio, era imposible que regresase con él, después de todo lo que le había dicho y hecho. Tragando saliva, murmuró:

—Si está con vida, nunca va a retornar a mi lado. Eso bien lo sé y bien lo merezco. Pero debo asegurarme de que esté a salvo y no tirada en el bosque.

—Removeremos Roma con Santiago si es necesario. Pero antes quiero saber qué le has hecho.

Entonces, Salvador, comenzó a hablarle de la venganza de su madre y de su participación en ella.

—¿Y creíste a pie juntillas en esa pérfida? Porque te voy adelantando que nuestra madre es un monstruo y tú… tú también. ¿Cómo has podido hacerle eso? ¿Entonces estuviste fingiendo todo este tiempo? No lo puedo creer, Salvador. Amaia confiaba en ti. —Las lágrimas habían comenzado a rodar por el rostro de Paula. Sin poder reprimirse le cruzó la cara de una bofetada.

El desprecio en los gestos y palabras de su hermana le habían hecho más daño que el revés que le había propinado. Hipando, ella le soltó:

—Te voy a ir informando que doña Victoria Aguirre Larreta, tu madre, me ha estado envenenando todos estos años.

—Eso no puede ser. Debes estar confundida —afirmó horrorizado.

—Confundida era lo que me hubiese encantado estar antes de aceptar la terrible realidad: nuestra benemérita madre mezclaba arsénico en mis comidas. Por eso siempre estaba descompuesta y sin fuerzas. Y no te empeñes en negarlo, porque ya lo hemos corroborado con Begoña y con Ramona.

—¿Por qué querría causarte semejante daño? No lo entiendo.

Paula caminaba como una fiera enjaulada.

—Hay muchas cosas que no se entienden de la mente desquiciada de esa mujer. Tuve que ir al médico y él mismo me lo explicó. Parece que existen personas que disfrutan enfermando a sus

hijos, de ese modo se las considera unas “santas” al tener que lidiar todo el tiempo con sus hijos enfermos. —Se limpió las lágrimas con un pañuelo bordado—. La realidad es que casi me mata. Lástima que no pueda probarlo, pues se echaría varios años de cárcel.

Salvador estalló en sollozos mientras abrazaba a su hermana.

—Perdóname, Paula. Perdóname, por favor. He sido un necio.

Paula lo empujó:

—Te desconozco, eres un desgraciado, aunque deseo que en algún lugar de tu podrido corazón quede algo de bondad.

—Tienes toda la razón en pensar eso de mí. Jamás debí hacerle caso a madre. La verdad es que estoy enamorado de Amaia.

—¡Haberlo pensado antes! La venganza procede del odio, y el odio no es algo que se pueda esgrimir como arma. No te reconozco, Salvador.

Él la escuchaba en silencio, aceptando cada una de sus palabras.

—No tienes excusas. Ahora deberás vivir tus propias decisiones. Amaia, si está viva, jamás te perdonará. Yo no lo haría. —La furia le recorría las venas quemándola por dentro.

—Y así debe ser. Ese será un justo castigo.

—Además, si tanto dices amarla, ¿cómo fuiste capaz de abandonarla? Piensa con cuidado en tus sentimientos. A la persona que amamos jamás le infligiríamos un daño semejante. Es cierto, entonces, cuando afirman que a veces la puñalada proviene de aquel en quien más confiamos.

Abatidos y en silencio, revisaron el bosque palmo a palmo, pero no encontraron indicios de la joven.

Sevilla

Gabriela estaba mucho más repuesta. Comía con apetito, a pesar de alguna que otra náusea matutina, y había comenzado a caminar de a poco. Imanol la acompañaba mientras hablaban incesantemente. ¡Era tanto lo que tenían para decirse!

—Olvidar, al igual que huir, nunca es adecuado, porque al hacerlo estamos evitando enfrentarnos a nuestra realidad —le dijo sabiamente Gabriela. Se encontraban en la terraza del hotel.

—Lo sé, pero a veces duele demasiado. —En algún momento debería enfrentarse con su padre y perdonarlo. Sabía que era una decisión difícil, pero necesaria para pasar página y seguir adelante. Ya no había lugar en su corazón para el resentimiento. El amor de Gabriela había conseguido cicatrizar sus heridas.

—¡Gracias a Dios que hemos recibido telegrama de Amaia! Al menos estoy tranquila sabiendo que se encuentra bien. —Jamás se le hubiese ocurrido que era Victoria quien se lo mandaba en lugar de su ahijada—. ¿Cuándo podremos regresar, cariño?

Imanol sonrió. Ansiaba hacerle el amor, mas Gabriela aún estaba débil:

—Si todo sigue viento en popa, apenas te den el alta.

—Y… ¿cuándo me estrechará mi esposo nuevamente en sus brazos? ¿O acaso ya no me ama?

Imanol se le acercó despacio y la tomó suavemente de la barbilla.

—Nunca digas eso, mi vida. Hoy te amo aún más que ayer. Solo que no quiero que te canses.

Gabriela echó su cabeza hacia atrás y miró fijamente sus ojos.

—Tú eres mi mejor medicina.

Imanol no se hizo rogar. Su boca se posó sobre la de ella y luego descendió hacia la garganta.

Entonces, ella se levantó y lo tomó de las manos. De ese modo lo fue guiando hacia el dormitorio. Hacer el amor con su marido era el mejor de los remedios.

San Sebastián

—Señora Victoria, señora Victoria… —Sagrario la buscaba con el rostro desencajado. Recién la pudo encontrar en la biblioteca, leyendo muy concentrada unos de los libros antiguos.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no di la orden de no ser molestada? —El enojo fue tan grande que cerró el libro de un golpe. Estaba revisando uno de los maleficios para poder acabar de una vez por todas con la nieta de la santera.

Sagrario, nerviosa, le dijo:

—Está la Guardia Civil. Buscan al señor Jaime. —Sus dedos se aferraban al vestido perfectamente planchado.

Victoria no pudo ocultar el gesto de sorpresa.

—¿A Jaime? ¿Qué querrán con él?

—Como les dije que el patrón no está, quieren hablar con usted. —Estaba angustiada. La Guardia Civil siempre le causaba aprensión, ya que no tenía la conciencia limpia.

—Está bien. Diles que me esperen en la sala. —Se dirigió a su habitación a quitarse el polvo de las manos y a darse una manita de pintura. Trabajar con los libros antiguos le producía alergia. Ya tenía el ojo enrojecido. Caminó con más prisas. Detestaba que alguien la pudiese ver desaliñada.

Cuando bajó a la sala, había un oficial acompañado por dos soldados.

—Buenas tardes, señora. Soy el oficial Berazategui. —Sacó del interior de su chaqueta un papel y se lo extendió—. Como me han informado que el señor Jaime Aguirre Larreta no se encuentra en el domicilio, le entrego a usted este mandato. Es una orden de detención contra él.

La mujer que quedó petrificada, abriendo y cerrando la boca como si estuviera boqueando, muda de espanto. A duras penas logró reponerse y le espetó:

—¿Y de qué se lo acusa, si puede saberse?

El oficial se demoró antes de contestar. Dudó unos instantes para finalmente hablar con la

verdad:

—De la muerte de un joven gitano.

—Pero ¿qué tontería es esa? Mi cuñado jamás se juntaría con esa chusma —lo interrumpió—. Me doy cuenta de que usted debe ser nuevo, oficial Berazategui, y desconoce la magnitud de semejante acusación y, sobre todo a quién —enfatizó la palabra *quién*— está acusando. Quiero creer que tendrá todo en regla. —Su tono de voz era amenazante y no daba lugar a réplicas. Si fuese necesario, usaría todo el peso del apellido Aguirre Larreta para salvar a su cuñado.

Sin embargo, el oficial prosiguió:

—Efectivamente, señora, la orden fue emitida por un juez y le aseguro que no falta sello alguno.

El único ojo de Victoria parpadeaba sin cesar, víctima de un tic nervioso.

—Pues le informo que mi cuñado está de viaje y desconozco cuándo regresa. —Su tono de voz fue gélido.

—Muy bien. Trataremos de localizarlo. De todos modos, un soldado quedará haciendo guardia. —Con un gesto, el oficial se despidió y salió caminando con largas zancadas. En el camino se tropezó con Paula, quien casi perdió el equilibrio al dar contra su cuerpo—. Disculpe, señorita, por favor. Temo haberle hecho daño. —Había alcanzado a sostenerla en sus brazos antes de que ella se diese de bruces contra el suelo.

Paula enseguida recobró la compostura.

—No ha pasado nada. Lamento estar tan distraída. —Se había quedado perpleja. El oficial la miró con los ojos verdes más lindos que ella había visto en su corta vida. Al darse cuenta de que todavía seguía en brazos del hombre, se separó rápidamente de él.

—¡Celebro su distracción si eso me ha permitido conocer a una muchacha tan bella! —le dijo con picardía—. Oficial Alonso Berazategui, para servirle —se presentó.

Paula no pudo evitar corresponderle la sonrisa:

—Paula Aguirre Larreta. Es un gusto, oficial.

—Confío en volver a verla, si me lo permite. —Él se despidió de ella, levantando el tricornio.

La sonrisa de Paula se ensanchó. Hacía mucho tiempo que no sentía un cosquilleo en el estómago.

*

La madrugada anterior Julen regresaba cansado luego del intempestivo pero fructuoso viaje. Había conseguido traer a Irune sana y salva. Acompañó a la joven a su cabaña en el barrio de pescadores y así pudo comprobar que Mikei ya estaba más repuesto. Sin embargo, la noticia de la muerte de Agosti lo dejó sin habla. Se abrazaron sin necesidad de palabras. Al menos, con la llegada de Irune, la familia iba a poder recomponerse un poco. Antes de marcharse, Mikei quiso

hablar a solas con él.

—Gracias, *anaia*, por haberla traído. No sé cómo te lo voy a pagar. —Ya había ganado algo de peso, aunque todavía se fatigaba al hablar. Sus ojos seguían rojos de tanto llanto contenido.

—Deja de decir tonterías. Tú habrías hecho lo mismo por Zuria. —Julen sabía que la recuperación de Mikei iba a ser lenta. Demasiado dolor cargaba su espalda.

—¿Por qué lo mataron, *anaia*? Si era más bueno que el pan.

Julen suspiró lleno de congoja. Todavía estaba conmocionado con la noticia.

—Ya lo averiguaremos y vengaremos su muerte. Te lo juro por esta —le prometió, mientras se hacía la señal de la cruz con los dedos.

Mikei asintió con la cabeza, luego le dirigió una mirada de preocupación.

—Sé quién me disparó. Ya he hablado con el padre Iñaki. —Aquel día el dolor era más fuerte, por eso había tomado una cucharada de láudano, lo que lo dejaba bastante soñoliento.

—¿Quién lo hizo? ¿Pudiste verlo bien? —La ansiedad se dejaba translucir en su tono de voz.

—Me disparó Gaizka, el secuaz de Aguirre Larreta. También fue él quien mató a Hoffman —aseveró, sin albergar duda alguna.

Julen palideció.

—¿Estás seguro?

Asintió con la cabeza.

—Ciento por ciento. Aunque ni siquiera puedes sospechar en lo que anda metido el pervertido ese.

—¿De qué estás hablando?

—Me enteré por un amigo de la Guardia Civil que tiene orden de captura. Al parecer mató a un joven gitano… a un huérfano.

—No me lo imagino, con lo puntilloso que es, mezclándose con esa gente.

Mikei continuó:

—Lo que no te vas a poder imaginar es que el gitano se disfrazaba de mujer, como todos los desgraciados de aquel prostíbulo.

La sorpresa se apoderó del rostro de Julen.

—No me lo puedo creer. ¡Qué hijo de puta!

—Y eso no es todo. También supe que le gusta disfrazarse de mujer al muy zafio. Claro que eso está bajo secreto de sumario. Ni siquiera se lo conté a Berenguela.

Julen sintió que el vómito le subía a la garganta. Hizo un esfuerzo por recobrar la compostura.

—Hasta la fecha no han dado con su paradero. Ha puesto los pies en polvorosa.

—Los tipos de esa calaña no son fáciles de encontrar. ¡Maldita sea su estampa! —Tomó aire y trató de recomponerse—. Ahora descansa, que pronto ajustaremos cuentas. —Preocupado, se dirigió hacia la cabaña de Imanol. Pensaba darse un buen baño y luego hablar con Salvador. Deberían planear cómo castigarían a Jaime.

*

Había decidido caminar y, de ese modo, poder tener las ideas más claras. Si Aguirre Larreta había ordenado dispararle al científico alemán, era obvio que estaba concatenado con los alemanes y que recibiría una excelente paga por ello. Ahora bien, ¿cómo probarlo? Sin pruebas, era la nada misma. Jaime Aguirre Larreta era un pez demasiado escurridizo como para atraparlo fácilmente.

Nada lo había preparado para la escena dantesca que se encontró en el bosque. Al dirigirse rumbo a la cabaña de Imanol, comenzó a ver humo. Mas no fue sino hasta que estuvo muy cerca cuando observó el fuego en la cabaña de caza. Aturdido por el espectáculo, corrió hacia el lugar. Con el corazón golpeándole en el pecho contempló, con horror insoportable, la visión que tenía frente a sí. Toda la parte de adelante estaba envuelta en llamas ávidas, amarillas, anaranjadas que casi tocaban el techo. Se acercó por uno de los laterales y distinguió, a través de la ventana sin vidrios, una figura en uno de los rincones. Esforzó la vista y la reconoció: ¡Amaia! ¡Era Amaia! ¿Qué hacía en medio del fuego? Sin pensarlo dos veces, se adentró por la puerta trasera, que abrió de una patada. Una muralla de calor lo recibió, haciéndolo retroceder; pero, empecinado, continuó adelante, tratando de llegar al lugar donde sabía se encontraba la joven. El humo espeso remolineaba por el aire, cortándole el aliento y empañándole la visión. Cuando la encontró, la atrajo hacia sí, temeroso de que estuviese muerta por el efecto del humo y el fuego. El leve aliento de ella le rozó el cuello; entonces, con un sollozo, la levantó y regresó a duras penas por donde había entrado, sin prestar atención a las vigas ardientes que se estrellaban contra el suelo.

La alejó de las llamas y la depositó con cuidado en el suelo. Fue en aquel momento cuando Amaia abrió los ojos:

—¡Julen! Has venido… por mí.

Él pudo observar la línea roja que circundaba sus párpados irritados por el humo. Al verla abrir los ojos se había inclinado protector, con el rostro crispado por la preocupación, aunque con un incipiente alivio.

—No hables, mi vida. Yo te pondré a salvo.

En aquel momento, Amaia perdió el conocimiento.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió con la joven desmayada a lo de Zuria. Allí, su hermana se encargó de Amaia mientras él iba a por el doctor Usandisavas.

Una vez que el médico la revisó y comprobó que estaba fuera de peligro, los hermanos se pudieron relajar.

—Vamos ahora mismo al hospital, Julen. Hay que curarte esas quemaduras —le advirtió el médico.

Mientras Amaia dormía a fuerza del láudano, se dirigió al hospital. Al cabo de unas horas

regresó con el brazo y la mano derecha vendados. También le habían desinfectado las quemaduras. Todavía se encontraba en estado de shock.

Zuria le sirvió una taza de caldo que él bebió con agradecimiento mientras le contaba cómo y dónde la había encontrado. Ella escuchaba horrorizada el relato de Julen.

—Lo que tú no sabes, hermano, es que Amaia se ha casado con Salvador.

En aquel momento, sintió como si la sangre hubiese abandonado su cuerpo, convirtiéndolo en un fantasma.

—Eso que dices es imposible. Si llevan nada de novios y, además, ni Gabriela ni Imanol están presentes. Amaia jamás se casaría sin el consentimiento de su madrina.

—Pues, ya ves que lo ha hecho. Aunque, para ser sincera, desconozco los motivos. Solo sé que fue una boda muy precipitada y se rumorea por la ciudad que tuvo que hacerlo de apuros. Dicen cosas muy tristes, la comparan con su madre: "De tal palo, tal astilla". Yo hago oídos sordos, pero una vez que echas plumas al viento…

—Eso no es verdad. Conozco muy bien el paño del que está hecha Amaia y jamás se prestaría a semejantes infamias. —Había comenzado a indignarse. Terminó el caldo y se levantó a beber un poco de agua. Tal vez le ayudase a apagar el fuego que lo estaba consumiendo.

—¡Cálmate, hermano, por favor! —le suplicó—. No quiero que Amaia se sobresalte.

—¿Cómo quieres que me calme si me están llevando los mil demonios? ¿Qué hacía entonces sola en la cabaña? ¿Dónde estaba su supuesto esposo? —De pronto sintió una ansiedad que se le iba enroscando por la espina dorsal hacia sus pulmones y le dificultaban la respiración.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

Julen hacía un esfuerzo por controlarse. Debía pensar con claridad y domar ese carácter salvaje que poseía. Entonces, relevó a Zuria de su puesto y se sentó a vigilar el sueño de Amaia. No podía dejar de observarla. No podía apartar sus ojos de ella, atraído por el magnetismo de las cosas que nos relajan: el ruido del mar, el canto de un pájaro en la mañana. Cada tanto cabeceaba. ¡Estaba tan cansado! Se quedó meditando acerca de cómo se hablaba de los demás y cómo se juzgaba con una facilidad sorprendente las acciones ajenas. Siempre basándonos en prejuicios que nos hacen creer que nuestra percepción es la real, la verdadera. Dando importancia a lo que afirman aquellos que son iguales que nosotros, condenando y olvidando al otro, sin tener en cuenta que las apariencias engañan y que, detrás de cada gesto, de cada acción, hay una historia, un motivo que no tenemos por qué comprender o saber. Debería ser paciente y esperar la verdad de la boca de Amaia.

*

Aquella noche, Paula, en un rapto de desesperación, subió al ático. Juntando fuerzas, abrió la puerta maciza. Como siempre, estaba sin llave. Al parecer todos confiaban en que la nieta de la

santera no se iba a escapar.

Las velas iluminaban la habitación. A pesar de la luz tenue, Paula supo que necesitaba una buena limpieza. Se respiraba cierto tufillo a mugre y orín.

Un escalofrío la recorrió por completo.

—¿Está viva mi prima? —se atrevió a preguntarle a la mujer.

—Está al filo de la muerte. Hay fuerzas que se pelean por llevársela —le respondió la joven de cabellos azules largos hasta el suelo.

Paula, horrorizada, le preguntó:

—¿Se salvará?

Ella le respondió con una carcajada.

—Quizás, quizás, quizás… —Y siguió bordando, como si nada.

Desencajada, Paula salió corriendo y se refugió en su habitación, no sin antes echarle doble llave. Estaba segura de que Amaia vivía. Pero ¿dónde estaba? ¿Quién le había dado asilo?

Las palabras de la nieta de la santera le habían calado hondo. Sin embargo, no pensaba compartirlas con su hermano.

*

Salvador sentía que la sangre le rugía en las venas y el viento frío del otoño le ardía en los pulmones. No había dado con el paradero de Amaia. El único consuelo que le quedaba era que su esposa no estuviese muerta, ya que no habían encontrado sus restos. Sus ansias habían crecido y, con ellas, llegó el desvelo. Presagiaba que el insomnio sería su nuevo compañero hasta encontrarla. Se quedó inmóvil, como un hombre rendido luego de una batalla. Dejó que sus ojos vagaran por los amargos recuerdos que la memoria le devolvía: había rumiado aquella venganza desde que su madre se lo había exigido. La había llevado a cabo sin pensar siquiera que había dañado a una inocente, a un alma pura. Sabía que el pecado original se absolvía con el agua del bautismo, pero son los siguientes los que no se perdonaban con facilidad. Cuando se elegía el camino de la perfidia y de la trampa, el peor miedo era el de la verdad absoluta: estaba enamorado de Amaia.

*

Amaia se despertó en medio de la oscuridad. Se quedó quieta, con el cuerpo tieso y las manos encogidas, apretando las sábanas.

—¿Dónde estoy? —murmuró quedamente.

—A salvo, señorita Amaia. No sé si se acuerda de mí. Soy Zuria, la hermana de Julen. Su madrina me cuidó cuando estuve en el hospital. —Acomodó mejor las frazadas. Había

refrescado mucho durante la noche—. Le pido que siga descansando, que aún no ha amanecido.

La miró, perdida, pero le hizo caso.

*

El sol de la mañana estaba atrapado por unas nubes plomizas cuando abrió nuevamente los ojos. Las campanas de una iglesia cercana parecían llorar anunciando la hora con sus tañidos: la seis de la mañana. Una punzada de angustia se apoderó de ella al darse cuenta de que no reconocía el lugar. Sus ojos siguieron escudriñando la habitación para descansar, finalmente, sobre una figura dormida en el sillón de hamaca.

—¡Julen! —exclamó en voz alta, sobresaltándolo sin habérselo propuesto.

Julen se despertó de inmediato y se acercó a la cama:

—¡Amaia! ¿Cómo se encuentra? —La joven tenía restos de sueño en los párpados y bajo los ojos. Los cabellos revueltos y su expresión asombrada le conferían un aspecto infantil.

—Creo que bien. —Lo miró interrogativamente—. La verdad es que no lo sé. ¿Qué hago aquí? ¿Cuánto hace que duermo? No recuerdo haber llegado a su casa.

—Es comprensible, debido al humo que aspiró, pero tranquilícese, que ya la ha examinado el doctor Usandisavas y está fuera de peligro. Ahora lo importante es que no se preocupe. Vamos a cuidar de usted.

—Recuerdo el fuego, las llamas. Parecía que la cabaña se iba a desplomar sobre mí.

—No se angustie. Hace un día que duerme ininterrumpidamente. Ahora es necesario que coma algo. —No podía evitar aquella excitación continua ante su mera presencia. El cuerpo le bullía, sentía mareos, dolor. Amaia se había convertido en una droga para él.

Zuria apareció con una bandeja que contenía dos tazones de café, tostadas y miel.

—¡Buenos días, Amaia! Espero que se encuentre con fuerzas para desayunar. Yo ya lo hice más temprano. ¿Le gustaría un pan? —Mientras hablaba, iba untando el pan tostado.

Amaia le dijo que si con un gesto y comenzó a beber el café en silencio. Mientras comieron, nadie dijo una palabra. Finalmente, más repuesta y con mejor ánimo, le preguntó a Julen:

—¿Quién me encontró? ¿Cómo llegué hasta aquí? No recuerdo nada. Es como si mi mente estuviese en blanco.

Entonces, él, con paciencia, le explicó lo que había sucedido.

Su rostro era un abanico de expresiones mientras recordaba: asombro, estupefacción, enojo, dolor, angustia y vergüenza. Sin embargo, lo único que atinó a hacer cuando Julen finalizó, fue llorar con todas sus fuerzas.

Los hermanos la dejaron. Sabían que debía sacar toda la angustia que la oprimía. Luego de unos minutos, el llanto había tenido un efecto sedante. En aquel momento se sentía muy cansada. Cuando ya no quedaron más lágrimas y se tranquilizó, pudo explicarles:

—¡Fue horrible! Salvador se casó conmigo para vengar a su padre y a su hermano. Eso fue lo que me dijo. Me dejó luego de la noche de bodas, me abandonó… —Había comenzado a sollozar de nuevo. Esta vez, Julen la interrumpió:

—Amaia, tranquilícese, por favor. ¿Dónde está su madrina? ¿Por qué tuvo una boda apresurada? —La miró a los ojos, desarmándola con aquella mirada—. Necesito que se sincere por completo. Es el único modo en que la podremos ayudar.

Amaia le creyó, creyó en los buenos propósitos de Julen y, en aquel momento, se arrepintió sinceramente de haberse entregado a Salvador. Con voz temblorosa, comenzó a contarles todo lo sucedido desde la llegada del telegrama a su casa y la decisión de doña Victoria de llevársela a la mansión. Cuando llegó al momento en que la encontraron en la cama con Salvador, rompió nuevamente en llanto.

—Amaia, tranquilícese, se lo imploro. Nosotros la vamos a ayudar. —Julen le había tomado de la mano mientras la sangre se agolpaba en su cabeza y le latían las sienes. ¿Cómo era posible que no recordase nada?

—Me drogaron. Eso fue lo que Salvador me confesó. Estoy segura de que alguien puso algo en mi bebida o en la comida. Aunque, ahora que lo pienso bien, no recuerdo nada más desde que bebí el famoso *pru*.

—Está más cristalino que el agua que la drogaron —comentó Zuria—. Pero ¿por qué?

Julen no tenía duda alguna:

—Le tendieron una trampa para que se casara con Salvador y luego él la abandonara.

—¿Qué ganan con ello? —se preguntó Amaia—. Eso es lo que no entiendo.

—Amaia, va a tener que ser fuerte —le aconsejó Zuria. Por unos instantes dudó acerca de contarle los chismes que andaban circulando, pero enseguida comprendió que cuanto antes lo supiera, mejor—. En la ciudad todos hablan de que Salvador la abandonó y la repudió. Y que usted luego se quitó la vida porque no soportó el escarnio. Es la comidilla del día. Si me permite una opinión, me parece que han querido humillarla y lo han logrado. La gente ha encontrado un filón sobre su historia y mucho me temo que no van a parar. Si hasta salió una nota en la sección de chismes del periódico.

—¡Esa ha sido doña Victoria! Y el malnacido de Salvador, que bebió veneno desde la primera leche que mamó. —Julen, traspasado por la rabia, estaba que no lo calentaba ni el sol—. Me las va a pagar, ese hijo de puta. Como que me llamo Julen Ugarte que me las paga.

—No, Julen, por favor. No haga nada que luego podamos lamentar, se lo suplico —le rogó Amaia. Se daba cuenta de que cuando aumentaban las heridas, una persona comenzaba a no sentir el dolor.

—Lo que dice Amaia es cierto. No te involucres hasta tanto sepamos quién es el verdadero enemigo. Hay que armarse de paciencia. —Zuria había comenzado a preocuparse. Conocía el carácter exaltado de su hermano. Más pronto que tarde, pediría explicaciones; ahora tocaba

esperar.

—Él habló de algo que habían hecho mis padres en el pasado. Algo que impidió que su hermano y su padre recibiesen los medicamentos contra la tuberculosis, lo que les causó la muerte. —Se secó el rostro con el pañuelo que le había alcanzado Zuria—. No puedo imaginarme a mis padres perjudicando a un inocente. Es sencillamente imposible.

—¡Hay que averiguarlo con los que vivieron en San Sebastián en aquella época! Tal vez con el padre Iñaki o con la abuela. —Zuria estaba segura de que el sacerdote sabría la verdad, lo mismo que Begoña.

Amaia los miró con sorpresa.

—Ahora recuerdo que me dijo que mi madrina me podría dar todas las respuestas.

—Entonces es mejor que permanezca con nosotros hasta tanto ellos regresen. ¿Quiere que llame a Berenguela? —preguntó Julen.

—No, no. Mejor que nadie la visite, o se darán cuenta de que está aquí —razonó Zuria.

—Tienes razón, hermana. —Luego se dirigió a Amaia—. ¿Le parece bien?

La joven asintió con un gesto. Observó cómo los hermanos abandonaban la habitación y luego se acurrucó nuevamente bajo las frazadas. Tenía los ojos secos y un tormento invisible se había instalado en su pecho. Necesitaba dormir.

*

Destrozado, Julen enterró su cara en la almohada para no llorar. Creía que se estaba muriendo lentamente. Estaba completamente enamorado de ella sin remedio. Se sentía desfallecer solo de imaginar que Amaia se había entregado a Salvador. ¿Por qué no lo había esperado? Incapaz de soportar la visión de su derrota, apartó su mirada. El ruido de la lluvia en la ventana lo espabiló. No estaba seguro de haber dormido, pero sí de haber dejado de pensar con claridad.

*

—¡A Dios gracias toda esta pesadilla ha terminado! —exclamó doña Victoria mientras se contemplaba en el espejo. Ramona le arreglaba su tocado. Ya había pasado una semana y en unas horas se reuniría con un grupo selecto de amigas, entre las que se contaban varias esposas de oficiales alemanes—. Fíjese que me está dejando este lado medio chingado, Ramona. ¿Qué le pasa, que anda como si hubiese visto al mismo demonio? ¿A santo de qué esa cara?

—No me ha gustado lo que pasó con la señito Amaia —se atrevió a opinar—. La pobrecita qué culpa tiene. Y ahora todas esas señoritingas pegando la hebra con mentiras.

—¿Quién se cree que es usted para opinar, negra metiche? ¿Acaso le han dado vela en este entierro? —Cuando la criada tiró sin querer de sus cabellos, Victoria la siguió retando—: ¡Qué

jorobar, Ramona! Tenga usted más cuidado o me va a dejar calva. Y cambie esa cara de funeral.

Ramona suspiró y volvió a hacer el rodete con muchísimo cuidado. Cuando su patrona estaba de malas, era mejor no llevarle la contraria.

Ya reunida con sus amigas, y en la más estricta de las confidencias, les contó que Salvador había abandonado a Amaia luego de la noche de bodas, aunque la noticia ya había salido publicada en el periódico. Pocas monedas le pagó al periodistucho aquel para que se hiciese con la nota.

—Al parecer, a ese jardín ya lo habían visitado varios jardineros —comentó doña Victoria con el rostro compungido—. De todas maneras, no pudo soportar la culpa y ha desaparecido. —Victoria estaba más allá del bien y del mal y le quedaban pocos pecados sin cometer.

—¿Cómo así? —Los ceños de las mujeres se habían levantado expresando curiosidad.

—La mañana en que mi pobrecito Salvador la abandonó, la infeliz le prendió fuego a la cabaña. ¡Imagínense! Por unas horas pensamos que estaba muerta, pero no se encontraron sus restos. Está visto que ha huido por piernas.

—¡Por los clavos de Cristo, Victoria! ¿Cómo es posible que hayan engañado de ese modo a su hijo? ¡Pobrecito! —argumentaba doña Beatrice Echevarrieta.

—Debe pedir de inmediato la anulación. En esos casos, la Iglesia no pone obstáculos. Cuando una joven ha engañado diciendo que era doncella, mano de hierro con ella. —La señora de Ferramondo estaba indignada.

—¡Madre del Amor Hermoso! ¡Quién lo hubiese pensado, con esa carita de ángel! —suspiró otra de las presentes—. Pobrecita Edurne, que en paz descanse, con esa hija.

—Pues usted se equivoca. ¡Nada de pobrecita! No hay que olvidar que a la madre se la echó y desheredó de esta familia por casarse con un bueno para nada. —Doña Victoria temió haberse sobrepasado, por lo que volvió a encauzar la conversación—. Aunque, como dicen por ahí, lo pasado, pisado. Ahora debo velar por el honor de mi hijo.

—Pues no se preocupe usted, querida amiga, con lo buen mozo y educado que es Salvador, pronto se repondrá. No olvide que un clavo saca a otro.

Todas se despidieron enseguida, aduciendo compromisos ineludibles, En realidad, lo que querían hacer era dar el cuarto al pregonero lo antes posible. La noticia era demasiado jugosa como para callarla.

Doña Victoria sonrió satisfecha. Todo iba saliendo tal y cual se lo había propuesto.

*

Paula se había encerrado en su habitación. Había escuchado cómo su madre despellejaba a Amaia sin el menor remordimiento. ¿Cómo era eso posible? ¿Por qué su hermano se había dejado influenciar de ese modo? Estaba convencido hasta la médula de que la madre de Amaia

había sido la responsable de la muerte de su padre y de Toñito. ¿Acaso sería cierto? ¿Con quién podría hablar del pasado? ¿Con su abuelo? No. El anciano se trastornaba cada vez que pensaba en sus hijos muertos. Entonces, ¿con Begoña, que trabajaba desde siempre en la mansión? Tampoco. Era evidente el terror que sentía la anciana por Victoria. ¿O con Ramona? Dudaba que la mujer soltase la lengua a menos que estuviera bajo los efluvios del alcohol. Lo mejor era hablar con el padre Iñaki. Él sabría contestar todas sus preguntas. Ahogó un suspiro. Últimamente experimentaba mucho dolor. Las actitudes de su madre la habían convertido prácticamente en un alma en pena. No podía ser cómplice de semejantes patrañas. Debía abrirle los ojos a Salvador. Por cierto, ¿dónde estaría? No lo había vuelto a ver desde la búsqueda de Amaia. Y de eso hacía ya casi una semana. Además, las palabras de la nieta de la santera la habían intranquilizado. De pronto, sintió que un peligro siniestro como una maldición se cernía sobre todos ellos.

*

Salvador no se había dado por vencido. Luego de buscar infructuosamente a Amaia en el bosque, tuvo la certeza de que alguien albergaba a su esposa. Pero ¿quién? Por eso, se había dirigido al cuartel de la Guardia Civil. Allí había hablado con el oficial Berazategui y le había informado sobre la desaparición de Amaia. El oficial lo había tranquilizado. Se encargaría personalmente de encontrar a la joven y todo se haría con la mayor discreción posible.

No había podido regresar a la mansión. Se estaba alojando en un hotel de un pueblo cercano. Sentimientos encontrados amenazaban con quitarle la cordura: había cumplido con el mandato impuesto por su madre. Había hecho propia la venganza y la había ejecutado. Sin embargo, en vez de sentirse en paz, una gran angustia anidaba en su alma. Cuando había dejado a Amaia abandonada a su suerte, comprendió que la amaba mucho más de lo que había pensado. Nada más cierto que aquel dicho popular: “Solo se valora lo que se ha perdido”. Por eso era necesario que la encontrase y, de ese modo, poder reparar su error. Se la llevaría a vivir a la mansión, le daría el lugar que le correspondía como esposa. Debería hacer un esfuerzo para olvidar que los padres de Amaia habían causado la muerte de sus seres queridos. Su madre tendría que aceptar que Amaia era una inocente en todo este juego de venganza.

*

Julen tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para dirigirse al astillero y actuar como si nada hubiese ocurrido. Un guardia civil se encontraba vigilando la zona en caso de que Jaime apareciera.

Uno de los obreros le informó que en un sector del astillero, al que muy pocos tenían acceso,

se terminaban barcos a los que luego se les cambiaba la bandera. Muy pocos conocían a los compradores, pero las sospechas recaían en el gobierno alemán. ¿Acaso Jaime estaba realizando negociados a sus espaldas? De pronto recordó la preocupación de Mikei cuando le informó que en la fábrica de Barcelona habían comenzado a confeccionar uniformes alemanes.

Los obreros seguían trabajando a media máquina. Revisó los encargos y estuvo largo tiempo hablando con los trabajadores. Al parecer todavía no les habían pagado el aumento prometido. El disgusto y el descontento teñían todos los rostros y los cuerpos cansados. También les habían asegurado que libraban los domingos y eso no se había cumplido. Trató de calmarlos, hasta tanto regresase Imanol. A Salvador prefería no verlo.

Cuando entró a su despacho, encontró que lo estaba esperando un telegrama. Estaba fechado el mismo día que él había partido a rescatar a Irune, es decir, algunas semanas atrás. Imanol le avisaba sobre la salud delicada de Gabriela y le pedía que se ocupara de Amaia. Frustrado y furioso, lo hizo un bollo y lo arrojó al fuego. La culpa lo carcomía. Si no se hubiera marchado, nada le habría ocurrido a Amaia. Él la hubiese protegido… o no. A veces el destino gustaba demostrar su poder sobre nuestras vidas. “No importa lo cerca que puede estar el protector, el ataque puede venir del lugar menos pensado”, se dijo mientras trataba de calmarse. Ya era tarde para llorar sobre la leche derramada.

—¡Julen! No me avisaron de tu regreso —le dijo Salvador. Su rostro estaba demacrado y unas ojeras oscuras bordeaban sus ojos sin brillo. Había perdido varios kilos—. ¿Has conseguido rescatar a Irune?

Aquella mañana, antes de ir al astillero, había pasado por el cuartel. Había novedades.

—Tengo noticias sobre su esposa —le había informado el oficial Berazategui.

Haciendo un esfuerzo por ocultar su preocupación, le había preguntado:

—¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

—Ha sufrido unas leves quemaduras. Está hospedada en la casa de la maestra. En lo de la señorita Zuria Ugarte.

En aquel momento se le hizo un vacío en su interior. ¡Amaia en lo de Zuria! Jamás había contemplado esa posibilidad cuando la había buscado.

—Gracias, oficial. De ahora en adelante yo me ocuparé. —Desde el cuartel se había dirigido directamente al astillero. Esperaba que Julen le contase sobre Amaia, pero no lo hizo.

Dirigiéndole una mirada glacial, Julen le informó:

—En realidad, recién llego. Y sí, gracias a Dios traje a Irune sana y salva.

A partir de aquel momento la conversación fue tensa por ambos lados:

—¡¿Cómo fuiste capaz de semejante bajeza, Salvador?! ¡¿Cómo le has podido hacer algo así a Amaia?! Siempre sospeché que eras el responsable de lo que le había pasado a Zuria, pero traté de convencerme de que estaba equivocado. —Sintió el amargor de la bilis en cada una de las palabras que lograba escupirle a la cara—. Eres un reverendo hijo de puta.

El rostro de Salvador se ensombreció:

—No juzgues sin saber, Julen. Actué como un desalmado, no lo voy a negar, pero tuve mis motivos.

—¿Tus motivos? ¿Qué tan valederos pueden ser esos motivos para abandonar a una novia y repudiarla? ¿Para justificar que la dulce Amaia se haya querido quitar la vida? Ella es solo una víctima engañada por ti y por tu madre. ¿Y Zuria? ¿Qué mentiras le hiciste creer para que ella se te entregara? —De los ojos de Julen saltaban chispas furibundas. Entonces, mientras daba un grito de rabia se abalanzó sobre Salvador y le lanzó su formidable puño. A pesar de su mano y su brazo derecho vendado, lo golpeó con saña, con odio, con celos—. No vas a ver un nuevo amanecer, Salvador Aguirre Larreta.

Él recibió dos certeros golpes en el rostro: uno en un ojo, el otro en la nariz. No intentó defenderse. Era inútil. Utilizó las manos para cubrirse. Entonces, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Allí, tendido siguió recibiendo patadas.

—Y esta, por mi hermana. ¿Acaso pensaste que me habías engañado, perro rastrero?

Un grupo nutrido de empleados se había amontonado para observar la pelea. Todos vitoreaban a Julen. Cuando llegó el encargado se hizo silencio y el grupo se dispersó. Entre dos hombres llevaron a Salvador al hospital. Con seguridad tenía más de una costilla rota.

Julen dejó el astillero como alma que se lleva el diablo.

*

En la parroquia, el padre Iñaki había tratado de calmar a Julen. Estuvieron hablando largo y tendido.

—Debes entender, *maitea*, que para ciertas personas, en esta corta vida lo que importa no es el resultado sino alcanzar el objetivo. Con esto me refiero a doña Victoria.

—No debí haberme marchado, padre —se lamentaba—. Empujé a Amaia a los brazos de Salvador sin haber peleado por ella. Me rendí aún antes de luchar porque creí que sería más feliz con él.

—No te hagas reproches. Actuaste según tu conciencia. —El sacerdote conocía su corazón noble.

—No comprendo cómo alguien puede odiar tanto como para dañar a una inocente —afirmó—. No solo utilizó a Amaia, sino que también lo hizo con Zuria. —Su cara no reflejaba mucho, aunque sus ojos eran la ventana de su corazón sufriente.

—El odio, al igual que el amor, es una emoción visceral, que nos hace actuar sin pensar. —Luego de unos instantes, el sacerdote agregó—: En la vida nada desgasta tanto a una persona como el resentimiento. A veces las raíces del odio son tan profundas que es casi imposible poder acabar con ellas. Lamentablemente, doña Victoria Aguirre Larreta es el fiel reflejo del rencor. No

dudo que haya envenenado a Salvador desde pequeño. —El sacerdote hizo una pausa—. Con respecto a tu hermana, debes saber que ella es una persona adulta. Nada de lo que hizo fue hecho sin su consentimiento. En todo caso, los culpables son dos.

Julen se quedó pensativo. Lo que decía el padre Iñaki era una gran verdad, por más que a él le supiese amarga. Debía pensar muy bien cómo seguir.



CAPÍTULO 18
NO HAY PEOR CIEGO QUE EL QUE NO QUIERE VER

San Sebastián
Octubre de 1915

Las semanas transcurrieron como fina llovizna caída en campo seco, mojando con sus días y sus noches hasta lo más profundo de las conciencias, apaciguando ánimos, liberando ansias, atormentando mentes o anhelando el giro del destino impuesto por voluntades ajenas.

Salvador había estado hospitalizado varios días. Los golpes que le había propinado Julen le habían causado lesiones no solo externas, sino también internas. Tenía dos o tres costillas quebradas y también la nariz. Sabía muy bien que los puñetazos dolían, pero que con el tiempo curaban; sin embargo, las heridas del corazón eran las que no sanaban fácilmente. Se encontraba sumido en un estado de desasosiego: no tenía cómo explicar el vacío inmenso y oscuro de su alma, ahora ocupada por el peso de la culpa. Una culpa que no le permitía descansar ni comer, ni siquiera pensar con claridad. Sus días se sucedían lóbregamente, uno tras otro.

Se había negado a recibir visitas de su familia, especialmente de su madre. Tampoco había denunciado a Julen cuando se había presentado la Guardia Civil a tomarle declaración. Su amigo había estado en todo su derecho.

Apenas le dieran el alta, tenía decidido seguir alojándose en el hotel. Estaba guardando en una maleta pequeña la poca ropa que le había llevado Nikola cuando golpearon la puerta. Grande fue su sorpresa al encontrarse con el padre Iñaki:

—*¡Arratsalde on, seme!* —lo saludó el sacerdote mientras le daba un abrazo.

Luego de hablar sobre los refugiados y sobre la desaparición de Jaime Aguirre Larreta, el sacerdote no pudo evitar dirigirle una mirada reprobatoria.

—¿Qué has hecho con tu matrimonio, Salvador? ¿Cómo es posible que el buen nombre de tu esposa se esté enlodando por todas partes?

Salvador lo miró sin comprender. El padre Iñaki, con el rostro colorado por la indignación, siguió con su perorata:

—¿Acaso ignoras que toda la comunidad habla acerca de tu repudio? ¿Qué todos han puesto

sobre el tapete la honra de tu mujer? ¿Que hasta tuvieron el tupé de sacar un artículo en el periódico? ¿Qué estabas pensando cuando te casaste? No sé por qué veo la mano negra de Victoria en ello.

Salvador estaba demudado. Sabía que había dañado profundamente a su esposa, pero no había contado con que la lengua viperina de su madre echase más leña al fuego.

—Padre, ¿cómo se encuentra Amaia?

—Haces bien en preocuparte por la suerte de ella. Amaia está deshecha, *seme*. Le has arruinado la vida. —El sacerdote inspiró una buena bocanada de aire antes de proseguir—. Al menos en estos momentos está en buenas manos.

Salvador no dijo nada. Sabía que estaba en casa de Zuria y que Julen la cuidaba. No pudo evitar sentir una punzada de celos. Luego, desechando esos pensamientos, le respondió:

—No tengo perdón por lo que ha sucedido. Soy culpable, no lo niego. En mi defensa solo puedo argüir que vengué a los míos. —Cuando habló, tenía en sus ojos una profunda tristeza que parecía cincelada a fuego.

El sacerdote se lo quedó mirando estupefacto:

—Pero ¿qué sandeces dices, infeliz? ¿De qué venganza me hablas?

—De la muerte de mi hermano Toñito y la de mi padre…

—¿Y eso qué tiene que ver con tu matrimonio? —El sacerdote no entendía nada, pero echaba chispas por los ojos.

—Los padres de Amaia fueron los que impidieron que mi hermano y mi padre recibieran la medicina para curarse. Por su culpa fallecieron.

—¿Quién te ha llenado la cabeza con esa sarta de mentiras? —De pronto, las venas del cuello del padre Iñaki cobraron vida—. Tu madre, ¿cierto? —Ahora ya no lo miraba con rabia, sino con una profunda pena.

—Así es. Y no veo razón para que me mintiese.

—Pues fíjate que sí, ¡la hay! ¿Acaso ella te ha contado cómo obtenían la medicina? ¿En qué consistía esta?

—No, y no entiendo por qué me hubiese tenido que dar los detalles. Con saber que la falta de medicina ocasionó sus muertes, para mí, es más que suficiente. —Mientras hablaba, apretaba con fuerzas la medalla de Toñito. Una cierta intranquilidad se había apoderado de él. No entendía adónde quería llegar el sacerdote.

El padre Iñaki comprendió que Salvador también había sido una víctima, aunque eso no lo exculpaba de lo sucedido con Amaia. Por eso, en un tono más conciliador, repuso:

—Ven, siéntate. Hoy te vas a enterar de una verdad muy cruel. Una verdad que va a poner tu mundo del derecho al revés. Espero que sepas actuar en consecuencia. Hace unos años, vivía en Barcelona Enriqueta Martí, más conocida como la Vampiresa del Poniente. —El sacerdote inhaló profundamente antes de proseguir—: Esta vil mujer se dedicaba a robar criaturas

pequeñas. Lo que hacía con ellas era terrible: las mandaba a mendigar y también las prostituía.

El rostro de Salvador estaba lívido.

—En una de sus bacanales, falleció uno de los pequeños. La mujer no tuvo mejor idea que experimentar con su sangre.

—Eso es un espanto, padre.

—La tal Martí estaba convencida de que el tejido adiposo humano tenía poderes casi milagrosos. Decía que los untos, como así les llamaba, servían para fabricar ciertos tónicos para curar la tuberculosis o recuperar la juventud perdida. Los tónicos los preparaba matando chiquillos, en su mayoría hijos de prostitutas a quienes nadie iba a echar en falta y, si lo hacían, ¿quién atendería el reclamo de una mujer de mala vida? Por eso, cuando Edurne y su marido supieron el origen de los tónicos, se encontraron en la encrucijada más difícil de sus vidas. Entonces les aconsejé qué hacer. Y lo hicieron. Y así, tu madre no pudo conseguir más los tónicos, pues la Martí se negó a vendérselos ante semejante escándalo. Por eso, valiéndose del débil carácter de don Aguirre Larreta, consiguió que desheredaran a Edurne y que la echaran junto con su familia de la mansión. No contenta con todo, les hizo la vida imposible hasta que el pobre de Pedro Rojas tuvo que emigrar a la Argentina para labrarse un porvenir.

Un escalofrío sacudió la espalda de Salvador y decenas de sensaciones desagradables le cerraron la garganta hasta ahogarlo.

—Pues hicieron muy bien —repuso con un hilillo de voz y las manos temblorosas. Se daba cuenta del alcance de lo ocurrido.

El padre Iñaki se calló unos instantes antes de reponer:

—Escucha, Salvador, con los años entendí que doña Victoria es un espíritu malo, perverso, capaz de promover la discordia y la desconfianza. Es un ser mezquino que se apodera de los caracteres débiles para arrastrarlos a la perdición, y está satisfecha cuando lo logra.

—¿Quiere decir, padre, que yo soy un ser débil, sin carácter? —Salvador sintió una apremiante necesidad de desaparecer de la faz de la tierra y no regresar jamás. Su zozobra era abrumadora y su dolor no conocía límite. ¡Su madre le había mentido! ¡Solo lo había utilizado como un instrumento para llevar a cabo su venganza! ¿Qué madre era capaz de semejantes atrocidades? Solo la suya.

—Muchos, como doña Victoria, buscan excusas para la oscuridad de sus corazones. Tú has sido su víctima. Tus remordimientos lo demuestran. El espíritu de ella es un azote para la humanidad. Edurne, Pedro, Imanol y Gabriela lo sufrieron en carne propia. ¡Dios me libre y me guarde de olvidarme de la pobrecita de tu hermana Paula! —Le dirigió una mirada cargada de compasión—. Ahora es el turno de Amaia… y también el tuyo. —El sacerdote trataba de consolarlo. La ira había quedado atrás—. Cuando hayas aclarado tus ideas, deberás hablar con ella.

—¡Esto no es cierto! ¡No puede ser cierto! —aseveró, con los ojos inyectados en sangre—.

¡No puedo haber vivido en una mentira desde siempre! Mi madre jamás me engañaría de ese modo.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver, *seme*. Te va a llevar su tiempo darte cuenta de la naturaleza de Victoria, pero confío en que algún día lo logres.

Salvador se había quedado mudo. No podía expresar con palabras todo lo que estaba sintiendo: que él era igual a su madre, un espíritu que solo provocaba la discordia y la destrucción.

El padre Iñaki trató de detenerlo cuando salió echando hostias del hospital y se dirigió como un enajenado hacia la mansión.

El aire frío lo envolvió como una mortaja, mientras intentaba ordenar el caos que se había producido en su mente. Le dolía la imagen de Amaia suplicándole que no la abandonase y la de su madre, regocijándose en su triunfo. Durante todo el trayecto sentía las lágrimas que se desbordaban de sus ojos, mojándole la camisa.

Subió los escalones de la entrada de la mansión de dos en dos. Al ver la locura reflejada en su expresión, Nikola trató de detenerlo, mas fue en vano.

Se dirigió a la cocina. Allí estaba Ramona:

—¿Dónde está la serpiente esa que tengo por madre? ¿Dónde? —Se había acercado a la criada, la tomó de los brazos y comenzó a zamarrearla. Tuvieron que intervenir Nikola, Sagrario y Begoña para evitar que la moliese a palos. Porque Salvador no tenía duda alguna de que la negra conocía todos los planes de su patrona.

—¡Niño Salvador, niño Salvador, no me mate! —suplicaba la mujer.

—¿Dónde está?, ¿dónde? —vociferaba como un condenado—. Contesta o no respondo.

—¡Salvador! ¿Qué está pasando? —Paula había llegado a la cocina alertada por el escándalo.

—¿Sabes, hermana? Nuestra madre es un mal bicho y esta —señaló a Ramona—, su cómplice.

Paula se acercó y lo tomó de los brazos:

—¡Cálmate, por favor, que estás hecho un Cristo! —Salvador todavía tenía el rostro lleno de moretones y caminaba con cierta renguera.

De pronto tomó conciencia de dónde se encontraba y con quién. Entonces, se sentó en uno de los bancos de madera y comenzó a llorar con todas sus fuerzas.

Paula se acercó a su lado y lo abrazó.

Permanecieron un largo rato en aquella posición, mientras ella le acariciaba la cabellera.

—¿Dónde está madre? —preguntó, al cabo de unos minutos. Ya se había tranquilizado lo suficiente como para no golpear a Ramona.

—La señora se encuentra reunida con su grupo de los domingos en la biblioteca. En una hora aproximadamente habrán concluido. —La que hablaba era Sagrario. Ramona no estaba en condiciones de hacerlo. Se había acurrucado en un rincón de la cocina y permanecía como ida,

hamacándose hacia adelante y hacia atrás.

Entonces, pese a las súplicas de los sirvientes, Salvador se dirigió hacia allí.

La puerta estaba cerrada y el ambiente solo iluminado por las luces tenues de los candelabros. Los rostros, atentos a las palabras de la médium.

—¿Qué hace el espíritu de un niño que muere en edad temprana? —preguntó uno de los presentes.

—Vuelve a empezar una nueva existencia y… —contestó la médium.

La mujer se interrumpió cuando la puerta se abrió de golpe. Todos los presentes quedaron estupefactos al ver a Salvador, iracundo, con los ojos desorbitados por la rabia, interpelar a su madre:

—¿Por qué no descubre su verdadera cara delante de toda esta gente? ¿Por qué no les explica que se ha valido de métodos arteros para involucrarme en una venganza y para calumniar a mi esposa? ¿Por qué no les cuenta cómo obtenía la pócima que le daba a mi hermano?

—¡Suficiente! —La voz autoritaria de Victoria resonó en la biblioteca—. ¡Cállese, Salvador o se arrepentirá! —lo amenazó. Se había parado y de su único ojo salían relámpagos y truenos. Estaba furiosa. Dirigiéndose a los presentes les dijo—: Sepan disculpar este imperdonable exabrupto. Me doy cuenta de que mi hijo está desbordado por las tristes circunstancias que le han tocado vivir.

—Madre, saque a todo el mundo de esta habitación —la intimó. Se paseaba como un león enjaulado.

Los presentes, incluyendo a la médium, abandonaron presurosos la biblioteca. Tal vez algún espíritu malvado se había encarnado en el hijo de Victoria y ellos no querían ser testigos.

Cuando se quedaron solos, Victoria mudó el semblante: la rabia y el desprecio tiñeron su rostro.

—¿Quién se ha creído que es usted, Salvador, para interrumpir de ese modo mis reuniones? ¡Le exijo una explicación! —Su voz autoritaria resonó en el recinto.

—Es usted un demonio, es el mismo Lucifer, que se aprovecha de las almas más débiles para hacer y deshacer con ellas a su gusto. —Sus acusaciones graves y contundentes cayeron como un mazazo sobre ella—. ¿Sabe, madre? Usted se va a quedar sola con su miseria. Y la miseria no es buena compañía; se hace pesada, le amarga el alma y la consume por dentro.

Doña Victoria quiso quitar hierro al asunto:

—Está usted exagerando, Salvador. ¿Acaso ha estado bebiendo en aquellos tugurios de mala muerte? Sabe que no le conviene ahogar las penas de ese modo.

—Me doy cuenta de que usted es una completa desalmada. Ya el padre Iñaki se encargó de aclararme unos cuantos asuntos como, por ejemplo, el modo en que obtenían la sangre para los tónicos. La palabra para describirlo es: repugnante.

—La vida de su hermano estaba en juego —trató de justificarse.

—No me dé explicaciones, que no me interesan. Esta vez le ha salido el tiro por la culata. Primero le voy a informar que mi esposa ocupará el lugar que le corresponde en esta casa, mal que le pese.

Victoria lo escuchaba cada vez más furiosa, mirándolo con tanta fijeza que parecía querer fulminarlo con el fuego que brotaba de su ojo. Entonces, alzó la mano y le dio un violento bofetón:

—¡Sobre mi cadáver!

Salvador, sin dudarlo, le devolvió el golpe:

—Que esta sea la primera y última vez que me levanta la mano o no respondo. De ahora en adelante, si no quiere cruzarse con Amaia, se quedará en su habitación. Usted decide. Pero sepa que ella será la señora en esta casa. Su reinado ha llegado a su fin. Y pobre de usted si le llega a tocar un pelo o la hace sentir mal en algún momento, porque se las verá conmigo —la amenazó.

—Su tío Jaime jamás lo va a permitir —le aseguró mientras se tocaba la mejilla ardida.

—Mi tío Jaime tiene orden de captura. Hace tiempo que no se le ve la estampa —le aseveró—. No creo que se presente a salvarle las papas del fuego.

Ella lo miró furibunda.

—Me doy cuenta de que usted también heredó el carácter débil de su padre. Cuando el árbol nace torcido… —comenzó a decir, aunque no terminó la frase—. En fin, creo que es usted un iluso. ¿Acaso piensa que la infeliz esa va a regresar? ¿En qué cabeza cabe esa idea? —Una sonrisa malvada apareció en su rostro. Sabía muy bien que Amaia jamás pondría un pie en la mansión.

—Y le advierto que Sagrario va a ser despedida y Ramona se vuelve para Cuba, con esa pobre que usted tiene encerrada. Escúcheme bien: ¡el que siembra vientos cosecha tempestades!

Cuando Salvador se retiró, su madre se quedó envuelta en un silencio que le congelaba el alma.

Él se dirigió a su habitación apesadumbrado, como si llevara su espíritu a rastras. Los amargos recuerdos regresaron para martirizarlo, para quemarlo por dentro, para envenenarle la sangre. ¿Podría alguna vez Amaia perdonarlo? Lo dudaba mucho. Una pavorosa emoción le encogió el alma: no solo se había encargado de arrastrar su reputación por el lodo y romperle el corazón, sino que también la había conducido al borde del suicidio.

Madrid

Jaime Aguirre Larreta se dirigió presuroso al Hotel Palace. Como siempre, iba ataviado como un figurín: traje color gris marengo de corte inglés, corbata al tono, un elegante sombrero de pana y un bastón que le confería cierto aire de distinción.

Von Krohn lo esperaba en el bar del hotel acompañado por dos mujeres. Una, Marthe Richer,

su amante, a quien Jaime ya conocía. La otra le fue presentada como Marta Suárez (su verdadero nombre era Mercedes Serna); era el enlace y correo entre los distintos submarinos alemanes.

Luego de hablar de banalidades y tomarse unas copas, Jaime pidió reunirse a solas con él. Las dos bellas mujeres se levantaron, dejando sus aperitivos sin terminar.

Jaime no se anduvo con preámbulos:

—Necesito salir del país con urgencia. —Bebió un trago del coñac que le habían servido.

—Algo he escuchado por ahí… —Von Krohn no hacía nada para facilitarle la tarea. Es más, Jaime estaba convencido de que disfrutaba al verlo en sus manos, perdido y sin recursos. Por primera vez lamentó profundamente haberse asociado con aquel alemán. Con voz temblorosa le explicó:

—Me extralimité y una persona resultó muerta. —Un tic nervioso comenzó a hacerle parpadear con más frecuencia el ojo derecho.

Von Krohn, quien era conocido por su sadismo, esbozó una sonrisa lobuna:

—Me he enterado de su gusto por las jovencitas… o jovencitos. —Le hizo señas a un mozo para que le alcanzase otra botella de coñac—. En fin, volviendo a lo nuestro, lo voy a ayudar, pero antes tendrá que hacerme un favor.

Jaime lo miró expectante:

—Lo que usted mande. —No pudo evitar sentir que un frío gélido le recorriera su torrente sanguíneo. ¿Qué le iría a pedir? Con seguridad algo muy peligroso.

—Hemos recibido indicaciones del alto mando para inutilizar las máquinas de nuestros barcos en caso de que se encontrasen en peligro o si el gobierno español decidiera incautarlos, por eso necesitamos que todos ellos cuenten con la carga de explosivos correspondientes. Hay más de setenta barcos alemanes refugiados en España. —Con parsimonia se encendió un habano. A Jaime no le convidó—. Nuestros altos comandos han decidido que la mejor manera de poner fuera de servicio dichos barcos, en el caso de que sean capturados, es minándolos.

Jaime se secó con su pañuelo de hilo egipcio las gotas de transpiración que habían comenzado a perlar su frente. Von Krohn continuó:

—Usted se encargará de distribuir esos explosivos barco por barco, por toda la geografía española, y luego de que haya finalizado la tarea, lo enviaremos hacia el Brasil.

Jaime asintió en silencio. ¿Qué otro remedio le quedaba?

*

Zuria disfrutaba observando cómo se iba reponiendo Amaia. Sin lugar a duda, la compañía de Julen ejercía en ella un efecto balsámico. Suspiró mientras los veía caminar hacia la playa. “Gracias a Dios que no está encinta”, se dijo. Hacía poco le había bajado la regla. Con la mirada cargada de lágrimas, no pudo evitar recordar su embarazo perdido. Al menos una criatura no

empañaría el futuro de Amaia. Decidió ponerse a lavar la vajilla del desayuno.

*

Amaia y Julen habían tenido muchas oportunidades para hablar largo y tendido. Aprovechaban las siestas soleadas para caminar por alguna playa alejada. Julen sabía muy bien cómo funcionaba su alma herida y trataba de que se sintiese bien de cualquier modo.

—Vayamos a la playa —le sugirió ella—. El día está precioso.

Él la miró dudoso:

—Hoy está muy fresco. No sea que te enfermes. —En ese tiempo habían comenzado a tutearse.

—Estoy bien abrigada. —Necesitaba respirar el olor del mar. Era lo que la tranquilizaba en sus peores días.

Julen no le podía negar lo que le pidiese, así que caminaron rumbo a la playa. Apenas llegaron, Amaia se descalzó. Sentir la calidez de la arena bajo sus pies le producía una agradable sensación de bienestar. El aire cargado de salitre que llenaba sus pulmones le insufló una pizca de optimismo.

—Muchas gracias por todo lo que han hecho por mí.

—No tienes que agradecerme nada, Amaia. Sabes que me tienes a tu entera disposición.

Ella suspiró profundamente.

—Aún me cuesta creer cuánto ha cambiado mi vida en unas semanas.

—El mundo sigue y solo los buenos amigos nos pueden ayudar —le dijo él, filosóficamente —. Eres una gran mujer que me ha premiado con su estima.

—Me angustia saber cómo voy a enfrentarme a los míos… a mi madrina… Con seguridad seré pasto de nuevas habladurías.

—Si algo puedo hacer al respecto, no tienes más que pedírmelo. —Sin querer, sus manos se habían rozado. Aquel contacto le hizo darse cuenta de que deseaba más. La retiró bruscamente. Sus miradas se cruzaron y Julen sintió una opresión en el pecho. Se había acostumbrado a verla despertar, a desayunar juntos, a compartir conversaciones y paseos. Pero lo más importante era que se encontraba perdidamente enamorado de ella.

Amaia, ajena por completo a los pensamientos de él, le pidió:

—Cuéntame sobre tu madre. Nunca hablas de ella.

Él se sorprendió. Con cierta brusquedad le preguntó:

—¿Qué es lo que deseas saber?

Al ver su semblante sombrío, comprendió inmediatamente el error que había cometido:

—Lo siento. No quise molestarte.

La mirada de él se perdió en un cormorán negro como la noche que se zambullía en el agua,

emergiendo con un pez plateado en el pico.

—No te disculpes. Sé que has preguntado con buena intención. —Se inclinó para agarrar una piedrita de la arena y lanzarla al mar mientras le explicaba—: Mi *ama* trabajaba para los Aguirre Larreta, como todos en mi familia. Era la encargada de atender a tu abuelo.

—¿Al abuelo? Nadie me lo contó —le dijo sorprendida—. Aunque, a decir verdad, nadie me ha dicho nunca nada.

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de Julen, mientras se encogía de hombros:

—Era una empleada. Los empleados se olvidan pronto.

—No hables así. Yo creo que moriría si a Encarna le sucediese algo malo. —Se arregló un mechón que le caía sobre uno de sus ojos.

Julen la miraba encandilado. Aquel día estaba muy guapa, con el cabello suelto bailando al son de la brisa.

—No todos tienen tu corazón, Amaia. Algunos son oscuros como el pecado. —Se interrumpió para tragar saliva—. A mi *ama* la atropelló un automóvil cuyo conductor la dejó tirada en una zanja y escapó. Siempre me atormento pensando que, si hubiese recibido los primeros auxilios, tal vez no habría muerto.

—No te tortures con esos pensamientos. Como decía madre: “Nadie muere en las vísperas”.

—Creo que tu *ama* ha sido una sabia mujer. —La tristeza se reflejaba en su rostro.

—Madre fue la mejor del mundo. —Amaia hizo una pausa—. Tampoco hemos podido resolver su extraña muerte. Ojalá el tiempo pueda poner todo en su lugar y así logremos descubrir a los culpables.

Julen la miró a los ojos y le dijo:

—No es eso lo único que me atormenta… —Con voz temblorosa prosiguió—: Antes de morir, la *ama* me confesó que don Aguirre Larreta le había dado para leer unas cartas.

Un frío recorrió la espina dorsal de Amaia.

—¿Mi abuelo? ¿Unas cartas? ¿Cómo así?

—Eres la primera persona a la que le cuento. Debes prometerme que guardarás el secreto, pues temo que mi *ama* haya muerto por ellas.

—Te prometo que seré una tumba —le juró alzando la mano.

Dudaba si contarle o no. Temía por ella. Finalmente se decidió a revelarle lo que sabía, puesto que jamás regresaría a la mansión.

—Don Aguirre Larreta le dio unas cartas para que leyese y luego las guardase en algún lugar seguro. La *ama* andaba muy nerviosa aquellos días. Parecía que no la calentaba ni el sol. Caminaron hasta las rocas y se sentaron. Amaia permanecía muda—. Eran cartas que había mandado la madre de doña Victoria antes de morir —continuó Julen.

—¿Eran cartas de ella?

—No, no —aseveró—. Las cartas las había escrito la misma Victoria. Al parecer le confesaba

a su *ama* todas las atrocidades que cometía y la mujer, tratando de tranquilizar su conciencia antes de morir, se las envió a don Aguirre Larreta.

Amaia se quedó pensativa.

—¿Por qué Victoria le contaría a su madre sobre sus crímenes? Tal vez buscaba una especie de cómplice o descargaba la conciencia con quien sabía que jamás le podría hacer daño.

—Puede ser… Hay que estar dentro de su mente retorcida para poder dilucidar los motivos. Sin embargo, mi *ama* estaba muy asustada aquellos días. Lo recuerdo muy bien. Hasta había barajado la posibilidad de no trabajar más en la mansión y mudarnos a Madrid, donde vive una de mis tías.

—¿Por qué tenía miedo? ¿Qué es lo que había descubierto?

Julen ocultó el rostro entre sus manos; las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus dedos.

—Julen, confía en mí. Te hará bien librarte de semejante lastre.

La voz del joven sonó temblorosa y frágil.

—En todo este tiempo no… no pude… no… jamás tuve el valor de revelárselo a Salvador.

Amaia lo miró alarmada.

—¿Y eso por qué?

—En la carta que leyó mi *ama*, doña Victoria confesaba haber matado a su marido con pequeñas dosis de cianuro.

Amaia de pronto se sintió mareada y débil, a punto de desvanecerse. ¡Lo mismo que le hacía a Paula!

—Lo peor es que ella se dio cuenta de que mi *ama* había leído las cartas. Los pormenores no los sé, pero la amenazó para que se las devolviese.

—¿Eran muchas? —lo interrumpió Amaia.

—Me temo que sí. Al día siguiente del enfrentamiento, mi *ama* apareció tendida en una zanja, a la vera del camino. —Era evidente que Julen estaba conmocionado, incapaz de seguir hablando.

—¿Y mi abuelo? ¿Por qué se quedó callado? ¿Por qué no la denunció a las autoridades?

—Eso lo vas a tener que averiguar, pues yo lo ignoro.

Entonces en las cartas estaban las pruebas de los crímenes cometidos por Victoria, se dijo Amaia, emocionada. Con seguridad deberían estar muy bien escondidas si la mujer no había dado con ellas en todo este tiempo. ¿Dónde estarían? Debería buscar el modo de comunicarse con Paula. Sin su prima no podría avanzar.

Amaia se había dado cuenta del significado de aquella confesión. Julen le había abierto su corazón, revelándole sus miedos, sus dudas y su impotencia frente a la muerte de su madre. Entonces, ella le tomó la mano y se la apretó muy fuerte. Su corazón latía con desenfreno.

Julen la miró y en aquellos ojos oscuros ella percibió su deseo. Con un roce de labios la besó lentamente, profundizando aquel beso, hasta que ella sintió que le dejaba parte del alma.

Regresaron a lo de Zuria en silencio; pero, en el camino, Julen la tomó de la mano.

*

Aquella noche se desató una tormenta feroz. Los truenos tardaron pocos minutos en violar la noche. El ruido era desgarrador, como si la tierra se abriese para dejar salir una maldad que permanecía latente. Amaia no podía dejar de pensar en Julen: era respetuoso, sensible ante la injusticia, protector, moderado, aunque ella presentía que por dentro era un hombre apasionado.

¿Por qué se había casado con Salvador sin estar segura? ¿Cómo era posible que no se hubiese percatado de sus sentimientos hacia Julen? Ni siquiera tenían necesidad de palabras. Podían compartir los silencios. Entonces, siguiendo el impulso que nacía en lo profundo de sus entrañas, se levantó y se dirigió a la habitación de él.

El pasillo estaba oscuro, iluminado únicamente por los relámpagos. Se acercó a la puerta y dudó antes de abrirla. ¿Y si la consideraba una desvergonzada, una cualquiera? Estuvo a punto de dar la vuelta cuando recordó aquel beso que le había robado el alma. Abrió la puerta y se internó en la habitación.

Él tenía los ojos cerrados cuando ella se metió en su cama. Amaia comenzó a recorrer con sus manos la piel de Julen.

Julen seguía con los ojos cerrados, como si temiese que al abrirlos todo fuese simplemente una ilusión, un espejismo.

Amaia sentía sus manos como descargas eléctricas. Dejó escapar un gemido de placer mientras pronunciaba su nombre:

—¡Julen, te amo tanto!

Fue en aquel momento cuando él abrió sus ojos y le susurró:

—*¡Nire maitasuna!*

Comenzó a recorrerla con su boca, disfrutando las curvas hermosas de su cuerpo. Amaia lo miró con los ojos rebosando de pasión y se entregó a él.

Hicieron el amor hasta el amanecer, insaciables el uno del otro, mientras los truenos castigaban la noche oscura.

Más tarde, cuando Amaia ya dormía pesadamente en sus brazos, Julen se dio cuenta de que ella era la respuesta a todos sus anhelos, a todos sus deseos.

*

Cuando llegó el momento de partir, Amaia se despidió de Zuria con afecto:

—Jamás me alcanzará la vida para agradecerte, querida Zuria. Has sido como una hermana para mí.

Ella se tragó las lágrimas mientras la abrazaba:

—Cuídese, Amaia. Cuídese mucho, que usted tiene un corazón de oro.

Al verla irse con Julen, supo que la iba a extrañar. Se había encariñado muchísimo con ella. ¿Cómo podría detestarla por ser la esposa de Salvador? Él nunca la había amado a ella y, mal que le pesara, había sido muy claro cuando se lo había explicado, antes de que hubiesen empezado a encontrarse en secreto. Ahogó un suspiro y una lágrima. Si bien todo lo relacionado con Amaia había resultado un engaño, sospechaba que Salvador estaba enamorado de la joven, igual que su hermano. Con un encogimiento de hombros comenzó a preparar su maleta. El padre Iñaki le había conseguido una plaza como maestra en Valencia y ella la había aceptado. En unos días se alejaría de San Sebastián para siempre. Ya solo le quedaban cicatrices en lugar de las viejas heridas.

*

Mientras Amaia y Julen caminaban en silencio junto al camino serpenteante, observaban cómo se dibujaban con trazos finos los caseríos solitarios que brindaban pinceladas blancas y rojas al paisaje. Hojas amarillentas y rojizas planeaban entre los débiles rayos del sol para aterrizar sobre el suelo.

Al cabo de unos minutos, Julen le dijo:

—Sabes que te amo con todo mi corazón, y creo que te lo he demostrado. Podemos hablar cuanto antes con el padre Iñaki para que consiga la anulación de tu matrimonio. Motivos sobran. —La separación le torturaba, como la idea de pasar sus días y sus noches sin ella. Ansiaba tenerla a su lado, amanecer junto a ella, compartir las charlas y los paseos, enjugar sus lágrimas y trocarlas en sonrisas—. Quiero formar un hogar contigo, tener muchos hijos.

Amaia escuchaba en silencio, emocionada con aquella declaración.

—Yo también lo deseo, Julen. —Había comprendido que él era su futuro.

Se inclinó y la besó, demandante, casi brutal, como si estuviese sellando con aquel beso que ella le pertenecía. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad. No sabía si podría soportar no tenerla a su lado, verse imposibilitado de amarla. Se dio cuenta de que sudaba y le latían las sienes, síntomas inconfundibles del miedo. Miedo a no volver a poseerla, miedo a que nunca volviese a ser su mujer. Dejando de lado aquellas amargas cavilaciones, su mirada atisbó el horizonte. Entonces exclamó:

—¡Mira allá, Amaia, a lo lejos!

La joven le hizo caso sorprendiéndose con el panorama: dos sombras enormes y oscuras se perfilaban debajo de las aguas.

—¿Qué animales son, Julen? Son gigantes.

Una sonrisa comenzó a iluminar su rostro.

—Son ballenas. Todos los años cruzan con sus crías el océano y, en los días que el mar está sereno como hoy, se pueden distinguir sus figuras. Tal vez en un tiempo podremos embarcarnos y observarlas de cerca.

Sin embargo, en esta ocasión la vista le había jugado una mala pasada. Lo que había visto no eran ballenas, sino las sombras de submarinos alemanes recorriendo las costas vascas.

*

Amaia había regresado a la casa de su madrina, donde la esperaba una Berenguela estupefacta. La muchacha se había preocupado horrores luego del incendio de la cabaña y tras haber escuchado en el mercado y a la salida de la iglesia el correveidile del repudio de Amaia. Sin embargo, el padre Iñaki le había explicado que estaba sana y salva con Zuria y Julen. A pesar de sus protestas, no le permitieron ir a visitarla. De ese modo, preservaban su intimidad y dejaban que la joven curase sus heridas. Sin embargo, todos sabían que era más fácil mantener un castillo de naipes en el aire que un secreto.

Entre sorbo y sorbo de una infusión que le había preparado Paquita para que le templara el cuerpo, Amaia les fue confesando a ella y a Berenguela lo sucedido en el bosque. Al hacerlo, sintió un calor en su interior, como la promesa de una noche febril o el inicio de un dolor de cabeza.

—Cuente conmigo para lo que sea menester, Amaia —dijo Berenguela. Y no pudo evitar agregar—: Ya ve que razón no me faltaba cuando le aconsejaba que no se apurase, que esperase a su madrina. Ese matrimonio resultó como el rosario de la aurora.

—Mal vamos si empiezas con reproches, Berenguela. La señorita Amaia está hecha de otra pasta y va a sortear todas las dificultades —la sermoneó Paquita.

—No la regañes —intervino Amaia—. Ella no ha faltado a la verdad. Yo he sido una necia, una atolondrada. —Bebió otro sorbo de la tisana milagrosa. De a poco le había vuelto el alma al cuerpo—. Ahora siento como si me hubiesen extirpado el corazón y lo hubiesen triturado con un mortero.

—Recuerde, mi pequeña, que la suerte adversa algún día se acaba —la consoló Paquita—. Observe a mi querida Gabriela con Imanol. Y todavía son jóvenes como para formar una familia.

—Nada me haría más feliz. —Amaia contemplaba el mar desde los ventanales. El frío ya se había empezado a sentir, por eso las estufas de las habitaciones estaban encendidas.

—Bueno, la cena está lista. Vamos a comer, que las penas con pan son menos —anunció Paquita.

Comieron en la cocina un delicioso estofado de cordero. Paquita se había esmerado y lo había adobado con manzanilla, menta y romero. Lo acompañaron con un vaso de vino tinto.

Más tarde, en la soledad de su habitación, apoyó su frente en el cristal frío de la ventana y

observó el exterior. Los días siguientes al incendio le habían resultado muy confusos, como si hubiese perdido el control de su vida, de su entorno. Veía rostros indefinidos, oía voces sin escuchar nada, sentía que su vida se había detenido en aquel incendio. La traición de Salvador le pesaba como una losa y le nublaba sus días como una sombra oscura, reprimiendo cualquier alegría. Pero ahora, en cambio, con Julen había descubierto lo que era la complicidad de las miradas, la chispa del hablar sin palabras.

*

Gabriela se encontraba totalmente repuesta. El color había vuelto a sus mejillas y había ganado algo de peso. La enfermedad había quedado atrás. Ahora lo que contaba era la vida en común que habían iniciado con Imanol. Sus espíritus afines se comprendían, se buscaban naturalmente.

Viajaron en tren hasta San Sebastián. No habían querido anunciar su llegada. Prefirieron dar la sorpresa.

—¿Cómo estará Amaia? Menos mal que recibimos aquel telegrama. Ya había comenzado a preocuparme.

—Descuida, cariño. Es joven y habrá estado llena de planes. Ya verás lo bien que la hallaremos. —Imanol rezumaba felicidad al verla de tan buenos ánimos.

Cuando llegaron, se encontraron con la ciudad de luto. El 5 de octubre había muerto José María Usandizaga, aquel muchacho que con catorce años ya ofrecía recitales de piano en el Gran Casino. En el Ayuntamiento la bandera ondeaba a media asta y con lazos negros. Todos los balcones de las viviendas presentaban colgaduras de luto. Las calles estaban desoladas.

El encuentro de Amaia con Gabriela fue emotivo. Se abrazaron por un largo rato hasta que Amaia se echó a llorar desconsoladamente.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué tanta angustia? Quiero pensar que no habrá sido porque me extrañaste. —Se habían sentado en los sillones de la terraza. El aire estaba un poco fresco, pero Berenguela enseguida les alcanzó unas mantas livianas.

—¡Ay, madrina, soy tan desdichada! Sé que usted nunca me perdonará. —Su tono de voz denotaba zozobra y había comenzado a sentir un fuerte latido en las sienes.

Gabriela comenzó a preocuparse:

—Pero ¿qué dices, tesoro? No me gusta verte tan angustiada. Cuéntame qué ha pasado durante nuestra ausencia.

Entonces comenzó a contarle con lujo de detalles todo lo que le había ocurrido desde el momento en que Victoria se había presentado en la casa. A medida que lo iba haciendo, el color desaparecía de las mejillas de Gabriela.

—¡Qué mujer malvada! —intervino Imanol—. Jamás le envié telegrama alguno.

Amaia asentía con la cabeza. Tenía el rostro bañado de lágrimas. A esa misma conclusión

había llegado ella luego de haberlo meditado durante tanto tiempo.

—¡Ya mismo vamos a la mansión a pedir explicaciones! —Los ojos de Gabriela destilaban furia.

—Todavía falta lo peor, madrina. —Con voz temblorosa les fue contando el casamiento, el repudio por parte de Salvador, hasta llegar al incendio de la cabaña de caza.

Los rostros de Gabriela e Imanol estaban demudados. Sin embargo, fue esta quien perdió el conocimiento:

—¡Madrina! —gritó Amaia—. ¡Madrina, vuelva en sí! —le suplicaba.

Imanol llevó a Gabriela a su habitación y Berenguela corrió a avisarle al doctor Usandisavas. Imanol prefirió no contarle sobre la difteria. Amaia ya estaba destrozada.

—Yo tengo la culpa. No hice caso de los consejos de Berenguela y fui sola a la boca del lobo.

Imanol estaba consternado mientras el médico revisaba a su mujer. Temía que la enfermedad hubiese vuelto.

—No te culpes, Amaia. No estamos preparados para tanta perversidad. Tú eres una víctima —la consoló, mientras pensaba que, aunque no disculpaba a Salvador, él también lo había sido.

Cuando el médico salió de la habitación, esbozaba una sonrisa:

—No hay de qué preocuparse, Imanol. Ya su mujer lo pondrá al tanto. Procure que descanse y se alimente bien. —Berenguela le alcanzó el abrigo y el sombrero.

Amaia alcanzó al doctor antes de que se marchase:

—¿Está enferma mi madrina? Dígame la verdad, doctor.

Este le dijo complaciente:

—Ya te lo dirá doña Gabriela. —Saludándola con el sombrero, se marchó.

Amaia, con el corazón en un puño, decidió esperar a su tío, que había entrado a la habitación.

*

Gabriela descansaba sobre la cama, con la larga cabellera oscura desparramada sobre las almohadas de fundas blancas. La palidez todavía no había abandonado su rostro; sin embargo, una gran sonrisa lo coronaba:

—Ven, cariño.

Imanol se acercó con temor. Le tomó una de sus manos y se la estrechó con fuerzas entre las suyas.

—Dime que la enfermedad no ha vuelto. Dime que no es eso, por favor. —Hundió la cabeza en su pecho. Ella le acarició los cabellos con suavidad:

—Mírame, amor.

Imanol así lo hizo.

—No hay nada que temer. —Entonces unas lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro—.

Lloro de felicidad, cariño. El doctor me acaba de confirmar que vamos a ser padres.

La miró como si hubiese escuchado mal.

—¡Vamos a tener un hijo, Imanol! ¿Te das cuenta? Una criatura tuya y mía.

A él las palabras se le atragantaban en la garganta. Estaba emocionado hasta las lágrimas. La abrazó con fuerza mientras rezaba silenciosamente dando las gracias. Al cabo de unos minutos, le pidió:

—Dile a Amaia que venga. Ella también debe alegrarse, pobrecita mía.

Cuando Amaia se enteró de las buenas nuevas, sintió como si la esperanza volviese a nacer en su interior, como si Dios le diera la oportunidad de sanar sus heridas con aquella criatura.

Paquita y Berenguela prepararon una fiesta en la cocina. De ahora en adelante la tristeza abandonaría para siempre sus vidas.

*

La angustia de Salvador era tan aguda que se tornaba insoportable. Intentó calmar sus pensamientos, pero su corazón palpitaba con fuerza en el pecho y en su espina dorsal latían pulsaciones de miedo. ¿Qué había hecho? ¿En qué se había convertido? Todavía resonaban en su cabeza las palabras del padre Iñaki:

—Recuerda que el camino del mal también es una opción: la de los seres desesperados, abandonados y vacíos.

Sentía desprecio por sí mismo. Había decidido hablar con Amaia, buscar su perdón de alguna manera. Extrañaba el olor y la suavidad de su piel, su mirada limpia y sana. Sentía que ella era lo único que le quedaba, la única realidad a la que aferrarse antes de precipitarse al vacío. Sin embargo, llevaba tanto tiempo instalado en la mentira que no sabía cómo iba ella a perdonarle.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento.

—Hermano, ¿puedo pasar? —Paula no esperó a que le contestase, sino que entró directamente. De un tiempo a esa parte había vuelto el color a sus mejillas y había ganado peso. Hacía sus comidas en la cocina con Begoña. Únicamente se alimentaba de lo que le preparaba la mujer. El resultado estaba a la vista—. ¿Qué piensas hacer con Victoria, Salvador?

—Todavía no lo sé, hermana. Hasta el día de hoy no puedo entender cómo me ha engañado. —Hizo una pausa y la miró atormentado—. ¿Y si es cierto lo que me dijo?

—No puedo creer que aún dudes, Salvador. Lo que hizo es detestable. —Se puso delante y lo enfrentó—: El padre Iñaki me puso al tanto de sus crímenes. Has creído una mentira tras otra. La verdad es que no tienes toda la culpa. Victoria es una gran manipuladora. Pero ahora su juego ha quedado expuesto. Hay verdades que tardan demasiado tiempo en revelarse. Lo que importa es lo que hagas de ahora en adelante: liberarte de sus cadenas. —Paula sabía muy bien que la libertad no era un asunto del cuerpo sino del espíritu. Solo había que tener el valor para ser libres—.

Debes ir en busca de tu esposa y darle el lugar que le corresponde. Solo así podrán acallarse los rumores —aventuró.

Salvador levantó ligeramente la cabeza y las sombras cubrieron su rostro, acentuando la gravedad de su gesto.

—¿De verdad piensas que podría perdonarme?

—No todo el que comete un crimen es un criminal. Tal vez, con el tiempo, se dé cuenta de que realmente la amas.

Salvador meneó la cabeza con desaliento. Su vida era una sucesión de mentiras.

*

Victoria rezumaba ira en cada una de sus exhalaciones. Salvador no había querido entrar en razones, desatendiendo sus argumentos. Poco le importaba. El daño ya estaba hecho. Los descarnados rumores se habían esparcido por cada rincón de la ciudad como una enfermedad incurable. Se podía dar por vengada. Ni siquiera la muerte de Edurne le había dejado un sabor a triunfo como el repudio que sufrió su hija. No le interesaba lo que hiciera el palurdo de Salvador con ella. Si la quería entre rejas de por vida, ¡que encontrase las pruebas! Sonrió. Eso era imposible. Sin embargo, una nube pasajera oscureció sus pensamientos: ¡Las malditas cartas! ¿Dónde estarían? Ya había callado a la madre de Julen por culpa de ellas, mas no las había podido encontrar. Todavía no entendía cómo había tenido semejante momento de estupidez o flaqueza y le había confesado a su madre los crímenes cometidos. Tal vez había sido una forma de castigarla por haberla hecho cuarterona; también, porque presentía que su madre había deseado que su abuelo la hubiese matado a ella en lugar de su melliza. No le quedaba duda alguna de que su madre la temía y la compadecía. Nunca se habían podido llevar bien. Por otro lado, ¿cómo iba siquiera a imaginar que se las podría enviar a su suegro? Gracias a Dios que tenía bien controlado al viejo. Dio un gran suspiro. Luego de la muerte de Toñito, fruto de su amor imposible por Imanol, se había encontrado vacía de sentimientos. Nada ni nadie le interesaban. Necesitaba dormir un rato. Cerró los ojos. Solo de ese modo se le pasaría la crispación que sentía. Necesitaba tomar sus polvos de cloral. Ahora, sin Ramona ni Sagrario, se las tendría que arreglar sola. O con la idiota de Paula. Le importaban un rábano las medidas que había tomado Salvador: despedir a Sagrario sin carta de recomendación. La muy estúpida le había confesado a su hijo, aterrorizada ante el alarde de su furia, todo lo que le habían hecho a Zuria y el asunto del aborto. ¡Ver para creer! Se lo tenía bien merecido. Bufó una y otra vez, renegando de su suerte. ¿Dónde se habría metido el pervertido de Jaime? Ahora era cuando más lo necesitaba.

*

La joven de cabellos azules largos hasta el suelo bordaba canturreando una canción. Ahora estaba feliz. Faltaba poco para ir al encuentro de su abuela. Además, ya no estaba sola. No, no. La mujer de tez oscura y cabellos motosos se apoyaba contra una de las paredes. Lloraba e hipaba la mayor parte del tiempo. No le importaba. Su abuela siempre le decía que los malos tragos se pasaban mejor en compañía.



CAPÍTULO 19
HAY QUE SABER CON LOS BUEYES QUE SE ARA

Noviembre de 1915

El silencio se colaba entre las ramas y se deslizaba por los acantilados. La brisa del mar golpeaba su cara sin contemplaciones, empañándole la mirada. Amaia estaba al borde de un acantilado cuya base quedaba desdibujada entre las brumas que emergían del mar. Era muy alto y sabía que nadie sobreviviría a una caída desde allí. Le bastaba dar un paso y por fin todos los sufrimientos habrían acabado. Movió primero un pie, luego el otro, hasta quedar casi en el aire. Su corazón bombeaba tan fuerte que apenas sentía el frío del otoño. Cuando pensaba en Salvador deseaba odiarlo, despreciarlo, aborrecerlo. Estaba convencida de que la ira era un bálsamo para sus heridas. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía hacerlo. La pena que sentía por él era muy grande. De pronto, un brazo fuerte tironeó de ella, apartándola del borde.

—¡Amaia! ¿Qué haces? ¡Por Dios! —le gritó Salvador, mientras la ponía a salvo. ¿No sabes que te puedes caer y matarte?

—¿Y a usted qué le importa, Salvador? ¿Acaso ya no estoy muerta en vida? ¿Se entristecería? ¿Lloraría por su esposa? Pues fíjese que yo no lo creo —le dijo socarronamente. Frente a sí se encontraba un Salvador desmejorado y desaliñado, con los ojos surcados de pequeñas arrugas causadas por las angustias, con la mirada vacía y la voz temblorosa.

—Amaia… —repitió—. No digas eso.

Ella se recompuso rápidamente. Dirigiéndole una mirada cargada de desprecio, le espetó:

—¿Qué quiere, Salvador? ¿Todavía le sobran ganas de arruinarme más la vida? —Ya no lo tuteaba.

—No, no, por favor. —Hizo una pausa. La brisa marina le alborotaba los cabellos largos que gritaban por un corte. La barba oscura le ensombrecía la piel—. Necesito que hablemos.

—¿Para qué? ¿Más mentiras? ¿Sabe? Pienso y pienso y no encuentro una razón. ¿Cómo ha sido capaz de mentirme tanto? Cuando me miraba a los ojos, cuando me decía que me amaba, cuando me hizo el amor… —Se dio la vuelta para evitar que él viese sus ojos cargados de lágrimas. No le pensaba dar ese gusto.

—La culpa que llevo dentro de mi corazón es tan pesada que no me deja respirar.

—Mejor así. Por mí se puede ahogar dentro de ella. ¡Jamás lo voy a perdonar!

—Ya lo sé y tampoco te lo pediría. —Hizo una pausa mientras la observaba: ¡Estaba tan hermosa!— Quiero hacerte una propuesta. No me respondas ahora. Solo quiero que la medites con cuidado.

Lo miró desafiante:

—No creo que me interese ninguna de sus sugerencias. —Por dentro se sentía descompuesta.

—Escucha, Amaia. No busco el perdón, pues no lo merezco. Tan solo quiero reparar un poco el daño que te he causado. —Sus ojos la miraban implorantes—. Quiero que vuelvas a la mansión y ocupes el lugar que te corresponde como esposa.

—¡Jamás! —lo interrumpió—. ¡Jamás! Déjeme en paz. Se lo suplico, Salvador. Olvídeme de una vez y déjeme vivir.

Él continuó como si no hubiese escuchado su negativa:

—Solo será un tiempo hasta acallar las murmuraciones. Serás mi esposa en los papeles. ¡Te lo juro! Jamás te pondré un dedo encima. Luego, cuando todos se hayan olvidado de lo que sucedió, pediremos la anulación y serás libre. Te casaste engañada, te drogué, te repudié a propósito. Motivos hay de sobra. Seguro que el padre Iñaki sabrá lidiar con el asunto.

—¿Por qué hace esto, Salvador?

Él no le dijo que estaba profundamente enamorado y arrepentido. Que sus días y sus noches se habían convertido en un auténtico martirio. ¿Para qué? Ella jamás le creería. Por eso le contestó:

—Necesito reparar el daño cometido. —Moría por confesarle que quería recuperarla, que lo pensaba hacer a costa de lo que fuera o de quien fuese, aunque sabía que esas palabras la alejarían aún más.

Amaia permaneció en silencio. No se había esperado esa propuesta.

—No vas a reparar nada, Salvador —le dijo una voz a su espalda—. Ya has causado demasiado sufrimiento. Además, por muy descarnados que sean los rumores sobre Amaia, ni siquiera se acercan a describir la realidad que le ha tocado vivir. Es hora de que te marches.

El que hablaba era Julen. De una zancada se acercó y apartó a Salvador de un empujón. Entonces tomó a Amaia de la mano.

—Vamos, Amaia, que te esperan en casa.

Ella se marchó con Julen sin darse vuelta ni siquiera una vez.

—Piénsatelo, por favor. —Alcanzó a gritarle mientras clavaba sus uñas en los puños hasta sacarse sangre. Dejó que la angustia lo invadiera mientras contemplaba cómo sus siluetas se desdibujaban en la distancia. Un silencio frío fue lo único que lo acompañó al regresar.

*

La alegría en la familia por el nuevo integrante y también por el próximo casamiento de Berenguela se vio truncada por una noticia devastadora: habían fusilado a la querida Edith Cavell.

Gabriela no podía contener el torrente de lágrimas. Su amiga entrañable y valiente había caído en manos de los alemanes mientras trabajaba en el hospital de la Cruz Roja de Bruselas. Había sido descubierta cuando ayudaba a escapar a soldados franceses, británicos y belgas. Alguien la había denunciado anónimamente y la joven enfermera fue procesada y rápidamente fusilada. Había intervenido el propio rey Alfonso XIII para abogar por ella, mas todo había sido en vano. Contaron que había muerto con una sonrisa de satisfacción. Al menos había alcanzado a salvar a más de doscientos soldados de las garras del enemigo.

—No lo puedo creer, Imanol. ¡Cómo es posible que hayan acabado así con la vida de un ser tan bello!

—La guerra destapa las bajezas humanas más temibles, Gabita. Se hacen cosas que jamás hubieran cruzado por tu cabeza.

—¡Cuánto la voy a extrañar! —Gabriela estaba profundamente conmocionada. La noche anterior, apenas habían terminado de cenar, el doctor Usandisavas se había acercado a comunicarle las funestas noticias.

Imanol la abrazó mientras pensaba: “Ni siquiera la victoria resulta gloriosa cuando está cimentada en el exterminio y la decadencia del ser humano”.

*

Amaia se había despertado cuando apenas un hilo de claridad arañaba las ventanas de su habitación. Se había quedado dormida en el lecho enfundada en su vestido, presa de la congoja por la muerte de la valiente Edith. Se levantó despacio y abrió la ventana: la brisa marina le humedeció el rostro.

La propuesta de Salvador le había dejado la mente saturada de enojo, estupefacción, dolor y soledad. Sin embargo, pudo rescatar una idea que serpenteaba en su cabeza: conseguir las pruebas que culparan a Victoria. Esa era la única forma que ella tenía para encontrar las cartas.

Con seguridad su madrina y su tío se opondrían de plano, argumentando mil razones entendibles. Trataría de explicarles las suyas para que la comprendiesen. ¿Cómo enfrentaría a Julen? Él jamás se lo perdonaría. Una puntada de angustia se había instalado en su pecho.

Después del mediodía se había dirigido al panteón de los Aguirre Larreta. Necesitaba hablar con su madre. Una neblina fría se había enganchado en los árboles que perdían sus hojas. La puerta estaba cerrada, pero Salvador le había indicado el lugar donde dejaban la llave gruesa. Con ella abrió la cerradura, que emitió un chirrido.

Cuando entró, se vio envuelta en un halo de tranquilidad. Se sentó en uno de los bancos y

habló con su madre: “¡Ay, madre! Está todo manga por hombro. Es como si un huracán hubiese pasado por mi vida, destrozándome el corazón, vaciándome de sentimientos. La traición de Salvador me dolió mucho más de lo que me hubiese gustado. Sé que está arrepentido. Lo pude ver en sus ojos, pero, madre, ¿podré perdonarlo alguna vez? ¿Seré capaz de olvidar lo que me hizo? ¿Se puede amar sin perdonar? Pues sé muy bien que no lo amo. Jamás olvidaré el daño que me causó. Sus actos no tienen justificación alguna. Tampoco él me pidió que lo perdonase. Dijo que no lo merecía. Solo me ofreció la posibilidad de reparar mi orgullo herido y darme el lugar que me corresponde como esposa. ¿Sabe, madre? No creo que valga la pena, aunque necesito descubrir quién ha causado su muerte y por qué. Es la única oportunidad que se me brinda para hacer justicia. Dicen que es peligroso acercarse a un animal herido, porque se siente amenazado y ataca. Lo mismo pasa con las personas: se defienden, pero únicamente porque temen que se les haga más daño. Estaré preparada, madre. Sé que Julen me ama. Y yo también lo amo a él. Lástima que lo descubrí tarde. A veces el amor no puede ser descripto con palabras… basta una mirada, una respiración. Así me pasó con él”. Ahogó un sollozo. “Soy consciente de que le voy a causar un daño terrible, que tal vez nunca me perdone, madre. ¿Cómo podía imaginarme que el amor podía matar también? Pues eso es lo que voy a hacer con el amor de Julen, lo voy a tirar a la basura. Me cuesta reconocerlo, pero es así. Sé que he pecado, madre, pero en sus brazos fui una persona feliz, plena”.

Cuando abandonó el panteón tenía el rostro bañado de lágrimas.

Barcelona

Jaime se había puesto en contacto con Royo de San Martín, un sujeto vinculado al espionaje marítimo. Era un policía de menor rango y sin escrúpulos relacionado con Fix, uno de los agentes alemanes más activos en esa época. Jaime había sabido apuntar muy bien, ya que el español era adicto al alcohol y a la morfina, y él sabía cómo proporcionar esos vicios.

Gracias a sus contactos había podido ubicar los explosivos en los distintos barcos sin inconveniente alguno. La misión había sido harto peligrosa y sabía muy bien que era su boleto de partida para largarse al Brasil. Sacó de su pitillera un cigarrillo y lo encendió. Expelió con fuerza el humo de la primera calada. Ya vería el modo de huir. Le reconfortaba la idea de terminar sus días en aquel país amistoso.

Lo que Jaime no tenía en cuenta era que estaba siendo observado desde la oscuridad. Gaizka, su esbirro, siempre arrimado al ascua que más calentaba, lo había traicionado. Era lo que hacían los pérfidos por ambición y resentimiento.

Apenas puso un pie en la calle, Jaime fue detenido por la Guardia Civil. Gaizka había revelado con pelos y señales todas las actividades fraudulentas de su patrón, incluso lo había acusado anónimamente sobre la muerte del gitano en el prostíbulo de la tal Asunta, en la zona vasca.

Jaime Aguirre Larreta había sellado su suerte.

Gaizka se felicitó por su jugada maestra. A cambio de la información brindada, los cargos en su contra se borrarían de un plumazo. Desde pequeño había aprendido que, en cualquier lugar del mundo, el dinero podía comprarlo casi todo, porque el verdadero poder radicaba en la información. Y por la información se pagaba un alto precio. Ahora regresaría a San Sebastián en busca de las cajas con heroína que todavía permanecían en la cueva. Solo habían comercializado unas pocas. Los países en guerra pagaban fortunas por ellas. Se restregaba las manos, feliz.

Gaizka caminó despacio, silbando bajito, confiado en que Jaime se pudriría en la cárcel. Al doblar la esquina, una sombra se abalanzó sobre él. Sintió un dolor fuerte en su pecho. Alguien, ni siquiera había reparado en quién, se le había acercado y tropezado con él en un descuido. "¡Lo siento!", se había disculpado. Gaizka observó la mancha de sangre que se esparcía por su camisa. Una puñalada trapera había puesto fin a sus días. Pero antes de que la vida se le escapase por sus ojos, alcanzó a distinguir la sonrisa sarcástica de Jaime Aguirre Larreta.

Las conexiones de Jaime Aguirre Larreta eran lo suficientemente poderosas como para exonerarlo de cualquier cargo y asegurarle la libertad inmediata. Esa misma tarde había sido liberado. "Todavía no se ha fabricado la bala que ha de matarme, traidor", le dijo, confiado, mientras se dirigía al puerto. Aquella madrugada se embarcaría rumbo al Brasil.

*

Habían pasado dos semanas y Amaia tenía lista la maleta. Esa tarde la pasaría a buscar Salvador para llevarla a la mansión. Tanto Imanol como Gabriela estaban sumamente preocupados. Si bien Amaia les había explicado los motivos para regresar, no habían estado de acuerdo con esa decisión. Aunque las verdaderas razones se las había callado.

—¿Por qué, Amaia? ¿Cuál es la necesidad de volver al lado de ese ser despreciable? ¿Acaso no te ha humillado lo suficiente? —Gabriela no entendía razones.

—Madrina, comprendo perfectamente sus consejos, pero le voy a dar otra oportunidad. Es mi marido y sé que me ama. Actuó instigado por su madre. —Apretaba fuertemente los puños mientras hablaba.

—Eso no es posible. Él no te ama. Si te amase, no te habría expuesto de ese modo.

—Gabriela… —intervino Imanol—. ¿Acaso tú misma no me has perdonado y hemos decidido pasar página? —Trataba de poner paños fríos a la situación.

—No es lo mismo, Imanol. Salvador supo en todo momento que terminaría perjudicando a mi ahijada. ¡No compares, por favor! —Gabriela se soliviantaba pensando en la traición de Salvador.

El semblante de Imanol se ensombreció:

—Salvador estuvo influenciado por su madre. Nosotros hemos vivido en carne propia todo el

daño que Victoria ha causado. Hemos sido víctimas de su crueldad infinita. Pues, si comenzamos a enumerar, sus crímenes llenarían varias páginas.

—Estoy de acuerdo con mi tío. Le voy a dar otra oportunidad a mi esposo —mintió Amaia. Estaba convencida de que con la ayuda de Paula encontraría las pruebas para que Victoria diera con sus huesos en la cárcel.

Gabriela le dirigió una mirada con el llanto al borde de sus ojos:

—Está bien. No tiene sentido seguir con esta conversación, que no nos lleva a ninguna parte. Pero ten bien en claro que las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti, cariño, mas no para Salvador. —Con esas palabras, abandonó la habitación.

Amaia permaneció en silencio, con un gesto constreñido de dolor, como si solo el hecho de pensar le resultara lacerante. Tomó el aire y contuvo la respiración. Cerró los ojos unos instantes para poder ir expeliéndolo lentamente. Entendía muy bien a su madrina.

Entonces, Imanol, quien intuyó su desdicha, se le acercó:

—No se lo tengas en cuenta, pequeña. El enfado pronto pasará y cuando te vea feliz perdonará a quien sea.

Amaia asintió con una sonrisa rota, torcida, mientras se secaba las lágrimas. Jamás podría revelarles los verdaderos motivos de su regreso.

*

Bien temprano en la mañana, Salvador había ido a hablar con el padre Iñaki. Necesitaba descargar su conciencia con el sacerdote, que, por otra parte, lo conocía del derecho y del revés.

—Padre, Amaia me mandó una nota con Berenguela. Aceptó volver a la mansión. Esta tarde la voy a buscar. —Su rostro estaba demacrado.

—Haces bien en procurar el bienestar de tu esposa, *seme*. Ya verás que el tiempo pone todo en su lugar. ¿Y tu madre? ¿No temes que quiera dañarla?

—No, padre. El reinado de mi madre ha concluido.

—Rezaré para que sea así, *seme*, pues de ella no me fío. —Unos surcos de preocupación se dibujaron en el mentón del sacerdote.

Salvador bajó los ojos apesadumbrado.

—Padre Iñaki… no sé cómo sacarme esta vergüenza de encima. Ignoro cómo voy a curar a mi esposa las heridas que yo mismo le infligí.

—Debes tener fe, Salvador. Si hay amor verdadero, todo se puede perdonar.

—A veces se puede matar sin una bala, padre. Hieres de tal manera que la otra persona solo piensa en morir. He cometido el error más grande de mi vida. —Su mirada dejaba al descubierto sus recuerdos más miserables.

El sacerdote lo escuchaba en silencio. Había momentos en los que era mejor callar.

—Dicen que el pasado de un hombre es su sombra. Siempre estará detrás de él. ¿Cómo haré para cambiarlo? —sollozaba Salvador.

El sacerdote lo miró apenado.

—Es inútil mirar hacia atrás, *seme*. Amaia no es la única con heridas. Tú también las tienes. Pero jamás olvides que la verdadera culpable de dichas heridas es Victoria. —Hizo una pausa y le puso una mano en el hombro—. Escucha, Salvador. No puedes volver el pasado atrás ni cambiar lo sucedido. Debes vivir pensando en el mañana, curar tus lastimaduras y renacer como un hombre nuevo.

Salvador asintió en silencio.

*

Julen esperaba a Amaia en la terraza. Aquel día su mirada era sombría y su gesto, adusto. Cuando Amaia entró, se la quedó contemplando. La primera vez que la había visto, había pensado que todo lo que a él le faltaba se encontraba en aquellos ojos. Estaba enamorado de aquella mirada a través de la cual se podía observar su alma inocente.

—Dime que no es cierto lo que me han dicho, Amaia. Dime que no regresarás con ese bastardo.

—Todo es verdad, Julen. Voy a darle otra oportunidad. —Cada frase que pronunciaba le quemaba por dentro.

Entonces él se descontroló y, con un tono de voz cargado de sarcasmo y reproches, le gritó:

—No puedes marcharte. No cruces esa puerta. No puedes hacernos esto, Amaia, por favor.

—Es mi esposo, Julen. Por las malas o las peores estoy casada con él. —A medida que esgrimía sus argumentos, sentía que se iba ahogando en sus propias mentiras mientras su corazón latía desenfrenado.

—No digas eso. Sabes muy bien hay muchas razones para anular ese matrimonio. —Estaba destrozado. Entonces, afirmó—: Te has enamorado de él, ¿cierto? Jamás dejaste de amarlo. Lo nuestro tan solo fue la aventura de una noche, la venda para sanar las heridas. —Mirándola de lleno le confesó—: Te amo, Amaia… siempre te he amado. Albergaba en mi corazón la esperanza de que pudieras corresponderme. —Con el rostro desencajado, agregó—: Veo que me equivoqué por completo. —Se dio la vuelta y se marchó, casi corriendo, presa de la ira y el desasosiego.

—¡Julen! —lo llamó ella—. Necesito explicarte… —Sus palabras quedaron flotando en el aire. Julen ya no la escuchaba.

*

A eso de las cinco Salvador se presentó a buscarla. Berenguela le abrió la puerta, no sin antes dirigirle una mirada de desprecio.

—Pase —le ladró—. Amaia enseguida baja.

Cabizbajo, esperó en la sala. Con hondo pesar observó el paisaje triste que se podía contemplar desde el ventanal. Aquella tarde amenazaba lluvia. El cielo encapotado no amortiguaba la tristeza que sentía en su interior.

—¡Salvador! —le dijo una voz masculina.

Se dio la vuelta para encontrarse con su tío Imanol. Por unos instantes se hizo un denso silencio.

—Imanol… yo… —comenzó a farfullar.

—Siéntate, por favor. —La mirada y el gesto de Imanol eran inescrutables—. Hoy te llevas a tu esposa de esta casa. Le has infligido un dolor terrible, mas yo no soy quién para juzgarte si te has arrepentido. Tu propia conciencia lo hará. Yo también fui una víctima de Victoria. —Hizo una pausa y decidió hablarle con la verdad mientras servía dos vasos de ron—. Tu madre me engañó desde un principio con sus artimañas. Convenció a mi padre para que yo viajara a Cuba con el pretexto de que los negocios no iban bien. Pude comprobar que todo aquello era falso. Lo que vas a escuchar no será de tu agrado, pero debes saber de una vez por todas con qué bueyes estás arando. —La mirada de Imanol se había vuelto vidriosa—. Una noche me drogó. Era tal mi grado de confusión, que le hice el amor pensando que era Gabriela.

Salvador estaba desencajado. No podía articular palabra alguna.

—Preferí la guerra a quedarme a su lado. Ya te imaginarás la repugnancia que me producía, aunque eso no fue todo. Aquella noche quedó encinta. Yo soy el verdadero padre de Toñito.

Salvador se puso de pie y lo enfrentó:

—Eso no es cierto. Toñito era hijo de mi padre.

Imanol meneó la cabeza resignado:

—¡Qué más hubiese querido yo! Pero la verdad es muy distinta. Victoria se casó con mi hermano Felipe, porque pensó que yo había muerto. —Lanzó una carcajada lastimera—. No estaba equivocada, porque yo morí en aquella isla.

—Lo que usted me dice no tiene sentido. ¿Para qué se casó entonces con padre?

—Para darle un apellido a su bastardo. —Caminó unos pasos mientras observaba la lluvia que había comenzado a mojar los cristales de los ventanales—. Yo jamás se lo daría y ella siempre lo supo. —Suspiró profundamente—. Felipe estuvo enamorado de ella desde el comienzo, pero Victoria me quería a mí. Su perversidad hizo que me separara del amor de mi vida. No le voy a echar toda la culpa a ella, porque yo también he sido un necio y un orgulloso. Sin embargo, puedo entender lo que es estar enredado en sus crueles mentiras. Hoy te toca a ti poder, en primer lugar, perdonarte y, luego, poder lograr que te perdonen. A veces los milagros ocurren. Sé que amas a mi sobrina. Es imposible no enamorarse de ella, tan parecida a mi querida Edurne. No va

a ser fácil, el camino estará lleno de espinas, mas solo tú puedes remediar el daño causado.

Los ojos de Salvador brillaban llenos de lágrimas. Aquel tío, al que siempre había despreciado, le hablaba con el corazón y le revelaba aún más la maldad de su madre.

—Así lo haré —alcanzó a musitar antes de que apareciera Amaia.

Entonces la joven se despidió con un fuerte abrazo de Imanol. Ya lo había hecho con Gabriela.

Salvador tomó las maletas de su esposa y se encaminaron hacia el automóvil. El camino de regreso lo hicieron en silencio. La lluvia había cedido el paso a la bruma, cuyos jirones flotaban como fantasmas. Amaia viajaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el cristal empañado.

—Hemos llegado —le anunció Salvador mientras le dirigía una mirada cargada en partes iguales de amor y tristeza. Todavía debía asimilar todo lo que le había confesado Imanol. Un trago por demás de amargo. ¿Hasta dónde podría llegar la perfidia de su madre?

Sin esperarlo, Amaia abrió la puerta del automóvil y caminó hacia la entrada. Nikola la aguardaba con una sonrisa.

—Venga, niña, no sea que se enferme. —La temperatura había bajado unos cuantos grados aquellos días.

—Buenas tardes, Nikola. —Se acercó al anciano y, de puntillas, le dio un beso. Cuando levantó la vista no pudo evitar un escalofrío al ver a los cuervos en las ramas. Sentía que le clavaban la mirada mientras daban pequeños graznidos.

El hombre, emocionado, la hizo pasar.

—¡Amaia! —escuchó el grito de Paula que se acercaba casi corriendo.

—¡Paula! Pero… ¡qué sorpresa verte tan recuperada! —Efectivamente la joven había ganado peso y sus mejillas parecían dos manzanas. La piel ya no mostraba esa opacidad, sino que brillaba. Sus cabellos lucían más fuertes y espesos. Amaia no pudo evitar un estremecimiento. Aún le costaba creer que la madre se hubiese encargado de enfermar a la hija, tan solo para ser el centro de atención. ¡Qué loca que estaba Victoria! ¡Ver para creer!

—Ven, vamos a mi habitación, así conversamos tranquilas.

Durante todo el trayecto jamás se encontraron con Victoria. El lugar de Sagrario estaba ocupado por un criado, con un rostro adusto e inexpresivo, que apenas les dirigió una mirada de soslayo. También se habían contratado dos criadas nuevas para los quehaceres domésticos.

—Me doy cuenta de que ha habido unos cuantos cambios —le comentó mientras se sentaba en uno de los sillones.

—Si, Salvador puso de patitas en la calle a Sagrario y Ramona se encuentra en el ático con la nieta de la santera.

—¡Qué horror! Creo que la pobre Ramona ha sido una víctima de tu madre. ¿Cómo iba a poder defenderse de semejante manipulación?

Paula la miró fijamente.

—Estoy de acuerdo con lo que dices y mi hermano, también. Las va a mandar de regreso a Cuba. En unos días sale el barco, pero mientras tanto, las mantiene alejadas de Victoria. —Había comenzado a ponerse nerviosa. Solo mentar a su madre la descontrolaba—. Lamentablemente no hemos podido encontrar pruebas en su contra. He buscado como loca las cartas de las que me habló mi abuelo y nada. No aparecen por ningún lado. Ya no sé dónde más revisar. Tal vez solo sean delirios suyos.

Entonces Amaia le dijo:

—Sé que esas cartas existen. No me preguntes cómo lo averigüé, porque es un secreto.

Paula asintió con gravedad.

—Entonces seguiremos buscando. —Cambiando abruptamente de tema, le preguntó—: ¿Por qué has regresado? Cuando Salvador me lo dijo, no podía creerlo. ¿Cómo has podido perdonarlo?

Amaia se quedó unos momentos en silencio y luego repuso:

—A ti te voy a contar la verdad. Necesito encontrar esas cartas. Estoy convencida de que tu madre ha tenido algo que ver con la muerte de la mía. He regresado en busca de las pruebas. —Ahogó un sollozo—. Me he dado cuenta de que amo realmente a Julen y que lo he herido de muerte al volver. Él piensa que estoy enamorada de Salvador.

—Mi hermano te ama. De todos modos, no tiene justificación alguna. Aunque tu corazón pertenezca a otro, ¡ojalá lo puedas perdonar algún día!

—Tal vez… No lo sé.

—Bueno, vayamos a comer algo. Victoria lo hace en su habitación. Estos días estoy comiendo en la cocina con Begoña. Seguro que se alegrará de verte.

La cocinera la abrazó con lágrimas en los ojos.

—Mi niña, mi niña, ¡cuánto daño te han hecho!

—Ya ha pasado lo peor, Begoña. No te angusties. —Amaia estaba conmovida por el amor de aquella anciana.

—Eres tan fuerte como tu madre. ¡Gracias a Dios!

Compartieron la comida sencilla acompañadas también por Nikola. Amaia permaneció callada mientras Paula hablaba a borbotones.

Sin embargo, al finalizar, Salvador se hizo presente.

—¿Puedes venir un momento, Amaia? —Su tono de voz era pesaroso.

Ella se levantó y se dirigió hacia donde él estaba.

—Te han preparado la habitación de tu madre. Nadie te va a importunar, aunque, si Victoria te molesta, no tienes más que decírmelo.

—Gracias —le contestó lacónicamente, dirigiéndose hacia allí.

Cuando entró no pudo evitar una puntada de angustia. Se desvistió y se puso el camisón. Ya en la cama, lloró por un largo rato. Durante todo el tiempo en que había estado alejada de Julen

su llanto se había prolongado hasta convertirse en una pena anclada en su corazón, que surgía al más mínimo roce de sus recuerdos. Finalmente, cayó en un sueño ligero que la mantuvo sudorosa e inquieta. Por eso, en algún momento de la noche, sintió que algo le rondaba cerca. Tuvo miedo de moverse, sin saber por qué. Se quedó quieta, casi sin respirar. Creía que algo volaba por el aire como un ave o un alma en pena. Sintió como un aletazo en la cabeza y se quedó helada. Le pareció que aquello que estaba allí, en su cabecera, y respiraba como una criatura. Todavía era de noche, mas la aurora no debía estar lejana cuando escuchó las campanadas de la iglesia. Recién entonces pudo dormir profundamente.

*

Me quedé dormida hasta la hora del almuerzo. ¿Qué habría sido aquello que me visitó durante la noche? No pude evitar un estremecimiento. Decidí dejar de pensar tonterías, con seguridad la tensión de estos últimos días me había jugado una mala pasada. Abrí el ropero y busqué despacio qué ponerme. Hacía bastante frío. Tal vez iríamos con Paula a dar un paseo por la playa antes que las inclemencias del tiempo nos lo impidiesen. Saqué un vestido de lanilla color ciruela y me puse las botitas color café de tacón bajo, ideales para un día como este. ¿Dónde estaría Julen? ¿Sería capaz de perdonarme alguna vez? Recordé las palabras de Encarna: "Cuando te enamoras de verdad, solo podrás amar una vez; podrás querer a otros, pero solo amarás a uno, pase lo que pase…". Confiaba en que mi nana no estuviese equivocada, que el amor que Julen decía profesarme sería muy fuerte.

—¡Se te ha pegado la almohada a la cara, prima! —me dijo Paula, muy risueña—. Vamos, que el almuerzo está listo en la terraza. Aprovechemos estos últimos rayos del sol antes de que nos envuelva el invierno. Salvador nos acompañará.

Paula estaba eufórica. Tal vez pensaba que podría existir una posibilidad de reconciliación, que si a la brasa le daba el viento, se avivaría el fuego. ¡Tamaña estupidez! Nada más lejos de mis pensamientos. Mi única misión era encontrar las pruebas en contra de Victoria. El amor que creía haber sentido por Salvador se había esfumado por completo.

¿Dónde estaría esa malvada? Desde que había llegado no la había visto, aunque debía reconocer que la había presentido.

*

En el almuerzo la única que habló fue Paula. Salvador estaba mudo y Amaia contestaba con alguno que otro monosílabo. Cuando les sirvieron el café, Salvador se disculpó. Debía atender asuntos del astillero.

Las jóvenes decidieron dar un paseo por los jardines de la mansión. Se había levantado

demasiado viento como para ir a la playa.

Amaia no podía dejar de admirar la fachada, cubierta de hiedra trepadora, cuyas hojas tenían tonos morados. La hiedra rodeaba los amplios ventanales del comedor y ascendía hasta la segunda y tercera planta para finalizar abruptamente en el tejado.

—Se me ocurrió que podríamos revisar la biblioteca. ¿Qué te parece, Paula?

—Ya lo hice. Lo único que me quedó por inspeccionar es la vitrina que contiene los tomos antiguos. Victoria tiene la llave y no quiero pedírsela. —El gesto de Paula era de impotencia.

—Tal vez Nikola también tenga una. No perdemos nada con preguntarle —aventuró Amaia.

De pronto los ojos de Paula se encendieron:

—¿Cómo no se me ocurrió? Sin lugar a duda debe tener una copia. Apenas regresemos, le vamos a preguntar.

Amaia la frenó:

—Me parece perfecto, aunque no debemos alertar a tu madre. —Sabía muy bien que Victoria estaría dispuesta a todo con tal de que esas cartas no vieran la luz—. Todavía no me cabe en la cabeza que le haya confesado sus crímenes a su propia madre por carta. ¡Es inentendible!

—No debes pensar así. Su mente es muy retorcida. Vaya a saber uno con qué intenciones lo hacía. ¿Para escandalizar a mi abuela? ¿Para castigarla? Según me ha contado el abuelo, ella era el ojito derecho de su padre. Con su madre no mantenía buenas relaciones. Me parece que la culpaba por su sangre.

—¿Cómo por su sangre?

—Su bisabuela había sido una esclava traída del África. La habían comprado para las plantaciones cubanas. ¿No te das cuenta de que Victoria usa muchas cremas para aclararse la piel?

—¡Dios mío, qué locura! Tal vez la pobre mujer ya intuía su naturaleza torcida —opinó Amaia.

—Eso nunca lo vamos a saber. —Se habían internado por un camino esquivando los helechos de grandes hojas rugosas que crecían en las zonas más oscuras.

De pronto escucharon a sus espaldas:

—Me parece que deberían regresar, señoritas.

Inmediatamente se dieron la vuelta para encontrase con el oficial Berazategui.

Paula no pudo evitar un sonrojo nada más verlo.

—Oficial Berazategui, ¿qué anda haciendo por aquí?

El hombre la miró con un brillo pícaro en sus ojos verdes. Entonces, se puso serio.

—Estoy en una misión oficial. Es peligroso que estén paseando solas. —No hacía mucho había recibido el dato de que en las playas de la zona contrabandeaban heroína. No tenía dudas de que Jaime Aguirre Larreta había estado relacionado con aquellas actividades. Sin embargo, el hombre había desaparecido como por ensalmo.

—Déjeme que le presente a mi prima, Amaia. Hace poco se ha casado con mi hermano. —De pronto el rostro de Paula se había iluminado y esbozaba una sonrisa.

El oficial la saludó con un gesto.

—Las voy a acompañar de regreso. Así estaré más tranquilo.

Amaia se dio cuenta de la corriente de entendimiento que fluía entre ambos, por lo que repuso:

—Yo me voy adelantando, que estoy un poco resfriada.

Ninguno de los dos puso objeciones. Volvieron conversando animadamente. Amaia se alegró por Paula. El oficial Berazategui le había caído la mar de bien.

*

Cuando llegó a la mansión fue inevitable encontrarse con Victoria. Era como si ella hubiese estado esperando la oportunidad para increparla. A pesar del maquillaje, Amaia pudo observar que su piel no brillaba como antes y que un rictus amargo se había adueñado de su boca.

—Pequeña perversa —le dijo—. No piense que se va a librar de mí tan fácilmente.

Amaia le dirigió una mirada teñida de furia y de miedo.

—Usted es un ser despreciable que no ha vacilado en amargar y desgraciar a los que la rodean.

—¡Ja, ja! ¡Miren cómo contesta la señorita! Perdón, la señora… —largó otra carcajada.

—Me ocuparé de que pague por todo el daño que ha causado —le ladró Amaia.

—¡Chist! ¡Chist! A mal puerto va por leña, cariño. Recuerde que el que la repudió fue Salvador. Él le causó el daño.

—Sí, es cierto. Pero no dudo ni un instante en que usted lo hostigó todo el tiempo.

—¡Virgen Santa! Tengo delante de mí a una loba con piel de cordero y no me había dado cuenta —le dijo con sorna. Luego se le acercó lo suficiente como para señalarla con el índice—. Escuche bien, infeliz. Que no se le cruce por la cabeza que podrá conseguir el amor de mi hijo, y mucho menos, culparme. Su historia no tiene ningún significado. Me hace acordar a las mariposas. No importa cuánto se quemen las alas, siempre se acercan al fuego. ¿Es el fuego lo que las quema o el amor que bulle dentro de ellas? Lástima que no lo va a poder averiguar —finalizó, con una carcajada diabólica.

Armándose de valor, Amaia le espetó:

—Como hizo con la madre de Julen.

Victoria la miró con sorpresa.

—Veo que ha hecho los deberes como una alumna aplicada. Mejor se regresa a su casa. Aquí no tiene nada que hacer. —Con esas palabras, se dio la media vuelta. Antes de abandonar la habitación, uno de los cuervos se posó sobre su hombro y miró fijamente a Amaia, quien se sintió morir de miedo. Parecía que el cuervo la iba a castigar en nombre de su ama.

*

—Ya no sé dónde buscar, Amaia. Tal vez Victoria haya quemado esas cartas. —Paula se encontraba inquieta y frustrada. Habían pasado ya varios días y ni rastros de las cartas.

—Es cierto que está muy segura, aunque creo que es producto de su vanidad, no de haberlas encontrado. —Habían revisado, con la copia que les había conseguido Nikola, todos los libros que estaban bajo llave. Eso les había llevado mucho tiempo. Amaia no había evitado estremecerse al recordar aquel maleficio que había leído en uno de ellos: se debía retorcer una moneda mientras se invocaba el nombre de la persona a la que iba dirigida. Ese hechizo era muy poderoso y, si la persona que lo causaba no lo detenía, el resultado era la muerte, tras una profunda agonía del destinatario de la moneda. No pudo evitar una angustia lacerante al recordar la muerte de su madre días después de haber recibido aquel regalo con la moneda torcida. Haciendo un esfuerzo por olvidar aquellos momentos, le propuso a Paula—: ¿Por qué no hablamos con la nieta de la santera? No perdemos nada con hacerlo y, tal vez, nos dé la pista indicada.

Paula aceptó y se dirigieron a la tercera planta. Ya se les habían agotado las ideas.

Subieron los peldaños casi corriendo para no arrepentirse. Abrieron la puerta y no pudieron ocultar la sorpresa ante la escena que se les presentaba: la nieta de la santera canturreaba por lo bajo mientras bordaba y Ramona se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en uno de los rincones del lugar.

—¡Virgen Santa! Ramona, Ramona… —la llamó Paula, preocupada. La negra estaba hecha una piltrafa: con los cabellos sucios, las ropas mugrientas, sin calzado alguno. No respondió a los llamados. Permaneció callada, con la vista clavada en el suelo, sin dejar de hamacarse.

Amaia le hizo señas de que tuviese cuidado. Ramona parecía estar en una especie de trance.

—¡Ay, Ramona querida! ¿Qué te ha ocurrido? —El dolor de Paula era tangible en su tono de voz. Para ella la criada era como una madre y le amargaba la sangre encontrarla en ese estado.

—No le hables porque puede ser perjudicial. —le recomendó Amaia—. Está ausente, no creo que se entere de lo que ocurre a su alrededor. Tal vez lo mejor sea que la examine el doctor Usandisavas.

—¡Pobrecita, mi vida! ¿Qué culpa pudo haber tenido de obedecer a un ama sin alma? Sé a ciencia cierta que no tuvo más opción y que Victoria supo aprovecharse de ello.

Amaia suspiró. Paula estaba en lo cierto. Entonces se dio la vuelta y enfrentó a la mujer de cabellos azules largos hasta el suelo:

—¿Dónde están las cartas de la madre de Victoria? Ayúdanos, por favor.

Una sonrisa ancha iluminó el rostro de la nieta de la santera. Sus únicas palabras fueron:

—Tic… tac… tic… tac…

Entonces Paula y Amaia se miraron sorprendidas:

—¡Los relojes! Debemos buscar en los relojes.

Sin respiro, se dirigieron a la sala. La tarea no les iba a resultar nada fácil, ya que en la mansión Aguirre Larreta estaba toda la colección de relojes de Imanol. Armándose de mucha paciencia, comenzaron a revisarlos uno por uno.

Habían pasado más de dos horas cuando decidieron darse un respiro. Por eso fueron a la cocina donde Begoña les tenía preparadas dos tazas de chocolate con bollos de almendras y nueces. Famélicas, pues no habían probado bocado desde la mañana, no dejaron miga alguna.

—Hemos revisado toda la colección del tío Imanol y no encontramos nada —comentaba Paula, desesperanzada—. Tal vez la nieta de la santera se haya equivocado y sus palabras sean puras alucinaciones.

Amaia se había bebido la taza de chocolate y un fino bigote le marcaba los labios.

—No creo que se lo haya inventado. Con seguridad nos ha quedado alguno sin revisar.

Begoña, que estaba al tanto de la pesquisa, aventuró:

—¿Han examinado el reloj de mi querida Edurne? —Les había servido más chocolate y había cortado un trozo de pastel de manzanas.

Las dos la miraron a la vez, sorprendidas.

—¿Cuál reloj? —preguntó Paula.

Entonces el rostro de Amaia se iluminó de pronto:

—¡El Ángel de la Muerte! Recuerdo que Salvador me lo mostró el primer día que conocí la mansión.

—Es cierto. ¡Cómo lo he olvidado! —exclamó Paula.

—Porque está en un lugar muy obvio. “Si quieres ocultar algo, ponlo a la vista de todos”, ¿no es lo que se dice siempre?

Nerviosas, dejaron la merienda a medio terminar. Sin embargo, la voz de Begoña las detuvo:

—Así no. Si vais las dos tan emocionadas, doña Victoria podría sospechar algo. Mejor ve tú, Paulita, y al rato, que te siga Amaia.

—Es cierto, *nana*. —Ambas comprendieron que las razones que les había dado Begoña eran sumamente valederas. Por eso la obedecieron.

Quince minutos más tarde, Amaia se encontró con Paula en la sala. En su rostro había una expresión de desencanto.

—Mira, Amaia, no hay nada. Está vacío.

Lo revisaron nuevamente y fue en vano. Sin embargo, al haber movido tanto el reloj, una música comenzó a sonar.

—¡Esa música me es familiar! Debo haber sido muy pequeña cuando la escuché —exclamó Amaia. Recordaba haber experimentado lo mismo en aquella primera visita a la mansión.

—Por supuesto, ustedes han nacido aquí, solo que no lo supiste hasta hace muy poco tiempo. Si el reloj era de tu madre, debes haber escuchado esa melodía tantísimas veces.

Amaia asintió, emocionada y, en aquel momento comprendió por qué la había movilizado tanto esa melodía.

Fueron interrumpidas por Salvador.

—¿Qué están haciendo, si puede saberse?

Paula lo puso al tanto, cerciorándose de que nadie más los escuchara.

—¿Tanto confían en la nieta de la santera? Tal vez esas cartas no existan.

—Yo sé de buena fuente que es verdad y que alguien perdió la vida por ello —afirmó Amaia.

—¿Quién? —Salvador ya se encontraba preparado para cualquier noticia.

Amaia no tuvo reparos en explicarles:

—La madre de Julen murió por haber leído una de esas cartas. No se esfuerce en negarlo, Salvador, la misma Victoria me lo confirmó. Y, no contenta con ello, se atrevió a retarme a que encuentre la evidencia para encarcelarla. ¡Hasta tuvo el descaro de reír como una desquiciada! —Las palabras le salían a borbotones mientras que un nudo se le había hecho en el estómago de tanto nervio.

—Ya nada me asombra de esa mujer —repuso Paula, abrumada por la confesión.

Salvador permaneció en silencio.

—No hay nada que hacer. No las hemos encontrado. Este reloj era nuestra última esperanza. —Paula se sentía emocionalmente agotada. Ya no le quedaban fuerzas.

Salvador decidió revisarlo de nuevo. Con mucho cuidado observó el mecanismo. Estaba por abandonarlo cuando descubrió una pequeña palanca oculta disimuladamente detrás de uno de los engranajes. Tiró de ella y se abrió un compartimento profundo. Entonces, introdujo la mano en él y así sacó un manojo de cartas. ¡Las cartas de Victoria! Una sonrisa de satisfacción se adueñó de su rostro.

Las exclamaciones de Amaia y Paula llamaron la atención de Victoria, quien se hallaba oculta tras los cortinados. Al verlos reunidos en secreto, no había podido disimular su curiosidad.

—¡Dios mío! —exclamó Amaia—. ¡Por fin se va a poder hacer justicia!

—Ahora Victoria pagará por todo el mal que ha causado —aseveró Paula.

Salvador, con las manos temblorosas, comenzó a leer el contenido de la primera carta. Sus ojos se empañaron cuando leyó acerca de la muerte de su padre. Victoria describía con lujo de detalles cómo había acabado con la vida su marido. No pudo evitar un escalofrío. ¡Su madre estaba completamente loca!

Amaia había comenzado a sentir un malestar interno. ¿Se atrevería a leer la carta donde confesaba el crimen de su madre? Pues no albergaba duda de que, en una de ellas, la mujer lo había escrito. Sintió que le faltaba el aire y que todo comenzaba a darle vueltas.

—¡Amaia! —gritó Paula, al ver que caía desmayada al suelo.

Salvador dejó la carta y corrió hacia donde se encontraba la joven.

—Ve por las sales, Paula. Corre, por favor. —La llevó alzada a uno de los sillones de la

terraza. Allí el aire fresco la ayudaría a volver en sí.

Begoña llegó con las sales y Paula había empapado su pañuelo en agua de colonia. Le mojó las muñecas y el cuello, mientras Salvador le hacía aspirar las sales.

Al cabo de unos minutos, Amaia recobró el conocimiento. Entonces, llorando, les dijo:

—No voy a leerlas. No tengo fuerzas para soportar tanta maldad.

Paula comprendió que a ella le pasaba lo mismo.

Cuando volvió el color a las mejillas de Amaia, Salvador repuso:

—Creo que estas cartas nos dañarán profundamente. Si les parece bien, se las llevo directamente al oficial Berazategui y que él se encargue de apresar a Victoria.

Tanto Paula como Amaia estuvieron de acuerdo.

Sin embargo, al regresar al comedor se dieron cuenta de que las cartas ya no estaban.

—No puede ser. —Salvador tenía la mirada desquiciada—. Las acabo de dejar sobre la mesa.

—Con seguridad el viento las corrió de lugar —expresó Paula. Los ventanales estaban abiertos.

Buscaron por la sala, pero no había rastros de las cartas.

Pálida de indignación, Amaia se atrevió a decir lo que todos pensaban:

—Mucho me temo que Victoria se las ha llevado. ¡No había dudas de que se desembarazaría de ellas!

Madrid

Julen había viajado a la capital para poder cursar sus estudios en la Escuela de Veterinaria. Imanol le había conseguido un trabajo de medio tiempo para que pudiera costearse su estadía en la ciudad. Ahogó un suspiro. Amaia había jugado con sus sentimientos. ¿Por qué había encendido su alma helada para luego alejar el fuego de su lado? ¿Por qué había hecho de él un hombre infeliz y miserable? Se sentía sumido en los celos, el odio y la amargura. No lo podía entender. Envidiaba a Salvador con una envidia insana, como un gusano que pudría la manzana por dentro.

Sin embargo, aquella mañana había despertado con la tensión apretándole el pecho. Había soñado con Amaia y aquel sueño lo había dejado por demás de intranquilo. Tenía el vago presentimiento de que la joven estaba en peligro. No podía seguir así. Todavía se le revolvían las tripas de impotencia y le hervía la sangre cada vez que pensaba en la infamia de Salvador y en el desconsuelo de ella. La furia era como un cuchillo sobre su corazón: si lo sacaba, dolería muchísimo. Se arrancaría a Amaia de él a como diese lugar.

CAPÍTULO 20
AYÚDEME, MADRE, POR FAVOR

Victoria había decidido escaparse por el túnel. Caminaba lo más rápido que podía por la resbaladiza gruta. A pesar del frío, había comenzado a transpirar. Gotitas de sudor perlaban su frente. Al comprobar accidentalmente que habían dado con sus cartas, se las había birlado a sus hijos en sus propias narices. Sin perder tiempo, y emocionada por el descubrimiento, se había escapado por la chimenea de la biblioteca, cuya puerta disimulada la llevaba directamente a la gruta. Había decidido huir por allí, así nadie le podría seguir el rastro. Había escuchado cuando Salvador decidió denunciarla con las autoridades. "¡Eso jamás!", se prometió. "¡Mis huesos nunca pisarán una celda! ¡Antes muerta!", se juró, mientras se felicitaba por haber sido precavida. Tenía bien en claro que su única escapatoria era viajar a Cuba. Solamente allí iba a poder librarse de los Aguirre Larreta de una vez por todas. ¡Qué ironía del destino! Siempre había querido pertenecer a esa familia y ahora lo único que deseaba era alejarse de ella. Se encogió de hombros. Unos días antes de que Sagrario fuese expulsada, la había mandado hasta el puerto y había conseguido comprar un pasaje en el vapor *Valvanera* que saldría de Vigo rumbo a la isla cubana. También había podido contratar una barca para que la llevase hasta allí. Solamente faltaba un día para que la fuesen a buscar. ¡Y se iba con el botín en la mano! No pudo evitar una carcajada. ¡Ver para creer! Razones sobraban para pensar que era la más inteligente de su familia. Tenía todo planeado al detalle. Debido a que la Guardia Civil patrullaba la zona, no les resultaría difícil dar con su paradero si salía por cualquiera de las puertas de la mansión. Por eso, había resuelto escaparse por el túnel. Tenía planeado llegar hasta su cueva y, allí, esperar la barca que la llevase a Vigo. ¡Qué ilusos que habían sido! ¡Infelices! Nadie podía escapar indemne a su ira. Y eso era lo que ella estaba sintiendo contra sus hijos y la infeliz de Amaia. Pues, ni modo. Las voces de toda la vida comenzaron a atronar en su cabeza, obligándola a respirar más rápido.

Sus manos y la frente se habían impregnado de gotitas de sudor. El aire de la gruta estaba cargado, espeso, tal vez debido a la humedad de sus paredes. De pronto, un dolor agudo le recorrió el brazo como una descarga eléctrica. Se tuvo que apoyar en la pared para luego sentarse lentamente en el suelo. "¡Un ataque al corazón!", pensó, desesperada. "No me puede estar

pasando esto", se dijo, mientras trataba de serenarse y recuperar la calma. Entonces sacó las cartas y comenzó a releerlas. Disfrutó con cada una de ellas, regocijándose en los detalles más espeluznantes. ¿Qué habría sentido la insulsa de su madre al leerlas? Confiaba en que se hubiese horrorizado. Era el mínimo castigo que debía sufrir por permitir que corriera sangre negra en sus venas. Cerró el ojo y, media hora más tarde, se sintió con fuerzas para levantarse. Lo hizo despacio. Decidió caminar con mayor cuidado. Se había olvidado de que el tramo era más largo de lo que recordaba. Las cartas las llevaba en su bolso, junto con las joyas, que siempre tenía a mano por si se presentaba algún percance. Eso, más una buena cantidad de monedas de oro.

*

El intenso frío de aquella mañana venía acompañado de una espesa niebla que se aplastaba contra el suelo. Nikola llamó a Salvador a los gritos:

—¡Salvador! ¡Salvador! —Estaba en el jardín, junto con Begoña.

Salvador y las muchachas corrieron hacia el lugar:

—¿La has encontrado, Nikola?

Habían revisado toda la mansión infructuosamente. No había rastros de la madre. El anciano le señalaba el acantilado. Los ojos le ardían por el esfuerzo:

—Mire allá, los cuervos… —No se alcanzaba a distinguir la cima, pero sí a los cuervos, que volaban en forma de círculos.

Cuando los vio, comprendió dónde se hallaba su madre. Sin perder el tiempo corrió hacia el lugar.

—Salvador, espéranos, que puede ser peligroso —gritaba Paula, mientras lo seguía junto con Amaia.

Salvador hacía oídos sordos. Con la tensión hormigueándole las puntas de los dedos emprendió el camino hacia los acantilados. Debía encontrar esas cartas antes de que su madre se deshiciera de ellas.

Ascendieron por el sendero bordeado por los helechos hasta alcanzar la cima. Entonces la vio, encaramada a una piedra. Su mirada desquiciada le indicaba que hacía mucho tiempo la cordura no habitaba en aquella cabeza.

—Madre, deténgase —le ordenó.

Victoria bajó la mirada y, cuando clavó su ojo oscuro como el pecado, Salvador se sintió nuevamente como un niño indefenso ante ella.

—Deme las cartas, madre —le suplicó—. Arrepiéntase, por favor.

Victoria había comenzado a sonreír, pero se detuvo a mitad del gesto, como si algo le hubiese llamado la atención. Entonces las vio, a Amaia y a Paula. No pudo evitar una sonora carcajada:

—La buena para nada de mi hija con la infeliz. ¡Increíble! —Mientras hablaba se acercaba al

borde del acantilado—. Muy bien. Les entregaré las cartas, aunque con una única condición: que la infeliz las venga a buscar. Solo a ella se las entrego. —Mientras hablaba, agitaba el bolso en el aire. Sobre su cabeza, los cuervos graznaban al unísono.

—Ni lo sueñe, madre. Mi esposa jamás se acercará a su lado. —Había comprendido que era capaz de cualquier cosa.

Sin embargo, Salvador no había contado con la voluntad de Amaia, a quien lo único que le importaba era que Victoria pagase por sus crímenes.

Sin que él se diera cuenta, se fue acercando lentamente hasta enfrentarse a la mujer.

—Deme esas cartas, Victoria —le exigió. Temblaba de miedo y desesperación. Tenía un mal presentimiento. "¡Ayúdeme, madre, por favor!", imploró en silencio. El viento soplaba muy fuerte aquel día. Tal vez, muy pronto, se desataría una tormenta.

Entonces, Victoria, profiriendo un grito de guerra y dando dos zancadas veloces, la agarró del brazo:

—¡Jamás se va a salir con la suya! ¡Jamás! Su madre fue quien mató a mi Toñito y es justo que usted también se muera. —Peligrosamente, se acercó al vacío, dispuesta a tirar a Amaia contra las rocas. Se le había desarmado el rodete y ahora sus cabellos bailaban al son del viento, ocultándole parte de su rostro—. ¡Muere, engendro del demonio! ¡Muere de una vez por todas!

A Amaia se le erizaron los pelos de la nuca. El corazón le latía desenfrenado. Victoria pensaba matarla, así lo leyó en su mirada desquiciada. No tenía modo de escapar.

Fue en aquel momento cuando una fuerza poderosa arrancó a Amaia del brazo de Victoria y la tiró al suelo mientras embestía contra la mujer. Su ojo sano se abrió desorbitado al comprender que Salvador la estaba empujando y que juntos caían al vacío, uniendo sus voces en un único grito.

Salvador había entendido en esa fracción de segundo que su madre jamás se iba a quitar la vida, que nunca se arrojaría por los acantilados. Al monstruo de Victoria había que matarlo para que dejase de ser un monstruo.

Los gritos de Paula y Amaia se confundieron con los de Victoria y Salvador mientras se despeñaban contra las rocas.

En el ático de la mansión Aguirre Larreta, la mujer de cabellos azules largos hasta el suelo, lanzó una exclamación. Ya había llegado la hora de encontrarse con su abuela. Sonrió satisfecha. Hacía ya un tiempo que había pactado con los *Orishas*. Había invocado a Shangó, el *Orisha* conocido como el dios de la guerra. Un dios encargado de vengar a los injustos y a los desleales de forma cruel. Aquel dios de los rayos y los truenos había aceptado su vida a cambio de la condena del alma oscura de Victoria, sentenciada a no encontrar jamás el descanso eterno. Se entregó plácidamente a una especie de nube que la fue envolviendo para llenarla de paz. Su abuela la esperaba con la mano extendida. Una sonrisa de bienvenida se dibujaba en el rostro de la santera.

*

Paula y Amaia habían quedado petrificadas con la escena. Descompuestas por la impresión, atinaron a inclinarse por el borde y así pudieron observar los cuerpos de Salvador y Victoria sobre las rocas: el de ella había quedado bajo el de su hijo, como si él lo estuviese protegiendo. Las olas los mojaban, amenazando con llevárselos hacia las profundidades del mar.

—¡Dios mío! —escucharon una voz a sus espaldas. El oficial Berazategui había llegado en aquel momento. Paula no pudo evitar correr a su lado y refugiarse en sus brazos.

—Fue horrible, Alonso. Horrible —sollozaba, mientras ocultaba su rostro en su uniforme.

—No perdamos tiempo. Hay que descender ya mismo. —El oficial Berazategui daba las órdenes. En cualquier momento el oleaje se llevaría los cuerpos y no les podrían dar cristiana sepultura.

A un silbato, el resto de los soldados también se había hecho presente. Se organizaron con rapidez y, valiéndose de unas cuerdas, comenzaron a bajar. Con dificultad, ya que el viento soplaba con mayor intensidad, ataron los cuerpos firmemente y comenzaron a subirlos. Transcurrido un cuarto de hora habían finalizado la tarea.

Amaia levantó los brazos y se cubrió la cara, intentando hacer desaparecer aquella sensación de agobio que le tensaba todos los músculos del cuerpo. Frente a sí estaba el cadáver de Victoria. Había muerto en forma fulminante y su cuerpo estaba destrozado por el filo de las rocas. Los restos del vestido dejaban ver unas piernas perfectas. Tenía algunos cortes en el rostro y le faltaba el parche. En su lugar se veía un hueco blanco. El frío que traía prendido en su ropa le erizó la piel. Ahogó una exclamación: la boca de la muerta parecía contraerse en una sonrisa despectiva. “Debe ser producto de mi imaginación”, se dijo, temblando. Había sido testigo de cómo la mente fría de una manipuladora como Victoria había sido capaz de robar no solo la juventud de su hijo, sino también de acabar con su vida. Su mirada se desvió hacia el cuerpo de Salvador. Al inclinarse a cerrarle los ojos, creyó atisbar cierto movimiento.

—¡Está vivo! —gritó, desconcertada—. ¡Está vivo! —Salvador aún respiraba—. ¡Dios mío, Salvador! Aguanta, que ya fueron por el médico —le mintió, mientras rezaba una oración en su interior.

Él abrió aquello ojos zafíreos para murmurar:

—Lo lamento, Amaia. Lo lamento tanto…

—¡Calla! ¡Calla! Ahorra fuerzas, por favor. —Mientras hablaba, trataba de colocar su abrigo debajo de su cabeza.

—¡Ay, hermano! ¿Por qué lo hiciste? —sollozaba Paula, aferrando una de sus manos. Las lágrimas habían comenzado a rodar por su rostro como si alguien hubiese abierto una salida allá, en aquel lugar lóbrego y húmedo de donde brotan el llanto y la desesperación.

Salvador hizo un esfuerzo tremendo:

—Perdóname, Amaia, perdona todo el daño que te he causado. Siempre te he amado. No supe, no supe… hacerlo bien.

—Me has salvado de tu madre, Salvador. No has dudado en protegerme. —La voz se le estrangulaba presa de la desesperación. Sus lágrimas caían sobre el cuerpo mojado de Salvador, confundiéndose con la sal que cubría sus ropas.

Él esbozó una débil sonrisa mientras en su rostro se dibujaba un gesto que contenía una disculpa:

—Te lo había prometido. Te iba a proteger.

—Te perdoné hace mucho, cuando comprendí que habías sido víctima de Victoria. ¿Cómo puede una criatura escapar de la maldad de una madre? —Le retuvo una de sus manos mientras le depositaba un suave beso.

Salvador le dirigió una última mirada:

—Sé feliz… Te lo mereces. —Con un suspiro, cerró los ojos para siempre.

Amaia lloró sin consuelo sobre su cadáver, como si fuese la primera vez en su vida que lloraba, mientras sus sollozos se confundían con los graznidos de los cuervos.

*

La madrugada los sorprendió lenta y destemplada. La mansión estaba de luto. El velatorio se había realizado a puertas cerradas. Aquel día frío de finales de otoño habían enterrado a Victoria y a Salvador. Únicamente las habían acompañado al cementerio Imanol y Gabriela.

Imanol, emocionado, rezó frente a los cajones de Toñito y Edurne. Era algo que tenía pendiente. De regreso a la mansión, decidió reconciliarse con su padre. Subió despacio los peldaños de aquella escalera otrora familiar. Se dirigió a la habitación del anciano. Un estremecimiento lo recorrió por completo al ver su figura desdibujada bajo las mantas.

—Padre… —alcanzó a murmurar.

El anciano, como si lo hubiese estado esperando, le dijo:

—Imanol, hijo mío, perdóname.

Imanol se acercó a la cama del enfermo y lo abrazó. No hubo necesidad de palabras. Se dijeron todo en aquel abrazo.

*

La palidez de las jóvenes contrastaba con sus vestiduras oscuras. Habían sido días de infinita tristeza.

Amaia pensaba en Salvador. El destino los había programado para odiarse; sin embargo, jamás

habían podido hacerlo.

—Paula, no me pienso quedar en la mansión. Decidí regresar a lo de mi madrina. ¿Quieres venir conmigo? —Por unos momentos se distrajo. En la ventana del ático había un exótico pájaro de plumas azules que trinaba feliz. "¡Ay, Dios mío, qué belleza!", pensó.

Paula no pudo evitar emocionarse con aquella propuesta.

—Te lo agradezco, prima, de corazón, pero no puedo dejar al abuelo. Él está bastante perdido, pero presiente que algo malo ha sucedido. —Mirando al pájaro le comentó—: Hace unos días que viene y se instala en el tercer piso. Nunca había visto un ejemplar como este. Y canta de maravillas.

—Sí, es precioso. —Siguiendo con la conversación que había sido interrumpida, le dijo—: Estoy de acuerdo con tu decisión. El abuelo te necesita. —De pronto esbozó una tenue sonrisa—. Aunque, creo que hay alguien más....

Paula se sonrojó:

—Así es. Hace poco Alonso me ha declarado su amor. —La miró a los ojos—. Le voy a dar una oportunidad, Amaia. —Para ella su amor por Julen estaría siempre allí, en un rincón de su corazón, oculto, como les pasaba a los amores no vividos.

—No sabes lo feliz que estoy por ti. —Amaia hablaba sinceramente. Al menos, que una de ellas fuese dichosa. En cambio, en su corazón se había instalado la amargura. Julen había mandado una esquela de disculpa por no haber podido asistir al funeral.

Paula la tomó de las manos.

—¿Y Julen? Pensé que te amaba.

—Así era, pero yo me encargué de pisar su amor, de hacerlo desdichado, de romper su corazón en mil pedazos. —Ahogó un lamento—. Me comentó Imanol que está en Madrid estudiando veterinaria. Me alegro por él. Se lo merece. —El recuerdo del dolor provocado, aquel que no había sabido sanar, la llenaba de congoja. Había dejado que la herida supurase sin haber sido capaz de cerrarla.

Ramona se había quedado con Paula. La muchacha no había tenido corazón para desligarse de aquella que había oficiado de madre. Con respecto a la nieta de la santera, parecía haberse esfumado como por ensalmo. Jamás pudieron dar con su paradero.

Cuando Amaia dejó la mansión, no pudo evitar escuchar el graznido de los cuervos que habitaban el mismo árbol seco. Dirigió su mirada hacia ellos y grande fue su asombro cuando distinguió tres. ¡Había uno nuevo en la rama más alta! Era pequeño y de plumaje más brillante. Le había clavado su mirada y parecía que le sonreía sarcásticamente. ¡Tenía un ojo verde y otro blanco! Con el miedo reptando en su cuerpo, Amaia abandonó aquella mansión para siempre.

Argentina, Salta,
Cuatro años más tarde

Hacía ya casi un año que había finalizado la Gran Guerra. Muchas familias se habían visto diezmadas: mujeres que habían perdido a sus hijos, esposos, hermanos. Hombres que habían perdido sus hogares. Millones de jóvenes habían muerto en las trincheras, la mayoría no a causa de una bala, sino debido a las pestes, el hambre y el frío extremo.

Tras su rendición, Alemania había firmado el Tratado de Versailles. A causa de este, el país había perdido sus colonias y debería pagar cuantiosas sumas a los aliados.

Amaia había viajado a la Argentina con Gabriela e Imanol. Ellos habían sido padres de dos hermosas niñas. Su hijo había nacido nueve meses más tarde de aquella noche con Julen. Era un niño precioso al que había llamado Bautista. Moreno de tez como el padre, pero con los cabellos rubios de la madre. Tenía los mismos ojos zarcos de Julen: uno verdoso y el otro marrón. Amaia suspiró. Había estado mucho tiempo deprimida, pero todo había cambiado con los primeros balbuceos de su hijito. Entonces se había dedicado a criarlo con todo el amor que tenía guardado.

En Salta se había encontrado con su padre, sus hermanas y también con Encarna, quien se había adueñado por completo del pequeño, que hacía lo que quería con ella.

Fueron muchas horas de conversaciones, de lágrimas y también de sonrisas con su familia. En aquella tierra había decidido labrar su porvenir. Atrás quedaban España, San Sebastián y los malos recuerdos. Jamás le había escrito a Julen sobre su hijo. Tal vez ya estuviese casado y tuviera su propia familia. Suspiró resignada. Siempre pensaba en las palabras que había leído en alguna parte: “Las pasiones no resueltas y los amores que calan, no desaparecen jamás”. Se arregló uno de los mechones rubios que se escapaban de su rodete.

—Vamos, Bautista, que es hora de tu baño. —El niño no aparecía, por lo que repuso de nuevo —: No me hagas enojar hijo, que hoy es el cumpleaños de tu prima, y tu tía preparó pastel de chocolate.

Como Bautista no respondía, comenzó a intranquilizarse. Salió al jardín y lo vio hablando con un hombre que se encontraba de espaldas.

—¡Bautista! —le gritó—. ¿Acaso no te he dicho que no debes hablar con extraños? — Enojada, corrió hacia el lugar.

Cuando el hombre se dio la vuelta, Amaia quedó inmóvil. Su corazón había dado un vuelco, todo a su alrededor había desaparecido, se había silenciado. Pasados unos minutos alcanzó a murmurar:

—¡Julen! Por Dios, ¿qué haces aquí? —Sus ojos lo recorrieron mientras comprobaba que, si bien algunas canas se mezclaban con sus cabellos oscuros, estaba tan guapo como siempre.

Él le dirigió una mirada cargada de amor:

—Vengo en busca de mi futura esposa y de mi hijo. —Durante todos esos años de ausencia había comprendido que jamás lograría expulsarla de su alma, que no solo estaba presente en sus días, sino también en las noches. Siempre había estado en su corazón, como un dolor agudo y

silencioso. Cuando Imanol le había escrito confesándole que era padre de un niño, toda su coraza se había derrumbado y Amaia volvió a ser lo único que cobraba importancia en su vida. El hombre había incluido en la carta un dibujo en carbonilla de Amaia con el pequeño. Desde aquel momento, siempre llevó consigo aquel dibujo. Suspiró profundamente. Al fin podía decir que su corazón estaba libre: libre de rencores, de orgullo, de insatisfacciones. Por eso se había graduado con honores y había viajado a la Argentina. Recuperaría a Amaia, así tuviese que secuestrarla.

Ella no lo rechazó. Corrió hacia él y se refugió en sus brazos:

—Ay, amor, ¿por qué tardaste tanto?

Julen, emocionado, la besó:

—Nunca más nos separaremos, *nire bizitza*. Te lo prometo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi abuela siempre decía que “es de bien nacida ser agradecida”, por eso:

Gracias…

A mis queridas editoras María Fernanda Mainelli y Florencia Cambariere, por creer en esta historia y hacer posible que llegue a ustedes.

A Vero Barrueco y a todo el equipo de prensa de Penguin Random House, por el increíble trabajo que realizan antes, durante y después.

A mi querida Cristina Bajo, por sus consejos siempre certeros.

A mi hermana Marita, por ser mi primera lectora y crítica de mis escritos, y también por ocuparse de toda la tecnología y de la página web.

A mi querido profesor, Daniel Ruiz Rubini, por aclararme todas las dudas.

A mi querida Majo Zaldívar, por su colaboración desinteresada y sus sugerencias.

A mis amigas Andrea Pacífico y Gabriela Jure, quienes comentan mis escritos con agudeza y me acompañan desde mis inicios literarios.

A María Ana Villanueva, por la interesante historia que me contó.

A Analía Elizalde, por estar siempre presente cuando la necesito.

Al padre Ariel Buzo, quien siempre me socorre ante mis inquietudes.

A Luisa Delfino, por acompañarme siempre.

A mi esposo José, a mi madre, a mis hijos y amigas del alma, quienes me apoyan incondicionalmente.

A los maravillosos grupos de lecturas que me acompañan en este camino de la escritura: Adictos a la lectura de Córdoba; Amar.leer; Amigas Bonellistas; Antes muertas que sin libros; Argentinas para leer; Babilonia Literaria; Carlota del Campo; Carnaval de Lecturas; Chicas Bus; Comunidad Almas Unidas; Contarte Cultura; Cristy Cobos de Zea; Cultura Pergamino; Cumuluslibrus; Diego Javier Rojas; El País de la Bruma; El Pantano de Fiona; Ely Gigena; Encuentro con el Autor; Entrelibros; Erica Vera; Espacio para Autores y Lectores; Especial de escritoras, Everything.books; Fans de Autoras de Novelas Románticas; Fans de los Osorios,

Cristina Bajo; Florencia Pescetto; Historias que dejan Marcas; Historias que enamoran; Laurivas.mislibros; Lectoras Casañistas; Lectoras de Rosario; Lectoras Marplatenses; Lectorascompulsivas; Lecturasporplacer; Leer es un modo de vida; Locasxlibros; Lucía Burga; Me gusta leer Argentina; Mundos de Papel; Musas, Radio Más; Nuestro Espacio de lectura; Pasión por la lectura; Plumas al Vuelo; Qué libro leo; Loleoono; Recomiéndame libros; Rincón Literario; Sonríe libreando; Spa literario; Tinta y Papel; Varieté de la tarde; Magui Recimil y Grupo Catalejo de Lectura.

Y a todos ustedes, queridos lectores, que me permiten que los lleve de viaje conmigo a una historia diferente. Sin ustedes esto no tendría sentido.



Amaia Rojas superó la dura enfermedad que le había impedido dejar España para instalarse en la Argentina junto a su padre y sus tres hermanas. Su madre había fallecido, y ella debía empezar una nueva vida en San Sebastián, lejos de sus seres amados.

Con su adorada e inseparable madrina Gabriela regresan a la ciudad donde alguna vez fueron felices, pero esa ciudad ahora se convierte en una verdadera trampa. En la mansión de los Aguirre Larreta, la familia materna de Amaia, se esconden secretos inconfesables y un maleficio que la pondrá en peligro. Crímenes, traición, oscurantismo y una venganza de la que será difícil salir ilesa.

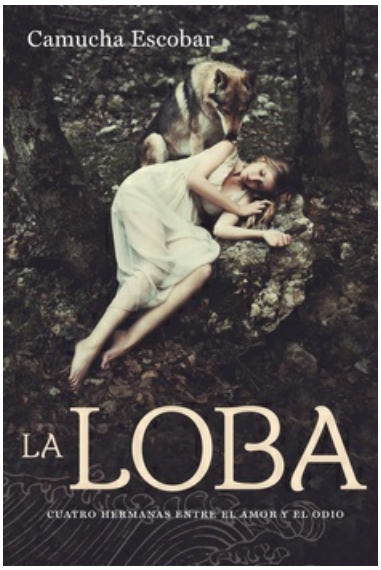
¿Un amor trunco tendrá una segunda oportunidad? ¿Se puede amar a dos hombres a la vez? Lo que la sangre oculta es una inquietante historia que combina magistralmente intriga y pasión en una Europa sumida en la pobreza, en medio de una guerra que dejará para siempre profundas huellas.



CAMUCHA ESCOBAR

Nació en 1961 en la ciudad de Pergamino, provincia de Buenos Aires. Cursó el Profesorado Nacional de Inglés y, aunque siempre le gustaron las historias, la literatura y en especial las novelas, comenzó a escribir profesionalmente en el año 2007. Desde entonces fue reconocida con premios nacionales e internacionales. En el sello P&J publicó *Tierra en sombras*, *Tu rostro en el fuego*, *El infierno en tu piel* y *La loba*. Participó en la antología de relatos románticos *Ay, pasión*.

Foto de la autora: © Alejandra López









Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Escobar, Camucha
Lo que la sangre oculta / Camucha Escobar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2022.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-613-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Imagen de cubierta: © Magdalena Russocka / Trevillion Images
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: abril de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-613-0

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Lo que la sangre oculta
Dedicatoria
Primera parte. Por el camino de la amargura
- Capítulo 1. Las prisas se llevan mal con las contrariedades
- Capítulo 2. Por las malas o las peores
- Capítulo 3. Nada es pan comido
- Capítulo 4. Desesperar no conduce a nada
- Capítulo 5. El perdón no está en nuestra sangre

Segunda parte. Las dos caras de la moneda
- Capítulo 6. ¡Fuera, maldita víbora!
- Capítulo 7. Quien evita la ocasión, evita el peligro
- Capítulo 8. A las doce, en el jardín
- Capítulo 9. Su orgullo, su pecado
- Capítulo 10. Las gallinas duermen cuando el zorro sale a pasear
- Capítulo 11. En este ojo por ojo nos vamos a quedar ciegos
- Capítulo 12. No hay pan que no cueste una torta
- Capítulo 13. Más vale prevenir que curar
- Capítulo 14. No solo hay que ser bueno, sino también aparentarlo
- Capítulo 15. Desgracia llama a la desgracia
- Capítulo 16. La boda

Tercera parte. El peso de la culpa
- Capítulo 17. Solo se valora lo que se ha perdido
- Capítulo 18. No hay peor ciego que el que no quiere ver
- Capítulo 19. Hay que saber con los bueyes que se ara
- Capítulo 20. Ayúdeme, madre, por favor

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos